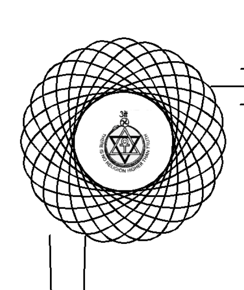
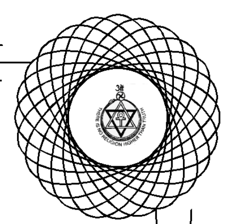



HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO TOMO II

Clave de los Misterios de la Ciencia y Teología

Antigua y Moderna

"Cecy Est Un Livre De Bonne Foy"

(Montaigne)

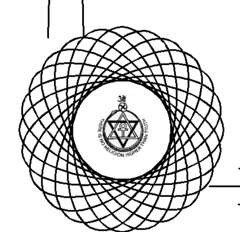
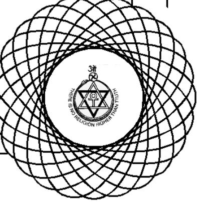
La autora dedica esta obra a la SOCIEDAD TEOSÓFICA

Fundada en el año 1875, en Nueva York, para estudiar

las materias de que se trata

Traducción del inglés:

Federico Climent Terrer

CAPÍTULO I

No califiques de locura aquello de que has probado no saber nada.

TERTULIANO – *Apología*

Esto no es cosa de hoy ni de ayer, sino de todo tiempo. Y nadie nos ha dicho todavía de dónde ni cómo viene.

SÓFOCLES

La creencia en lo sobrenatural se ha manifestado espontáneamente desde un principio en todos los pueblos de la raza humana. La incredulidad en lo sobrenatural conduce al materialismo, el materialismo a la sensualidad y la sensualidad a las catástrofes sociales entre cuyas convulsiones aprende el hombre otra vez a creer y orar.

GUIZOT

Si alguien no cree en estas cosas, guarde para sí su opinión y no contradiga a quienes por ellas se ve inclinado a la práctica de la virtud.

JOSEFO.

De los pitagóricos y platónicos conceptos de la materia y de la fuerza, vayamos ahora a la cabalística teoría sobre el origen del hombre y comparémosla con la de la selección natural expuesta por Darwin y Wallace, pues tal vez hallemos tantas razones para atribuir a los antiguos la originalidad en este punto como en los que hasta aquí hemos considerado. A nuestro entender, la teoría de la evolución cíclica deriva su más valiosa prueba del cotejo entre las enseñanzas antiguas y las de los padres de la Iglesia respecto a la figura de la tierra y al movimiento del sistema planetario. Aun cuando no cupiera esperar otra prueba, la ignorancia de Agustín y

Lactancio en estas materias, que extravió a la cristiandad hasta la época de Galileo, bastaría para evidenciar los eclipses que de tiempo en tiempo sufren los conocimientos humanos.

Algunos filósofos antiguos dicen que las "vestiduras de piel" que, según el Génesis[1], proporcionó Dios a Adán y Eva, significan los cuerpos carnales de que en la sucesión de los ciclos se vieron revestidos los progenitores de la raza humana. Sostenían dichos filósofos que la forma física, de semejanza divina al principio, se fue densificando gradualmente hasta que descendiendo al punto ínfimo del que pudiéramos llamar postrer ciclo espiritual, entró la humanidad en el arco ascendente del primer ciclo terreno. De entonces arranca una no interrumpida serie de ciclos *(yugas)* cuyo exacto número de años se mantuvo secreto en los santuarios sin revelarlo más que a los iniciados. En cada ciclo, edad o yuga, el género humano alcanza la mayor perfección posible en aquel ciclo; pero después decae antes de entrar en el nuevo ciclo con todos los residuos de su precedente civilización social y mental. Así se suceden los ciclos en transiciones imperceptibles que llevan al pináculo el poderío de los imperios, para de allí decaer hasta extinguirse. En el límite del arco inferior de cada ciclo, la humanidad queda sumida de nuevo en la barbarie. Desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, cuenta la historia el poderío y decadencia de las naciones que ascendieron a la cumbre para hundirse en el llano. Draper observa que no cabe incluir en cada ciclo a toda la especie humana, sino que, por el contrario, mientras la humanidad decae en algunos países, progresa y asciende en otros.

Esta teoría de la evolución cíclica es muy semejante a la ley reguladora del movimiento de los astros, que además de girar sobre su eje voltean en diversidad de sistemas alrededor de sus respectivos soles.

Vida y muerte, luz y tinieblas, día y noche se suceden alternativamente en el planeta mientras gira sobre su eje y recorre el círculo zodiacal, el menor de los ciclos máximos[2]. Recordemos el axioma hermético: "Como es arriba así es abajo; así en la tierra como en el cielo".

Con profunda lógica arguye Wallace diciendo que el hombre ha progresado mucho más en organización mental que en física, y opina que el hombre difiere de los animales en su fácil adaptación a los medios circundantes sin notables alteraciones en su forma y estructura corporal. Advierte Wallace que la variedad de climas está en correspondencia con la variedad de trajes, moradas, armas, aperos y utensilios. Según el clima, puede el cuerpo humano estar más erguido y menos cubierto de pelos con diversa proporcionalidad de miembros y pigmentación de la piel. "El cráneo y el rostro están íntimamente relacionados con el cerebro, que cambia al par de la evolución mental, puesto que es el medio de expresión de los más refinados impulsos de la

[1] Cap. III, vers. 21.

[2] Dícese que Orfeo asignaba 120.000 años de duración al ciclo máximo, y Casandro 136.000 – Véase Censorino: *De Natal Die*. Fragmentos cronológicos y astronómicos.

naturaleza humana". Continúa diciendo Wallace que "cuando el hombre tenía apariencia de tal, sin que apenas participara de la naturaleza humana, no poseía el don de la palabra ni sentimientos de moralidad y simpatía ni tampoco el cerebro tan maravillosamente dispuesto para órgano de la mente, que aun en los más atrasados individuos, le da innegable superioridad sobre los brutos". El hombre debió de constituir en otro tiempo una raza homogénea (sigue diciendo Wallace). y poco a poco ha casi desaparecido el pelo que cubría su cuerpo… "La anchura del rostro y el enorme desarrollo de la rama ascendente del maxilar inferior denotan en el hombre de las cavernas de Les Eyzies poderosa musculatura y costumbres brutalmente salvajes".

Tales son los vislumbres que la antropología nos da acerca de unos hombres que llegados al término de un ciclo entraban en el siguiente. Veamos hasta qué punto los corrobora la psicometría clarividente. El profesor Denton dió a su esposa para que lo psicometrizase un pedazo de hueso fósil sin advertirla de lo que era. Inmediatamente evocó aquel pedazo de hueso visiones de gentes y sucesos que Denton asigna a la Edad de piedra. Vió la psicómetra hombres muy parecidos al mono, con el cuerpo tan cubierto de pelo que parecía vestido. Preguntóle su marido si aquellos hombres tenían las caderas conformadas para mantenerse en posición bípeda, y respondió que no podían, pero que se echaba de ver en cierta parte del cuerpo menos pelo que en las otras, con la piel algo más coloreada. La cara parece achatada con mandíbulas salientes, la frente hundida en el centro y abultada por encima de las cejas. También vió la psicómetra un rostro muy semejante al del hombre, pero de líneas parecidas al del mono. Todos aquellos seres le parecieron de una misma especie y todos tenían el cuerpo peludo y los brazos muy largos[3].

Acepten o no los científicos que la teoría hermética de la evolución atribuye al hombre origen espiritual, ellos mismos nos enseñan cómo ha ido progresando la raza desde el más bajo punto a que alcanza la observación antropológica, hasta su actual estado evolutivo. Y si por todas partes se descubren analogías en la naturaleza, ¿será improcedente afirmar que a la misma ley de evolución obedecen los pobladores del universo invisible? Si en nuestro minúsculo e insignificante planeta la evolución derivó del mono el tipo humano dotado de intuición y raciocinio, ¿cómo es posible que en las regiones sin fin del espacio moren tan sólo las *angélicas* formas desencarnadas? ¿Por qué no señalar sitio en estas regiones a las formas astrales del simiesco hombre, primitivo y de cuantas generaciones le han sucedido hasta nuestros días? Claro está que la forma astral de los hombres primievales sería tan grosera e imperfecta como la física.

Los científicos modernos no se toman el trabajo de computar la duración del "ciclo máximo"; pero los herméticos sostenían que por virtud de la ley cíclica, el género humano ha de ascender al mismo nivel del punto en que al descender tomara "vestiduras de piel", es decir, que con arreglo a la ley de evolución, el hombre ha de

[3] Denton: *El alma de las cosas,* I.

espiritualizar su cuerpo físico. No cabe impugnar tan lógica deducción, a menos que Darwin y Huxley demuestren que el astral *Homo sapiens* ha llegado al pináculo de su perfección física, intelectual y moral.

Dice Wallace a propósito de la selección natural: "Las razas superiores en inteligencia y moralidad han de prevalecer inevitablemente contra las razas inferiores y degeneradas, al paso que por la influencia de la selección en la mentalidad, evolucionarán las facultades psíquicas de modo que se adapten con mayor justeza a las condiciones del medio ambiente y a las exigencias del estado social. Aunque la forma externa tal vez no altere sus contornos, ganará, sin embargo, en nobleza y hermosura, por la incesante vigorización de las facultades mentales y el refinamiento de las emociones, hasta que todos los hombres formen una sola y homogénea raza, de cuyos individuos ninguno sea inferior a los más elevados tipos de la actual humanidad"[4].

En este pasaje del eminente antropólogo, se advierte por una parte sobriedad en el método científico y por otra circunspección en las hipótesis, de suerte que sus opiniones no chocan en manera alguna con las enseñanzas cabalísticas. Más allá del punto donde se detiene Wallace, veremos que la siempre progresiva naturaleza, obediente a la ley de adaptación, nos promete, o mejor dicho, nos asegura en el porvenir una raza semejante a la *vrilya*, descrita por Bulwer–Lytton[5] como reproducción atávica de los "Hijos de Dios".

Conviene advertir que la teoría de los cielos, simbolizada por los hierofantes egipcios en el "círculo de necesidad", explica al propio tiempo la alegoría de la "caída del hombre". Según la descripción que de las pirámides de Egipto[6] dan los autores arábigos, cada una de las siete cámaras de estos monumentos llevaba el nombre de un planeta. Su peculiar arquitectura denota ya de por sí la metafísica alteza del pensamiento de los constructores. La cúspide, perdida en el claro azul del cielo faraónico, simboliza el punto primordial, perdido en el universo invisible, de donde surgieron los espirituales tipos de la primera raza humana. En cuanto la momia quedaba embalsamada, perdía, por decirlo así, su individualidad física y simbolizaba la raza humana. Ponían los egipcios la momia en la actitud más favorable a la salida del "alma", que estaba obligada a pasar por las siete cámaras planetarias antes de recobrar su libertad por la simbólica cúspide. Las cámaras simbolizaban a un tiempo las siete esferas y los siete superiores tipos físico–espirituales de la humanidad futura. De tres en tres mil años, el alma, símbolo de la raza, había de regresar al punto de partida para de allí emprender nueva peregrinación hacia un mayor perfeccionamiento físico y espiritual. Verdaderamente es preciso ahondar en la abstrusa metafísica de los místicos

[4] Wallace: *La selección natural en el hombre.*

[5] *La raza futura.*

[6] Indudablemente son las Pirámides el más grandioso símbolo cósmico nacido del genio humano.

orientales para percatarnos de la multiplicidad de temas que a un tiempo abarcaba su majestuosa mente.

No satisfecho el Adán edénico[7] de las condiciones en que le puso el Demiurgos[8] intentó orgullosamente ser creador. Este segundo Adán, salido de manos del andrógino Kadmon, es también andrógino, pues según las antiquísimas enseñanzas encubiertas alegóricamente por Platón[9] los arquetipos de las razas humanas estaban contenidos en el árbol microcósmico que creció y se desarrolló dentro y debajo del gran árbol mundanal o macrocósmico. Por diversos e innumerables que sean los rayos del sol espiritual, todos emanan de la unidad divina en cuya lumínica fuente tuvieron su origen las formas orgánicas e inorgánicas y también la forma humana.

Aun cuando repudiáramos la primitiva androginidad del hombre en lo concerniente a su evolución física, no cambiaría el sentido espiritual de la alegoría. Mientras el Adán edénico, el primer dios–hombre, encarnación de los elementos masculino y femenino, se mantuvo en estado de inocencia sin idea del bien y del mal, no sintió apetencia de "mujer" porque ella estaba en él y él en ella[10]. Adán asume la distinción masculina separada de la femenina cuando la maligna serpiente[11] mostró el fruto del árbol mundanal o árbol de la ciencia. En aquel punto cesa la integración andrógina y el hombre y la mujer se diferencian en dos distintas entidades con ruptura del enlace entre el espíritu puro y la materia pura.

Desde entonces dejó el hombre de *crear espiritualmente* por el poder de su voluntad, limitado en adelante al orden físico hasta reconquistar el reino espiritual tras larga prisión en la cárcel de carne. Tal es el significado del *Gogard*, el helénico árbol de la vida, el sagrado roble en cuyas frondosas ramas anida una serpiente que *no es posible* expulsar de allí[12]. Esta serpiente mundana repta fuera del *ilus* primordial y a cada evolución acrecienta su corpulencia, fuerza y poderío.

El primer Adán o Adán Kadmon, el Logos de los místicos judaicos, equivale tanto al Prometeo helénico que intentó parigualarse con la sabiduría divina como al Pimander[13] hermético. Los tres crearon hombres pero fracasaron en su obra[14]. Prometeo quiere dotar al hombre de espíritu inmortal trino y uno, para que sin perder la individualidad

[7] El segundo Adán o Adán de barro descrito en el Génesis, II, 7.

[8] Equivalente al Adán–Kadmon o primogénito.

[9] *Timeo*.

[10] Fíjese el lector en que el Génesis no le da a Eya el nombre de mujer hasta después de la caída. En estado de inocencia la llama varona y no hembra, como dando a entender con ello la naturaleza andrógina del mito edénico. – N. del T.

[11] Símbolo de la materia densificada en el hombre espiritual por su contacto con los elementos.

[12] Ferecides. – *Cosmogonía*.

[13] Poder de la MENTE divina en su aspecto superior, pues los egipcios no hipostatizaron este símbolo como lo estuvieron los otros dos.

[14] Esto explica por qué Jehová se *arrepiente* de haber creado al hombre (Génesis, VI, 6 y 7). – N. del T.

pueda recobrar su primitivo estado espiritual; pero fracasa en su intento de robar el fuego del cielo y en castigo se ve encadenado a la roca Kazbeck.

Los griegos antiguos simbolizaban el *Logos* indistintamente en Prometeo y Heracles. El *Código de los Nazarenos* dice que Bahak–Zivo desertó del cielo de su padre confesando que aunque progenitor de genios no se ve capaz de plasmar criaturas porque no conoce el orco[15] ni tampoco el "fuego consumidor que no está en la luz". Entonces Fetahil, una de las potestades, se posa en el "barro"[16] y se maravilla de que así haya cambiado el fuego viviente.

Las mitologías antiguas representan castigados severamente por su osadía a los *Logos* que intentaron dotar al hombre de espíritu inmortal. Los Padres de la Iglesia que, como Orígenes y Clemente de Alejandría, fueron filósofos paganos antes de convertirse al cristianismo, no pudieron por menos de reconocer en los antiguos mitos el fundamento de sus nuevas doctrinas con arreglo a las cuales, el Verbo o Logos se había encarnado para señalar al género humano la senda de la inmortalidad y, deseoso de infundir en el mundo la vida eterna por medio del paráclito fuego, sufrió castigo de muerte como sus predecesores.

Los teólogos cristianos esquivan la dificultad dimanante de estas analogías y cohonestan la semejanza de las figuras diciendo que la misericordia divina concedió aun a los mismos paganos el don de profetizar el drama del Calvario. Pero los filósofos redarguyen con inflexible lógica que los Padres de la Iglesia se aprovecharon de ya forjadas alegorías, para revestir de ellas sus nuevas doctrinas, de modo que las multitudes vulgares las hallaran semejantes, por lo menos en apariencia, a las paganas.

Los mitos de la caída del hombre y del fuego de Prometeo se refieren también a la rebelión del orgulloso Lucifer precipitado en el insondable oreo. En la religión induista, Mahâsura (el Lucifer indo), envidioso de la refulgente luz del Creador, se sublevó contra Brahmâ al frente de una cohorte de ángeles rebeldes. Pero así como en la mitología griega acude el fiel titán Hércules en defensa de Júpiter y le mantiene en el trono celeste, así en la mitología induista vence Siva (la tercera persona de la Trimurti) a los rebeldes, y de la mansión celestial los precipita en el Honderah o abismo de eternas tinieblas, donde arrepentidos por fin de su culpa se les abre el camino de perfección.

En la fábula griega, el dios solar Hércules desciende al Hades y acaba con los sufrimientos de las almas, como también en el credo cristiano desciende Cristo a los infiernos para librar a las almas que esperaban el advenimiento. Los cabalistas, por su parte, explican más científicamente esta alegoría. El segundo Adán[17] no era de naturaleza trina, es decir, no estaba formado de cuerpo, alma y espíritu, sino que tan

[15] Abismo sin fondo.

[16] Símbolo de la materia.

[17] Símbolo de la primera raza humana equivalente a los "dioses" de Platón y a los "EIohim" de la Biblia.

sólo tenía cuerpo astral sublimado y espíritu infundido en él por el Padre. El espíritu pugnaba por librarse de aquella sutil pero aprisionante envoltura, y los esfuerzos que en este sentido hicieron los "hijos de Dios" trazaron el bosquejo de la futura ley cíclica. Según Platón[18] la fábula refiere que "el Creador no quiso que el hombre fuera semejante a los elohim encargados de plasmar las formas de los animales inferiores"; y así, cuando los hombres de la primera raza llegaron al punto culminante del primer ciclo perdieron el equilibrio, y la densificación de su envoltura astral les hizo descender por el arco opuesto.

El *Código de los Nazarenos* da esta misma versión cabalística de los "Hijos de Dios" o "Hijos de la Luz" Bahak–Zivo, "padre de los genios", recibe el encargo de "formar criaturas"; pero como nada sabe del orco", fracasa en su empeño y solicita la ayuda de Fetahil, espíritu más puro, que todavía fue menos afortunado en la tarea emprendida. Entonces aparece en la escena de la creación el *anima mundi*[19] y al ver que por culpa de Fetahil[20] había menguado dañosamente el esplendor (la luz), despertó a Karabtanos[21] que estaba frenético y no tenía sentido ni juicio, y le dijo: "Levántate y mira cómo el esplendor (luz) del nuevo hombre (Fetahil) ha fracasado en la formación de hombres. El esplendor ha menguado. Levántate y ven con tu madre[22] para rebasar los límites que te rodean en mayor amplitud que el mundo entero". Unida la frenética y ciega materia con el alma astral (no el soplo divino) nacieron "siete figuras"[23] y al verlas Fetahil extendió la mano hacia el abismo de materia y dijo: "Exista la tierra como existió la mansión de las fuerzas". Y sumergiendo la mano en el caos lo condensa y crea la tierra[24].

Relata después el *Código* como Bahak–Zivo quedó separado del alma astral y los ángeles malos de los buenos[25]. Entonces, el gran *Mano*[26], que mora con el gran *Ferho*,

---

[18] *Timeo.*

[19] Dice Dunlap, apoyado en la autoridad de Ireneo, Justino mártir y el mismo *Código*, que los nazarenos consideraban el *alma* humana como potencia femenina y maligna. Ireneo al inculpar de herejía a los agnósticos dice que el Hijo y el Espíritu Santo son el *par agnóstico* que engendra los eones.– (Dunlap: *Sod, el Hijo del hombre,* p. 52, nota).

[20] Según los nazarenos, es Fetahil el creador, el rey de la luz; pero en este pasaje es el infortunado Prometeo que, por desconocer el nombre secreto, fracasó en su empeño de arrebatar el fuego del cielo para infundir en el hombre el espíritu divino.

[21] Personificación de la materia y la concupiscencia.

[22] El alma.

[23] Ireneo cree que estas figuras simbolizan los siete planetas; pero representan los siete *pecados capitales, o* sea la progenie del alma astral (separada del divino espíritu) y de la materia ciega y concupiscente.

[24] Franck: *Código de los nazarenos.* – Dunlap: *Sod, el Hijo del hombre.*

[25] *Código de los nazarenos,* II, 233.

[26] El Mano de los nazarenos se parece sorprendentemente al Maná indo ú hombre celeste del Rig Veda.

llama a Kebar–Zivo[27] y compadecido de los insensatos genios rebelados por su desmesurada ambición, le dice: "¡Señor de los genios![28]: mira lo que hacen los ángeles rebeldes y lo que están maquinando[29]. Dicen ellos: "Evoquemos el mundo y pongamos en existencia las fuerzas. Los genios son *príncipes*, hijos de la luz; pero tú eres el *Mensajero de Vida*"[30].

Para frustrar la influencia de la progenie del alma astral o siete principios malignos, el potente señor de la Luz (Kebar–Zivo) engendra otras siete figuras[31] que resplandecen "desde lo alto"[32] en su propia luz y forma y así se restablece el equilibrio entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Pero estas criaturas carecían del puro y divino soplo[33] y estaban formadas tan sólo de materia y luz astral[34]. Tales fueron los animales precursores del hombre sobre la tierra. Los espíritus (hijos de la Luz) que se mantuvieron fieles al gran Ferho (causa primera) constituyen la jerarquía celestial de los *Adonim* y las legiones de hombres espirituales que no *encarnaron jamás*. Los espíritus rebeldes y sus secuaces, con los descendientes de las siete "necias" figuras engendradas por Karabtanos en su unión con el espíritu astral, constituyeron andando el tiempo los "hombres terrenos"[35] después de pasar por *todas* las creaciones de cada elemento. De este punto de la evolución arranca la teoría de Darwin que demuestra cómo las formas superiores proceden de las *inferiores*. Sin embargo, la antropología no se atreve a seguir el metafísico vuelo de la cábala *más allá* de nuestro planeta, y muy dudoso es que los antropólogos tengan el valor de buscar en los viejos manuscritos cabalísticos el eslabón perdido.

Puesto en movimiento el *primer ciclo*, su rotación descendente trajo a nuestro planeta de barro una porción infinitesimal de las criaturas *vivientes*. Llegada al punto inferior del arco cíclico, es decir, al punto inmediatamente precedente a la vida en la tierra, la chispa divina, suspensa todavía en el Adán, pugna por separarse del alma

[27] Llamado también Nebat–Iabar bar Iufin–Ifafin, la *tercera vida,* el timón y la vid. (Yo soy la vid y mi Padre el viñador. – San Juan, XV)

[28] Equivalentes a los eones.

[29] *Código de los nazarenos,* I, 135.

[30] *Código de los nazarenos*, I, 135.

[31] Las virtudes capitales.

[32] *Código de los nazarenos,* III, 61.

[33] El "fuego viviente" de los cabalistas.

[34] La luz astral o *anima mundi* es dual y bisexual. El elemento masculino es espiritual y divino, *Sabiduria*; pero el elemento femenino (espíritu astral de los nazarenos) está contaminado de la materia que desde luego lo malea. Este elemento femenino del *anima mundi* constituye la forma astral o periespíritu del hombre y de toda criatura viviente, aunque en los animales está embrionario el elemento masculino o espíritu inmortal que al cabo de innumerables etapas ha de constituir el tercer principio de la naturaleza trina. La teoría de esta evolución se resume en el cabalístico aforismo que dice: "la piedra se convierte en planta, la planta en bestia, la bestia en hombre, el hombre en ángel y el ángel en dios".

[35] Eleazar. – *Comentarios sobre el Idra Suta.*

astral porque "el hombre iba cayendo poco a poco en la generación" y la vestidura de carne se densificaba paralelamente a la actividad.

Ahora se nos ofrece al estudio un *sod* [36] que el rabino Simeón[37] comunicó a muy pocos iniciados, pues sólo se revelaba de siete en siete años en los misterios de Samotracia y sus recuerdos están espontáneamente impresos en las hojas del misterioso *Kunbum*, el árbol sagrado de la comunidad de lamas adeptos[38].

En el mar sin orillas del espacio refulge el invisible y céntrico sol espiritual cuyo cuerpo es el universo en que infunde su alma y su espíritu. Todas las cosas están formadas según este ideal arquetipo. El cuerpo, alma y espíritu del invisible sol manifestado en el universo son las tres emanaciones, las tres vidas, los tres grados del *Pleroma* agnóstico, los tres rostros cabalísticos. El *Anciano de los Días*, el *Santo* de las edades, el supremo *En Soph* "tiene forma y después no tiene forma"[39]. Así dice el Zohar (Libro del Esplendor): "El Invisible tomó forma al poner el universo en existencia"[40]. El alma del Invisible es la *primera luz*, el infinito y eterno soplo que mueve el universo e infunde la vida inteligente en toda la creación. La *segunda* luz condensa la materia cometaria en formas que pueblan el círculo cósmico, ordena los innumerables mundos que flotan en el espacio etéreo en todas las formas e infunde vida *no inteligente*. La *tercera* luz produce el universo físico y según se aleja de la divina luz céntrica va palideciendo su brillo hasta convertirse en *tinieblas* y *mal*, es decir, en materia densa, a que los herméticos llamaron "purgaciones groseras del fuego celeste".

Al ver el Señor Ferho[41] los esfuerzos de la chispa divina para recobrar su libertad y no hundirse todavía más en la materia, emanó de Sí mismo una *Mónada* a la que unida la chispa por sutilísimo hilo debía *vigilar* durante su continuada peregrinación de forma en forma. Así, la mónada quedó infundida en la piedra[42]; y al cabo de tiempo, por la combinada acción del *fuego* y del *agua* viviente, que lanzaban a la par su brillante *reflejo* sobre la piedra, salió la mónada suavemente de su prisión convertida en liquen[43]. A través de sucesivas transformaciones fue ascendiendo la mónada y asimilándose cada vez mayor brillo de la paterna chispa a la que va aproximándose a medida que pasa por las formas. Por este orden quiso proceder la Causa primera, de modo que la mónada vaya ascendiendo lentamente hasta que su forma física recobre

[36] *Sod* significa misterio religioso que, según Cicerón, formaba parte de los del monte Ida cuyos sacerdotes se llamaban *sodales*. – Freund: *Diccionario latino*, cita de Dunlap.

[37] Autor del *Zohar*, la gran obra cabalística del siglo I antes de J.C.

[38] Obras del abate Huc.

[39] Expresión esotérica de los conceptos de la Divinidad manifestada en sus obras y la Divinidad inmanifestada o el Absoluto. – N. del T.

[40] *Zohar*, III, 288.– *Idra Suta*.

[41] El invisible y céntrico sol espiritual.

[42] Símbolo del reino mineral. – N. del T.

[43] Símbolo del reino vegetal. – N. del T.

el estado que tuvo en el Adán de *barro* a semejanza del Adán Kadmon; pero antes de llegar a esta última transformación terrestre, la envoltura externa de la mónada pasa de nuevo en el período embrionario de la gestación por las fases de los diversos reinos de la naturaleza y asume vagas configuraciones de planta, reptil, ave y cuadrúpedo hasta metamorfosearse en feto humano[44].

En el acto del nacimiento queda la mónada *inconsciente*[45], es decir, pierde todo recuerdo del pasado hasta que gradualmente recobra la conciencia cuando al instinto de la niñez sucede la razón y el juicio. Luego de separada la vida (alma astral) del cuerpo físico, la libertada mónada se reúne gozosa con su progenitor espíritu, el refulgente *augoeides*; e identificados ambos, forman, con gloria proporcionada a la pureza espiritual de su pasada vida terrena, el Adán que ha recorrido por completo ya el "círculo de necesidad" y desechado hasta el último vestigio de su envoltura física. Desde entonces aumenta gradualmente su esplendor a cada paso que da en el brillante sendero cuyo punto terminal coincide con el del que partió para recorrer el ciclo máximo.

Los seis primeros capítulos del *Génesis* encierran toda la darwiniana teoría de la selección natural. El *hombre* mencionado en el capítulo primero es radicalmente distinto del *Adán* del capítulo segundo, porque el *hombre* fue creado a imagen de Dios, macho y hembra o sea bisexual, mientras que *Adán* fue formado del barro de la tierra y se convirtió en "ánima viviente" cuando el Señor le infundió por las ventanillas de la nariz el soplo de vida. Además, este *Adán* era masculino y no le encontraba Dios digna compañera. Los *adonai* son puras entidades espirituales y por lo tanto no tienen sexo ó, mejor dicho, reúnen en sí los dos sexos como el Creador. Tan acertadamente comprendían los antiguos este concepto, que representaban a la par masculinas y femeninas a muchas divinidades. Quien lea detenidamente el texto del *Génesis* no tiene más remedio que interpretarlo según hemos expuesto, so pena de ver en ambos pasajes contradicciones absurdas.

El texto literal dió motivo a los escépticos para ridiculizar el relato mosaico, y precisamente de la letra muerta dimana el materialismo de nuestra época; pero no sólo alude el *Génesis* con toda claridad a las dos primeras razas humanas, sino que extiende la alusión a la tercera y cuarta simbolizadas en los "hijos de Dios" y en los gigantes[46].

---

[44] Everard: *Misterios fisiológicos,* 132.

[45] Platón: *Timeo.*

[46] En el momento de escribir estas líneas, da cuenta el periódico norteamericano *The Kansas City Times,* de haberse descubierto restos fósiles de una prehistórica *raza de gigantes* que conjuntamente corroboran las afirmaciones cabalísticas y mosaicas. Por la importancia del. descubrimiento transcribiremos el informe de dicho periódico que dice así:

"En sus exploraciones por los bosques del Missouri occidental, el magistrado E.P.Wert ha descubierto unos montículos cónicos, parecidos a los de Ohio y Kentucky, en las escarpadas alturas que dan al río Missouri. Los más elevados se encuentran en Tennessee, Mississipi y Luisiana. Nadie sospechaba que esta región hubiese sido en tiempos prehistóricos la patria de los constructores de estos montículos; pero

El autor de la recién publicada obra: *Religión sobrenatural e investigación acerca de la realidad de la revelación divina*, se burla de la unión de los "hijos de Dios" con las "hijas de los hombres" que *eran hermosas*, según dice no sólo el *Génesis* sino también el maravilloso *Libro de Enoch*. Pero es lástima que los doctos librepensadores de nuestra época no empleen su implacable lógica en rectificar sus partidistas y unilaterales opiniones, desentrañando el verdadero espíritu de las antiguas alegorías, mucho más *científicas* de cuanto pudieran suponer los escépticos. Sin embargo, de año en año vendrán nuevos descubrimientos a corroborar el significado de estas alegorías, hasta que la antigüedad en peso quede vindicada.

Del texto hebreo se infiere claramente que hubo una raza de criaturas puramente carnales y otra de seres puramente espirituales. Dejemos a la competencia de los antropólogos la evolución y selección de las especies y limitémonos a repetir, de acuerdo con la filosofía antigua, que de la unión de estas dos razas nació la raza adámica, que por participar de la naturaleza de sus progenitoras es igualmente apta para vivir en el mundo físico y en el espiritual. Con la naturaleza física está aliada la razón que le da señorío y predominio sobre los demás seres de la tierra, y con la naturaleza espiritual está aliada la *conciencia*, que le guía entre las falacias de los sentidos para discernir instantáneamente entre lo justo y lo injusto.

Este discernimiento es privativo del espíritu absoluto, puro y sabio por naturaleza, como emanación de la pureza y sabiduría divina. Las decisiones de la conciencia no dependen de la razón, pues sólo podrá manifestarse plenamente cuando se haya substraído a la servidumbre de la naturaleza inferior.

La razón no es facultad inherente al espíritu, porque tiene por instrumento el cerebro físico y sirve para deducir el consecuente del antecedente y la conclusión de las

---

ahora se ha descubierto que estos montículos levantados sobre las alturas de *Clay Country* son sepulcros de la extinguida raza que un tiempo poblara la comarca.

"En uno de dichos montículos encontró hace poco el magistrado Wert un esqueleto de cuyo hallazgo dió cuenta a los demás individuos de la asociación, quienes acudieron al paraje y excavaron el montículo hasta encontrar a poca profundidad huesos humanos de tamaño gigantesco, por lo menos doble del ordinario. Había una mandíbula inferior muy bien conservada con dientes profundamente arraigados en cuya corona se advierte el desgaste de la masticación. Las inserciones del maxilar denotan robustísimos músculos maseteros. El fémur es tan grande como el de un caballo y también revela poderosa musculatura. Pero el hueso más extraño del esqueleto es el frontal, que está muy deprimido y difiere de los ordinarios, pues en contraste con la depresión se ve un resalto longitudinal de una pulgada de ancho que cruza por las cejas y se dirige hacia atrás determinando el aplastamiento de la cabeza. En opinión de los sabios que se ocupan en este hallazgo, los huesos son de hombres pertenecientes a una raza prehistórica muy distinta de los indios actuales, cuyos montículos difieren de los de referencia. Los esqueletos hallados en los sepulcros estaban en posición sedente y junto a ellos había cuchillos y otros objetos de pedernal, de hechura diferente de las armas y utensilios de los aborígenes americanos.

"Los fósiles están depositados en casa del doctor Foe, con propósito de llevar a cabo nuevas y más minuciosas investigaciones en los montículos é informar a la Academia de Ciencias. De todos modos puede anticiparse que los esqueletos son de una raza de hombres no existente en la actualidad".

premisas, de conformidad con las pruebas suministradas por los sentidos. El espíritu *sabe* de por sí y no necesita argumentar ni discutir, pues como emanación del eterno espíritu de sabiduría, ha de poseer los mismos atributos esenciales que el todo de que procede. Por lo tanto, no discurrían desacertadamente los antiguos teurgos al decir que el elemento espiritual del hombre no se infundía plenamente en su cuerpo, sino que tan sólo cobijaba al alma astral, medianera entre el espíritu y el cuerpo. El hombre que ha subyugado su naturaleza inferior lo bastante para recibir directamente la esplendorosa luz de su *augoeides*, conoce por intuición la verdad y no puede errar en sus juicios a pesar de cuantos sofismas arguya la fría razón. Entonces alcanza la ILUMINACIÓN, cuyos efectos son la profecía, clarividencia e inspiración divina.

De acuerdo con las místicas doctrinas de los filósofos herméticos, escribió Swedenborg varios volúmenes, deseoso de interpretar el sentido esotérico del *Génesis*. Era Swedenborg congénitamente mago iluminado, pero no *adepto*; y así, no obstante haber seguido el mismo método de interpretación empleado por los alquimistas, fracasó en su propósito, porque tomó por modelo a Eugenio Filaleteo, que, si bien eximio alquimista, no llegó jamás a la "suprema pirotecnia", según frase alegórica de los mismos filósofos místicos. Sin embargo, aunque ni uno ni otro lograron abarcar todos los pormenores de la verdad, dió Swedenborg al primer capítulo del *Génesis* esencialmente la misma interpretación que los filósofos herméticos, demostrando que en sus versículos se encubre la *regeneración* o nuevo nacimiento del hombre y en modo alguno la creación de nuestro universo con el hombre por remate y corona.

Que Swedenborg substituyera los términos *sal, azufre y mercurio*, que emplearon los alquimistas, por los de *fin, causa y efecto*[47], en nada se opone a la interpretación del texto mosaico por el único método posible, o sea el de las correspondencias, que emplearon los herméticos y fue también el de los pitagóricos y cabalistas, resumido en el famoso apotegma: "como es arriba, así es abajo".

Este mismo método siguen los filósofos budistas, que en su todavía más abstracta metafísica invierten la definición corriente entre los modernos científicos y consideran como única realidad los arquetipos invisibles y como *ilusión* los prototipos visibles o efectos de las causas.

Por muy contradictorias que parezcan las interpretaciones del *Pentateuco* en las obras de Swedenborg, demuestra con ellas que las literaturas sagradas de todos los países, sean los *Vedas*, la *Biblia* o las *Escrituras* budistas, sólo pueden interpretarse a la luz de la filosofía hermética. Los más eminentes sabios antiguos y medioevales fueron herméticos, como también lo son los místicos contemporáneos; y ya les ilumine la verdad por medio de su intuición, ya reciban esta luz en premio del estudio y de la ordinaria iniciación, todos aceptan el método y siguen el sendero trazado por instructores como Moisés, Gautama el Buddha y Jesús. *El rocío del cielo*, en que

[47] *Arcanos celestes.*

simbolizaban los alquimistas la verdad, baña su corazón, porque en *las cumbres de las montañas* extendieron *limpias telas de lino* para recogerlo. De esta suerte, cada cual a su manera, se adueñaron del *disolvente universal*.

Muy distinta cuestión es inquirir hasta qué punto estaban facultados para divulgar las verdades poseídas. El Maestro no puede quitarse arbitrariamente aquel velo, que, según el *Éxodo*, cubría el rostro de Moisés al descender del Sinaí para comunicar al pueblo la palabra de Dios, sino que depende de si los oyentes quieren descorrer el velo que "encubre sus corazones". Así lo significa claramente el apóstol Pablo en su epístola a los corintios, cuando les dice que si sus entendimientos están cegados por el fulgor que rodea a la verdad divina, no podrán ver la luz hasta que descorran el velo de sus corazones y *vuelvan al Señor*[48], aunque el maestro descorra o no el que cubre su faz.

El eterno conflicto entre las diversas religiones del mundo, tales como la cristiana, judía, pagana, induista y budista, proviene de que muy pocos de sus respectivos fieles conocen la verdad, y la mayoría se obstinan en no descorrer el velo de su corazón creyendo que el ciego es su prójimo. La divinidad exotérica de todas las religiones, incluso la cristiana, no obstante sus presunciones de misterio, es un ídolo, una ficción y no puede ser otra cosa. Cubierto el rostro con *tupido velo* habla Moisés a la muchedumbre y les representa al cruel y antropomórfico Jehovah como el Dios más sublime; pero oculta en lo más íntimo de su corazón aquella verdad que no puede decirse ni revelarse". Kapila hiere con la punzante espada del sarcasmo a los yoguis que afirmaban ver a Dios en sus éxtasis. Gautama el Buddha encubre la verdad bajo impenetrable capa de sutilezas metafísicas y la posteridad le tilda de ateo. A Pitágoras le tienen muchos por hábil impostor a causa de su alegórico misticismo y de la doctrina de la metempsícosis. Apolonio y Plotino sufren injusta acusación de visionarios y charlatanes. Muchos traductores y comentadores de Platón, cuyas obras tan sólo han leído superficialmente la mayor parte de nuestros *eminentes* eruditos, le echan en cara absurdos y puerilidades, con más el desconocimiento de su propio idioma[49].

Podría llenarse todo un libro con los nombres de sabios cuyas mal comprendidas obras se diputan por un tejido de absurdos místicos, tan sólo porque los críticos escépticos son incapaces de levantar el velo que encubre su verdadero significado. Esto deriva principalmente de que la mayoría de los lectores tienen la inveterada costumbre de juzgar de una obra por los aparentes conceptos del texto, sin detenerse a penetrar su espíritu. Aun hoy mismo, los filósofos de las distintas escuelas se valen de exposiciones diversamente figuradas y algunas obscuras y metafóricas, no obstante tratar del mismo asunto. A la manera como los rayos emanan todos de un foco central,

---

[48] No se entiende por *Señor* en este pasaje la Trinidad antropomórfica, sino el Señor que a un tiempo es vida y hombre según el concepto de Swedenborg y los herméticos.

[49] Burges: *Prefacio*. – Probablemente dió aparente motivo a esta inculpación que el filósofo dijera en su *Carta séptima*, refiriéndose al Ser supremo, que un concepto tan sublime no podía expresarse con palabras como otras materias de estudio.

así también los filósofos místicos, ya píos y devotos como Enrique More, ya irascibles y groseros como su contrincante Eugenio Filaleteo, o bien con apariencias de ateos como Spinoza, todos tienen por único punto de mira y objeto de estudio al HOMBRE.

Spinoza es tal vez el filósofo que nos da la más segura clave de este simbolismo, pues mientras Moisés se limita a prohibir al pueblo que esculpa imágenes de aquel cuyo nombre no debe tomarse en vano, Spinoza va más allá y declara terminantemente que nadie es capaz de describir a Dios ni es posible en lenguaje humano dar idea del único Ser. El lector juzgará si en esto estuvo más acertado Spinoza que los teólogos cristianos. Todo cuanto se aparte de la inefabilidad del concepto de Dios dará por resultado que el vulgo antropormorfice a la Divinidad, y así pudo decir Swedenborg que en vez de crear Dios al hombre a su imagen y semejanza, ha creado el hombre a Dios a la suya[50].

¿En qué consiste, pues, el secreto a que tanto aluden los herméticos? Jamás dudarán de este secreto los estudiantes sinceros de ocultismo, pues de seguro que hombres de tanto talento como fueron los herméticos no se hubieran dejado llamar locos ni contagiar con su locura a otros durante miles de años. Siempre se ha sospechado que la "piedra filosofal" encubría secreta significación a un tiempo espiritual y física. El autor de la obra: *Observaciones sobre la alquimia y los alquimistas* dice muy acertadamente que el arte hermético tiene por sujeto al hombre y por objeto la perfección del hombre[51]; pero no estamos de acuerdo con él cuando dice que aquellos a quienes llama "estúpidos avaros", no pensaron jamás en conciliar el aspecto moral con el físico, pues prueba de que en efecto consideraron también la cuestión desde el punto de vista físico es que dividieron la trinidad humana en tres elementos: *sol, mercurio* y *azufre* o *fuego oculto* que simbolizan respectivamente el *espíritu*, el *alma* y el *cuerpo*. Espiritualmente es el hombre la piedra filosofal o como dijo Filaleteo: una *trinidad*, esto es, *trino* en *uno*.

Pero el hombre físico tiene también por símbolo la piedra filosofal, ya que su causa es el divino espíritu o disolvente universal. El hombre es una correlación de fuerzas físico–químicas, paralela a otra correlación de fuerzas espirituales que reaccionan sobre aquéllas en proporción del desarrollo alcanzado por el hombre terreno. Así dijo un alquimista: "Se perfecciona la obra según la virtud de cuerpo, alma y espíritu, porque el cuerpo no es penetrable sino por el espíritu, ni persistiría el tinte *pluscuamperfecto* del espíritu si no fuese por el cuerpo, ni tampoco podrían comunicarse espíritu y cuerpo sin la relación del alma, porque el espíritu es invisible y necesita de la vestidura del alma para manifestarse".

Dice Roberto Fludd, jefe de los filósofos del fuego, que la luz engendra simpatía y las tinieblas antipatía. Enseñaban además estos filósofos, de conformidad con otros

[50] *La verdadera religión cristiana.*

[51] Hitchcock. – *El hermético Swendenborg.*

cabalistas, que "las antinomias de la naturaleza derivan de la esencia o raíz eterna de todas las cosas", con lo cual tendremos que de la causa primera dimanan igualmente el bien y el mal. El Creador (que conviene distinguir del supremo Dios) es el padre de la materia, vehículo del mal, y padre también del espíritu que emanado de la causa primera y agnoscible se difunde a través de Él por todo el universo. A este propósito dice Fludd: "Es indudable que así como en la máquina universal hay infinidad de seres *visibles*, también hay infinidad de seres *invisibles* de diversa naturaleza. Según el texto bíblico, Moisés ansiaba conocer el misterioso nombre de Dios, cuando Dios le dijo: "*Jehovah es mi sempiterno nombre*; pero ni con éste ni con ningún otro nombre es posible articular en lenguaje humano la simple y pura naturaleza de Dios, pues todo nombre está comprendido en Dios porque en Dios hay *voluntad* e *involuntad*, negación y afirmación, muerte y vida, maldición y bendición, mal y bien (aunque idealmente nada malo hay en Dios), concordia y discordia, simpatía y antipatía"[52].

Los seres invisibles que los cabalistas llaman espíritus elementarios ocupan el ínfimo peldaño en la escala de la creación. Hay tres clases de espíritus elementarios:

1.º Espíritus terrestres que aventajan a las otras dos clases en sutileza e inteligencia. Son las sombras o larvas de cuantos durante la vida terrena repugnaron toda luz espiritual y vivieron y murieron tan profundamente hundidos en el cieno de la materia, que de sus almas pecadoras se fue separando poco a poco el espíritu inmortal[53].

2.º Prototipos de hombres que todavía han de nacer. Ninguna forma, por elevada que sea, puede surgir a la existencia objetiva sin que la preceda la idea abstracta de la misma forma o lo que Aristóteles llama su *ideación*. Antes de pintar un cuadro es preciso que el pintor lo bosqueje en su mente y antes de construir un reloj es indispensable que ya lo haya construido idealmente el relojero. Así sucede con los hombres.

Según Aristóteles, en los cuerpos físicos concurren tres elementos: ideación, materia y forma. Si aplicamos este principio al caso particular del cuerpo humano, tendremos que la ideación del niño por nacer está en la mente del Creador, pues aunque la ideación no es substancia ni forma ni cualidad ni especie, *es* algo abstracto que ha de existir en forma objetiva y concreta. En consecuencia, tan pronto como la ideación se enfoca en el éter universal queda plasmada etéreamente la forma. Si la ciencia moderna admite que el pensamiento *humano* puede actuar en la materia de otros sistemas planetarios al par que en la del nuestro, ¿cómo dudar de la actuación del pensamiento *divino* en el alma del mundo o éter universal? Por lo tanto, hemos de inferir que la energía de la mente divina plasma las ideaciones, pero no crea la materia en que se plasma, porque esta materia es coeterna con el espíritu y a impulsos de la evolución quedó preparada para formar un cuerpo humano. Las formas son transitorias; las ideas

[52] Fludd: *Filosofía mosaica,* 173, ed. 1659.

[53] En otras partes de esta obra nos ocuparemos con mayor detención en los espíritus terrestres.

que crean las formas y la materia en que se plasman son permanentes. Los prototipos no provistos todavía de espíritu inmortal pueden considerarse como *embriones psíquicos* que, cuando les llega la hora, *mueren* en el mundo invisible y *nacen* al mundo visible en forma de fetos de término que reciben *in transitu* aquel divino soplo llamado espíritu que completa al hombre. Esta clase de elementales no pueden comunicarse objetivamente con los hombres.

3.º Espíritus elementales que nunca alcanzan el reino humano, sino que ocupan un peldaño especial en la escala de los seres, es decir, que cada especie de esta clase está confinada a su propio elemento sin jamás incurrir en el de las demás especies. Son los espíritus o agentes de la naturaleza, llamados por Tertuliano "príncipes de las potestades aéreas". Se cree que estos seres no tienen espíritu inmortal ni cuerpos físicos, sino tan sólo formas astrales en cuya etérea materia predomina la del elemento en que residen. Pueden considerarse estos espíritus elementales como la infusión de una inteligencia rudimentaria en un cuerpo sublimado. Algunos de ellos son inmutables, pero ninguno es capaz de actuar individualmente, sino en colectividad. Otros mudan dé forma con arreglo a las leyes cuya explicación dan los cabalistas; y por más que aun los de más denso cuerpo escapan a nuestra ordinaria percepción visual, no se substraen a la clarividencia. Todos ellos viven en el éter y pueden, además, manipularlo para efectos físicos con tanta facilidad como nosotros comprimir el aire y el agua por medio de aparatos pneumáticos o hidráulicos. En estas manipulaciones suelen ayudarles los elementales terrestres. Por otra parte pueden plasmar en el éter cuerpos objetivos para cuyas formas toman por modelo los retratos estampados en la memoria de las personas a que se acercan. No es necesario que el circunstante esté pensando en aquel momento en la persona cuyo retrato copia el elemental, pues lo mismo ocurre aunque su recuerdo se le haya borrado de la memoria, ya que la mente, semejante a placa fotográfica, recibe en pocos segundos de exposición la huella de cuanto se pone a su alcance, aun la fisonomía de las personas que sólo vemos una vez en la vida.

Según Proclo, las diversas jerarquías de espíritus planetarios residen en las regiones que se dilatan desde el cenit de la tierra hasta la luna. La jerarquía superior es la de los doce *uperuranioi* (dioses supercelestes) que tienen a sus órdenes huestes enteras de espíritus subalternos. Sigue después la jerarquía de los *egkosmioi*, o dioses intercósmicos, que disponen de gran número de espíritus a quienes comunican su poder transfiriéndolo de unos a otros según les place. Estos elementales personifican evidentemente las correlativas fuerzas de la naturaleza, cuyos agentes son la tercera clase de elementales.

También dice Proclo, de conformidad con el principio hermético de tipos y prototipos, que las esferas inferiores están igualmente pobladas por diversas jerarquías de seres subordinados a los de las esferas superiores y, de acuerdo con Aristóteles, sostiene que nada hay vacío en el universo, pues los cuatro elementos están poblados de demonios (espíritus) de naturaleza flúida, etérea y semicorpórea que desempeñan el

papel de agentes medianeros entre los dioses y los hombres. Aunque estos seres son inferiores en inteligencia a la *sexta* jerarquía de espíritus elevados, influyen directamente en los elementos y en la vida orgánica, y presiden el crecimiento, florescencia y variaciones de las plantas, además de personificar las propiedades virtuales infundidas desde el celeste *ulê* en la materia inorgánica. Pero como quiera que el reino vegetal es de un grado superior al mineral, las emanaciones de los dioses celestes asumen en los vegetales una condición peculiar que constituye el alma de la planta. Esto es lo que Aristóteles llama la *forma*, que con la ideación y la materia son los tres principios de los cuerpos naturales. Según la filosofía aristotélica, la naturaleza trina de los cuerpos requiere, además de la materia constituyente, otro principio invisible aunque substancial, en la acepción ontológica de la palabra, pero realmente distinto de la materia plasmada. Así tendremos que además de los huesos, músculos, sangre y nervios en los animales y de la celulosa y savia en los vegetales, ha de existir distintamente de la fuerza vital y de la energía química, una forma substantiva que Aristóteles llamaba *alma* y Proclo el *demonio* de minerales, plantas y animales, y los filósofos medioevales denominaban *espíritus elementarios* de los cuatro reinos.

Todo esto se diputa en nuestro siglo por grosera superstición metafísica; y sin embargo, si nos atenemos estrictamente a los principios ontológicos echaremos de ver en estas viejas hipótesis visos de probabilidad, con el hilo que nos permita hallar los "eslabones perdidos" que tan perpleja ponen a la ciencia clásica, cuyo dogmatismo tiene por ilusorio cuanto escapa a su inducción. Así dice el profesor Le Conté que algunas eminencias científicas califican de "supersticiosa reminiscencia el concepto de la fuerza vital"[54]. De Candolle propuso que se llamase "movimiento vital" a la "fuerza vital"[55] y con ello predispuso a la ciencia para convertir al hombre inmortal y pensante en autómata movido por un mecanismo de relojería. Sin embargo, a esto arguye Le Conté diciendo: "¿Pero es posible concebir movimiento sin fuerza? Y si el movimiento es peculiar al organismo también debe serlo la *modalidad de fuerza*". La cábala judía llama *shedim* a los espíritus de la naturaleza y los divide en cuatro clases. Los persas les llamaban *devas*, los griegos demonios, los egipcios *afrites* y algunas tribus de África *yowahoos*. Según Kaiser, los antiguos mexicanos creían que los espíritus moraban en numerosas mansiones. Una de ellas para los niños muertos en estado de inocencia, que allí esperaban su definitivo destino; otra situada en el sol para los héroes; y los pecadores empedernidos quedaban condenados a vagar sin esperanza por cavernas hundidas en los confines de la atmósfera terrestre, de donde no les era posible salir y pasaban el tiempo comunicándose con los mortales e infundiendo terror en cuantos acertaban a verlos.

En el Panteón indo hay no menos de trescientos treinta millones de linajes de espíritus, incluyendo los elementales a que los brahmanes llaman *daityas*. Según

[54] Le Conte. – Correlación de la fuerza vital y de las físico–químicas.

[55] Archivo de las Ciencias, XIV, 345; Diciembre 1872.

aseguran los adeptos, estos espíritus elementales van atraídos hacia determinadas regiones celestes por una fuerza análoga a la que dirige la brújula hacia el norte y preside los movimientos de algunas plantas. También dicen que las diversas especies de elementales tienen respectiva preferencia por los hombres, según el temperamento fisiológico de éstos sea bilioso, linfático, nervioso o sanguíneo, por lo que las personas de cada uno de estos temperamentos se verá favorable o desfavorablemente afectada por ciertas condiciones de la luz astral en correspondencia con la relativa posición de los astros. Gracias a este principio fundamental, descubierto al cabo de larguísimos siglos de observaciones, pueden los adeptos astrólogos trazar muy aproximadamente el horóscopo de una persona, con sólo computar la posición de los astros en el instante de su nacimiento. La exactitud del horóscopo dependerá, por consiguiente, no tanto de la erudición del astrólogo como de su conocimiento de las fuerzas ocultas y seres invisibles de la naturaleza.

Eliphas Levi expone con muy racional fundamento la ley de las recíprocas influencias de los planetas y sus combinados efectos en los reinos mineral, vegetal, animal y humano. Afirma, además, que la atmósfera astral está en tan incesante movimiento como la aérea, y se muestra conforme con Paracelso en que todo hombre, animal y planta lleva señales externas e internas de las influencias predominantes en el momento de la concepción germinal. También admite con los cabalistas, que nada hay inútil o indiferente en la naturaleza, pues hasta un suceso al parecer tan insignificante como el nacimiento de un niño en nuestro diminuto planeta influye en el universo, al par que recíprocamente el universo influye en él. Dice a este propósito: "Los astros están solidarizados por atracciones que los mantienen en equilibrio y les impelen a moverse regularmente en el espacio. Los rayos de luz se intercambian y entrecruzan de globo a globo, sin que haya en ningún planeta punto alguno que no forme parte de esta sutilísima pero indestructible red. El adepto astrólogo ha de computar exactamente el lugar y hora del nacimiento e inferir luego de las influencias planetarias las facilidades ú obstáculos que haya de encontrar el niño en la vida y las congénitas disposiciones para cumplir su destino. Asimismo ha de tener en cuenta la energía individual de la persona cuyo horóscopo se estudia, por cuanto indica su potencialidad para vencer las dificultades y dominar las propensiones siniestras, de modo que con ello labre su ventura, o bien sufrir las consecuencias si no tiene energía bastante para mudar su destino"[56]. Considerada esta materia desde el punto de vista de los antiguos, resulta muy distinta del concepto expuesto por Tyndall en el siguiente párrafo de su famoso discurso de Belfast: "El ordenamiento y gobierno de los fenómenos naturales está encomendado a ciertos seres, imperceptibles por los sentidos, que no obstante su poder son *criaturas humanas*, nacidas acaso del seno de la humanidad con todas las pasiones y concupiscencias propias del hombre[57].

[56] Levi: *Dogma y ritual de la alta magia.*

[57] En corroboración de su aserto, aduce Tyndall el siguiente pasaje de Eurípides citado por Hume: "Los dioses todo lo revuelven y confunden, y mezclan cada cosa con su contraria, para que en nuestra

Respecto al *humano* espíritu, coinciden en conjunto las opiniones de los filósofos antiguos y de los cabalistas medioevales, aunque difieran en los pormenores, y así podemos considerar la doctrina de cada uno de ellos como propia de todos. La discrepancia más notable estriba en cómo se infunde y reside el espíritu inmortal en el cuerpo humano. Los neoplatónicos sostenían que el augoeides no se une jamás hipostáticamente al ser humano, sino que cobija e ilumina con su resplandor al alma astral; pero los cabalistas medioevales afirmaban que el espíritu se separaba del océano de luz para infundirse en el alma astral del hombre, que como una cápsula lo envolvía durante la vida terrena. Dimanaba esta discrepancia de que los cabalistas cristianos tomaban al pie de la letra el relato de la caída del hombre. Decían a este propósito: "A consecuencia de la caída de Adán quedó el alma contaminada por el mundo de la materia, personificado en Satán, y era preciso que en las tinieblas eliminase toda impureza antes de comparecer en presencia del Eterno con el divino espíritu aprisionado. El espíritu está en la cárcel del alma como una gota de agua presa en una cápsula de gelatina en el seno del Océano; mientras no se rompa la cápsula permanecerá aislada la gota, pero en cuanto la envoltura se quiebre, se confundirá la gota con la masa total de agua perdiendo su existencia individual. Lo mismo sucede con el espíritu. Mientras está encarcelado en el alma, su medianero plástico, existe individualmente; pero si se desintegra la envoltura a consecuencia de las torturas de una conciencia marchita, de crímenes nefandos o enfermedades morales, el espíritu se restituye a su morada primera. La individualidad se separa".

Por otra parte, los filósofos que interpretaban genésicamente la "caída en la generación" creían que el espíritu era completamente distinto del alma a la que iluminaba con sus rayos. El cuerpo y el alma habían de lograr la inmortalidad ascendiendo hacia la Unidad con la que al fin quedaban identificados y, por decirlo así, absorbidos. La individualización del hombre después de la muerte depende del espíritu y no del alma ni del cuerpo; y aunque en rigor el espíritu no tiene *personalidad*, es una entidad distinta, inmortal y eterna *per se*, aun en el caso de los criminales impenitentes de cuyo cuerpo y alma se aparta, dejando que la entidad inferior se desintegre gradualmente en el éter. Entonces el espíritu separado se convierte en ángel; porque los *dioses* de los paganos o los *arcángeles* de los cristianos, a pesar de la atrevida afirmación de Swedenborg, son emanaciones directas de la Causa primera y *nunca fueron ni serán hombres*, por lo menos en nuestro planeta.

Esta cuestión ha sido en todo tiempo piedra de escándalo para los metafísicos. En esta misteriosa enseñanza se basa todo el esoterismo de la filosofía budista, que tan pocos comprenden y que tantos científicos eminentes adulteraron. Aun los mismos metafísicos propenden a confundir el efecto con la causa. Un hombre puede haber alcanzado la inmortalidad y continuar siendo eternamente el mismo *yo interno* que era

ignorancia les prestemos mayor adoración y reverencia". Sin embargo, Eurípides fue escritor heterodoxo entre los de su época, a pesar de que en su obra: *Chrysippus* expone algunas enseñanzas pitagóricas. Así resulta que la cita tomada de este filósofo no robustece en modo alguno el argumento de Tyndall.

en la tierra; pero esto no supone que dicho hombre haya de conservar la *personalidad* que tuvo en la tierra, so pena de perder su *individualidad*. Por consiguiente, los cuerpos astral y físico del hombre pueden quedar absorbidos en sus respectivos receptáculos cósmicos de materia y cesar de ser residencia del *ego* si este *ego* no merecía ascender más allá; pero el divino espíritu continuará siendo entidad inmutable, aunque las experiencias terrestres se desvanezcan por completo en el instante de separarse de su indigno vehículo.

Si como enseñaron Orígenes, Sinesio y otros filósofos cristianos, es el espíritu individualmente persistente en la eternidad, por fuerza ha de ser eterno. Por lo tanto, nada importa que el hombre sea bueno o malo en la tierra, porque jamás puede perder su individualidad. Esta doctrina parece de tan perniciosas consecuencias como la de la redención por ajenos merecimientos; pero si el mundo desentrañara su verdadero significado, hubiese contribuido a mejorar a la humanidad apartándola del vicio y del crimen, no por temor a la justicia humana ni a un infierno ridículo, sino por el arraigadísimo e interno anhelo de la vida individual en el más allá, que sólo podemos alcanzar "conquistando a viva fuerza el reino de los cielos", es decir, que ni por humanas oraciones ni por sacrificio ajeno podemos salvarnos del aniquilamiento de nuestra individualidad, sino tan sólo uniéndonos íntimamente durante la vida terrena con nuestro espíritu o sea con nuestro *Dios*.

Pitágoras, Platón, Timeo de Locris y los alejandrinos enseñaban que el alma humana deriva del alma del mundo o éter, que por su naturaleza sutilísima sólo puede percibir la visión interna. Por consiguiente, el alma humana no es la esencia monádica de que como efecto dimana el *anima mundi*. El espíritu y el alma son preexistentes; pero el primero tiene *ab eterno* individualidad distinta, y la segunda preexiste como partícula material de un todo inteligente. Ambos dimanaron originariamente del eterno océano del Luz; pero, como dicen los teósofos, hay un espíritu de fuego visible y otro invisible, que establecen la distinción entre el *alma animal* y el *alma divina*. Empedocles creía firmemente que los hombres y animales tienen dos almas, y de la misma opinión era Aristóteles, que las llamaba respectivamente alma animal (*ψυχή*) y alma racional (*νοῦς*).

Según estos filósofos, el alma racional procede de *fuera* y la animal de *dentro* del alma universal. La superior y divina región en que colocaban a la suprema e invisible Divinidad era para ellos un quinto elemento puramente espiritual y divino, mientras que concebían el *anima mundi* de naturaleza sutil, ígnea y etérea, difundida por todo el universo.

Los estoicos, que en la antigüedad constituyeron la escuela materialista, abstraían al Dios invisible y al espíritu humano o alma divina de toda forma corpórea, y en esto se apoyan sus modernos comentadores para suponer que los estoicos negaban la existencia de Dios y del alma.

Sin embargo, el mismo Epicuro, que aventajaba en materialismo a los estoicos, pues no creía que los dioses intervinieran para nada en la creación y gobierno del mundo,

enseña que el alma es de tenue y delicada esencia, constituida por los más sutiles, suaves y refinados átomos, o sean los átomos etéreos. Arnobio, Tertuliano, Ireneo y Orígenes, no obstante sus creencias cristianas, afirmaban que el alma es material, si bien de sutilísima naturaleza.

La doctrina de que el hombre puede perder su alma y por lo tanto la personalidad, está en pugna con las teorías de ininterrumpida progresión que profesan algunos espiritistas, aunque Swedenborg la acepta por completo. Se resisten a comprender la enseñanza cabalística, según la cual sólo cabe lograr en el más allá la vida individual por la observancia de la ley de armonía durante la vida terrena.

Pero mientras que los espiritistas y los teólogos cristianos no conciben la extinción de la personalidad humana por la disociación del espíritu, los discípulos de Swedenborg están conformes con esta doctrina. El reverendo Chauncey Giles, de Nueva York, la ha dilucidado no ha mucho en un discurso, del que extractamos el párrafo siguiente: "La muerte del cuerpo es una ordenación divina para facilitar al hombre el logro de sus superiores destinos. Pero hay otra muerte que interrumpe la ordenación divina y destruye los elementos de la naturaleza humana con las posibilidades de su felicidad. Es la muerte espiritual que puede sobrevenir antes de la disolución del cuerpo físico. Cabe que la mente humana se desarrolle en alto grado sin que la acompañe la más leve chispa de amor a Dios ni de inegoísta amor al prójimo. El que se deja dominar por el egoísmo y el amor al mundo y sus placeres, sin amar a Dios ni al prójimo, se precipita de la vida en la muerte y desecha de sí los principios superiores de su naturaleza, de modo que aunque físicamente exista, está espiritualmente tan muerto para la vida superior como ha de estarlo su cuerpo para la terrena cuando deje de alentar. Esta muerte espiritual es el resultado de la desobediencia a las leyes de la vida espiritual, que acarrea el correspondiente castigo, ni más ni menos que si se tratara de las leyes de la vida social. Sin embargo, el hombre espiritualmente muerto no deja de tener sus goces ni pierde sus dotes intelectuales ni su poder y actividad. No hay placer animal del que no puedan participar y en su goce estriba para ellos el más elevado ideal de felicidad humana. El incesante afán con que los ricos apetecen las diversiones de la vida mundana, la elegancia en el vestir, los honores y distinciones sociales, trastorna a estas criaturas, que con todas sus gracias y atavíos están muertas a los ojos de Dios, sin más vida que los esqueletos cuya carne se hizo polvo. La poderosa inteligencia no es prueba de vida espiritual. Muchas eminencias científicas son cadáveres animados de donde huyó el espíritu. Por lejos que nos remontemos en la historia de la sociedad mundana, encontraremos siempre y en todas partes hombres *espiritualmente muertos*".

Enseñaba Pitágoras que el universo es en conjunto un vasto sistema de exactas combinaciones matemáticas y Platón ve en Dios el supremo geómetra. El mundo está regido por la misma ley de equilibrio y armonía que presidió a su formación. La fuerza centrípeta no podría actuar sin la centrífuga en las armoniosas revoluciones de las esferas, pues todas las formas requieren fuerzas duales. Así, para la mejor comprensión

del caso de que vamos tratando podemos considerar el espíritu como la fuerza centrífuga y el alma como la centrípeta en el sistema suprafísico. Cuando actúan armónicamente ambas fuerzas producen el mismo efecto; pero si se perturba el movimiento del alma que centrípetamente tiende al centro que la atrae, o si se la abruma con mayor peso de materia del que puede soportar, quedará rota la armonía del conjunto y, por consiguiente, la vida espiritual cuya continuidad requiere el concurso de ambas fuerzas, que si se perturban dañan a la individualidad humana y si se destruyen la aniquilan.

Los perversos y depravados que durante la vida interceptaron con su grosera materialidad el rayo del divino espíritu y estorbaron su íntima unión con el alma, se encuentran al morir magnéticamente retenidos en la densa niebla de la atmósfera material, hasta que, recobrada la conciencia, se ve el alma en aquel lugar que llamaron *Hades* los antiguos. La aniquilación de estas entidades desprovistas de espíritus no es nunca instantánea, sino que a veces tarda siglos, pues la naturaleza nunca procede a saltos ni por bruscas transiciones, y los elementos constituyentes del alma requieren más o menos tiempo para desintegrarse. Entonces se cumple la temerosa ley de compensación a que llaman *yin–yuan* los budistas. Estas entidades son los elementarios terrestres, que los orientales designan con el alegórico nombre de “hermanos de la sombra”. Su índole es astuta, ruin y vengativa, hasta el punto de qué no desperdician ocasión para mortificar a la humanidad en desquite de sus sufrimientos, y antes de aniquilarse se convierten en vampiros, larvas y simuladores[58] que desempeñan los principales papeles en el gran teatro de las materializaciones espiritistas, con ayuda de los elementales genuinos, quienes se complacen en prestársela.

El eminente cabalista alemán Enrique Kunrath representa, en una lámina de su hoy rarísima obra *Amphitheatri Sapientæ Æternæ*, las cuatro variedades de “espíritus terrestres”. El hombre está en riesgo de perder su espíritu y convertirse en una de estas entidades elementarias hasta que cruza el dintel del santuario de la iniciación y levanta el VELO DE, ISIS. Entonces ya no ha de sentir temor.

Aristóteles atribuía a la mente humana naturaleza material, anticipándose con ello a los fisiólogos modernos; y aunque ridiculizaba a los hilozoicos[59], admitía la distinción entre alma y espíritu[60]; pero discrepaba de Estrabón en no creer, como cree éste, que

[58] Los vampiros son las entidades sin espíritu que, según creencia oriental, chupan la sangre humana; las larvas son las que se alimentan de cadáveres; y los simuladores las que toman aspecto de vivos o difuntos. – N. del T.

[59] De *hyle* (materia) y *zoein* (vivir). Nombre de una escuela antigua que consideraba la vida como cualidad inherente a la materia, o lo que es lo mismo, que reconocía la coeternidad de la materia. – N. del T. – Extractada del *Diccionario etimológico* de Barcia.

[60] Aristóteles: De la generación y de la corrupción, II.

toda partícula de materia tiene en sí misma la suficiente energía vital para desenvolver gradativamente un mundo tan multiforme como el nuestro[61],

La sublime moral que campea en la *Etica Nicomaqueana* de Aristóteles está entresacada de los *Fragmentos Eticos* de Pitágoras, según se infiere de la lectura de ambos textos, aunque el filósofo de Estagira no "jurase por el fundador de la tetractys"[62]. Después de todo, ¿qué sabemos en verdad de Aristóteles? Su filosofía es tan abstrusa, que continuamente ha de ir llenando la imaginación del lector las lagunas que interrumpen la ilación de sus deducciones. Además, nos consta que las obras de este filósofo no han llegado íntegras a manos de los eruditos que hoy se deleitan en los al parecer ateísticos argumentos en pro de la teoría del destino expuesta por el autor. Los manuscritos de Aristóteles quedaron en poder de Teofrasto, de quien los heredó Neleo, cuyos sucesores los tuvieron olvidados en unos sótanos[63] durante siglo y medio hasta que los copió Apellicón de Theos, sin reparo en completar a su arbitrio los párrafos medio borrados por el tiempo e interpolar otros que no estaban en el original. Los eruditos nonocentistas podrían observar hechos y fenómenos, tan cuidadosamente como Aristóteles, cuyo ejemplo anhelan seguir, en vez de ponderar su método inductivo y sus teorías materialistas frente a la filosofía platónica y de negar hechos que por completo desconocen.

Lo que en anteriores capítulos dijimos acerca de los médiums y de la mediumnidad, no se funda en conjeturas, sino en directas observaciones y personales experiencias llevadas a cabo durante los últimos veinticinco años en la India, Tíbet, Borneo, Siam, Egipto, Asia Menor y ambas Américas, donde vimos variadísimos aspectos de los fenómenos mediumnímicos y mágicos. La experiencia nos ha convencido profundamente en diversas lecciones de dos importantísimas verdades: 1.ª, que el ejercicio de los poderes mágicos requiere indispensablemente pureza personal y voluntad recia; 2.ª, que los espiritistas jamás podrán estar seguros de la autenticidad de los fenómenos mediumnímicos, a no ser que se produzcan en pleno día y en tan rigurosas condiciones de comprobación que no consientan la más mínima tentativa de fraude.

A mayor abundamiento, añadiremos que, si bien por regla general las manifestaciones mediumnímicas de orden físico son obra de los espíritus de la naturaleza, sin otra finalidad que satisfacer su capricho, hay casos en que espíritus desencarnados de bondadosa índole se manifiestan, aunque *nunca se materializan personalmente*, cuando un motivo excepcionalmente poderoso, como por ejemplo, el anhelo de un corazón puro o el remedio de una necesidad urgentísima, les impele a dejar su radiante mansión para volver a la pesadísima atmósfera de la tierra.

[61] Aristóteles: *De Part,* I–I.

[62] Juramento pitagórico. Los discípulos de Pitágoras juraban por su maestro.

[63] Lemprière: *Diccionario clásico.*

Los magos y los teurgos se oponían resueltamente a la evocación de las almas. A este propósito dice Psello: "No evoques las almas, no sea que al mancharse retengan algo, ni tampoco poséis en ellas los ojos antes de iniciaros, pues con repetidos halagos seducen a los profanos"[64].

Por su parte corrobora Jámblico esta opinión diciendo que "es sumamente difícil distinguir los demonios buenos de los malos". Por otra parte, si un espíritu desencarnado penetra en la para él sofocante atmósfera terrestre, corre el riesgo de que "al salir *retenga* algo de ella", es decir, que se mancille su pureza y le sobrevengan más o menos graves sufrimientos. Así, pues, el verdadero teurgo se guardará muy mucho de exponer a los espíritus desencarnados a nuevos sufrimientos, como no lo requieran en absoluto los intereses de la humanidad. Tan sólo los nigrománticos evocan a las impuras almas de cuantos, por haber llevado en la tierra una vida perversa, están prontos a ayudarles en sus egoístas propósitos.

Para ahuyentar a los espíritus malignos se valían los teurgos de ciertas substancias químico–minerales, entre las que sobresalía por su eficacia la piedra llamada *mnizurin* (Μνίζουριν). Dice un oráculo zoroastriano: "Cuando se te acerque algún espíritu terrestre, levanta el grito y sacrifica la piedra mnizurin"[65].

Pero descendamos de las poéticas altezas de la magia teúrgica a la prosaica e inconsciente magia de nuestros días y oigamos a los modernos cabalistas. De una carta anónima inserta en un periódico parisiense[66], entresacamos el siguiente pasaje:

> Crea usted que no hay espíritus ni duendes ni ángeles ni demonios *encerrados en la mesa*: pero unos y otros pueden estar allí por efecto de *nuestra voluntad* o de nuestra imaginación… Este *mensambulismo*[67] es fenómeno antiguo, que aunque mal comprendido por los modernos, no tiene nada de sobrenatural y cae bajo el doble dominio de la física y la psicología. Pero desgraciadamente no era posible comprenderlo mientras no se descubriesen la electricidad y la heliografía, pues para explicar un fenómeno de orden espiritual hemos de apoyarnos en otro análogo de orden físico. Como todos sabemos perfectamente, la placa fotográfica no sólo es sensible a los objetos, sino también a sus imágenes. Ahora bien: el fenómeno en cuestión, que pudiéramos llamar *fotografía mental*, reproduce, además de las *realidades*, los sueños de la imaginación, con tal fidelidad, que solemos confundir la copia de un *objeto real* con el negativo obtenido de una *imagen*…
>
> Lo mismo puede magnetizarse una mesa que a una persona, pues consiste en saturar un cuerpo extraño de electricidad vital e *inteligente*, o del pensamiento del magnetizador y de los circunstantes.

---

[64] *Oráculos caldeos*

[65] Psello, 40.

[66] *El Journal du Magnetisme* que publicaba el doctor Morin cuando el fenómeno de las mesas giratorias cautivaba la atención de Francia entera.

[67] De *mensa,* mesa, y a*mbulare* andar. Esta curiosa carta está íntegramente copiada en *"La ciencia de los espíritus"*, de Eliphas Levi.

A este respecto nada puede dar más exacta idea que la comparación con una máquina eléctrica que acumula el fluido en el colector para transmutarlo en fuerza ciega. La electricidad acumulada en un cuerpo aislado adquiere una potencia de reacción igual a la acción para emitir sus vibraciones en efectos visibles de la electricidad inconsciente, mediante un acumulador también inconsciente que, en el caso de que vamos tratando, es la mesa giratoria. Pero no cabe duda de que el cerebro humano es una pila productora de *electricidad anímica,* o sea el éter espiritual que es el medio ambiente del universo *metafísico* o, por mejor decir, del universo *incorpóreo*; y, por lo tanto, forzosamente ha de estudiar la ciencia esta modalidad eléctrica antes de admitirla y comprender el capital fenómeno de la vida.

Parece que la electricidad cerebral requiere para manifestarse el concurso de la ordinaria electricidad estática, de modo que cuando hay escasa electricidad atmosférica o el ambiente está muy húmedo, apenas puede obtenerse nada de las mesas ni de los médiums.

No hay necesidad de que el pensamiento se fije con mucha precisión en el cerebro de los circunstantes, pues la mesa lo revela y expresa exactamente por *sí misma*, unas veces en prosa y otras en verso, después de borrar, corregir y enmendar el escrito lo mismo que hacemos nosotros. Si entre los circunstantes reina cordialidad y simpatía, la mesa torna parte en sus juegos y regocijos, cual lo hiciera una persona de carne y hueso; pero en cuanto a las cosas del mundo exterior, se limita a meras conjeturas, lo mismo que nosotros, e inventa, discute y defiende sus teorías filosóficas como el más consumado retórico. En una palabra, adquiere conciencia y raciocinio con los elementos que de entre los circunstantes se asimila…

Los norteamericanos creen que los espíritus de los muertos producen estos fenómenos; pero otros opinan más razonablemente que son obras de espíritus no humanos, y algunos los atribuyen a los ángeles, sin faltar quienes los achaquen al diablo que remeda las opiniones e ideas de los circunstantes, como les sucedía a los iniciados de los templos de Serapis, Delfos y otros, cuyos sacerdotes, a un tiempo médicos y teurgos, nunca quedaban defraudados en sus esperanzas cuando de antemano estaban convencidos de que iban a ponerse en comunicación con sus dioses.

Pero conozco demasiado bien el fenómeno para no estar seguro de que, después de saturada la mesa de efluvios magnéticos, adquiere inteligencia humana y libre albedrío, hasta el punto de conversar y discutir con los circunstantes mucho más lúcidamente que cualquiera de ellos, pues siempre es el todo mayor que la parte y la resultante mayor que cada una de las componentes… No debemos acusar a Heródoto de embustería cuando relata hechos ocurridos en circunstancias extraordinarias, pues son tan ciertos y exactos como cuantos refieren los demás autores de la antigüedad pagana.

Sin embargo, este fenómeno es tan antiguo como el mundo… Los sacerdotes de India y China lo conocieron antes que los egipcios y griegos, y aun hoy en día lo practican algunos pueblos salvajes, entre ellos los esquimales. Es el fenómeno de la fe, única determinante de todo prodigio, que "os será concedido en proporción de vuestra fe". Quien así habló era, en efecto, la encarnada palabra de Verdad que ni se engañaba ni podía engañar a los demás; y exponía un axioma que nosotros repetimos ahora sin muchas esperanzas de aceptación.

El hombre es un microcosmos o mundo diminuto que lleva en sí un estado caótico, una partícula del *Todo* universal. La tarea de los semidioses consiste en ir sistematizando su

partícula por medio de un continuo esfuerzo mental y físico. Han de producir sin cesar nuevos resultados, nuevos efectos morales para completar la obra de la creación, creando a su vez con los informes y caóticos elementos suministrados por el Creador a Su propia imagen. Cuando el todo se perfeccione hasta el punto de parecerse a Dios y se sobreviva a sí mismo, entonces quedará completada la obra de la creación. Pero todavía estamos muy lejos de este momento final, porque puede decirse que en nuestro mundo está todo por hacer: instituciones, instrumentos y resultados. *Mens non solum agitat sed creat molem.*

Vivimos en este mundo en un ambiente mental que mantiene necesaria y perpetua solidaridad entre todos los hombres y todas las cosas. Cada cerebro es un ganglio, una estación del universal *telégrafo neurológico*, relacionada con las demás estaciones y con la central por medio de las ondas del pensamiento. El sol espiritual ilumina las almas, así como el sol físico ilumina los cuerpos, porque el universo es dual y obedece a la ley de los pares. El telegrafista torpe no interpreta bien los telegramas divinos y los transmite errónea y ridículamente. Así pues, la verdadera ciencia es el único medio a propósito para extirpar las supersticiones y desatinos divulgados por los ignorantes intérpretes de las enseñanzas en todos los pueblos de la tierra. Estos ciegos intérpretes del *Verbo*, de la PALABRA, han exigido siempre de sus discípulos juramento *in verba magistri* sin el más leve examen.

No desearíamos otra cosa si fuesen fidelísimo eco de las voces *internas* que sólo engañan a quienes están poseídos del *falaz espíritu*. Pero dicen: "nuestro deber es interpretar los oráculos, pues nadie más que nosotros recibió del cielo esta misión. *Spiritus flat ubi vult* y no sopla más que hacia nosotros". Sin embargo, el espíritu sopla en *todas* direcciones y los rayos del sol espiritual iluminan todas las conciencias. Cuando todos los cuerpos y todas las mentes reflejen por igual esta doble luz, el mundo verá mucho más claro[68].

El autor de esta carta demuestra conocer a fondo la índole versátil de las entidades actuantes en las sesiones espiritistas, que sin duda alguna son del mismo linaje de las descritas por los autores antiguos, como los hombres de hoy son de la misma raza que los coetáneos de Moisés. En circunstancias armónicas, las manifestaciones subjetivas proceden de los seres llamados en la antigüedad "demonios buenos". Algunas veces las producen los espíritus planetarios (que no pertenecen a la raza humana), otras los espíritus de los difuntos o bien elementales de toda categoría; pero por lo general son los elementarios terrestres o entidades anímicas de hombres perversos ya desencarnados[69].

No olvidemos lo dicho acerca de los fenómenos mediumnímicos *subjetivos* y *objetivos* ni perdamos jamás de vista esta distinción. En ambos linajes de fenómenos los hay buenos y malos. Un médium impuro atraerá las influencias viciosas, depravadas y malignas tan inevitablemente como el puro atraiga las virtuosas y benéficas[70].

---

[68] Hemos transcrito estos párrafos de la carta por sus originales conceptos que entrañan completa verdad. Conocemos a su autor, hombre honrado y varón con fama de cabalista según saben sus amigos.

[69] Estas entidades son los *diakkas* de Jackson Davis.

[70] Ejemplo de pura y noble mediumnidad nos ofrece la baronesa Adelma de Vay, hija de los condes de Wurmbrandt, que empleaba sus facultades en curar a los enfermos y consolar a los afligidos. Para los

Aunque los espiritistas no crean en ellos, es indudable la existencia de los espíritus de la naturaleza, pues si en tiempo de los rosacruces hubo gnomos, sílfides, salamandras y ondinas, también debe haberlos en nuestros días. El *morador en el umbral*, de Bulwer–Lytton, es un concepto modernamente derivado del *sulanuth* de los hebreos y egipcios a que alude el *Libro de Jasher* [71].

Los cristianos llaman "diablos", "engendros de Satanás" y otros nombres por el estilo a los espíritus elementales que no son nada de esto, sino entidades de materia etérea, irresponsables y ni buenas ni malas a no ser que reciban la influencia de otra entidad superior. Extraño es que los devotos llamen diablos a los espíritus de la naturaleza, cuando uno de los más ilustres Padres de la Iglesia, San Clemente de Alejandria, neoplatónico y tal vez teurgo, afirma apoyado en fidedignas autoridades, que es un absurdo llamar diablos a estos espíritus[72] pues no pasan de ser ángeles inferiores o "potestades que moran en los elementos, mueven los vientos y distribuyen las lluvias como agentes de Dios a quien están sujetos"[73].

De la misma opinión era Orígenes, que había militado en la escuela neoplatónica antes de convertirse al cristianismo, y Porfirio describió estos espíritus más minuciosamente que ningún otro autor.

Cuando se estudie más a fondo la naturaleza de las entidades manifestadas fenoménicamente, que los científicos identifican con la "fuerza psíquica" y los espiritistas con los espíritus de los difuntos, entonces recurrirán unos y otros a los filósofos antiguos para saber a qué atenerse en este punto.

La prensa espiritista ha relatado casos de aparición de formas espectrales de perros y otros animales domésticos; pero aunque en nuestra opinión dichas apariciones no sean otra cosa que jugarretas de los espíritus elementales, admitiendo el testimonio espiritista de que se aparezcan los "espíritus" de animales, tendríamos, por ejemplo, que un orangután desencarnado, una vez franqueada la puerta de comunicación entre el mundo terrestre y el astral, podría producir sin dificultad fenómenos físicos análogos

---

ricos fue la baronesa un fenómeno, mas para los pobres fue un ángel bienhechor y la llamaron "providencia del prójimo". Durante muchos años estuvo en relación con los espíritus de la naturaleza o elementales cósmicos, quienes siempre se mostraron complacientes con ella a causa de su pureza y bondad. Otros miembros correspondientes de la sociedad Teosófica no fueron tan afortunados al tropezar con estas frívolas entidades, como ocurrió en el caso de la Habana a que nos referimos en otro pasaje.

[71] Y cuando los egipcios se escondieron en sus casas y cerraron tras ellos las puertas para huir de la plaga de cínifes, ordenó Dios al *sulanuth* que saliera del mar donde a la sazón se hallaba y fuese a Egipto… Y tenia el sulanuth los brazos de diez codos de largo y se subió a las techumbres para descuajar las vigas y metiendo por allí los brazos levantó pestillos y dió vuelta a las cerraduras, de modo que abiertas las puertas entró la plaga de cínifes y puso en extrema desazón a los egipcios. – (Libro de Jasher, cap. LXXX, 19, 20).

[72] *Strom*: VI, 17, 159.

[73] *Strom*: VI, 3, 30.

a los que produjeron las entidades humanas, con la posibilidad de que aventajaran en perfección y originalidad a muchos de los que se ven en las sesiones espiritistas.

El orangután de Borneo tiene el cerebro menos voluminoso que el tipo ínfimo de los salvajes; pero, no obstante, poco le falta para igualar a éstos en inteligencia; y según afirman Wallace y otros eminentes naturalistas, está dotado de tan maravillosa perspicacia, que únicamente se echa en él de menos la palabra para entrar en la ínfima categoría de la especie humana. Estos orangutanes apostan centinelas alrededor de sus campamentos, edifican chozas para guarecerse, prevén y evitan los peligros, eligen caudillos y en el ejercicio de sus facultades demuestran que bien pueden parigualarse con los australianos de cabeza achatada, pues como dice Wallace, "las necesidades de los salvajes y su potencia mental apenas superan a las de los orangutanes".

Ahora bien; es opinión común que en el otro mundo no puede haber orangutanes porque no tienen alma; pero si algunos orangutanes igualan en inteligencia a muchos hombres, ¿por qué han de tener éstos y aquéllos no, espíritu inmortal? Los materialistas dirán que ni unos ni otros lo tienen, sino que toda vida acaba con la muerte; pero los espiritualistas han estado siempre conformes en afirmar que el hombre ocupa en la escala de los seres el peldaño inmediatamente superior al del animal, y que desde el más rudo salvaje al más profundo filósofo posee algo de que el animal carece. Según hemos visto, enseñaron los antiguos que el hombre consta trínicamente de cuerpo, alma y espíritu, mientras que el animal está dualmente constituido de cuerpo y alma; los fisiólogos no descubren diferencia alguna de constitución entre el cuerpo del hombre y el del bruto, y los cabalistas convienen con ellos al decir que el cuerpo astral (el principio vital de los fisiólogos), es esencialmente idéntico en el hombre y en los animales. El hombre físico no es ni más ni menos que la culminación de la vida animal; y si, como también afirman los materialistas, es materia el pensamiento que en opinión de los audaces autores de *El Universo Invisible* "afecta a la materia de otros universos simultáneamente a la del nuestro" y no hay sensación placentera o dolorosa ni deseo emocional que no ponga en vibración el éter, ¿por qué las groseras vibraciones mentales del animal no se han de transmitir al éter y asegurar la continuación de la vida después de la muerte del cuerpo?

Sostienen los cabalistas que no es lógico creer por una parte en la supervivencia del cuerpo astral del hombre y por otra en la desintegración inmediata del de los animales. Después de la muerte del cuerpo físico sobrevive como *entidad* el cuerpo astral llamado por Platón[74] *alma mortal*, porque según la filosofía hermética renueva sus partículas constituyentes en cada una de las etapas que recorre el hombre para alcanzar más elevada esfera. Pone Platón en boca de Sócrates, en su coloquio con Callicles[75], que "el alma mortal retiene todas las características del cuerpo físico luego de muerto éste, con tal exactitud, que si un hombre sufrió en vida la pena de azotes

74 *Timeo*; *Gorgias*.

75 *Gorgias*.

tendrá el cuerpo astral con las mismas equimosis y cicatrices". El cuerpo astral es calcada reproducción del físico bajo todos sus aspectos, por lo que sería absurdo y blasfemo creer que recibe premio o castigo el espíritu inmortal, la llama encendida en la inagotable céntrica fuente de luz e idéntica a esta luz en atributos y naturaleza. El espíritu inmortaliza la entidad astral según las disposiciones en que ésta le reciba. Mientras el hombre dual, cuerpo y alma, observen la ley de continuidad espiritual y permanezca en ellos la chispa divina, por débilmente que resplandezca, estará el hombre en camino hacia la inmortalidad de la futura vida; pero si se apegan a la existencia puramente material y refractan el divino rayo emanante del espíritu desde los comienzos de su peregrinación y desoyen las inspiraciones de la avizora conciencia donde se enfoca la luz espiritual, no tendrán más remedio que someterse a las leyes de la materia.

Ciertamente que la materia es tan eterna e indestructible como el mismo espíritu, pero solamente en esencia, no en sus formas. El cuerpo carnal de un hombre groseramente materialista queda abandonado por el espíritu aun antes de la muerte física, y al sobrevenir ésta, el cuerpo astral moldea su plástica materia, con arreglo a las leyes físicas, en el molde que se ha ido elaborando poco a poco durante la vida terrena. Como dice Platón, "asume entonces la forma del animal con quien más le asemejó su mala conducta"[76]. Dice además, que, "según antigua creencia, las almas van al Hades al salir de la tierra y vuelven de allí otra vez para ser *engendradas de los muertos*…[77]. Pero quienes vivieron santamente llegan a la pura mansión superior y habitan en las más elevadas regiones de la tierra"[78]. También dice Platón en el *Fedro* que al término de su primera vida[79] van algunos hombres a los lugares de castigo situados *debajo* de la tierra[80].

De todos los modernos tratadistas acerca de las aparentes incongruencias del *Nuevo Testamento*, tan sólo los autores de *El Universo invisible* han percibido un vislumbre de la cabalística verdad encubierta en la palabra *gehenna*[81] con la cual significaban los ocultistas la *octava* esfera[82], o sea un planeta como la tierra y relacionado con ella de modo que le sigue en la *penumbra*. Es una especie de caverna sepulcral, un "sitio en donde se consume todo desperdicio e inmundicia" y se regeneran las escorias y residuos de materia cósmica procedente de la tierra.

---

[76] *Timeo.*

[77] Cory: Traducción de *Fedro,* I, 69.

[78] La región etérea. – Cory: *Fedro,* I, 123.

[79] La terrena.

[80] *Fedro.* Cory: *Platón,* 325.

[81] Véase El *Universo invisible,* pág. 205–206. Los cabalistas no creen que este lugar *inferior* esté en el centro de la tierra, sino que es una esfera mucho más material y menos perfecta que la tierra.

[82] Enumeradas en orden inverso.

Enseña la doctrina secreta que si el hombre logra la inmortalidad continuará siendo trino como era en vida y trino será en todas las esferas, porque él cuerpo astral que durante la vida física está envuelto por el físico, se convierte después de la muerte carnal en envoltura de otro cuerpo más etéreo, que empieza a desarrollarse en el momento de la muerte terrena y culmina su desarrollo cuando a su vez muere y se desintegra el cuerpo astral. Este proceso se repite en cada nuevo tránsito de esfera; pero el espíritu inmortal, la "argentina chispa" que el *doctor Jenwick* halla en el cerebro de *Margrave* [83] y no en el de los animales, es inmutable y jamás se altera "aunque se desmorone su tabernáculo". Muchos clarividentes, fidedignos por lo lúcidos, corroboran las descripciones que Porfirio, Jámblico y otros autores hacen de los espíritus de los animales. Algunas veces los espectros animales se densifican hasta el punto de hacerse visibles a los circunstantes de una sesión espiritista. El coronel Olcott[84] relata el caso del densificado espectro de una ardilla que acompañó a una forma de mujer a la vista de los espectadores, desapareciendo y reapareciendo varias veces hasta entrar con la forma mujeril en el gabinete.

Pero prosigamos la argumentación. Si después de la muerte del cuerpo persiste la vida, ha de obedecer necesariamente esta vida a la ley de evolución, que desde la cúspide de la materia eleva al hombre a superior esfera de existencia. Pero ¿cómo es posible que esta ley de elevación sólo rija para el hombre y no para los demás seres de la naturaleza? ¿Por qué habían de quedar eliminados de ella animales y plantas, puesto que en las formas de unos y otras alienta el principio vital hasta que, como a la forma humana, las destruye la muerte? ¿Por qué el cuerpo astral de los animales no habría de sutilizarse en las otras esferas lo mismo que el del hombre? También los animales proceden evolutivamente de la materia cósmica y ninguna diferencia encuentran los naturalistas entre los principios orgánicos de los reinos animal, vegetal y mineral a los que el profesor Le Conte añade el reino elemental.

La materia evoluciona continuamente de cada uno de estos reinos al inmediato superior y, de conformidad con Le Conte, no hay en la naturaleza fuerza capaz de transportar la materia del reino elemental al vegetal o del mineral al animal sin pasar por los intermedios.

Ahora bien; nadie se atreverá a suponer que de entre las moléculas primariamente homogéneas, animadas por la energía evolutiva, tan sólo unas cuantas alcancen en su progresivo desenvolvimiento los confines superiores del reino animal, donde culmina el hombre, y las demás moléculas, dotadas de la misma energía, no pasen más allá del reino vegetal. ¿Por qué razón no han de estar todas estas moléculas sujetas a la misma ley de modo que el mineral evolucione en vegetal, el vegetal en animal y el animal en

[83] Personajes de la novela de Bulwer–Lytton: *Una historia extraña.* – No conocemos en literatura nada que aventaje en vívida belleza a la descripción de la diferencia entre el principio vital del hombre y los animales que se contiene en el citado pasaje.

[84] *Habitantes del otro mundo.*

hombre, ya que no en *este nuestro planeta* en alguno de los innumerables astros del espacio? No hubiera en el universo la armonía que descubre la matemática astronómica, si la evolución se contrajera al hombre sin extenderse a los reinos inferiores. La psicometría corrobora las deducciones de la lógica y tal vez llegue tiempo en que los científicos honren la memoria de Buchanan, el moderno expositor de aquella ciencia. Un trozo de mineral, un fósil vegetal o animal, representan viva y exactamente sus condiciones pasadas a la vista del psicómetra, como un hueso humano le sugiere determinadas peculiaridades del individuo al que perteneciera; y por lo tanto, es lógico inferir de todo esto que la naturaleza entera está animada del mismo espíritu que sutilmente anima así la materia orgánica como la inorgánica.

Antropólogos, fisiólogos y psicólogos se ven perplejos ante las causas primarias y finales sin comprender la analogía de las diversas formas materiales en contraste con los abismos de diferencia que advierten en el espíritu. Sin embargo, esta perplejidad proviene de que sus investigaciones se contraen a nuestro globo visible y no se atreven o no pueden ir más allá. Cabe en lo posible que la mónada universal, vegetal o animal, empiece a tomar forma en la tierra y haya de llegar al término de su evolución al cabo de millones de siglos en otros planetas conocidos y visibles, o desconocidos e invisibles para los astrónomos. La misma tierra, según antes dijimos, después de su muerte cósmica y desintegración física se convertirá en eterificado planeta astral. La armonía es ley fundamental de la naturaleza. Como es arriba, así es abajo.

Pero la armonía en el universo material es justicia en el mundo espiritual. La justicia engendra armonía y la injusticia discordia, que en el orden cósmico equivale a caos y aniquilación.

Si el hombre tiene espíritu ya evolucionado, el mismo espíritu debe alentar, por lo menos potencialmente, en los demás seres, con promesa de ir también evolucionando con el tiempo, pues fuera inconcebible injusticia que el depravado criminal pudiera redimirse por el arrepentimiento y gozar de felicidad eterna, mientras que el inocente caballo hubiese de sufrir y trabajar a latigazos para que la muerte aniquile su ser. Semejante absurdo sólo cabe entre quienes creen que el hombre es el absoluto soberano del universo, y para quien fueron creadas todas las cosas, no obstante haber sido necesario que en satisfacción de sus culpas muriese nada menos que el mismo Dios y creador del universo, cuya cólera no se hubiera aplacado con ningún otro sacrificio.

Si, por ejemplo, un filósofo ha tenido que pasar por sucesivas etapas de civilización para llegar a serlo, y el salvaje es en cuanto a organización cerebral no muy inferior al filósofo[85] ni tampoco muy superior al orangután, no será despropósito inferir que el salvaje en este planeta y el orangután en otro, poblado por seres también semejantes a

[85] Wallace: *La selección natural en el hombre.*

cualquier otra imagen de Dios, hallarán su respectiva oportunidad de llegar a las altezas de la filosofía.

Al tratar del porvenir de la psicometría dice Denton: “La astronomía no desdeñará el concurso de este poder, pues así como a medida que nos remontamos a los primitivos períodos geológicos, descubrimos diversas formas orgánicas, así también cuando la penetrante mirada del psicómetra explore los cielos de aquellas remotas edades, descubrirá que hubo constelaciones ya extinguidas. El exacto y minucioso mapa del firmamento en el período silúrico nos revelaría muchos Arcanos imposibles hoy de escudriñar. Hay fundados motivos para creer que no han de faltar psicómetras lo bastante hábiles para leer la historia cósmica, y tal vez la humana, de los cuerpos celestes”[86]

Cuenta Heródoto que en la octava torre de Belo, en Babilonia, residencia de los sacerdotes astrólogos, había un santuario donde las profetisas quedaban en trance para recibir las comunicaciones del dios. Junto al lecho de las profetisas paraba una mesa de oro y sobre ella varias piedras que, según refiere Maneto, eran aerolitos cuyo contacto despertaba la visión profética. Lo mismo sucedía en Tebas y Patara[87].

Esto parece indicar que los antiguos conocían y practicaban extensamente la psicometría hasta el punto de que los profundos conocimientos astronómicos que reconoce Draper en los sacerdotes caldeos, antes dimanaban de la psicometrización de los aerolitos que de directas observaciones con instrumentos a propósito. Estrabón, Plinio y Helancio aluden al poder electromagnético del *betylo* o piedra meteórica que desde la más remota antigüedad tuvieron en suma veneración los egipcios y samotracios, quienes creían que los aerolitos tenían alma caída con ellos del cielo. En Grecia, los sacerdotes de la diosa Cibeles llevaban siempre consigo un pedazo de aerolito.

Es verdaderamente curiosa la coincidencia entre las prácticas de los sacerdotes de Belo y los experimentos del profesor Denton. Observa muy acertadamente Buchanan que la psicometría facilitará el esclarecimiento de los crímenes misteriosos, pues ningún acto criminal, por oculto que esté, puede escapar a la investigación del psicómetra cuyas facultades hayan sido debidamente educidas[88].

A propósito de los espíritus elementarios, dice Porfirio: “Estos seres invisibles han recibido de los hombres adoración de dioses, y la creencia vulgar los tiene por capaces de transmutarse en entidades maléficas cuyas iras descargan sobre cuantos no los adoran”[89].

---

[86] Denton*: El alma de las cosas,* 273.

[87] Heródoto, I, 181.

[88] *Antropología,* 125.

[89] *De los sacrificios a los dioses y a los demonios,* cap. II.

Por su parte Homero describe como sigue a los espíritus elementarios: "Nuestros dioses se nos aparecen cuando les ofrecemos sacrificios y se sientan a la mesa con nosotros para tomar parte en nuestros festines. Si encuentran algún fenicio que viaje solo, le sirven de guía y de una ú otra manera manifiestan su presencia. Puede afirmarse que nuestra piedad nos aproxima tanto a ellos como el crimen y la efusión de sangre unieron a los cíclopes con la feroz raza de los gigantes"[90].

Esto demuestra que los dioses a que alude Homero eran entidades amables y benéficas, ya fuesen espíritus desencarnados o espíritus elementarios, pero en modo alguno *diablos*.

Porfirio, discípulo personal de Plotino, es todavía más explícito al tratar de la naturaleza de los espíritus elementarios y dice a este propósito: "Los demonios son invisibles pero saben *revestirse* de variadísimas formas y figuras, a causa de que su índole tiene, mucho de corpórea. Moran cerca de la tierra, y cuando logran burlar la vigilancia de los demonios buenos, no hay maldad que no se atrevan a perpetrar, ya por fuerza, ya por astucia… Es para ellos juego de niños excitar en nosotros las malas pasiones, imbuir en las gentes doctrinas perturbadoras y promover guerras, sediciones y revueltas de que solemos culpar a los dioses… Pasan el tiempo engañando a los mortales y burlándose de ellos con toda suerte de ilusorios prodigios, pues su mayor ambición es que se les tenga por dioses o por espíritus desencarnados"[91].

Jámblico el insigne teurgo de la escuela neoplatónica, trata también de esta materia diciendo: "Los buenos demonios se nos aparecen en realidad, al paso que los malos sólo pueden manifestarse en *quiméricas y fantásticas formas*… Los buenos demonios *no temen la luz* mientras que los malos *necesitan tinieblas*… Las sensaciones que despiertan en nosotros nos hacen creer en la realidad de cosas verdaderamente ilusorias"[92]. Aun los más expertos teurgos se exponen a error en su trato con los elementarios, y así nos lo demuestra el mismo Jámblico cuando dice: "Los dioses, los ángeles, los demonios y las almas de los muertos quedan obligados por medio de la evocación y las oraciones; pero es preciso tener mucho cuidado con no equivocarse en las prácticas teúrgicas, pues pudiera suceder que os figuraseis comunicar con divinidades benéficas que responden a vuestra fervorosa plegaria y ser, por el contrario, malignos demonios con apariencia de buenos. Porque los elementarios asumen frecuentemente semejanza de dioses y fingen categoría muy superior a la que realmente les corresponde. Sus mismas fanfarronadas los delatan"[93].

Veinte años atrás, el barón Du Potet desahogó su indignación contra los científicos que achacaban a superchería los fenómenos psíquicos, diciendo: "Sobradas razones

---

[90] *Odisea.* – VII.

[91] Porfirio: *De los sacrificios a los dioses y demonios,* cap. II.

[92] Jámblico*: Misterios egipcios.*

[93] Jámblico*: Sobre la diferencia entre demonios, almas, etc.*

tengo para asegurar que estoy en camino del país de las maravillas y pronto pasmaré a las gentes de modo que se muevan a risa los más encopetados científicos, porque tengo el convencimiento de que *externamente* a nosotros hay agentes de *incalculable potencia* que pueden *infundirse en nosotros* y disponer de nuestro cuerpo a su antojo. Así lo creyeron nuestros antepasados y todas las religiones admiten la existencia de *seres espirituales*… Al recordarlos innumerables fenómenos que he producido a la vista de miles de personas y al ver la estúpida indiferencia de la ciencia oficial ante un descubrimiento que eleva la mente a regiones desconocidas, no sé si hubiera sido mejor para mí participar de la común ignorancia, pues ya me siento viejo, precisamente en la época en que debí haber nacido. Se me ha calumniado impunemente, porque unas veces hablaba la ignorancia presumida, a que respondí con el silencio, y otras fluctué entre si contestar o no a las bravatas de gentes vulgares. ¿Es ello desidia o indiferencia? ¿Tiene el temor fuerza bastante para amedrentar mi espíritu? Nada de esto mella mi ánimo, sino que reconozco la necesidad de probar mis afirmaciones y aquí me detengo porque, si tal hiciera, *sacaría del recinto del templo* la sagrada inscripción que *ningún ojo profano debe leer*. ¿Dudáis de la hechicería y de la magia? ¡Oh verdad! Eres abrumadora carga”[94].

Con mojigatería que en vano buscáramos fuera de la iglesia a que sirve, cita Des Mousseaux el pasaje transcrito en prueba, según él, de que tanto Du Potet como cuantos comparten sus creencias están influidos por el espíritu maligno.

El engreimiento es el más grande obstáculo con que tropiezan los espiritistas modernos para estudiar y aprender, pues treinta años de experiencias fenoménicas le parecen suficientes para asentar sobre inconmovibles bases las relaciones intermundanas, por haberles convencido, no sólo de que los muertos se comunican en prueba de la inmortalidad del espíritu, sino de que todo cuanto del otro mundo puede saberse se sabe por intervención de los médiums.

Los espiritistas desdeñan los recuerdos de la historia por insignificantes en comparación de su personal experiencia; y sin embargo, los problemas que tanto les preocupan quedaron resueltos hace miles de años por los teurgos que pusieron la clave a disposición de cuantos debida y conscientemente deseen estudiarlos. No es posible que se haya alterado, el ordenamiento de la naturaleza ni que los espíritus y las leyes de hoy en nada se parezcan a las leyes y espíritus de la antigüedad. Tampoco cabe que los espiritistas presuman conocer los fenómenos mediumnímicos y la naturaleza de los espíritus, mejor que toda una casta sacerdotal cuyos individuos estudiaron y ejercieron la teurgia en innumerable sucesión de siglos. Si son fidedignos los relatos de Owen, Hare, Edmonds, Crookes y Wallace, ¿por qué no han de serlo los de Heródoto, padre de la historia, Jámblico, Porfirio y cien más autores antiguos? Si los espiritistas han observado los fenómenos en rigurosas condiciones de comprobación, también los observaron en igualdad de condiciones los antiguos teurgos, que podían producirlos y

[94] Du Potet: *La Magia revelada.*

modificarlos a su albedrío. El día en que se esclarezca esta verdad y las estériles especulaciones de los investigadores modernos retrocedan ante el detenido estudio de las obras teúrgicas, despuntará la aurora de nuevos e importantes descubrimientos en el campo de la psicología.

CAPÍTULO II

Τῆς δὲ γάρ ὲχ τριάδος πᾶν πνεῦμα πατήρ–ὲχέρασε.

TAY.: *Lyd de Mens,* 20

Las más potentes almas perciben intuitivamente la verdad y son de más Ingeniosa índole. Según el oráculo, estas almas se salvan por su propio esfuerzo.

PROCLO

Puesto que el alma evoluciona perpetuamente y en determinado tiempo *pasa a través de todas las cosas*, se ve luego precisada a retroceder por el mismo camino y a proceder por el mismo orden de generación en el mundo, porque tantas cuantas veces se repiten las causas, otras tantas han de repetirse los efectos.

FICIN: *Oráculos caldeos*

Sin un fin peculiar es el estudio artificiosa frivolidad de la mente.

YOUNG

La ciencia escolástica nada ha comprendido de cuanto precede al momento en que se forma el embrión ni de lo que sigue después que el hombre baja a la tumba, pues ignora las relaciones entre espíritu, alma y cuerpo antes y después de la muerte. El mismo principio vital es intrincado enigma en cuya solución agotó infructuosamente el materialismo sus energías mentales. Ante un cadáver enmudece el escéptico si su discípulo le pregunta de dónde vino y adónde fue el morador de aquel cuerpo inerte. Por lo tanto, no tiene el discípulo más remedio que satisfacerse con la explicación de que el hombre procede del protoplasma o abandonar escuela, libros y maestro, para encontrar la explicación del misterio.

En ciertas ocasiones resulta tan interesante como instructivo observar de cerca las frecuentes escaramuzas entre la ciencia y la teología. Pero no todos los hijos de la

Iglesia son tan desdichados en defenderla como el abate Moigno de París, quien, a pesar de sus buenas intenciones, fracasó en el empeño de refutar los librepensadores argumentos de Huxley, Tyndall, Du Bois–Raymond y otros tantos, para recibir en recompensa la inclusión de su obra en el índice de libros prohibidos por Roma.

Es muy peligroso aventurarse sin ayuda en una polémica con los científicos sobre cuestiones evidenciadas por la experimentación, porque en los asuntos que conocen (mientras no los mudan por otros), son invulnerables como Aquiles, a menos que su contrincante les hiera en el talón. Sin embargo, ni aun en el talón se creen los científicos vulnerables.

Antes de entrar de lleno en la materia de este capítulo, demostraremos una vez más la incapacidad de la ciencia moderna para explicar cuanto no cae bajo el dominio de crisoles y retortas. Al efecto entresacaremos algunos pasajes de las conferencias que con el título de *Misterio y ciencia* dió el P. Félix en Nuestra Señora de París[95], inspiradas en el mismo espíritu predominante en la presente obra. El ingenioso predicador hirió en el talón a los científicos modernos, según puede colegirse de estas sus mismas frases:

> Una temerosa palabra, la palabra CIENCIA, se nos echa encima para poner en pugna el progreso con el cristianismo. Con esta formidable evocación se intenta aterrarnos. A todo cuanto podamos decir nosotros para fundamentar el progreso en el cristianismo, replican ellos invariablemente diciendo: "esto no es *científico".* Si hablamos de revelación, la revelación no es científica; si de milagros, no es científico el milagro. Así pretende la impiedad, fiel a sus tradiciones, matarnos con el arma de la ciencia. Es principio de tinieblas y presume ser luz y promete iluminarnos…
>
> Cien veces me pregunté qué viene a ser esa terrible ciencia que amenaza devorarnos. ¿Es la ciencia matemática? Pues nosotros también tenemos nuestros matemáticos. ¿Son la física, la astronomía, la fisiología y la geología? Pues también el catolicismo cuenta con físicos, astrónomos, fisiólogos y, geólogos[96] que no desempeñan mal papel en el mundo científico, que tienen sillón en las academias y nombradía en la historia. Según parece, lo que ha de acabar con nosotros no es tal o cual ciencia sino la ciencia en general.
>
> ¿Y por qué vaticinan la debelación del cristianismo por la ciencia? Pues porque enseñamos misterios y los misterios cristianos están en oposición con la ciencia moderna… Según ellos, el misterio es la negación del sentido común; la ciencia lo repugna; la ciencia lo condena; la ciencia ha hablado: ¡anatema!
>
> Si el misterio cristiano fuese como pensáis, tendríais razón, y en nombre de la ciencia habría de recibir vuestro anatema, pues nada tan incompatible como la ciencia con el absurdo y la contradicción. Pero en gloria y honor de la verdad, los misterios del cristianismo son cosa muy diferente de lo que suponéis, pues si lo fueran ¿cómo explicar que

[95] El templo se llenó de bote en bote durante las conferencias, que despertaron extraordinario interés en la sociedad parisiense.

[96] Suponemos que el P. Félix no incluirá en este número a San Agustín, Lactancio y el venerable Beda.

durante cerca de dos mil años los hayan venerado tantos y tan esclarecidos talentos y genios sin que se les ocurriera renegar de la ciencia ni abdicar de la razón[97]? Por mucho que encomiéis la ciencia moderna y el pensamiento moderno y el genio moderno, lo cierto es que antes de 1789 había ya sabios. Si tan manifiestamente absurdos y contradictorios fuesen nuestros misterios, ¿cómo se comprende que tan poderosos genios los aceptaran sin asomo de duda? Pero líbreme Dios de insistir en la demostración de que el misterio no contradice a la ciencia. ¿De qué serviría probar con abstracciones metafísicas que la ciencia puede conciliarse con el misterio, cuando la creación entera demuestra incontrovertiblemente que el misterio por doquiera confunde a la ciencia? Yo declaro resueltamente que la ciencia no puede eludir el misterio, porque el misterio es la fatalidad de la ciencia.

¿Qué pruebas aduciremos? Miremos primeramente en torno del mundo material, desde el diminuto átomo al sol inmenso; y para formular la ley de la unidad en la diversidad a que armónicamente obedecen los cuerpos y movimientos siderales, pronunciáis la palabra *atracción* que compendia la ciencia de los astros. Decís vosotros que estos astros se atraen unos a otros en razón. directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias. Hasta ahora todo confirma esta ley que impera soberanamente en *los dominios de la hipótesis* y ha entrado en la categoría de axioma. Con toda mi alma rindo científico homenaje a la soberanía de la atracción y no seré yo quien intente eclipsar en el mundo de la materia una luz que se refleja en el del espíritu. El imperio de la atracción es evidente; es soberano; nos da en rostro. Pero ¿qué es la atracción?; ¿quién la ha visto?; ¿quién la ha palpado? ¿Cómo es que estos cuerpos mudos, sin sensibilidad ni inteligencia, ejercen inconsciente y recíprocamente la acción y reacción que los mantiene en equilibrio y armonía? La fuerza que atrae un sol a otro sol y un átomo a otro átomo ¿es acaso un medianero invisible que va de unos a otros? Pero entonces ¿quién es este medianero?; ¿de dónde dimana esta fuerza intermediaria que todo lo abarca y cuya acción no pueden eludir ni el sol ni el átomo? ¿Es o no esta fuerza algo distinto de los elementos recíprocamente atraídos? ¡Misterio! ¡Misterio!

Sí, señores; esa atracción que tan esplendorosamente se manifiesta a través del mundo material es para vosotros misterio impenetrable; y sin embargo, ¿negaréis por ello su palpable realidad y su dominio?…

Por otra parte, advertid que los principios fundamentales de toda ciencia son tan misteriosos, que si negáis el misterio habréis de negar la ciencia misma. Imaginad la ciencia que os plazca, seguid al majestuoso vuelo de sus inducciones y en cuanto lleguéis a sus origines os encontraréis frente a frente de lo *desconocido* [98].

¿Quién es capaz de sorprender el secreto de la formación de un cuerpo o de la generación de un simple átomo? ¿Qué hay, no ya en el centro de un sol, sino en el centro de un átomo? ¿Quién ha sondeado el abismo de un grano de arena? Sin embargo, la ciencia estudia desde

[97] No creemos que cite el P. Félix por ejemplo a Copérnico, Bruno y Galileo. A mayor abundamiento, véase el "Index Expurgatorius". Bien dice el popular adagio que "de audaces es la fortuna".
[98] De seguro que ni Spencer ni Huxley se atreverán a contradecir esta afirmación; pero el P. Félix parece olvidar la deuda contraída con la ciencia, pues si hubiese dicho esto en 1600, ciertamente sufriera la misma suerte del infeliz Giordano Bruno.

> hace cuatro mil años el grano de arena, le da mil vueltas, lo divide y lo subdivide, lo tortura en sus experimentos, lo agobia a preguntas y le dice: ¿podré dividirte hasta lo infinito? Entonces, suspendida sobre el abismo, la ciencia titubea, vacila, se turba y confunde y desesperadamente exclama: *nada sé.* Pues si tan ignorantes estáis de la génesis e íntima naturaleza de un grano de arena ¿cómo podréis tener ni siquiera un vislumbre del ser viviente? ¿De dónde dimana la vida? ¿Cuándo empieza? ¿Qué la engendra y qué la mantiene?

¿Pueden los científicos redargüir al elocuente clérigo? Sin duda alguna el misterio les cerca por todos lados y el último reducto de Spencer, Tyndall o Huxley tiene grabadas en el frontis las palabras INCOMPRENSIBLE, AGNOSCIBLE.

La ciencia es comparable a un astro de brillante luz cuyos rayos atraviesan por entre una capa de negras y densas nubes. Si los científicos no aciertan a definir la atracción que mantiene unidas en concreta masa las partículas materiales de un guijarro, ¿cómo serán capaces de deslindar lo posible de lo imposible?

Además, ¿por qué habría de haber atracción en la materia y no en el espíritu? Si del éter densificado proceden por el incesante movimiento de sus moléculas las formas materiales, no es despropósito suponer que del éter sublimado dimanen las entidades espirituales, desde la monádica hasta la humana, en sucesiva evolución de perfeccionamiento. Basta la lógica para inferirlo así, aun prescindiendo de toda prueba experimental.

Nada importa el nombre que los físicos den al principio que anima la materia, pues resulta algo distinto de la materia cuya sutileza escapa a la observación; y si admitimos que la materia está sujeta a la atracción, no es razonable substraer a la atracción el principio que la anima. Al colectivo testimonio de la humanidad en pro de la supervivencia del alma se añade el más valioso todavía de gran número de pensadores, en corroboración de que hay una ciencia del espíritu, no obstante la terquedad con que los escépticos le niegan dicho título. La ciencia del espíritu penetra los arcanos de la naturaleza mucho más hondamente que pueda presumir la filosofía moderna, nos enseña la manera de hacer visible lo invisible y nos revela la existencia de espíritus elementarios y la naturaleza y propiedades de la luz astral, por cuyo medio pueden comunicarse los hombres con dichos espíritus. Analicemos experimentalmente las pruebas y no podrán negarlas ni la ciencia ni la iglesia en cuyo nombre tan persuasivamente hablaba el P. Félix.

La ciencia moderna está en el dilema de o reconocer la legitimidad de nuestras hipótesis o admitir la posibilidad del milagro. Pero el milagro supone, según los científicos, la infracción de las ordinarias leyes de la naturaleza, que si una vez se quebrantan, también pueden quebrantarse varias otras en sucesión indefinida, destruyendo la inmutabilidad de dichas leyes y el perfecto equilibrio del universo. Por lo tanto, no cabe negar, so culpa imperdonable de obstinación, la presencia entre nosotros de seres incorpóreos que en distintas épocas y países vieron no miles sino

millones de personas, ni tampoco cabe achacar dichas apariciones a milagros, sin desbaratar los fundamentos de la ciencia. ¿Qué pueden hacer los científicos cuando despierten de su orgulloso ensimismamiento sino dilatar con nuevos hechos su campo de experimentación?

La ciencia niega la existencia del espíritu en el éter, al paso que la teología afirma la existencia de un Dios personal; pero los cabalistas sostienen que ni la ciencia ni la teología hablan con razón, sino que los elementos representan en el éter las fuerzas de la naturaleza y el espíritu es la inteligencia que las rige y gobierna. Las doctrinas cosmogónicas de Hermes, Orfeo, Pitágoras, Sanchoniaton y Berocio, se fundan en el axioma de que el éter (inteligencia) y el caos (materia) son los primordiales y coeternos principios del universo. El éter es el principio mental que todo lo vivifica; el caos es un principio fluídico sin forma ni sensibilidad. De la unión de ambos nace la primera divinidad andrógina cuyo cuerpo es la materia caótica y cuya alma es el éter[99]. Tal es la universal trinidad según el metafísico concepto de los antiguos que, discurriendo por analogía, vieron en el hombre, formado de materia e inteligencia, el microcosmos o minúscula reproducción del Cosmos.

Si comparamos esta doctrina con las especulaciones de la ciencia que se detiene en las lindes de lo desconocido y no tolera que nadie vaya más allá de sus pasos, o bien con el dogma teológico de que Dios creó el mundo de la nada como juego de prestidigitación, no podemos por menos de reconocer la superioridad lógica y metafísica de la doctrina hermética. El universo existe y existimos nosotros; pero ¿cómo apareció el universo y cómo aparecimos nosotros en él? Puesto que los científicos no responden a esta pregunta y los usurpadores del solio espiritual anatematizan por blasfema nuestra curiosidad, no tenemos más remedio que recurrir a los sabios cuya atención se empleó en este estudio siglos antes de que se condensaran las moléculas corporales de los filósofos modernos.

Dice la antigua sabiduría que el visible universo de espíritu y materia es la concreción plástica de la abstracción ideal, con arreglo al modelo trazado por la IDEA divina. Así pues, nuestro universo estaba latente de toda eternidad, animado por el céntrico sol espiritual o Divinidad suprema. Pero esta Divinidad suprema no plasmó su idea sino que la plasmó su primogénito[100].

---

[99] Según el *Fragmento de Hermias* “el caos fue *sensible* después de unido al éter y se estremeció de placer. Así nació el Protogonos (el primer actuante, la luz, el primogénito). Damascio le llama *Dis* ú ordenador de todas las cosas. – Cory: *Fragmentos antiguos*, 314.

[100] Dice Platón en el *Timeo* que la ideación divina estaba fundamentada en el dodecaedro y por ello computa la cosmogonía tirrena (Suidas, *Tyrrhenía*) en 12.000 años el período de la creación, afirmando que el hombre fue creado en el sexto milenario. Esto concuerda con el ciclo egipcio de los 6.000 años y con el cómputo hebreo, entendiendo por años lo mismo que épocas y no simples períodos de doce revoluciones lunares. Refiere Sanchoniaton en su *Cosmogonía* (traducción griega por Filo Biblio), que cuando el viento (espíritu), se enamoró de su propio principio (caos) se enlazaron ambos en unión

Los antiguos sólo contaban cuatro elementos, pero consideraron el éter como el medio transmisor entre el mundo visible y el invisible y creyeron que su esencia estaba sutilizada por la presencia divina. Decían, además, que cuando las inteligencias directoras se apartaban del reino que respectivamente les correspondía gobernar, quedaba aquella porción de espacio en poder del *mal.* El adepto que se disponga a entrar en comunicación con los invisibles ha de conocer perfectamente el ritual y estar muy bien enterado de las condiciones requeridas por el equilibrio de los cuatro elementos de la luz astral. Ante todo ha de purificar la esencia y equilibrar los elementos en el círculo de comunicación, de modo que no puedan entrar allí los elementarios. Pero ¡ay del curioso impertinente que sin los debidos conocimientos ponga los pies en terreno vedado! El peligro le cercará en todo instante por haber evocado poderes que no es capaz de dominar y por haber despertado a centinelas que únicamente dejan pasar a sus superiores. A este propósito dice un famoso rosacruz: "Desde el momento en que resuelvas convertirte en cooperador del Dios vivo, cuida de no entorpecer su obra, porque si tu calor excede de la proporción natural, excitarás la cólera de las *naturalezas húmedas* [101], que se revelarán contra el fuego central y éste contra ellas, de lo que provendría una terrible escisión en el caos[102]. Tu mano temeraria perturbará la armonía y concordia de los elementos y las corrientes de fuerza quedarán infestadas de innumerables criaturas de materia e instinto[103]. Los gnomos, salamandras, sílfides y ondinas te asaltarán, ¡oh imprudente experimentador!, y como son incapaces de inventar cosa alguna, escudriñarán las más íntimas reconditeces de tu memoria[104] para refrescar ideas, formas, imágenes, reminiscencias y frases olvidadas de mucho tiempo, pero que se mantienen indelebles en las páginas astrales del indestructible LIBRO DE LA VIDA".

---

llamada *pothos*, de que brotó la semilla de todo lo existente. El caos no tenía conciencia de su propia producción porque era insensible; pero de su enlace con el viento nació el *ilus* (lodo) (Cory: *Fragmentos antiguos*)de que dimanaron los esporos de la creación y la existencia objetiva del universo.

[101] Empleamos las mismas frases y estilo de este insigne cabalista que floreció en el siglo XVII y fue famoso alquimista entre los filósofos herméticos.

[102] El materialista más recalcitrante conviene en que todo cuanto existe procede del éter. Por lo tanto, los cuatro elementos de los antiguos o sea: aire, agua, tierra y fuego, así como los fluidos llamados imponderables deben proceder también de la primera *Duada,* es decir, de la unión del éter y el caos. Ahora bien; si en la materia hay una esencia espiritual que la obliga a plasmarse en millones de formas individuales, no es despropósito afirmar que los reinos espirituales de la naturaleza están poblados por seres que evolucionaron también del éter. La química biológica nos enseña que en el cuerpo humano entran como componentes los elementos constitutivos del aire en sus tejidos, del agua en sus humores, de la tierra en sus huesos y del fuego en su sangre. El cabalista sabe por experiencia que los espíritus elementales están constituidos por uno solo de los cuatro elementos y cada reino tiene sus peculiares espíritus elementales, por lo que estando el hombre constituido por los cuatro elementos es superior a los elementales y se confirma en él la ley de evolución.

[103] Los demonios de la teurgia y los diablos de la teología.

[104] De aquí la depresión mental y agotamiento nervioso de algunos médiums espiritistas.

Todos los seres organizados, así del mundo visible como del invisible, existen en el elemento más apropiado a su naturaleza. El pez vive y respira en el agua; el vegetal aspira ácido carbónico que asfixia al animal. Unas aves se remontan hasta las más enrarecidas capas atmosféricas y otras no alzan su vuelo más allá de las densas. Ciertos seres necesitan la plena luz del sol y otros prefieren las penumbras crepusculares o las nocturnas sombras. De este modo, la sabia ordenación de la naturaleza adapta las formas vivientes a cada una de sus diversas condiciones y por analogía podemos inferir, no sólo que no hay en el universo punto alguno inhabitado y que cada ser viviente crece y vive en condiciones apropiadas a la índole y necesidades de su especialidad orgánica, sino además que también el universo invisible está poblado de seres adaptados a peculiares condiciones de existencia, pues desde el momento en que existen seres suprafísicos, forzoso es reconocer en ellos diversidad análoga a la que echamos de ver en los seres físicos y más distintamente entre los hombres encarnados, cuyas personalidades subsisten diferenciadas al desencarnar.

Suponer que todos los seres suprafísicos son iguales entre sí y actúan en un mismo ambiente y obedecen a las mismas atracciones magnéticas, fuera tan absurdo como pensar que todos los planetas tienen la misma topografía o que todos los animales pueden vivir anfibiamente y que a todos los hombres les conviene el mismo régimen dietético.

Muchísimo más razonable es creer que las entidades impuras moran en las capas inferiores de la atmósfera etérea cercanas a la tierra, mientras que las puras están a lejanísima distancia de nosotros. Así es que, a menos de contradecir lo que en ocultismo pudiéramos llamar *psicomática,* tan despropósito fuera suponer que todas las entidades extraterrenas están en las mismas condiciones de existencia, como que dos líquidos de diferente densidad indicaran el mismo grado en el hidrómetro de Baumé.

Dice Görres que durante su permanencia entre los indígenas de la costa de Malabar, les preguntó si se les aparecían fantasmas, a lo que ellos respondieron: “Sí se nos aparecen; pero sabemos que son *espíritus malignos,* pues los buenos sólo pueden aparecerse rarísimas veces. Los que se nos aparecen son espíritus de suicidas, asesinados y demás víctimas de muerte violenta, que constantemente revolotean a nuestro alrededor y aprovechan las sombras de la noche para aparecerse, embaucar a los tontos y tentar de mil maneras a todos” [105].

Porfirio relata algunos hechos repugnantes de autenticidad corroborada experimentalmente por los estudiantes de ocultismo. Dice así: “El alma[106] se apega después de la muerte al cuerpo en proporción a la mayor o menor violencia con que se

[105] Görres: *Mística*, lib. III, pág. 63.

[106] Por regla general los autores antiguos llamaban *almas* a las entidades humanas desencarnadas y malignas. También les daban el nombre de *larvas*. Los buenos se convertían en *dioses* al morir.

separó de éste, y así vemos que muchas almas vagan desesperadamente en torno del cadáver y a veces buscan ansiosas los putrefactos restos de otros cadáveres y se recrean en la sangre recientemente vertida que parece infundirles por un momento vida material"[107].

Por su parte dice Jámblico: "Los dioses y los ángeles se nos aparecen en paz y armonía. Los demonios malignos lo revuelven todo sin orden ni concierto. En cuanto a las *almas ordinarias* se nos aparecen muy raramente"[108].

A esto añadiremos el siguiente pasaje de Apuleyo: "El alma humana[109] es un demonio al que en nuestro lenguaje podemos llamar genio. Es un *dios inmortal,* aunque ha nacido en cierto modo al mismo tiempo que el cuerpo en que habita. Por consiguiente, podemos decir que muere en el mismo sentido que decimos que nace. El alma nace en este mundo después de salir de *otro mundo (anima mundi)* en que tuvo precedente existencia. Así los dioses juzgan de su comportamiento en todas las fases de sus varias existencias y algunas veces la castigan por pecados cometidos en una vida anterior. Muere luego de separada del cuerpo en que ha cruzado la vida como en frágil barquichuelo y ésta es, según creo, la oculta significación de aquel epitafio tan comprensible para el iniciado: *A los dioses manes que vivieron.* Pero esta especie de muerte no aniquila al alma, sino que la transforma en *larva,* es decir, los manes o sombras llamados lares en quienes honramos a las divinidades protectoras de la familia cuando se mantienen en actitud benéfica; pero cuando sus crímenes los condenan a errar se convierten en larvas y son el azote de los malos y el *vano* terror de los buenos"[110].

Tan explícitamente se expresa Apuleyo en este punto, que los reencarnacionistas apoyan en su autoridad la doctrina de que el hombre pasa por sucesivas existencias en este mundo hasta eliminar todas las escorias de su naturaleza inferior. Dice Apuleyo claramente que el hombre viene a este mundo procedente de otro cuyo recuerdo se ha borrado de su memoria. Así como de conformidad con el principio económico de la división del trabajo pasa un reloj de operario en operario hasta completar todas las piezas de su máquina en acabado ajuste, según el plan previamente trazado en la mente del mecánico, así también nos dice la filosofía antigua que el hombre concebido en la mente divina va tomando forma poco a poco en los diversos talleres de la fábrica del universo hasta culminar su perfección.

---

[107] Porfirio: *De los sacrificios.* (Capítulo sobre el verdadero culto). – Si algún espiritista dudare de las aseveraciones de este teurgo, no tiene más que ensayar los efectos de la sangre humana recién vertida, en una sesión de materializaciones.

[108] Jámblico: *Misterios egipcios.*

[109] El cuerpo astral en este sentido.

[110] Apuleyo. *Del Dios de Sócrates,* 143 a 145.

La misma filosofía nos enseña que la naturaleza nunca deja nada imperfecto, y si fracasa en el primer intento, lo reitera hasta triunfar. Cuando se desenvuelve un embrión humano, el plan de la naturaleza es que produzca un hombre físico, intelectual y espiritualmente perfecto. El cuerpo ha de nace, crecer y morir; la mente ha de educirse, robustecerse y equilibrarse; el espíritu ha de iluminar mente y cuerpo de modo que con él se identifiquen. Todo ser humano ha de recorrer el "círculo de necesidad" para llegar al término de su perfección. Así como los rezagados en una carrera se afanan tan sólo al principio, mientras que el vencedor no para hasta alcanzar la meta, así también en la carrera del perfeccionamiento hay espíritus que se adelantan y llegan a la meta cuando los demás quedan detenidos por los obstáculos que les opone la materia. Algunos desdichados caen para no volverse a levantar y pierden toda esperanza de vencimiento, pero otros se levantan y empiezan de nuevo la carrera.

Los indos temen sobremanera la transmigración y reencarnación en formas inferiores, pero contra esta contingencia les dió Buda remedio en el menosprecio de los bienes terrenos, la mortificación de los sentidos, el dominio de las pasiones y la contemplación espiritual o frecuente comunión con Âtmâ. El hombre reencarna a causa de la concupiscencia y de la ilusión que nos mueve a tener por reales las cosas del mundo. De los sentidos proviene la alucinación que llamamos contacto, del contacto el deseo, del deseo la sensación (también ilusoria), de la sensación la concupiscencia, la generación, y de la generación la enfermedad, la decrepitud y la muerte. Así, a la manera de las vueltas de una rueda se suceden alternativamente los nacimientos y las muertes cuya causa determinante es el apego a las cosas de la tierra y cuya causa eficiente es el karma o fuerza de acción moral en el universo de que deriva el mérito y demérito. Por esto dice Buda: "Quien anhele librarse de las molestias del nacimiento, mate el deseo para invalidar así la causa determinante o sea el apego a las cosas terrenas". A los que matan el deseo les llama Buda *arhates*[111] que en virtud de su liberación poseen facultades taumatúrgicas. Al morir el arhat ya no vuelve a reencarnar y entra en el nirvana[112] o mundo de las causas, la suprema esfera asequible, en que se desvanece toda ilusión sensoria. Los filósofos budistas creen que los pitris[113] están reencarnados en grado y condiciones muy superiores a las del hombre terrestre, pero nada nos dicen acerca de las vicisitudes de sus cuerpos astrales.

La misma doctrina que enseñó Buda en India seis siglos antes de J.C., enseñó Pitágoras un siglo después en Grecia. Gibbon demuestra lo muy penetrados que los fariseos judíos estaban de esta doctrina de la transmigración de las almas[114]. El círculo de necesidad de los egipcios está indeleblemente grabado en los antiquísimos

[111] *Monaquismo oriental,* 9.

[112] Tanto los teólogos como los escépticos han adulterado el concepto y significación de esta palabra.

[113] Espíritus de los hombres preadámicos.

[114] *Decadencia y caída del imperio romano,* IV, 385.

monumentos de aquel país. Jesús, al sanar a los enfermos les decía siempre: "Tus pecados te son perdonados". Esta expresión encierra la doctrina del mérito y demérito, análoga al concepto budista de que el enfermo sana cuando se le perdonan los pecados[115]. Los judíos le dijeron al ciego: "¿Naciste del todo cargado de culpas y pretendes enseñarnos?"

La s opiniones de Dupuis, Volney e Higgins sobre la significación secreta de los ciclos, kalpas y yugas de induistas y budistas no merecen tenerse en cuenta porque dichos autores carecían de la clave necesaria para desentrañarla. Ninguna filosofía consideró a Dios en abstracto, sino en sus diversas manifestaciones. La "Causa Primera" de las escrituras hebreas, la Mónada pitagórica, la "Esencia Única" de los induistas y el "En Soph" de los cabalistas expresan idéntico concepto. El Bhagavad indo no es creador, sino que se infunde en el huevo del mundo y de allí emana bajo el aspecto de Brahm, del mismo modo que la Duada pitagórica procede de la única y suprema Mónada[116]. El Monas del filósofo de Samos es idéntico al induista Monas (mente) que no tiene *apúrva* (causa material) ni está sujeto a aniquilación[117]. En calidad de Prajâpati se diversifica Brahmâ desde un principio en doce dioses manifestados, cuyos símbolos son:

1.º Fuego.

2.º Sol.

3.º Soma (omnisciencia).

4.º Vida (conjunto de seres vivientes).

5.º Vâyu (aire; éter denso).

---

[115] Hardy: *Manual del budismo.* – Dunlap: *Las religiones del mundo.*

[116] Dice Lemprière (*Diccionario clásico*, Art. *Pitágoras*) que hay poderosas razones para dudar de cuanto se afirma acerca del viaje de Pitágoras a la India y de sus relaciones con los gimnósofos. De ser así, no se explica la mucha mayor analogía de la metempsicosis pitagórica con la de los indos que con la de los egipcios, ni tampoco podríamos explicarnos que MONAS sea también el nombre sánscrito de la Causa primera. Cuando se publicó el *Diccionario clásico* de Lemprière (1792–1797), no se conocía el sánscrito en Europa y hasta medio siglo después no tradujo Haug el *Aitareya–Brâhmana* en que aparece la palabra *Monas* en la acepción referida. Antes de publicarse esta traducción y de quedar computada en 2.000 a 2.400 años antes de J.C., la antigüedad del original, cupo la sospecha (como en el caso de los símbolos cristianos) de si los indos habrían tomado de Pitágoras la palabra Monas, Pero mientras la filosofía no demuestre que el vocablo griego es etimológicamente distinto del sánscrito, estamos en el derecho de aseverar la estancia de Pitágoras en la India y que allí aprendió filosofía de boca de los gimnósofos. La innegable filiación que respecto del sánscrito tienen el griego y el latín a juicio de Max Müller, no basta para explicar la idéntica significación metafísica de la palabra *Monas* en sánscrito y griego. La palabra sánscrita *deva* (dios) se convirtió en la latina deus; pero en el *Zend–Avesta* de Zoroastro la misma palabra *deva* tiene la diametralmente opuesta significación de espíritu maligno, llamado más tarde *daeva* de donde se deriva la palabra inglesa *devil* (diablo).

[117] Haug: *Aitareya–Brâhmana.*

6.º Muerte (soplo destructor).

7.º Tierra.

8.º Cielo.

9.º Agni (fuego inmaterial).

10.º Aditi (aspecto femenino del sol invisible).

11.º Mente.

12º Cielo sin fin (cuya rotación jamás se detiene)[118].

Después de esta duodécupla diversificación, se infunde Brahmâ en el universo visible y se identifica con cada uno de sus átomos. Entonces la Mónada inmanifestada, indivisible e indefinida, se retrae en el majestuoso y sereno apartamiento de su unidad y se manifiesta primero en la Duada y después en la Triada, de que sin cesar emanan fuerzas espirituales que se individualizan en dioses (almas) para constituir seres humanos cuya conciencia ha de desenvolverse en una serie de nacimientos y muertes.

Un artista oriental ha simbolizado la doctrina de los cielos en una muy significativa pintura mural que se conserva en un templo subterráneo situado en las cercanías de una pagoda budista. Trataremos de, describirla según la recordamos.

Un punto céntrico simboliza el punto primordial del espacio. Tomando por centro este punto, se traza a compás una circunferencia cuyos comienzo y término simbolizan la coincidencia de la emanación y la reabsorción. La circunferencia está compuesta de multitud de circulitos a estilo de los troces de una pulsera, cuyas circunferencias representan el cinturón de la diosa pletóricamente figurada en su respectivo circulito. El artista colocó la figura de nuestro planeta en el nadir del círculo máximo, y a medida que el arco se acerca a este punto, los rostros de las diosas van siendo más hoscos y horribles, como no fueran capaces de imaginar los europeos. Cada círculo está cubierto de figuras de planetas, animales y hombres representativos de la flora, fauna y étnica correspondiente a aquella esfera, y entre cada una de éstas hay una separación marcada de propósito para significar que después de recorrer los distintos círculos en sucesivas transmigraciones, tiene el alma un periodo de reposo o nirvana temporal en que *âtmâ* olvida los pasados sufrimientos. El espacio entre los círculos simboliza el éter y aparece poblado de seres extraños, de los cuales los que están entre el éter y la tierra son los de "naturaleza intermedia" o espíritus elementales o elementarios, como los cabalistas los llaman algunas veces.

Dejamos a la sagacidad de los arqueólogos la dilucidación de si esta pintura es copia o es el mismo original debido al pincel de Berosio, sacerdote del templo de Belo, en Babilonia; pero advertiremos que los seres figurados en ella son precisamente los

[118] Haug: *Aitareya–Brâhmana.*

mismos que Berosio describe por boca de Oannes, el hombre–pez caldeo, diciendo que son horribles criaturas engendradas por la luz astral y la materia grosera[119].

Hasta ahora los paleólogos desdeñaron el estudio de las ruinas arquitectónicas correspondientes a las razas primitivas y hasta hace muy poco tiempo no les llamaron la atención las cuevas de Ajunta que se abren en las montañas de Chandor, a doscientas millas de Bombay, y las ruinas de la ciudad de Aurungabad, cuyos derruidos palacios y curiosos sepulcros fueron durante muchos siglos guarida de fieras[120].

---

[119] Berosio: Fragmento conservado por Polyhistor. – Cory: *De la cosmogonía y el diluvio.*

[120] El periódico *Observer* describió recientemente bastante al pormenor estas notables ruinas, antiquísimas predecesoras de Herculano y Pompeya, lamentando de paso que las autoridades locales se hayan satisfecho con "instalar una posada para abrigo y seguridad del viajero". Dice así la descripción inserta en el citado periódico: "En un profundo valle que se extiende al pie de la montaña hay un grupo de maravillosas cavernas que sirvieron de templos. Ya se han explorado veintisiete de estas cuevas, pero hay motivos para presumir que su número sea mucho mayor. No cabe imaginar el fatigoso esfuerzo que supone la excavación de estos templos en la roca viva, en una extensión lineal de 500 pies, con artísticas esculturas que denotan el exquisito gusto y rara habilidad de los artífices indos. Pero si admirables son los decorados exteriores, les aventajan los interiores, y no obstante el inevitable deterioro causado en esculturas y pinturas por la mano del tiempo, todavía conservan los colores su brillo y frescura en animadas y festivas escenas pictóricas, así como no han perdido su delineación las figuras talladas en la roca, que representan comitivas nupciales y escenas de la vida doméstica, sin que ni pinturas ni esculturas estén afeadas por la más leve obscenidad ni grosería tan frecuentes en las alegorías induistas, antes al contrario, las figuras de mujer son por su hermosura, delicadeza y perfección artística émulas del cincel helénico.

A estos templos se les atribuye origen budista y los están visitando buen número de arqueólogos que se ocupan en descifrar los jeroglíficos grabados en las paredes y computar la antigüedad de las excavaciones.

No muy lejos de aquel paraje se encuentran las ruinas de Aurungabad, famosa ciudad murada cuyos derruidos palacios revelan todavía la solidez y magnificencia de su fábrica y de los restos de las murallas se colige que eran tan firmes y estables como roca. Cerca de las ruinas de Aurungabad se ven también restos de templos tallados en la peña, muchos de ellos rodeados de vallas con estatuas y columnas, siendo muy común la figura del elefante a la entrada del templo en actitud de centinela. Abiertas en la roca hay miles de primorosas hornacinas con sendas imágenes de florido estilo escultórico, pero desgraciadamente mutiladas por los mahometanos con el deliberado propósito de estorbar la devoción de los indos que en modo alguno se prosternarían ante una imagen estropeada. Esta profanación despertó en los indígenas vehemente y hereditaria animosidad contra los musulmanes, que no han logrado desvanecer los siglos.

Asimismo se encuentran en aquella comarca otras ruinas de ciudades cuyos despedazados palacios sirven de madriguera a las alimañas, y muchos trozos de la vía férrea están construidos con materiales tomados de estas ruinas, mientras que hay enormes piedras asentadas desde hace miles de años en el mismo paraje, donde permanecerán de seguro otros tantos. Así los templos tallados en la roca como las mutiladas estatuas denotan arte no igualado por los modernos indígenas y justifican la feliz expresión de un escritor al decir que los indos antiguos edificaban como cíclopes y pulían como orfebres.

Evidentemente estas colinas estaban hace siglos animadas por numerosos gentíos; pero ahora están desoladas é incultas sin más compañía que las fieras, y constituyen por lo tanto excelente cazadero para

Pero examinemos ahora la doctrina de la reencarnación como filosofía variante de la metempsícosis, según la expone una de las primeras autoridades en la materia. Estriba la reencarnación en la repetida existencia de una misma individualidad en sucesivas personalidades, en un mismo planeta. Esta reiteración de la existencia terrena es forzosamente ineludible cuando por una modalidad cualquiera, la muerte violenta o prematura, queda la individualidad descarrilada del círculo de necesidad. Así tenemos que en los casos de aborto, mortalidad infantil, locura, imbecilidad e idiotismo, se entorpece la evolución del ser humano, cuya individualidad ha de revestirse de nueva personalidad para continuar la interrumpida obra, de conformidad con la ley de la evolución o sea con el plan divino. También es necesaria la reencarnación mientras los tres aspectos de la mónada no alcancen la unidad, de suerte que se identifiquen definitivamente el alma y el espíritu al llegar al término de la evolución espiritual paralela a la física. Conviene tener presente que no hay en la naturaleza fuerza alguna espiritual ni material capaz de transportar a la mónada de un reino a otro no inmediatamente superior, y así resulta naturalmente imposible que después de trascender la mónada el reino animal y entrar en el humano, salte de súbito al espiritual. Ni la individualidad de un feto abortado que no respiró en este mundo ni el de un niño muerto antes del uso de razón ni el del idiota de nacimiento cuya anormalidad cerebral[121] le exime de toda culpa, pueden recibir premio o castigo en la otra vida. Esta conclusión no es, después de todo, tan ridícula como otras sancionadas por la ortodoxia, pues la fisiología no ha esclarecido aún estos misterios y no faltan médicos que, como Fournié, le nieguen a dicha ciencia la posibilidad de progresar fuera del campo de la hipótesis.

Por otra parte, dicen las enseñanzas ocultas de Oriente, que algunas aunque raras veces el desencarnado espíritu humano cuyos vicios, crímenes y pasiones le hayan sumido en la octava esfera[122], puede por un relampagueante esfuerzo de su voluntad elevarse de aquel abismo, como náufrago que sube a la superficie del agua[123]. El

---

los ingleses cuya afición a la caza les mueve a preferir que tan monumentales ruinas sigan en el mismo estado".

Hasta aquí la información del *Observer*. Por nuestra parte deseamos vehementemente que no continúen las cosas de este modo, pues bastantes actos de vandalismo se cometieron en otras épocas para no consentir en nombre de la arqueología y de la filología que acaben de perderse los preciosos y graníticos documentos históricos en cuya conservación están interesados moralmente los exploradores científicos de nuestro siglo.

[121] Según dice Malacorne en su *Anatomía cerebral,* las circunvoluciones de un idiota oscilan del veinte al treinta por ciento del número de las de una persona sana.

[122] El *hades* de los griegos y el *gehenna* de la Biblia ósea el subplano astral en inmediata vecindad con la esfera terrestre.

[123] En sus *Preceptos mágicos y filosóficos* dice Psello: "No te hundas, porque debajo de la tierra hay un precipicio al que se baja por siete peldaños y en el último está el trono de la horrible necesidad". – Cory: *Oráculos Caldeos.*

ardiente intento de eludir sus sufrimientos, un anhelo vehemente de cualquier índole podrán llevarle de nuevo a la atmósfera de la tierra, ansioso de ponerse en contacto con los hombres. Estas entidades astrales son los vampiros magnéticos, no perceptibles por la vista, pero sí por sus efectos; los *demonios* subjetivos de las monjas, frailes, clarividentes y hechiceros medioevales[124]; los demonios sanguinarios de Porfirio; y las larvas de los autores antiguos. Obsesas por estas entidades penaron en el tormento y subieron al patíbulo débiles y desdichadas víctimas.

Afirma Orígenes, que los malignos espíritus de cuya posesión habla el *Nuevo Testamento* eran espíritus humanos. Moisés conocía perfectamente la índole de estas entidades y las funestas consecuencias a que se exponían cuantos se prestaban a su maligna influencia, por lo que promulgó severas leyes contra los endemoniados. Pero Jesús, henchido de divino amor al género humano, *curaba a* los poseídos en vez de *matarlos,* como más tarde, prefiriendo la ley de Moisés a la de Cristo, mató la intolerancia clerical en las hogueras inquisitoriales a un sin número de estos infelices acusados de brujos y hechiceros.

¡Hechicero! Nombre potente que en pasados tiempos fue segura sentencia de muerte ignominiosa y en los nuestros es promesa cierta de sarcasmo y ridículo. Sin embargo, en todo tiempo hubo varones doctos que, sin menoscabo de su honradez científica ni mengua de su dignidad personal, atestiguaron públicamente la posibilidad de que existiesen "hechiceros" en la recta acepción de esta palabra. Uno de estos intrépidos confesores de la verdad fue el erudito profesor de la Universidad de Cambridge, Enrique More, que floreció en siglo XVII y cuya ingeniosa manera de tratar este asunto demanda nuestra atención.

Según parece, allá por los años de 1678, el teólogo Juan Webster publicó una obra titulada: *Críticas e interpretaciones de la Escritura en contra de la existencia de hechiceros y otras supersticiones.* Enrique More juzgó esta obra muy "endeble y no poco impertinente", como así lo declaraba en una carta dirigida a Glanvil[125] a la que acompañó un tratado de hechicería[126] con aclaraciones y comentarios explicativos de la palabra hechicero, de cuya etimología inglesa infiere More su equivalencia con la palabra sabio[127], y añade que sin duda el uso dilataría su acepción a la clase de

---

[124] El *Martillo de los hechiceros* dió celebridad a estas entidades.

[125] Autor de *Sadducismus Triumphatus.*

[126] Son rarísimos los ejemplares de este tratado, del que conocemos unos cuantos fragmentos manuscritos. Una obra de poco mérito titulada: *Apariciones,* que se publicó en 1820, alude al tratado de More.

[127] Las palabras inglesas *witch* (bruja) y w*izard* (brujo, encantador o hechicero) se derivan indudablemente de *wit* (ingenio) de cual nombre se formaron los adjetivos *wittigh, witty y wittich* (ingenioso) cuya contracción dió origen a la palabra *witch* (bruja). Además, el nombre *wit* (ingenio) provino a su vez del verbo *to weet* (conocer, saber) sinónimo de *to wit* y de *to wis* del que deriva el nombre *wisard,* transformado después por el uso en *wizard* (hechicero). Así tenemos que las brujas y los

sabiduría que se aparta de los conocimientos comunes y tiene algo de extraordinario, pero sin significar con ello *nada en oposición a la ley.* Sin embargo, con el tiempo se restringió de tal modo el concepto de las palabras brujo y hechicero, que sirvieron para denominar respectivamente a la mujer y al hombre capaces de hacer cosas extraordinarias y fuera de lo común, en virtud de pacto expreso o convenio tácito con los *espíritus malignos.*

La ley promulgada por Moisés contra la hechicería enumera diversos linajes de hechiceros, según se colige del siguiente pasaje: "No haya entre vosotros quien practique la adivinación ni sea agorero, encantador o hechicero, ni haga sortilegios ni consulte a los espíritus familiares, ni sea brujo o nigromántico".

Más adelante expondremos el motivo de tamaña severidad. Por ahora diremos que después de definir cada uno de los nombres enumerados en el anterior pasaje con su verdadera significación en la época de Moisés, señala More la profunda diferencia entre brujo y las demás modalidades comprendidas en la ley mosaica, cuya diversidad enumerativa requiere la precisa significación de cada nombre para no contradecirlos unos con otros. El brujo no es en modo alguno el vulgar prestidigitador que en ferias y mercados embauca con sus suertes a los lugareños, sino tan sólo quien evoca espectros ilusorios con ayuda del *maligno espíritu* de que está poseído, por lo cual usaba la ley mosaica de extrema severidad con ellos hasta el punto de ordenar: "No consentirás que viva ningún brujo (מכשפה *macashephah)".* Verdaderamente hubiera sido tiranía emplear tamaño rigor con los infelices prestidigitadores y así tenemos que la ley mosaica sólo condenaba a muerte a los brujos (שואל אוב, *shoel obh)*[128], esto es, el que evoca y

---

hechiceros son personas que *saben* más que el común de las gentes. La misma acepción da Festus a la palabra latina *saga* en la siguiente frase: *sagæ dictæ anus quæ multa sciunt* (se llaman brujas las viejas que saben mucho).

La explicación que de la palabra hechicero da Enrique More, corresponde exactamente al significado etimológico de las palabras rusas *vyédma* (bruja) y *vyedmak* (hechicero) derivadas del verbo vyedât (conocer, saber) cuya raíz es seguramente sánscrita. Lo mismo ocurre en lengua eslava con los vocablos *znâhâr* (brujo) y *znâkarka* (bruja) derivados del verbo *znât* (conocer, saber).

Dice Max Müller *(Discurso sobre los Vedas)* que la palabra *veda* significa *e*timológicamente sabiduría, ciencia, conocimiento y equivale a la voz griega *οἶδα* (yo sé), en que se ha omitido la v o f eólica, y a la inglesa *to wit* (conocer, saber), así como la palabra sánscrita *vidma* significa exactamente *nosotros sabemos.*
Resulta por consiguiente perfectamente correcta y de acuerdo con la moderna filología la explicación que de la palabra brujo o hechicero dió Enrique More en 1678.

[128] En la versión de los setenta se traduce esta palabra por Εγγαστριμῦθος (poseído del demonio). Los griegos llamaban a este demonio *pytho* o espíritu familiar y los hebreos le dieron el nombre de *obh* o sea la serpiente, símbolo de la concupiscencia, personificada por los cabalistas en los elementarios humanos.

More opina que *shoel obh* equivale a "brujo poseído de un espíritu familiar" al que consultaba y cuya voz parecía salir de un cavernículo, por lo que se les llamó también ventrilocuos. *Obh* equivale aceptivamente a *pytho* y esta palabra se deriva de *pythii vates* o espíritu que vaticina lo futuro y revela lo oculto. Así lo corroboran las palabras del apóstol Pablo cuando volviéndose indignado contra la

consulta a los espíritus familiares, pues respecto a los demás linajes de hechicería, la ley se limita a prohibir el trato y concierto con ellos por ser idólatras.

Esta ley era cruel o injusta sin duda alguna, y de su texto se infiere cuán desencaminados andaban los médiums de las sesiones espiritistas de la América del Norte al decir, en comunicación recibida, que la ley de Moisés no condenaba a muerte a los brujos, sino que el sentido de las palabras "no consentirás que un brujo viva" se contrae a que no viva del producto de su arte. Esta interpretación es en extremo peregrina y denota la pobreza filológica de las entidades que la inspiraron[129].

Dice la cábala: "Cierra la puerta a la faz del demonio y echará a correr huyendo de tí, como si le persiguieses". Esto significa que no debemos consentir la influencia de los espíritus de obsesión, atrayéndolos a una atmósfera siniestra.

Estos espíritus obsesionantes procuran infundirse en los cuerpos de los mentecatos e idiotas, donde permanecen hasta que los desaloja una voluntad pura y potente. Jesús, Apolonio y algunos apóstoles tuvieron la virtud de expulsar los espíritus malignos, purificando la atmósfera interna y externa del poseído, de suerte que el molesto huésped se veía precisado a salir de allí. Ciertas sales volátiles les son muy nocivas, como lo demostró experimentalmente el electricista londinense Varley colocándolas en un plato puesto debajo de la cama para librarse de las molestias que por la noche le asaltaban[130].

"muchacha que tenía espíritu de *pytho* y daba mucho que ganar a sus amos adivinando, le dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella. Y en la misma hora salió". *(Hechos de los Apóstoles* XVI, 16, 17, 18).

Por lo tanto las palabras *obseso* y *poseído* son sinónimas de brujo, pues el *pytho* de la muchacha a que alude el anterior pasaje no hubiese podido salir de su cuerpo si no fuera distinto del de ella. Así lo corrobora además aquel otro pasaje del Pentateuco que dice: "Hombre o mujer en quienes hubiere espíritu pythonico o de adivinación mueran de muerte: los matarán a pedradas. Su sangre sea sobre ellos" (Levítico, XX, 27).

[129] En prueba de la autenticidad de la cita copiaremos íntegro el texto de la comunicación, para que se vea cuán poco de fiar es el enfático lenguaje de ciertas entidades que, sean humanas o elementales, no pueden considerarse en modo alguno por los ocultistas como guías infalibles en filosofía, ciencias y moral. Dijo a este propósito la señora Cora V. Tappan en una conferencia pública acerca de la *Historia del ocultismo y de sus relaciones con el espiritismo* publicada en el periódico: *La Bandera de la Luz,* fecha 26 de Agosto de 1876: "El ejercicio de la brujería estaba prohibido entre los hebreos tan sólo en el sentido de que no vivieran de la práctica de su arte o que no debían convertirlo en profesión; pero los piadosos inquisidores interpretaron literalmente el texto de la Escritura y sin testimonio alguno condenaron a muerte a gran número de personas inteligentes y sinceras bajo la inculpación de brujería". Por nuestra parte preguntaremos a la celebrada conferenciante en qué autoridad se apoya para colegir la interpretación que da a la ley mosaica contra los brujos, cuando tan claro y terminante aparece su texto.

[130] *El Espiritista,* de Londres, publicó en su número del 14 de Abril de 1876, el resultado de las observaciones efectuadas a este propósito por el señor Cromwell F. Varley, electricista de la compañía del cable Trasatlántico. Opina Varley que los vapores de ácido nítrico bastan para ahuyentar a los que

Los espíritus humanos de placentera e inofensiva índole, nada han de temer de estas manipulaciones, pues como se han desembarazado ya de la materia terrena, no pueden afectarles en lo más mínimo las combinaciones químicas, como afectan a los espíritus elementales y a las entidades apegadas a la tierra.

Los cabalistas antiguos opinaban que las larvas o elementales humanos tienen probabilidad de reencarnación en el caso de que, por un impulso de arrepentimiento bastante poderoso, se liberten de la pesadumbre de sus culpas con auxilio de alguna voluntad compasiva que le infunda sentimientos de contrición. Pero cuando la mónada pierde por completo su conciencia ha de recomenzar la evolución terrestre y seguir paso a paso las etapas de los reinos inferiores hasta renacer en el humano. No es posible computar el tiempo necesario para que se cumpla este proceso, porque la eternidad desvanece toda noción de tiempo.

Algunos cabalistas y otros tantos astrólogos admitieron la doctrina de la reencarnación. Por lo que a los últimos se refiere observaron que la posición de los astros, al nacer ciertos personajes históricos, se correspondía perfectamente con los oráculos y vaticinios relativos a otros personajes nacidos en épocas anteriores. Aparte de estas observaciones astrológicas, corroboró la exactitud de esta correspondencia, por algunos atribuida a curiosas coincidencias, el "sagrado sueño" del neófito durante el cual se obtenía el oráculo, cuya trascendencia es tanta que aun muchos de cuantos conocen esta temerosa verdad, prefieren no hablar ni siquiera de ella, lo mismo que si la ignorasen. En la India llaman a esta sublime letargia "el sagrado sueño de ***" y resulta de provocar la suspensión de la vida fisiológica por medio de ciertos procedimientos mágicos en que sirve de instrumento la bebida del soma. El cuerpo del letárgico permanece durante algunos días como muerto y por virtud del adepto queda purificado de sus vicios e imperfecciones terrenas y en disposición de ser el temporal sagrario del inmortal y radiante augeoides. En esta situación el aletargado cuerpo refleja la gloria de las esferas superiores como los rayos del sol un espejo pulimentado. El letárgico pierde la noción del tiempo y al despertar se figura que tan sólo ha estado dormido breves instantes. jamás sabrá qué han pronunciado sus labios, pero como los abrió el espíritu, no pudo salir de ellos más que la verdad divina. Durante algunos momentos el inerte cuerpo se convertirá en infalible oráculo de la sagrada Presencia, como jamás lo fueron las asfixiadas pitonisas de Delfos; y así como éstas exhibían públicamente su frenesí mántico, del sagrado sueño son tan sólo testigos los pocos adeptos dignos de permanecer en la manifestada presencia de ADONAI.

---

llama "espíritus molestos" y aconseja a cuantos se vean perturbados por estas entidades, que viertan una onza de vitriolo sobre dos de nitro finamente pulverizado, puesto en una vasija debajo de la cama.

Es curioso que un técnico tomo Varley dé una receta para ahuyentar a los espíritus malignos y, sin embargo, se diputan generalmente por supersticiosos los inciensos y hierbas que con el mismo propósito emplean los indos, chinos y muchos pueblos del África.

A este caso podemos aplicar la descripción que hace Isaías de cómo ha de purificarse un profeta antes de ser heraldo del cielo. Dice en su metafórico lenguaje: "Entonces voló hacia mí un serafín con un ascua que había tomado del altar y la puso en mi boca y dijo: He aquí que al tocar esto en tus labios se han borrado tus iniquidades".

En *Zanoni* describe Bulwer–Lytton, en estilo de incomparable belleza, la invocación del purificado adepto a su augoeides, que no responderá a ella mientras se interponga el más ligero vestigio de pasión terrena. No solamente son muy pocos los que logran éxito en esta invocación, sino que aun éstos lo consiguen únicamente cuando han de instruir a los neófitos ú obtener conocimientos de excepcional importancia.

Sin embargo, la generalidad de las gentes no se percata de la valía de los conocimientos atesorados por los hierofantes, pues como dice un autor: "Hay una recopilación de tratados y tradiciones, llamado *Kabalah,* que se atribuye a los sabios orientales; pero como para estimar el valor de esta obra sería necesario tener la clave *que sólo pueden proporcionar las Fraternidades orientales,* ninguna utilidad allegaría su traducción a la masa general de lectores"[131]. Así se explica que cualquier viajante de comercio, de los que a caza de pedidos recorren la India, escriba sentenciosamente a *The Times* dando por única norma de sus observaciones sobre la magia oriental los artificiosos engaños de titiriteros y prestidigitadores.

A pesar de esta demostración de ignorancia o mala fe, los habilísimos prestidigitadores Roberto Houdin y Moreau–Cinti dieron público y honrado testimonio en favor de los médiums franceses, pues cuando la Academia les pidió informe sobre el particular declararon que únicamente los médiums podían producir los fenómenos de golpeteo y levitación sin preparación a propósito ni aparatos especiales. También aseveraron que la "levitación sin contacto era fenómeno muy superior a la habilidad de todos los prestidigitadores profesionales, a menos de disponer de mecanismos ocultos y espejos cóncavos en un aposento adecuado. Añadieron, por otra parte, que la aparición de una mano diáfana, con absoluta imposibilidad de fraude por el previo registro del médium, era prueba plena de la causa *no humana* del fenómeno"[132].

El profesor Pepper, director del Instituto Politécnico de Londres, inventó un ingenioso aparato para producir apariciones espectrales en público[133]. Los fantasmas parecían reales y se desvanecían a voluntad del operador, pues todo el artificio consistía en el reflejo de una figura intensamente iluminada, sobre un espejo plano, tan hábilmente dispuesto, que producía la ilusión óptica del fantasma con todos sus

---

[131] *Arte mágico,* 97.

[132] *Le Siècle* y otros periódicos franceses se apresuraron a manifestar sospechas de que Houdin y Moreau–Cinti se hubiesen confabulado con los espiritistas.

[133] Vendió la patente de invención, en 1863, por 20.000 francos.

movimientos en el escenario del teatro. A veces el fantasma se sentaba en un banco y fingía arremeter contra él uno de los actores, hasta que agarrando éste una pesada hacha forjaba en los espectadores la ilusión de que decapitaba al espectro o le partía el cuerpo de alto abajo. El artificio funcionó admirablemente, a pesar de que se necesitaba mucha tramoya escénica con sus correspondientes tramoyistas, y el espectáculo atrajo todas las noches numeroso público. Sin embargo, algunos periódicos se aprovecharon de estas exhibiciones para ridiculizar a los espiritistas, sin percatarse de que nada tenía que ver una cosa con otra. Lo efectuado ilusoriamente por los espectros de Pepper pueden efectuarlo también en realidad los espíritus humanos desencarnados, cuando los elementales materializan su reflejo, hasta el punto de que los atravesarán con una espada o con un proyectil de arma de fuego sin la más leve herida. Pero sucederá lo contrario cuando se trate de espíritus elementarios, tanto cósmicos como humanos, porque cualquier arma o instrumento cortante o punzante bastará para que el terror los desvanezca. Esto les parecerá increíble a quienes ignoren de qué clase de materia están constituidos dichos elementarios, pero los cabalistas lo saben perfectamente y está corroborado por los anales de la antigüedad y de la Edad Media, aparte del testimonio jurídico de los fenómenos de Cideville en nuestros días.

Los escépticos, y aun no pocos espiritistas desconfiados, han acusado, con tanta frecuencia como injusticia, de impostores a los médiums cuando no se les consintió comprobar por sí mismos la realidad de las apariciones. En cambio, en otros muchos casos los espiritistas han sido crédulas víctimas de charlatanes y farsantes, al paso que menospreciaban las legítimas manifestaciones mediumnímicas por ignorar que cuando un médium sincero está poseído de una entidad astral, humana o no, deja de ser dueño de sí mismo y mucho menos puede gobernar a su gusto las acciones de la entidad a que sirve de medianero convertido en fantoche movido por hilos invisibles. El médium impostor puede fingir éxtasis y, sin embargo, poner entretanto en juego todo linaje de fraudes, mientras que el médium sincero puede estar despierto en apariencia, cuando en realidad está automáticamente dirigido por su guía, o también quedarse extático en el gabinete en tanto que el cuerpo astral se manifiesta en la sala animado por otra entidad.

De todos los fenómenos psíquicos, el más notable es el de la repercusión, íntimamente relacionado con los de ubicuidad y traslación aérea que en tiempos medioevales se tuvieron por arte dé brujería. Gasparín se ocupó extensamente en este asunto al refutar el carácter milagroso de los fenómenos de Cideville; pero De Mirville y Des Mousseaux rebatieron a su manera las explicaciones del conde atribuyendo dichos fenómenos al diablo, con lo que, después de todo, les reconocían origen espiritual.

Dice sobre este particular Des Mousseaux: "Ocurre el fenómeno de repercusión cuando el golpe inferido al cuerpo astral desdoblado de una persona viviente produce herida incisa o contusa, según el caso, en el cuerpo físico y en el mismo punto

vulnerado en el astral. Debemos suponer, por lo tanto, que el golpe repercute como si rebotase del espectro[134] al cuerpo vivo de la persona en cualquier paraje donde ésta se halle. Así, por ejemplo, si una entidad se me aparece en actitud hostil o sin aparecerse me amenaza con obsesionarme, no tengo más que herir al fantasma en el primer caso, o asestar el golpe hacia donde yo presuma que ha de estar el invisible obsesionador, para que brote sangre en aquel sitio y se oiga a veces el grito de angustia que la entidad profiere al sentirse mortalmente herida[135]. Pero sin embargo de que en el momento de asestarle el golpe estaba en otro sitio la persona cuyo espectro herí, repercutió la herida en el mismo punto del cuerpo físico vulnerado en el espectro. Por lo tanto, resulta evidente el íntimo parentesco de los fenómenos de repercusión con los de ubicuidad y desdoblamiento".

El caso de las brujerías de Salem, tal como lo refieren las obras de Cotton Mather, Calef, Upham y otros autores, corrobora de curiosa manera la realidad de los desdoblamientos, así como la inconveniencia de consentir la antojadiza acción de los elementarios. Sin embargo, este trágico capítulo de la historia de los Estados Unidos no se ha escrito verídicamente todavía. Hacia el año 1704, cinco muchachas norteamericanas que frecuentaban la compañía de una india dedicada al nefando culto del *Obeah,* adquirieron facultades mediumnímicas y empezaron a notar dolores en diversas partes del cuerpo con señales de pinchazos, golpes y mordiscos causados, al decir de las muchachas, por los fantasmas de ciertas personas cuyas señas dieron. Dió publicidad a este suceso el famoso relato de Deodato Lawson (Londres 1704), por quien se supo que, según confesaron algunos de los acusados, eran en efecto autores de las lesiones inferidas a las muchachas, y al preguntárseles de qué modo se valían para ello, respondieron que pinchaban, golpeaban y mordían unas figuras de cera con vehementísimo deseo de que la lesión se produjera en la correspondiente parte del cuerpo de las muchachas. Una de las brujas, llamada Abigail Hobbs, confesó que había hecho pacto con el diablo, quien se le aparecía en figura de hombre y le mandaba atormentar a las muchachas, y al efecto le traía imágenes de madera cuyas facciones eran parecidas a las de la víctima señalada. En estas imágenes clavaba la bruja alfileres y espinas cuyas punzadas repercutían en el mismo sitio del cuerpo de las muchachas"[136].

---

[134] Lytton da el nombre de *Scin Lecca* a esta modalidad espectral. – *Historia extraña.*

[135] Al tratar del mágico poder del espíritu humano, dice Paracelso: "Es posible que mi espíritu, sin arma alguna, tan sólo por medio de la fuerza de voluntad, hiera y aun mate a una persona. También cabe condensar en imagen el espíritu del adversario y herirle en ella, pues ya sabemos que la concentración de la voluntad es de suma importancia en medicina. Todo pensamiento del hombre pasa a través del corazón, que es el sol del microcosmos, de donde trasciende al mundo superior del éter universal, porque el pensamiento humano es un principio material. (Así lo han corroborado en nuestros días Babbage y Jevons). El pensamiento es, por lo tanto, un medio para alcanzar un fin; la magia es sabiduría oculta, y la razón es una insensatez colectiva. No hay escudo eficaz contra la magia que ataca al *interno* espíritu de vida. – Paracelso: Obras, Ed. Estrasburgo, 1603.

[136] Upham. *Brujerías de Salem.*

La autenticidad de estos hechos, evidenciada por el irrecusable testimonio de los tribunales de justicia, corrobora acabadamente la doctrina de Paracelso; y por otra parte resulta curioso que un científico tan escrupuloso como Upham no se diera cuenta de que, al recopilar en su obra tal número de pruebas jurídicas, demostraba la intervención en dichos fenómenos de los maliciosos espíritus elementarios y de las entidades humanas apegadas a la tierra.

Hace siglos puso Lucrecio en boca de Enio los versos siguientes:

Bis duo sunt hominis, manes, caro, *spiritus* umbra;
Quatuor ista loci bis duo suscipirent;
Terra tegit camem; – tumulum circumvolat umbra,
Orcus habet manes.

Pero en este caso, lo mismo que en todos sus análogos, los sabios eluden la explicación diciendo que son completamente *imposibles.*

Sin embargo, no faltan ejemplos históricos en demostración de que los elementarios se intimidan a la vista de un arma cortante. No nos detendremos a explicar la razón de este fenómeno, por ser incumbencia de la fisiología y la psicología, aunque desgraciadamente los fisiólogos, desesperanzados de descubrir la relación entre el pensamiento y el lenguaje, dejaron el problema en manos de los psicólogos que, según Fournié, tampoco lo han resuelto por más que lo presuman. Cuando los científicos se ven incapaces de explicar un fenómeno, lo arrinconan en la estantería, después de ponerle marbete con retumbante nombre griego del todo ajeno a la verdadera naturaleza del fenómeno.

Le decía el sabio Mufti a su hijo, que se atragantaba con una cabeza de pescado: "¡Ay, hijo mío! ¿Cuándo te convencerás de que tu estómago es más chico que el océano?" o como dice Catalina Crowe: "¿Cuándo se convencerán los científicos de que su talento no sirve de medida a los designios del Omnipotente[137]?"

En este particular es más sencilla tarea citar no los autores antiguos que refieren, sino los que no refieren casos de índole aparentemente sobrenatural. En la *Odisea* [138] evoca Ulises el espíritu de su amigo el adivino Tiresias para celebrar la fiesta de la sangre, y con la desnuda espada ahuyenta a la multitud de espectros que acudían atraídos por el sacrificio. Su mismo amigo Tiresias no se atreve a acercarse mientras Ulises blande la cortante arma. En la *Eneida* se dispone Eneas a bajar al reino de las sombras, y tan luego como toca en los umbrales, la sibila que le guía le ordena desenvainar la espada para abrirse paso a traves de la compacta muchedumbre de

[137] Aspecto *tenebroso de la naturaleza.*
[138] V. 82.

espectros que a la entrada se agolpan[139]. Glanvil relata maravillosamente el caso del tamborilero de Tedworth ocurrido en 1661. El doble del brujo tamborilero se amedrentaba de mala manera a la vista de una espada.

Psello refiere extensamente[140] cómo su cuñada fue poseída de un elementario y el horrible estado en que la sumió el poseedor hasta que la curó un exorcizador extranjero, llamado Anafalangis, expulsando al maligno espíritu a fuerza de amenazarle con una espada. A este propósito da Psello una curiosa información de demonología que, según recordamos, es como sigue:

> Los cuerpos de los espíritus son vulnerables con espada ú otra arma cualquiera. Si les disparamos un objeto duro les causará dolor, y aunque la materia de sus cuerpos no sea sólida ni resistente, tienen sensibilidad, por más que no tengan nervios, pues también siente el espíritu que los anima; y así el cuerpo de un espíritu puede ser sensible tanto en conjunto como en cada una de sus partes, de suerte que sin necesidad de organismo fisiológico el espíritu ve, oye y siente todo contacto. Si partís por la mitad el cuerpo de un espíritu, sentirá dolor como si residiera en cuerpo de carne, porque dicho cuerpo no deja de ser material, si bien de tan sutil naturaleza que no lo perciben nuestros ojos… Sin embargo, cuando amputamos los miembros de un cuerpo carnal no es posible reponerlos, en su prístina disposición, mientras que inmediatamente de hendir a un demonio de arriba abajo vuelve a quedar tan entero como antes, como sucede cuando un cuerpo sólido atraviesa el aire o el agua sin dejar la más leve lesión. Mas a pesar de ello, los rasguños, heridas o golpes con que se vulnera el cuerpo de un espíritu le ocasionan dolor, y ésta es la razón de que a los elementarios les intimide la vista de una espada o cualquier arma cortante. Quien desee ver cómo huyen estos espíritus no tiene más que probar lo que decimos.

El demonólogo Bodin, uno de los científicos más eruditos de nuestra época, es también de opinión que a los elementarios, así cósmicos como humanos, les aterroriza hondamente la vista de espadas y dagas. De igual parecer son Porfirio, Jámblico, Platón y Plutarco, quien trata repetidas veces de este particular. Los teurgos estaban perfectamente enterados de ello y obraban en consecuencia, pues sabían que el más leve rasguño lesionaba los cuerpos de los elementarios.

A este propósito refiere Bodin[141] que en 1557, un elementario de la clase de los *relampagueantes* entró *con un rayo* en casa del zapatero Poudot e inmediatamente empezaron a caer piedras en el aposento sin dañar a ninguno de los circunstantes. La dueña de la casa recogió tal cantidad de piedras que pudo llenar un arcón, y aunque tomó la providencia de cerrar herméticamente puertas y ventanas y el mismo arcón, no cesó por ello la lluvia de piedras. Avisado del caso el alcalde del distrito fue a ver lo que ocurría, pero apenas entró en la habitación, el trasgo le arrebató el sombrero sin que se pudiera averiguar su paradero. Seis días hacía que duraba el fenómeno, cuando

[139] Virgilio. *Eneida,* VI–260. *Tuque invade viam, vaginaque eripe ferrum.*

[140] *De Dæmon,* cap. *Quomodo dæm occupent.*

[141] *De los demonios,* 292.

el magistrado Morgnes invitó a Bodin a presenciarlo, y al entrar en la casa se enteró de que le habían aconsejado al dueño que, después de encomendarse a Dios de todo corazón, recorriese el aposento espada en mano. En efecto, desde aquel punto no se volvieron a oír los estrépitos que en los siete días precedentes no habían cesado ni un instante[142].

En cuanto a los autores antiguos, Proclo aventaja a todos en relatos de casos sorprendentes, apoyados en testimonios de nota y algunos de esclarecida fama. Refiere varios casos en que la posición de los cadáveres en el sepulcro se había mudado de horizontal en bípeda unas veces y en sedente otras, lo cual atribuye a que estos difuntos eran *larvas* como, según dicen otros autores de la época, lo fueron Aristio, Epiménides y Hermodoro. Por su parte cita Proclo cinco casos de muerte aparente, tomados de la historia de Clearco, discípulo de Aristóteles y ocurridos en las siguientes personas:

1.º El ateniense Cleónimo.

2.º El conspicuo eolio Policrito quien, según testimonio de los historiadores Nomaquio y Hiero, resucitó a los nueve meses de fallecido.

3.º Un vecino de Nicópolis llamado Eurino, que resucitó a los quince días de su muerte y vivió todavía algún tiempo con ejemplar conducta.

4.º El sacerdote Rufo, de Tesalónica, que resucitó al tercer día de su muerte para cumplir la promesa de ciertas ceremonias sagradas, después de lo cual murió definitivamente.

5.º Una mujer llamada Filonea, hija de Demostrato y Carito, vecinos de Anfípolis, en tiempo del rey Filipo. Murió poco después de haberse casado a disgusto con un tal Krotero, y a los seis meses de su muerte resucitó movida por el amor al joven Macates quien, de paso en la ciudad, se hospedaba en casa de los padres de la resucitada, donde ésta, o mejor dicho, el elemental que había tomado su apariencia corporal, visitó durante algunas noches al joven hasta que, al verse sorprendida, cayó exánime su cuerpo diciendo que obraba de aquella manera por obediencia a los demonios humanos. Todos los habitantes de la ciudad acudieron a ver el cadáver de Filonea después de su segunda muerte en casa de los padres, y al abrir el sepulcro para enterrarla lo encontraron vacío[143].

Dice textualmente Proclo:

---

[142] Los tratados medioevales de hechicería abundan en relatos de esta índole. La interesante y rarísima obra de Glanvil: *Sadducismus Triumphatus* es una de las mejores en su género y digna de figurar al lado de la de Bodin.

[143] Tan extraordinario suceso está corroborado por las cartas deHiparco y las de Arrideo a Filipo, aparte de que intervinieron en su comprobación oficial, el prefecto de la ciudad y el procónsul de la provincia, quien informó de todo al monarca. Así lo refiere Catalina Crowe en su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza,* 335.

> Muchos otros autores antiguos refieren también casos de muertes seguidas más o menos pronto de resurrección. El filósofo naturalista Demócrito, al tratar del Hades, afirma que la muerte no es en algunos casos el cese completo de la vida orgánica, sino una suspensión causada por algún golpe o herida, de modo que el alma continúa ligada al cuerpo y en el corazón subsiste el empireuma de la vida que puede reanimar al cuerpo… El alma se separa algunas veces del cuerpo para infundirse nuevamente en él o en otro distinto, según experimentó Clearco en un niño dormido cuya alma atrajo por virtud de una varilla mágica, conduciéndola hasta cierta distancia con propósito de demostrar que el cuerpo permanecía inmóvil sin sufrir daño alguno y que infundida de nuevo en él daba el niño al despertar razón de todo cuanto le había pasado. Con esta experiencia convenció Clearco a Aristóteles de que el alma puede separarse temporalmente del cuerpo.

Tal vez se tilde de absurda la insistencia, en pleno siglo XIX, en los fenómenos de brujería; pero el siglo es ya algo viejo y empieza a chochear, pues no sólo repudia la infinidad de casos de brujería perfectamente comprobados en la Edad Media, sino también los que durante los últimos treinta años han acaecido en el mundo entero. Tras un intervalo de muchos miles de años cabría dudar del mágico poder de los sacerdotes tesalonicenses y sus hechicerías, según las relata Plinio[144]; podríamos poner en tela de juicio lo que Suidas nos dice acerca del viaje aéreo de Medea y echar en olvido que la magia era el superior conocimiento de la filosofía natural; pero ¿cómo negar los repetidos viajes aéreos que hemos presenciado y corroboré el testimonio de centenares de personas de cabal juicio? Si la universalidad de una creencia prueba su verdad, pocos fenómenos tienen fundamento tan sólido como los de hechicería.

Tomás Wright, miembro del Instituto de Francia y adscrito a la escuela escéptica, se maravilla del misterioso florecimiento de la magia en diversas partes de Europa, y distingue entre la hechicería y la magia, diciendo al efecto:

> En toda época y todos los pueblos, desde el más inculto al más refinado, han creído en la especie de agente sobrenatural conocido con el nombre de magia, fundada en la universalmente extendida creencia de que, además de nuestra visible vida, vivimos en un invisible mundo de seres espirituales que suelen guiar nuestras acciones y *aun nuestros pensamientos,* y que tienen cierto poder sobre los elementos y el ordinario curso de la vida orgánica. El mago se diferencia del brujo en que éste es ignorante instrumento de los demonios y aquél es señor y dueño de ellos, con el potente valimiento de la ciencia mágica, que muy pocos dominan[145].

Si no basta la opinión de este escéptico veamos lo que dice sobre el particular el anónimo autor del *Arte Mágico:*

---

[144] Plinio, XXX.

[145] Wright: *Hechicería y Magia,* III. – Esta distinción, ya establecida desde la época de Moisés, la deriva el autor de fuentes auténticas.

> El lector podrá preguntar en qué se diferencia el mago del médium. Este último es instrumento pasivo de que se valen las entidades astrales para manifestarse fenoménicamente, mientras que el mago, por el contrario, puede atraer y repeler a los espíritus según su voluntad y llevar a cabo por sí mismo muchos actos de oculta potencia, así como someter a su servicio a entidades de jerarquía inferior a la suya y efectuar transformaciones en los seres orgánicos e inorgánicos de la naturaleza[146].

Este erudito autor olvida un rasgo distintivo que de seguro no desconoce. Los fenómenos físicos resultan de la actuación de las fuerzas a través del organismo del médium, manipuladas por entidades invisibles de diversa especie; y por lo tanto, la mediumnidad es una aptitud dimanante del peculiar temperamento orgánico, así como la magia con sus fenómenos subjetivamente intelectuales depende del temperamento espiritual del mago. De la propia suerte que el alfarero fabrica con una masa de barro toscas vasijas o artísticos jarrones, así también la materia astral de unos médiums puede ser a propósito para fenómenos psíquicos de muy distinta índole que la de otros. Una vez afirmado el temperamento peculiar del médium, es tan difícil alterar sus características como lo fuera dar al hierro en frío forma distinta de la que se le dió en la fragua. Por regla general, los médiums cuyas aptitudes se desenvolvieron con aplicación a una clase de fenómenos no sirven para la manifestación de otros.

La psicografía o escritura directa de comunicaciones es común a las dos modalidades de mediumnidad. La escritura en sí misma es un fenómeno físico, pero las ideas expresadas por medio de este sistema gráfico pueden ser de elevadísimo carácter espiritual, cuyo grado dependerá del estado anímico del médium. No es preciso que tenga mucha cultura para transcribir conceptos filosóficos dignos de Aristóteles, ni que sea poeta para componer poesías emuladoras de las de Byron o Lamartine; tan sólo se requiere que, por lo pura, sirva el alma del médium de vehículo a la sublimidad conceptiva de los espíritus superiores.

El autor del *Arte Mágico* describe un muy curioso caso de mediumnidad, cuyo sujeto fue una muchacha que, sin pluma ni tinta ni lápiz, transcribió en un período de tres años cuatro volúmenes dictados por los espíritus en sánscrito antiguo. Bastaba colocar el papel en blanco sobre un trípode cuidadosamente resguardado de la luz y que la niña sentada en el suelo reclinara la cabeza sobre él y lo abrazara por el pie, para que fueran apareciendo los caracteres escritos en las hojas de papel. Este caso de mediumnidad es tan notable y corrobora tan acabadamente el principio antes expuesto, que no podemos resistir al deseo de extractar un pasaje de dichos manuscritos, sobre todo por tratarse en él del estado prenatal del hombre, a que ya nos hemos referido, aunque incompleta mente. Dice así:

> El hombre vive en muchas tierras antes de llegar a ésta. En el espacio hormiguean miríadas de mundos donde el alma embrionaria recorre las etapas de su peregrinación hasta que

[146] *Arte mágico,* 159–160.

> alcanza el vasto y luminoso planeta llamado Tierra, cuya gloriosa función es *despertar la egoencia*[147]*)*. Entonces adquiere el alma la característica humana, pues hasta entonces, en las precedentes etapas de su larguísima, y trabajosa peregrinación, residió en fugaces formas de materia sin explayar más que tenues aspectos de su esencial naturaleza en sucesivas muertes y nacimientos de transitoria y rudimentaria existencia espiritual, pero siempre con más vehementes ansias de progreso, cual mariposa que rompe la crisálida para tejerse nuevo capullo y volver a romperlo en escabrosa y áspera serie de elaboraciones y vuelos hasta que despierta en cuerpo humano[148].

Diremos por nuestra parte que en la India fuimos testigos oculares de una porfía de habilidad psíquica entre un fakir y un prestidigitador. Se había discutido antes acerca de las facultades propias de los pitris (espíritus preadámicos) del fakir y los invisibles cooperadores del prestidigitador, y se convino en que ambos pusieran a prueba su habilidad respectiva, bajo nuestro juicio arbitral, por designación de los circunstantes. Era la hora del asueto meridiano y estábamos a orillas de un lago de la India Septentrional, sobre cuyas límpidas aguas flotaban multitud de flores acuáticas de anchas y brillantes hojas. Cada contendiente tomó una hoja. El fakir se la puso en el pecho con las manos cruzadas sobre ella, y tras breve éxtasis la colocó en el agua con el reverso hacia arriba. El prestidigitador al propio tiempo tomó su hoja, y después de algunas palabras de encantamiento la arrojó al lago, con intento de recabar del "espíritu de las aguas" que impidiera en su elemento toda acción de los pitris del fakir. La hoja del prestidigitador se agitó al punto violentamente, mientras que la del fakir permanecía quieta. Al cabo de pocos momentos uno y otro recogieron su hoja respectivamente, y en la del fakir apareció una especie de dibujo simétrico de caracteres blancos como la leche, cual si la savia de la hoja hubiese servido de corrosivo jugo para trazarlos. De esto se enojó airadamente el prestidigitador, y cuando la hoja del fakir estuvo seca pudimos ver todos que los caracteres eran sánscritos y expresaban una profunda máxima moral, con la particularidad de que el fakir era analfabeto. En la hoja del prestidigitador apareció dibujado un rostro de lo más horriblemente repulsivo. Así es que cada hoja quedó estigmatizada según el carácter respectivo de los contrincantes y la índole de las entidades espirituales que a uno y a otro servían.

Pero con profunda pena hemos de dejar la India de cielo azul y misterioso pasado, de místicos devotísimos y habilidosos prestidigitadores, para respirar de nuevo la pesada atmósfera de la Academia francesa.

La obra de Figuier titulada: *Historia de lo* maravilloso *en los tiempos modernos,* abunda en citas de las más conspicuas autoridades en fisiología, psicología y medicina[149], que denotan cuán tímida, prejuiciosa y superficialmente trataron las

[147] Conciencia del yo soy yo.

[148] *Arte Mágico,* 28.

[149] El doctor Calmeil, director del manicomio de Charentón, aparece frecuentemente citado en esta obra.

cuestiones psicológicas. Impelido el autor por el turbulento espíritu de la ciencia, forma el propósito de acabar con la superstición y el espiritismo, ofreciéndonos un resumen de los más notables fenómenos mediumnímicos ocurridos en los dos últimos siglos. Abarca este resumen los casos de los profetas de Cevennes, camisardos, jansenistas, abate París y otros ya descritos por cuantos autores se han ocupado en este asunto durante los pasados veinte años, por lo que en vez de discutir la verdad o falsía de los hechos, nos contraeremos a la crítica de las explicaciones que de ellos dieron los científicos que los examinaron. Así verá el lector cuán poco puede esperar el ocultismo de la ciencia oficial, pues si los más famosos fenómenos psíquicos de la historia se tratan con tanta ligereza, mucha menor atención prestarán los científicos a otros fenómenos igualmente interesantes, aunque no tan ruidosos. La obra de Figuier está basada en informes académicos, procesos jurídicos y sentencias de tribunales que cualquiera puede consultar como documentos de comprobación; pero contra todo ello se revuelve el autor con peregrinos argumentos que merecen acerbos comentarios del demonólogo Des Mousseaux[150]. El estudiante de ocultismo podrá escoger entre el escéptico y el mojigato.

Comencemos por los fenómenos ocurridos en Cevennes a fines de 1700. Una masa de dos mil personas, entre hombres, mujeres y niños, animados de espíritu profético resistieron año tras año a las tropas del rey que con las milicias del país llegaron a reunir un ejército de sesenta mil hombres. Esta inconcebible resistencia es ya de por sí un prodigio. Entre los informes oficiales que se dieron sobre el caso, se conserva el enviado a Roma por el abate Chayla, prior de Laval, quien declara en estos términos: "Es tan poderoso el espíritu maligno, que ni tortura ni exorcismo alguno bastan para expulsarlo del cuerpo de los cevenenses. Mandé que algunos poseídos pusieran las manos sobre ascuas y no sufrieron ni la más leve chamuscadura. A otros se les envolvió el cuerpo en algodones empapados de aceite y después se les prendió fuego sin levantar la más ligera ampolla. Otras veces los proyectiles de arma de fuego que contra ellos se disparaban se aplastaron entre ropa y piel sin ocasionarles el menor daño".

En este y otros informes se apoya Figuier para argumentar según vamos a ver:

> A fines del siglo XVII una vieja llevó a Cevennes el espíritu de profecía comunicándolo a unos cuantos jóvenes de ambos sexos que a su vez lo difundieron por todo el pueblo, siendo mujeres y niños los más fáciles al contagio, de suerte que todos los poseídos, aun las tiernas criaturas de un año hablaban por inspiración en correcto y puro francés desconocido de ordinario en aquella comarca cuya habla natural era el patués. Ocho mil profetas se derramaron por la comarca, y a presenciar tan maravilloso fenómeno acudieron muchos médicos de las Facultades de Francia, entre ellas la renombrada de Montpeller, quienes se admiraron de escuchar de labios de analfabetas criaturas discursos sobre materias de que no entendían ni una palabra. Sin embargo, los médicos no se daban cuenta de lo que veían, aunque muchos profetizantes comunicaban vigorosamente su espíritu a quienes intentaban romper el hechizo. Los discursos duraban a veces horas enteras, de modo que hubieran

[150] *Costumbres y prácticas de los demonios.*

> fatigado en estado normal a los diminutos oradores. Pero todos estos fenómenos no fueron ni más ni menos que efecto de una transitoria exaltación de las facultades intelectuales, según suele observarse en muchas afecciones del cerebro[151].

Escuchemos ahora los comentarios de Des Mousseaux:

> No se concibe cómo Figuier atribuye a exaltación momentánea una tan prodigiosa serie de fenómenos como los que refiere en su obra, pues semejante *exaltación momentánea* dura muchas horas en cerebros de criaturas de un año, no destetadas todavía que hablan en correcto francés antes de aprender ni una sílaba de su nativo patués. ¡Oh milagro de la fisiología! Debiéramos llamarte *prodigio*.

Dice Figuier en su ya citada obra que el doctor Calmeil, al ocuparse en su tratado sobre la locura de la *teomanía* extática de los calvinistas, afirma que esta enfermedad debe atribuirse en los casos más benignos al histerismo, y en los más graves a la epilepsia. Pero Figuier opina por su parte que era una enfermedad característica a la que llama *convulsión* de Cevennes[152].

Otra vez tropezamos con la *teomanía* y el *histerismo,* como si las corporaciones médicas estuviesen aquejadas de *atomomanía* incurable, pues de otro modo no se comprende que incurran en tamaños absurdos y esperen que haya de aceptarlos la ciencia.

Prosigue diciendo Figuier que tan furibunda era el ansia de exorcisar y achicharrar, que los frailes veían poseídos en todas partes para cohonestar milagros con que poner más en claro la omnipotencia del diablo o asegurar la pitanza monacal[153].

Des Mousseaux agradece a Figuier este sarcasmo, en gracia a que es uno de los pocos tratadistas franceses que no niegan la autenticidad de fenómenos realmente innegables, y además desdeña el método empleado por sus predecesores de cuyo camino declaradamente se aparta, diciendo a este propósito:

> No repudiaremos por indignos de crédito determinados hechos tan sólo porque se oponen a nuestro sistema. Antes al contrario, recopilaremos todos cuantos la historia compruebe y en ellos nos apoyaremos para darles *explicación natural* que añadiremos a las de los sabios que nos precedieron en el examen de esta cuestión[154].

---

[151] Figuier: *Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos.* – Extracto del tomo II, págs. 261, 262 y 400 a 402.

[152] Figuier: *Historia de lo Maravilloso,* I, 397.

[153] Figuier: *Historia de lo Maravilloso,* I, 26, 27.

[154] Figuier: *Historia de lo Maravilloso,* I, 238

Después dice Des Mousseaux[155] que Figuier pasa a ocuparse de los convulsionarios de San Medardo e invita a sus lectores a examinar bajo su dirección los prodigiosos fenómenos que, según él, son simples efectos de la naturaleza.

Pero antes de seguir analizando por nuestra parte las opiniones de Figuier, veamos en qué consistieron los milagros de los jansenistas, según comprobación histórica.

El año 1727 murió el abate jansenista París, en cuya tumba empezaron a observarse de allí a poco sorprendentes fenómenos que acudían a presenciar multitud de curiosos. Exasperados los jesuitas de que en el sepulcro de un hereje se operaran tales prodigios, recabaron de la autoridad la prohibición de acercarse a la tumba del abate; pero no obstante, continuaron repitiéndose los fenómenos durante unos veinte años, y el obispo Douglas pudo convencerse de ellos por sí mismo cuando con este solo propósito fue a París en 1749. En vista de lo infructuoso de sus tentativas para invalidar estos hechos, no tuvo el clero católico otro remedio que reconocerlos, aunque, como de costumbre, los achacó al diablo. A este propósito dice Hume:

> Seguramente no se habrán atribuido jamás a taumaturgo algunos tantos milagros como los que se dice ocurrieron últimamente en París, junto al sepulcro del abate París. Los sordos oyen, los ciegos ven y los enfermos sanan apenas tocan la tumba, según testimonio de personas ilustradas… Ni los mismos jesuítas, á. pesar de su cultura, del apoyo que reciben del poder civil y de su enemiga a los jansenistas cuya doctrina profesaba el difunto abate, han sido capaces de negarlos ni de dar satisfactoria explicación de ellos[156].

Pero escuchemos ahora el algún tanto minucioso extracto que de los procesos verbales levantados con ocasión de las insólitas ocurrencias de Cevennes hace Figuier en su ya citada obra. Dice así:

> Una convulsionaria se colocó pecho arriba, doblada en arco, sin otro apoyo que una estaca hincada en el suelo cuya punta libre sostenía el cuerpo por la región lumbar. Puesta de este modo la joven, en mitad del aposento, le dejan caer, a su misma instancia, sobre el abdomen, una piedra de cincuenta libras de peso, luego de levantada en alto por medio de una cuerda arrollada a una carrucha fija en el techo. Los circunstantes, entre quienes se contaba Montgerón, atestiguaron que la punta de la estaca no penetró en la carne ni siquiera dejo señal en la piel a pesar de la violencia del golpe que, por otra parte, no molestó en lo más

[155] *La magia en el siglo XIX,* 452.

[156] Hume: *Ensayos filosóficos,* pág. 195. – Además de este testimonio tenemos el del doctor Middleton quien en su obra: *El libre examen,* escrita cuando ya los milagros no eran tan frecuentes, dice que su autenticidad iguala a la de los prodigios atribuidos a los apóstoles. Por otra parte, Carré de Montgerón, miembro del Parlamento de París y estrechamente relacionado con los jansenistas relata los milagros del sepulcro del abate París en su obra titulada: *La verdad de los milagros operados por intercesión del abate París, demostrada en contra del arzobispo de Sens. Obra dedicada al rey por el señor de Montgerón, consejero en el Parlamento.* El autor cita gran número de testigos particulares y oficiales en prueba de cada uno de los casos que refiere. La obra produjo su efecto, pero Montgerón fue encerrado en la Bastilla por el poco miramiento con que trataba al clero católico.

> mínimo a la muchacha, quien lejos de quejarse, decía gritando que la golpearan con más fuerza. Otro caso es el de Juana Maulet, joven de veinte años, que puesta de espaldas a la pared recibió en la boca del estómago cien martillazos descargados por un robusto hombretón a cuyos golpes retemblaba la pared. Para comprobar la violencia percusora de los martillos, el mismo Montgerón golpeó con la maza de un jansenista la pared contra que se apoyaba la joven, y a los veinticinco golpes abrió un boquete de mas de medio pie. También refiere Montgerón que en otras ocasiones se hizo la prueba golpeando una barrena apoyada sobre la boca del estómago de convulsionarios de uno y otro sexo, en cuyo semblante se reflejaba el deleite que, según confesión propia, les causaba una tortura capaz de atravesarles las entrañas hasta el espinazo… A mediados del siglo XIX, ocurrieron en Alemania fenómenos de posesión en la persona de unas monjas que daban saltos mortales, trepaban ágilmente por las paredes y hablaban sin dificultad idiomas extranjeros[157]. Sin embargo, el remedio de todo ello consistía en que las poseídas recurriesen al matrimonio[158]… He de añadir que los fanáticos de San Medardo tan sólo recibían los golpes durante las crisis convulsivas y, por consiguiente, como indica el doctor Calmeil, el estado de turgencia, contracción, erotismo, espasmo o dilatación en que, según los casos, quedaba el organismo de los convulsos, pudo muy bien amortiguar y aun resistir la violencia de los golpes. La asombrosa insensibilidad de la piel y del tejido adiposo en casos que debieran haberlos desgarrado, se explica por la consideración de que en momentos de extrema emotividad, como los paroxismos de ira, temor y cólera, también queda insensible el organismo… Por otra parte, dice asimismo el doctor Calmeil, que para golpear los cuerpos de los convulsivos se empleaban instrumentos muy voluminosos de superficie plana y redondeada o bien de forma cilíndrica y punta roma, cuyo efecto vulnerante es muchísimo menor que si se hubieran empleado cordeles o instrumentos punzantes de mucha elasticidad. Así es que los golpes producían en el organismo de los convulsivos el mismo efecto que un saludable masaje, al paso que aminoraban los dolores propios del histerismo[159].

Conviene advertir ahora que cuanto precede no es burla socarrona, sino la explicación que de los fenómenos da por pluma de Figuier una de las eminencias médicas de Francia en aquel entonces, el doctor Calmeil, director del manicomio de Charentón, lo cual infunde la sospecha de si al cabo de tantos años de trato no le contagiarían sus pupilos. Además, no tiene en cuenta Figuier que en otro pasaje de su

---

[157] La relación oficial de estos prodigios añade que las poseídas acertaban, según después se supo, cuanto estaba sucediendo en parajes muy distintos y en las mismas casas de los encargados de comprobar la realidad de los fenómenos. Además, se mantenían suspendidas en el aire sin que esfuerzo humano pudiera volverlas al suelo.

[158] En este punto lleva Des Mousseaux la mejor parte contra su adversario al observar que ciertamente hubieran sido muy extrañas las propiedades del matrimonio en aquella época si bastaran para quitarles la posesión que les permitía trepar por las paredes desnudas a manera de moscas y hablar lenguas extranjeras. Verdaderamente es muy extraño que después de acoger cariñosamente el ilustre crítico todos estos fenómenos en su obra, nos dé al fin y al cabo una explicación de tan poca enjundia cuando cabía esperar que asombrara a sus lectores con argumentos cuya solidez formaría época en los todavía blancos anales de la psicología experimental.

[159] Figuier. – Extractado de la *Historia de lo maravilloso.*

obra[160] describe gráficamente la resistencia que el cuerpo de la convulsa Elia Marión opuso, como si fuese de hierro, a la afilada punta de un cuchillo, así como también dice que en varias ocasiones se emplearon puntiagudas barras de hierro, espadas y hachas y otras armas punzantes y cortantes.

Al comentar el pasaje que acabamos de transcribir exclama Des Mousseaux:

> ¿Estaba en sus cabales el ilustrado médico cuando escribió esto? Si los doctores Calmeil y Figuier quisieran sostener sus afirmaciones, les replicaríamos diciendo que ningún inconveniente tendríamos en creerles, con tal de que para demostrarlas más prácticamente nos permitieran despertar en su ánimo una violenta y terrible emoción de cólera o ira. Al efecto, en interés de la ciencia y con el previo consentimiento de ambos doctores, les diríamos, ante un concurso no sabedor de nuestro trato, que sus escritos son una asechanza a la verdad, un agravio al sentido común, una ignominia que tal vez soporte el papel, pero que no debe aguantar el público. Añadiremos que falsifican la ciencia y embaucan a los ignorantes bobalicones agrupados a su alrededor, como el gentío en torno de un frívolo sacamuelas… Y cuando henchidos de cólera, revuelta la bilis y encendido el rostro lleguéis al paroxismo de la ira, golpearemos vuestros *turgentes* músculos y descargaremos lluvias de piedras en las partes que como más insensibles nos indiquen vuestros amigos, pues el mismo trato recibieron los cuerpos de las convulsas mujeres que parecían complacerse en el dolor. Mas para que no os veáis privados de la saludable satisfacción de ese masaje a que aludís, contundiremos vuestros cuerpos con instrumentos cilíndricos de superficie lisa como, por ejemplo, rígidos garrotes y estacas primorosamente torneadas, si lo preferís… En todo caso podemos llevar nuestra generosidad al no de permitiros poner en substitución de vuestras personas, las de vuestras hermanas, esposas e hijas, pues habéis advertido que el sexo débil demuestra mayor fortaleza en estas desconcertadas pruebas.

Inútil es decir que el reto de Des Mousseaux no obtuvo respuesta.

[160] Tomo I, 409.

CAPÍTULO III

De extraña condición es la inteligencia humana, pues antes de alcanzar la verdad parece como si necesitara obstinarse durante largo tiempo en el error.

MAGENDIE

La verdad que proclamo está esculpida en los monumentos antiguos. Para comprender la historia es preciso estudiar el simbolismo de pasadas épocas, los sagrados signos del sacerdocio y el arte de curar de los tiempos primitivos, ya olvidado hoy día.

BARÓN DU POTET

Es axiomático que todo cúmulo de hechos desordenados requieren una hipótesis para su ordenamiento.

SPENCER

Para encontrar fenómenos análogos a los expuestos en el capítulo precedente es preciso recurrir a la historia de la magia. En todas las épocas y países se ha conocido el fenómeno de la insensibilidad del cuerpo humano en grado suficiente para resistir sin dolor golpes, pinchazos y aun disparos de arma de fuego; pero si la ciencia no se ve capaz de explicar satisfactoriamente este fenómeno, con ninguna dificultad tropiezan para ello los hipnotizadores que conocen las propiedades. del fluido. Poca admiración han de causar los milagros de los jansenistas a hombres que mediante unos cuantos pases magnéticos logran anestesiar determinadas partes del cuerpo hasta el punto de dejarlas insensibles a las quemaduras, incisiones y pinchazos. Los magos de Siam y de la India están sobradamente familiarizados con las propiedades del misterioso fluido vital *(akâsha)* para que les extrañe la insensibilidad de los convulsivos, porque saben comprimir dicho fluido alrededor del sujeto, de modo que forme como una coraza elástica absolutamente invulnerable a los contactos físicos, por violentos que sean.

En la India, Malabar y algunas comarcas del África central no tienen los magos inconveniente en que cualquier viajero les descerraje un tiro sin ninguna prevención por su parte. Según refiere Laing[161], el primer europeo que visitó la tribu de los sulimas, cerca de las fuentes del río Dalliba, pudo presenciar cómo unos soldados dispararon contra el jefe de la tribu sus bien cargadas armas, sin que le causaran daño alguno, a pesar de que por toda defensa sólo llevaba unos cuantos talismanes. Caso parecido relata Salverte[162] diciendo que en el año 1586 el príncipe de Orange mandó que arcabucearan a un prisionero español en Juliers. El piquete disparó contra el reo que previamente había sido atado a un árbol, pero resultó ileso, y en vista de tan sorprendente suceso le desnudaron, por ver si llevaba alguna armadura oculta y tan sólo le descubrieron un amuleto, despojado del cual cayó muerto a la primera descarga.

De muy diversa índole fue lo que el famoso prestidigitador Roberto Houdin llevó a cabo en Argelia, preparando unas balas de sebo, teñidas de negro de humo, que con imperceptible disimulo puso en vez de las balas con que unos indígenas habían cargado sus pistolas. Como aquellas sencillas gentes no conocían otra magia que la verdadera, heredada de sus antepasados, cuyos fenómenos realizan ingenuamente, creyeron que Houdin era un mago muy superior a ellos, al ver ¡os aparentes prodigios que llevaba a cabo.

Muchos viajeros, entre cuyo número nos contamos, han presenciado casos de invulnerabilidad sin asomo de fraude. No hace muchos años vivía en cierta aldea de Abisinia un hombre con fama de hechicero, quien se prestó mediante un mezquino estipendio a que una partida de europeos, de paso para el Sudán, disparase sus armas contra él. Un francés llamado Langlois le disparó a quemarropa cinco tiros seguidos, cuyas balas caían sin fuerza en el suelo después de describir temblorosamente una corta parábola en el aire. Un alemán de la comitiva, que iba en busca de plumas de avestruz, ofreció al abisinio cinco francos si le permitía disparar tocándole el cuerpo con el cañón de la pistola. El hechicero rehusó de pronto, pero consintió después de hacer ademán de conversar brevemente con alguna invisible entidad que parecía estar junto a él. Entonces cargó el alemán cuidadosamente el arma y colocándola en la posición convenida disparó, no sin titubear algún tanto. El cañón se hizo pedazos y el abisinio no recibió el menor daño.

El don de invulnerabilidad pueden transmitirlo, ya los adeptos vivientes, ya las entidades espirituales. En nuestros días ha habido médiums que, en presencia de respetables testigos, no sólo manosearon ascuas de carbón y aplicaron la cara al fuego sin que se les chamuscase ni un pelo, sino que también pusieron las ascuas en cabeza y manos de los espectadores, como sucedió en el caso de lord Lindsay y lord Adair. De igual índole es el ocurrido a Washington en la batalla de Braddock, donde, según

[161] *Viaje por el país de los timanos, kurankos y sulimas.*

[162] *Filosofía de las ciencias ocultas.*

confesión de un jefe indio, disparó contra él diez y siete tiros de fusil sin tocarle. Ciertamente que muchos generales como, por ejemplo, el príncipe Emilio de Sayn–Wittgenstein, del ejército ruso, tuvieron en concepto de sus soldados el don de que "les respetasen las balas".

El mismo poder por cuya virtud comprime un mago el fluido etéreo de modo que forme invulnerable coraza alrededor del sujeto, sirve para enfocar, por decirlo así, un rayo de dicho fluido en determinada persona o cosa con resultados indefectibles. Por este procedimiento se han llevado a cabo misteriosas venganzas en que las indagatorias forenses tan sólo vieron muertes súbitamente sobrevenidas a consecuencia de ataques cardíacos o apopléticos, sin atinar en la verdadera causa de la muerte. General es en todo el Mediodía de Europa la creencia en el mal de ojo[163] contra personas y animales, hasta el punto de que matan con la mirada, como rayo mortífero en que sus malignos deseos acumulan maléfica energía que se dispara cual si fuese un proyectil[164].

Este mismo poder ejercen más enérgicamente todavía los domadores de fieras. Los indígenas ribereños del Nilo fascinan a los cocodrilos con un melodioso y suave silbido que los amansa hasta el punto de dejarse manosear tranquilamente. Otros domadores fascinan de análoga manera a serpientes en extremo ponzoñosas, y no faltan viajeros que han visto a estos domadores rodeados de multitud de serpientes que gobiernan a su albedrío.

Bruce, Hasselquist y Lemprière[165] aseguran haber visto respectivamente en Egipto, Arabia y Marruecos que los indígenas no hacen caso alguno de las mordeduras de víboras ni de las picaduras de escorpiones, pues juegan con estos animales y los sumen a voluntad en sueño letárgico

---

[163] Dícese que Pío IX tenía, sin saberlo, este siniestro don.

[164] En la aldea de Brignoles (Var–Francia), vivía en 1864 un campesino llamado Jacobo Pelissier que se ganaba la vida cazando pájaros sin otro artificio que la fuerza de su voluntad. El doctor D'Alger invitó a varios colegas a presenciar el curioso fenómeno que relata como sigue: "Señalé a Jacobo una hermosa alondra que se había posado a veinte pasos de nosotros y él extendió en seguida la mano derecha hacia el ave, acercándose con sumo cuidado. La alondra movió ligeramente la cabeza y desplegó las alas con intento de volar, pero no pudo y se dejó cazar por Jacobo. Observé el pájaro y vi que tenía los ojos cerrados y el cuerpo rígido como si estuviera muerto, aunque latía el corazón. El estado cataléptico de la alondra denotaba evidentemente una acción magnética. En una hora cazó Jacobo catorce pájaros por el mismo procedimiento, y todos quedaron en el mismo estado cataléptico, que cesaba a voluntad del cazador cuya sugestión esclavizaba a los pájaros. A solicitud mía dejó Jacobo repetidas veces en estado de vigilia a sus alados sujetos para volverles a sumir en catalepsia, y en una ocasión mató con sólo la mirada, desde treinta pasos de distancia, dos pájaros que había yo designado de antemano en comprobación del fenómeno. (Villecroze: *El doctor H. D'Alger).* Curioso pormenor de este caso es que el poder sugestivo de Jacobo no alcanzaba más que a los gorriones, pitirrojos, jilgueros y alondras, pues las demás especies escapaban con frecuencia a su influjo.

[165] Bruce *Exploración de las fuentes del Nilo,* X, 402, 447. – Hasselquist. *Viaje a Levante,* I, 92, 100. – Lemprière: *Viaje al imperio de Marruecos en* 1790, 42, 43.

A este propósito dice Salverte:

> Aunque así lo aseguran autores griegos y latinos, no creían los escépticos que desde tiempo inmemorial tuviesen ciertas familias el hereditario don de fascinar a los reptiles ponzoñosos, según de ello dieron ejemplo los Psilas de Egipto, los Marsos de Italia y los Ofiózenos de Chipre. En el siglo XVI había en Italia algunos hombres que presumían descender de la familia de San Pablo y eran como los Marcos, a las mordeduras de las serpientes. Pero se desvanecieron las dudas sobre el particular cuando la expedición de Bonaparte a Egipto, pues según observaron varios testigos, los individuos de la familia de los Psilas iban de casa en casa para exterminar las serpientes de toda especie que anidaban en ellas, y con admirable instinto las sorprendían en el cubil y las despedazaban a dentelladas y arañazos, entre furiosos aullidos y espumarajos de ira. Aun dejando aparte como exageración del relato lo de los aullidos, preciso es convenir en que el instinto de los Psilas tiene fundamento real[166]. Cuantos en Egipto gozan por herencia de este don descubren el paradero de las serpientes desde distancias a que nada percibiría un europeo. Por otra parte, está del todo averiguada la posibilidad de amansar a los animales dañinos con sólo tocarlos, pero tal vez no lleguemos nunca a descubrir la causa de este fenómeno ya conocido en la antigüedad y reiterado hasta nuestros días por gentes ignorantes[167].

La tonalidad musical produce efecto en todos los oídos, y por lo tanto, un silbido suave, un canto melodioso o el toque de una flauta fascinarán seguramente a los reptiles, como así lo hemos comprobado repetidas veces. Durante nuestro viaje por Egipto, siempre que pasaba la caravana, uno de los viajeros nos divertía tañendo la flauta; pero los conductores de los camellos y los guías árabes se enojaban contra el músico porque con sus tañidos atraía a diversidad de serpientes que, por lo común, rehuyen todo encuentro con el hombre. Sucedió que topamos en el camino con otra caravana entre cuyos individuos había algunos encantadores de serpientes, quienes invitaron a nuestro flautista a que luciera su habilidad mientras ellos llevaban a cabo sus experimentos. Apenas empezó a tocar el instrumento, cuando estremecióse de horror al ver cerca de sí una enorme serpiente que, con la cabeza erguida y los ojos clavados en él, se le acercaba pausadamente con movimientos ondulantes que parecían seguir el compás de la tonada. Poco a poco fueron apareciendo, una tras otra, por diversos lados, buen número de serpientes cuya vista atemorizó a los profanos hasta el punto de que los más se encaramaron sobre los camellos y algunos se acogieron a la tienda del cantinero. Sin embargo, no tenía fundamento la alarma, porque los tres encantadores de serpientes hubieron recurso a sus encantos y hechizos, y muy luego los reptiles se les enroscaron mansamente de pies a cabeza alrededor del cuerpo, quedando en profunda catalepsia con los entreabiertos ojos vidriosos y las cabezas inertes. Una sola y corpulenta serpiente de lustrosa y negra piel con motas blancas quedó ajena al influjo de los encantadores, y como melómana del desierto bailaba

[166] En las Antillas descubren los negros a las serpientes por el olor tan sólo. – Thibaut de Chanvallon: *Viaje a la Martinica.*
[167] Filosofía de la magia.

derechamente empinada sobre la punta de la cola al compás de la flauta, y con cadenciosos movimientos se fue acercando al flautista que al verla junto a sí huyó despavorido. Entonces uno de los encantadores sacó del zurrón un manojo de hierbas mustias con fuerte olor a menta, y tan pronto como la serpiente lo notó fuese en derechura hacia el encantador, sin dejar de empinarse sobre la cola hasta que se enroscó al brazo del encantador, también aletargada. Por fin los encantadores decapitaron a las serpientes cuyos cuerpos echaron al río.

Muchos se figuran que los encantadores se valen de artificios con serpientes previamente amansadas por habérseles arrancado las glándulas ponzoñosas o cosídoles la boca; pero aunque algunos prestidigitadores de ínfima categoría hayan recurrido a este fraude, no cabe imputarlo a los verdaderos encantadores, cuya nombradía en todo el Oriente no necesita recurrir a tan burdo engaño. A favor de estos encantadores milita el testimonio de gran número de viajeros fidedignos y de algunos exploradores científicos que hubieran desdeñado hablar del asunto si no mereciera su atención. A este propósito dice Forbes: “Por haber cesado la música o por cualquier otra causa, la serpiente que hasta entonces había estado bailando dentro de un amplio corro de gente campesina, se abalanzó de pronto contra una mujer dándole un mordisco en la garganta, de cuyas resultas murió a la media hora”[168].

Según relatan varios viajeros, las negras de la Guayana holandesa y las de la secta del *Obeah* sobresalen por su habilidad en la domesticación de las serpientes llamadas *amodites o papas, a* las que a voces las fuerzan a bajar de los árboles y seguirlas dócilmente.

Hemos visto en la India un monasterio de fakires situado a orillas de un estanque repleto de enormes cocodrilos que, de cuando en cuando, salían del agua para tomar el sol casi a los pies de los fakires, quienes, no obstante, seguían absortos en la contemplación religiosa. Pero no aconsejaríamos a ningún extraño que se acercara a los enormes saurios, porque sin duda les sucedería lo que al francés Pradin, devorado por ellos[169].

Jámblico, Heródoto, Plinio y otros autores antiguos refieren que los sacerdotes de Isis atraían desde el ara a los áspides, y que los taumaturgos subyugaban con la mirada a las más feroces alimañas; pero en esto les tachan los críticos modernos de ignorantes, cuando no de impostores, y el mismo vituperio lanzan contra los viajeros que en nuestra época nos hablan de análogas maravillas llevadas a cabo en Oriente.

Mas a pesar del escepticismo materialista, el hombre tiene el poder demostrado en los anteriores ejemplos. Cuando la psicología y la fisiología merezcan verdaderamente el título de ciencias, se convencerán los occidentales de la formidable potencia mágica

[168] Forbes: *Memorias orientales*, I, 44, y II, 387.

[169] Véase *Revista Edimburgo,* LXXX, 428 y sig. – Los indos llaman *mudela a* esta especie de cocodrilos cuyo nombre equivale al de *nikang o ghariyâl.*

inherente a la voluntad y entendimiento del hombre, ya se actualicen consciente, ya inconscientemente. Fácil es convencerse de este poder por la sola consideración de que todo átomo de materia está animado por el espíritu cuya esencia es idéntica en todos ellos, pues la menor partícula del espíritu es al mismo tiempo el todo, y la materia no es al fin y al cabo más que la plasmación concreta de la idea abstracta. A mayor abundamiento daremos algunos ejemplos del poder de la voluntad, aun inconscientemente actualizada, para crear las formas forjadas en la imaginación[170].

Recordemos ante todo los estigmas *(nævi materni)* o señales congénitas que resultan de la sobreexcitada e inconsciente imaginación de la madre durante el embarazo. Este fenómeno psicofísico era ya tan conocido en la antigüedad, que las griegas de posición acomodada tenían la costumbre de colocar estatuas de singular belleza junto a su cama, para contemplar perfectos modelos de configuración humana. La vigencia de esta ley en los animales está comprobada por el ardid de que se valió Jacob para sacar las crías de las ovejas listadas o manchadas, según fuese lo que convenía con su tío Labán. Por otra parte, nos dice Aricante que en cuatro sucesivas camadas de gozquejos nacidos de perra sana, unos estaban bien conformados al par que otros tenían el hocico hendido y les faltaban las patas delanteras. Las obras de Geoffroi Saint–Hilaire, Burdach, Elam y Lucas[171], abundan en ejemplos de esta índole, entre ellos el que, citándolo de Pritchard, da Elam del hijo de un negro y una blanca nacido con manchas blancas y negras en la piel[172]. Análogos fenómenos relatan Empedocles, Aristóteles, Plinio, Hipócrates, Galeno, Marco Damasceno y otros autores de la antigüedad.

More[173] arguye poderosamente contra los materialistas diciendo que el poder de la mente humana sobre las fuerzas naturales está demostrado en que el feto es lo bastante plástico para recibir las impresiones mentales de la madre, de suerte que a ellas corresponda agradable o desagradablemente su configuración y parecido, aunque se grabe en él o se *astrografíe* cualquier objeto muy vivamente imaginado por ella. Estos efectos pueden ser voluntarios o involuntarios, conscientes o inconscientes, intensos o débiles, según el mayor o menor conocimiento que de los profundos misterios de la naturaleza tenga la madre. En general, los estigmas del feto son más bien eventuales que deliberados, y como el aura de toda madre está poblada de sus propias imágenes o las de sus cercanos parientes, la epidermis del feto, comparable a una placa fotográfica, puede quedar impresionada por la imagen de algún ascendiente

[170] Se entiende por imaginación, en este caso, la facultad de discernir las imágenes en la luz astral.

[171] *De la herencia natural.*

[172] *Elam: Problemas dé un médico,* 25. – Comenta el autor el ejemplo diciendo que no es posible explicar estas singularidades en el actual estado de la ciencia. ¡Lastima que no confiesen lo mismo otros científicos!

[173] *La inmortalidad del alma,* Londres, 1659.

desconocido de la madre, pero que en un instante propicio apareció enfocada en el aura.

Acerca de este particular dice Elam: "Cerca de mí está sentada una señora venida de su país. De la pared pende el retrato de una de sus antepasadas del siglo anterior. La fisonomía de mi visitante no puede tener más exacto parecido con la del retrato, a pesar de que la antepasada jamás salió de Inglaterra y la visitante es norteamericana".

Muy diversamente cabe demostrar el poder de la imaginación en el organismo físico. Los médicos inteligentes atribuyen a este poder tanta eficacia terapéutica como a las medicinas, y le llaman vis *medicatrix naturæ,* por lo que procuran ante todo inspirar confianza al enfermo, y a veces esta sola confianza basta para vencer la enfermedad. El miedo mata con frecuencia y el pesar influye de tal modo en los humores del cuerpo, que no sólo trastorna las funciones, sino que encanece súbitamente el cabello. Ficino menciona estigmas fetales en figura de cerezas y otras frutas, aparte de manchas coloradas, pelos y excrecencias, y afirma que la imaginación de la madre puede dar al feto apariencias fisionómicas de mono, cerdo, perro y otros cuadrúpedos. Marco Damasceno cita el caso de una niña nacida enteramente cubierta de pelo y, como la moderna Julia Pastrana, con barba poblada. Guillermo Paradino habla de un niño cuya piel y uñas eran como de oso. Balduino Ronseo alude a otro que nació con un colgajo nasal parecido a moco de pavo. Pareo nos dice que un feto de término tenía cabeza de rana; y Avicena refiere el caso de unos polluelos salidos del huevo con cabeza de halcón. En este último ejemplo, que demuestra la influencia de la imaginación en los animales, el feto debió quedar estigmatizado en el momento de la concepción, coincidente sin duda con la presencia de un halcón frente al gallinero. A este propósito, dice More que como el huevo en cuestión pudo muy bien empollarlo otra clueca en paraje lejano de la madre, la diminuta imagen del halcón, grabada en el feto, fue agrandándose según crecía el polluelo, sin que en ello influyera la madre.

Cornelio Gemma refiere el caso de un niño que nació con una herida en la frente chorreando sangre, a consecuencia de que durante el embarazo amenazó el marido a la madre con una espada dirigida a la misma parte del rostro. Senercio cuenta que una mujer encinta vió como un matarife separaba del tronco la cabeza de un cerdo, y al llegar el parto nació la criatura con una hendidura que abarcaba el paladar y la mandíbula y labio superiores hasta la nariz.

Van Helmont refiere[174] algunos casos realmente asombrosos, de entre los cuales entresacamos los siguientes:

> 1.º En Mechlín, la mujer de un sastre estaba sentada a la puerta de su casa, cuando frente a ella sobrevino una reyerta entre varios soldados, uno de los cuales quedó con la mano amputada. Tan vivamente le impresionó este espectáculo, que dió a luz antes de tiempo un niño manco, de cuyo muñón manaba sangre.

[174] *De Infectis materialibus.*

> 2.º El año 1602, la esposa de un mercader de Amberes, llamado Marco Devogeler, vió corno le cortaban el brazo a un soldado, y al punto le acometieron dolores de parto, dando a luz una niña con el brazo cortado, cuya herida chorreaba sangre como en el caso anterior.
>
> 3.º Una mujer presenció la decapitación de treinta rebeldes flamencos por orden del duque de Alba, y de tal manera la sobrecogió el horroroso espectáculo, que en aquel mismo punto parió un niño acéfalo, pero con el cuello sangrante como si acabaran de decapitarlo.

Si en la naturaleza hubiere milagros, de tales pudieran diputarse los casos anteriores; pero los fisiólogos no aciertan a explicar satisfactoriamente estos fenómenos estigmáticos y o bien los atribuyen a lo que llaman "variaciones espontáneas del tipo" y a "curiosas coincidencias" por el estilo de las de Proctor, o bien delatan ingenuamente su ignorancia, como por ejemplo Magendie que confiesa cuán poco se sabe de la vida intra–uterina, a pesar de las investigaciones científicas, y dice sobre este punto:

> En cierta ocasión se observó que el cordón umbilical, después de roto, se había cicatrizado de modo que no se comprendía como circulaba por él la sangre… Nada sabemos hasta ahora respecto de la función digestiva en el feto, ni tampoco de lo tocante a su nutrición, pues los tratados de fisiología solo dan vagas conjeturas sobre este punto… Por alguna causa desconocida, los órganos del feto se desarrollan preternaturalmente…; pero no hay motivo alguno para admitir la influencia de la imaginación de la madre en el engendro de estas monstruosidades, pues los mismos fenómenos se observan a diario en animales y plantas[175].

Este extracto nos ofrece acabada muestra de los métodos empleados por los científicos, quienes en cuanto transponen el círculo de sus observaciones desvían el criterio y deducen consecuencias mucho menos lógicas que los argumentadores de segunda mano. La literatura científica nos depara continuas pruebas de cuán torcidamente discurren los materialistas al observar fenómenos psicológicos, pues la mente obcecada es tan incapaz de distinguir entre las causas psíquicas y los efectos físicos como el ciego de colores.

Sin embargo, hay científicos sinceros como Elam, que aunque materialista, confiesa que es verdaderamente inexplicable la recíproca actuación de la inteligencia y la materia. Todos reconocen la imposibilidad de penetrar este misterio, que probablemente nadie será capaz de esclarecer en lo sucesivo.

Sobre este mismo punto dice Aitken:

> Las patrañas y despropósitos a que hasta ahora se habían atribuido supersticiosamente los vicios de conformación, se van desvaneciendo ante las luminosas explicaciones de embriólogos como Muller, Rathke, Bischoff, St. Hilaire, Burdach, Allen Thompson, Vrolick,

[175] Magendie: *Compendio de Fisiología elemental,* 518 y sig.

> Wolff, Meckel, Simpson, Rokitansky y Ammon, cuyos estudios son suficiente promesa de que los esplendores de la ciencia disiparán las tinieblas de la ignorancia y la superstición[176].

Parece inferirse del tono de satisfacción en que se expresa tan eminente autoridad médica, que si no posee la clave del problema está en seguro camino de resolverlo; pero no obstante, manifiesta los mismos recelos y dudas que Magendie treinta años atrás, y en 1872 se expresaba en los siguientes términos:

> A pesar de todo, la causa de los vicios de conformación continúa envuelta en profundo misterio. Para investigarla conviene preguntar: ¿se debe a viciosa conformación original del germen, o por el contrario resulta la deformidad de accidentes sobrevenidos durante el desarrollo del embrión? Respecto al primer extremo se conjetura que la deformidad original del germen puede provenir de la *influencia del padre o de la madre,* cuyas deformaciones se transmiten en este caso por herencia… Sin embargo, no hay pruebas bastantes para admitir que las deformidades del feto provengan de excitaciones mentales de la madre durante el embarazo, y los lunares, las manchas cutáneas y demás estigmas se atribuyen a estados morbosos de las cubiertas del óvulo… Una de las más notorias deformaciones es el desarrollo cohibido del feto, *cuya causa queda oculta* las más de las veces… Las formas transitorias del embrión humano son análogas a las formas definitivas de los animales, y esto explica que cuando se suspende o cohíbe el desarrollo del feto presenta éste el aspecto de alguno de dichos animales.

Estamos conformes en el hecho; pero ¿por qué no lo explican los embriólogos? La observación basta para convencerse de que el embrión humano tiene, durante cierto período de la vida uterina, el mismo aspecto que un renacuajo; pero la investigación de los embriólogos no acierta a descubrir en este fenómeno la esotérica doctrina pitagórica de la metempsícosis, tan erróneamente interpretada por los comentadores.

Ya explicamos el significado del axioma cabalístico: "la piedra se convierte en planta, la planta en bruto y el bruto en hombre", con respecto a las evoluciones física y espiritual de la humanidad terrestre. Añadiremos ahora algo más para esclarecer el concepto.

Según algunos fisiólogos, la forma primitiva del embrión humano es la de una simiente, un óvulo, una molécula, y si pudiéramos examinarlo con el microscopio, veríamos, a juzgar por analogía, que está compuesto de un núcleo de materia inorgánica depositado por la circulación en la materia organizada del germen ovárico. En resumen, el núcleo del embrión está constituido por los mismos elementos que un mineral, es decir, de la tierra donde ha de habitar el hombre.

[176] Aitker. *Ciencia y práctica de la medicina.* – El doctor Aitker es profesor de patología en la Academia de Sanidad Militar de Inglaterra, donde se le considera como uno de los más ilustres tratadistas sobre los vicios de conformación. De igual nombradía científica goza en los Estados Unidos, donde el doctor Meredith Clymer, catedrático de la Universidad de Pennsylvania ha editado la obra citada.

Los cabalistas se apoyan en la autoridad de Moisés para decir que la producción de todo ser viviente necesita del agua y de la tierra, lo cual viene a corroborar la forma mineral que originariamente asume el embrión humano. Al cabo de tres o cuatro semanas toma configuración vegetal, redondeado por un extremo y puntiagudo por el otro, a manera de raíz fusiforme, con finísimas capas superpuestas cuyo hueco interior llena un líquido. Las capas se aproximan convergentemente por el extremo inferior, y el embrión pende del filamento, como el fruto del pedúnculo. La piedra se ha convertido en planta por ley de metempsícosis. Después aparecen miembros y facciones. Los ojos son dos puntillos negros; las orejas, la nariz y la boca son depresiones parecidas a las de la piña, que más tarde se realzan, y en conjunto ofrece la forma branquial del renacuajo que respira en el agua[177]. Sucesivamente va tomando el feto características humanas, hasta que se mueve impelido por el inmortal aliento que invade todo su ser. Las energías vitales le abren el camino y por fin le lanzan al mundo a punto que la esencia divina se infunde en la nueva forma humana donde ha de residir hasta que la muerte le separe de ella.

Los cabalistas llaman "ciclo individual de evolución" el misterioso proceso nonimensual del embarazo. Así como el feto se desenvuelve en el seno del líquido amniótico, en la matriz femenina, así también la tierra germinó en el seno del éter, en la matriz del universo. Los gigantescos astros, al igual que sus pigmeos moradores, son primitivamente núcleos que, transformados en óvulos, poco a poco crecen y maduran hasta engendrar formas minerales, vegetales, animales y humanas. El sublime pensamiento de los cabalistas simboliza la evolución cósmica en infinidad de círculos concéntricos que, desde el centro, dilatan sus radios hacia lo infinito. El embrión se desenvuelve en el útero; el individuo en la familia; la familia en la nación; la nación en la humanidad; la humanidad en la tierra; la tierra en el sistema planetario; el sistema planetario en el Cosmos; el Cosmos en el Kosmos; y el Kosmos en la Causa primera, ¡limitada, infinita, incognoscible. Tal es la teoría cabalística de la evolución resumida en el siguiente aforismo:

> Todos los seres son parte de un todo admirable cuyo cuerpo es la naturaleza y cuya alma es Dios. Innumerables mundos descansan en su seno como niños en el regazo materno.

Mientras que unánimemente admiten los fisiólogos que en la vida y crecimiento del feto influyen causas físicas, como golpes, accidentes, alimentación inadecuada, etc., y causas morales, como miedo, terror súbito, pesar hondo, alegría extremada y otras emociones, muchos de ellos convienen con Magendie en que la imaginación de la madre no puede influir en los estigmas y vicios monstruosos de conformación, porque "estos mismos fenómenos se observan a diario en los animales y aun en las plantas".

Aunque Geoffroi St. Hilaire dió el nombre de teratología a la ciencia de las monstruosidades uterinas, valióse para fundarla de los acabadísimos experimentos de

[177] Dicen los cabalistas que la mónada no entra en el reino humano hasta la "cuarta hora".

Bichat, fundador de la anatomía analítica. Uno de los tratados más importantes de teratología es el del doctor Fisher[178] quien agrupa los monstruos fetales en géneros y especies y comenta algunos casos de particular interés científico. Parte Fisher del principio de que la mayoría de las monstruosidades pueden explicarse por la hipótesis de la suspensión y retardo del desarrollo, sin que en nada influyan las condiciones mentales de la madre, y dice a este propósito:

> El atento estudio de las leyes del desarrollo genético y del orden en que aparecen los distintos órganos del cuerpo en formación, nos da a conocer que los monstruos por suspensión o deficiencia de desarrollo son en cierto modo embriones inmetamorfoseables, pues los órganos monstruosos responden sencillamente a las originarias condiciones del embrión[179].

En vista del caótico estado en que hoy por hoy se halla la fisiología, no es fácil que ningún teratólogo, por muy versado que esté en anatomía, histología y embriología, se atreve a negar bajo su responsabilidad la influencia de la madre en el feto, pues aunque las observaciones microscópicas de Haller, Prolik, Dareste y Laraboulet hayan descubierto interesantes aspectos de la membrana vitelina, todavía queda mucho por estudiar en el embrión humano. Si admitimos que las monstruosidades resultan de la suspensión del desarrollo y que las trazas vitelinas permiten pronosticar la morfología del feto, ¿cómo indagarán los teratólogos la causa psicológica que *antecede* al fenómeno? Fisher pudo creerse con suficiente autoridad para agrupar en géneros y especies los centenares de casos que estudió minuciosamente; pero fuera del campo de la observación científica hay numerosos hechos comprobados por nuestra experiencia personal y al alcance de todos, por los cuales se demuestra que las violentas emociones de la madre ocasionan frecuentemente las deformaciones de la criatura. Por otra parte,' los casos observados por Fisher parecen contradecir su afirmación de que los engendros monstruosos derivan de las primitivas condiciones del embrión. Citaremos al efecto dos curiosos casos de éstos.

El primero es el de un magistrado ruso de la Audiencia de Saratow (Rusia), que llevaba constantemente el rostro vendado para ocultar un estigma de relieve, sobre la mejilla izquierda, en forma de ratón cuya cola cruzaba la sien y se perdía en el cuero cabelludo. El cuerpo del ratón era lustroso y gris con toda apariencia de naturalidad. Según contaba el magistrado, su madre tenía invencible horror a los ratones, y el parto fue prematuro de resultas de haber visto saltar un ratón del costurero.

El otro caso, del que fuimos testigos oculares, se refiere a una señora que dos o tres semanas antes del alumbramiento vió un tarro de frambuesas de que no le permitieron comer. Excitada por la negativa se llevó la mano derecha al cuello en actitud un tanto

[178] *Diploteratología. – Ensayo sobre la formación de los monstruos humanos.* – De acuerdo con St. Hilaire, divide Fisher la historia de la teratología en tres períodos: fabuloso, positivo y científico.
[179] *Tareas de la Sociedad de Medicina de Nueva York,* 6, 7, 1865.

dramática, diciendo que le era preciso probarlas. Tres semanas después nació la criatura con un estigma de frambuesa perfectamente dibujada en el mismo punto del cuello que su madre se había tocado, con la particularidad que en la época del año en que maduran las frambuesas tomaba el estigma un color carmesí obscuro; al paso que palidecía durante el invierno.

Muchos casos como éstos que las madres conocen, ya por personal experiencia, ya por la de sus amigas, establecen el convencimiento de la influencia materna, a pesar de cuanto digan todos los teratólogos de Europa y América. La escuela de Magendie arguye contra esta influencia diciendo que si en los animales y plantas ocurren monstruosidades no debidas a la influencia materna, tampoco deben serlo en la especie humana, puesto que, para estos fisiólogos, las causas físicas que producen determinados efectos en plantas y animales han de producirlos también en el hombre.

El profesor Armor, de la Escuela de Medicina de Long Island, expuso recientemente ante la Academia de Detroit una hipótesis muy original en la que, en oposición a Fisher, atribuye los vicios de conformación a defecto propio de la materia generativa en que se desenvuelve el feto, o bien a las influencias morbosas que pueda éste recibir. Sostiene Armor que la materia generativa consta de elementos de todos los tejidos y estructuras morfológicas, por lo que si estos elementos tienen originalmente tales o cuales peculiaridades morbosas, no será capaz la materia generativa de dar de sí un engendro sano y normalmente desarrollado. Pero por otra parte también cabe que la perfecta condición de la materia generativa quede adulterada por influencias morbosas durante la gestación y el engendro sea necesariamente monstruoso.

Sin embargo, esta hipótesis no basta para explicar los casos diploteratológicos[180], pues aunque admitiéramos que el defecto de constitución de la materia generativa consistiera en la falta o en el exceso de las partes correspondientes al carácter de la monstruosidad, parece lógico que toda la progenie habría de adolecer de los mismos vicios de conformación, mientras que por lo general la madre alumbra varios hijos bien conformados antes de concebir al monstruo. Fisher cita varios casos de esta índole[181] entre ellos el de una mujer llamada Catalina Corcoran, de treinta años de edad y complexión sana, que tuvo cinco hijos perfectamente conformados y ninguno mellizo, antes de dar a luz un monstruo de doble cabeza, tronco y extremidades, aunque la duplicidad no aparecía en todos los órganos, como en los casos de mellizos soldados durante la gestación. Otro ejemplo[182] es el de María Teresa Parodi, que después de ocho partos felices y normales, dió a luz una niña con el cuerpo doble de cintura para arriba.

[180] Monstruos con dos cabezas o miembros duplicados.

[181] *Revista trimestral de ciencias médicas:* Dublín, XV, 263, 1853.

[182] *Investigaciones de anatomía patológica:* París, 1832.

Este orden de monstruosidades invalida la hipótesis de Armor, sobre todo si admitimos la identidad entre la célula ovárica del hombre y la de los demás mamíferos, de que resultan análogas monstruosidades en los animales, como argumento contra la opinión popular que atribuye las humanas a la influencia mental de la madre.

Ya hemos visto que, para algunos teratólogos, tanto montan las monstruosidades en los brutos como en la especie humana, y así lo da a entender el doctor Mitchell en un artículo sobre las serpientes de dos cabezas, del que extractamos el siguiente párrafo:

> Los cazadores de serpientes mataron en cierta ocasión a una hembra con todo su nidal, en número de 120 crías, entre las que se encontraron tres monstruos: una con dos cabezas; otra con dos cabezas y tres ojos; y la tercera con doble cabeza, tres ojos y una sola mandíbula, la inferior dividida en dos porciones[183].

Seguramente que la materia generadora de estos tres monstruos era de origen idéntico a la de las demás serpientes del nidal, y así resulta la hipótesis de Armor tan insuficiente como la de sus colegas.

Estos errores provienen de emplear inapropiadamente el método de inducción, que no sirve para inferir consecuencias, pues tan sólo permite razonar dentro del limitado círculo de hechos y fenómenos experimentalmente observados, cuyas conclusiones han de ser forzosamente limitadas porque, como dice el autor de la *Investigación filosófica*, no pueden extenderse más allá del campo de experimentación. Sin embargo, los científicos rara vez confiesan la insuficiencia de sus observaciones, sino que sobre ellas levantan hipótesis con aires de axiomas matemáticos, cuando a lo sumo no pasan de simples conjeturas.

Pero el estudiante de filosofía oculta ha de repudiar por deficiente el método inductivo y valerse del deductivo apoyado en la platónica clasificación de las causas, conviene a saber: eficiente, formal, material y final. De este modo podrá analizar toda hipótesis desde el punto de vista de la escuela neoplatónica, cuyo principio fundamental se encierra en el dilema: la cosa *es o no es* como se supone.

Por lo tanto, podemos preguntar: "¿El éter universal a que los cabalistas llamaron luz astral, *es o no es* idéntico a la electricidad y, por consiguiente, al magnetismo?" La respuesta ha de ser afirmativa porque las mismas ciencia experimentales nos enseñan que la electricidad está diluida en el espacio y en determinadas condiciones se transmuta en magnetismo y recíprocamente.

Presupuesta esta verdad, examinemos ahora los efectos de la energía eléctrica en sí misma y respecto de los objetos de actuación, así como también las circunstancias que acompañan a estos efectos, y veremos:

---

[183] *Revista de Ciencia y Arte de Silliman,* X, 48.

1.º Que en favorables condiciones la electricidad, latente por doquiera, se actualiza unas veces bajo el aspecto eléctrico y otras bajo el magnético.

2.º Que unas substancias atraen y otras repelen la electricidad, según sean o no afines a este agente.

3.º Que la atracción eléctrica es directamente proporcional a la conductibilidad de la materia.

4.º Que la energía eléctrica altera en ciertos casos la disposición molecular de los cuerpos orgánicos o inorgánicos en que actúa, disgregándolos unas veces o restableciéndolos si están perturbados (como en los casos de electroterapia). También puede ser pasajera la perturbación producida por el agente eléctrico y dejar fotografiada en el objeto la imagen de otro en que previamente actuara.

Apliquemos ahora estas proposiciones al caso que vamos examinando. Según reconoce la patología tocológica, la mujer se halla durante el embarazo en estado sumamente emocionable, con las facultades mentales algo débiles, y por lo que toca al orden físico la transpiración cutánea difiere de la normal y pone a la embarazada en condiciones a propósito para recibir las influencias exteriores. Los discípulos de Reichenbach afirman que en tal estado es la mujer intensamente *ódica,* y Du Potet recomienda que no se la someta a experiencias hipnóticas. Las dolencias que aquejan a la embarazada afectan también al feto, y la misma influencia se advierte en lo tocante a las emociones, ya placenteras, ya dolorosas, que repercuten en el temperamento y complexión del futuro vástago. Por eso se dice con acierto que los hombres insignes tuvieron por madre a mujeres también insignes; y el mismo Magendie, no obstante negarlo en otro pasaje de su obra, confiesa que "la imaginación de la madre tiene cierta influencia sobre el feto y que el terror súbito puede ocasionar el aborto o retardar el proceso de la gestación"[184].

Las imágenes mentales de la madre se transmiten al feto análogamente a las impresiones fotográficas producidas por la chispa eléctrica[185]. Como quiera que la transpiración cutánea de la embarazada es muy activa, el fluido magnético sale por los poros de la piel y se transmuta en electricidad, cuya corriente forma circuito con la electricidad etérea que, según admiten Jevons, Babbage y los autores de *El Universo invisible,* es la materia plasmante de toda forma e imagen mental. Las corrientes magnéticas de la madre atraen la electricidad etérea en que se ha plasmado instantáneamente la imagen del objeto que impresionó la mente de la madre, y como dicha corriente eléctrica, con la respectiva forma mental, penetra por los poros del

[184] *Compendio de fisiología elemental,* 520.

[185] La prensa norteamericana refirió no hace mucho el caso de un niño muerto por el rayo mientras estaba asomado a la ventana de su casa. Al efectuarse la autopsia, vióse que tenía fotografiada en el pecho la exacta imagen de un árbol cercano a la ventana, que también fue herido por el rayo.

cuerpo de la embarazada para cerrar el circuito, resulta afectado por ella el feto, según la misma ley que rige en las emociones y sensaciones.

Esta enseñanza cabalística es más científica y racional que la hipótesis teratológica de Geoffroi St. Hilaire calificada por Magendie de “cómoda y fácil por su misma vaguedad y confusión, pues pretende nada menos que fundar una nueva ciencia basada en leyes tan hipotéticas como la de la *suspensión y retardo,* la de la posición *similar y excéntrica* y especialmente de la que llama de los *congéneres”*[186].

El erudito cabalista Eliphas Levi, dice a este propósito:

> Las embarazadas están mucho más sujetas que las otras mujeres a la influencia de la luz astral, que coopera a la formación del feto y les presenta constantemente las reminiscencias de las formas que pueblan dicha luz astral. Así sucede que muchas mujeres virtuosas dan aparente motivo a la murmuración de los maliciosos, porque el hijo tiene parecido fisionómico con alguna persona extraña cuya imagen vio la madre en sueños. Así también se van reproduciendo los rasgos fisionómicos de siglo en siglo. Por lo tanto, mediante el empleo cabalístico del pentagrama, puede una embarazada determinar las facciones del hijo que ha de tener, de modo que según piense en uno ú otro personaje, salga parecido a Nereo o Aquiles, a Luis XV o Napoleón[187].

No podrá quejarse Fisher si los hechos no corroboran su hipótesis, pues se contradice en el siguiente pasaje.

Uno de los más formidables obstáculos en que tropieza el progreso de las ciencias es la ciega sumisión a la autoridad magistral, de cuyo yugo no hay más remedio que emanciparse para dar campo libre a la investigación de los fenómenos y leyes de la naturaleza, como indispensable antecedente de los descubrimientos científicos.

Si la imaginación de la madre puede influir en el crecimiento y aún en la vida del feto, igualmente podrá influir en su conformación corporal; pero aunque algunos cirujanos indagaron con ahínco la causa de las monstruosidades, concluyeron por atribuirlas a meras coincidencias. Por otra parte, no cabe lógicamente negar imaginación a los animales, y aunque parezca exagerado no faltan quienes también la conceden, rudimentariamente por supuesto, a ciertas plantas como las mimosas y las atrapamoscas[188]. Porque si científicos de la valía de Tyndall se confiesan incapaces de salvar el abismo que en el hombre separa la inteligencia de la materia y de medir la potencia de la imaginación, mucho más misteriosa ha de ser la actuación cerebral de un bruto sin palabra.

---

[186] *Compendio de fisiología elemental*, 521.

[187] *Dogma y ritual de la Alta Magia*, 175.

[188] Estas plantas encogen y doblan la hoja en que se posa un insecto y segregan un jugo que disuelve el cuerpo de la víctima. – N. del T.

Los materialistas confunden la imaginación con la fantasía; pero los psicólogos afirman que es la potencia creadora y plasmante del espíritu[189]. Pitágoras la define diciendo que es el recuerdo de precedentes estados espirituales, mentales y físicos, mientras que considera la fantasía como el desordenado funcionamiento del cerebro físico. Desde cualquier punto de vista que examinemos el asunto, nos encontramos con el concepto que de la materia tuvieron los antiguos, quienes la consideraron fecundada por la ideación o imaginación eterna, que trazó en abstracto el modelo de las formas concretas. De no admitir esta enseñanza, resulta absurda la hipótesis de que el cosmos se fuera desenvolviendo gradualmente del caos, porque no cabe inferir en buen sentido, que la materia animada por la fuerza y dirigida por la inteligencia formara sin plan preconcebido un cosmos de tan admirable armonía. Si el alma humana es verdaderamente una emanación del alma universal, una partícula infinitesimal del primario principio creador, debe tener inherentes en mayor o menor grado los atributos del poder demiúrgico. Así como el Creador plasmó en formas concretas y objetivas la inactiva materia cósmica, también le cabe el mismo poder creativo al hombre que tenga conciencia de él. De la propia suerte que Fidias plasmó en la húmeda arcilla la sublime idea forjada por su facultad creadora, así también la madre consciente de su poder es capaz de modelar según su pensamiento y su voluntad el fruto de su vientre. Pero el escultor plasma una figura inanimada, aunque hermosamente artística, de materia inorgánica, mientras que la madre proyecta vigorosamente en la luz astral la imagen del objeto cuya sensación recibe y la refleja fotográficamente sobre el feto.

Respecto del particular dice Fournié:

> Admite la ciencia con arreglo a la ley de gravitación que cualquier trastorno sobrevenido en el centro de la tierra repercutiría en todo el universo, y lo mismo cabe suponer respecto de las vibraciones moleculares que acompañan al pensamiento… La energía se transmite por medio del éter en cuya masa quedan fotografiadas las escenas de cuanto sucede en el universo, y en esta reproducción se consume gran parte de dicha energía… Ni con el más potente microscopio es posible advertir la más leve diferencia entre la célula ovárica de un cuadrúpedo y la del hombre… La ciencia no conoce todavía la naturaleza esencial del óvulo humano ni echa de ver en él características que lo distingan de los demás óvulos, y sin pecar de pesimista presumo que nada se sabrá jamás de cierto sobre ello, pues hasta el día en que nuevos métodos de investigación le permitan descubrir la secreta intimidad entre la energía y la materia, no conocerá la ciencia la vida ni será capaz de producirla[190].

Si Fournié leyera la conferencia del P. Félix podría responder *amén* al doble epifonema de *¡misterio!, ¡misterio!,* con que el conferenciante epilogaba sus razonamientos.

---

[189] En el prefacio de sus *Baladas líricas* expone perfectamente Wordsworth la radical diferencia entre la imaginación y la fantasía.

[190] Fournié: *Fisiología del sistema cerebro–espinal,* París, 1872.

Consideremos ahora el argumento contra la influencia de la imaginación de la madre en el feto, en que funda Magendie las monstruosidades animales. Si así fuera, ¿cómo explicar la cría de polluelos con cabeza de halcón, sino admitiendo que la presencia de esta rapaz hirió tan vivamente la imaginación de la clueca que reflejó la imagen del halcón en la materia germinativa del huevo? Otro caso análogo nos proporciona cierta señora de nuestro trato, una de cuyas palomas se espantaba siempre que veía al papagayo de la casa, y en la empolladura siguiente al mayor espanto, salieron del cascarón dos palominos con cabeza y plumaje de papagayo. A mayor abundamiento podríamos alegar la autoridad de Columella, Youatt y otros tratadistas, aparte de la experiencia acopiada por cuantos se dedican a la avicultura, en prueba de que si se excita la imaginación de la madre puede modificarse en gran parte el aspecto de la cría. Estos ejemplos nada tienen que ver con la ley de la herencia, pues las modificaciones del tipo resultan de causas accidentales.

Catalina Crowe trata con mucha extensión de la influencia de la mente en la materia, y en apoyo de su tesis aduce varios casos de indudable autenticidad[191], entre ellos el de los estigmas o señales que aparecen en el cuerpo de las personas cuya imaginación se exalta superlativamente. La extática Catalina Emmerich mostraba con perfecta apariencia de naturalidad las llagas de la Crucifixión. Una señora cuyo nombre corresponde a las iniciales B. de N. soñó cierta noche que otra persona le ofrecía dos rosas, encarnada y blanca respectivamente, de las cuales escogió esta última. Al despertar sintió dolor de quemadura en el brazo, y poco a poco fue señalándose en la parte dolorida una rosa perfectamente configurada, con el blanco matiz de la corola cuyos pétalos se dibujaban con algo de relieve sobre la piel. Aumentó paulatinamente la intensidad de la señal, hasta que a los ocho días empezó a debilitarse y a los catorce había desaparecido por completo.

Otro caso es el de dos señoritas polacas que estando asomadas a una ventana en día de tempestad, cayó allí cerca un rayo que volatilizó el collar de oro de una de ellas, quedando indeleblemente impresa en la piel la perfecta imagen de la alhaja. Al cabo de poco apareció en el cuello de su compañera una señal idéntica que tardó algunos años en desaparecer.

Todavía más sorprendente es el caso que el autor alemán Justino Kerner refiere como sigue:

> En la época de la invasión napoleónica, un cosaco que perseguía a un soldado francés lo acorraló en un callejón sin salida, y el perseguido revolvióse allí contra el perseguidor, trabándose una terrible lucha de la que resultó gravemente herido el francés. Una persona que a la sazón se hallaba en aquel paraje se sobrecogió de tal modo, que al llegar a su casa vió en su cuerpo la señal de las mismas heridas que el cosaco había inferido a su enemigo.

[191] Crowe: *Aspecto tenebroso de la naturaleza,* 434 y sig.

Verdaderamente se vería Magendie en aprieto para atribuir estos fenómenos a causa distinta de la imaginación; y si fuese ocultista, como Paracelso y Van Helmont, descubriría el misterio que encierran, por el poder consciente de la voluntad e inconsciente de la imaginación, para dañar no sólo deliberadamente a los demás, sino también a sí mismo. Porque según los principios fundamentales de la magia, cuando a una corriente magnética no se le da impulso suficiente para llegar al punto de alcance, reaccionará sobre quien la haya admitido, como al chocar contra la pared retrocede una pelota en la misma dirección pero en inverso sentido de su trayectoria. En apoyo de este principio pueden aducirse muchos casos de intrusos en hechicería que fueron víctimas de su atrevimiento, porque, según dice Van Helmont, la potencia imaginativa de una mujer vivamente excitada engendra una idea que sirve de enlace entre el cuerpo y el espíritu y se transfiere a la persona con quien aquella está más inmediatamente relacionada, sobre la cual queda impresa la imagen que la había excitado.

Deleuze ha recopilado[192] gran número de casos referidos por Van Helmont, entre los cuales tiene el siguiente mucha analogía con el ya expuesto del cazador Pelissier:

> Cuenta Rousseau que, durante su estancia en Egipto, mató varios sapos con sólo mirarlos fijamente durante un cuarto de hora. Sin embargo, la última vez que hizo en Lión esta prueba, se hinchó el sapo y se quedó mirando de hito en hito a Rousseau de tan feroz manera, que el experimentador estuvo a punto de desmayarse de debilidad y creyó llegada su última hora.

Volviendo a las cuestiones teratológicas a citaremos el caso, referido por Wierus[193], de una mujer a quien poco antes del parto amenazó su marido de muerte por creer que tenía los demonios en el cuerpo. Tan profundo fue el terror de la madre, que la criatura nació normalmente conformada de cintura abajo, pero de medio cuerpo arriba cubierta de manchas rojinegruzcas, los ojos en la frente, boca de sátiro, orejas de perro y cuernos de cabra.

En su tratado de *Demonología* cita Peramato el caso, corroborado por el duque de Medina Sidonia, de un niño nacido monstruosamente en San Lorenzo (Indias Occidentales), con boca, orejas y nariz deformes, cuernos de cabrito y piel velluda con una doble rugosidad carnosa en la cintura de la que pendía una masa a manera de bolsa. En la mano izquierda aparecía el estigma en relieve de una campanilla, como las que para bailar usan algunas tribus de indios americanos, y en las piernas llevaba unas botas también carnosas con dobleces hacia abajo. Ofrecía el niño un aspecto por demás horrible, y cabe achacar la monstruosidad a que la madre se asustaría tal vez al presenciar una danza india[194].

---

[192] *Biblioteca de magnetismo animal.*

[193] *De Præstigiis Demonum.*

[194] More: *La Inmortalidad del alma.* – Fischer repudia todos estos ejemplos por apócrifos.

Pero no queremos fatigar al lector con más casos teratológicos que pudiéramos entresacar de las obras clásicas, pues bastan los expuestos para demostrar que las monstruosidades derivan de la acción de la mente materna en el éter universal, que a su vez reacciona sobre la madre.

El principio vital o *arqueo* de Van Helmont[195] es idéntico a la luz astral de los cabalistas y al éter de la ciencia moderna. Si aun los más leves estigmas del feto no provinieran de la imaginación de la madre cuya influencia niega Magendie, ¿á qué causa atribuirá este fisiólogo la formación de excrecencias córneas y el pelaje de bestia que caracterizaba los monstruosos engendros antes referidos? Seguramente que el embrión no tenía latentes estas modalidades del reino animal, capaces de actualizarse por impulso de la fantasía materna, y así hemos de buscar la explicación del fenómeno en las ciencias ocultas.

Antes de terminar el examen de esta materia diremos algo respecto de los casos en que la cabeza, brazos o manos del feto se desintegran de repente, no obstante haber sido normalmente formados todos sus miembros. La química biológica nos dice que el cuerpo de un recién nacido se compone elementalmente de carbono, nitrógeno, agua, calcio, fósforo, sodio, magnesio y algún otro elemento. Pero ¿de dónde proceden y cómo se reúnen y combinan estos componentes? ¿Cómo moldean un ser humano estas partículas atraídas, según dice Proctor, de las profundidades del espacio circundante? Inútil fuera solicitar respuesta de la escuela materialista, uno de cuyos más conspicuos jefes, el ilustre Magendie, confiesa su ignorancia respecto de la fisiología embriológica. Sin embargo, sabemos experimentalmente que mientras el óvulo está contenido en la vesícula de Graaf, forma parte integrante del organismo materno; pero en cuanto se rompe la vesícula, el óvulo cobra, por lo que a su desenvolvimiento se refiere, tanta independencia como el huevo de la gallina después de la puesta. Casi todas las observaciones embriológicas corroboran la idea de que el embrión respecto de la madre está en la misma relación que el inquilino respecto de la morada que le resguarda de la intemperie.

Según Demócrito, el alma[196] está compuesta de átomos, y Plutarco dice al tratar de este asunto:

---

[195] Para que nadie dude de la autoridad científica de Van Helmont copiaremos el Juicio que de él forma el célebre fisiólogo Fournié en el siguiente pasaje de su ya citada obra, que dice así: "Van Helmont fue un químico eminente que estudió con sumo cuidado los fluidos aeriformes a que dió el nombre de gases, y al propio tiempo acendró su piedad hasta el misticismo que le transportaba a la contemplación de la Divinidad… Van Helmont se distinguió de sus predecesores en haber relacionado directa y experimentalmente el *principio vital* con los más insignificantes movimientos del cuerpo al que anima, no por asociación con sus materiales componentes, sino como entidad distinta del cuerpo, aunque no podamos comprender su actuación. Este principio vital es el fundamento de la escuela alquímica".

[196] Los filósofos antiguos entendían por alma el cuerpo astral a que Platón llama siempre alma mortal.

> Hay infinito número de substancias indivisibles, imperturbadas, homogéneas, sin diferencias ni cualidades, que, diseminadas por el espacio, se atraen recíprocamente y se unen, combinan y forman agua, fuego, una planta o un hombre. Estas substancias son los átomos, así llamados porque no pueden dividirse ni cambiarse ni alterarse. Pero nosotros no podemos lograr que el color sea incoloro ni convertir en substancia anímica lo que no tiene alma ni cualidad.

Dice Balfour Stewart que, apoyado en esta teoría, descubrió Dalton las leyes de las combinaciones químicas que permitieron forjar hipótesis de cuanto en ellas ocurre; y después de declararse conforme con Bacon respecto de que el perpetuo anhelo de los científicos es llegar a los límites extremos de la naturaleza, afirma que se ha de ir con mucha cautela antes de repudiar por inútil ningún orden de ideas[197].

¡Lástima que los colegas de Stewart no ajusten su conducta científica a tan excelente regla!

Los modernos astrónomos, de acuerdo con la teoría atómica expuesta por Demócrito de Abdera, nos enseñan que los átomos cohesionados forman los mundos y los seres que los pueblan. Si a este supuesto añadimos aquel otro según el cual puede la madre con la fuerza combinada de su voluntad y de su mente cohesionar los átomos etéreos y plasmar con ellos la concebida criatura, también cabe admitir que por reversible efecto de su voluntad disperse las corrientes atómicas antes concentradas y se desvanezca todo o parte del cuerpo ya formado del hijo todavía no nacido.

Estas consideraciones nos llevan a tratar de los falsos embarazos que tan en confusión ponen a los tocólogos como a las pacientes. Si en el caso citado por Van Helmont se desvanecieron la cabeza, brazo y mano de los tres niños por efecto de una terrible emoción, no será despropósito afirmar que la misma análoga causa determine la total disgregación del feto en los casos de falsa preñez que por su rareza burlan la capacidad de los fisiólogos, pues no hay disolvente ni corrosivo alguno que destruya el organismo del feto sin destruir también el de la madre. Recomendamos este asunto al estudio de las Facultades de Medicina que corporativamente no estarán conformes de seguro con la conclusión de Fournié, quien dice sobre el particular que "en esta sucesión de fenómenos, debemos contraernos al oficio de historiadores, pues tropezamos en ellos con los inescrutables misterios de la vida que ni siquiera intentaríamos explicar; y según avancemos en nuestra tarea, nos veremos en la precisión de reconocer que aquel terreno nos está *vedado*" [198]. Sin embargo, el verdadero filósofo no ha de considerar ningún terreno vedado para él ni suponer inescrutable misterio alguno de la naturaleza.

Tanto los estudiantes de ocultismo como los espiritistas están de acuerdo con Hume en la imposibilidad del *mila*gro que requeriría en el universo leyes especiales y no generales. Aquí tropezamos con una de las más graves contradicciones entre la ciencia y

---

[197] *Balfour Stewart: La conservación de la energía,* 133.

[198] Fournié: *Fisiologia del sistema nervioso,* 16.

la teología, pues mientras la primera afirma la continuidad del orden de la naturaleza, la segunda supone que Dios puede suspender o derogar sus leyes vencido por las súplicas de quien impetra insólitos y extraordinarios favores. Dice a este propósito Stuart Mill:

> Si no creyéramos en potestades suprafísicas, no nos demostrarían los milagros en modo alguno su existencia. Considerado el milagro como un hecho insólito, podemos comprobarlo por testimonio propio o ajeno; pero ninguna prueba tendremos de que sea milagro. Aun cabe atribuir los milagros a una causa natural desconocida, y esta suposición no puede desecharse tan en absoluto que no quede otro remedio que admitir la intervención de un ser sobrenatural[199].

Sobre este punto hemos de llamar la atención de los científicos, pues como dice el mismo Stuart "no es posible admitir una ley de la naturaleza y creer al mismo tiempo en hechos que la contradigan". En apoyo de su opinión aduce Hume "la firme e inalterable experiencia de la humanidad respecto de las leyes cuya actuación imposibilita todo milagro. Sin embargo, no estamos conformes con el calificativo de *inalterable* que da Hume a la experiencia humana, como si no hubiesen de mudar jamás los elementos de observación de que se deriva y todos los filósofos se vieran precisados a reflexionar sobre unos mismos fenómenos. Asimismo equivaldría esta misma inalterabilidad a negar la conexión y enlace entre las especulaciones filosóficas y los experimentos científicos que durante tanto tiempo quedaron aislados. La destrucción de Nínive y el incendio de la biblioteca de Alejandría privaron al mundo durante muchos siglos de los necesarios documentos para estimar en su verdadero valor la sabiduría exotérica y esotérica de los antiguos. Pero desde hace algunos años, el descubrimiento de la piedra de Rosetta, de los papiros de Ebers, Aubigney y Anastasi, y de los volúmenes escritos en hojas de barro cocido, han dilatado el campo de las investigaciones arqueológicas, que sin duda prometen alterar los resultados de la experiencia humana, pues como muy acertadamente dice el autor de *La religión sobrenatural,* "quien cree en algo contrario a la inducción de los hechos, tan sólo por que así lo presuma sin que pueda probarlo, es sencillamente crédulo; pues tal presunción en nada prueba la realidad del hecho a que se refiere".

Hiram Corson se revuelve a este propósito gallardamente contra la ciencia diciendo:

> Hay algo que jamás podrá realizar la ciencia, aunque orgullosa lo intente. Tiempo hubo en que el dogmatismo religioso se extralimitó de sus naturales dominios para invadir el campo de la ciencia y someterla a oneroso vasallaje; pero en nuestros tiempos la ciencia parece haber tomado el desquite transponiendo sus propias fronteras para invadir el campo de la religión, de suerte que al sacudir el yugo del pontificado religioso, nos vemos en riesgo de caer bajo el del pontificado científico. Y así como en el siglo XVI se levantaron voces de protesta contra el despotismo eclesiástico y en pro de la libertad de pensamiento, así también los eternos intereses espirituales del hombre demandan en el siglo XIX otra

[199] Stuart Mill. *Un sistema de lógica,* II, 165; 8ª edición, 1872.

> protesta contra el avasallador despotismo científico, para que los experimentadores no sólo se mantengan en los límites de lo fenoménico, sino que examinen de nuevo sus acopiadas reservas, a fin de cerciorarse de que las barras de oro bajo cuya fianza tanto y tanto papel han emitido, son verdaderamente del oro puro de la Verdad. De lo contrario, los científicos podrían exagerar el valor de su capital e inducirnos a muy arriesgadas empresas.
>
> El discurso pronunciado por Tyndall en Belfast, que suscitó tantas réplicas, demuestra que el capital de la escuela evolucionista no es tan cuantioso como habían supuesto los intelectuales de afición, cuya sorpresa sube de punto al enterarse de que son puramente hipotéticas las conquistas de que tanto se envanecen los profesionales de la ciencia[200].

En verdad es así; pero todavía hay más, porque niegan a sus adversarios el mismo derecho que ellos se arrogan e igual desdén muestran por los milagros de la iglesia que por los fenómenos psíquicos. Ya es hora, por lo tanto, de que las gentes no juzguen imposible lo maravilloso porque a su parecer contradiga las leyes universales, sobre todo desde que autoridades como Youmans reconocen que la ciencia está en un período de transición. Hay en nuestra época no pocos hombres de buena voluntad que deseosos de vindicar la memoria de los mártires de la ciencia, de Agrippa, Palissy y Cardán, por ejemplo, fracasan en su propósito, faltos de medios para comprender sus ideas pues creen que los neoplatónicos prestaban mayor atención a la filosofía trascendental que a las ciencias experimentales. Dice Draper sobre esto que "los frecuentes errores de Aristóteles no prueban falta de seguridad en su método, sino más bien su eficacia, pues dichos errores provienen de la insuficiencia de los hechos observados"[201].

Mas no cabe esperar que los científicos entresaquen estos hechos de la ciencia oculta, puesto que no creen en ella; sin embargo, el porvenir esclarecerá esta verdad. Aristóteles estableció el método inductivo; pero mientras los científicos del día no lo complementen con el deductivo de Platón incurrirán en errores todavía más graves que los del maestro de Alejandro. Los universales de la escuela platónica son materia de fe tan solo mientras la razón no los demuestre y la experiencia no los confirme; ¿pero qué filósofo moderno podría probar por el método inductivo que los antiguos no sabían demostrar los universales a causa de sus conocimientos esotéricos? Las negaciones sin pruebas de los modernos evidencian que no siempre siguen el método inductivo del que tanto se ufanan; y como quieras que no han de basar sus hipótesis en las enseñanzas de la antigüedad, sus modernos descubrimientos son brotes nacidos de la simiente sembrada por los filósofos de aquellas épocas, y aun así resultan incompletos si no abortados, pues mientras la causa permanece envuelta en la obscuridad, nadie puede prever sus últimos efectos. Sobre este particular dice Youmans: "No debemos

---

[200] De la Conferencia dada en julio de 1875 a los alumnos del Colegio de San Juan, de Annapolis, por Hiram Corson, catedrático de literatura inglesa en la Universidad Cornell, de lthaca. N. Y.
[201] Draper: *Conflictos entre la religión y la ciencia,* 22.

desdeñar las teorías antiguas como si fuesen desacreditados y risibles errores, ni tampoco admitir como definitivas las teorías modernas. El vivo y siempre creciente cuerpo de la verdad ha cubierto bajo los pliegues de un manto sus viejos tegumentos para proseguir el camino hacia un más alto y vigoroso estado"[202]. Estas consideraciones, aplicadas a la química moderna por uno de los más conspicuos científicos del día pueden extenderse a las demás ciencias en prueba de la transición por que todas ellas atraviesan.

Desde la aparición del espiritismo se muestran físicos y fisiólogos más inclinados que nunca a calificar de supersticiosos, embaucadores y charlatanes, a filósofos tan eminentes como Paracelso y Van Helmont[203], con escarnio de su concepto del *arqueo o ánima mundi* y de la importancia que dieron al conocimiento de la mecánica celeste. Sin embargo, pocos progresos positivos ha realizado la medicina desde que Bacon la clasificó entre las ciencias de observación.

Hubo autores antiguos, como Demócrito, Aristóteles, Eurípides, Epicuro, Lucrecio, Esquilo y otros a quienes los materialistas de hoy consideran adversarios de la escuela platónica, que fueron tan sólo especuladores teóricos, pero no adeptos, porque éstos habían de escribir en lenguaje tan sólo entendido de los iniciados, so pena de ver sus obras quemadas por manos de las turbas. ¿Quién de sus modernos detractores puede vanagloriarse de saber lo que ellos sabían?

El emperador Diocleciano quemó bibliotecas enteras de obras ocultistas y alquímicas, sin dejar ni un solo manuscrito de los que trataban del arte de hacer oro y plata. La cultura de las épocas antiguas, según nos dan a entender las investigaciones de Champollión, había cobrado tanto esplendor, que Athothi, segundo monarca de la primera dinastía, escribió un tratado de anatomía, y el rey Neko otros dos de astronomía y astrología. Antes de Moisés florecieron los eruditos geógrafos Blantaso y Cincro, y según dice Eliano, perduró por muchos siglos la fama del egipcio Iaco, cuyos descubrimientos en medicina causaron general asombro, pues logró cortar varias enfermedades epidémicas por medio de fumigaciones desinfectantes. Teófilo, patriarca

---

[202] Youmans. – Texto de Química, 4.

[203] En su *Historia de la Medicina* atribuye Sprengel a Van Helmont sentimientos de animadversión contra Paracelso a quien, según dicho autor, calificó de presumido, charlatán é ignorante. Así se infiere del siguiente pasaje de la obra de Sprengel: "Las obras de Paracelso que Van Helmont había leído detenidamente, despertaron en su ánimo anhelos de reforma, pero no le satisficieron del todo porque era incomparablemente más erudito y tenía muchísimo más talento que Paracelso, a quien calificaba despectivamente de egoísta, ignorante y ridículo vagabundo con venas de loco".

Esta afirmación es falsa en absoluto, según comprueban las mismas obras de Van Helmont y sobre todo aquel episodio de su vida en que con motivo de la polémica suscitada entre el profesor Glocenio de Marburgo y el jesuita Roberto acerca de la eficacia o malignidad del ungüento confeccionado por Paracelso para curar las heridas, intervino Van Helmont con ánimo de cortar la controversia diciendo que le apenaba ver llevado y traído el nombre de Paracelso cuya reputación consideraba como propia por ser *discípulo suyo (De Magnética Vulner*, 705).

de Antioquía, menciona la obra titulada: *Libro divino* en que su autor Apolónides, llamado por sobrenombre Orapios, expone la biografía esotérica y el origen de los dioses de Egipto; y Amiano Marcelino alude a una obra ocultista en que se declaraba la *edad exacta del buey Apis*, o sea la clave numérica del cómputo cíclico y otros misterios. ¿Quién fuera capaz de presumir los tesoros de sabiduría que guardaban tantos y tan valiosos libros? Sólo sabemos con seguridad que los paganos por una parte y los cristianos por otra destruían todo libro de esta clase que daba en sus manos; y el emperador Alejandro Severo anduvo por Egipto saqueando los templos en busca de libros místicos y mitológicos.

A pesar de la antigüedad del pueblo egipcio en el estudio de las ciencias y en el ejercicio de las artes, todavía les aventajaron un tiempo los etíopes, que antes de pasar a África florecieron en la India desde muy primitivos tiempos. Se sabe también que Platón aprendió en Egipto muchos secretos no revelados jamás en sus obras, pero transmitidos oralmente a sus discípulos, entre los que se contaba Aristóteles, cuyos tratados deben lo bueno que tienen, según opina Champollión, a las, enseñanzas de su *divino* maestro. Los secretos de escuela pasaron de una a otra generación de adeptos, de modo que éstos sabían seguramente mucho más que los científicos modernos acerca de las fuerzas ocultas de la naturaleza.

También podemos mencionar las obras de Hermes Trismegisto, que nadie ha tenido oportunidad de leer tal como se conservaban en los santuarios egipcios. Jámblico[204] atribuye a Hermes 1.100 obras, y Seleuco acrecienta este guarismo hasta 20.000, escritas antes de la época de Menes. Por su parte, dice Eusebio que en su tiempo quedaban todavía cuarenta y dos tratados de Hermes con seis libros de medicina, de los que el sexto exponía las reglas de este arte según se practicaba en remotísimas edades. Diodoro dice que Mnevis, el primer legislador de pueblos y tercer sucesor de Menes, recibió estos tratados de mano de Hermes. La mayor parte de los manuscritos que han llegado hasta nosotros son copias de traducciones latinas de otras traducciones griegas que los neoplatónicos hicieron de los originales conservados por algunos adeptos. Marcilio Ficino publicó el año 1488, en Venecia, un extracto de estas copias con omisión de todo cuanto hubiera sido arriesgado dar a luz en aquella época de intolerancia inquisitorial. Y así tenemos hoy que cuando un cabalista que ha dedicado toda su vida al estudio del ocultismo y descubierto el hondo arcano, se aventura a declarar que únicamente la cábala da el conocimiento de lo Absoluto en el Infinito y lo Indefinido en lo Finito, se mofan de él cuantos convencidos de que en matemáticas es problema insoluble la cuadratura del círculo, creen que la misma imposibilidad debe oponerse a la solución metafísica.

No hay ciencia alguna entre tas profanas que haya llegado a la perfección. La psicología es de ayer; la fisiología apenas sabe nada del cerebro ni del sistema nervioso,

[204] *Misterios egipcios.*

según confiesa el mismo Fournié[205]; la química se ha reconstituido recientemente y no anda todavía muy segura; la geología no ha sabido averiguar aún la antigüedad del hombre; la astronomía, no obstante su exactitud, sigue embrollándose en la cuestión de la energía cósmica y otras no menos importantes; la antropología, según dice Wallace, fluctúa entre diversidad de opiniones sobre la naturaleza y origen del hombre; y la medicina es, según confesión de sus mismos profesores, un amasijo de conjeturas.

Al ver que los científicos buscan afanosos a tientas en la obscuridad los perdidos eslabones de la rota cadena, nos parece como si por diversos puntos bordearan todos el mismo abismo cuya profundidad son incapaces de sondear, no sólo por falta de medios, sino porque celosos guardianes les atajan el intento. Así es que están siempre en acecho de las fuerzas inferiores de la naturaleza para embobar de cuando en cuando a las gentes con sus *grandes* descubrimientos. Ahora mismo se ocupan en correlacionar la fuerza vital con las demás fuerzas físico–químicas; pero si les preguntamos de dónde dimana la fuerza vital, recurrirán, para responder, a la opinión sustentada hace veinticuatro siglos por Demócrito[206], a pesar de haber creído hasta no ha mucho en la aniquilación de la materia. Sobre este particular dice Le Conte que la ciencia se limita a los cambios y modificaciones de la materia, prescindiendo de su creación y destrucción, que caen fuera del dominio científico[207].

Cuando afirman que sólo puede aniquilarse una fuerza por la misma causa que la engendró, reconocen implícitamente la existencia de esta *causa* y, por lo tanto, no tienen derecho alguno a entorpecer el camino de quienes, más intrépidos, prosiguen adelante para descubrir lo que sólo puede verse al levantar el VELO DE ISIS. Pero entre las ramas de la ciencia tal vez haya alguna en pleno florecimiento, dirán los científicos. Ya nos parece oír aplausos fragorosos como rumor de aguas caudales con motivo del descubrimiento del protoplasma por Huxley, quien dice a este propósito: “En rigor, la investigación química nada o muy poco puede decirnos acerca de la composición de la materia viva, pues tampoco sabemos nada tocante a la constitución íntima de la materia”. Verdaderamente es esta muy triste confesión y no parece sino que el método aristotélico fracase en algunas ocasiones, y así se explica que el famoso filósofo, no obstante su exquisita inducción, enseñara el sistema geocéntrico, mientras que Platón, a pesar de las fantasías pitagóricas que sus detractores le echan en cara y de valerse del método deductivo, estaba perfectamente versado en el sistema

[205] *Fisiología del sistema nervioso.* Prefacio.

[206] Enseñaba este filósofo que no es posible sacar nada de la nada, y por lo tanto, que nada puede aniquilarse o reducirse a la *nada.*

[207] *Correlación de la fuerza vital con las físico–químicas.* Apéndice. – Podemos replicar a esto diciendo que la creación y destrucción de la materia escapan tan sólo al conocimiento de los científicos materialistas pero no al dominio de la ciencia.

heliocéntrico, aunque no lo enseñara en público por impedírselo el voto *sodaliano* de sigilo que guardaba todo iniciado en los misterios[208].

Ciertamente, que considerados los científicos colectivamente, es decir, todos en *general* y no cada uno en particular, les vemos animados de mezquinos sentimientos contra los filósofos de la antigüedad, como si tuvieran empeño en eclipsar el sol para que brillen las estrellas.

A un académico francés, hombre de vastos conocimientos, le oímos decir que sacrificaría gustoso su reputación a trueque de borrar hasta el recuerdo de los errores y fracasos de sus colegas. Pero estos tropiezos no pueden sacarse a colación demasiadas veces en pro de la causa que defendemos. Tiempo vendrá en que la posteridad científica se avergüence del degradante materialismo y mezquino criterio de sus progenitores, quienes, como dice Howit, "odian toda nueva verdad como las lechuzas y los ladrones odian el sol, pues la inteligencia por sí sola no puede conocer lo espiritual, ya que así como el sol apaga el brillo de la llama, así también el espíritu ofusca la vista de la mera intelectualidad".

Es ya muy antiguo vicio, Desde que el instructor dijo: "el ojo no se satisface con ver ni el oído con oír", los científicos se han portado como si estas palabras expresaran su condición mental. El racionalista Lecky describe con toda fidelidad, aun a su pesar, la inclinación de los científicos a burlarse de las nuevas ideas y el desdén que muestran hacia los fenómenos llamados vulgarmente milagrosos, y dice a este propósito que su burlona incredulidad en tales casos les dispensa de toda comprobación. Por otra parte, tan saturados están del escepticismo dominante, que luego de sentarse en el sillón académico se convierten en perseguidores, como de ello nos cita Howit un ejemplo en el caso de Franklin, quien, después de sufrir el escarnio de sus compatriotas al demostrar la naturaleza eléctrica del rayo, formó parte de la comisión científica que el año 1778 calificó en París de imposturas los fenómenos hipnóticos de Mesmer.

Si los científicos se contrajeran a desdeñar únicamente los nuevos descubrimientos podría disculparles su temperamento conservador favorecido por el hábito; pero no sólo se arrogan una originalidad no corroborada por los hechos, sino que menosprecian todo argumento aducido en demostración de que los antiguos sabían tanto o más que ellos. En el testero de sus gabinetes debieran estar grabadas estas sentencias:

> No hay cosa nueva debajo del sol, ni puede decir alguno: Ved aquí, esta cosa es nueva; porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros. No hay memoria de las primeras cosas[209].

---

[208] Dice Champollión que el sueño de Platón era escribir una obra en que exponer las enseñanzas aprendidas de los hierofantes egipcios, pero reprimía su deseo por respeto al solemne juramento.

[209] *Eclesiastés,* I, 10, II.

Podrá engreírse Meldrum de sus observaciones meteorológicas sobre los ciclones en la isla Mauricio; podrá tratar Baxendell, con sólido conocimiento, de las corrientes telúricas; podrán Carpenter y Maury diseñar el mapa de la corriente ecuatorial, y señalarnos Henry el ciclo del vapor acuoso que del río va al mar y del mar vuelve de nuevo a la montaña; pero escuchen lo que dice el rey sabio:

> El viento gira por el Mediodía y se revuelve hacia el Aquilón; andando alrededor en cerco por todas artes, vuelve a sus rodeos. Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa. Al lugar de donde salen tornan los ríos para correr de nuevo[210].

Ajenos como están a la observación de los fenómenos que ocurren en la más importante mitad del universo, los modernos científicos son incapaces de trazar un sistema filosófico en concordancia con dichos hechos. Son como los mineros que trabajan durante el día en las entrañas de la tierra y no pueden apreciar la gloria y belleza de la luz solar. La vida terrena es para ellos el límite de la actividad humana y el porvenir abre ante su percepción intelectual un tenebroso abismo.

No tienen esperanza en otra vida que con los goces del éxito mitigue las asperezas de la presente, y como única recompensa de sus afanes les satisface el pan cotidiano y la ilusión de perpetuar su nombre más allá de la tumba. Es para ellos la muerte la extinción de la llama vital cuya lámpara se esparce en fragmentos por el espacio sin límites. El ilustre químico Berzelius, exclamaba en su última hora: "No os maraville mi llanto ni me juzguéis débil ni creáis que me asuste la muerte. Estoy dispuesto a todo, pero me aflijo al *despedirme de la ciencia"* [211].

Verdaderamente debe apenar a cuantos como Berzelius estudian con ahínco la naturaleza, verse sorprendidos por la muerte cuando están engolfados en la ideación de un nuevo sistema o a punto de esclarecer algún misterio que durante siglos burló las investigaciones de los sabios.

Echad una mirada al mundo científico de hoy día y veréis cómo los partidarios de la teoría atómica remiendan las andrajosas vestimentas que delatan los defectos de su respectiva especialidad. Vedles restaurar los pedestales sobre que han de alzarse nuevamente los ídolos derribados antes de que Dalton exhumase de la tumba de Demócrito esta revolucionaria teoría. Echan las redes en el mar de la ciencia materialista con riesgo de que algún pavoroso problema rompa las mallas, pues son sus aguas, como las del Mar Muerto, de sabor acre y tan densas que apenas les consienten la inmersión y mucho menos el sondeo, porque ni en fondo ni en orillas hay

---

[210] *Eclesiastés,* I, 6, 7. La teoría de las corrientes térmicas y acuosas entre el ecuador y los polos, es de exposición moderna; pero, según vemos, ha permanecido insinuada en el libro del *Eclesiastés* durante cerca de tres mil años. Sin embargo, conviene recordar que Salomón era cabalista y en su libro no hizo más que transcribir enseñanzas ya expuestas en otros de mayor antigüedad.

[211] Siljeström: *Minnesfest öfver Berzelius,* 79.

respiradero de vida. Es una soledad tétrica, repulsiva y árida que nada produce digno de estima.

Hubo época en que los científicos de las academias se burlaban regocijadamente de algunos prodigios de la naturaleza que los antiguos aseguraron haber observado por sí mismos. La cultura de nuestro siglo les tenía por necios si no les acusaba de embusteros, porque dijeron que había cierta especie de caballos con patas parecidas a los pies del hombre. Sin embargo, estas especies a que se refieren los autores antiguos, no son ni más ni menos que el *protohippus,* el *orohippus* y el *equus pedactyl,* cuyas analogías anatómicas con el hombre ha descrito sabiamente Huxley en nuestros días. La fábula se ha convertido en historia y la ficción en realidad. Los escépticos del siglo XIX no tienen más remedio que confirmar las *supersticiones* de la escuela platónica[212].

Otro ejemplo de estas tardías corroboraciones tenemos en la imputación de embusteros hecha durante largo tiempo a los autores antiguos que dieron por cierta la existencia de un pueblo de pigmeos en el interior de Africa, a pesar de lo cual se ha visto confirmada en nuestros días esta aseveración por los viajeros y exploradores del continente negro[213].

De lunático tacharon a Heródoto por decir que había oído hablar de unas gentes que dormían durante toda una noche de seis meses[214]. Plinio relata en sus obras multitud de hechos que hasta hace poco tiempo se tuvieron por ficciones. Entre otros casos igualmente curiosos, cita el de una especie de roedores en que el *macho amamanta a los pequeñuelos.* De esta referencia hicieron no poca chacota los científicos; y sin embargo, Merriani describe[215] por vez primera una rarísima y admirable especie de conejo *(Lepus bairdi)* que habita en los bosques cercanos a las fuentes de los ríos Wind y Yellowstone, en Wyoming. Los cinco ejemplares presentados por Merriam ofrecían la particularidad de que las mamás de los machos tenían igual actividad glandular que las de las hembras, de modo que alternadamente con la madre amamantaba el padre a las crías. Uno de los machos cazados por Merriani

---

[212] Antes de Huxley había ya descrito Geoffroi St. Hilaire una especie de solípedos con los dedos enlazados por membranas. *(Sesión de la Academia de Ciencias de París del 13 de Agosto de 1807).*

[213] El explorador francés Mollien vió a los pigmeos de África durante su viaje por las orillas del río Grande en 1840. (Mollien: *Viaje por el interior de África,* II, 210). También da noticia de ellos Bayard Taylor, que en 1874 vió alguno de estos pigmeos en El Cairo. Por su parte, el señor Bond, jefe de la oficina trigonométrica de la India, descubrió en el Calitz occidental, hacia el sudoeste de los montes Palini, una raza pigmea de la cual dice: "Es una nueva raza pigmea parecida en estatura, aspecto y costumbres, a los obongos africanos que describe Du Chaillu, a los akkas de Schweinfurth y a los dokos de Krapf. *(The Popular Science Monthly.* – Mayo, 1876, 110).

[214] Maltebrun: *Heródoto,* págs. 372, 373. – Si tomamos la palabra: *dormían* en sentido figurado, cual corresponde tomarla en esto caso, tendremos una manifiesta alusión a las noches de los polos.

[215] *Informe del Servicio Geológico de los Territorios de la Unión* (1872). Publicado en *The Popular ScienceMonthly.* Diciembre de 1874, pág. 252; Nueva York.

tenía húmedos y pegajosos los pelos próximos al pezón, como indicio de que acababa de amamantar al hijuelo.

El periplo de Hanón describe circunstanciadamente un pueblo salvaje de cuerpos muy pilosos que los intérpretes llamaban *gorillæ* y Hanón denomina textualmente: *ἄνθρωποι ἄγριοι*; dando con ello a entender que eran los monos gorilas cuya autenticidad no reconoció la ciencia hasta estos últimos tiempos, pues todos los naturalistas tuvieron el relato por fabuloso y aun hubo quienes, como Dodwell, negaron la autenticidad del texto de Hanón[216].

La famosa *Atlántida* de Platón es una "noble mentira" a juicio de su moderno traductor y comentador Jowett, no obstante de que el insigne filósofo alude en el *Timeo a* la tradición subsistente en la isla de Poseidonis, cuyos habitantes habían oído hablar a sus antepasados de otra isla de prodigioso tamaño llamada Atlántida.

De entre el vulgo de las gentes sumidas en la ignorancia medioeval sobresalieron tan sólo unos cuantos estudiantes a quienes la antigua filosofía hermética permitió columbrar descubrimientos cuya gloria se atribuye nuestra época, mientras que los científicos de entonces, los antecesores de cuantos hoy ofician de pontifical en el templo de *Santa Molécula,* creían ver la pezuña de Satanás en los más sencillos fenómenos de la naturaleza.

Dice Wilder[217] que el franciscano Rogerio Bacon dedica la primera parte de su obra: *Admirable poder del arte y de la naturaleza* al estudio de los fenómenos naturales e insinúa el uso de la pólvora como explosivo y el empleo del vapor de agua como fuerza motora, además de pergeñar la prensa hidráulica, la campana de buzos y el calidoscopio.

También hablaron los antiguos de aguas convertidas en sangre y de lluvias y nieves sanguinolentas formadas por corpúsculos carmesíes que, según la moderna observación, son fenómenos naturales que han ocurrido en toda época, pero cuya causa no se conoce todavía. Cuando en 1825 tomaron las aguas del lago Morat consistencia y color de sangre, uno de los más conspicuos botánicos de este siglo, el ilustre De Candolle atribuyó el fenómeno a la propagación por miríadas del infusorio *Oscellatoria rubescens,* cuyo organismo es como el anillo de tránsito del reino vegetal al reino animal[218]. Muchos naturalistas han tratado de estos fenómenos y cada cual les da causa distinta, pues unos los atribuyen al poder de cierta especie de coníferas y

[216] El original se conservaba en el templo de Saturno en Cartago. Falconer y Bougainville remontan su antiguedad al siglo VI, antes de J.C. Véanse: *Fragmentos antiguos,* de Cory.

[217] *Alquimia o filosofía hermética.*

[218] *Revista enciclopédica,* XXXIII, 676. – Más adelante hablaremos de la nieve roja, observada por el capitán Ross en las regiones árticas.

otros a nubes de infusorios, sin faltar quien, como Agardt, confiese francamente su ignorancia sobre el particular[219].

Si el unánime testimonio del género humano es prueba de verdad, no puede aducirla mayor la magia en que durante miles de generaciones creyeron todos los pueblos así cultos como salvajes. La magia es para el ignorante una contravención de las leyes naturales; y si deplorable es tal ignorancia en las gentes incultas de toda época, lo es más todavía en las actuales naciones que de tan fervorosas cristianas y de tan exquisitamente cultas se precian. Los misterios de la religión cristiana no son ni más ni menos incomprensibles que los milagros bíblicos, y únicamente la magia en la verdadera acepción de la palabra nos da la clave de los prodigios operados por Moisés y Aarón en presencia y en oposición a los que operaban los magos de la corte faraónica, sin que la virtud de éstos fuese intrínsecamente distinta de la de aquéllos ni que en caso alguno hubiera milagrosa contravención de las leyes de la naturaleza. Entre los muchos fenómenos mágicos que relata el *Éxodo,* de cuya veracidad no cabe dudar, analizaremos el de la conversión del agua en sangre, según expresa el texto:

> Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto… para que se conviertan en sangre[220].

Repetidas veces hemos presenciado la operación de este fenómeno, aunque no con la amplitud propia de aguas fluviales. Desde Van Helmont que ya en el siglo XVII conocía el secreto de producir anguilas, ranas e infusorios de varias clases, de que tanto se burlaron sus contemporáneos, hasta los modernos campeones de la generación espontánea, todos admitieron la posibilidad de vivificar gérmenes de vida sin milagro alguno contra la ley natural. Los experimentos de Spallanzani y Pasteur y la controversia entre los panespermistas y los heterogenésicos, discípulos éstos de Buffon, entre ellos Needham, no dejan duda de que hay gérmenes vivificables en determinadas circunstancias de aireación, luz, calor y humedad. Los anales de la Academia de Ciencias de París[221] mencionan diversos casos de lluvias y nieves rojosanguíneas, a cuyas gotas y copos llamaron *lepra vestuum* y estaban formadas por infusorios. Este fenómeno se observó por primera vez en los años 786 y 959, en que tuvo caracteres de plaga. No se ha podido averiguar todavía si los corpúsculos rojos son de naturaleza vegetal o animal, pero ningún químico moderno negará de seguro la posibilidad de avivarlos con increíble rapidez en apropiadas circunstancias. Por lo tanto, si la química cuenta hoy por una parte con medios para esterilizar el aire y por otra para avivar los gérmenes que en él flotan, lógico es suponer que lo mismo pudiesen hacer los magos con sus llamados encantamientos. Es mucho más racional creer que Moisés, iniciado en los misterios egipcios, según nos dice Manethon, operara

[219] *Boletín de la Sociedad geográfica,* VI, 209, 220.

[220] *Éxodo,* 19.

[221] *Revista Enciclopédica,* XXXIII, 676 y XXXIV, 395.

fenómenos extraordinarios pero naturales, en virtud de la ciencia aprendida en el país de la *chemia,* que atribuir a Dios la violación de las leyes reguladoras del universo.

Por nuestra parte, repetimos que hemos visto operar a varios adeptos orientales la sanguificación del agua, de dos maneras distintas. En un caso, el experimentador se valía de una varilla intensamente magnetizada que sumergía en una vasija metálica llena de agua, siguiendo un procedimiento secreto cuya revelación nos está vedada. Al cabo de unas diez horas, se formó en la superficie del agua una especie de espuma rojiza, que dos horas después se convirtió en un liquen parecido al *Lepraria kermasina* de Wrangel, y luego en una gelatina, roja como sangre, que veinticuatro horas más tarde quedó saturada de infusorios.

En el segundo caso, el experimentador esparció abundantemente por la superficie de un arroyo de corriente mansa y fondo cenagoso, el polvo de una planta secada primero al sol y después molida. Aunque al parecer la corriente arrastró este polvo vegetal, parte del mismo quedaría sin duda depositado en el fondo, porque a la mañana siguiente apareció el agua cubierta de infinidad de infusorios (Os*cellatoria rubescens)* que, en opinión de De Candolle, es el anillo de tránsito entre la forma vegetal y la animal.

Esto supuesto, no hay razón para negar a los químicos y físicos[222] de la época mosaica, el conocimiento y la facultad de vivificar en pocas horas miríadas de esos gérmenes que esporádicamente flotan en el aire, en el agua y en los tejidos orgánicos. La vara en manos de Moisés y Aarón tenía tanta virtud como en la de los medioevales magos cabalistas a quienes se vitupera hoy de locos, supersticiosos y charlatanes. La vara o tridente cabalístico de Paracelso y las famosas varas mágicas de Alberto el Magno, Rogerio Bacon y Enrique Kunrath, no merecen mayor ridículo que la varilla graduadora de los modernos electroterapas. Cuanto necios y sabios del pasado siglo diputaron por imposible y absurdo, va tomando en nuestros tiempos visos de posibilidad y aun en algunos casos de innegable evidencia.

Eusebio nos ha conservado un fragmento de la *Carta a Anebo,* de Porfirio, en que éste llama a Cheremón "hierogramático" para demostrar que las operaciones mágicas cuyos adeptos eran capaces de "infundir pavor en los dioses" estaban patrocinadas por los sabios egipcios[223]. Ahora bien, según la regla de comprobación histórica expuesta por Huxley en su discurso de Nashville, inferimos de todo ello dos incontrovertibles conclusiones: 1ª Que Porfirio era incapaz de mentir, pues gozaba fama de hombre veracísimo y honrado; 2ª Que su erudición en todas las ramas del humano saber, le ponía a salvo de todo engaño y más particularmente en lo relativo a las artes

[222] De intento los llamamos así.

[223] Porfirio: *Epístola ad Anebo,* según Eusebio. – Véase también Jámblico: *Misterios egipcios.*

mágicas[224]. Por lo tanto, la misma regla de criterio de Huxley nos induce a creer en la realidad de las artes mágicas que profesaron los magos y sacerdotes egipcios[225].

---

[224] Según el *Diccionario clásico* de Lemprière, fue Porfirio hombre de universal erudición que, a juicio de los críticos antiguos, aventajó a sus contemporáneos en conocimientos de historia, matemáticas, música y filosofía.

[225] El mismo David Brewster confiesa que los sacerdotes egipcios fueron varones de profunda ciencia.

CAPÍTULO IV

Los defensores verdaderamente filosóficos de la doctrina de la uniformidad jamás hablan de las imposibilidades de la naturaleza ni dicen que el Constructor del universo no puede alterar su obra... Expónganse las más disolventes hipótesis con la corrección propia de caballeros y les darán en rostro.

TYNDALL: *Conferencia sobre el empleo científico de la imaginación*

El mundo tendrá una religión de la especie que sea, aunque para ello haya de recurrir al *lupanar* intelectual del espiritismo.

TYNDALL: *Fragmentos de ciencia*

Pero como vampiro enviado a la tierra, arrancarán tu cadáver de la tumba y chuparán la sangre de toda tu raza.

LORD BYRON: *Giaour*

Nos acercamos al santo recinto de aquel dios Jano que se llama el molecular de Tyndall. Entremos descalzos. Al atravesar el sagrado atrio del templo de la sabiduría, nos aproximamos al resplandeciente sol del sistema huxleyocéntrico. Volvamos la vista; no sea que ceguemos.

Hemos tratado con la mayor moderación posible los asuntos hasta ahora expuestos, teniendo en cuenta la actitud en que ciencia y teología se colocaron durante siglos respecto a aquellos de quienes recibieron los amplios fundamentos de su actual sabiduría. Cuando a manera de imparciales espectadores vemos lo mucho que los antiguos sabían y lo no menos que los modernos presumen saber, nos asombra que pase inadvertida la mala fe de los científicos contemporáneos, que diariamente admiten nuevas teorías bajo la crítica de observadores legos aunque bien informados.

En corroboración de lo que decimos, copiaremos el siguiente párrafo de un artículo periodístico:

"Es curiosa la diversidad de opiniones que entre los científicos prevalecen respecto de algunos de los más comunes fenómenos naturales, como, por ejemplo, la aurora boreal. Descartes la consideraba un meteoro procedente de las regiones superiores de la atmósfera. Halley y Dalton la atribuían al magnetismo de la tierra. Coates la suponía resultado de la fermentación de una materia emanada de la superficie del globo. Marion afirmaba que provenía del contacto de la brillante atmósfera del sol con la de nuestro planeta. Euler sostenía que dimanaba de la vibración del éter entre las partículas de la atmósfera terrestre. Canton y Franklin dicen que es un fenómeno puramente eléctrico, y Parrat le daba por causa la conflagración del hidrógeno carburado que la tierra exhala a consecuencia de la putrefacción de las materias vegetales, conflagración promovida por las estrellas fugaces. De la Rive y Oersted indujeron que era un fenómeno electro–magnético, pero simplemente terrestre. Olmsted suponía que alrededor del sol giraba un astro de constitución nebulosa, que al ponerse periódicamente en vecindad con la tierra entremezclaba sus gases con los de nuestra atmósfera y producía la aurora boreal".

Análogas hipótesis encontramos en las demás ramas de la ciencia, de modo que ni aun en los más ordinarios fenómenos de la naturaleza están de acuerdo los científicos. Tanto éstos como los teólogos inscriben las sutiles relaciones entre la mente y la materia en un círculo a cuya área llaman *terreno vedado.* El teólogo llega hasta donde su fe le consiente, porque, como dice Tyndall: "no carece del amor a la verdad (elemento positivo), si bien le domina el miedo al error (elemento negativo). Pero el mal está en que los dogmas religiosos sujetan el entendimiento del teólogo como la cadena y el grillete al preso".

En cuanto a los científicos, no adelantan como pudieran, por su consuetudinaria repugnancia al aspecto espiritual de la naturaleza Y su temor a la opinión pública. Nadie ha flagelado tan airadamente a los científicos como el mismo Tyndall[226] al decir: "en verdad, no están los mayores cobardes de nuestros días entre el clero, sino en el gremio de la ciencia". Si cupiera duda acerca de la justicia de tan deprimente epíteto, la desvanecería el mismo Tyndall cuando tras declarar[227] no sólo que la materia contiene potencialmente toda forma y cualidad de vida, sino que la ciencia ha expulsado a la teología de sus dominios cosmogónicos, se asustó de la hostilidad mostrada a su discurso por la opinión pública, y al imprimirlo de nuevo substituyó la frase: *toda forma y cualidad de vida* por la de: *toda vida terrestre.* Más que cobardía supone esto la ignominiosa abjuración de la fe científica.

---

[226] *Sobre el empleo científico de la imaginación.*

[227] *Discurso pronunciado en Belfast como presidente de la Asociación Británica.*

En el discurso de Belfast delata Tyndall su doble aversión a los teólogos y a los espiritistas. Respecto a los primeros, ya hemos visto cómo los trató; pero al verse acusados por ellos de ateísmo protestó de semejante imputación y quiso entablar la paz. Sin embargo, los centros "nerviosos" y "las moléculas cerebrales" del ilustre físico necesitaban calmar su agitación en demanda de equilibrio, y nada más a propósito que emprenderlas con los pobres espiritistas, ya pusilánimes de suyo, calificando de degradante su doctrina y diciendo que "el mundo habrá de profesar una religión de tal o cual especie, aunque para ello haya de caer en el *lupanar intelectual* del espiritismo"[228].

Ya vimos que Magendie y Fournié confiesan sin rebozo la ignorancia de los fisiólogos respecto a los capitales problemas de la vida, al par que Tyndall reconoce la insuficiencia de la evolución para esclarecer el misterio final. También hemos analizado, según nuestro leal entender, la famosa conferencia de Huxley sobre *Las bases fisiológicas de la vida, a* fin de hablar con fundamento de las modernas orientaciones científicas. La teoría de Huxley sobre este particular puede compendiarse en las siguientes conclusiones: "Todas las cosas han sido creadas de la materia cósmica, de cuyos cambios y combinaciones resultan las distintas formas. La materia ha eliminado al espíritu, pues no hay tal espíritu y el pensamiento es una propiedad de la materia. Las formas perecen y otras les suceden. Toda vida tiene un mismo protoplasma y la diferencia de los organismos proviene de la variable acción química de la materia viva". Nada deja que desear esta teoría de Huxley en cuanto alcanzan las reacciones químicas y las observaciones microscópicas, por lo que se comprende la profunda emoción que despertó en el mundo científico; pero tiene el defecto de que no se echa de ver ni el comienzo ni el término de su ilación lógica. Se ha servido Huxley de la mejor manera posible de los materiales de que disponía; y dando por supuesto que el universo está henchido de moléculas dotadas de energía y latente en ellas el principio vital, resulta muy fácil deducir que su inherente energía las impele a cohesionarse para formar los mundos y los organismos vivientes. ¿Pero de dónde proviene la energía que mueve estas moléculas y les infunde el misterioso principio de vida? ¿Por qué secreta fuerza se diferencia el protoplasma para formar el organismo del hombre, del cuadrúpedo, del ave, del reptil, del pez o de la planta, de modo que cada cual engendra a su semejante y no a su diverso? Y cuando el organismo, sea hongo o roble, gusano ú hombre, devuelve al receptáculo común sus elementos constitutivos ¿á dónde va la vida que

[228] Tyndall: *Fragmentos de ciencia.* – Es verdaderamente anómalo que millones de personas de sano juicio se vean injuriadas de tal modo precisamente por un pontífice de la ciencia que, sin embargo, truena contra el dogmatismo científico. No queremos discutir el valor etimológico de la injuriosa frase, porque nos parece una genialidad de Tyndall, quien, como dice el erudito y respetable espiritista Epes Sargent en su folleto: *¿Lo hace todo la Materia?*, demostró con ello su escaso respeto a las opiniones ajenas. Al fin y al cabo la injuria de Tyndall no conviene tanto a los espiritistas de buena fe y sincera convicción, como al científico ateo que, a estímulos del personal provecho, se desprende de los brazos del materialismo para arrojarse despechado en los del deísmo.

animó aquella forma? ¿Es la ley de evolución tan restrictiva que en cuanto las moléculas cósmicas llegan al punto de formar el cerebro humano ya no pueden constituir entidades más perfectas? No creemos que Huxley demuestre la imposibilidad de que después de la muerte pase el hombre a un estado de existencia en que vea a su alrededor otras formas animales y vegetales resultantes de nuevas combinaciones de la entonces sublimada materia[229]. Confiesa que nada sabe acerca de la gravitación, sino que puesto las piedras faltas de apoyo caen al suelo, no habrá piedra alguna que deje de caer en igualdad de circunstancias. Pero esto es para Huxley una posibilidad, no una necesidad, y a este efecto dice: "Rechazo toda intrusión, porque conozco los hechos y conozco la ley. Por lo tanto, esta necesidad es una vana sombra del impulso de mi propia mente".

Sin embargo, todo cuanto sucede en la naturaleza obedece a la ley de necesidad, y toda ley, desde el momento en que actúa, continuará actuando indefinidamente hasta que la neutralice otra ley opuesta de potencia equivalente. Así, es natural que la piedra caiga al suelo atraída por una fuerza y también es natural que no caiga, o que luego de caer se eleve, en obediencia a otra fuerza igualmente poderosa, aunque no la conozca Huxley. Es natural que una silla no se mueva del sitio donde esté, y también es natural que, según testimonio de centenares de personas fidedignas, se levante en el aire sin que visiblemente nadie la toque. Huxley debiera, en primer término, cerciorarse de la realidad de este fenómeno, para luego dar nuevo nombre científico a la fuerza que lo produce. Dice Huxley que conoce los hechos y conoce la ley; pero ¿de qué medios se ha valido para llegar a este conocimiento? Sin duda alguna de sus propios sentidos que, como celosos servidores, le permitieron descubrir suficientes verdades para trazar un sistema que, según él mismo confiesa, "parece como si chocara con el sentido común". Si su testimonio, que al fin y al cabo queda en hipótesis, ha de servir de fundamento a la renovación de las creencias religiosas, igual respeto merece el testimonio de millones de personas respecto a la autenticidad de fenómenos que minan por su base esas mismas creencias. A Huxley no le interesan estos fenómenos, pero sí a los millones de personas que han reconocido el carácter de letra de sus íntimos, trazado por manos espirituales, y han visto la espectral aparición de sus difuntos amigos y parientes, mientras Huxley digería el protoplasma para cobrar fuerzas con que remontarse a mayores alturas metafísicas, sin advertir que los desdeñados fenómenos desmentían su hipótesis predilecta.

La ciencia no tendrá derecho a dogmatizar mientras declare que sus dominios están limitados por las transformaciones de la materia, que al pasar del estado sólido al

[229] Dice a este propósito el insigne zoólogo Luis Agassiz: "La mayor parte de los argumentos aducidos en pro de la inmortalidad del alma humana convienen con igual lógica a los demás seres vivientes, y en verdad fuera lástima que el hombre se viera privado en la vida futura de aquella fuente de goce y de progreso moral é intelectual que dimana de contemplar la armonía del mundo orgánico. ¿Y no cabe considerar el concierto espiritual de los mundos y de sus habitantes en presencia de su Creador como el concepto más elevado del paraíso? (*Ensayos de clasificación,* sec. XVII, 97, 99).

aeriforme pasa de la condición visible a la *invisible,* sin que se pierda ni un solo átomo. Entretanto, es la ciencia incompetente para afirmar y para negar, y debe ceder el campo a quienes tengan más intuición que sus representantes. Huxley inscribe en el panteón del nihilismo, con capitales caracteres, el nombre de David Hume, a quien agradece el gran servicio que prestó a la humanidad al fijar los límites de la investigación filosófica, fuera de los cuales están las básicas doctrinas "del espiritismo y otros ismos". Lo cierto es que Hume pronosticó[230] que los "científicos y los eruditos se opondrían perpetuamente a toda falacia supersticiosa", con lo que significaba la creencia en fenómenos desconocidos a que arbitrariamente llamaba milagros. Pero, como muy acertadamente observa Wallace, no se pone Hume en razón al afirmar que "el milagro es una transgresión de las leyes de la naturaleza"; pues equivale esto, por una parte, a suponer que las conocemos todas, y por otra, a considerar como milagroso todo fenómeno extraordinario. Según Wallace, es milagro el hecho que requiere necesariamente la intervención de inteligentes entidades sobrehumanas. Ahora bien, dice Hume que una experiencia continuada equivale a una prueba y Huxley añade, en su famoso ensayo sobre este punto, que todo cuanto podemos saber acerca de la ley de la gravedad es que puesto que la experiencia enseña que los cuerpos abandonados a sí mismos caen al suelo sin excepción alguna, no hay razón para dudar de que siempre ha de ocurrir lo mismo en idénticas circunstancias.

Si fuera imposible ensanchar los límites de la humana experiencia, tendría visos de verdad la afirmación de Hume, según la cual conocía todo cuanto está sujeto a las leyes de la naturaleza, y no nos extrañaría el tono despectivo con que Huxley alude siempre al espiritismo; pero como de las obras de ambos filósofos se infiere notoriamente que desconocen la posibilidad de los fenómenos psíquicos, no conviene reconocer autoridad a sus dogmáticas afirmaciones. Cabe suponer que quien tan acerbamente arremete contra los espiritistas fundamente su crítica en detenidos estudios; pero lejos de ello, delata Huxley su ligereza en carta dirigida a la Sociedad Dialéctica de Londres, en que después de decir que le falta tiempo para un asunto que no despierta interés, añade: "El *único* caso de espiritismo que he tenido ocasión de presenciar era una impostura tan enorme cual no cabía otra mayor".

No sabemos qué pensaría este protoplásmico filósofo de un espiritista que tras una sola observación telescópica, malograda por mala intención de algún empleado del observatorio, calificase de "ciencia degradante" la astronomía. Esto demuestra que los científicos en general sólo sirven para recopilar hechos de experimentación física e inducir de ellos generalizaciones mucho más endebles e ilógicas que las de los profanos, a causa de su errónea interpretación de las enseñanzas antiguas.

Balfour Stewart rinde sincero tributo a la intuición de Heráclito[231], el audaz filósofo que consideró el fuego como la causa primera y dijo que "todas las cosas estaban en

---

[230] *Investigaciones acerca de la comprensión humana,* cap. X.

[231] Filósofo griego que floreció en Efeso cinco siglos antes de la era cristiana.

continua transformación”; y expone a este propósito que “Heráclito debió tener sin duda del continuado movimiento del universo animado por la energía, un concepto, si bien menos preciso, tan claro como el de los modernos filósofos que consideran la materia esencialmente dinámica”. Añade Balfour Stewart, no tan escéptico como otros de sus colegas, que le parece muy vaga la expresión *fuego,* y muy natural es que así le parezca, pues los científicos contemporáneos ignoran el sentido que los antiguos dieron a la palabra fuego.

Opinaba Heráclito lo mismo que Hipócrates acerca del origen de las cosas y ambos admitían una potestad suprema[232], por lo que no cabe decidir si su concepto del fuego primordial, como energía de la materia, algo semejante al *dinamismo* de Leibnitz, era o no “menos preciso” que el de los filósofos modernos. Por el contrario, sus ideas metafísicas sobre el fuego eran mucho más racionales que las defectuosas y fragmentarias hipótesis de los científicos del día, pues coincidieron con las de los parsis, de los *filósofos del fuego* y de los rosacruces, quienes sin discrepancia afirmaban que el divino Espíritu, el Dios omnipotente y omnisciente alienta en el fuego del cual creó el universo. La ciencia ha venido a corroborar esta opinión en el aspecto físico.

La filosofía esotérica consideró en todo tiempo el fuego como elemento trínico. De la propia suerte que el agua es un fluido visible con gases invisiblemente disueltos en su masa y subyacente en ella el espiritual principio de la energía dinámica, así también reconocían los herméticos en el fuego tres principios: la llama visible, la llama invisible[233] y el espíritu. A todos los elementos aplicaban la misma regla y sostenían la trínica constitución de los compuestos inorgánicos y orgánicos, incluso el hombre. En opinión de los rosacruces, legítimos sucesores de los teurgos, es el fuego origen no sólo de los átomos materiales, sino también de las fuerzas dinámicas. Al extinguirse la visible llama del fuego, ya no la ve más el materialista; pero el filósofo hermético la sigue viendo más allá del mundo físico, de la propia suerte que sigue la estela del espíritu desencarnado o “chispa vital de la llama celeste” en su tránsito al mundo etéreo a través de la tumba[234].

Tiene este punto demasiada importancia para dejarlo sin comentario. El grosero concepto que del fuego tienen las ciencias físicas revela su desdeñosa ignorancia de la espiritual mitad del universo. Las mismas autoridades científicas, con sus humillantes confesiones, nos inducen a creer que la filosofía positiva se mueve sobre un tablado de tan carcomidos y endebles postes, que cualquier descubrimiento o invención puede dar al traste con los puntales del armatoste. Al afán que les domina de eliminar de sus conceptos todo elemento espiritual, podemos oponer la siguiente confesión de Balfour Stewart:

---

[232] *Diog. in Vita.*

[233] Fuego astral o energía molecular en sus diversas vibraciones de calor, luz, electricidad y afinidad química.

[234] Jenning: *Los rosacruces.* –Tratado de Roberto Fludd sobre los rosacruces.

> Se advierte la tendencia a dejarse llevar hacia los extremos y atender en demasía al aspecto puramente material de los fenómenos. Hemos de ir con cuidado en este punto, no sea que al huir de Scila caigamos en Caribdis, porque el universo ofrece más de un aspecto y posible es que haya en él comarcas inexplorables para los físicos tan sólo armados de pesas y medidas…, pues nada o muy poco sabemos de la constitución y propiedades íntimas de la materia ya organizada ya inorgánica[235].

Respecto a la supervivencia del espíritu nos da Macaulay una todavía más explícita declaración en el siguiente pasaje:

> En cuanto al destino del hombre después de la muerte, no acierto a ver por qué el europeo culto, pero sin otro valimiento que su propia razón, ha de estar más en lo cierto que el indio salvaje, pues ni una sola de las muchas ciencias en que aventajamos a los salvajes da la más leve insinuación sobre el estado del alma después de extinguida la vida animal. Lo cierto es, según nos parece, que cuantos filósofos antiguos y modernos, desde Platón a Franklin, quisieron demostrar sin auxilio de la revelación la inmortalidad del hombre fracasaron deplorablemente en su intento.

Sin embargo, hay percepciones espirituales muchísimo más fáciles de probar que los sofismas del materialismo; pero lo que Platón y sus discípulos veían patentemente verdadero, es para los científicos modernos superfluo error de una filosofía espuria. Se han invertido los métodos científicos con menosprecio del testimonio y demostraciones de los antiguos filósofos, que estaban más cercanos a la verdad por su mayor conocimiento del espíritu de la naturaleza reveladora de la Divinidad. Para los modernos pensadores, la sabiduría antigua es un cúmulo heterogéneo de redundancias sin método ni sistema, a pesar de que contra tan despectivo juicio vemos que supeditaban la fisiología a la psicología, mientras que los modernos científicos posponen la psicología a la fisiología, en cuales ciencias no sobresalen gran cosa, según ellos mismos confiesan.

Por lo que toca al último extremo de la objeción de Macaulay, dióle ya anticipada réplica Hipócrates al decir hace muchos siglos:

> Todas las ciencias y todas las artes han de indagarse en la naturaleza que, si la interrogamos debidamente, nos revelará las verdades relativas, no sólo a ella, sino a nosotros mismos. La naturaleza en acción no es ni más ni menos que la manifestada presencia de Dios. ¿Cómo hemos de interrogarla para que nos responda? Hemos de proceder con *fe,* firmemente convencidos de que al fin descubriremos la verdad completa. Entonces la naturaleza nos pondrá la respuesta en el *sentido íntimo* que, auxiliado por el conocimiento en ciencias y artes, nos revelará la verdad tan claramente, que sea imposible toda duda[236].

[235] *La conservación de la energía.*

[236] Cabanis: *Historia de la medicina.*

Por lo tanto, en el caso de que tratamos está más en lo cierto el sentido íntimo del salvaje creyente en la inmortalidad, que el poderoso raciocinio del científico escéptico. Porque la intuición es universal dádiva del divino Espíritu y la razón deriva del lento desarrollo de nuestro cerebro físico. La intuición, que en su grado inferior e incipiente llamamos instinto, se oculta como chispa divina en el inconsciente centro nervioso del molusco, se manifiesta primariamente en las acciones reflejas del gran simpático, y se explaya en paridad con la dual evolución de la vida y la conciencia, hasta convertirse de automatismo en intuición. Pero aun en los animales cuyo instinto les mueve a la conservación del individuo y la propagación de la especie hay un algo inteligente que regula y preside los movimientos automáticos.

Lejos de estar en pugna esta teoría con la de la evolución, que tan eminentes defensores tiene hoy día, la simplifica y complementa, prescindiendo de si cada especie fue o no creada independientemente de las otras, porque la cuestión de materia y forma queda en lugar secundario cuando con preferencia se atiende al espíritu; y, por lo tanto, según vayan perfeccionándose las formas por evolución física, mejor instrumento de acción hallará en el sistema nervioso la mente directora, así como un pianista arranca de un magnífico piano armonías que no brotarían de una espineta. Por consiguiente, poco importa para el caso que el impulso instintivo quedara directamente infundido en el sistema nervioso del primer radiario o que, como opina más razonadamente Spencer, cada especie lo haya ido desarrollando poco a poco por sí misma. Lo importante es la evolución espiritual, sin la que no cabe concebir la física, pues ambas son igualmente indemostrables por experimentación y no es posible anteponer una a otra. De todos modos, hemos de volver a la antiquísima pregunta formulada en las *Symposiacas* de Plutarco sobre si fue primero el huevo o la gallina.

El método aristotélico ha cedido ya en toda la línea al platónico, y aunque los científicos no reconocen otra autoridad que la suya propia, la orientación mental de la humanidad se restituye al punto de partida de la filosofía antigua. Esta misma idea expresa acabadamente Osgood Mason en el siguiente pasaje:

> Los dioses mayores y menores de las diversas sectas y cultos van perdiendo la veneración de las gentes; pero en cambio empieza a iluminar el mundo, como aurora de más serena y suave luz, el concepto, aunque todavía impreciso, de una consciente, creadora y omnipresente Alma de las almas, la Divinidad causal, no revelada por la forma ni por la palabra, pero que se infunde en toda alma viviente del vasto universo, según la capacidad receptiva de cada cual. El templo de esta divinidad es la naturaleza y su culto la admiración[237].

Coincide este concepto con el de los primitivos arios que deificaban la naturaleza, y concuerda con las enseñanzas budistas, platónicas, teosóficas, cabalísticas y ocultistas, así como con el pensamiento dominante en el ya citado pasaje de Hipócrates.

[237] *Popular Science Monthly.*

Pero volvamos al asunto. El niño no tiene todavía uso de razón, que está latente en él, y sin embargo, es en instinto muy inferior a los irracionales, pues se quemará o ahogará abandonado a sí mismo en cercanía del fuego o del agua, mientras que el gato cachorro huirá instintivamente de ambos riesgos. El débil instinto del niño se desvanece a medida que la razón se afirma gradualmente. Tal vez se objete contra la espiritualidad del instinto, diciendo que es más vigoroso en los animales por que no tienen alma; pero este argumento carece de valor lógico, pues no conocemos por experiencia la naturaleza íntima del animal que no posee, como el hombre, el don de la palabra ni puede actualizar sus potencias psicológicas.

Pero ¿qué pruebas hay, aparte de esa negación gratuita, de que los animales no tienen alma superviviente por no decir inmortal? Desde el punto de vista rigurosamente científico pueden aducirse tantos argumentos en pro como en contra, pues no hay prueba científica en que apoyar la afirmación ni la negación de la inmortalidad del alma del hombre, cuanto menos de la del bruto, desde el momento en que no cabe someter a observación experimental lo que carece de existencia objetiva. Descartes y Bois–Raymond agotaron su talento en el estudio de esta materia, y Agassiz confiesa que no podría concebir la vida futura sin dilatarla a los animales y aun a los mismos vegetales. Porque fuera motivo sobrado para rebelarse contra la injusticia divina si dotara de espíritu inmortal a un bellaco sin entrañas y condenase a la aniquilación al leal amigo del hombre, al noble perro que defiende a su amo con desprecio de la muerte y suele dejarse morir de hambre junto a su tumba en prueba de la abnegación de que son incapaces la generalidad de los humanos. ¡Mal haya la razón culta que abone tan nefanda parcialidad! Es preferible el instinto en semejantes casos y creer, con el indio de Pope, “en un cielo donde se vea acompañado de su perro”.

Nos faltan tiempo y espacio que dedicar a las especulaciones de algunos ocultistas antiguos y medioevales sobre este asunto. Baste decir que anticipándose a Darwin expusieron, aunque esbozadamente, la teoría de la selección natural y transformación de las especies y prolongaron por ambos extremos la cadena evolutiva. Además, exploraron tan intrépidamente el terreno de la psicología como el de la fisiología, sin desviarse jamás del sendero de paralelas vías que les trazara su insigne maestro Hermes en el famoso apotegma: “Como es arriba, así es abajo”. De esta suerte simultanearon la evolución física con la espiritual.

Pero los biólogos modernos son al menos lógicos en este punto concreto, pues incapaces de demostrar que los animales tienen alma, se la niegan al hombre. La razón les lleva al borde del infranqueable abismo abierto, según Tyndall, entre la materia y la mente. Tan sólo la intuición podrá salvarlo, cuando se convenzan de que de otro modo han de fracasar siempre que intenten descubrir los misterios de la vida. A la intuición, es decir, al instinto consciente han recurrido Fiske, Wallace y los autores de *El Universo invisible* para atravesar intrépidamente el abismo. Perseveren sin temor en su propósito hasta advertir que el espíritu no reside forzosamente en la materia, sino que

la materia se adhiere temporáneamente al espíritu que de eterna e imperecedera morada sirve a todas las cosas visibles e invisibles.

Según la filosofía esotérica, la materia es la densificación concreta y objetiva del espíritu. En la eterna Causa primera laten desde un principio el espíritu y la materia y esta idea expresan las palabras: "En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios"[238]. Confiesan los esotéricos que el concepto absoluto de la Divinidad escapa a la razón humana; pero en cambio es asequible a la intuición como reminiscencia de una verdad inconcusa, aunque imperceptible por sensación física. La Causa primera, la Divinidad absoluta que, como tal, entrañaba potencialmente los principios masculino y femenino (activo y pasivo), se desdobla al emanar la primera idea y se manifiesta como energía creadora (principio activo o masculino) ó, mejor dicho, impulsora de la objetivada materia (principio pasivo o femenino).

Desde el punto en que se desdobla y manifiesta la Divinidad, hasta entonces neutra y absoluta, vibra la energía eléctrica instantáneamente difundida por los ámbitos del espacio sin límites.

Pero el raciocinio humano es incapaz de fijar el cómo ni el cuándo ni el dónde de la manifestación, es decir, del nacimiento del universo visible o actualización del espíritu–materia que eternamente *era,* aunque latente. A la finita inteligencia humana se le muestra este principio de la manifestación tan remoto, que no puede computarlo con números ni expresarlo en palabras, sino que se confunde con la misma eternidad. Enseñaba Aristóteles que el universo era eterno, sin principio ni fin deslindables por nuestra inteligencia, y que las generaciones humanas se iban sucediendo sin interrupción unas a otras. Sobre esto decía: "Si ha existido un primer hombre, debió nacer sin padre ni madre, lo cual es contrario a naturaleza, porque no pudo un huevo originario dar nacimiento al ave, sin ave que pusiera el huevo, puesto que el huevo nace del ave. El mismo razonamiento conviene a todas las especie, por lo que hemos de juzgar que antes de aparecer en la tierra, tuvieron forma mental todas las cosas".

Estas enseñanzas concuerdan esotéricamente con las de Platón, aunque esotéricamente parezcan contradictorias, según se ve en el siguiente pasaje del maestro: "Hubo un tiempo en que la humanidad no procreaba; pero después echaron los hombres en olvido las primievales enseñanzas y fueron degradándose más y más profundamente".

Tan sólo la esotérica teoría antes expuesta esclarece el misterio de la creación primordial, que siempre fue pesadilla de la ciencia; pero la importancia del asunto requiere alguna mayor explicación. Al decir que la materia es coeterna con el espíritu, no nos referimos a la materia objetiva y tangible, sino a la sublimación de la materia cuyo grado máximo e insuperable de sutilidad es el espíritu puro. No cabe concebir

[238] San Juan, I, 1.

racionalmente otra hipótesis genésica de los seres animados, sino que el hombre emanó y ha ido evolucionando del primario espíritu–materia.

Darwin traza la evolución de las especies desde el organismo ínfimo hasta el hombre, donde inadvertidamente se detiene sin vislumbrar el mundo invisible que se dilata más allá del visible.

Los modernos filósofos positivistas no han comprendido el verdadero significado de la filosofía platónica. Y así lo da a entender Draper al decir que "los griegos y romanos atribuían al espíritu la forma y semblante del cuerpo, cuyas alteraciones y crecimiento seguía"[239]. A esto responderemos que poco importa la opinión del vulgo ignorante, aunque nos parece que no profesaban dicha creencia *al pie de* la letra; y que los filósofos platónicos, así griegos como romanos, atribuyeron semejanza de contornos, figura y semblante, no al espíritu, :sino al cuerpo astral llamado por ellos alma animal[240].

Los jainos de la India opinan que el Ego, llamado por ellos *Jiva*, está identificado de toda eternidad con dos vehículos etéreos, uno de los cuales tiene por atributos las potencias de la mente superior y no está sujeto a mudanzas, al paso que el otro está constituido por las pasiones, emociones, deseos y afectos groseros y terrenales del hombre. Después de la muerte del cuerpo, purifica el Jiva su vehículo pasional y se une al *Vaycarica*, o divino espíritu, para convertirse en dios. La misma doctrina exponen los induistas en el *Vedanta,* que considera el Ego humano como partícula del universal espíritu divino o mente inmaterial, y, por lo tanto, capaz de identificarse con la esencia de la suprema entidad. Dice, además, explícitamente el Ve*danta* que quien llega al conocimiento de su interno *dios,* se convierte en dios, aunque viva en carne mortal, y tiene poderío sobre todas las cosas.

Opina Draper que las doctrinas budistas llegaron a la Europa oriental por conducto de Aristóteles, y se apoya en la analogía de los conceptos capitales de este filósofo con el versículo de los Vedas que dice: "Verdaderamente hay una sola Divinidad: el supremo Espíritu. De su misma naturaleza es el alma del hombre". Sin embargo, juzgamos equivocada la opinión de Draper, pues antes de Aristóteles enseñaron la misma doctrina Pitágoras y Platón; y si posteriormente admitieron los platónicos las teorías aristotélicas de la emanación, fue porque coincidían con las ya de ellos conocidas enseñanzas budistas acerca de este punto. La doctrina pitagórica de los números armónicos y la platónica de la creación son gemelas de la teoría budista sobre la emanación. La filosofía pitagórica tuvo por último término liberar al Ego de las

[239] Draper: *Conflictos entre la religión y la ciencia,* cap. V.

[240] También Aristóteles distingue entre espíritu y alma cuando en su tratado: *Sobre los sueños* alude a la necesidad de averiguar *en qué porción del alma* se representan los sueños. Era común creencia entre los griegos que el alma humana tenía naturaleza trina. Asimismo distingue Homero entre el alma animal a que llama *thumos* (equivalente al cuerpo astral) y el espíritu a que, como Platón, llama *nous.* Véase, pues, el error de Draper al confundir el espíritu con el alma animal.

ilusiones de los sentidos y de los lazos de la materia, de suerte que se identifique con la Divinidad. No puede ser más patente la coincidencia de esta doctrina con la del nirvana, cuyo verdadero significado vislumbran ya los modernos sanscritistas.

Por lo demás, las doctrinas aristotélicas para nada influyeron en la escuela neoplatónica, como supone Draper; y ni Plotino ni Porfirio ni Proclo aceptaron la opinión de Aristóteles en punto a los sueños y visiones proféticas del alma, pues mientras el filósofo de Estagira afirma que la mayor parte de los vaticinadores adolecen de insania[241] (de lo que se aprovechan algunos sofistas para tergiversar las ideas), la opinión de Porfirio y de Plotino era por completo opuesta. En las más importantes cuestiones metafísicas, las doctrinas neoplatónicas están en pugna con las aristotélicas. Por otra parte, el nirvana de los budistas no significa aniquilación ni los neoplatónicos lo tomaron jamás en este sentido; y si seguramente no se atrevería a decir Draper que los neoplatónicos negaban la inmortalidad del alma, tampoco debiera interpretar torcidamente sus doctrinas afirmando que consideraban el éxtasis como un anticipo de la final inmersión del alma humana en el alma del mundo. El nirvana no es, como a Draper y a la generalidad de sanscritistas les parece, la extinción, la aniquilación, el desvanecimiento definitivo[242], sino el eterno descanso y la bienaventuranza eterna en el seno de la Divinidad. Tal como expone Draper el concepto en su obra, aparecen Plotino y Porfirio partidarios del *nihilismo, lo* cual denota que el erudito autor desconoce las genuinas opiniones de aquellos dos ilustres filósofos[243]; pero como no cabe suponer este desconocimiento en filósofo tan culto, forzosamente, aunque con pena, nos inclinamos a creer que tuvo con ello el propósito de tergiversar las ideas religiosas de los neoplatónicos. Porque para los modernos filósofos que parecen empeñados en arrebatar de la mente humana las ideas de Dios y del espíritu inmortal, es muy violento juzgar con imparcialidad a los platónicos, pues se verían precisados a reconocer su sagaz penetración en las más arduas cuestiones filosóficas, su firmísima creencia en Dios, en los espíritus, en la inmortalidad del alma y en las apariciones; fenómenos todos de índole espiritual que repugnan a la idiosincrasia de los académicos.

La opinión expuesta por Lemprière[244] es todavía de traza más burda que la de Draper, aunque produce el mismo efecto. Acusa a los antiguos filósofos de falsedad deliberada, impostura y superstición, después de ponderar las dotes de cultura, talento y moralidad de Pitágoras, Plotino y Porfirio, cuya abnegación en el estudio de las verdades divinas encomia sobremanera, para venir a parar en que Pitágoras era un

---

[241] *De Vatibus in problemate,* sección 21.

[242] Max Müller: *El significado del nirvana.* – Nadie, que sepamos, se ha tomado el trabajo de desentrañar el verdadero significado metafísico de la palabra *nirvana*, que también interpreta equivocadamente Burnouf en la traducción del Lankâvatâra (p. 514), al exponer las de los brahmanes tîrthakas.

[243] También se equivoca Draper al afirmar que Giordano Bruno era ateo.

[244] *Diccionario clásico.*

impostor y Porfirio supersticioso, mentecato y fraudulento. La incongruencia crítica no puede ser más patente, como si cupiera que un hombre fuese a la par sincero e impostor, sabio y supersticioso, honrado y farsante, discreto y mentecato.

Ya sabemos que la doctrina esotérica no concede a todos los hombres por igual las mismas condiciones de inmortalidad. Dice Plotino que "el ojo no vería nunca el sol si no fuese de la naturaleza del sol"; y Porfirio añade que "únicamente por medio de la más exquisita pureza y castidad podremos acercarnos a Dios y recibir en la contemplación de Dios el verdadero conocimiento y la visión interna". Si el Ego negligencia durante la vida terrena la iluminación de su divino espíritu, del Dios interno, no sobrevivirá largo tiempo la entidad astral a la muerte del cuerpo físico, pues así como el deforme monstruo muere a poco de nacer, así también la entidad astral grosera y materializada en exceso se disgrega a poco de nacida al mundo suprafísico y queda abandonada por el Ego, por el glorioso augoeides. Durante el período de desintegración, la entidad astral vaga en torno del cadáver físico, alimentándose vampiricamente de las víctimas que ceden a su maligna influencia. Cuando el hombre rechaza los rayos de la divina luz, queda en tinieblas y se apega a las cosas de la tierra.

Todo cuerpo astral, aun el del hombre justo y virtuoso, es perecedero, porque de los elementos fue formado y a los elementos se ha de restituir; pero mientras la entidad astral del hombre perverso se desintegra sin dejar rastro, la de los hombres, no precisamente santos, sino tan sólo buenos, se renueva por asimilación en partículas más sutiles y no perece mientras en él arde la chispa divina,

Sobre esto dice Proclo:

> Después de la muerte sigue el espíritu residiendo en el cuerpo aéreo (cuerpo astral) hasta que la desintegración le libra de él en una *segunda muerte* análoga a la del cuerpo físico. Por esto dijeron los antiguos que el espíritu está siempre unido a un cuerpo celeste, inmortal y luminoso como las estrellas.

Pero dejemos aquí esta digresión y volvamos al examen paralelo de la razón y el instinto. Según los antiguos, el instinto es don divino y la razón facultad humana. El instinto (*αὶσθητιΚόν*) es la íntima sagacidad propia de todos los animales, aun los más inferiores; la razón (*νοητιΚόν*) es resultado de las facultades reflexivas. Por lo tanto, el bruto, aunque carece de razón, está dotado del instinto que infaliblemente le guía y no es otra cosa que la divina chispa subyacente en toda partícula material que es a su vez espíritu densificado. La *Kabalah* hebrea dice que cuando el segundo Adán fue formado del barro de la tierra, era tal la densificación de la materia que todo lo dominaba. De sus lascivos deseos nace la mujer y Lilith se lleva lo mas sutil del espíritu. El Señor Dios se pasea por el Edén a la hora del crepúsculo[245], y no sólo les maldice a ellos por el pecado cometido, sino también a la tierra, a los seres vivientes y con ira mayor a la

[245] Puesta del sol espiritual o eclipse de la divina luz por las sombras de la materia.

tentadora serpiente, símbolo de la materia. Esta en apariencia injusta maldición a las cosas creadas, inocentes de todo crimen, sólo puede explicarse cabalísticamente. La materia entraña en sí la maldición, puesto que está condenada a purificarse de sus groserías, impelida por el irresistible anhelo que hacia lo alto lleva a la chispa divina en ella subyacente. La purificación requiere dolor y esfuerzo. No cabe duda de que si toda modalidad de materia tiene origen común, también deben ser comunes sus propiedades, y si la chispa divina alienta en el cuerpo del hombre, lógico es que asimismo se oculte en los animales inferiores cuyo instinto resplandece mucho más vivo que en el reino humano donde la razón lo eclipsa; y así vemos que en gran número de casos el instinto del animal se sobrepone en sus efectos a la razón, cuyo atributo confiere al hombre el cetro de la creación terrestre. Como quiera que el cerebro físico del hombre aventaja en perfección al de los animales, su funcionamiento mental, o sea la razón, ha de corresponder a esta superioridad; pero sólo en cuanto a la comprensión del mundo material objetivo y en modo alguno en lo tocante al conocimiento del espíritu. La razón es el alma grosera del científico; la intuición[246] es infalible guía del vidente. Por instinto procrean plantas y animales en la estación más favorable y por instinto busca y halla el bruto remedio a sus dolencias. En cambio, la razón no basta por sí sola para refrenar los ímpetus pasionales de la carne ni pone límites a los goces sensuales, y lejos de capacitar al hombre para ser su propio médico, frecuentemente le arrastra a la ruina con especiosas sofismas. No se necesita mucho esfuerzo para comprender que por obra del instinto va evolucionando la materia. El zoófito que pegado al arrecife abre la boca y sin otro movimiento se alimenta de las substancias a su alrededor flotantes en el agua, denota en proporción a su tamaño corporal mejor instinto que la ballena. La hormiga en su república subterránea, donde a la observación del entomólogo ofrece maravillas de arquitectura, sociología y política, ocupa virtualmente en la escala zoológica un peldaño muy superior al del artero tigre en acecho de su presa[247].

Como todos los arcanos psicológicos, el instinto estuvo durante largo tiempo desdeñado por los científicos con olvido de lo que sobre él dijo Hipócrates en el siguiente pasaje:

> El instinto enseñaba a las primitivas razas humanas el camino para hallar remedio a sus dolencias físicas cuando la fría razón no había entenebrecido aún la vista interna del

---

[246] Conviene advertir que la autora no establece distinción alguna de naturaleza sino tan sólo degrado entre el instinto y la intuición. En los animales inferiores, el instinto no está identificado con la conciencia y por eso no se llama todavía intuición, propia únicamente del hombre que ha trascendido las cualidades del manas inferior y actúa conscientemente en el plano del manas superior fronterizo con el plano búdico. – N. del T.

[247] Dice Bois–Raymond que el naturalista debe observar con respetuosa admiración el microscópico centro nervioso que de asiento sirve a la metódica, laboriosa é intrépida alma de la hormiga.

> hombre… No hemos de desoír jamás la voz del instinto que nos insinúa los primeros remedios de la enfermedad[248].

Es la intuición[249] el espontáneo, súbito e infalible conocimiento resultante de la inteligencia omnisciente, y difiere, por lo tanto, de la finita razón cuyas tentativas y esfuerzos ensombrecen la naturaleza espiritual del hombre cuando no la acompaña aquella divina luz[250] La razón se arrastra; la intuición vuela; la razón es potencia en el hombre; la intuición es presciencia en la mujer.

Plotino, discípulo del insigne fundador de la escuela neoplatónica, Amonio Saccas, nos dice que "el conocimiento humano pasa por tres etapas: opinión, ciencia e iluminación. Las opiniones se forman por medio de la percepción sensoria; la ciencia tiene por instrumento la razón; y la iluminación es hija de la intuición o conocimiento absoluto en que el conocedor se identifica con el objeto de conocimiento".

La oración es poderoso estímulo de la intuición, porque es anhelo y todo anhelo actualiza voluntad. Por otra parte, las emanaciones magnéticas del cuerpo, durante los esfuerzos físicos y mentales, determinan la autosugestión y el éxtasis. Plotino aconseja orar en soledad y apartamiento para mejor conseguir lo que se pide. Platón daba también el mismo consejo, diciendo que "la oración había de ser silenciosa en presencia de los seres divinos, hasta que aparten éstos la nube de los ojos del orante y le permitan ver con la luz que de ellos irradia". Apolonio de Tyana se retiraba en secreto para "conversar" con Dios, y siempre que sentía necesidad de contemplación se arrebujaba en su blanco manto de lana. También Jesucristo les dijo a sus discípulos:

> Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto[251].

Todo hombre viene a este mundo con el latente sentido interno (intuición) que por educación puede convertirse en la *segunda vista* de los filósofos escoceses. Plotino, Porfirio y Jámblico enseñaron esta misma doctrina cuya verdad conocían por experiencia, pues tuvieron viva intuición. A este propósito, dice Jámblico que "la facultad suprema de la mente humana nos permite unirnos a las inteligencias superiores, transportarnos más allá del escenario de este mundo y compartir la vida y potestad de los seres celestiales".

Sin la intuición no hubiesen tenido los hebreos su *Biblia* ni los cristianos su *Evangelio.* Moisés y Jesús dieron al mundo el fruto de su intuición; pero los teólogos

[248] Cabanis: *Historia de la medicina.*

[249] Recuérdese que intuición equivale a instinto consciente. – N. del T.

[250] A mi entender es la intuición la luz con que todo hombre viene a este mundo (Véase S. Juan, I, 9). – N. del T.

[251] S. Mateo. VI, 6.

que hasta el día les sucedieron, adulteraron dogmática y muchas veces blasfemamente su verdadera doctrina; porque creer que la Biblia es obra de la revelación divina e interpretar el texto al pie de la letra, es peor que un absurdo, es blasfemar de la divina majestad del "Invisible". Si hubiéramos de tener de Dios y del espíritu el concepto que les dan los humanos intérpretes de las Escrituras, seguramente que no tardaría la razón cien años en acabar con la creencia en lo espiritual, abatida por la intervención de la filología en el estudio comparado de las religiones; pero la sincera fe del hombre en Dios y en la vida futura se apoya en la intuición manifestadora del YO que noblemente desdeña las aparatosas e idolátricas ceremonias del sacerdote católico y del brahmán induista, tanto como las áridas jeremiadas del pastor luterano que a falta de ídolos fulmina amenazas de condenación eterna. Sin el sentido intuitivo, que jamás se pierde aunque emboten su agudeza las vibraciones materiales, fuera la vida una parodia y la humanidad una farándula. Esta inextinguible intuición de *algo* existente a la par *dentro* y *fuera* de nosotros, es de tal naturaleza que ni los razonamientos de la ciencia ni los dogmas de la religión ni el externo culto de las iglesias son poderosos a extirparla de la intimidad del hombre, por mucho que en ello se empeñen científicos y teólogos. Movido de esta percepción interna de la infinita e impersonal Divinidad, exclamó Gautama el Buddha, el Cristo de la India:

> Así como los afluentes del Ganges pierden el nombre en cuanto sus aguas se juntan con las del río sagrado, así también cuantos creen en el Buddha dejan de ser al punto brahmanes, kshatriyas, vaisyas y sudras.

El *Antiguo Testamento* es una recopilación de tradiciones orales cuyo verdadero significado no conocieron jamás las masas populares de Israel, porque Moisés recibió la orden de no comunicar las "verdades ocultas" más que a los setenta ancianos en quienes el "Señor" infundió el espíritu del legislador hebreo.

Maimónides, cuya autoridad y erudición en historia sagrada no cabe recusar, dice a este propósito que "quienquiera descubra de por sí o con auxilio de otro el *verdadero significado del Génesis,* guárdese de divulgarlo, y cuando hable de ello sea obscura y enigmáticamente". Esto mismo declaran otros autores hebreos, como, por ejemplo, Josefo, quien dice que Moisés escribió el *Génesis* en estilo alegórico y figurado. Así resulta la ciencia cómplice del fanatismo clerical en consentir que la cristiandad en peso creyera en la letra muerta de la teología hebrea, sin cuidarse de interpretarla rectamente. No hay derecho para poner en ridículo el pensamiento de quienes compilaron las *Escrituras* muy ajenos a la errónea interpretación que con el tiempo habían de recibir. Triste distintivo del cristianismo es que haya revuelto los textos bíblicos contra sus propios autores, presentándolos como enemigos de la verdad. Los dioses existen –exclama Epicuro– aunque no son lo que el vulgo (*πολλοί*) cree". Y sin embargo, los críticos superficiales califican a Epicuro de materialista.

Pero ni la Causa primera ni el humano espíritu emanado de ella han quedado sin testimonio. Los fenómenos hipnóticos por una parte y los espiritistas por otra atestiguan las eternas verdades espirituales, obscurecidas paulatinamente desde que las brutales persecuciones de Constantino y Justiniano engendraron la ignorancia y fanatismo clerical. Las obras pitagóricas que daban el "conocimiento de las cosas que son"; el vastísimo saber de los agnósticos; las enseñazas de los filósofos antiguos, todo fue pasto de las llamas como nefando engendro del anticristiano paganismo. El reinado de la sabiduría acabó con la huída de los últimos neoplatónicos, Hermias, Prisciano, Diógenes, Eulalio, Damascio, Simplicio e Isidoro, que escaparon a Persia para eludir la persecución de Justiniano. Durante siglos quedaron en olvido y menosprecio los libros de Toth (Hermes Trismegisto) cuyas sagradas páginas encierran la historia espiritual y material de la creación y del progreso del mundo, porque no hubo en la Europa cristiana quien los interpretara con acierto. Ya no existían los filaleteos (amantes de la verdad) y ocupaban su lugar los monjes de la Roma pontificia que repugnan toda verdad contraria en lo más mínimo al dogma religioso.

En cuanto a los escépticos, oigamos lo que de ellos dice Wilder:

> Un siglo ha transcurrido desde que los enciclopedistas franceses inocularon el escepticismo en la sangre del mundo civilizado apartándole de toda creencia no demostrable en las retortas de laboratorio o por razonamientos críticos. Aun hoy día se necesita tanta candidez como atrevimiento para tratar asuntos tenidos durante siglos en olvido y menosprecio por falta de acertada comprensión. Atrevido ha de ser en efecto quien, juzgando la filosofía hermética como algo más que un remedo de ciencia, reclame para su estudio los auxilios de una paciente investigación. Sin embargo, los profesores de esta ciencia descollaron en otro tiempo de entre el común de los hombres y fueron los príncipes del saber humano. Por otra parte, nada de cuanto los hombres creyeron sinceramente merece menosprecio, pues sólo son capaces de menospreciarlo los ignorantes y ruines[252].

Animados ahora por esta opinión de un científico ni fanático ni conservador, relataremos algo de lo que presenciaron en el Tíbet y la India los viajeros, y guardan los naturales celosamente como evidentes pruebas de las verdades filosóficas y científicas heredadas de sus antepasados.

En primer lugar examinaremos aquel notable fenómeno de que en los templos del Tíbet fueron testigos presénciales[253]. Oigamos a un escéptico científico florentino, correspondiente del Instituto de Francia, que logró entrar a favor de un disfraz en el recinto sagrado de una pagoda, mientras se celebraba la más solemne ceremonia de aquel culto. Dice así:

---

[252] Wilder: *Neoplatonismo y alquimia.*

[253] Por razones fáciles de comprender recusamos en este punto el testimonio de los misioneros católicos.

> Había en el recinto un altar dispuesto para recibir a un niño recién nacido que, según juzgaban por ciertos signos secretos los sacerdotes iniciados, era una reencarnación de Buda. En presencia de los fieles colocan los sacerdotes al niño sobre el altar y al punto yergue el cuerpo, se sienta en el ara y con varonil y robusta voz exclama: “Soy el espíritu de Buda; soy vuestro Dalai–Lama que abandoné mi decrépito cuerpo en el templo de… y escogí el cuerpo de este niño para morar de nuevo en la tierra”. Los sacerdotes permitieron que con el debido respeto tomara al niño en mis brazos y me lo llevara hasta suficiente distancia de ellos para convencerme de que no se habían valido de ningún artificio de ventriloquia. El niño me miró gravemente con estremecedora mirada y repitió las mismas palabras.

El científico florentino envió al Instituto un autorizado relato de este suceso; pero los individuos de dicha corporación, lejos de reconocer la veracidad del testimonio, dijeron que en aquella circunstancia estaría el científico ata*cado de insolación o* habría sido víctima de alguna ilusión acústica.

Este hecho de la reencarnación de Buda es en extremo raro, pues sólo sucede muy de tarde en tarde, a la muerte del Dalai–Lama cuya dilatada vida es proverbial entre los tibetanos. Por esta razón dice un texto chino:

> Es tan difícil encontrar un Buddha como las flores del Udumbara y del Palâsa[254].

El abate Huc, cuyos viajes por la China y el Tíbet son tan conocidos, relata asimismo el hecho del renacimiento de Buda, con la curiosa circunstancia de que el niño–oráculo demostró plenamente ser un alma vieja en cuerpo joven, por cuanto a cuantos le conocieron en su anterior existencia les dió exactos pormenores de ella[255].

Si este prodigioso caso fuese el único de su índole habría fundamento para repudiarlo; pero, por el contrario, los hubo y los hay tan semejantes como el niño de quince meses[256] que “hablaba en correcto francés cual si tuviera a Dios en los labios” y los niños de Cevennes cuyos proféticos discursos atestiguaron los más ilustres sabios de Francia; y en nuestros propios tiempos el recién nacido de Saar Louis (Francia) que después de profetizar con voz clara y distinta los sangrientos sucesos históricos de 1876, quedó muerto en el acto[257], y el niño Jenken que a los tres meses dió muestras de admirable precocidad mediumnímica[258].

---

[254] Traducción francesa de las escrituras chinas por Estanislao Julien.

[255] Conviene advertir que al ocuparse Des Mouseaux en este fenómeno cuya causa atribuye, por supuesto, al diablo, niega confianza al abate Huc por haberle sido retiradas las licencias. Sin embargo, esta circunstancia presta en nuestro humilde concepto mayor autoridad al relato del abate.

[256] Dubois: *Historia de los profetas camisardos de 1707.*

[257] Tomamos este caso del *Lloyd's Weekly Newspaper* (Semanario de Loyd) correspondiente a Marzo de 1875, que lo refiere como sigue: “Inmediatamente después de dar a luz se metió la madre en cama mientras que la comadrona elogiaba la robustez de la criatura y los amigos de la familia colmaban de enhorabuenas al padre. En esto se le ocurrió a uno de los presentes preguntar qué hora era, cuando con el

A la par que otros viajeros, el abate Huc describe el maravilloso árbol del Tíbet llamado *kunbum,* como sigue: “Todas las hojas de este árbol llevan escrita una máxima religiosa en caracteres sagrados, de tan acabada hechura, que no los trazarían mejores en la tipografía de Didot. Las hojas a punto de abrirse tienen ya a medio formar los admirables caracteres de este árbol único en su especie. Pero en la corteza de las ramas aparecen también otros caracteres y otros nuevos en las capas inferiores, de suerte que cada una de estas capas superpuestas ofrece un tipo distinto sin que sea posible ni el más leve asomo de impostura”. Este árbol no medra en ninguna otra latitud, pues ha fracasado todo intento de aclimatación, ni tampoco puede reproducirse por vástagos. Dice la leyenda que brotó de la cabellera del Lama Son–Ka–pa, una de las reencarnaciones de Buda. Añadiremos al relato del abate Huc que los caracteres trazados por la naturaleza en las diversas partes. del *kunbum* están compuestos en lengua senzar o idioma del sol (sánscrito antiguo) y relatan la historia de la creación y entrañan lo más substancial de la doctrina budista. Bajo este aspecto hay la misma relación entre los caracteres del *kunbum* y el budismo, que entre las pinturas del templo de Dendera y la religión faraónica.

Carpenter, presidente de la Sociedad Británica, dió en Manchéster una conferencia sobre el antiguo Egipto en la que consideraba el *Génesis* como expresión de las primitivas creencias hebreas, derivadas de dichas pinturas entre las cuales convivieron. Sin embargo, nada dice acerca de si las pinturas de Dendera y, por lo tanto, el relato mosaico, son alegoría o narración histórica. No se concibe que un egiptólogo como Carpenter, sin más fuente de estudio que una superficial investigación del asunto, se atreva a sostener que los antiguos egipcios tuvieron de la creación del mundo el mismo

---

consiguiente pasmo oyeron todos que el recién nacido respondía con voz inconfundible: “¡las dos!” Quedáronse los circunstantes mirando absortos a la criatura y su pasmo se convirtió en estupor al ver que abriendo desmesuradamente los ojos decía: “He sido enviado al mundo para pronosticaros que el año 1875 lo será de bienes, pero el de 1876 de sangre”. Dicho esto volvióse de costado y expiró a la media hora de haber nacido”.

No sabemos si el caso tuvo confirmación oficial, pero desde luego no cabe pensar que se la diese el clero, pues no hubiera allegado de él honra ni provecho. Pero aunque el semanario que relata el caso no responda de su autenticidad, los sucesos se acomodaron en un todo al vaticinio, pues en los principados balkánicos las matanzas de cristianos por mano del fanatismo musulmán fueron tan horribles como las de indios americanos al furor del fanatismo católico y las de asiáticos al empuje de los anglicanos que cruzando lagos de sangre llegaron a Delhi.

[258] Nació este niño en Londres (1873) Y fueron sus padres el ahogado H. D. Jencken miembro del Instituto Real y la famosa médium Catalina Fox. Poco antes de cumplir los tres meses se oían golpes en la cuna y también los recibía su padre mientras en ausencia de la madre se ponía al niño sobre las rodillas. A los cinco meses dió por su propia mano una comunicación escrita de veinte palabras, sin firma, en presencia de un procurador de Liverpool llamado Wason, quien con la madre y la nodriza atestiguaron el hecho en un documento publicado en el periódico *Medium and Daybreak* (8 de Mayo de 1874). La categoría profesional y científica del abogado Jencken aleja toda sospecha de fraude é impostura, y por otra parte su calidad de miembro del Instituto Real daba a esta corporación propicia coyuntura de examinar y exponer su juicio acerca de un fenómeno psíquico cuya índole desdeñaron investigar.

concepto ridículo que los primitivos teólogos cristianos. Aunque las pinturas de Dendera alegoricen las enseñanzas cosmogónicas de los antiguos egipcios, ¿qué sabe él si la escena de la creación se supone ocurrida en seis minutos o en seis millones de años? Lo mismo puede expresar alegóricamente seis épocas indefinidas (evos) que seis días. Por otra parte, los *Libros de Hermes* no son explícitos en este punto; pero el Avesta declara terminantemente seis períodos de miles de años cada uno. Los jeroglíficos egipcios rebaten la teoría de Carpenter, según demuestran las investigaciones de Champollion, quien ha vindicado a los antiguos en muchas ocasiones. De todo esto inferirá el lector que a la filosofía egipcia se le achacan equivocadamente tan groseras especulaciones, pues la cosmogonía de los hebreos consideraba al hombre como resultado de la evolución en prolongadísimos ciclos. Pero volvamos a las maravillas del Tíbet.

Describe el abate Huc una pintura que se conserva en cierta lamasería y bien puede clasificarse entre las más admirables que en aquel país existen. Es una tela sin el más insignificante mecanismo (según puede comprobar a su sabor el visitante), que representa un paisaje de luna en que la figura de este astro reproduce el mismo aspecto, movimientos y fases del natural con tan pasmosa exactitud que sale, brilla tras las nubes, se pone y es, en suma, el más fiel trasunto de la pálida reina de la noche a que tanta gente adoraba en pasadas épocas.

En otros puntos del Tíbet y en el Japón hay pinturas análogas que representan el aparente movimiento del sol; y en verdad que si alguno de nuestros infatuados académicos las viera, no se atrevería a declarar la verdad del caso a sus colegas, temeroso de que le arrojaran del sillón por farsante o lunático[259].

Ya en muy remotos tiempos se les reconocieron a los brahmanes profundos conocimientos en artes mágicas. Desde Pitágoras que aprendió en la escuela de los gimnósofos y Plotino que fue iniciado en los misterios del Yoga[260] hasta los adeptos de hoy día, todos buscaron en la India las fuentes de la sabiduría oculta. A las generaciones venideras corresponde restaurar esta capital verdad, que en nuestros tiempos está generalmente menospreciada como vil superstición.

Apenas tienen ni aun los más famosos orientalistas, noticias ciertas de la India, el Tíbet y la China, pues el más infatigable de todos ellos, Max Müller, confiesa que hasta hace cosa de un cuarto de siglo no había caído en manos de los investigadores

[259] Esto nos recuerda la anécdota que de Tycho–Brahe refiere Humboldt, como sigue: "Una noche estaba el insigne astrónomo danés contemplando, según su costumbre, la bóveda celeste, cuando con indecible asombro vió brillar, cerca de la constelación de Casiopea, una radiante estrella de extraordinaria magnitud. No supo el astrónomo si dar crédito a sus propios ojos, hasta que algún tiempo después se enteró de que las gentes del pueblo habían echado de ver una insólita aparición en el cielo, de lo que tomaron pretexto los periódicos y el público para zaherir a los astrónomos que ya en anteriores ocasiones no acertaron a predecirla aparición de los cometas. (Humbold: *Cosmos*, III, parte 1, pág. 168).

[260] Unión del Yo con la Divinidad por medio de la contemplación abstracta.

europeos ni un solo documento auténtico de la religión budista, y que cincuenta años atrás no hubieran sido capaces los filólogos de traducir una línea siquiera de los *Vedas* induistas, del *Zend–Avesta* zoroastriano ni del *Tripitâka* budista, sin contar otros textos en diversos idiomas y dialectos orientales. Pero aun hoy mismo, los textos sagrados que andan en manos de los eruditos occidentales son ediciones fragmentarias en que no consta *absolutamente nada* de la literatura esotérica del budismo, pero que sin embargo van esclareciendo poco a poco las lobregueces del que Max Müller calificó de "yermo religioso donde los lamas hallarían su más solitario retiro" añadiendo que todo cuanto en el intrincado laberinto de las religiones del mundo parecía obscuro, erróneo o frívolo, empieza a variar de aspecto a los ojos de la investigación comparada. Dice a este propósito el ilustre sanscritista que los alborotados desvaríos de los yoguis indos y las desconcertadas blasfemias de los budistas chinos tienen deshonrosa traza para el nombre de religión; pero según el investigador adelanta por entre aquellas lóbregas galerías vislumbra un tenue rayo de luz que promete disipar las tinieblas[261]. Tiempo vendrá en que cuanto hoy se califica de salvaje y pagana jerigonza, suministre la clave de todas las religiones, porque, como dice San Agustín, tantas veces citado por Max Müller, "no hay religión falsa que no contenga algo de verdad". Sin embargo, el obispo de Hipona tomó esta máxima de las obras de Amonio Saccas, el insigne maestro alejandrino apellidado *Theodidaktos* (aleccionado por Dios) que floreció unos 140 años antes de San Agustín. Consideraba Amonio Saccas a Jesús como un superhombre amigo de Dios, que jamás se propuso abolir la comunicación con los dioses y los espíritus, sino sencillamente perfeccionar las antiguas religiones, pues los sentimientos religiosos de las multitudes habían ido par a par con las enseñanzas de los filósofos, que los habían corrompido y extraviado con supersticiones, falsedades y conceptos puramente humanos, por lo que convenía devolver a las religiones su original pureza, expurgándolas de escorias y armonizándolas con la verdadera filosofía. Así es que, según Amonio Saccas, sólo se propuso Cristo restaurar íntegramente la sabiduría antigua.

---

[261] Max Müller: *Discurso sobre los Vedas.* – Como ejemplo de los muchos yerros en que cayeron los eruditos de la pasada generación al hablar de las religiones induista, budista y parsi, puede citarse el título de una obra publicada en 1828 por el profesor Dunbar tratando de demostrar nada menos que el *sánscrito derivaba del* griego. Decía así el título: *Examen de la estructura y afinidad de las lenguas griega y latina con eventuales comparaciones entro el sánscrito y el gótico y un apéndice para demostrar que el sánscrito deriva del griego. Por Jorge Dunbar, miembro de la sociedad Real de Edimburgo y catedrático de lengua griega en la universidad de Edimburgo. (Diccionario clásico,* IV, 107, 348*).* Si Max Müller hubiese vivido entonces con toda su actual erudición, de seguro que le habrían anatematizado los académicos por afirmar que la lengua sánscrita es la más antigua expresión del lenguaje ario y hermana mayor de las griega y latina. Acaso en el año 1976 se aplique el mismo razonamiento de Durban a los descubrimientos científicos que hoy se tienen por definitivos y concluyentes.

Amonio fue el primero en enseñar que todas las religiones tenían por común fundamento la verdad contenida en los *Libros de Toth o Hermes*[262], de que Pitágoras y Platón derivaron su filosofía. Puso también Amonio de manifiesto la identidad entre las enseñanzas pitagóricas y las de los primitivos brahmanes recopiladas en los *Vedas.*

Se sabe positivamente que antes de pronunciar Pitágoras por vez primera en la corte del rey de los filiasianos la palabra "filósofo", era idéntica la "doctrina secreta" en todos los países. Por lo tanto, hemos de buscar la verdad en los textos cuya antigüedad les salvó de adulteración, y compulsarlos con la Biblia hebrea para que los filósofos decidan con estricta imparcialidad exenta de prejuicios científicos y teológicos, si la *sruti* (revelación primitiva) está en los *Vedas* o en el *Antiguo Testamento* y cuál de ambas *Escrituras* es la *smriti* (tradición).

Orígenes[263] dice que los brahmanes fueron siempre famosos por las maravillosas curas que realizaban por medio de palabras mágicas.

Lo mismo atestigua Leonardo de Vair, autor del siglo XVI, al decir: "Hay personas que mediante ciertas frases de *encanto,* andan con los pies desnudos sobre ascuas y sobre cuchillos de punta, de modo que, sosteniéndose con un solo dedo del pie, levantan en el aire a un hombre o muy pesados objetos. Asimismo doman caballos salvajes y toros furiosos con una sola palabra"[264]. Estas opiniones están corroboradas en nuestros días por Orioli[265], miembro correspondiente del Instituto de Francia.

La mágica palabra por cuya virtud se operan tales maravillas está en los *mantras* (himnos) de los *Vedas,* según afirman algunos adeptos; pero aunque el testimonio humano demuestre la realidad de dicha palabra, a los eruditos les toca indagarla en los *Vedas.*

Parece que los misioneros jesuitas presenciaron muchas de estas operaciones mágicas a cuya referencia presta Baldinger entero crédito. Entre ellas se cuenta la

---

262 Dice Wilder en su obra: *Neoplatonismo y alquimia* que la palabra *Toth* significa *colegio*, por lo que no parece improbable que estos libros se llamaran así por ser una recopilación de las enseñanzas tradicionales en la comunidad o colegio sacerdotal de Menfis. El rabino Wise ha expuesto análoga opinión acerca de todos los pasajes que la Escritura hebrea pone en boca de Dios; pero los autores indos afirman que en el reinado de Kansa, la tribu sagrada de los yadus (¿judíos?) emigró de la India hacia occidente llevándose los cuatro Vedas. Ciertamente hay notable semejanza entre las doctrinas filosóficas y creencias religiosas de los egipcios y los indos budistas, pero nada podemos asegurar respecto a la identidad de los libros herméticos y los Vedas.

263 *Contra Celso.*

264 Leonardo de Vair, I, II, cap. II; *La magia en el siglo XIX*, pág. 332.

265 *Fatti relativi al mesmerismo,* págs. 88, 93; 1842.

llamada *tschamping* [266] *o* manipulación del fuego, que los jesuítas aprendieron de los hechiceros indígenas, quienes la efectúan todavía con éxito[267].

Sin embargo, la misma operación llevan a cabo los médiums en estado de trance, según el respetabilísimo y fidedigno testimonio de lord Adair Y S. C. Hall. Los espiritistas atribuirán el fenómeno a los espíritus; pero conviene advertir que ni los magos conscientes ni los inconscientes o juglares tienen necesidad de ponerse en trance para manipular el fuego y objetos candentes, mientras que los médiums no son capaces de la misma operación en estado de vigilia. Hemos visto a un juglar indo tener las manos sobre el fuego de un horno hasta quedar las brasas en ceniza. Durante la ceremonia religiosa de Siva–Râtri (víspera de Siva), cuando el pueblo pasa la noche en vela y oración, un juglar de raza tamil operó ante los sivaitas muy prodigiosos fenómenos con auxilio de un gnomo a que llaman *kutti sâttan* (demonio chico); mas para que las gentes no pensaran que el gnomo le dominaba, como pretendía un misionero católico allí presente, quien aprovechó la oportunidad para decir a los espectadores que "aquel mísero pecador había vendido el alma al diablo", metió las manos en el fuego como en refrigerante baño, y dirigiendo la vista al misionero exclamó con arrogante voz: "Mi padre y mi abuelo tuvieron a este espíritu a sus órdenes y desde hace dos siglos es el servidor de mi estirpe. ¿Cómo queréis que las gentes le crean mi amo? Pero todos saben muy bien a qué atenerse". Dicho esto sacó las manos del fuego e hizo otras habilidades no menos sorprendentes.

Todos los europeos residentes en la India saben de oídas que algunos brahmanes poseen maravillosas facultades proféticas y clarividentes, no obstante de que esos mismos europeos al regresar a sus "civilizados países" asienten a las incrédulas burlas con que se reciben sus relatos y aun llegan a desmentir su veracidad. Porque los brahmanes a que nos referimos moran hacia las costas occidentales de la India, en apartados lugares o en recintos de población cuya entrada está prohibida a los europeos, quienes, por esta circunstancia, es muy raro que logren trabar amistad con los videntes. Se supone como causa de este apartamiento la escrupulosa observancia de las leyes de casta; pero estamos firmemente convencidos de que muy otro es el verdadero motivo, cuyo esclarecimiento tardará muchísimos años y tal vez siglos.

---

[266] Palabra indica que los ingleses han convertido en *Shampooing.*

[267] Refiere Camerario en su obra: *Horæ subscecivæ* que hubo un tiempo enconada porfía de "milagros" entre agustinos y jesuitas. Sobre esto disputaron en cierta ocasión los generales de ambas órdenes; y el de los jesuitas, que era tan ignorante como erudito el de los agustinos, pero que en compensación estaba muy versado en artes mágicas, propuso dirimir la contienda poniendo ambos a prueba la obediencia de sus respectivos súbditos. El general de los jesuitas mandó en consecuencia a un padre que le trajera al instante de la cocina y en sus propias manos unas cuantas ascuas a cuyo arrimo pudieran calentarse los demás. Obedeció el padre al punto y trajo un puñado de ascuas que sostuvo en ambas manos hasta que todos los presentes se hubieron calentado y en seguida las volvió a poner en el hogar de la cocina. El general de los agustinos se quedé corrido en presencia del fenómeno, porque ninguno de los suyos se atrevió a obedecerle en este particular, y así fue completo el triunfo de los jesuitas.

En cuanto a las castas inferiores o masas populares de la India, no tienen del diablo el concepto dominante entre los cristianos, a pesar de que tanto los misioneros católicos como los protestantes acusan a la plebe inda de estar vendida al "tradicional y astuto enemigo del género humano". Sin embargo, las gentes de la India creen en la existencia de espíritus benéficos y malignos, pero no adoran ni temen al diablo, pues su culto religioso se contrae en este punto a la práctica de ceremonias a propósito para ahuyentar a los espíritus terrestres[268], que les infunden más temor que los elementales. A tal propósito entonan himnos, tañen instrumentos y queman perfumes cuyas vibraciones y emanaciones son pernicioso ambiente para los elementarios. Estas prácticas datan de miles de años entre aquellas, gentes que las heredan y transmiten de generación en generación[269]; y para demostrar que el intento va dirigido contra ¡as entidades elementarias, valga la consideración de que cuando una familia inda infiere de la conducta de alguno de sus individuos que al morir se ha convertido en larva o entidad elementaria[270], se esfuerzan en mantenerla propicia ofreciéndole tortas, frutas y los manjares de que más gustó en vida, pues conocen por experiencia cuán terrible es la persecución de estas entidades. Así es que, generalizando la práctica, depositan en los sepulcros o cerca de las urnas cinerarias de los malvados, diversidad de manjares y bebidas con intento de retenerlos en el lugar de su enterramiento o incineración, según el caso, e impedir con ello que regresen a sus hogares. Hasta hace unos quince años, en que fue prohibida por el gobierno, subsistió en la India la costumbre de amputar los pies a los ajusticiados, pues creía el vulgo que de este modo no podría el alma, del criminal cometer nuevas maldades.

Varios misioneros, entre ellos el reverendo Lewis[271], han referido circunstanciadamente este hecho, aunque, como de costumbre, lo achaquen todo a la adoración del diablo, cuando nada hay en ello que ni por asomo se le parezca.

Otra prueba de que los indos no adoran al diablo, es que carecen de palabra expresiva de este concepto, pues a las entidades elementarias suelen designarlas, según su índole, con los nombres de *pûttâm* (fantasma persecutorio), *pey* (espectro) y *pishâcha* (duende). Los más temibles para los induistas son los *pûttâm*, pues creen que vuelven a la tierra para atormentar a los vivos y frecuentan el lugar de su enterramiento o incineración. Los espíritus del fuego o espíritus de Siva son entre los indos lo mismo que los gnomos y las salamandras de los rosacruces y, como éstos, los representan en

---

[268] Recuérdese que la autora da este nombre a los "moradores en el umbral", elementarios, larvas o entidades humanas de cuya personalidad se retiró el Ego. – N. del T.

[269] No es justo ridiculizar estas ceremonias, pues en el fondo no difieren de la seguida por aquel científico espiritista que aconsejaba poner en el dormitorio vitriolo y nitro pulverizado para ahuyentar a los espíritus malignos. (A esto podemos añadir que no es otro el simbolismo del incienso y de las aspersiones en las ceremonias de la iglesia católica, sobre todo cuando en la misa mayor inciensa el celebrante el altar. – N. del T).

[270] En este caso particular los indos las llaman *Kanni* (vírgenes malas).

[271] *The Tinnevelly Shanars,* 43.

figura de enanos de cuerpo ígneo, que moran en los abismos terrestres y entre las llamas del fuego[272].

Observa Warton muy acertadamente que los dragones de las leyendas y fábulas son de puro origen oriental, pues encontramos este elemento simbólico en todas las tradiciones de la época primieval. Pero en documento alguno aparece tan definido el dragón como en los textos budistas que nos hablan de las *nâgas* o sierpes regias que habitan en cavernas subterráneas[273], entre cuyas misteriosas tinieblas flota el espíritu adivinatorio[274]. Pero tampoco los budistas creen en el diablo según el concepto cristiano que lo considera como entidad distinta y enemiga eterna de Dios, sino que, análogamente a los induistas, admiten la existencia de entidades inferiores que vivieron en la tierra o en otros planetas, pero que todavía *no han transpuesto el reino humano.* En cuanto a los nâgas creen que han sido en la tierra *brujos de índole ruin* que comunican a los hombres perversos el poder de secar los frutos con su mirada y aun el de herir de muerte a cuantos ceden a su influencia. Por esto se dice que un cingalés tiene la nâga en el cuerpo cuando con la mirada es capaz de secar un árbol y matar a una persona. Vemos, en consecuencia, que los espíritus malignos no son para los budistas lo que el demonio para los cristianos, sino más bien la encarnación de los diversos vicios, crímenes y pasiones humanas. Los devas azules, verdes, amarillos y escarlatas que, según las creencias budistas moran en el monte Jugandere, son genios tutelares de tan benéfica índole algunos como las divinidades llamadas *natas,* en cuyo número también se entremezclan gigantes y genios maléficos que moran igualmente en dicho monte.

Según las enseñanzas budistas, los espíritus malignos eran seres humanos cuando la naturaleza produjo el sol, la luna y las estrellas, pero que al pecar perdieron su estado de felicidad. Si persisten en el pecado, se agrava su castigo, y de este linaje son los condenados; pero aquellos *demonios que mueren* para nacer o encarnar en cuerpo humano y no vuelven a pecar, alcanzan la felicidad celeste. Según observa Upham[275] esta creencia demuestra que, para los budistas, todos los seres así humanos como divinos están sujetos a la ley de la transmigración, en correspondencia con los actos morales de cada cual, de donde se deriva un código de ética muy digno de llamar la atención del filósofo.

Creen los indos en la existencia de las entidades llamadas vampiros, y la misma creencia está generalizada entre los servíos y los húngaros. El famoso espiritista e hipnotizador francés Pierart expuso hace cosa de doce años en forma doctrinal esta opinión popular, diciendo que "no es tan inexplicable como parece el hecho de que un

[272] La entidad llamada *dewel* en Ceilán, está representada en figura de mujer robusta y sonriente, con chaqueta roja y gorguera de lienzo.

[273] Las mansiones a que se refieren Tiresias y otros adivinos griegos.

[274] Este es el origen del símbolo de la serpiente *Python a* que en la mitología griega da muerte Apolo.

[275] *Historia y doctrina del budismo.*

espectro se alimente de sangre humana como los vampiros, pues según saben los espiritistas, la bicorporeidad o desdoblamiento de la personalidad es prueba evidente de lo mucho que pueden hacer los espectros astrales en circunstancias favorables”[276].

Pero Pierart funda su teoría en la de los cabalistas, quienes llamaban *shadim a* las entidades de ínfimo orden espiritual. Dice Maimónides que las gentes de su país se veían forzadas a mantener íntimas relaciones con los difuntos en la fiesta de sangre que al efecto celebraban, cavando un hoyo donde vertían *sangre fresca* para colocar encima una mesa por cuyo medio respondían los espíritus a todas las preguntas[277].

Pierart se indigna contra la supersticiosa costumbre que tenía el clero de atravesar con un puntiagudo palitroque el corazón de todo cadáver sospechoso de vampirismo, pues mientras el cuerpo astral no se haya desprendido por completo del físico, hay probabilidad de que vuelvan a unirse en virtud de la atracción magnética entre ambos. Algunas veces el cuerpo astral está todavía a medio salir del físico que ofrece apariencias cadavéricas, y en este caso vuelve el astral bruscamente a su envoltura de carne, determinando la asfixia del aparente difunto; o si éste estuvo en vida muy apegado a la materia, se convertirá en vampiro que desde entonces vivirá bicorporalmente, alimentándose de la sangre que en cuerpo astral absorba de las personas vivientes, pues mientras no se rompa el lazo que lo mantiene al cuerpo físico, podrá vagar de un lado a otro en acecho de su presa. Añade Pierart que, según todos los indicios, esta entidad, por un misterioso e invisible nexo, que tal vez se descubra algún día, transmite el producto de la absorción al sepulto cadáver, con lo que perpetúa el estado cataléptico. Brierre de Boismont cita algunos ejemplos, indudablemente auténticos, de vampirismo, aunque los califica, sin fundamento, de alucinaciones. A propósito de este asunto dice un periódico francés:

> Según recientes investigaciones, se sabe que, el año 1871, por instigación del clero fueron sometidos dos cadáveres al nefando tratamiento de la superstición popular… ; ¡oh ciega preocupación!

Pero a esto replica Pierart con valiente lógica:

> ¿Ciega decís? Tanto como queráis. Pero ¿de dónde derivan estas preocupaciones? ¿Por qué se han perpetuado, en tantísimos países a través del tiempo? Después de la infinidad de casos de vampirismo tan a menudo observados, ¿cabe suponer que no tuvieron fundamento? De la nada no sale nada. Las creencias y costumbres dimanan de una causa originaria. Si nunca hubiese ocurrido que los espectros chuparan sangre humana hasta matar a la víctima por exterminación, nadie hubiera desenterrado cadáveres ni fuera posible encontrar, como se encontraron varias veces, cadáveres todavía con las carnes blandas, los

[276] Pierart. – Artículo sobre el *Vampirismo,* publicado en la *Revista Espiritista.*

[277] Maimónides: *Abodah Sarak,* 12 *Absh,* II *Abth.*

> ojos abiertos, la tez sonrosada, la boca y narices llenas de sangre que también manaba de las heridas que, por asesinato o ajusticiamiento, les produjeron la muerte[278].

El obispo Huet dice por su parte:

> No quiero examinar si los casos de vampirismo de que tanto se habla son auténticos o resultado de alguna superstición popular; pero como quiera que los atestiguan autores competentes y fidedignos, aparte de numerosos testigos oculares, no es prudente dirimir esta cuestión sin antes estudiar detenidamente sus términos[279].

También Des Mousseaux trata de este particular, y después de tomarse la molestia de recoger materiales con que forjar su teoría demonológica, cita varios casos notables de vampirismo para atribuirlos en conclusión a las mañas del diablo infundido en los cadáveres de los cementerios para chupar la sangre de personas vivas. Sin embargo, nos parece que podemos explicar este fenómeno sin necesidad de que intervenga tan siniestro personaje, pues bastan para substituirlo la multitud de concupiscentes pecadores de todo linaje, cuya malicia iguala, si no supera, a la achacada al diablo en los mejores días de su quimérica dominación. Lógico es creer en las apariciones espectrales de entidades psíquicas, pero no en la personificación del diablo, a quien nadie vió nunca.

De todos modos, la universalidad de la creencia en el vampirismo nos ofrece particularidades dignas de tenerse en cuenta. Los naturales de los países balkánicos y también los griegos dudarían antes de la existencia de los turcos, sus tradicionales enemigos, que de la de los vampiros, a quienes llaman *brucolâk o vurdalak* y son huéspedes demasiado frecuentes del hogar eslavo. Autores prestigiosos por su integridad y talento confiesan que el vampirismo no es conseja ni superstición, sino hecho cierto cuya más valiosa prueba está en el testimonio unánime de pueblos sin enlace étnico que, no obstante, coinciden en la descripción de este fenómeno tanto como discrepan en los pormenores de otras creencias igualmente tachadas de supersticiosas.

El escéptico benedictino Dom Calmet, que floreció en el siglo XVIII, dice a este propósito:

---

[278] Pierart: *Revista Espiritista,* IV, 104. – En la correspondencia particular del marqués de Argens se cita uno de los más notables casos de vampirismo. En la *Revue Britanique* (Marzo de 1837), el viajero inglés Pashley describe otros casos de que tuvo noticia en la isla de Candía. Otros casos análogos atestigua el librepensador científico doctor Jobard en su obra. (Véanse: *Fenómenos de la magia superior,* 199).

[279] *Huetiana,* 81.

> Dos medios hay de extirpar la creencia en esos presuntos fantasmas… 0 bien *explicar* los fenómenos del vampirismo por medio de causas puramente físicas, o bien, y esto fuera lo más prudente, *negar* en absoluto semejantes relatos[280].

El primer medio, o sea la explicación del fenómeno por causas físicas, aunque desconocidas, lo empleó la escuela hipnótica de Pierart y no debieran acogerlo, hostilmente los espiritistas. El segundo medio es el seguido por los científicos escépticos que niegan rotundamente el hecho, con aplauso de Des Mousseaux, para quien no hay medio más expedito que la negativa ni que requiera menos saber.

Según refiere Dom Calmet, un pastor de Kodom (Baviera) se apareció varias veces a algunos vecinos del lugar en que había muerto; y ya fuese a consecuencia del susto recibido, ya por otra causa cualquiera, lo cierto es que todos cuantos vieron el espectro fallecieron a los pocos días. Escamados por ello los lugareños desenterraron el cadáver y lo clavaron en el suelo con una estaca que le atravesaba el corazón; pero aquella misma noche volvió a aparecerse el espectro, de cuya visión cayeron en congoja no pocos lugareños y se aterrorizaron todos. En vista de ello, el gobernador del distrito mandó que por mano del verdugo fuese quemado el cadáver, y en el acto de la quema echaron de ver cuantos se atrevieron a presenciarla que pateaba entre lágrimas y aullidos, como si estuviera vivo, y al clavarle con otras estacas sobre la hoguera, manó abundante sangre de las heridas. Desde entonces no volvió a verse el espectro.

Siempre que por mandamiento judicial se desenterraron los cadáveres de personas cuyos espectros veían las gentes, se observó que el cuerpo sospechoso de vampirismo estaba más bien como dormido que como muerto, y que todos los objetos de uso personal del difunto se movían por la casa sin que nadie los tocara. No obstante, en todos los casos se procedió con el más riguroso formulismo legal, y únicamente después de oír a los testigos, cuando los cadáveres presentaban señales inequívocas de vampirismo, los quemaba el verdugo.

Respecto a la naturaleza del fenómeno, dice Dom Calmet que la principal dificultad está en saber cómo los vampiros pueden salir del sepulcro Y volver a él sin dejar señales de remoción en el enterramiento, aparte de que se aparecen con los mismos vestidos que llevaban en vida y se mueven y aun *comen* cual si estuvieran vivos. Añade el benedictino que si todo esto fuera ilusión de quienes aseguran haber visto los espectros, no se encontrarían los cadáveres enteros, bien conservados y rebosando sangre, ni, lo que es más concluyente, tendrían los *pies manchados de barro* después de su aparición, sin que nada de esto se note en los demás cadáveres del mismo cementerio[281]. Por otra parte, continúa Calmet, es muy significativo que una vez quemado el cadáver no vuelva a verse el espectro, y que estos casos ocurran *con tanta*

---

[280] *Apariciones.* París, 1751, II, 47. – *Fenómenos de la magia superior,* 195.

[281] *Fenómenos de la magia superior.* – Véase también el testimonio colectivo y jurado de estos fenómenos en el informe oficial sobre las profecías de los camisardos. H. Blanch 1859. Plon, París.

frecuencia en este país que no sea posible desarraigar la superstición, sino, por el contrario, afirmarla más y más en las gentes[282].

La muerte aparente es un fenómeno de naturaleza desconocida que, por esta circunstancia, niegan de consuno fisiólogos y psicólogos. Consiste en que a veces está ya muerto el cuerpo físico sin que el astral se haya separado de él; pero si por lo malvado perdió el difunto su individualidad, irá el astral separándose poco a poco hasta desligarse por completo del organismo en descomposición. Así resulta que la verdadera muerte, o sea el definitivo abandono del cuerpo físico, no ocurre precisamente cuando la declaran médicos que no creen o no comprenden la verdadera naturaleza del espíritu.

Pierart opina que es muy arriesgado enterrar apresuradamente a los difuntos, aun cuando el cuerpo presente indicios de descomposición, y dice a este propósito que "cuando se entierra a un cataléptico en lugar fresco y seco, donde el aparente cadáver no sufra influencias morbosas, el cuerpo astral, envuelto en el doble etéreo, sale del sepulcro con objeto de alimentar al físico a expensas de las personas vivas. La asimilación se efectúa por un medio transmisor que algún día descubrirán las ciencias psicológicas"[283]. Hay numerosos testimonios judiciales de la aparición de estos espectros vampiricos que chupaban la sangre de sus víctimas hasta matarlas por consunción. En consecuencia, no hay más remedio que o negar de plano estos fenómenos, según piadosamente aconseja Calmet, o admitir la única explicación que satisfactoriamente les cabe.

Dice Glanvil que "hombres tan eminentes como Enrique More aseveran que las almas de los difuntos actúan en vehículos etéreos, según opinaron los filósofos de la antigüedad"[284]. Sobre este mismo particular observa el filósofo alemán Görres que "Dios no formó al hombre con cuerpo muerto, sino con organismo animado, lleno de vida y dispuesto a recibir el divino soplo por cuya virtud salió de las creadoras manos como doble obra maestra. El misterioso soplo penetró en la misma entraña de la vida orgánica del primer hombre (de la primera raza) y desde aquel instante quedaron unidos el *alma animal* procedente de la evolución terrena y el espíritu emanado del cielo"[285].

Des Mousseaux repudia esta doctrina por opuesta a la católica; pero esto no es obstáculo para que esclarezca con la luz de la lógica muchos enigmas psicológicos. El sol de la filosofía brilla para todos, y si a los católicos, que forman escasamente la

[282] Dom Calmet: *Apariciones,* II, XLIV, 212.

[283] Pierart: *Revista Espiritista,* IV, 104.

[284] *Sadducismus Triumphatus,* II, 70.

[285] Görres: *Obras completas,* III, cap. VII, pág. 132.

séptima parte de la población total del globo, no les satisface dicha teoría, tal vez satisfaga a los millones de gentes que profesan otras religiones[286].

[286] Para que sirva de ejemplo citaremos un caso referido por testigos de insospechada fidedignidad. A principios del siglo actual, gobernaba la provincia rusa de *** un militar de sesenta años de edad y carácter maligno, tiránico, cruel y receloso, que ejercía despóticamente su autoridad sin otra ley que el antojo brutal de sus bajos instintos. Se enamoró el gobernador de una preciosa joven, hija de un oficial subalterno, y a pesar de que ya estaba prometida al elegido de su corazón, fueron tales las coacciones del gobernador, que el padre se la dió por esposa. Muy luego se le mudaron al gobernador los sentimientos, porque hostigado por los celos maltrataba de palabra y obra a su mujer y la tenía recluida semanas enteras en su aposento sin permitirle ver a nadie en su ausencia. Cayó enfermo el gobernador y, como presintiera su próximo fin, exigió de su esposa juramento de permanecer viuda so pena, si volvía a casarse, de que se levantaría del sepulcro para matarla. Muerto el gobernador y enterrado su cadáver en el cementerio, que caía a la otra margen del río, quedó la viuda libre de aquella pesadumbre y poco a poco fue venciendo el temor que las amenazas del difunto le causaran, hasta que cedió a las reiteradas instancias de su primer novio con quien concertaron las familias el matrimonio. La noche de los esponsales, cuando ya se habían retirado los invitados, alborotaran la casa agudísimos gritos que salían del aposento de la novia. Acudieron los parientes y la encontraron desmayada en su propio lecho, a punto en que se oía el rodar de un coche por el patio. La joven tenía el cuerpo cubierto de cardenales y en el cuello se le pudo notar un ligerísimo pinchazo del que brotaban gotas de sangre. Al volver en sí declaró la viuda que su difunto marido se le había aparecido súbitamente en el aposento tal como era en vida, pero horriblemente pálido, y que después de echarle en cara su inconstancia la había cruelmente pellizcado. Nadie quiso creer este relato, pero al otro día el centinela del puente declaró que poco antes de media noche lo había cruzado con espantosa velocidad un carruaje negro con tiro de seis caballos sin que nadie respondiese a la voz de ¡alto! El nuevo gobernador de la ciudad, aunque dudaba de semejante aparición, puso dobles centinelas en el puente; pero no obstante se repitió el fenómeno noche tras noche, con la agravante de que la barrera del puente se levantaba por sí misma para dar paso al coche. Todas las mañanas aparecía la joven viuda con las mismas señales de maltrato, y no podían ni los criados ni su familia prevenir el accidente, porque se quedaban sumidos en sueño letárgico, así como también algunos sacerdotes que por encargo de la familia fueron a pasar la noche en oración. El mismo obispo de la diócesis fue en persona a exorcizar la casa, pero al día siguiente encontraron medio muerta a la pobre viuda. Alarmóse toda la ciudad por la persistencia del caso, y en vista de ello apostó el gobernador cincuenta cosacos a lo largo del puente con la rigurosa consigna de detener a toda costa el coche–fantasma. A la hora de costumbre se le oyó venir por el camino del cementerio. Adelantáronse entonces frente a la barrera el jefe de la patrulla y un sacerdote crucifijo en mano, gritando ambos a la par: "¡En nombre de Dios y del Czar!, ¿quién viene aquí?" En aquel punto asomóse a la ventanilla del coche la figura espectral del difunto gobernador y respondió: "¡El consejero de Estado y gobernador C… !" Inmediatamente el oficial, el sacerdote y los cosacos se vieron lanzados hacia atrás como a impulsos de una conmoción eléctrica y el fantástico vehículo cruzó veloz antes de que pudieran reponerse del insulto. Por último determinó el obispo valerse del procedimiento tradicional de exhumar el cadáver y clavarlo en el suelo por medio de una estaca que le atravesara el corazón. Llevóse a cabo la ceremonia con inusitada pompa religiosa en presencia de todo el pueblo, y según testigos oculares apareció el cadáver henchido de sangre que le rebosaba por la boca. Al clavar la estaca se oyó como una especie de gemido y la sangre manó en surtidor con violento ímpetu. El obispo rezó las preces del ritual exorcista y después volvieron a inhumar el cadáver. Desde entonces ya no se oyó hablar de este vampiro. No podemos determinar exactamente hasta qué punto desfiguró la tradición este relato; pero nosotros lo escuchamos

Volúmenes enteros podríamos llenar con la descripción de los fenómenos que ocurren entre los adeptos de todos los países; pero baste considerar los que guardan relación con los modernos fenómenos oficialmente atestiguados.

Horst trató de dar idea de algunas entidades espirituales de la religión persa; pero no logró su intento por lo muy embrollado de la nomenclatura, en que figuran las numerosas clases de devas, los darvandas, sadimos, dijinos, duendes, elfos, etc., aparte de los serafines, querubines, iredas, amashpendas, sefirotes, malaquimes y elohimes de la religión judía, con los millones de entidades astrales y elementarias, espíritus intermedios y seres quiméricos de toda clase y coloración[287].

Sin embargo, la mayoría de estas entidades nada tienen que ver con los fenómenos deliberada y conscientemente producidos por los magos orientales que protestan contra la imputación de hechiceros, pues estos reciben ayuda de las entidades elementales y elementarias sobre las que el adepto tiene ¡limitado poder, aunque raras veces hace uso de él, ya que en los fenómenos psíquicos le sirven los espíritus de la naturaleza, no como inteligencias, sino como *fuerzas* sumisas y obedientes.

En corroboración de nuestros asertos transcribiremos el juicio que respecto de los fenómenos en general y de los médiums en particular expuso en *El Heraldo* de Boston un articulista, engañado por impostores sin conciencia. Dice así:

---

de labios de un testigo presencial, y aun quedan en Rusia quienes recuerdan todas las circunstancias de tan espantoso caso.

Respecto a los enterramientos de personas muertas en apariencia por catalepsia, no son raros los casos de que da cuenta la prensa de todos los países. El reverendo Haweis enumera en su obra: Cenizas en cenizas, escrita en defensa de la incineración, algunos casos de muerte aparente, y asegura que con frecuencia se hallaron, al remover los enterramientos, esqueletos cuya retorcida posición en el ataúd denotaba los desesperados esfuerzos del enterrado al volver en sí de la catalepsia. De los casos citados por Haweís entresacamos los siguientes:

1º En Bergerac (Dordogue), fue enterrado (1842) un sujeto después de tomar un narcótico que le produjo la muerte aparente, pero que los médicos la declararon real. Pasados unos días, los parientes abrieron la sepultura y notaron manifiestas señales de que el difunto había forcejeado por salir del ataúd.

2º El periódico Sunday Times (30 de Diciembre de 1838), refiere que en el pueblo de Tonneins (Bajo Garona), mientras el sepulturero enterraba a un difunto, se oyó dentro del ataúd un leve ruido, por lo que echó a correr asustado. La familia mandó destapar el ataúd y todos vieron con espanto que el cuerpo presentaba descompuesta la faz, crispadas las manos, retorcidos los miembros y el sudario hecho jirones. Era demasiado tarde.

3º *The Times* (Mayo de 1874) relata que la madre de una señora fallecida en apariencia poco después de su matrimonio, resolvió al cabo del año, cuando el viudo había contraído ya segundas nupcias, trasladar los restos de su hija a Marsella. Al destapar el ataúd se encontró a la infeliz mujer en posición encogida, el cabello en desorden y la mortaja hecha pedazos (Véase para más pormenores la obra de Walkeri: *Hechos observados en los cementerios*, págs. 84, 193 y sig).

Más adelante volveremos a tratar de este asunto cuando examinemos los milagros de la Biblia.

[287] Horst: *Zauber Bibliothek,* V, 52.

El médium de nuestros días tiene mucha más analogía con el hechicero medioeval que con ninguna otra modalidad del arte mágico, pues como luego veremos no difiere mucho de sus peculiares características. En 1615 una delegación de la compañía de Indias fue a cumplimentar al emperador Jehangire, y en aquella coyuntura presenciaron fenómenos tan prodigiosos que apenas creían lo que veían, ni remotamente siquiera acertaban a explicárselo. Una tropa de hechiceros y prestidigitadores bengaleses lucía sus habilidades ante el emperador, cuando éste les pidió que plantasen en el suelo diez simientes de morera, de modo que brotaran los árboles. Así lo hicieron los hechiceros con maravilla de todos los circunstantes que, sin apartar los ojos del sitio, vieron como aparecían los cotiledones y después los tallos, que en pocos minutos crecieron rápidamente hasta dar ramas, yemas, hojas, flores y frutos de exquisito sabor. De la propia suerte medraron una higuera, un almendro, un mango y un nogal con sus respectivos frutos. Pero no pararon aquí los prodigios, porque las ramas de todos aquellos árboles se vieron a poco pobladas de aves de hermoso plumaje que de una a otra saltaban cantando melódicamente hasta que al cabo de una hora se desvaneció todo aquel encanto sin dejar la señal más leve.

Otro hechicero llevaba un arco y cincuenta flechas con punta de acero. Disparó una y joh maravilla! quedó como clavada en el aire a considerable altura, y las que sucesivamente disparó fueron clavándose en la varilla de la precedente, formando una cadena de flechas, hasta que la última deshizo el enlace y cayeron todas una tras otra.

Después levantaron los bengaleses dos tiendas iguales frente por frente a la distancia de un tiro de flecha. Los circunstantes examinaron a su sabor ambas tiendas para convencerse de que no había nadie en ellas, y después les invitaron los bengaleses a decir qué clase de cuadrúpedos o aves querían que saliesen de las tiendas para combatir en el espacio intermedio. El emperador respondió con aire de incredulidad que le gustaría ver una pelea de avestruces, y a los pocos momentos salieron dos de estas zancudas, una de cada tienda, y tan encarnizadamente se acometieron que muy luego corrió la sangre en abundancia, aunque sin declararse la victoria por ninguno de los avestruces, pues eran muy iguales en ardor y denuedo. Por último los mismos encantadores separaron a los combatientes y los condujeron al interior de las tiendas. No satisfechos con esto, los hechiceros cumplieron el deseo de cuantos espectadores les pedían la salida de aves y cuadrúpedos.

Consistió otro prodigio en que trajeron un gran caldero lleno de arroz, que se coció sin lumbre alguna, y de él se colmaron un centenar de fuentes con una ave asada por remate. Los fakires subalternos llevan hoy a cabo el mismo fenómeno aunque en menores proporciones. Pero nos falta espacio para demostrar cómo la actuación de los médiums contemporáneos es mezquina y endeble si se compara con la de los hechiceros y encantadores de Oriente. No hay en las manifestaciones mediumnímicas ni una sola modalidad que no haya tenido y tenga reduplicada ventaja en las de los habilísimos manipuladores cuyas virtudes mágicas no cabe poner en duda.

No es cierto que los fakires y prestidigitadores indos recaben siempre el auxilio de los espíritus, pues si bien a veces evocan religiosamente a los pitris (antepasados) y

otros espíritus puros[288], en cambio hay muchísimos fenómenos debidos tan sólo a la voluntad del fakir[289].

Los caldeos, a quienes Cicerón diputa por los más antiguos magos del mundo, fundaban la magia en las internas facultades anímicas del hombre y en el conocimiento de las propiedades secretas de minerales, vegetales y animales con cuyo auxilio llevaban a cabo asombrosos prodigios. La magia era entre los caldeos equivalente a religión o ciencia; pero los Padres de la Iglesia y otros expositores adulteraron los mitos mazdeístas en la repulsiva forma descrita por autores ultramontanos, como Des Mousseaux, quien afirma en una de sus obras la existencia de los demonios íncubos y súcubos de la Edad Media, cuya abominable superstición, engendrada por el fanatismo epiléptico, tantas vidas humanas costó en aquella época. Estas quimeras no pueden tener realidad objetiva ni cabe atribuirlas a la perversidad del diablo, so pena de suponer blasfemamente que Dios permite las malignidades del demonio.

En último término, la autenticidad de los fenómenos del vampirismo está apoyada en dos proposiciones fundamentales de la psicología esotérica, conviene a saber:

1ª El cuerpo astral es un vehículo o entidad distinta y completamente separable del Ego, de modo que puede moverse a gran distancia del cuerpo físico sin que se rompa el hilo de la vida.

2ª Mientras el cuerpo físico no muera del todo y pueda volver a infundirse en él su habitador, le será fácil a éste substraer del aparente cadáver los elementos suficientes para materializar en lo posible su cuerpo astral y manifestarse en forma casi terrena. Pero hay muchísima distancia de estos lógicos conceptos a la sacrílega y mentecata creencia sostenida por Des Mousseaux Y De Mirville, de que el diablo asume figuras de lobo, serpiente y perro para satisfacer su lujuria y procrear monstruos, atribuyéndole potestad equivalente a la de Dios. Estas supersticiones encubren gérmenes de demonolotría, y si la iglesia católica las admite como dogma de fe que sus misioneros enseñan, no ha de escandalizarse de que algunas sectas parsis e induistas tributen culto al demonio[290].

De consiguiente, el diablo y sus metamorfosis son pura quimera, y quien imagine verle y oírle, oye y ve el eco y reflejo de su perversa, depravada e impura naturaleza

---

[288] Ejemplo de estas evocaciones son la que, según describe Jacolliot, efectuó el fakir Kovindswami en su presencia, cuando los circunstantes desearon manifestaciones verdaderamente espirituales.

[289] No obstante la mísera condición de algunos de estos fakires, suelen ser iniciados de los templos y tan conocedores del ocultismo como los fakires ricos.

[290] Este culto tiene su explicación en el siguiente proverbio de los yezidas de la India: "Hazte amigo de los demonios; dales tu hacienda y tu sangre y préstales tus servicios. No tengas miedo de Dios, porque *no te dañará*". Precisamente aquí vemos la prueba de la reverente fe de este pueblo indo en el Ser supremo, pues creen lógicamente que el Autor del universo y de sus leyes no es capaz de dañarles; pero que, en cambio, pueden recibir daño de los demonios, que son *imperfectos*, y conviene, por lo tanto, tenerlos propicio.

inferior. Como quiera que cada cosa atrae a su semejante, el cuerpo astral atraerá (cuando durante las horas de sueño se separe del cuerpo físico) entidades de condición análoga a les pensamientos, obras y trabajos de aquel día. De aquí la índole brutal y siniestra de unos ensueños al paso que otros son placenteros y agradables. Según el temperamento religioso de la persona que tuvo el mal ensueño, acudirá presurosa al confesionario o se reirá de ello con la mayor indiferencia. En el primer caso se le promete la salvación eterna mediante la compra de unas cuantas indulgencias o de algunos años de purgatorio. Pero ¿qué importa? ¿No está seguro el creyente de su inmortalidad? Ahuyentemos al diablo con el hisopo, la campanilla y el misal. Sin embargo, el diablo vuelve a la carga y el sincero creyente pierde la fe en Dios al ver que el diablo le aventaja en poderío, y al diablo se entrega por completo. Al morir, ya explicamos en capítulos precedentes cuáles son las consecuencias.

Ennemoser ha expresado acabadamente este concepto en el siguiente pasaje:

> La religión no está en Europa y China tan profundamente arraigada como en la India... El espíritu de los griegos y persas era más voluble... El concepto filosófico de los principios de bien y del mal, así como del mundo espiritual, contribuyó en la tradición a forjar figuras celestes e infernales horriblemente contorsionadas... En la India el fanatismo entusiasta forjaba estas visiones mucho más apaciblemente, pues el vidente *recibía de cerca la luz divina,* mientras que en los países occidentales, identificaba la visión con multitud de objetos exteriores. Así es que en estos países fueron más frecuentes los convulsionarios, porque la mente era menos vigorosa y sobre todo menos espiritual.
>
> También influyen en estas diferencias las causas externas del medio ambiente, situación geográfica, género de vida y otras circunstancias artificiales. El género de vida ha sido muy variable en Occidente y, por lo tanto, excitó la actividad de los sentidos de modo que en los sueños se reflejó la vida externa... Así es que los espíritus asumen infinidad de formas e incitan a los hombres a satisfacer sus pasiones, mostrándoles los medios más a propósito para ello con toda clase de pormenores, lo cual *está muy por debajo* de las elevadas naturalezas de los iluminados de la India.

Purifique el estudiante de ocultismo su naturaleza inferior de modo que sus pensamientos sean tan elevados como los de los videntes indos, y podrá dormir tranquilamente sin que le molesten vampiros ni demonios íncubos o súcubos. En torno del dormido cuerpo del hombre puro, el espíritu inmortal se escuda contra las malignas asechanzas tan poderosamente como tras un muro de cristal.

Hœc murus œneus esto; nihil conscire sibi, nulla pallascere culpa.

CAPÍTULO V

ALQUIMISTA. – Siempre hablas por enigmas. Dime si eres aquella fuente de que habla Bernardo Trevigán.

MERCURIO. – No soy la fuente, sino el agua. La fuente me rodea.

SANDIVOGIO: Nueva *luz de Alquimia*

Todo cuanto nos vanagloriamos de hacer es descubrir los secretos del organismo humano, saber por qué las partes se osifican y la sangre se cuaja y aplicar continuos remedios contra los efectos del tiempo. Esto no es magia, sino el arte de curar debidamente comprendido.

BULWER–LYTTON

Contempla, ¡oh guerrero! La roja cruz señala la tumba del poderoso muerto. Dentro arde maravillosa luz que ahuyenta a los espíritus de tinieblas. Esta lámpara arderá sin consumirse hasta que se haya cumplido la eterna sentencia... No hay llama terrena que tan brillante arda.

WALTER SCOTT

Hay gentes incapaces de apreciar la grandeza mental de los antiguos, aun en lo referente a las ciencias físicas, por más que se les demuestre con toda evidencia su profundo saber y admirables descubrimientos. A pesar de que la experiencia de insospechados inventos les debiera haber hecho más cautos, persisten en negar y, lo que todavía es peor, en ridiculizar cuanto no pueden probar. Así, por ejemplo, se burlarán de la eficacia de los talismanes y no sólo les parecerá incomprensible que los siete Espíritus del Apocalipsis simbolicen las siete ocultas potestades de la naturaleza, sino que se reirán convulsivamente si algún mago promete obrar prodigios mediante ciertos ritos cabalísticos. No conciben que nadie dotado de buen juicio atribuya secretas virtudes a una figura geométrica trazada en un papel o grabada en un pedazo de metal ú otra materia. Pero quienes se tomaron el trabajo de informarse de estos

particulares saben que los antiguos llevaron a cabo notables descubrimientos en ciencias psíquicas y físicas, dejando poco por descubrir en sus investigaciones.

Por nuestra parte, cuando vemos que el pentáculo sintetiza una profunda verdad de la naturaleza, nos parece tan apropiada representación como en su caso las figuras de Euclides o las notaciones químicas. El profano tendrá por absurdo que la fórmula N_2CO_3 simbolice el carbonato sódico y la C_2H_60 el alcohol. Los alquimistas simbolizaban el *Azoth* o principio creador de la naturaleza (luz astral) en la figura

T
O — | — A
R

que abarca tres conceptos: 1º, la. hipótesis divina; 2º, la síntesis filosófica; 3º, la síntesis física; lo que tanto vale: una creencia, una idea y una fuerza. Pero si este símbolo les parece estrambótico a los científicos, en cambio tienen por muy natural que la química moderna exprese, por ejemplo, la reacción del ácido fosforoso con el nitrato argéntico, en la fórmula siguiente:

$$PhO_3H_3 + 2NO_3Ag + H_20 = PhO_4H_3 + 2NO_3H + Ag_2$$

Si al profano se le puede dispensar que se quede con la boca abierta ante este abracadabra químico, bien valdría que los científicos reprimiesen la risa hasta conocer el significado filosófico del simbolismo antiguo. Al menos habrían de evitar la ridiculez en que incurrió De Mirville al confundir el *Azoth* de los herméticos con el ázoe de los químicos, diciendo muy formalmente que aquellos adoraban al gas nitrógeno[291].

Si ponemos un trozo de acero en contacto con un imán natural quedará imanado de modo que sin alteración de peso ni mudanza de aspecto comunique la imanación a otro pedazo de acero, porque en su masa habrá penetrado una de las más sutiles fuerzas de la naturaleza. De la propia suerte un talismán, que intrínsecamente es tan sólo un trozo de metal, un pedazo de papel o un fragmento de cualquier otra materia, recibe la influencia del imán superior a todos los imanes, de la voluntad humana, con energía para el bien o para el mal de tan reales efectos como la propiedad adquirida por el acero en su contacto con el imán natural. Dejad que el sabueso olfatee una prenda de ropa perteneciente a un fugado y seguirá su rastro a través de las quebraduras del terreno hasta descubrirle en el paraje donde se oculte. Dad al psicómetra un manuscrito por antiguo que sea y os describirá el carácter del autor y aun tal vez sus rasgos fisonómicos. Entregad al clarividente un rizo de pelo o cualquier

[291] Eliphas Levi: *La ciencia de los espíritus.*

objeto de la persona de quien se deseen informes, y podrá por virtud de la simpatía establecida seguir las huellas del ausente durante toda su vida.

Saben los ganaderos que las reses jóvenes no deben juntarse con las viejas y los médicos expertos prohíben a los padres dormir con sus hijos. Cuando David era de edad provecta y se hallaba extenuado y débil, cobró nuevas fuerzas por el vigor de la doncella Ábigail que compartía su lecho. La difunta emperatriz de Rusia, hermana de Guillermo I de Alemania, quedó tan débil en los últimos años de su vida que los médicos le aconsejaron formalmente que durmiese con una sana y robusta campesina. Según el doctor Kerner, la señora Hauffe, la vidente de Prevost, aseguraba que vivía gracias a las emanaciones magnéticas de las personas que la rodeaban. Esta vidente era sin duda un *vampiro* magnético que absorbía la vitalidad de cuantos eran lo suficientemente robustos para cedérsela en forma de *sangre volatilizada.* Kerner afirma que la sola presencia de la vidente de Prevost, avivaba las emanaciones magnéticas de los circunstantes, quienes se resentían de la pérdida de fuerzas.

Estos ejemplos de la transmisión fluídica de una a otra persona o a los objetos tocados por ellas, facilitan la comprensión de que concentrando la voluntad en un objeto adquiera éste potencia benéfica o maligna, según el propósito del concentrador.

La s emánaciones magnéticas, inconscientemente producidas, quedan dominadas por otra de mayar intensidad y opuesto sentido; pero cuando la voluntad drige conscientemente la fuerza magnética y la aplica a determinado punto, prevalece contra otra más intensa. El mismo efecto produce la humana voluntad en el Âkâza, con resultados físicamente objetivos[292] que se dilatan hasta la curación de las enfermedades por medio de objetos magnetizados puestos en contacto con el enfermo. Sin embargo, en nuestra época parece como si la erudición fuese compañera de mezquinas filosofías, y así vemos que psicólogos de la talla de Maudsley[293] al relatar las maravillosas curas realizadas por el padre de Swedenborg (análogas a las mil que llevaron a cabo saludadores a quienes Maudsley llama fanáticos), se burla de la firmeza de su fe, sin detenerse a examinar si precisamente en la influencia de esta fe en las fuerzas ocultas estaba el secreto de su virtud saludadora.

Ciertamente no acertamos a ver que el moderno químico se diferencie en punto a facultades mágicas del teurgo antiguo sino en que, por conocer el dualismo de la

---

[292] Cierta vez presenciamos en Bengala un fenómeno comprobatorio del poder de la voluntad. Un mago hizo unos cuantos pases sobre una tapadera de estaño como si a puñados la impregnara de fluido. A los seis segundos la brillante superficie de la tapadera quedó cubierta de una especie de neblina y después aparecieron manchas obscuras hasta que al cabo de tres minutos vimos en la tapadera la fotografía del paisaje con todas sus líneas, colores y matices de pasmosa fidelidad. La impresión se mantuvo visible durante dos días hasta que poco a poco se fue desvaneciendo. Tiene este fenómeno su explicación en que la voluntad del mago condensó sobre la tapadera una película de *Âkâsa* que sirvió de placa sensible a la influencia de la luz.

[293] Véase su obra: *Cuerpo y mente.*

naturaleza, disponía el segundo de un campo de observación doblemente vasto que el del primero. Los antiguos animaban las estatuas y los herméticos hacían visibles, en determinadas condiciones, los espíritus elementales en sus cuatro formas de gnomos, ondinas, sílfides y salamandras. De la combinación del oxígeno con el hidrógeno obtiene el químico agua cuyas diáfanas gotas sirven de ambiente a la vida orgánica y en cuyos intersticios moleculares se diluyen el calor, la electricidad y la luz lo mismo que en el cuerpo humano. Pero ¿de dónde dimana la vida atómica de la gota de agua?, ¿se han aniquilado las peculiares propiedades del oxígeno y del hidrógeno al transmutar su forma en la del agua? A esto responde la química moderna diciendo que ignora si los gases componentes del agua conservan o no su misma substancia en el compuesto, Y por lo tanto, bien podrían los científicos escépticos aplicarse lo que dice Maudsley de "permanecer tranquilamente resignados en la ignorancia hasta que brote la luz"[294].

Los modernos investigadores tienen por patraña la aseveración de que Paracelso formó *homúnculos* mediante ciertas combinaciones desconocidas aún de las ciencias experimentales; pero aun suponiendo que Paracelso no los formara, se sabe que mil años atrás hubo adeptos versados en este linaje de magia que los formaron por análogos procedimientos a los que hoy emplean los químicos para producir animálculos.

Hace pocos años, el inglés Crosse llegó a obtener algunos acarias[295] y otro experimentador afirmaba la posibilidad de fecundar los huevos inertes por medio de una corriente de electricidad negativa que pase a su través.

A pesar de las contrarias opiniones, el fruto del amor que, según la Biblia, halló Rubén en el campo y excitó la imaginación de Raquel era la mandrágora cabalística[296], que ofrece el aspecto de feto humano con cabeza, brazos y piernas, figuradas éstas por las raíces. Cree el vulgo que al arrancarla del suelo exhala un grito y esta superstición no carece de fundamento, pues en efecto, la substancia resinosa que cubre sus raíces

[294] Maudsley: *Límites de la investigación filosófica.*

[295] Para ello mezcló polvo de pedernal calentado al rojo con carbonato potásico y después de poner al fuego esta mezcla durante quince minutos, la vertió en un crisol de grafito colocado en horno de fragua. Pulverizada la mezcla cuando todavía estaba caliente, la hirvió en agua durante algunos minutos y luego la sobresaturó de ácido clorhídrico. Al cabo de veintiséis días de quedar sometida esta mixtura a una corriente voltaica, apareció un acario cuyo número llegó a cerca de cien en pocas semanas. Con igual resultado se repitió el experimento empleando otros ingredientes químicos. Un experimentador llamado Weeks produjo también acarias en el ferrocianuro potásico. Estos descubrimientos llamaron extraordinariamente la atención del mundo científico y no faltó quien acusara a Crosse de impiedad, pero él se defendió diciendo que en modo alguno pretendía crear seres orgánicos, puesto que *crear era formar algo de la nada* (*Scientific American,* 12 de Agosto de 1868).

[296] Los versículos de la Biblia correspondientes a este pasaje son muy abstrusos en lo que atañe a su esotérico sentido.

produce al resquebrajarse por el arranque un sonido semejante al del grito humano[297]. La mandrágora es la planta terrestre que parece formar el anillo de tránsito entre los reinos vegetal y animal, análogamente a lo que en la vida acuática sucede con los pólipos y zoófitos que confusamente participan de los caracteres del vegetal y del animal. A pesar de todo, tal vez haya quien no crea en la producción de homúnculos; pero ningún naturalista enterado de los progresos de las ciencias lo tendrá por imposible, pues, como dice Bain, nadie es capaz de limitar las posibilidades de la existencia.

Quedan todavía por escrutar muchos misterios de la naturaleza, y aun de aquellos que se presumen descubiertos, ni uno solo está perfectamente comprendido, pues no hay planta ni mineral cuyas propiedades todas conozcan los naturalistas. ¿Saben por ventura algo de la íntima naturaleza de los minerales y vegetales? ¿Están seguros de que además de sus descubiertas propiedades no haya otras ocultas en la constitución *íntima* de la planta o de la piedra, que únicamente se manifiesten en relación con otra planta o piedra de la manera que se llama "sobrenatural"? Sin embargo, los modernos escépticos desdeñan por absurdas las aseveraciones en que Plinio, Eliano y Diodoro de Sicilia, deslindando la verdad científica de la ficción supersticiosa, atribuyen a determinados vegetales y minerales virtudes desconocidas de los botánicos y mineralogistas contemporáneos.

Desde remotísimos tiempos se aplicaron los sabios a descubrir la naturaleza de la fuerza vital; pero a nuestro entender, tan sólo la doctrina secreta puede darnos la clave de este misterio. Las ciencias experimentales sólo ven cinco fuerzas en la naturaleza: una relativa a la masa y cuatro a la constitución molecular. En cambio los cabalistas reconocen *siete* fuerzas y en las dos adicionales subyace el secreto de la vida. Una de estas otras dos fuerzas es el espíritu inmortal invisiblemente reflejado en toda partícula de materia, así orgánica como inorgánica. En cuanto a la séptima fuerza, sólo cabe decirle al lector que procure descubrirla.

Sobre el particular dice Le Conte:

> ¿Cuál es la diferencia esencial entre un organismo vivo y un organismo muerto? En el orden físico–químico no echamos de ver *ninguna,* pues todas las fuerzas físicas y químicas entresacadas del común depósito para accionar el organismo vivo, subsisten en el muerto hasta la desintegración. Y sin embargo, la diferencia entre ambos es incalculable. ¿Qué fórmula tiene la ciencia experimental para expresar esta inmensa diferencia? ¿Qué se marchó del organismo y adónde fué? Algo hay aquí no averiguado todavía por la ciencia; y

[297] Tiene la mandrágora propiedades ocultas completamente desconocidas de los botánicos. El lector que desee estudiar más a fondo la conmutación de fuerzas y la analogía entre el principio vital de vegetales, animales y hombres, puede valerse provechosamente del folleto escrito sobre la correlación de las fuerzas nerviosas y mentales por Alejandro Bala catedrático de la Universidad de Aberdeen.

> precisamente esto que del organismo vivo se escapa en el momento de la muerte es en su mas elevada significación la fuerza vital[298].

Por imposible que le parezca a la ciencia explicar la naturaleza de la vida orgánica ni aun exponer una hipótesis razonable sobre ella, no hay tal imposibilidad para los adeptos y clarividentes, ni siquiera para quien, sin haber llegado a las alturas desde donde se contempla el universo visible reflejado como en límpido espejo en el invisible, tiene no obstante la divina *fe* arraigada en su íntimo sentido que le da el infalible convencimiento que no es capaz de darle la razón fría; porque entre las contradicciones de los falaces dogmas inventados por el hombre y la mutua repulsión de los sofismas teológicos con que cada credo rebate los argumentos del contrario, surge prevaleciente y triunfante la única verdad común a todas las religiones: Dios y el espíritu inmortal.

Por otra parte, también los irracionales alcanzan a percibir algo de lo que en la especie humana está reservado a los clarividentes. A este propósito hemos realizado numerosos experimentos con gatos, perros, monos y cierta vez con un tigre domesticado, cuyas circunstancias no será ocioso referir. Un caballero indo, que residía por entonces en Dindigul y hoy en apartado lugar de las montañas del Ghaut occidental, hipnotizó intensamente un espejo mágico de figura redonda y luna relucientemente negra, y lo puso frente a la vista de un tigre que desde muy cachorro tenía domesticado y era tan sumiso y manso como un perro, hasta el punto de que los chiquillos le importunaban tirándole de las orejas sin más consecuencia que un quejumbroso gruñido. Pero al ponerle el espejo delante clavaba la vista en él como fascinado magnéticamente y daba frenéticos aullidos mientras en sus ojos se reflejaba el mismo terror que pudiera mover a un hombre, hasta dejarse caer por fin en el suelo presa de convulsivo terror, como si viese algo invisible para el ojo humano. Al apartar el espejo quedaba el tigre jadeante y caía en un estado de postración del que se recobraba pasadas dos horas. ¿Qué veía el tigre? ¿Qué fantástica visión del invisible mundo animal aterrorizaba a un bruto de índole naturalmente tan fiera? Quizás sólo pueda responder quien operó el fenómeno.

Los mismos efectos se observaron en una sesión espiritista a la que asistían varios mendicantes indos y un hechicero sirio semipagano, semicristiano, de Kunankulam. Éramos en suma nueve circunstantes, siete hombres y dos mujeres, indígena una de ellas. En el aposento estaba también el tigre del caso anterior, muy entretenido en roer un hueso, y además había un mono leonino de negro pelaje, perilla y patillas blancas y ojos chispeantes de penetrante mirada, en que se reflejaba la malicia cuya personificación poseía el ladino cuadrumano. Cerca de él se restregaba tranquilamente una oropéndola su dorada cola en una pértiga dispuesta junto al ventanal de la galería.

[298] Le Conte: *Correlación entre las fuerzas físico–químicas y la fuerza vital.*

La luz del día[299] penetraba a raudales por las aberturas de la estancia, y de las selvas y bosques vecinos llegaba hasta nosotros el rumoroso eco de miríadas de insectos, aves y cuadrúpedos. Mas para no sofocarnos en el cerrado ambiente de la sala de sesiones, nos acomodamos en el jardín entre los racimos de la erythrina (árbol del coral), como el fuego rojos, y las flores de begonia, como la nieve blancas. Estábamos rodeados de luz, color y perfumes. Para adornar las paredes, cortarnos diversidad de ramos de flores y hojas de plantas sagradas, como la suave albahaca, la flor de Vislinú[300] y las ramas de la higuera santa (*Ficus reli*giosa), con cuyas hojas se entrelazaban las del loto sagrado y de la tuberosa indostánica.

Comenzada la sesión, uno de los mendicantes, muy sucio de ropas, pero verdaderamente santo, se puso en contemplación y operó algunos prodigios por su propia voluntad, sin que ni el mono ni la oropéndola mostrasen inquietud alguna, pues tan sólo el tigre temblaba de cuando en cuando y dirigía la vista de uno a otro lado, como si con los fosforescentes ojos siguiera los movimientos de algún ser invisible que se le apareciera objetivamente. El mono perdió su primitiva vivacidad y quedóse acurrucado e inmóvil, mientras la oropéndola se mostraba del todo indiferente. Oíase en la estancia como suave batir de alas y las flores cruzaban el espacio cual si manos invisibles las moviesen. Una de ellas, de azulada corola, cayó encima del mono, que asustado fue a refugiarse bajo la blanca túnica de su amo. Una hora duraron estas manifestaciones, hasta que habiéndose quejado alguien del calor, nos obsequiaron las entidades con una copiosa llovizna deliciosamente perfumada que nos refrigeró sin mojarnos.

Terminadas por el fakir las operaciones de magia blanca, el hechicero sirio se dispuso a manifestar su poder en aquel linaje de maravillas que los viajeros han divulgado por Occidente. Nos dijo que iba a demostrar la clarividencia de los animales con suficiente acierto para distinguir los buenos de los malos espíritus. Antes de comenzar sus operaciones quemó el hechicero un montón de ramaje resinoso, cuyos humos se levantaron en nube, y poco después observamos todos manifiestas señales de indescriptible terror en el tigre, el mono y la oropéndola. Pusimos nosotros el reparo de que bien podían haberse asustado los animales a la vista de los tizones, por la costumbre tan frecuente en aquel país de encender hogueras para ahuyentar a las alimañas; pero el hechicero se adelantó entonces hacia el amedrentado tigre con una rama de bael[301] en la mano y se la pasó varias veces por la cabeza, mientras musitaba las fórmulas de encantamiento. El tigre dió al punto señales de profundo terror, pues los ojos se le salían de las órbitas como encendidos carbones, echaba espumarajos por la boca, aullaba horriblemente y empezó a dar brincos como si buscase un agujero

[299] En la India no se efectúan las sesiones espiritistas a obscuras como en la América del Norte, ni se exige otra condición que completo silencio y perfecta armonía.

[300] Es planta de riguroso ritual en todas las ceremonias religiosas de Bengala.

[301] Manzano silvestre, consagrado a Siva.

donde meterse, con la curiosa particularidad de que desde los bosques y selvas vecinos respondían infinidad de ecos a su aullido. Por fin miró más fijamente al punto en que tenía clavados los ojos y, rompiendo de un salto la cadena que lo sujetaba, se lanzó al campo a través de la ventana de la galería, arrastrando tras sí un pedazo de bastidor. El mono se había escapado ya mucho antes y la oropéndola cayó inerte de la pértiga.

No les preguntamos ni al fakir ni al hechicero el secreto de sus operaciones, porque de fijo nos hubieran respondido poco más o menos como respondió cierto fakir a un viajero francés según relata éste como sigue en un periódico neoyorquino. Dice así:

> Muchos prestidigitadores indos que viven retirados en el silencio de las pagodas dejan tamañitos los juegos de Houdin, pues los hay que efectúan curiosos fenómenos de magnetismo en el primer hombre o animal con quien topan. Esto me ha movido a preguntar si la oculta ciencia de los brahmanes habrá resuelto muchos de los problemas que agitan a la Europa contemporánea.
>
> En cierta ocasión estaba yo tomando café con otros invitados en casa de Maxwell, cuando éste ordenó a su criado que introdujera en el salón al hechicero. Era un indo flaco, de rostro macilento y tez broncínea que iba casi desnudo y llevaba enroscadas por todo el cuerpo hasta una docena de serpientes de diversos tamaños, todas ellas de la ponzoñosa especie obra indostánico. Al entrar nos saludó diciendo: “Dios sea con vosotros. Soy Chibh–Chondor, hijo de Chibh–Gontnalh–Mava”
>
> Nuestro anfitrión exclamó entonces:
>
> – Queremos ver qué sabéis hacer.
>
> – Obedezco las órdenes de Siva que me envió aquí – respondió el hechicero sentándose a estilo oriental sobre el pavimento. Al punto irguieron las serpientes la cabeza y silbaron sin señal alguna de irritación. Después tomó el hechicero una especie de caramillo que llevaba pendiente del cabello e imitó con su tañido el canto del tailapaca[302], a cuyo son desenroscáronse las serpientes y una tras otra se deslizaron por el pavimento con un tercio del cuerpo erguido, de modo que se balanceaban al compás de la tocata de su amo. De pronto dejó el caramillo e hizo varios pases sobre las serpientes, cuya mirada cobró tan extraña expresión que todos los circunstantes nos sentimos molestos hasta el punto de apartar de ellas la vista. El *chokra* [303], que en aquel momento llevaba un braserillo con lumbre para encender los cigarros, cayó al suelo sin fuerzas, quedándose dormido, y lo mismo nos hubiera pasado a todos si el encanto hubiese proseguido algunos minutos más. Pero el hechicero hizo entonces unos cuantos pases sobre el muchacho y en cuanto le dijo: “da lumbre a tu amo” levantóse rápidamente para, sin la menor vacilación cumplir lo que se le había ordenado, a pesar de que continuaba dormido, según comprobaron los pellizcos, golpes y estirones que al efecto le dieron los circunstantes. Una vez servida la lumbre, no fue posible apartarle del lado de su amo hasta que se lo mandó el hechicero.

---

[302] Ave doméstica de Bengala que se alimenta de coco machacado.

[303] En el texto del relato significa el viajero con esta palabra un mono; pero se equivoca en ello, porque en la India llaman al mono *rûkh–charhâ* y seguramente *chokra* significa paje.

> Entonces echamos de ver que, paralizadas por los efluvios magnéticos, yacían las serpientes en el suelo, rígidas como bastones, en completa catalepsia hasta que, despertadas por el hechicero, se le volvieron a enroscar por el cuerpo.
>
> Le preguntamos si sería capaz de influir en nosotros, y por toda repuesta nos hizo pases en las piernas, que se nos quedaron paralizadas hasta que con la misma facilidad las repuso en su normal estado de movimiento.
>
> Chibli–Chondor terminó la sesión apagando las luces con sólo dirigir hacia ellas las manos desde su asiento, moviendo los muebles incluso los divanes en que nos sentábamos, abriendo y cerrando puertas y por último deteniendo y volviendo a soltar la cuerda de un pozo del que en aquel instante sacaba agua el jardinero.
>
> Por mi parte, le pregunté al magnetizador si empleaba el mismo procedimiento respecto de los objetos inanimados que de los seres animados, a lo cual me respondió diciendo que su único procedimiento era la voluntad, pues con ella puede el hombre dominar las fuerzas físicas y mentales, ya que es culminación y resumen de todas ellas. Añadió que ni los mismos brahmanes acertarían a responder más concretamente sobre el particular[304].

A mayor abundamiento refiere el coronel Yule[305] que, según testimonio de Sanang Setzen, los encantadores indos son capaces de operar con su *dharani* (encanto místico) maravillas tales como clavar estacas en la dura peña; resucitar muertos; transmutar en oro los más bajos metales; filtrarse a través de puertas y paredes; volar por los aires; tocar con la mano a las bestias feroces; adivinar el pensamiento; remontar el curso de las aguas; sentarse en el aire a pierna cruzada; tragarse ladrillos enteros y otros prodigios no menos inexplicables.

Análogos portentos atribuyen los escritores de la época a Simón el Mago, de quien dicen que animaba estatuas; se metía en el fuego sin quemarse; volaba como un pájaro; convertía las piedras en pan; mudaba de forma; presentaba dos caras al mismo tiempo; movía los objetos sin tocarlos; abría de lejos las puertas cerradas, etc. El jesuita Delsío se lamenta de que muy piadosos, pero en demasía crédulos príncipes, hubiesen permitido ejecutar en su presencia *diabólicas* habilidades, como, por ejemplo, "hacer saltar objetos pesados de uno a otro extremo de la mesa sin valerse para ello de imán alguno ni otro medio de contacto"[306]

En la ya citada obra[307] refiere Yule por testimonio de un monje llamado Ricold, que "los tártaros honran sobremanera a los *baxitas o* sacerdotes de los ídolos, que proceden de la India y son varones de profundo saber, austera vida y rígida moralidad,

---

[304] Del periódico neoyorkino: *El Franco–americano.*

[305] *Libro de Marco Polo*, I, 306 y 307.

[306] Delrio: *Disquisiciones sobre la magia,* 34 – 100. – Por nuestra parte creemos que la fuerza de voluntad supera a todos los imanes, según lo demuestra la actuación de ciertas personas; pero nadie es capaz de demostrar la existencia del diablo.

[307] *Libro de Marco Polo,* I, 308.

muy versados en artes mágicas y hábiles en tramar ilusiones y predecir los sucesos hasta el punto de que, según se asegura, uno de ellos llegó a volar, aunque la verdad del caso es que no volaba sino que andaba con los pies levantados muy cerca del suelo y hacía ademán de sentarse sin apoyo ni asiento alguno donde sostenerse. De esto fue testigo ocular Ibn Batuta en presencia del sultán Mahomed Tughlak, quien a la sazón tenía la corte en Delhi".

No hace muchos años operaba públicamente este mismo fenómeno un brahman de Madrás, descendiente acaso de aquellos a quienes Apolonio vió andar a dos codos sobre el suelo. Igual prodigio describe Francisco Valentyn, diciendo que en sus días era cosa corriente en la India. Refiere a este propósito que el operante se sienta primeramente sobre tres pértigas dispuestas en forma de trípode, que se van quitando luego una tras otra de modo que el sujeto se quede sentado en el aire. En cierta ocasión, un amigo mío que presenció este fenómeno y no podía creerlo a pesar de verlo, quiso asegurarse de que no había fraude y, al efecto, tanteó en varias direcciones con un palitroque muy largo todo el espacio comprendido entre el cuerpo y el suelo sin encontrar el más leve obstáculo"[308].

En la ya referida obra da cuenta Yule de lo que vió en sus viajes y dice a este propósito:

> Todo cuanto hemos relatado no es nada en comparación de lo qué llevan a cabo los prestidigitadores de oficio, y ciertamente que podría tomarse por patraña si no lo atestiguaran tan gran número de autores de muy distintas épocas y diferentes lugares. Uno de estos testigos es el viajero árabe Ibn Batuta que asistió en cierta ocasión a una fiesta de la corte del emir de Khansa. Reunidos los invitados en el patio de palacio, llamó el emir a un esclavo del emperador y le mandó que hiciera sus habilidades. Tomó entonces el hombre una bola de madera con muchos agujeros, por los cuales pasaban largas correas, y asiendo una de ellas lanzó la bola al aire con tal fuerza que la perdimos de vista. En manos del prestidigitador quedó tan sólo el extremo de la correa a la que, agarrándose uno de los muchachos ayudantes, desapareció también de nuestra vista. Llamóle entonces el prestidigitador por tres veces, y como nadie respondiese, fingió encolerizarse y desapareció asimismo con ademán de encaramarse por la correa en busca del muchacho. A poco rato fueron cayendo al suelo, desde invisible altura, primero una mano, luego un pie, después la otra mano y sucesivamente el otro pie, el tronco y la cabeza del ayudante. Por fin bajó el prestidigitador acalorado y jadeante, con las ropas tintas en sangre, y postrándose ante el emir hasta besar el suelo, díjole en lengua china algo a que el soberano pareció responder con una orden, pues al punto recogió el hechicero los esparcidos miembros, y después de colocarlos en su lugar respectivo dio un puntapié en el suelo, a cuya señal enderezóse el muchacho tan vivo, sano y entero como antes. fue tal la emoción que despertó en mí este fenómeno, que me sobrecogieron palpitaciones y se me hubo de administrar un cordial. El kaji Afkharuddin, que estaba cerca de mí, exclamó: "¡Vaya! Creo que aquí no ha

[308] En el primer torno dijimos que el príncipe de Gales fue el año pasado testigo presencial de este fenómeno.

subido ni bajado nadie por la correa ni tampoco se ha descuartizado ni recompuesto a nadie. Todo esto es juego de manos".

No hay duda de que todo aquello fue juego de manos, ilusión o *maya* como dicen los indos; pero cuando miles de personas son víctimas de semejante ilusión no debe desatender la ciencia el examen de los medios por los cuales se produce. Seguramente que ni Huxley ni Carpenter han de desdeñar por indigno de su atención el arte por cuyas misteriosas reglas desaparece un hombre de nuestra vista en un aposento de cuya cerrada puerta tenéis la llave y a pesar de no verle en parte alguna oís su voz que sale de diversos puntos de la estancia y la risa con que se burla de vuestra sorpresa. Este misterio es, por lo menos, tan digno de investigación como la causa de que los gallos canten a media noche. Yule copia asimismo el relato de Eduardo Melton, viajero holandés que hacia los años 1670 presenció en Batavia fenómenos análogos a los de que Ibn Batuta fue testigo en 1348. Dice así el relato:

Uno de los hechiceros tomó un ovillo de bramante y sosteniéndolo en la mano por un cabo lo lanzó al aire con tal violencia que se perdió de vista. Entonces trepó por el cordel con rapidez asombrosa, y aún estaba yo pensando en cómo habría desaparecido cuando uno tras otro fueron cayendo todos los miembros de su cuerpo, que otro hechicero de la cuadrilla recogía en un cesto que volcado después los dejó revueltos. Sin embargo, en aquel mismo instante vimos todos con nuestros propios ojos que los miembros se reunían de nuevo para formar el cuerpo del prestidigitador, tan vivo, sano y entero como si no hubiese sufrido el menor daño. Nunca en mi vida me maravillé como entonces, y no me cabe duda de que aquellos pervertidos hombres están ayudados por el diablo[309].

En las *Memorias* del emperador Jahangire se relatan las habilidades de siete prestidigitadores bengaleses que actuaron en presencia de este monarca: Dice así el texto:

Decapitaron y descuartizaron los prestidigitadores a un hombre cuyos miembros quedaron esparcidos por el suelo, hasta que a los pocos minutos los cubrió con una sábana uno de los prestidigitadores que, metiéndose por debajo, salió luego seguido del mismo sujeto a quien había visto descuartizar.

En otra ocasión tomaron una cadena de cincuenta codos de longitud y lanzándola al aire quedó como sujeta por el extremo opuesto a alguna anilla o gancho invisible. Trajeron luego un perro que se encaramó rápidamente por la cadena hasta desaparecer en los aires. El mismo camino siguieron un cerdo una pantera, un león y un tigre, sin que nadie supiera cómo desaparecían, pues los prestidigitadores guardaron por fin la cadena en un saco[310].

---

[309] Eduardo Melton: Engelsh Edelmans Zeldzaame en Geden Kwaardige Zee en Land Reizen, etc.; pág. 468. Arnsterdam, 1702.
[310] *Memorias del emperador Jahangire,* 99–102.

Por nuestra parte hemos presenciado varias veces y en distintos países las suertes de estos prestidigitadores y tenemos el grabado representativo de la escena en que uno de nacionalidad persa tiene ante sí los esparcidos miembros de un hombre recién descuartizado.

Tratando ahora de fenómenos mucho más serios y sin olvidar que repugnamos el calificativo de "milagro," podríamos preguntar si cabe rebatir lógicamente la afirmación de que algunos taumaturgos devolvieron la vida a los muertos. La voluntad del hombre alcanza a veces suficiente poder para reanimar un cuerpo del que todavía no se haya separado por completo el alma. Muchos fakires consintieron en que los enterraran vivos ante miles de testigos, para resucitar algún tiempo después. Si los fakires poseen el secreto de este fenómeno biológico, análogo al aletargamiento de los animales e hibernación de las plantas, no hay razón para dudar de que también lo poseyeran sus antecesores los gimnósofos indos y taumaturgos como Eliseo, Apolonio de Tyana, Jesús, Pablo y otros profetas e iluminados cuyo conocimiento de ese *algo* (que confiesa Le Conte no comprende la ciencia todavía) de los misterios de vida y muerte inescrutables para los modernos científicos, les capacitaba para devolver la vida a los muertos cuyo cuerpo astral no se había separado por completo del físico.

Si, como afirma un fisiólogo[311], en las moléculas del cadáver están remanentes las fuerzas físico–químicas del organismo vivo, nada impide ponerlas nuevamente en acción, con tal de conocer la naturaleza de la fuerza vital y el modo de dirigirla y dominarla. Prescindimos en este argumento de los materialistas, porque para ellos es el cuerpo humano una locomotora que se paraliza en cuanto le faltan el calor y fuerza que la impulsan. Por otra parte, para los teólogos ofrece mayor dificultad el caso, porque a su entender la muerte rompe la unión de cuerpo y alma, de modo que un muerto sólo puede volver a la vida por operación milagrosa, así como tampoco es posible que una vez cortado el cordón umbilical regrese el recién nacido a la vida uterina. Pero el filósofo hermético se interpone victoriosamente entre los irreconciliables bandos de materialistas y teólogos, con su conocimiento de los vehículos sutiles del espíritu y de la fuerza vital que, dirigida por la voluntad, puede aplicarse en sentido positivo o negativo mientras no se desintegren los órganos vitales del cuerpo físico.

Hace dos siglos se tuvieron por absurdas las aseveraciones de Gaffarilo[312], que posteriormente corroboró el insigne químico Duchesne, respecto a la persistencia de la forma en las cenizas y subsiguiente renacimiento de todo cuerpo natural luego de quemado. Kircher, Digby y Vallemont demostraron que las plantas conservan su forma en las cenizas y esto mismo afirma Oetinger[313] en el siguiente pasaje:

---

[311] J. Hughes Bennet: *Manual de Fisiología.* Edición Lippincot, págs. 37 a 50

[312] *Curiosidades inauditas.* 1650.

[313] *Ideas acerca de la generación y nacimiento de los seres.* Obra examinada en el Congreso de ciencias naturales de Stuttgart de 1834.

> Al calentar en una redoma cenizas vegetales se formaba una nube obscura que según ascendía tomaba definidamente la forma de la planta cuyas cenizas estaban en la redoma. La envoltura terrena queda en el fondo, mientras que la esencia sutil asciende como un espíritu que asume forma concreta, pero desprovista de substancia[314].

Por lo tanto, si en las cenizas de una planta persiste la forma astral luego de muerto su organismo, no tienen los escépticos motivo para decir que el *Ego* humano se desvanezca con la muerte del cuerpo físico.

El mismo filósofo dice en otro pasaje de su obra:

> En el momento de la muerte, el alma se exhala por ósmosis del cuerpo a través del cerebro y por efecto de la atracción psíquico–física flota alrededor del cadáver hasta que éste se desintegra, pero si antes se establecen condiciones favorables, puede el alma infundirse de nuevo en el cuerpo y reanudar la vida física. Esto es lo que ocurre durante el sueño y más definidamente en los éxtasis y con mayor maravilla aún al mandato de un adepto. Jámblico declara que está lleno de Dios quien puede resucitar a un muerto, pues le obedecen los espíritus subalternos de las esferas superiores y tiene más de Dios que de hombre. Por otra parte, San Pablo, en su *Epístola a los Corintios*, dice que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas.

Hay quienes por congénita o adquirida facultad pueden dejar a su albedrío el cuerpo físico y actuar y moverse en el astral hasta largas distancias y aparecerse visiblemente a otros. Numerosos e irrecusables testigos refieren multitud de casos de esta índole en que vieron y hablaron con el *duplicado* de personas residentes en lugares apartadísimos del en que ocurría el fenómeno. Según refieren Plinio[315] y Plutarco[316], un tal Hermotina quedaba en éxtasis cuando quería y se trasladaba en su *segunda alma a* los sitios más distantes.

El abate Fretheim, que floreció en el siglo XVII, dice en su obra *Esteganografía:*

> Puedo transmitir mis pensamientos a los iniciados, aunque se hallen a centenares de millas, sin palabras ni cartas ni cifras, valiéndome de cierto mensajero incapaz de traición, porque nada sabe y en caso necesario prescindo de él. Si alguno de los con quienes mantengo correspondencia estuviera encerrado en la más profunda mazmorra, podría comunicarle mis pensamientos tan clara y frecuentemente como yo quisiera, de la manera para mí más sencilla, sin supercherías ni auxilio de espíritus.

Cordano actuaba también a voluntad fuera del cuerpo y entonces, según el mismo dice, “parecía como si se abriera una puerta y pasara yo sin obstáculo por ella dejando el cuerpo tras mí”[317]

---

[314] Citado por C. Crowe en su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza,* pág. 111.

[315] *Historia Natural,* VII, 52.

[316] *El dæmon de Sócrates.*

[317] *De Res. Var,* V, III; I, VIII, C., 43. Plutarco: *Del dæmon de Sócrates.*

Refiere una revista científica[318] que el consejero de Estado, Wasermann, podía sugerir a otros que soñaran en lo que él quisiera o que viesen a un ausente desde lejanísimas distancias. Todo esto lo comprobaron en varias ocasiones científicos de valía, algunos de ellos materialistas a quienes les acertó una frase convenida entre ellos de antemano. Además, muchos vieron el doble de Wasermann en punto muy distante de donde a la sazón se hallaba. Afirman diversos testigos[319] que mediante el conveniente entrenamiento de dieta y reposo se ponen los fakires el cuerpo en condición tal, que pueden permanecer enterrados por tiempo indefinido. El capitán Osborne refiere que durante la estancia de Sir Claudio Wade en la corte de Rundjit Singh, estuvo un fakir metido por tiempo de seis días en un ataúd colocado en una sepultura a un metro bajo el suelo de la estancia, con cuatro centinelas de vista que se relevaban cada dos horas día y noche, para evitar toda superchería. Según testimonio de Sir Claudio Wade, al abrir el ataúd apareció el cuerpo envuelto en un sudario de lino blanco atado con un cordón por la cabeza inclinada sobre el hombro. Tenía los miembros encogidos y el rostro natural. El sirviente roció el cuerpo con agua, y según reconocimiento del médico, no se movía el pulso en parte alguna, pues todo él estaba frío, notándose tan sólo *algo de calor en el cerebro.*

La falta de espacio nos impide pormenorizar las circunstancias de este caso, y así nos limitaremos a decir que el procedimiento de resurrección consistió en baños y fricciones de agua caliente, en quitar los tapones de algodón y cera que obstruían los oídos y ventanillas de la nariz, después de lo cual frotaron los párpados con manteca clarificada y, lo que parece más extraño, le aplicaron por tres veces una torta de trigo caliente en la coronilla. A la tercera aplicación de la torta estremecióse el cuerpo violentamente, se dilataron las ventanas de la nariz, restablecióse la respiración y los miembros recobraron su natural elasticidad, aunque las pulsaciones eran todavía muy débiles. Untaron entonces de grasa la lengua que la tenía vuelta hacia atrás de modo que obturase la garganta, se dilataron las pupilas con su natural brillo y el fakir reconoció a todos los circunstantes y rompió a hablar.

Durante nuestra permanencia en la India nos dijo un fakir que la obturación de los orificios tenía por objeto, no sólo evitar la acción del aire en los tejidos, sino también la entrada de gérmenes de putrefacción que, por estar en suspenso la vitalidad, descompondrían el organismo como sucede con la carne expuesta al aire. Por este motivo no se prestan los fakires a este experimento en aquellos puntos de la India meridional donde abundan las perniciosas hormigas blancas que lo devoran todo menos los metales. Así es que, por muy sólido que fuese el ataúd, quedaría expuesto a la voracidad de dichos insectos que pacientemente horadan toda clase de madera por densa que sea y aun los ladrillos y la argamasa.

---

[318] Nasse: *Gaceta de la Medicina psiquica.* 1820.

[319] Entre ellos Napier, Osborne, Lawes, Quenouillet y Nikiforovitch.

En vista de tantos y tan bien atestiguados casos, la ciencia experimental no tiene más remedio que o recusar por inveraz el múltiple testimonio de personas incapaces de faltar a la verdad, o reconocer que si un fakir puede resucitar al cabo de cuarenta días de enterrado, lo mismo podrá hacer otro fakir; y no cabe, por lo tanto, poner en tela de juicio las resurrecciones de Lázaro, del hijo de la sunamita y de la hija de Jairo[320].

No será ocioso preguntar ahora qué pruebas, aparte de las aparentes, pueden tener los médicos de que un cadáver lo es en realidad. Los más eminentes biólogos convienen en afirmar que la única segura es el estado de descomposición. El doctor Thomson[321] dice que la inmovilidad, la rigidez, la falta de respiración y pulso, la vidriación de los ojos y la frigidez no son signos inequívocos de muerte real. En la antigüedad, Demócrito[322] y Plinio[323] opinaron que no hay prueba infalible de si un cuerpo está o no muerto. Asclepiades afirmaba que la duda podía ser mayor en cuerpo de mujer que de hombre.

El ya citado doctor Thomson refiere varios casos de muerte aparente, entre ellos el del caballero normando Francisco de Neville, a quien por dos veces le tuvieron por muerto y estuvo a punto de que le enterraran vivo, pues volvió en sí en el momento de colocar el ataúd en la sepultura.

Otro caso es el de la señora Rusell, que al doblar las campanas en sus exequias, se levantó del ataúd exclamando: “Ya es hora de ir a la iglesia”.

Diemerbroese refiere que un labriego estuvo tres días de cuerpo presente, pero al ir a enterrarlo volvió en su sentido y tuvo larga vida.

En 1836 un respetable ciudadano bruselense cayó en catalepsia y, creyéndole muerto, le amortajaron para enterrarlo; mas al atornillar la tapa del ataúd se incorporó el supuesto difunto y, como si despertara de dormir, pidió tranquilamente una taza de café y el periódico[324].

---

[320] En su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza* (pág. 118), describe Catalina Crowe el entierro de un fakir en presencia del general Ventura, el maharajah y varios cortesanos. Colocaron el ataúd en la hoya que después cubrieron con tierra apisonada, sobre la cual se sembró cebada, y apostaron centinelas de vista para guardar el paraje. El maharajah era tan desconfiado que por dos distintas veces mandó excavar la hoya para cerciorarse de que el ataúd estaba exactamente en el mismo sitio. Diez meses después desenterraron al fakir en presencia del gobernador de Soodhiana.

[321] *La Ciencia oculta,* Apéndice I.

[322] A. Cornel: *Cels.*, II, VI.

[323] *Historia Natural,* VII, LII.

[324] *Morning Herald,* 21 de julio de 1836. La prensa diaria refiere con frecuencia casos de muerte aparente. En el momento de escribir estas líneas (Abril de 1877) leemos en una correspondencia dirigida desde Londres al *The Times* de Nueva York, el siguiente párrafo: “La actriz Annie Goodale falleció hace tres semanas y ayer no estaba todavía enterrada porque conserva calor y no se le han descompuesto las facciones. Los médicos ordenaron mucha vigilancia, pues sin duda está aletargada, aunque no saben si volverá a la vida”.

La fisiología considera el cuerpo humano como un conjunto de moléculas temporalmente agregadas por la misteriosa fuerza vital. Para el materialista no hay entre un cuerpo vivo y otro muerto más diferencia que en el primer caso la fuerza vital es activa y en el segundo queda latente y las moléculas obedecen entonces a una fuerza mayor que las disgrega. Este fenómeno de disgregación es la muerte, si tal puede llamarse la continuación de la vida en las disgregadas moléculas, pues si la muerte es la paralización de la máquina funcional del organismo corpóreo, la muerte real no sobrevendrá hasta que la máquina se destruya y se descompongan sus partes, ya que mientras los órganos estén íntegros, la centrípeta fuerza vital prevalecerá contra la centrífuga fuerza de disgregación. Dice a este propósito Eliphas Levi:

> El cambio supone movimiento y el movimiento es vida. El cuerpo no se descompondría si no hubiese vida en él. Las moléculas que lo constituyen están vivas y tienden a disgregarse. Por lo tanto, no es posible que el pensamiento, el amor, el espíritu se aniquilen cuando persiste la vida en la más grosera modalidad de la materia[325].

Dicen los cabalistas que un muerto no lo esta del todo en el momento del entierro, pues nada hay de transición violenta en la naturaleza y así no puede ser repentina la muerte, sino gradual; porque del mismo modo que necesita preparación el nacimiento, ha de requerir cierto período la muerte, que, según dice Eliphas Levi, "no puede ser término definitivo como tampoco el nacimiento es principio originario. El nacimiento demuestra la preexistencia del ser, como la muerte es prueba de inmortalidad". Los cristianos no vulgares creen por una parte en la resurrección de la hija de Jairo, sin temer por ello la nota de supersticiosos, y en cambio califican de imposturas las resurrecciones de una mujer por Empedocles y de una doncella corintia por Apolonio de Tyana, según refieren respectivamente Diógenes Laercio y Filostrato, como si los taumaturgos paganos hubiesen de ser forzosamente impostores. Al menos los científicos escépticos son más lógicos, pues lo mismo los taumaturgos cristianos que los gentiles son para ellos o mentecatos o charlatanes.

Pero tanto fanáticos como escépticos debieran reflexionar en las circunstancias de los casos referidos y advertir que en el de la hija de Jairo dice Jesús que *no está muerta sino dormida;* y en el de la doncella corintia escribe Filostrato que *"parecía muerta* y *como* había llovido copiosamente al conducir el cuerpo a la pira, pudo muy bien el refrigerio devolverle el sentido"[326]. Este pasaje demuestra claramente que Filostrato *no* consideró milagrosa aquella resurrección, sino como efecto de la sabiduría de Apolonio, quien, lo mismo que Asclepiades, era capaz de distinguir a primera vista la muerte real de la aparente[327].

---

[325] *La ciencia de los espíritus.*

[326] *Vida de Apolonio de Tyana,* libro IV, cap. XVI.

[327] Salverte: *Ciencias ocultas,* II.

Una vez rota la unión del espíritu y del alma con el cuerpo, es la resurrección tan imposible como la reencarnación en circunstancias distintas de las requeridas. Como dice Eliphas Levi: "La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero no la mariposa en crisálida. La naturaleza impele la vida hacia adelante y cierra las puertas tras cuanto por ella pasa. Perecen las formas y persiste el pensamiento sin recordar lo extinto"[328].

No hay en nuestros días ninguna Facultad de Medicina capaz de comunicar a sus alumnos el conocimiento que del estado de muerte poseían Asclepiades y Apolonio sin necesidad de dotes excepcionales. Además, las resurrecciones operadas por Jesús y Apolonio tienen en pro de su autenticidad testimonios irrecusables, y aunque en uno y en otro caso estuviese la vida en suspenso, resulta probado que ambos taumaturgos la reanudaron instantáneamente por su propia virtud a los en apariencia muertos[329].

¿Acaso niegan los médicos la posibilidad de estas resurrecciones porque no han dado todavía con el secreto que poseyeron los antiguos teurgos? El atraso de la psicología y la confusión dominante en la fisiología, según confiesan los más sinceros científicos, no son ciertamente muy favorables al redescubrimiento de las ciencias perdidas. Cuando nadie tenía a los profetas por charlatanes ni a los taumaturgos por impostores hubo colegios de vates donde se enseñaban las ciencias ocultas[330]. La magia abonaba a la sazón todas las ciencias físicas y metafísicas, con el estudio alquímico del doble aspecto de la naturaleza; y, por lo tanto, no es maravilla que los antiguos llevaran a cabo descubrimientos insospechados de los físicos modernos, atentos únicamente a la letra muerta.

Así es que el toque no está en si es posible resucitar a un muerto, que equivaldría a un milagro de por sí absurdo, sino en saber si la biología tiene medios de puntualizar el momento de la muerte. Los cabalistas opinan que el cuerpo muere al separarse de él definitivamente el Ego con sus vehículos sutiles. Los fisiólogos materialistas, que niegan el espíritu y no admiten otra fuerza que la vital, dicen que la muerte sobreviene al punto de cesar aparentemente la vida, esto es, cuando el corazón cesa de latir y los pulmones de respirar y el cuerpo toma rigidez cadavérica. Sin embargo, los anales médicos abundan en casos de asfixia, catalepsia y letargo que presentan todos los signos aparentes de la muerte[331] y prueban que ni el médico más experto es capaz de

---

[328] *La ciencia de los espíritus.*

[329] Muy beneficioso fuera para la humanidad que los médicos poseyesen hoy tan inestimable virtud, pues no habríamos de lamentar enterramientos en vida. Catalina Crowe, en su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza,* cita cinco de estos casos ocurridos en Inglaterra en el siglo actual. Entre ellos refiere el del doctor Walker, de Dublin, y el de un caballero cuya madre política fue acusada de haberle envenenado y, en consecuencia, se procedió a la exhumación del cadáver que encontraron con la cara boca abajo.

[330] De esta clase era el colegio de Samuel en Ramah, el de Elíseo en Jericó, la academia de Hillel y las enseñanzas de manticismo a que por mandato de su maestro se aplicaron los discípulos de Sócrates. En todo Israel fueron célebres las escuelas de videntes.

[331] El coronel Townshend se sumió en estado cataléptico en presencia de tres médicos quienes al cabo de mucho rato le dieron por definitivamente muerto, por lo que se disponían a salir del aposento, cuando el

certificar la defunción con absoluta certeza. En dichos casos el cuerpo astral no se ha separado definitivamente del físico y puede volver a infundirse en éste mediante un esfuerzo propio o una influencia extraña que desentorpezca y reanude el funcionalismo orgánico. En resumen, mientras no se consume la separación de los cuerpos astral y físico, cabe dar cuerda al reloj y poner de nuevo en movimiento la máquina; pero cuando la separación es definitiva, entonces el organismo se desintegra y antes fuera posible el desquiciamiento del universo que la resurrección del cadáver. En el primer caso, la fuerza de vida está latente como el fuego en el pedernal; en el segundo, se ha extinguido la fuerza.

El hipnotizador Du Potet obtuvo casos de profunda clarividencia cataléptica[332] en que el alma estaba ya tan alejada del cuerpo que le hubiera sido imposible reinfundirse en él sin un poderoso esfuerzo volitivo del hipnotizador; y aun así es preciso que no se haya roto el cordón magnético que liga el cuerpo astral con el físico[333]. Refiriéndose Plutarco al caso de un tal Tespesio que cayó desde muy alto y estuvo tres días como muerto, dice que al volver en sí dió cuenta el accidentado de que se había visto durante aquel intervalo muy diferente de los demás difuntos, pues éstos estaban envueltos en un nimbo resplandeciente mientras que él llevaba tras de sí una estela de sombra. La minuciosa y puntualizada descripción que Plutarco pone en boca de Tespesio está corroborada por los clarividentes de toda época, lo que da mayor importancia al testimonio.

La opinión de los cabalistas en este punto aparece concretada en el siguiente pasaje de Eliphas Levi:

> Cuando una persona cae en el último sueño queda como aletargada antes de tener conciencia de su nuevo estado. Al despertar se le presenta la hermosísima visión del cielo o la horrible pesadilla del infierno, según sus creencias durante la vida terrena. En el segundo caso, retrocede el alma impelida por el terror hacia el cuerpo de que acaba de salir, y éste es el motivo de que, algunas veces, vuelvan a la vida después de enterrado su cadáver.

A este propósito recordaremos el caso de un caballero que al morir dejó algunas mandas en favor de unos sobrinos huérfanos. El hijo, heredero y albacea del difunto, movido por el egoísmo, quemó el testamento la misma noche en que velaba el cadáver de su padre. El alma del muerto, que todavía flotaba alrededor del cuerpo, sintió tan

---

coronel recobró el conocimiento. Dijo entonces que a voluntad podía quedarse como muerto y después volver a la vida.

En Moscú ocurrió hace pocos años un notable caso de muerte aparente en la mujer de un comerciante que permaneció diez y siete días en estado cataléptico. Las autoridades ordenaron varias veces la sepultura de la que creían cadáver, pero la familia alegó que no presentaba todavía señales de descomposición. En efecto, al cabo de dicho período volvió la señora en sí.

[332] Véanse las *Cartas sobre el magnetismo animal,* de William Gregory.

[333] Los clarividentes ven este cordón como una línea fuliginosa que se destaca obscuramente en la brillantez de la atmósfera astral.

intensamente los efectos de aquella felonía que se infundió nuevamente en su desechada envoltura y levantándose el muerto del túmulo maldijo a su heredero y volvió a caer para no levantarse más.

Dion Boucicault se vale de un incidente de esta naturaleza en su tremebundo drama *Luis onceno, cuyo* protagonista representaba el actor Carlos Kean con profunda realidad, sobre todo en la escena en que el difunto monarca vuelve a la vida por un instante para asir la corona cuando va a ceñírsela el falso heredero.

Eliphas Levi opina que la resurrección no es imposible mientras el organismo esté íntegro y no se haya roto el cordón de enlace entre el cuerpo astral y el físico. Dice sobre este particular que como la naturaleza nunca procede a saltos, la muerte real ha de ir precedida de una especie de letargo o entorpecimiento del que puede sacar a la personalidad una violenta conmoción o el magnetismo de una voluntad poderosa. A esto atribuye Levi la resurrección de un muerto al contacto de los huesos de Elíseo[334], diciendo sobre ello que "el alma del difunto se sobrecogería de terror cuando los ladrones arremetieron contra la fúnebre comitiva de su cadáver cuya profanación quiso evitar, reinfundiéndose en él. Nada de sobrenatural hallarán en este fenómeno cuantos crean en la supervivencia del alma; pero los materialistas dirán que es patraña a pesar de cuantos testimonios lo avalen; y en cambio, los teólogos que en todo ven la mano de la Providencia, lo diputan por milagro y atribuyen la resurrección del muerto al contacto con los huesos de Eliseo. Indudablemente data de esta época la veneración de las reliquias".

Razón tiene Balfour Stewart al decir que la ciencia apenas sabe nada de la estructura íntima ni de las propiedades de la materia tanto organizada como inorgánica.

Puesto que estamos en terreno firme, adelantaremos otro paso diciendo que el mismo conocimiento y dominio de las fuerzas ocultas, por cuya virtud deja el fakir su cuerpo para volver después a él y dió a Jesús, Apolonio y Elíseo el poder de resucitar muertos, facultaba a los hierofantes para infundir vida, movimiento y palabra en una estatua. Por este mismo conocimiento de las fuerzas ocultas, en cuyo número entra la vital, pudo Paracelso formar homúnculos y Aarón convertir su vara, ya en serpiente, ya en vástago florido, y Moisés afligir con plagas a Egipto y el teurgo egipcio de hoy vivificar la pigmea mandrágora. Los cínifes y las ranas de Moisés no son ni más ni menos maravillosas que las bacterias de los biólogos modernos.

Pero comparemos ahora la actuación de los antiguos taumaturgos y profetas con la de los modernos médiums que pretenden reproducir cuantas modalidades fenoménicas registra la historia de la psicología. Si nos fijamos en la levitación y sus condiciones manifestativas, echaremos de ver que en todo tiempo y país hubo teurgos, paganos, místicos, cristianos, fakires, indos, magos, adeptos y médiums espiritistas que en estado de trance o éxtasis permanecieron durante mucho rato suspendidos en el aire.

[334] IV Reyes, XIII, 21.

Tan incontrovertiblemente está atestiguado este hecho, que no hay necesidad de nuevas pruebas, tanto de las manifestaciones inconscientes de los médiums irresponsables, como de las conscientes de los hierofantes y adeptos de magia superior. Cuando aun apuntaba la actual civilización europea, ya era antigua la filosofía oculta y los herméticos habían inferido los atributos del hombre por analogía con los del Creador. Posteriormente, algunos hombres eminentes cuyo nombre fulgura en la historia espiritual de la humanidad, dieron pruebas personales de la inconcebible alteza a que en su educción pueden llegar las divinas facultades del microcosmos.

Dice sobre esto Wilder.

> Enseñaba Plotino que el amor impele al alma hacia la intimidad de su origen y centro, el eterno Bien. Los ignorantes no aciertan a descubrir la belleza que por sí misma atesora el alma, y la buscan en el mundo exterior; pero el sabio siente la belleza en lo íntimo de su ser, concentra la atención en sí mismo, y desenvolviendo la idea de belleza de dentro a fuera, se eleva hasta la divina fuente de su interno raudal. Lo infinito no puede comprenderse por la razón, sino por otra facultad superior cuyo ejercicio nos transporta a un estado en que dejando de ser hombres finitos, participamos directamente de la esencia divina. Tal es el estado de éxtasis[335].

> …Apolonio de Tyana veía lo pasado, presente y futuro como ante un límpido espejo, y esta facultad es la que pudiéramos llamar *fotografía espiritual,* pues el alma es la cámara que registra los sucesos pasados, presentes y futuros, de modo que todos por igual los abarque la mente. Más allá de nuestro limitado mundo, no hay sucesión de días, porque todo es como un solo día, y lo pasado y lo futuro coinciden con lo presente[336].

Estos hombres divinos ¿eran médiums como pretenden los espiritistas de escuela? No por cierto, si se entiende por médium la persona cuyo organismo morbosamente receptivo facilita el desarrollo de condiciones subordinadas a la influencia de los espíritus elementarios y elementales.

En cambio eran médiums si entendemos por tales a cuantos cuya magnética aura sirve de medio actuante a las entidades espirituales de las esferas superiores. En este sentido toda persona humana puede ser médium[337].

La verdadera mediumnidad se educe en unos individuos espontáneamente, en otros necesita influencias extrañas que la eduzcan y en la mayoría de los casos queda en estado potencial. El aura del individuo está en función recíproca de sus facultades mediumnímicas. Todo depende del carácter moral del médium. El aura puede ser densa, turbia y mefítica de modo que repela a las entidades superiores para atraer únicamente a las de ínfima condición que allí se gocen como el cerdo entre inmundicias; o por el contrario puede ser sutil, diáfana, pura y reverberante como el rocío de la

[335] Wilder: *Doctrinas de la escuela de Alejandría y sus principales maestros.*

[336] Wilder: *Neoplatonismo y alquimia.*

[337] Conviene tener siempre en cuenta esta distinción para evitar deplorables confusiones.

mañana. Estos celestiales nimbos circuían a hombres tales como Apolonio, Jámblico, Plotino y Porfirio cuyas almas, en perfecta identidad con sus espíritus por efecto de la santidad de vida, atraían las influencias benéficas e irradiaban efluvios de bondad que repelían las malignas. No sólo se asfixian las entidades inferiores en el aura de un taumaturgo, sino en las de cuantos reciben la influencia de él, sea por cercanía eventual o por voluntad deliberada. Esto es *mediación* y no *mediumnidad.* Un hombre tal no es *médium* sino *medianero* y templo del Dios vivo; pero si la pasión o los malos pensamientos y deseos profanan el templo, se convierte el *medianero* en *nigromántico,* porque se retiran entonces las entidades puras y acuden las malignas. Sin embargo, también en este caso hay *mediación* y no *mediumnidad,* pues tanto el *mago negro* como el *mago blanco* determinan conscientemente su aura y por su propio albedrío atraen a las entidades afines.

La mediumnidad, por el contrario, es inconsciente, pues el aura del médium puede modificarse por circunstancias independientes de su voluntad, de modo que provoque, favorezca o determine manifestaciones psíquico–físicas de carácter ya benéfico, ya maligno. La mediación y la mediumnidad son tan antiguas como el hombre. La segunda es sinónima de *obsesión y posesión,* pues el cuerpo del médium se somete al dominio de entidades distintas del Ego inmortal. Así lo demuestran los mismos médiums, que se enorgullecen de ser fieles esclavos de sus guías y rechazan indignados la idea de normalizar las manifestaciones. Esta mediumnidad está simbolizada en el mito de Eva, que cede a la sugestión de la serpiente; en el de Pandora, que abre la caja misteriosa y derrama los males sobre el mundo; en el bíblico episodio de la Magdalena, que después de haber estado poseída de siete espíritus malignos, se redime al triunfar de ellos por mediación de un adepto. La mediumnidad, benéfica o maléfica, es siempre *pasiva,* y felices, por lo tanto, los puros de corazón que gracias a su natural bondad repelen espontáneamente los espíritus malignos. La mediumnidad, tal como se practica en nuestros días, es un don menos apetecible que la túnica de Neso.

Por el fruto se conoce el árbol. En todo tiempo hubo pasivos médiums y activos medianeros. Los hechiceros, las brujas, los prestidigitadores y encantadores de serpientes, los adivinos y cuantos están poseídos de espíritu familiar hacen de sus facultades mercadería vendible, como, por ejemplo, la famosa pitonisa de Endor que, según la describe Enrique More, recibía estipendio de los consultantes[338].

En cambio, los medianeros y hierofantes dan pruebas de absoluto desinterés en el ejercicio de sus poderes. Gautama renunció a la herencia del trono para vivir de limosnas; el "Hijo del hombre" no tenía donde reclinar la cabeza; los discípulos del Cristo no habían de llevar oro ni plata encima; Apolonio de Tyana distribuyó su

[338] Con la pitonisa de Endor consultó Saúl para que evocara el espíritu de Samuel, como así lo hizo. Pero al saber que el consultante era el rey en persona, no quiso recibir la pitonisa estipendio alguno, sino que, por el contrario, mató un ternero para obsequiarle. (Véase el cap. XXVIII del libro I de los Reyes). – N. del T.

hacienda por mitad entre sus parientes y los pobres; Jámblico y Plotino tuvieron nombradía de caritativos y abnegados; los fakires indos viven de limosna[339]; los pitagóricos, esenios y terapeutas temían mancharse las manos con el contacto de las monedas; y finalmente, cuando al apóstol Pedro le ofrecen dinero en cambio de la potestad de infundir el Espíritu Santo por la imposición de manos, responde: "Tu dinero sea contigo en perdición porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tu parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios"[340]. Así vemos que los mediadores fueron hombres identificados con su Yo superior, que recibían auxilio de los espíritus angélicos.

Muy lejos estamos de vituperar rigurosamente a los infelices médiums que, por efecto de las avasalladoras influencias que los dominan, se ven incapacitados física y mentalmente de dedicar su actividad a ocupaciones útiles y no tienen más remedio que convertir su mediumnidad en oficio retribuido y nada envidiable por cierto, según ha demostrado la experiencia de estos últimos años[341].

Se cuenta de Plotino que habiéndosele pedido que tributara pública adoración a los dioses respondió muy dignamente: "Los dioses[342] han de venir a mí". Jámblico afirmaba, con la corroboración del personal ejemplo, que el alma humana puede comunicarse directamente con entidades espirituales de superior jerarquía; y ahuyentaba cuidadosamente de sus ceremonias teúrgicas[343] a los espíritus malignos cuya característica enseñaba a sus discípulos. Proclo[344] creía también en que por la actualización de sus divinas potencias era capaz el hombre de subyugar su naturaleza inferior y convertirse en instrumento de la Divinidad mediante la "mística palabra" que abría la comunicación con las diversas jerarquías espirituales hasta llegar a la unión con Dios. Apolonio de Tyana tenía en menosprecio a los hechiceros y adivinos nigrománticos y afirmaba que la vida austera sutilizaba agudamente los sentidos y educía superiores facultades por cuyo medio era capaz de realizar maravillas. Jesús dijo que el hombre era *señor del sábado,* y a su voz huían despavoridos los espíritus elementarios que obsesionaban a sus víctimas[345].

Indudablemente tuvieron los antiguos poderosas razones para perseguir a los médiums de oficio. Así se explica que en tiempo de Moisés y posteriormente en las

---

[339] Jacolliot ha descrito acabadamente la vida y costumbres de estos santos mendicantes.

[340] *Los Hechos de los Apóstoles,* VIII, 19, 20, y 21.

[341] Mayor culpa que a los médiums cabe a los espiritistas fenoménicos, que les estimulan a la actuación perjudicial.

[342] En este caso equivale a entidades espirituales de evolución superior.

[343] Jámblico fundó la teurgia neoplatónica.

[344] Según dice Wilder en su *Bosquejo de la filosofía ecléctica de la escuela alejandrina,* Proclo ordenó las enseñanzas de su maestro Jámblico en un sistema completo.

[345] El mismo poder de lanzar demonios tuvieron Apolonio de Tyana y muchos hermanos de las comunidades de esenios y del monte Carmelo.

épocas de Samuel y David fomentaran los israelitas el ejercicio de las legítimas profecías y adivinación, la astrología y el vaticinio en colegios a propósito para educir estas facultades, y en cambio desterraran del país o condenaran a muerte, según los casos, a los brujos, nigrománticos y pitonisas, y aun en tiempo de Jesús los médiums maléficos estaban desterrados de las ciudades. ¿Por qué perseguir y matar a los médiums pasivos y por qué consentir y respetar las comunidades de taumaturgos? Porque los antiguos supieron distinguir entre los espíritus angélicos y los diabólicos, entre los elementales y los elementarios, y además estaban seguros de que toda comunicación espiritual, no sujeta a las debidas condiciones, determinaba la ruina del comunicante y de la comunidad a que este perteneciera.

El análisis que de la mediumnidad vamos haciendo podrá parecer extraño y aun repulsivo a muchos espiritistas contemporáneos; pero nada decimos que no enseñara la filosofía antigua con la inmemorial corroboración de la experiencia.

Es impropio decir que un médium ha educido sus facultades, pues el médium pasivo no tiene facultad ninguna, sino a lo sumo cierta condición psíquico–física que engendra un aura a propósito para servir de vehículo a las entidades que de él se valen para manifestarse. Esta aura se muda con frecuencia dependiente de las causas internas que determinan su variación, según el estado moral del médium, cuyos sentimientos y emociones atraen inconscientemente entidades de naturaleza semejante, las cuales influyen a su vez física, mental y moralmente en el médium. Así es que la potencia mediumnímica está siempre en razón directa de la pasividad y de ésta depende consiguientemente el tanto del peligro. Si el médium es totalmente pasivo[346] cabe en lo posible que le fuercen al temporáneo abandono de su cuerpo físico, del que de esta suerte se apodera y en él se infunde un elemental, ó, lo que es todavía peor, un elementario de horrible malignidad. En estas obsesiones deben inquirirse los motivos de los crímenes trágicamente pasionales.

Como quiera que la mediumnidad inconsciente está en función de la pasividad, el único remedio eficaz contra ella es que el médium *deje de ser pasivo* y revierta su disposición de ánimo a la positiva actividad que resiste toda influencia extraña y contra cuya energía nada pueden las entidades obsesionantes, siempre en acecho de víctimas flacas de cuerpo y mente para arrastrarlas al vicio. Si los elementales milagreros y los demoníacos elementarios fuesen verdaderamente ángeles custodios[347] ¿cómo no concedieron a sus fieles médiums la dicha terrena ó, por lo menos, la salud que pretendieron devolver a los demás en sus papeles de saludadores y curanderos? Los taumaturgos, apóstoles y profetas de la antigüedad eran hombres que por lo regular disfrutaban de robusta salud y su magnético influjo no envolvía jamás gérmenes

[346] Esto sucede precisamente en los médiums de quienes se dice que ya están “desarrollados”.

[347] Por tales se les diputó durante los últimos treinta años.

morbosos de índole moral o física con que agravar la dolencia del enfermo ni tampoco les pudo poner nadie la nefanda nota de vampiros[348].

Si relacionamos ahora los fenómenos de levitación con la mediumnidad por una parte y con la mediación por otra, veremos que en las sesiones espiritistas el pasivo médium queda levantado en alto, 6 sea levitado, por las entidades que lo dominan, mientras que el activo medianero se levanta en alto durante el éxtasis o el rapto por virtud de su propio anhelo.

Acaso se nos objete que hay fenómenos igualmente posibles de producir en presencia de un médium que de un medianero. Así parece inferirse de lo ocurrido con Moisés y los magos de la corte faraónica, pues aunque el caudillo hebreo se atribuya el vencimiento, lo más probable es que sus poderes y los de los magos egipcios fuesen de índole análoga, pero aplicados en sentido respectivamente opuesto que diferenció su eficacia.

La tutelar divinidad de los hebreos[349] prohibió estrictamente toda práctica de magia negra según estaba en boga entre gentiles[350]. ¿Qué diferencia había, pues, entre las abominaciones de "aquellas gentes" y las otras de los profetas? Claramente nos la representa el apóstol San Juan cuando dice: "Carísimos, no queráis creer a todo espíritu; mas probad si los espíritus son de Dios, porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo"[351]. Los espiritistas en general y particularmente los médiums no tienen a su alcance otro procedimiento de *prueba* de los espíritus, que juzgar de su índole:

---

[348] Esta calificación aplica muy justamente un periódico espiritista *(Medium and Daybreak*, 7 de Julio de 1876, pág. 428) a los médiums curanderos.

[349] No tenían los hebreos del Señor a que tributaban culto el concepto del Supremo Dios. En otro lugar más adelantado de esta obra demostraremos que en el *Antiguo Testamento* se echa de ver cómo los israelitas no fueron rigurosamente monoteístas, sino que adoraron a más de una divinidad. El *Shadi* de Abraham y Jacob no es el *Jehovah* de Moisés, adorado durante la peregrinación por el desierto. También el *Dios de los ejércitos* a que alude el profeta Amós, difiere del concepto de la divinidad sinaítica, según podemos colegir del siguiente pasaje: "He aborrecido y desechado vuestras fiestas y no me será grato el olor de vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestros dones, no los recibiré ni miraré la enjundia de vuestras ofrendas… Por ventura me ofrecisteis hostias y sacrificios en el desierto durante cuarenta años ¡oh casa de Israel! Y llevasteis la tienda para vuestro Moloch y la imagen de vuestros ídolos y la estrella de vuestro Dios: cosas todas que os hicisteis. Pues os haré transportar más allá de Damasco, dice el Señor cuyo nombre es el *Dios de los ejércitos*". (Profecía de Amós, cap. V., vers. 21 y 22; 25, 26 y 27).

[350] "Cuando hubieres entrado en la tierra que te dará el Señor Dios tuyo, guárdate de imitar las abominaciones de aquellas gentes. Y que no se halle entre vosotros quien purifique a sus hijos pasándolos por el fuego o quien pregunte a adivinos y observe sueños ni agüeros ni que sea hechicero. Ni encantador ni quien consulte a los pitones o adivinos o busque de los muertos la verdad". (*Deuteronomio*, cap. XVIII, vers. 9, 10 y 11).

[351] *Epístola I del apóstol San Juan*, cap. IV, vers. I.

1º Por sus palabras y acciones.

2º Por su prontitud o tardanza en manifestarse.

3º Por el motivo determinante de la manifestación[352].

Un periódico espiritista[353] publicó un largo artículo cuyo autor trataba de probar que "los prodigios del espiritismo moderno son de carácter idéntico al de las manifestaciones de los patriarcas y apóstoles de la antigüedad". No podemos por menos de comentar esta afirmación diciendo que dicha identidad se refiere únicamente a la naturaleza de las ocultas fuerzas productoras de los fenómenos; pero en modo alguno a la dirección y sentido en que las apliquen las diversas entidades que de ellas se valgan para manifestarse[354].

Excepto la aparición de Samuel a Saúl por arte de la pitonisa de Endor, no hay en la *Biblia* ningún otro caso de "evocación de los difuntos", pues esta práctica estaba condenada por los pueblos antiguos, y así tenemos que tanto el *Antiguo Testamento* como los poetas Homero y Virgilio la consideran arte nigromántico[355]. Era opinión general entre los antiguos que las "almas bienaventuradas" sólo vuelven a la tierra en rarísimas ocasiones, cuando demandan su aparición motivos poderosísimos en beneficio de la humanidad; pero ni aun en este caso excepcional hay necesidad de evocarla, pues espontáneamente se manifiesta ya por espectración fantástica de sí misma, ya por medio de mensajeros cuyo aspecto objetivo reproduce fielmente la personalidad del difunto. En los demás casos tenían los antiguos por nocivo y peligroso el comunicarse con almas que acudieran fácilmente a la evocación, pues solían ser larvas (entidades elementarias o moradores del umbral) del *sheol* [356]. Horacio describe la

---

[352] Esto es, si lo justifica la aparición de un espíritu desencarnado que con ello interrumpe su reposo. A pesar de las gravísimas circunstancias que apremiaban a Saúl cuando fue a consultar con el espíritu de Samuel por medio de la pitonisa de Endor, el aparecido profeta le reconviene diciendo: "¿Por qué me has inquietado haciéndome aparecer?" Resulta, por lo tanto, muy extraño que las entidades frecuentativas de los centros espiritistas acudan a la demanda del primer desocupado que no sabe cómo distraer su aburrimiento.

[353] *London Spiritualist* del 14 de julio de 1877.

[354] Las diferencias entre las entidades espirituales son todavía más profundas y numerosas que las existentes entre los hombres con su variedad de razas, naciones y costumbres, desde el blanco europeo al negro hotentote, del malvado al santo y del idiota al genio. El autor del artículo a que nos referimos equipara el caso del profeta Ezequiel, cuando "levantóle el Espíritu *(Profecía de Ezequiel,* cap. III, vers. 12 y 14), con el de las levitaciones mediumnímicas; el de los tres hebreos metidos en el horno con el de la prueba del fuego; la "luz espiritual" de la entidad John King con la lámpara encendida de Abraham, y la liberación de los hermanos Davenport, presos en la cárcel de Oswego, con la del apóstol San Pedro cuyas cadenas quebrantó un ángel.

[355] Moisés estableció pena de muerte contra cuantos "levantasen los espíritus de los Muertos" y Saúl expulsó del reino a los magos y adivinos. Sin embargo, alguno de éstos, como por ejemplo la pitonisa de Endor, ejercían clandestinamente su oficio. – N. del T.

[356] La octava esfera de los cabalistas, que no debe confundirse con el Hades de los griegos.

ceremonia de la evocación de los espíritus entre los romanos[357] y Maimónides la análoga entre los judíos; pero siempre se celebraban en parajes elevados y se vertía sangre humana para aplacar la vampírica voracidad de las larvas[358].

En cuanto a materializaciones sin evocación, hay muchos casos en el *Antiguo Testamento,* aunque no se efectuaban en las mismas circunstancias que hoy día en las sesiones espiritistas, pues por lo visto no era indispensable la obscuridad en aquellos tiempos para la realización del fenómeno. Los tres ángeles se le aparecieron a Abraham en plena luz del día[359] y en igualdad de circunstancias se aparecieron en el Tabor Moisés y Elías, pues no es probable que Jesús y los apóstoles subieran al monte por la noche. También Jesús se apareció a la Magdalena en el jardín a primera hora de la mañana y lo mismo la tercera vez que se mostró a los apóstoles[360].

Estamos de acuerdo con el autor del artículo referido, que en la vida de Jesús, y aun añadiríamos en el *Antiguo Testamento,* se echan de ver una serie de manifestaciones psíquicas, pero ninguna de ellas mediumnímica, excepto la aparición de Samuel evocado por la pitonisa de Endor[361].

Cuando Jesús vaticinó a sus discípulos diciéndoles: "Mayores obras que éstas haréis vosotros", se refería indudablemente a las obras por mediación y el mismo significado tiene la profecía de Joel al decir: "Tiempo vendrá en que se difunda el espíritu divino y profeticen vuestros hijos e hijas y vuestros padres tengan ensueños y vuestros mozos vean cosas de visión". Parece que este tiempo ha llegado, pues aparte de la mediumnidad mal empleada, tiene el espiritismo sus videntes, sus mártires, sus profetas y sus saludadores que, como Moisés, David y Jeohram, reciben directas comunicaciones gráficas de los espíritus planetarios y desencarnados sin mira alguna de lucro[362].

En cambio hay muy pocos médiums parlantes que hablen por inspiración, y a la mayoría de ellos se les pueden aplicar aquellas palabras del profeta Daniel:

---

[357] Dice el insigne poeta latino: *Cruor in fossam conjusus, ut inde manes elicirent, animas responsa datura.* La hoya está llena de sangre para que acudan los espectros y las almas den oráculos. (Lib. I, Sat. 8). Por otra parte, dice Porfirio:"Hay almas que a todo prefieren la *sangre recientemente vertida,* que parece restituirles por breve tiempo las condiciones vitales. *(De Sacrificiis).*

[358] Howit: *Historia de lo sobrenatural,* II, cap. I.

[359] "Y aparecióle el Señor en el encinar de Mambré, estando sentado a la puerta de su tienda en el *mayor calor del día.* Y habiendo alzado los ojos se le aparecieron tres varones puestos en pie junto a él… " *(Génesis,* XVIII, 1 y 2).

[360] "Mas cuando *vino la mañana* se puso Jesús en la ribera, pero no conocieron los discípulos que era Jesús". (San Juan, XXI, 4). – También en pleno día apareciásele el ángel a Balaam.

[361] Conviene fijarse en la importancia de esta distinción entre unos y otros fenómenos.

[362] Leymarie, uno de los más salientes campeones del espiritismo en Francia, fue condenado a prisión celular de resultas de un proceso concerniente a sus opiniones.

> Y habiendo quedado yo solo, vi esta gran visión, y *no quedó fuerza en mí…* y oí la voz de sus palabras y oyéndola yacía postrado sobre mi rostro y mi cara estaba pegada con la tierra[363].

Sin embargo, también hay médiums a quienes se les puede decir como le dijo Samuel el Saúl:

> Y vendrá sobre ti el Espíritu del Señor y profetizarás con ellos[364] y serás mudado, en otro hombre[365].

Pero en ningún pasaje de las escrituras hebreo–cristianas se lee nada referente a guitarras voladoras, tamboriles redoblantes y sonoras campanas que en tenebrosos gabinetes se nos presentan como pruebas irrecusables de la inmortalidad del alma. Cuando los judíos vituperaban a Jesús diciendo: "¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes demonio?"; les respondió Jesús: "Yo no tengo demonio; mas honro a mi Padre y vosotros me habéis deshonrado"[366]. En otro pasaje se lee que después de lanzar Jesús un demonio del cuerpo de un mudo y de recobrar éste el habla dijeron los judíos: "En virtud de Beelzebub, príncipe de les demonios, lanza los demonios". A lo que respondió Jesús: "Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos por quién los lanzan[367]?"

El autor del citado artículo equipara también los vuelos o levitaciones de Ezequiel y Felipe con los de la señora Guppy y otros médiums modernos; pero ignora ú olvida que siendo uno mismo el efecto era distinta la causa en cada caso, según explicamos anteriormente. El sujeto puede determinar consciente o inconscientemente la levitación. El prestidigitador determina de antemano la altura a que han de levantarlo y el tiempo que durará la levitación, y con arreglo a este cálculo gradúa las fuerzas ocultas de que se vale. El fakir produce el mismo efecto por la acción de su voluntad y conserva el dominio de sus movimientos, excepto cuando cae en éxtasis. Tal es el fenómeno de los sacerdotes siameses que en la pagoda se elevan hasta quince metros de altura cirio en mano y van de imagen en imagen encendiendo las lámparas de las hornacinas con tanta seguridad como si anduviesen por el suelo[368].

Los oficiales de la escuadra rusa que recientemente realizó un viaje de circunnavegación y estuve anclada largo tiempo en puertos japoneses, vieron como

---

[363] *Profecía de Daniel,* cap. X, vers. 8 y 9.

[364] Se refiere el texto a una compañía de profetas a quienes había de encontrar Saál. – N. del T.

[365] *Libro I de Samuel,* cap. X, vers. 6.

[366] *San Juan,* cap. VIII, 48 y 49.

[367] *San Lucas,* cap. XI, vers. 15y 19.

[368] Hay testigos oculares de este fenómeno de levitación.

unos prestidigitadores del país volaban de árbol en árbol sin apoyo ni artificio alguno[369]; y también vieron las suertes de la cucaña y de la escala de cinta[370].

En la India, Japón, Tíbet, Siam y otros países llamados paganos en Europa, a nadie se le ocurre atribuir estos fenómenos a espíritus desencarnados, pues para los orientales nada tienen que ver los pitris (antepasados) con semejantes manifestaciones. Prueba de ello nos dan los nombres con que designan a las entidades elementales productoras de esta clase de fenómenos; y así llaman *madanes* [371] *a* los arteros elementales, mezcla de brutos y monstruos, de maliciosa índole, que infunden en los hechiceros el siniestro poder de herir a personas y animales domésticos con repentinas enfermedades seguidas muchas veces de muerte.

El *mâdán shudâla* es el *vampiro* de los occidentales y vaga por los cementerios, por los lugares donde se han perpetrado crímenes y por los gólgotas[372] de las poblaciones. Dicen los orientales que el *mâdán shudâla* tiene el cuerpo mitad de fuego, mitad de agua, por lo que actúa indistintamente en ambos elementos y por consentimiento de Siva puede asumir la forma que desee y metamorfosear las cosas. Por esta razón ayuda al prestidigitador en todos los fenómenos de ilusionismo en que interviene el fuego y anubla la vista de los espectadores para que *vean* lo que en realidad no *hay*[373].

El *mâdán shûla* es un trasgo malévolo, muy hábil en obras de alfarería y fumistería. A sus amigos no les hace daño alguno, pero persigue sañudamente a quien provoca su cólera. Gustan los *shûlas* de lisonjas y elogios, y corno su habitual morada son las cavidades subterráneas, de ellos ha de valerse el prestidigitador en las suertes de plantaciones y crecimientos rápidos de los vegetales. El *mâdán kumil*[374] es la *ondina* de los cabalistas o espíritu elemental del agua, de carácter alegre, que ayuda solícitamente a sus amigos en cuanto se relaciona con las lluvias y la hidromancia[375].

El *mâdán poruthû* es el elemental atléticamente forzudo que interviene en los fenómenos de levitación, en la doma de fieras y en todos los que requieren esfuerzo muscular.

Resulta, por lo tanto, que cada modalidad de manifestación psíquico–física está presidida por un orden de entidades elementales.

---

[369] Informe directamente personal del marino N… ff, agregado al buque almirante Almaz, si mal no recordamos.

[370] El coronel Olcott ha descrito este espectáculo en su obra: *Gentes del otro mundo*, y aunque algunos médiums y espiritistas más celosos que instruidos dudaron de la realidad del fenómeno, está corroborado por el coronel Yule y otros autores,

[371] De *mâdan*, que significa mirar como las vacas.

[372] Paraje cercano a cada ciudad, donde es costumbre ejecutar a los reos de muerte.

[373] El *shudâla* tiene por colaborador en esta tarea al *kutti shâttan* o diablillo juguetón.

[374] Significa *hinchazón de burbujas.*

[375] Adivinación por medio del agua.

Reanudando ahora el examen de la levitaciones producidas en los modernos círculos espiritistas[376], recordaremos que al tratar de Simón el Mago nos referimos a la explicación que de esta clase de fenómenos dieron los antiguos. Veamos, pues, cuál es la hipótesis más admisible respecto de los médiums que, según los espiritistas fenoménicos, actúan inconscientemente por intervención de los espíritus desencarnados. La etrobacia consciente, en condiciones electromagnéticas, es facultad primitiva de los adeptos cuya potente voluntad repele toda influencia extraña.

Así tenemos que la levitación ha de efectuarse siempre con arreglo a una ley tan inexorable como la de gravedad, pero que también deriva de la atracción molecular. Supone la ciencia que la energía eléctrica condensó primordialmente en torbellino la nebulosa materia todavía indiferenciada; y por otra parte la teoría unitaria de la química moderna se funda en las polaridades eléctricas de los átomos [377].

Los tifones, remolinos, tornados, ciclones y huracanes son meteoros causados indudablemente por la energía eléctrica[378] que favorecida por la sequedad del suelo y de la atmósfera puede acumularse en cantidad e intensidad suficientes para elevar enormes masas de agua y comprimir simultáneamente grandes masas atmosféricas con ímpetu más que poderoso para abatir bosques enteros, descuajar rocas, pulverizar edificios y asolar dilatadas comarcas[379].

Hace ya cerca de tres siglos expuso Gilbert[380] la opinión de que la tierra es un enorme imán. Hoy amplían algunos físicos esta opinión diciendo que también el hombre es un imán y que esta propiedad encubre el secreto de la mutuas atracciones y repulsiones personales. Prueba de ello tenemos entre los concurrentes a las sesiones espiritistas, y a este propósito dice Nicolás Wagner, catedrático de la universidad de San Petersburgo:

> El calor o tal vez la *electricidad* de los concurrentes situados alrededor de la mesa debe concentrarse en el mueble y determinar el movimiento con el concurso de la fuerza psíquica, es decir, la resultante de todas las fuerzas del organismo, cuya magnitud e intensidad está en función de la índole de cada persona… Las condiciones de temperatura y humedad influyen en las manifestaciones fenoménicas cuyo poder de producción reside en el médium.

---

[376] Véase el art. *Etrobacia* del capitulo preliminar.

[377] Aquí advertirá al lector algo familiarizado con la química, cuán completamente ha venido a corroborar estas conjeturas o, mejor dicho, vaticinios científicos, la hipótesis de los electrones, desconocida todavía cuando se escribió esta obra. – N. del T.

[378] Se han observado estos fenómenos desde diversos puntos y variadas alturas sobre los vórtices.

[379] Añadamos a esto que la máquina eléctrica de Wild produce corrientes bastante intensas para dar luz a cuyo reflejo pueden leerse impresos desde dos kilómetros de distancia. – Se refiere la autora a los reflectores eléctricos que hoy llevan los buques de guerra y se instalan en las cumbre, de algunas montañas, como por ejemplo en el Tibidabo de Barcelona. – N. del T.

[380] *De Magnete,* 1600.

Esto supuesto y recordando que según los herméticos hay en la naturaleza modalidades todavía más sutiles de energía, cabe comparar al médium con el sistema de imanes de la máquina eléctrica de Wild y suponerlo, por lo tanto, capaz de engendrar una corriente astral bastante poderosa para levantar en su vórtice el peso de un cuerpo humano, aunque sin comunicarle movimiento giratorio, pues en este caso, al contrario de lo que sucede en los remolinos, la fuerza dirigida por la inteligencia impele al cuerpo rectilíneamente.

La levitación del médium es, según se ve, un fenómeno puramente mecánico, pues su inerte cuerpo queda impelido en ascenso por el vórtice que engendran las entidades elementales y a veces las elementarias, aunque también puede tener el fenómeno causas morbosas como en el caso de los sonámbulos del doctor Perty.

Por el contrario, la levitación del adepto es un fenómeno electromagnético dimanante del cambio de polaridad de su cuerpo, de modo que sea de signo igual a la de la tierra y contrario a la de la atmósfera, que lo elevará por atracción sin que el adepto pierda la conciencia[381].

Seguramente dirán los científicos que las levitaciones producidas por los torbellinos[382] no tienen punto de comparación con las levitaciones de personas, pues en un aposento no pueden formarse vórtices, sino que si un médium se levanta en el aire es por efecto de las leyes dinámicas de la naturaleza y del espíritu. Cuantos conocen estas leyes afirman que de una reunión de personas cuya excitación mental reaccione sobre el organismo físico se desprenden emanaciones electromagnéticas que, cuando suficientemente intensas, llegan a perturbar el ambiente circundante hasta el punto de producir un vórtice eléctrico de intensidad bastante para que ocurran fenómenos insólitos. Así se comprende que las vueltas de los derviches y las danzas salvajes, estremecimientos, gesticulaciones, músicas y gritería de los devotos tengan por finalidad la producción de fenómenos psíquico–físicos. También explica esta circunstancia la exacerbación del sentimiento religioso.

Pero todavía conviene examinar otro punto. Si el médium es un núcleo magnético al par que un conductor eléctrico, estará sujeto a las mismas leyes que los conductores metálicos y le atraerá el imán de donde deriva la fuerza. Por lo tanto, si las invisibles entidades que presiden las manifestaciones espiritistas concentran por encima del

[381] También es posible la levitación electromagnética cuando por causa de enfermedad se despolariza el cuerpo; pero en este caso el individuo levitado no tiene conciencia del fenómeno.

[382] Durante una serie de observaciones metereológicas efectuadas en 1859 en la cuenca de las montañas Roquizas sucedió que un papel de periódico voló hasta unos sesenta metros de altura oscilando bruscamente de un lado a otro mientras se elevaba. Así lo refiere J. W. Phelps, quien dice sobre el particular: "¿Qué fuerzas determinaban la oscilación del papel? ¿Acaso el rápido ascenso del aire caliente, el descenso del aire frió, el movimiento transversal de la brisa y el circular del torbellino? Pero en tal caso, ¿cómo se combinaban estas fuerzas para determinar la oscilación? (Discurso sobre *Naturaleza eléctrica de la fuerza).*

médium un núcleo magnético de potencia conveniente, fácil será que se vea atraído hacia dicho núcleo a pesar de la gravedad terrestre. Sabido es que cuando el médium no se da cuenta del proceso fenoménico es preciso admitir la intervención de una entidad directora que actúa según dejamos dicho. Huelgan mayores pruebas de ello que las suministradas, no sólo en nuestras personales investigaciones a que no damos autoridad alguna, sino en las que Crookes y otros científicos desapasionados llevaron a cabo en distintas épocas y países, aunque los escépticos se resistan a reconocer la autenticidad de sus resultados.

No hace muchos años, el de 1836, llegaron a noticia del público ciertos fenómenos tan singulares si no más que las manifestaciones ocurridas en nuestros días. La publicación de la correspondencia entre los famosos hipnotizadores franceses Deleuze y Billot suscitó animadas discusiones en todos los círculos sociales. Billot creía firmemente en la aparición de espíritus porque los había visto, oído y tocado. Deleuze estaba tanto o más convencido de ello que el mismo Billot y aseguraba que no había verdad tan inconclusamente demostrada como la inmortalidad del alma y el retorno de los difuntos, pues en varias ocasiones le trajeron objetos materiales desde largas distancias y recibió comunicaciones sobre asuntos de excepcional importancia. Se extrañaba Deleuze de que los seres espirituales pudieran transportar objetos materiales, y aunque menos intuitivo que Billot, convenía con éste en que la cuestión del espiritismo no es de razones sino de hechos.

A esta misma conclusión vino a parar el profesor Wagner de San Petersburgo[383], quien dice al refutar a su contrincante Shkliarevsky:

> Mientras las manifestaciones espiritistas fueron esporádicas y de poca importancia, pudimos engañarnos los científicos con las hipótesis de la acción muscular inconsciente o de la cerebración también inconsciente, y desdeñar todo lo demás como si fuesen artificios de prestidigitación… Pero los fenómenos son ya demasiado sorprendentes y los espíritus se muestran en formas materializadas que, cualquier escéptico como vos mismo, puede palpar a su gusto y aún pesarlas y medirlas. No es posible resistimos a la evidencia por mas tiempo, so pena de frisar con la locura. Procurad, pues, convenceros humildemente de la posibilidad de hechos que parecen imposibles.

El médium es un sujeto magnetizado por el flujo de la luz astral, y de la intensidad de este flujo y de las condiciones orgánicas del médium dependerá la receptividad magnética de éste y su remanencia magnética, de la propia suerte que el acero conserva la imanación por mucho más tiempo que el hierro, a pesar de que el acero no es ni más ni menos que hierro carburizado. La receptividad magnética del médium puede ser congénita o haberse educido por procedimientos hipnóticos, por influencia de entidades psíquicas o también por esfuerzos de la propia voluntad. Además, dicha receptividad parece tan hereditaria como otras cualidades psiquicofísicas, pues los

[383] *Fenómenos mediumnimicos.* Diciembre de 1875.

padres de la mayoría de médiums famosos manifestaron indicios de mediumnidad. Los sujetos hipnóticos se transportan fácilmente a las más altas modalidades de clarividencia y mediumnidad, según afirman de consuno los expertos hipnotizadores Gregory, Deleuze, Puysegur, Du Potet y otros.

Respecto de la saturación magnética por esfuerzo de la propia voluntad, basta atender a los relatos de los sacerdotes japoneses, chinos, siameses, indos, tibetanos y egipcios, así como de los místicos y ascetas del cristianismo, para convencernos de su realidad. La dilatada persistencia en el propósito de subyugar la materia determina una condición psiquicofísica en que, no sólo se anulan las sensaciones externas, sino que puede quedar el cuerpo con apariencias de muerte. El éxtasis fortalece de tal modo la voluntad, que el extático atrae a sí con la fuerza absorbente de los vórtices las entidades moradoras en la luz astral, que acrecientan todavía más su energía psíquica.

Los fenómenos hipnóticos no admiten otra hipótesis explicativa que la proyección de una corriente magnética desde el hipnotizador al sujeto; y por lo tanto, si la voluntad del primero es lo suficientemente poderosa para proyectar dicha corriente, no le será difícil invertir el sentido en que la dirige y atraerla hacia sí del depósito universal como algunos suponen. Pero aun admitiendo que la corriente magnética tenga por originario manantial el mismo cuerpo del hipnotizador, sin que pueda en consecuencia atraerla de ningún punto externo, resultará que si es capaz de engendrar fluido bastante para saturar al sujeto o el objeto sobre que lo proyecte, tampoco ha de serle difícil proyectarla sobre sí mismo. Buchanan[384] echa de ver que los movimientos del cuerpo están orientados por los órganos frenológicos, y así la agresividad tiende a bajar y retroceder, mientras que la firmeza retrocede elevándose y la esperanza se eleva adelantándose. Los ocultistas conocen tan bien este principio, que explican la involuntaria levitación de sus cuerpos diciendo que al fijar el pensamiento en muy alto punto, se satura el cuerpo de luz astral y sigue entonces la aspiración de la mente y se eleva en el aire con tanta facilidad como un corcho retenido en el fondo flota, una vez suelto, en la superficie del agua. La misma explicación conviene al vértigo de las alturas y a la atracción del abismo, pues en estos casos imaginamos temerosamente la caída, y el cuerpo propende a seguir la dirección del pensamiento, a menos que se rompa el hechizo fascinador. Por esto los niños cuya mente no está vigorizada todavía ni tienen experiencia de semejantes accidentes, no muestran emoción alguna en igualdad de circunstancias[385].

---

[384] *Antropología.*

[385] En corroboración de que el vértigo es un efecto mental, aduciremos el hecho de que apenas lo sienten las personas de escasa potencia imaginativa. En 1858 vivía en París un caballero de cabeza tan firme que con espanto de los curiosos se quedaba cruzado de brazos y casi de puntillas en la cornisa del *Arco de Triunfo*; pero tiempo después se le acortó la vista y le avivó la imaginación de tal manera que no fue capaz de atravesar el patio de un bitel por una tabla que medía unos sesenta centímetros de ancho. Al mirar las losas del patio acometióle el vértigo y de seguro cayera de no sentarse rápidamente en la tabla.

Tan por imposible como el movimiento continuo tienen los científicos el elixir de larga vida que aseguraron los filósofos herméticos haber descubierto, aprovechándose de él para prolongar su existencia más allá de los ordinarios términos, e igualmente les parece quimera la transmutación de los metales en oro y la eficacia del disolvente universal. El movimiento continuo es para ellos una *imposibilidad física* [386]; el elixir de larga vida, una extravagancia fisiológica; y el disolvente universal, un absurdo químico. A tanto llega el escepticismo de un siglo que ha coronado con la cúpula del protoplasma el edificio de la filosofía positivista.

Balfour Stewart considera “imposible el movimiento continuo mientras la ciencia no conozca acabadamente las leyes naturales de que todavía apenas sabe lo necesario para escudriñar el plan y sentir el espíritu de la naturaleza”[387]. Si esta negación de Stewart no tiene mejor fundamento que la de su colega Babinet, fácil será rebatirla con sólo considerar que el universo es prueba convincente del movimiento continuo y no lo es menor la teoría atómica que ha venido a vigorizar las agotadas mentes de los investigadores científicos. El telescopio, al dilatar el espacio, y el microscopio, al revelar el diminuto mundo contenido en una gota de agua, han demostrado igualmente la continuidad del movimiento, y si como es arriba es también abajo, nadie se atreverá a negar la posibilidad de que cuando los científicos comprendan mejor la conservación de la energía y admitan las dos modalidades energéticas de los cabalistas, sean capaces de construir un mecanismo sin rozamientos, que por sí mismo resarza el consumo de energía[388].

Lo cierto es que el mecánico a quien se deba el hallazgo del movimiento continuo será capaz de comprender por analogía todos los secretos de la naturaleza, porque el progreso está en razón directa de la resistencia.

Lo mismo podemos decir del elixir de larga vida, de la vida física se entiende; pues el alma debe la inmortalidad a su divina unión con el inmortal espíritu. Pero el concepto de *continuo o perpetuo* no es equivalente al de *infinito.* Los cabalistas nunca afirmaron la posibilidad del movimiento interminable ni de la vida física sin fin. Según el axioma hermético, únicamente la Causa primera y sus directas emanaciones, nuestros espíritus[389] son incorruptibles y eternos; pero por el conocimiento de algunas fuerzas naturales, todavía ocultas a las miradas de los materialistas, aseguran los herméticos que es posible prolongar indefinidamente el movimiento mecánico y la vida física.

---

[386] Tanto como para el astrónomo Babinet la levitación de cuerpos sin contacto.

[387] *La conservación de la energía*, pág. 140.

[388] Según dice el respetable señor de Lara, hace cincuenta años, al inaugurarse la primera línea férrea del mundo, entre Liverpool y Manchester, un periódico de Hamburgo calificó de paparrucha el relato de la inauguración diciendo en sus comentarios textualmente: *hasta este extremo llega la credulidad de los ingleses.* La moraleja del caso salta a la vista. Por otra parte, el reciente descubrimiento del lubrificante llamado *metalina* por un químico norteamericano promete disminuir muchísimo los rozamientos.

[389] Chispas del eterno sol central que en él han de reabsorberse al fin de los tiempos.

La piedra filosofal tiene más de una significación relacionada con su misterioso origen. Dice sobre esto el profesor Wilder:

> El estudio de la alquimia era más universal de lo que suponen algunos tratadistas y auxiliaba si acaso no se identificaba con las ocultas ciencias de magia, necromancia[390] y astrología, tal vez porque en su origen todas eran modalidades del espiritualismo que siempre existió en la historia del género humano.

Lo más sorprendente es que los mismos que consideran el cuerpo humano como una "máquina de digerir" pongan objeciones a la idea de que esta máquina funcionaría sin rozamientos si fuera posible lubrificar sus moléculas con un equivalente de la metalina. Según el *Génesis,* el cuerpo del hombre fue formado de barro o polvo de la tierra; pero esta alegoría contradice a los modernos investigadores que afirman haber descubierto los constituyentes inorgánicos del cuerpo humano. Si el autor del *Génesis* sabía esto y Aristóteles enseñó la identidad del principio vital de plantas, animales y hombres, parece que nuestra filiación de la madre tierra se estableció hace largo tiempo.

Elie de Beaumont ha reafirmado recientemente la antigua doctrina de Hermes, según la cual tiene la tierra circulación análoga a la de la sangre en el cuerpo humano. Pues si tan antigua como el tiempo es la enseñanza de que la naturaleza absorbe continuamente del depósito universal de energía la necesaria para reparar la consumida; ¿por qué ha de ser el hijo diferente del padre?; ¿por qué no ha de poder el hombre, por el descubrimiento de la fuente y naturaleza de esta restauradora energía, extraer de la misma tierra el elixir o quintiesenciado jugo con que reparar sus fuerzas? Tal *pudo* haber sido el secreto de los alquimistas. Si se detiene la circulación de los flúidos terrestres resultará estancamiento, podredumbre y muerte; si se detiene la circulación de los humores en el cuerpo humano resultará la parálisis y demás dolencias propias de la edad senil seguidas de muerte. Si los alquimistas hubiesen descubierto alguna mixtura química de bastante eficacia para mantener expeditos los sistemas vasculares ¿no lograran fácilmente todo lo demás? Por otra parte, si las aguas que a flor de tierra manan de ciertas fuentes minerales tienen virtud curativa y restaurante, no será despropósito decir que si en las entrañas de la tierra pudiéramos recoger las primeras gotas destiladas en el alambique de la naturaleza, nos convenceríamos de que después de todo no era un mito la fuente de juventud. Afirma Jennings que algunos adeptos extraían el elixir de larga vida de los secretos laboratorios químicos de la naturaleza; y Roberto Boyle menciona un vino medicinal de propiedades cordiales, que el doctor Lefevre ensayó con admirable éxito en una anciana. *La alquimia es tan antigua como la tradición.* "El primer documento histórico que sobre el particular tenemos, dice

[390] Conviene no confundir la necromancia con la nigromancia. Esta última comprende todas las modalidades de la magia negra y es siempre vituperable. La primera se contrae a la evocación de los difuntos y, como en el caso de que trata el texto, es ciencia hermética. – N. del T.

Guillermo Godwin, es un edicto de Diocleciano (año 3oo de la era cristiana), en el que mandaba entregar a las llamas cuantos tratados del arte de hacer oro y plata se encontraran en Egipto. Este edicto demuestra la antigüedad de dicho arte, entre cuyos más conspicuos adeptos cita la *fábula a* Salomón, Pitágoras y Hermes". Respecto al segundo agente alquímico, es decir el *alkahest o* disolvente universal, por cuya virtud se operaban las transmutaciones, ¿es idea tan absurda que no merezca la menor consideración en esta época de químicos descubrimientos? ¿Y qué valor daremos al histórico testimonio de alquimistas que fabricaron oro y lo pusieron en circulación? Prueba de ello nos dan Libavio, Gebero, Arnaldo, Tomás de Aquino, Bernardo Comes, Joannes, Penoto, el árabe Geber, patriarca de la alquimia europea, Eugenio Filaletes, Porta, Rubeo, Dornesio, Vogelio, Ireneo Filaletes y muchos otros alquimistas y herméticos medioevales. ¿Habremos de tener por locos y visionarios a tan insignes eruditos, filósofos y sabios?

Pico de la Mirándola, en su tratado: *De Auro* cita diez y ocho casos en que personalmente presenció la obtención artificial de oro. Tomás Vaughan[391] fue una vez a la tienda de un orfebre para vender oro por valor de 1.200 marcos; pero como el orfebre advirtiera suspicazmente que el oro era demasiado puro para proceder de una mina, huyó despavorido sin recoger siquiera el dinero que ya tenía dispuesto para el pago[392].

Según Marco Polo, en unas montañas del Tíbet, a las que llama *Chingintalas,* hay vetas de la misma substancia constitutiva de las salamandras. Dice sobre el particular:

> Porque en verdad, la salamandra no es ningún animal como se figuran las gentes, sino una substancia que se encuentra en la tierra… Un turco llamado Zurficar me dijo que durante tres años había estado en aquella comarca buscando salamandras para el gran Khan, y que para cogerlas cavaba en la montaña hasta encontrar cierta veta cuya substancia se dividía al machacarla en una especie de fibras por el estilo de las de la lana, que después de secas pueden batanearse, lavarse e hilarse para fabricar tejidos no muy blancos al principio, pero que después de echados al fuego y tenidos allí un rato aventajan a la misma nieve[393].

Esta substancia mineral es el *asbestos*[394]*,* según atestiguan varios autores, entre ellos el Rdo. A. Williamson, quien dice que la hay en Shantung. Pero no tan sólo es materia textil, sino que también se extrae de él un aceite de propiedades verdaderamente extraordinarias cuyo secreto poseen algunos lamas tibetanos y adeptos indos. Al frotar el cuerpo con este aceite no deja señal ni mancha alguna, y aunque la parte frotada se friegue después con jabón y agua fría o caliente, no por ello pierde su virtud la untura, de modo que la persona así ungida puede permanecer

[391] De sobrenombre Eugenio Filaleteo o Filaletes.

[392] En otro lugar de esta obra hemos aducido gran número de testimonios de la transmutación.

[393] Libro de Marco Polo, I, 215.

[394] Sage: *Diccionario de tejidos,* II, 1–12.

impunemente entre el fuego más violento sin que, a menos de sofocarse, sufra daño alguno. Asimismo tiene dicho aceite la propiedad de que combinado con otra substancia (cuyo nombre no podemos revelar) y puesto después al relente de la luna en ciertas noches designadas por los astrólogos, engendra extraños seres que al principio parecen infusorios, pero que luego crecen y se desarrollan. Hoy día es Cachemira la comarca en donde hay mayor número de magos místicos[395]. La s diversas sectas religiosas de este país son plantel de sabios y adeptos y siempre se les atribuyeron sobrenaturales poderes[396].

Pero no todos los químicos modernos son tan dogmáticos que nieguen le posibilidad de transmutar los metales en oro. Peisse, Desprez y el mismo Luis Figuier que lo niega todo, están, según parece, muy lejos de tenerla por absurda. Sobre este particular dice Wilder:

> No consideran los físicos tan absurda como se ha querido inferir la posibilidad de transmutar los elementos en la primaria forma que se supone tuvieron en la masa ígnea, de cuyo enfriamiento resultó, según los geólogos, la corteza terrestre. Hay entre los metales analogías a veces tan íntimas, que parecen señalarles idéntico origen. Por lo tanto, bien pudieron los alquimistas haber dedicado su actividad a investigaciones de esta índole, así como Lavoisier, Davy, Faraday y otros contemporáneos se han aplicado a descubrir los misterios de la química[397].

Un erudito teósofo norteamericano que ejerce la medicina y ha estudiado ciencias ocultas y alquimia durante treinta años, logró reducir los elementos a su forma originaria, obteniendo lo que llama "tierra preadámica", porque da precipitado térreo en el agua destilada que, cuando se agita, presenta vivos y opalescentes colores.

Como si los alquimistas se divirtiesen con la ignorancia de los profanos, dicen que "el secreto de la obtención consiste en una amalgama de sal y azufre en triple combinación con el azoth[398] después de sublimar y fijar por tres veces".

¡Qué ridículo absurdo!, exclamarán los químicos modernos. Pero los discípulos del insigne Hermes comprenden el significado de esta fórmula tan perfectamente como un alumno de química de la Universidad de Harvard entiende al catedrático, cuando por ejemplo éste le dice:

> Con un grupo hidroxílico obtendremos únicamente compuestos monoatómicos; con dos grupos hidroxílicos podremos formar en el mismo núcleo combinaciones diatómicas; con

[395] Al tratar de Cachemira dice Marco Polo que los magos de esta comarca conocen asombrosamente el arte de los encantamientos *diabólicos,* hasta el punto de que *hacen hablar a los ídolos*

[396] Según cita del coronel Yule, nos dice Vambery que "en nuestros días los derviches de Cachemira sobresalen entre los demás mahometanos por su *habilidad* en las artes secretas y son muy expertos en exorcismos y magia *(Alquimia o Filosofía hermética,* 25*).*

[397] Wilder: Alquimia o *Filosofía hermética,* 25

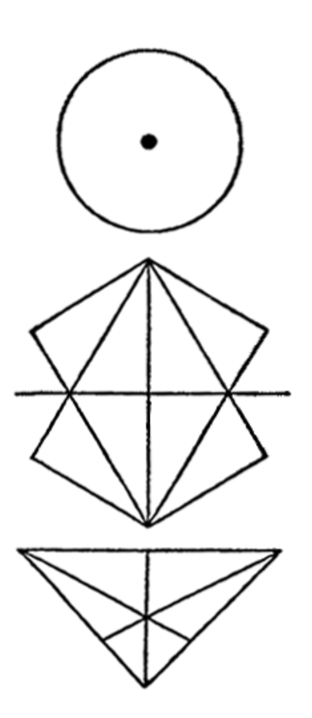
[398] Nombre hermético de la luz astral o *anima mundi.* – N. del T.

tres grupos hidroxílicos obtendremos cuerpos triatómicos, entre los cuales se cuenta una substancia muy conocida, la glicerina:

H H H
I I I
H–O–C C C–O–H
I I I
H H H
I
O

El alquimista dice por su parte:

> Únete a las cuatro letras del tetragrama dispuestas de la manera siguiente: Las letras del nombre inefable están allí, aunque no las descubras a primera vista. Contienen, cabalísticamente, el incomunicable axioma. A esto llaman mágico arcano los maestros.



El arcano es la cuarta emanación del akâza, el principio de *vida,* que en su tercera transmutación está representado por el ardiente sol, el ojo del mundo o de Osiris, como le llamaron los egipcios, que vigila celosamente a su joven hija, esposa y hermana Isis, nuestra madre tierra, de la que dice Hermes Trismegisto que "su padre es el sol y su madre la luna". Primero la atrae y acaricia y después la repele con proyectora fuerza. Al estudiante hermético le toca vigilar sus movimientos y adueñarse de sus corrientes sutiles para guiarlas y dirigirlas con auxilio del *athanor o* palanca de Arquímedes de los alquimistas. ¿Qué es este misterioso *athanor?* ¿Pueden decírnoslo los físicos que diariamente lo ven y examinan? En verdad lo ven; ¿pero entienden los secretos y cifrados caracteres que el divino dedo trazó en las conchas del mar, en las hojas que tiemblan al beso de la brisa, en el resplandeciente astro cuyos rayos son para ellos rayas más o menos luminosas de hidrógeno? "Dios es el gran geómetra" decía Platón[399]. Dos mil años más tarde ha dicho Oersted que "las leyes de la naturaleza son los pensamientos de Dios". Y el solitario estudiante de filosofía hermética sigue repitiendo: "Sus pensamientos son inmutables y, por lo tanto, hemos de buscar la

[399] "Diogeniano tomó la palabra y dijo: Admitamos a Platón en la conferencia y preguntémosle qué quiere significar al decir, si es suya la frase, que *Dios es el gran geómetra.* Yo digo que si bien esta frase no aparece claramente expresada en ninguna de sus obras, hay poderosos motivos para creer que la frase es suya y muy probable que tal sea su significado. Tyndares repuso diciendo: Platón encomia la geometría como ciencia que divierte a los hombres de los objetos sensorios y los convierte a la inteligible y eterna naturaleza, cuya contemplación es el fin de toda filosofía y un aspecto de la iniciación en los misterios del santo rito". (Pasaje extractado de las *Symposiacas* de Plutarco, VIII, 2).

verdad en la perfecta armonía y equilibrio de todas las cosas". Partiendo de la indivisible Unidad, advierte el estudiante hermético que de ella emanan dos fuerzas contrarias que por medio de la primera actúan equilibradamente de modo que las tres se resumen en una: la eterna Mónada pitagórica. El punto primordial es un círculo que se transforma en cuaternario o cuadrado perfecto, en uno de cuyos cardinales ángulos aparece una letra del mirífico nombre, el sagrado TETRAGRAMA. Son los cuatro *Buddhas* que llegan y se van; la *Tetractys* pitagórica absorbida por el único v eterno *No–Ser.*

Según tradición, el iniciado Isarim encontró en Hebrón sobre el cadáver de Hermes la llamada *Tabla Esmeraldina,* que comprendía en pocas máximas la substancia de la sabiduría hermética. Nada de nuevo ni de extraordinario dirán estas máximas a quienes las lea tan sólo con los ojos del cuerpo, pues empiezan por decir que no tratan de ficciones, sino de cosas ciertas y verdaderas. A continuación transcribimos algunas de dichas máximas:

> Lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que está arriba es como lo que está abajo para realizar las maravillas de una sola cosa. Así como todas las cosas han sido producidas por mediación de un solo ser, así también este ser produjo todas las cosas por *adaptación.*
>
> Su padre es el sol; su madre, la luna.
>
> Es causa de perfección en el universo mundo. Su poder es perfecto *si se transmuta en tierra.* Prudente y juiciosamente separa la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero.
>
> Sube sagazmente de la tierra al cielo y baja después del cielo a la tierra para unir el poder de las cosas superiores al de las inferiores. De este modo tendrás la luz del mundo entero y las tinieblas se alejarán de ti.
>
> Esta cosa es más fuerte que la misma fortaleza, porque so*brepuja a las sutiles y penetra en las sólidas.*
>
> De ella fue formado el mundo.

Esta cosa a que misteriosamente aluden las máximas herméticas es el mágico agente del universo, la luz astral cuya correlación de fuerzas produce el alkahest, la piedra filosofal y el elixir de larga vida. Los filósofos herméticos daban a este mágico agente los nombres de: *Azoth, Virgen Celeste, Magnes, Máximo y Anima Mundi.* Las ciencias físicas lo conocen tan sólo por sus vibratorias modalidades de *calor, luz, electricidad y magnetismo;* pero como los científicos ignoran las propiedades espirituales y la oculta potencia que el éter entraña, niegan todo cuanto no comprenden. La ciencia explica al pormenor las cristalinas formas de los copos de nieve en variadísimos prismas exagonales de que nacen infinidad de tenuísimas agujas divergentes recíprocamente en ángulos de 60º; pero ¿es capaz la ciencia de explicar la causa de esa infinita variedad de

formas delicadamente exquisitas[400] cada una de las cuales es de por sí una perfectísima figura geométrica? Estas níveas formas que parecen flores y estrellas cuajadas, tal vez son (sépalo la ciencia materialista) lluvia de mensajes que desde los mundos superiores dejan caer manos espirituales para que aquí abajo los lean los ojos del espíritu.

La cruz filosófica extiende opuestamente sus brazos en las respectivas direcciones horizontal y perpendicular; esto es: la anchura y altura divididas por el divino geómetra en el punto de intersección. Esta cruz es a un tiempo mágico y científico cuaternario que el ocultista toma por base cuando está inscrita en el cuadrado perfecto. En su mística área se halla la clave de todas las ciencias así naturales como metafísicas. Es símbolo de la existencia humana porque los puntos de la cruz inscrita en el círculo señalan el nacimiento, la vida, la muerte y la INMORTALIDAD. Todas las cosas de este mundo son una trinidad complementada por el cuaternario y todo elemento es divisible con arreglo a este principio. La fisiología podrá dividir al hombre *ad infinitum,* como las ciencias físicas han subdividido los cuatro elementos primordiales en varios otros, pero no jamás podrá alterar ninguno de ellos. El nacimiento, la vida y la muerte serán siempre una trinidad no completada hasta el término del cielo. Aun cuando la ciencia llegase a mudar en aniquilación la ansiada inmortalidad, subsistiría el cuaternario, porque Dios *geometriza.* Y algún día podrá la alquimia hablar desembarazadamente de su sal, mercurio, azufre y azoth, así como de sus símbolos y miríficos caracteres, y decir con un químico moderno que “las fórmulas no son juego de la fantasía, pues en ellas está poderosamente justificada la posición de cada letra”[401].

Sobre la materia de que vamos tratando, dice Peisse:

> Dos palabras acerca de la alquimia. ¿Qué debemos pensar del arte hermético? ¿Cabe creer en la transmutación de los metales en oro? Los positivistas, los despreocupados del siglo xix saben muy bien que Luis Figuier, doctor en ciencias y en medicina y catedrático de análisis químico de la Escuela de Farmacia de París, vacila, duda y esta indeciso en esta cuestión. Conoce a varios alquimistas (pues sin duda los hay) que, apoyados en los modernos descubrimientos de la química, y sobre todo en la teoría de los equivalentes atómicos expuesta por Dumas, afirman que los metales no son cuerpos simples o elementos en el riguroso sentido de la palabra y que en consecuencia pueden obtenerse por descomposiciones químicas… Esto me mueve a dar un paso adelante y a confesar ingenuamente que no me sorprendería de que alguien hiciese oro. Una sola pero suficiente razón daré de ello, y es que el oro no ha existido siempre, pues sin duda debió su formación a algún proceso químico o de otra índole en el seno de la materia ígnea del globo[402] y quizás hay actualmente oro en vías de formación. Los supuestos elementos químicos son, con toda probabilidad, productos secundarios en la formación de la masa terrestre. Así se ha demostrado respecto del agua que para los antiguos era uno de los más importantes

[400] Youmans: *Química descriptiva.*

[401] Cooke: *Nueva química.*

[402] La hipótesis de Hunt acerca de los yacimientos metalíferos esta en contradicción con la apuntada; pero ¿acaso es verdadera?

> elementos. Hoy día podemos hacer agua. ¿Por qué no podríamos hacer oro? El eminente experimentador Desprez ha logrado fabricar el diamante, y aunque este diamante sea un diamante científico, un diamante filosófico sin valor comercial acaso, no por ello flaquea mi posición dialéctica. Por otra parte, no se trata de simples conjeturas, pues todavía vive el adepto alquimista Teodoro Tiffereau, ex preparador de química en la *Escuela Profesional Superior* de Nantes, quien el año 1853 envió a las corporaciones científicas una comunicación en que subrayando las palabras decía: "He descubierto el procedimiento para obtener oro artificial. He obtenido oro"[403].

El cardenal de Rohán, la famosa víctima de la conspiración llamada del collar de diamantes, aseguró que había visto cómo el conde de Cagliostro fabricaba oro y diamantes. Suponemos que los partidarios de la hipótesis de Hunt no aceptarán la de Peisse, pues opinan que los yacimientos metalíferos son efecto de la vida orgánica. En consecuencia, nos atendremos a las enseñanzas de los filósofos antiguos dejando que unos y otros disputen hasta conciliar sus divergencias de modo que nos revelen la verdadera naturaleza del oro, diciéndonos si es producto de la interna alquimia volcánica o filtrada secreción de la superficie terrestre.

El profesor Balfour Stewart, a quien nadie se atreverá a calificar de retrógrado pues más fácil y frecuentemente que sus colegas admite los errores de la ciencia moderna, se muestra tan indeciso como otros en esta cuestión, diciendo que "la luz perpetua es tan sólo un nombre más del movimiento continuo y tan quimérica como éste, pues no disponemos de medio alguno para restaurar el consumo de combustible"[404]. Añade Stewart que una luz perpetua ha de ser obra de mágico poder y, por lo tanto, no de esta tierra, en donde las modalidades de energía son transitorias; y al argumentar de esta suerte parece como si supusiera que los filósofos herméticos hubiesen afirmado que la luz perpetua fuese una de tantas luces terrestres producidas por la combustión de materias lucíferas. En este punto se han interpretado siempre torcidamente las ideas de los antiguos filósofos.

Muchos hombres de talento, que en un principio se aferraron a la incredulidad, advirtieron su error y mudaron de opinión después de estudiar la doctrina secreta. Pero resulta evidente la contradicción en que incurre Balfour Stewart cuando al comentar las máximas filosóficas de Bacón, a quien llama patriarca de las ciencias experimentales, dice que "es preciso ir con cautela *antes de menospreciar por inútil ninguna rama de conocimientos o modalidades de pensar"*, para salir después desechando por *absolutamente imposibles* las afirmaciones de los alquimistas. Según Stewart, opinaba Aristóteles que la luz no es corpórea ni emanación de cuerpo alguno, sino energía actual; y aunque reconoce la poderosa mentalidad de los antiguos y su notorio genio, dice que flaqueaban en el conocimiento de las ciencias físicas y, por consiguiente, no

[403] Peisse: *La medicina y los médicos,* I, 59–283, 1863.

[404] Stewart: *Conservación de la energía*

fueron prolíficas sus ideas[405]. Pero Stewart olvida que Demócrito estableció la teoría atómica muchos siglos antes de que la expusiera Dalton y que los antiquísimos Oráculos caldeos y posteriormente Pitágoras enseñaron que el éter es el agente universal.

Toda esta nuestra obra es una protesta contra el inicuo modo de juzgar a los antiguos cuyas ideas es preciso tener examinadas muy a fondo antes de criticarlas y convencerse por personal juicio de si se "acomodaban a los hechos".

No hay necesidad de repetir, por haberlo dicho muchas veces, lo que todo científico debe saber, esto es, que la esencia de los conocimientos antiguos estaba en poder de los sacerdotes, quienes nunca confiaban su ciencia a la escritura, sino que la transmitían oralmente a los iniciados[406]. Así pues, lo poco que referente al universo material y espiritual expusieron en sus tratados, no es bastante para que la posteridad pueda formar exacto juicio de su saber[407].

Por lo tanto, ¿quién de cuantos menosprecian la doctrina secreta por contraria a la filosofía e indigna de análisis científico, se atreverá a decir que ha estudiado a los antiguos y está al corriente de cuanto sabían? ¿Quién será capaz de afirmar con fundamento que sabe más que los antiguos porque los antiguos sabían muy poco si acaso sabían algo? La doctrina secreta abarca el *alpha* y el *omega* de la ciencia universal y en ella está la piedra angular y la clave de todos los conocimientos antiguos y modernos. Tan sólo esta doctrina, tildada de *antifilosófica,* encubre lo *absoluto* en la filosofía de los misteriosos problemas de la vida y de la muerte.

Dice Paley que únicamente por sus efectos conocemos las fuerzas de la naturaleza. Parafraseando este enunciado, diremos que únicamente por sus efectos conoce la posteridad los capitales descubrimientos de los antiguos. Si un profano lee en un tratado de alquimia las especulaciones de los rosacruces relativas al oro y a la luz, le causarán sorpresa, por no entender poco ni mucho pasajes tan en apariencia confusos como el siguiente:

> El oro hermético es el producto de los rayos del sol o de luz invisible, mágicamente difundida por el cuerpo del mundo. La luz es oro sublimado y mágicamente extraído, por la imperceptible atracción estelar, de las profundidades de la materia. El oro es el depósito

---

[405] Stewart: *Conservación de la energía.*

[406] Ejemplo de ello tenemos en Platón, que jamás osó publicar gráficamente las enseñanzas esotéricas.

[407] Subsistiría la falta de pruebas documentales para el debido juicio crítico de los antiguos filósofos aun cuando el vandalismo de los primitivos cristianos, de los últimos cruzados y el fanatismo medioeval no hubiesen destruido las tres cuartas partes de lo que aun quedaba de la biblioteca y escuelas póstumas de Alejandria.

Dice Draper que el cardenal Cisneros mandó quemar en la plaza pública de Granada 80.000 manuscritos arábigos, muchos de ellos traducción de obras clásicas. En la biblioteca del Vaticano hay raros y preciadísimos tratados antiguos con enmiendas y raspaduras hechas adrede para interpolar absurdas salmodias.

> de la luz que de él mismo brota. La luz del mundo celeste es sutil, vaporosa, oro mágicamente sublimado o el *espíritu de la llama.* El oro atrae las naturalezas inferiores de los metales y con él las identifica por intensificación y multiplicación[408].

Sin embargo, los hechos son hechos y podemos aplicar al ocultismo en general y a la alquimia en particular lo que Billot dice respecto del espiritismo, conviene a saber, que no es cuestión de *opiniones* sino de *hechos.* Los científicos afirman la *imposibilidad* de las lámparas inextinguibles; pero no obstante, en toda época hubo y también hay en la nuestra quienes encontraron brillantes lámparas perpetuas en bóvedas cerradas hacía ya muchos siglos; y no falta quien posea el secreto de mantener vivas estas luces por centenares de años. También los científicos califican de charlatanería y farsa el espiritismo antiguo y moderno, la magia y el hipnotismo. Sin embargo, hay en la faz de la tierra ochocientos millones de personas en su cabal juicio que creen en dichos fenómenos. ¿Quiénes son más fidedignos? Dice Luciano[409] que Demócrito no creía en milagros, pero se esforzaba en descubrir el procedimiento empleado por los teurgos para operarlos. Esta opinión del "filósofo optimista" es de la mayor importancia para nosotros, puesto que fue discípulo de los magos establecidos en Abdera por Jerjes y además estudió durante muchos años magia entre los sacerdotes egipcios[410]. De los ciento nueve años que vivió este filósofo, empleó noventa en experimentos, cuyos resultados fue anotando en un libro que, según Petronio[411], *trataba de la naturaleza.* Y además de negar Demócrito los *milagros,* afirmaba que cuantos fenómenos había presenciado personalmente, aun los más *increíbles,* eran efecto de *ocultas leyes naturales*[412].

Draper[413] encomia a los aristotélicos en menoscabo de los pitagóricos y platónicos, diciendo que nunca se atreverá a negar nadie las proposiciones de Euclides. Sin embargo, verídicos autores, entre ellos Lemprière, afirman que no todos los quince libros de los *Elementos* son de Euclides, sino que éste, no obstante su talento geométrico, fue el *primero* que compiló en ordenación científica los teoremas y demostraciones debidos a Pitágoras, Thales y Eudoxio, interpolando algunos postulados de su invención. Si estos autores están en lo cierto, mayor gratitud han de sentir los modernos hacia aquel sol de la ciencia metafísica que se llamó Pitágoras, por haber salido de su escuela hombres como el universalmente famoso geómetra y cosmógrafo Eratóstenes, el no menos célebre Arquímedes y aun el mismo Ptolomeo, no obstante sus pertinaces errores. Sin la experimentación científica de estos sabios y sin los fragmentos de sus obras que sirvieron de base a las teorías de Galileo, los

[408] Extractos de Roberto de Fludd en *Los Rosacruces.*

[409] *Philopseuda*

[410] Diógenes *Laercio: Vida de Demócrito.*

[411] *Satyric. Vitrus D. Architec,* libro IX, cap. III.

[412] Plinio: *Historia Natural.*

[413] *Conflictos entre la religión y la ciencia.*

pontífices del siglo XIX tal vez se hallaran todavía sujetos al yugo de la Iglesia y supeditados a la cosmogonía de San Agustín y el venerable Beda, que consideraba la tierra como una majestuosa llanura en cuyo torno volteaba la bóveda celeste.

Nuestro siglo parece condenado a humillantes confesiones. La ciudad italiana de Feltre erige un monumento en memoria de Pánfilo Castaldi, *ilustre inventor de los caracteres movibles de imprenta, a* quien, según reza la inscripción, *rinde Italia este honroso tributo por largo tiempo diferido.* Mas apenas levantada la estatua, aconseja el coronel Yule a los feltranos que la conviertan en *honrosa cal,* demostrándoles que, además de Marco Polo, muchos viajeros habían traído de China caracteres movibles de madera y libros impresos con ellos[414]. En las imprentas de las lamaserías tibetanas hemos visto estos caracteres movibles que allí se conservan por curiosidad, pues son antiquísimos y se emplearon hasta los primeros tiempos del budismo tibetano, por lo que debieron conocerse en China mucho antes de la era cristiana.

Digno de meditación es el siguiente pasaje del profesor Roscoe:

> Es preciso desarrollar con fruto las verdades incipientes. *No* sabernos *cómo* ni *cuándo,* pero ningún científico duda de que ha de llegar día en que la humanidad pueda aprovecharse de los más recónditos secretos de la naturaleza. ¿Quién hubiera vaticinado que el movimiento de las patas del cadáver de una rara al contacto de dos metales distintos habría de llevarnos en pocos años al descubrimiento de la telegrafía eléctrica?

Dice el mismo Roscoe que hallándose en compañía de Kirchhoff y Bunsen, cuando estos dos insignes físicos investigaban la naturaleza de las rayas de Fraunhoffer, les pasó a los tres como un *relámpago* la idea de que hay hierro en el sol. Esta es una prueba más que añadir a las muchas en pro de que la mayor parte de los descubrimientos no son hijos del raciocinio, sino de la intuición. El porvenir nos reserva no pocos relámpagos de esta índole. Advirtamos que uno de los últimos descubrimientos de la ciencia moderna, el magnífico espectro verde de la plata, no tiene nada de nuevo, pues no obstante "la escasez e inferioridad de sus instrumentos ópticos" ya lo conocían los antiguos químicos y físicos. Desde la época de Hermes estuvieron siempre asociados el metal plata y el color verde. La luna o Astarté (plata hermética) es uno de los símbolos capitales de los rosacruces. Dice un axioma hermético que "las afinidades de la naturaleza son causa eficiente del esplendor y variedad de los colores que están misteriosamente relacionados con los sonidos". Los cabalistas colocan la "naturaleza media" en directa conexión con la luna; y precisamente la raya verde de la plata ocupa en el espectro el punto *medio* entre las demás. Los sacerdotes egipcios cantaban en honor de Serapis[415] un himno compuesto de las *siete* vocales, y al son de la *séptima* vocal y al *séptimo* rayo del sol naciente respondía la estatua de Memnon. Con esto coincide el naciente descubrimiento de las maravillosas

---

[414] Yule: *Libro de Marco Polo,* I, 133–135.

[415] Cita de Dionisio de Halicarnaso.

propiedades del rayo violado, el *séptimo* del espectro prismático, que a todos supera en potencia química y corresponde a la *séptima* nota de la escala musical. La teoría de los rosacruces, que compara el universo con un instrumento musical, es análoga a la enseñanza pitagórica de la música de las esferas. Sonidos y colores son números espirituales; y así como los siete rayos prismáticos proceden de un punto de los cielos, así también las siete potestades de la naturaleza son cada una un número y las siete radiaciones de la Unidad o SOL céntrico y espiritual. ¡Feliz quien comprende los números espirituales y advierte su influencia!, exclama Platón. Y feliz, añadiríamos nosotros, quien en medio del laberinto de fuerzas correlacionadas descubre su origen en, el invisible sol.

Los experimentadores futuros lograrán la honra de demostrar que los sonidos musicales influyen maravillosamente en la lozanía de la vegetación. Y terminando el capítulo con esta quimera científica, pasaremos a recordarle al paciente lector algo que los antiguos sabían y que los modernos *presumen* saber.

CAPÍTULO VI

Las sagradas escrituras contienen las crónicas de esta nuestra ciudad de Sais durante un periodo

de 8.000 años.

PLATÓN: *Timeo*

Aseguran los egipcios que desde el reinado de Heracles al de Amasis transcurrieron 17.000 años.

HERÓDOTO, lib. II, cap. 43

¿Dejará el teólogo de vislumbrar la luz que de los jeroglíficos egipcios brota para evidenciar la inmortalidad del alma? ¿Echará de ver el historiador que las artes y ciencias florecieron en Egipto mil años antes de que los pelasgos tachonasen de templos y fortalezas las islas y cabos del Archipiélago?

GLIDDON

Cómo llegó a Egipto la ciencia? ¿Cuándo despuntó la aurora de aquella civilización cuya maravillosa pujanza nos revela la arqueología? ¡Ay! Mudos están los labios de Memnon y ya de ellos no salen oráculos. El silencio de la Esfinge es enigma todavía mayor que el propuesto a Edipo.

No aprendió ciertamente el antiguo Egipto cuanto a los demás pueblos enseñara, por intercambio de ideas y descubrimientos con los vecinos semitas. A este propósito dice el autor de un artículo publicado recientemente:

Cuanto mejor conocemos a los egipcios tanto más los admiramos. ¿De quién aprenderían aquellas artes pasmosas que con ellos murieron?… Nada prueba que la civilización y la ciencia naciesen y se desenvolvieran allí de modo semejante a como en los demás pueblos, sino que todo parece derivarse en continuado perfeccionamiento

de *las más remotas épocas*. La historia demuestra que ningún pueblo aventajó al egipcio en sabiduría[416].

No comisionaba el Egipto a la juventud escolar para aprender novedades en las demás naciones; antes al contrarío, de todas partes acudían los estudiantes a Egipto ansiosos de conocimiento. La hermosa reina del desierto se recluía arrogantemente en sus encantados dominios y forjaba maravillas como si se prevaliera de mágica varilla.

Dice Salverte que "la mecánica llegó entre los antiguos a un grado de perfección desconocido todavía entre los modernos; y ciertamente que tampoco los ha sobrepujado nuestra época en punto a invenciones, pues a pesar de cuantos medios han puesto en manos del mecánico los progresos científicos, hemos tropezado con insuperables dificultades en el intento de erigir sobre su pedestal uno de aquellos monolitos que cuarenta siglos ha erigían los egipcios numerosamente ante sus edificios sagrados".

El reinado de Menes, el rey más antiguo de que nos habla la historia, ofrece diversas pruebas de que los egipcios conocían la hidráulica mucho mejor que nosotros. Durante el reinado de aquel monarca, cuya época se hunde en los abismos del tiempo como lejanísima estrella en las profundidades de la bóveda celeste, se llevó a cabo la gigantesca empresa de desviar el curso del Nilo ó, mejor dicho, de sus tres brazos principales, de modo que bañase la ciudad de Menfis. A este propósito, dice Wilkinson que "Menes calculó exactamente la resistencia que era preciso vencer y construyó un dique cuya imponente fábrica y enormes muros de contención desviaron las aguas hacia el Este, dejando el río encauzado en su nuevo lecho".

Heródoto nos ha legado una poética y fiel descripción del lago Mœris, así llamado por el monarca egipcio a quien se debió aquella artificial sabana de agua. Dice el famoso historiador que el lago medía 450 millas de circuito por 300 pies de profundidad y lo alimentaba el Nilo mediante canales que derramaban parte de las aguas procedentes de las inundaciones anuales, con objeto de aprovecharlas para el riego en muchas millas a la redonda. Había en el lago, muy hábilmente construidas, sus correspondientes compuertas, presas, esclusas y máquinas hidráulicas.

Los romanos aprendieron posteriormente de los egipcios el arte de las construcciones hidráulicas; pero nuestros progresos en esta rama de la mecánica han revelado las muchas deficiencias de que adolecieron en varios pormenores, pues si bien conocían los principios y leyes generales de la hidrostática e hidrodinámica, no estaban tan familiarizados como los ingenieros modernos, con los enchufes y junturas de los

[416] Esta observación sólo puede cohonestarse por la circunstancia de que hasta hace muy poco tiempo nada se ha sabido de la antigua India ni del íntimo parentesco entre esta nación y el Egipto, pues de la India vinieron ya en completa civilización los etíopes orientales, habilísimos arquitectos, que tal vez poblarían las tierras vírgenes egipcias. Pero en otro lugar examinaremos más detenidamente este asunto.

tubos de conducción, según lo prueba que construyeran muy largos acueductos a flor de tierra, en vez de cañerías subterráneas de hierro.

Sin embargo, los egipcios emplearon indudablemente procedimientos de mayor perfección en sus canales y demás obras hidráulicas; y aunque los ingenieros encargados por Lesseps de las obras del canal de Suez habían aprendido su ciencia de los romanos, como éstos de los egipcios, recibieron con burlas la indicación de que tal vez en los museos del país hallarían medio de corregir algunas imperfecciones del proyecto. No obstante, los ingenieros lograron dar a aquella "larga y, horrible zanja", como llamó Carpenter al canal de Suez, la suficiente resistencia para convertir en vía navegable lo que al principio parecía cenagosa trampa para aprisionar buques.

Los aluviones del Nilo han alterado por completo en treinta siglos el área de su delta, que paulatinamente se adelanta mar adentro y extiende con ello los dominios del Kedive. En la antigüedad, la boca principal del Nilo se llamaba *Pelusiana* y hasta ella llegaba desde Suez el canal de Necho, abierto por el rey de este nombre. Después de la derrota de Antonio y Cleopatra en Accio, una parte de la flota pasó al mar Rojo por este canal, lo que denota la profundidad que le dieron aquellos primitivos ingenieros.

Los colonos del Colorado y Arizona han fertilizado recientemente vastos terrenos, antes estériles, mediante un ingenioso sistema de riegos que mereció calurosos elogios de la prensa; pero no es tanto su mérito si consideramos que a unas 500 millas más arriba de El Cairo se extiende una faja de tierra que substraída a la aridez del desierto es, según Carpenter, el país más feraz del mundo. Dice sobre el particular este autor que "durante miles de años condujeron estos ramificados canales el agua dulce del Nilo para fertilizar aquella larga y angosta faja de tierra de la misma suerte que el delta, cuya peculiar red de canales data de los primitivos tiempos de la monarquía egipcia". La comarca francesa de Artois ha dado su nombre al pozo artesiano, como si allí se hubiese empleado por vez primera este procedimiento; pero los anales chinos dicen que estos pozos eran ya de aprovechamiento común algunos siglos antes de la era cristiana.

Si pasamos a la arquitectura, se despliegan a nuestra vista maravillas indescriptibles. Con referencia a los templos de Filoe, Abu–Simbel, Dendera, Edfu y Karnak, dice Carpenter:

> Estas hermosas y estupendas construcciones…, estos gigantescos templos y pirámides admiran profundamente por su magnificencia y belleza a pesar de los miles de años transcurridos… Es sorprendente su fábrica arquitectónica, pues las piedras están sobrepuestas con tan pasmosa exactitud, que no dejan intersticio bastante para una hoja de cuchillo… Es sumamente notable que no solo la creencia en la inmortalidad del alma, sino también la forma de expresión que los egipcios le dieron es anterior al cristianismo, pues en el *Libro de los Muertos,* esculpido en antiquísimos monumentos, se leen las mismas frases

que en el *Nuevo Testamento* [417] en lo concerniente al Juicio final. Este hierograma data probablemente de 2.000 años antes de J.C.

Según Bunsen, cuyos cómputos se consideran los más exactos, la fábrica de la gran pirámide de Cheops mide 82.111.000 pies cúbicos con peso de 6.530.000 toneladas. La infinidad de piedras talladas que entraron en esta obra demuestran la incomparable habilidad de los canteros egipcios. Dice Kenrich al tratar de la pirámide de Cheops:

> Apenas son perceptibles las junturas, no más anchas que el grueso de un papel de estaño, y el cemento es tan sumamente duro que aún permanecen en su primitiva posición los trozos de las piedras de revestimiento, no obstante los siglos transcurridos y la violencia con que fueron arrancados los trozos que faltan.

¿Qué químico, qué arquitecto moderno descubrirá el secreto del inalterable cemento de los constructores egipcios?

Por su parte dice Bunsen:

> La habilidad de los antiguos canteros se echa de ver más declaradamente en los obeliscos de noventa pies de altura y colosales estatuas de cuarenta, talladas en monolitos o enormes bloques de piedra.

Tanto las estatuas como los obeliscos monolíticos abundaron en el antiguo Egipto, y para arrancar los bloques en que habían de tallarlos no emplearon barrenos de voladura ni pesadas cuñas de hierro, que hubiesen resquebrajado la piedra, sino que hacían en el bloque una ranura de unos 100 pies de longitud y ponían en ella, muy cerca unas de otras, gran número de cuñas de madera seca. Hecho esto, vertían agua en la ranura, y al aumentar con ello de volumen las cuñas, partían la mole tan nítidamente como el cristal queda partido por el diamante.

Varios geógrafos y geólogos modernos han demostrado que los egipcios transportaban estos monolitos a lejanísimas distancias, pero todos se han perdido en conjeturas acerca de cómo pudieron efectuar el transporte. Según dicen antiguos manuscritos, se valían para ello de carriles portátiles apoyados sobre unos cojinetes de cuero llenos de aire e inalterablemente curtidos por el mismo procedimiento empleado para la conservación de las momias. Estos ingeniosos cojinetes impedían que los carriles se hundieran en la arena[418].

La ciencia moderna no es capaz de computar la antigüedad de los centenares de pirámides erigidas en el valle del Nilo. Según Heródoto, cada rey construía una en conmemoración de su reinado, para que le sirviese de sepulcro; pero el famoso

---

[417] Esta es una de aquellas *curiosas coincidencias* que le interesaría conocer a S. S. el Papa.

[418] Maneto cita estos cojinetes diciendo que por la excelente preparación del cuero podían durar muchos siglos.

historiador pasa en silencio el verdadero objeto de las pirámides, y a no impedírselo sus escrúpulos religiosos, hubiera podido decir que exteriormente simbolizaban el principio creador de la naturaleza y ponían de manifiesto las verdades geométricas, astrológicas y astronómicas. Interiormente eran las pirámides majestuosos templos en cuyo sombrío recinto se celebraban los Misterios en que con frecuencia eran iniciados algunos individuos de la familia real. Los cuencos de pórfido que el astrónomo escocés Piazzi Smyth toma despectivamente por graneros, eran las *fuentes bautismales* de cuyas aguas salía el neófito *nacido de nuevo* para llegar a ser un *adepto.* Sin embargo, Heródoto nos da exacta idea del enorme trabajo empleado en transportar una de aquellas colosales moles graníticas que medía 32 pies de largo, 21 de ancho y 12 de alto, con peso de 625 toneladas[419] y se necesitaron para ello dos mil hombres que siguiendo el curso del Nilo tardaron tres años en llevarlo desde Siena al Delta.

Gliddon[420] copia la descripción que Plinio da de las operaciones efectuadas para el transporte del obelisco levantado en Alejandría por Tolomeo Filadelfo. Desde el Nilo hasta el punto en que estaba situado el obelisco se construyó un canal en el que se dispusieron dos embarcaciones lastradas con piedras de un pie de volumen, cuyo peso total era exactamente el mismo que el del obelisco, calculado de antemano por los ingenieros. Las embarcaciones calaban lo suficiente para estacionarse debajo del obelisco que estaba tendido a través del canal, y una vez allí, se fue arrojando poco a poco el lastre, con lo que subió la línea de flotación de las embarcaciones hasta cargar sin dificultad el obelisco, que de este modo fue transportado por el río.

En la sección egipcia, no recordamos a punto fijo si del museo de Berlín o de Dresde, hay un dibujo que representa un operario en actitud de subir a una pirámide en construcción con un cesto de arena a cuestas, y de ello han inferido algunos egiptólogos que los bloques empleados en las pirámides se fabricaban químicamente en el mismo lugar de la obra. No faltan arquitectos modernos para quienes el inalterable cemento de los egipcios era el mismo Portland[421] de hoy día; pero Carpenter opina que, excepto el revestimiento granítico, la mole de las pirámides es de lo que los geólogos llaman *caliza nummulítica,* de formación más reciente que la creta y constituida por las conchas fósiles de los diminutos moluscos denominados *nummulites,* del tamaño de un chelín. Sea de ello lo que quiera, resulta indudable que desde Heródoto y Plinio hasta el último arquitecto cuya mirada se haya posado en aquellos imperiales monumentos de dinastías hace siglos extinguidas, nadie ha podido explicarnos los medios de transporte y colocación de piedras tan enormes.

---

[419] El original inglés dice 300 toneladas, pero hay en ello evidente errata de imprenta, pues el volumen del monolito en cuestión es de 235'8 metros cúbicos que si fuesen de agua destilada a la temperatura de 4º ya pesarían otras tantas toneladas. Como el peso específico de la piedra granítica de Egipto es de 2'654 Kg. por dm^3 resulta en cálculo muy aproximado que el monolito pesaba unas 625 toneladas. – N. del T.

[420] *Egipto antiguo.*

[421] Silicato doble de cal y de alúmina.

Bunsen computa en 20.000 años la antigüedad de Egipto; pero ni aun en este punto sacaríamos nada en claro si nos apoyásemos únicamente en las modernas autoridades incapaces de decirnos con qué ni para qué fueron construidas las pirámides ni fijar la dinastía en cuya época se erigió la primera de ellas.

A Smyth debemos la más acabada descripción matemática de la pirámide de Cheops; pero si bien acierta al señalar la orientación astronómica del monumento, se desvía en la interpretación del pensamiento de los egipcios, hasta el punto de suponer que el sarcófago de la cámara faraónica está trazado con las mismas medidas lineales que hoy rigen en Inglaterra y los Estados Unidos.

Uno de los *Libros de Hermes* dice que había algunas pirámides situadas a orillas del mar "cuyas olas se estrellaban furiosamente contra su base". De esta cita se infiere que la topografía del país ha sufrido alteración y que, por lo tanto, aquellos "graneros antiguos", "observatorios mágico–astrológicos" o "regios panteones", como según su gusto les llaman nuestros eruditos, son anteriores a la desecación del mar de Sahara. Esto denotaría una antigüedad algo mayor que los contados millares de años generosamente concedidos a las pirámides por los egiptólogos.

El arqueólogo francés Rebold da un vislumbre de la cultura dominante unos cinco mil años antes de la era cristiana, diciendo que a la sazón "había no menos de treinta o cuarenta colegios sacerdotales dedicados al estudio de las ciencias ocultas y al ejercicio de la magia".

Otro escritor añade:

> La s excavaciones recientemente practicadas en las ruinas de Cartago han puesto al descubierto vestigios de una civilización cuyo refinamiento artístico y lujo social debieron eclipsar a los de Roma antigua; y cuando se pronunció el *delenda est Carthago,* bien sabía la señora del mundo que iba a destruir a su única émula, pues si una estremecía la tierra con el peso de sus armas, la otra era la postrer y perfeccionada representante de una raza que muchos siglos antes de Roma tuvo la hegemonía de la civilización, el saber y la mentalidad del género humano[422].

Aquí hallamos otra prueba de la doctrina de los ciclos. Las afirmaciones de Draper, respecto a los conocimientos astronómicos de los antiguos egipcios, están corroboradas por un dato que J. M. Peebles cita del discurso pronunciado en Filadelfia por el astrónomo O.M. Mitchell. Sobre el ataúd de una momia existente en el museo Británico se ve dibujado el zodíaco con las exactas posiciones de los planetas en el equinoccio de otoño del año 1722 antes de J.C. El astrónomo Mitchell calculó la posición exacta que los astros de nuestro sistema solar debieron tener en dicha época

[422] De la *National Quarterly Review,* tomo XXXII, n.º LXIII; Diciembre de 1875. – La ciudad de Cartago a que se refiere el articulista es la que, según Appiano, florecía ya el año 1234 antes de J. C. o sea 50 antes de la caída de Troya, y no la que, según se cree generalmente, fundó Dido, (Elisa o Astarte) cuatro siglos más tarde.

y, según dice el mismo Peebles, "dió el cómputo por resultado que el 7 de Octubre de 1722 antes de J.C. la posición celeste de la luna y los planetas era precisamente la señalada en el ataúd del Museo Británico"[423].

Al impugnar la obra de Draper titulada: *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa,* arremete Fiske contra la doctrina de los ciclos, diciendo que "nunca hemos conocido ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, por lo que no hay ninguna garantía para inferir que en la actualidad estemos pasando por un ciclo"[424]. Además, censura a Draper porque en su elocuente y razonada obra atribuye origen egipcio a lo mejor de la cultura griega y encarama las civilizaciones no europeas sobre las europeas. Pero opinamos nosotros que los más notables historiadores griegos corroboran el juicio de Draper; y bien podría Fiske leer de nuevo con mayor provecho a Heródoto para enterarse de que el padre de la historia reconoce repetidamente que Grecia lo debe todo a Egipto.

Respecto a la afirmación de Fiske de que los hombres no han conocido jamás ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, basta para rebatirla echar una ojeada retrospectiva a las un tiempo gloriosas naciones que desaparecieron al llegar al término de su ciclo histórico. Comparemos el antiguo Egipto de refinada cultura artística, religiosa y científica, hermosas ciudades, magníficos monumentos y numerosos pobladores, con el actual Egipto donde los extranjeros predominan sobre una minoría de coptos que, entre ruinas guarecedoras de murciélagos y serpientes, son prueba superviviente de la pasada grandeza. Esta comparación demuestra axiomáticamente la teoría de los ciclos.

Sobre esta materia dice Gliddon[425]:

> Filólogos, astrónomos, químicos, pintores, arquitectos y médicos debieran ir a Egipto para hallar el origen del lenguaje y de la escritura; del calendario y del movimiento solar; del arte de tallar el granito con cinceles de cobre y templar espadas de este metal; de fabricar vidrios de colores; de transportar por vía terrestre o marítima, a cualquier distancia, bloques de sienita pulimentada de *novecientas toneladas;* de construir con dos mil años de anterioridad a la *Cloaca Magna* de Roma, arcos redondos y punteados cuya exactitud no han sobrepujado los modernos; de labrar columnas dóricas, mil años antes de que los dorios aparecieran en la historia; de pintar frescos inalterables; de conocer prácticamente la anatomía; y de construir pirámides que se burlan del tiempo.
>
> Artífices y artesanos pueden descubrir en los monumentos egipcios el perfeccionamiento de su respectivo oficio cuatro mil años atrás. Los grabados de Rossellini nos representan al carretero construyendo un carro; al zapatero tirando del bramante; al curtidor que empuña una cuchilla de modelo tenido hoy por inmejorable; al tejedor que mueve nuestra misma lanzadera; al herrero junto a la misma fragua que los nuestros tienen por la más útil; al

[423] Peebles: *Alrededor del mundo*

[424] *The North American Review;* julio de 1869. – Artículo de Fiske sobre Las leyes de la historia.

[425] Asimismo impugnado por Fiske.

> grabador que esculpía en jeroglíficos el nombre de *Schooho* hace 4.300 años. Todo ello son asombrosas pruebas de la supremacía egipcia[426].

Pero, a pesar de todo, la inexorable mano del tiempo descargó sobre los monumentos egipcios tan pesadamente que algunos de ellos hubieran quedado en eterno olvido a no ser por los *Libros de Hermes.* Monarca tras monarca y dinastía tras dinastía, desfilaron con ostentosa brillantez ante la posteridad, llenando el mundo con su nombre. Pero lo mismo que a los monumentos, los había cubierto el velo del olvido antes de que Heródoto nos conservara en minuciosa descripción el recuerdo del maravilloso Laberinto[427] ya arruinado en la época del famoso historiador cuya admiración por el genio de sus constructores llegaba al punto de diputarlo por superior a las Pirámides.

Los egiptólogos han aceptado la situación que Heródoto señala al Laberinto y están conformes en la identificación de sus nobles ruinas, corroborando con ello la descripción que del monumento hizo el historiador griego, según el siguiente extracto:

> Constaba de tres mil cámaras, mitad subterráneas, mitad a ras del suelo. Yo mismo pasé por estas últimas y pude examinarlas al pormenor; pero los guardianes del edificio no me permitieron entrar en las subterráneas[428] porque contenían los sepulcros de los reyes que mandaron construir el Laberinto, y también los de los cocodrilos sagrados. Vi y examiné con mis propios ojos las cámaras superiores y pude convencerme de que aventajaban en mérito a roda otra construcción humana… Los corredores a través de los edificios y las intrincadas revueltas entre los patios despertaron en mí admiración infinita, según pasaba de los patios a las cámaras y de las cámaras a las columnatas y de las columnatas a otros cuerpos de edificio que daban a nuevos patios. El techo era todo de piedra, así como las paredes, y uno y otras aparecían decorados con figuras primorosamente esculpidas. Los patios estaban circuidos de claustros con columnatas de piedra blanca de muy delicada escultura. En un ángulo de este Laberinto se alzaba una pirámide de 74 metros de altura con figuras colosales talladas en su mole, a la que se entraba por un amplio corredor subterráneo[429].

Si tal era el Laberinto cuando lo visitó Heródoto, ¿qué sería la antigua Tebas, destruida mucho antes de la época de Psamético, que reinó 530 años antes de la caída de Troya? Por entonces era Menfis la capital de Egipto, pues la gloriosa Tebas estaba ya en ruinas. Ahora bien; si nosotros sólo podemos juzgar por las ruinas de lo que ya lo eran tantos siglos antes de J.C. y sin embargo nos dejan atónitos de admiración, ¿cuál

---

[426] Por su parte, añade Peebles que los templos y sepulcros de Ramsés fueron tan admirables para Heródoto como lo son para nosotros. (*Alrededor del mundo).*

[427] No sólo el clero, sino gran parte de científicos apenas emancipados del dogmatismo, se hallan tan influidos por la cronología bíblica, durante siglos aceptada, que recelan computar la antigüedad de las ruinas prehistóricas en más de los 6.000 años en que hoy fijan los teólogos la edad del mundo.

[428] Que *quizás existen todavía,* para que lo sepan los arqueólogos.

[429] Rawlinson: Traducción de Heródoto.

no sería el aspecto de Tebas en la época de su esplendor? Sólo quedan de ella las ruinas de Karnak[430] que, no obstante su solitario abandono y secular olvido, atestigua como fiel emblema de mayestático señorío el arte habilísimo de los antiguos. Verdaderamente ha de estar falto de la espiritual percepción del genio quien no advierta la grandiosidad mental de la raza que levantó este monumento.

Champolión, el ilustre egiptólogo que ha pasado la mayor parte de su vida explorando restos arqueológicos, explana sus emociones en la siguiente descripción de Karnak:

> El área ocupada por las ruinas es un cuadrado de 1.800 pies de lado. El explorador queda asombrado y *sobrecogido* por la grandiosidad de aquellas sublimes ruinas y la pródiga magnificencia que se advierte en todas las partes de la fábrica. Ningún pueblo antiguo ni moderno tuvo del arte arquitectónico tan sublime concepto como lo tuvo el pueblo egipcio; y la imaginación que se cierne sobre los pórticos europeos, *cae desmayada* al pie de las ciento cuarenta columnas del hipóstilo de Karnak, en una de cuyas salas cabría como un adorno central, sin tocar el techo, la iglesia de Nuestra Señora de París.

Un periódico inglés, del año 1870, publicó el relato de un viajero, del que entresacamos el siguiente párrafo:

> Patios, salas, galerías, columnas, obeliscos, monolitos, estatuas y esfinges abundan de tal modo en Karnak, que su vista no es bastante para que la mente los abarque.

Por su parte, dice el viajero francés Denton:

> Difícilmente puede creerse, ni aun viéndolos, que haya adosados en un solo paraje tantos edificios de colosales proporciones cuya construcción supone infatigable perseverancia y cuya magnificencia exigió incalculable dispendio, de modo que el espectador duda de si está despierto o si sueña al contemplar tanta grandeza… En el *recinto del Santuario* hay lagos y montañas. Escogemos estos dos edificios como ejemplo entre una lista *poco menos que interminable*. Todo el valle del Nilo y la comarca del Delta, desde las cataratas al mar, estaba cubierto de templos, palacios, sepulcros, pirámides, obeliscos y monumentos con esculturas cuyo mérito excede a toda ponderación. Los entendidos en el arte diputan por maravillosa la perfección con que los artistas egipcios labraban el granito, la serpentina, el mármol y el basalto… Los animales y plantas parecen arrancados del natural y los objetos de artificio están primorosamente esculpidos. En los bajos relieves predominan escenas de batallas, combates navales y asuntos de la vida doméstica.

Savary añade sobre el particular:

> La vista de los monumentos sugiere elevadas ideas a la mente del viajero que, ante los soberbios y colosales obeliscos cuya grandiosidad parece transponer los límites de la

[430] Templo o palacio, comoquiera que lo llamen los arqueólogos.

> potencia humana no puede por menos de exclamar con ennoblecedora satisfacción *¡Esto fue obra de hombres!*[431].

A su vez, el doctor Richardson habla del templo de Dendera diciendo:

> Las figuras femeninas están labradas con perfección tan exquisita, que únicamente les falta el don de la palabra, pues la dulce expresión de su rostro no ha sido aventajada hasta ahora por artista alguno.

Todas las piedras están cubiertas de jeroglíficos cuyo *cincelado es más primoroso cuanto más antiguo,* en prueba de que las primeras noticias históricas de los egipcios corresponden a época en que ya las artes decaían rápidamente entre ellos.

Las inscripciones jeroglíficas de los obeliscos están grabadas con perfección insuperable hasta una profundidad de cincuenta milímetros y a veces todavía mayor[432]. No cabe duda de que todas estas obras, cuya solidez iguala a su belleza, se construyeron en época anterior al *Éxodo* de los hebreos, y casi todos los arqueólogos convienen en que cuanto más nos remontamos en la historia, más perfecto y delicado aparece el arte egipcio. Sin embargo, Fiske disiente de la opinión general y se aventura a decir que "las esculturas de los monumentos del Egipto, Indostán y Asiria, denotan al fin y al cabo *escasas facultades artísticas"* [433]. Pero este erudito va todavía más allá en su empeño de negar la sabiduría de los antiguos (que de derecho corresponde a la casta sacerdotal) y dice despectivamente:

> Lewis[434] ha refutado completamente la extravagante opinión de que los sacerdotes egipcios poseyeran desde la más remota antigüedad profundos conocimientos científicos que comunicaron a los filósofos griegos… Respecto a Egipto, India y Asiria, puede afirmarse que los colosales monumentos que desde los tiempos prehistóricos embellecieron estos países, atestiguan la primitiva influencia de un bárbaro despotismo incompatible con la elevación de la vida social y, por lo tanto, con el verdadero progreso[435].

No deja de ser peregrino el argumento. Porque si de la magnitud y proporciones de los monumentos públicos hubiera de inferir la posteridad el "atraso de la civilización", bien podrían los Estados Unidos de Norte América, que de tan cultos y libres presumen, reducir desde luego sus arañacielos a un solo piso; pues de lo contrario, con

---

[431] Savary: *Cartas sobre Egipto*, II, 67; Londres, 1786.

[432] Para dar idea de la profundidad de las incisiones , baste decir que los árabes, por el echo de una módica propina, se encaraman descalzos a la punta de los obeliscos apoyando pies y manos en las incisiones de los jeroglíficos.

[433] Fiske: *Las leyes de la historia.* – Articulo publicado en la *Nortk American Reviw*, Julio de 1869.

[434] *Astronomía de los antiguos.*

[435] Fiske: Artículo citado.

arreglo al criterio de Lewis, los arqueólogos del año 3877 al tratar de la "antigua América" de 1877 dirán que el país norteamericano fue un desmedido latifundio cultivado por los esclavos del presidente de la república. ¿Acaso la raza aria carece de aptitudes para la edificación y no pudo competir con los etíopes orientales[436] o caucásicos de tez obscura? ¿Habremos de inferir de ello que los grandiosos templos y pirámides fueron forzosamente erigidos bajo el látigo de un déspota inhumano? ¡Extraña lógica! Sería sin duda mucho más prudente atenernos a los "rigurosos cánones de la crítica" promulgados por Lewis y Grote, confesando sinceramente de una vez que sabemos muy poco acerca de las naciones antiguas y no será posible salir de especulativas hipótesis hasta que nos orientemos en la dirección seguida por los sacerdotes antiguos. Los modernos eruditos sólo saben lo que se les permitía saber a los no iniciados; pero esto debiera bastar para convencerles de que, no obstante vivir en el siglo XIX con su presumida supremacía en ciencias y artes, serían completamente incapaces, no ya de construir algo semejante a los monumentos de Egipto, India y Asiria, sino ni siquiera de redescubrir la menor de las artes perdidas.

Por otra parte, Wilkinson insiste en que en los exhumados tesoros de la antigüedad no descubrió jamás vestigios de *vida primitiva* ni de costumbres bárbaras, sino una especie de estacionaria civilización que se remonta a remotísimas épocas. Así tenemos que la arqueología discrepa de la geología, pues atribuye esta última mayor barbarie al hombre cuanto mas antiguas son las huellas que de él descubre. Es dudoso que la geología haya explorado ya el campo de investigación ofrecido por las cavernas, y así es posible que las opiniones de los geólogos, derivadas de sus actuales experiencias, se modifiquen radicalmente cuando lleguen a descubrir los restos de los antepasados del hombre de las cavernas.

Acabada demostración de la teoría de los cielos tenemos en que 700 años de la era cristiana enseñaban las escuelas de Tales y Pitágoras el movimiento y figura de la tierra con todo el sistema heliocéntrico; y 317 años después de J.C. vemos que Lactancio, preceptor de Crispo César, hijo de Constantino el Magno, enseña a su discípulo que la tierra es una llanura rodeada por el cielo, que a su vez está compuesto de fuego y agua, y le previene contra la *herética* doctrina de la esferoicidad de la tierra.

Siempre que engreídos de un nuevo descubrimiento dirigimos la vista al pasado, encontramos para nuestro desencanto ciertos vestigios indicadores de la posibilidad, si no de la certidumbre, de que el presunto descubrimiento no era completamente desconocido de los antiguos.

Se afirma como indudable que ni los hebreos de la época mosaica ni las naciones más civilizadas del tiempo de los Ptolomeos conocían la electricidad; pero quien se aferre a esta opinión no será por falta de pruebas en contrario, y aunque desdeñemos indagar el profundo significado de algunos pasajes de Servio y otros autores, no

[436] Oportunamente procuraremos demostrar que los antiguos etíopes no fueron de raza camita.

podremos olvidarlos hasta el punto de que un día se nos revele toda la expresiva verdad de su real significado. Así dice:

> Los primitivos habitantes de la tierra no ponían nunca fuego en los altares, sino que con sus preces atraían el fuego del cielo[437]… Prometeo descubrió y reveló a los hombres el arte de atraer el rayo. Por este método atraían el fuego de la región superior.

Si después de reflexionar sobre estas palabras, persistimos en considerarlas como fraseología de fábula mitológica, será mayor aún nuestra confusión al volver la vista a Numa, el rey filósofo tan renombrado por sus conocimientos esotéricos. No podemos acusarle de ignorancia ni de superstición ni de credulidad; porque, según atestigua la historia, estaba firmemente resuelto a extinguir el politeísmo idolátrico de cuyo culto había disuadido tan bien a los romanos, que durante algunos siglos no se vieron imágenes ni estatuas en sus templos.

Por otra parte, los historiadores antiguos nos dicen que Numa poseía notables conocimientos de física y, según tradición, los sacerdotes etruscos le iniciaron e instruyeron en el secreto de obligar a Júpiter Tonante a que descendiese a la tierra[438]. Ovidio dice también que por aquel tiempo empezaron los romanos a adorar a Júpiter Elicio. Por su parte opina Salverte que muchos siglos antes de los experimentos de Franklin, los había ya llevado a cabo Numa con excelente éxito, y que Tulio Hostilio fue la primera víctima del peligroso "huésped celeste". Tito Livio y Plinio cuentan el caso diciendo que como Tulio Hostilio encontrara en los *Libros de Numa* las instrucciones necesarias para ofrecer sacrificios a Júpiter Elicio, se equivocó al seguirlas y fue "herido por el rayo y consumido en su propio palacio"[439].

Observa Salverte que en la exposición de los secretos científicos de Numa se vale Plinio de "excepciones que parecen indicar dos distintos procedimientos: uno para provocar el rayo *(impetrare) y otro* para obligarle a caer *(cogere)* [440].

Remontándonos a los conocimientos que del trueno y del rayo tenían los sacerdotes etruscos, vemos que Tarchon[441], el introductor de la teurgia entre ellos, deseoso de resguardar su casa del rayo, la rodeó de un seto de brionia blanca[442], planta trepadora que tiene la propiedad de alejar el rayo. Por lo tanto, el pararrayos de punta metálica que al parecer debemos a Franklin, es, según todo indicio, un *redescubrimiento,* pues se

[437] Servio: *Virgilio* , égloga V, VI, 42.

[438] Ovidio: Fast., III, V, 285–346.

[439] Tito Livio, I, cap. XXXI. Con este pasaje concuerda este otro de distinto autor: "Quiso Tulio invocar el auxilio de Júpiter, pero como ejecutara imperfectamente el rito, pereció herido por el rayo" – (Lucio; "Pisón" Plinio: *Historia Natural,* Lib. XXVIII, capítulo II).

[440] Plinio: *Historia Natural,* II, cap. LIII.

[441] Personaje muy anterior al sitio de Troya.

[442] Columela, libro X, vers. 346 y sig.

conservan muchas medallas que demuestran muy claramente el conocimiento de este principio por los antiguos. El templo de Juno tenía la techumbre erizada de agudas hojas de espada[443].

Aunque haya muy pocas pruebas de que los antiguos conocían *todos* los efectos de la electricidad, bastan para demostrar que estaban familiarizados con esta modalidad de la energía. Sobre el particular, dice el autor de *Las ciencias ocultas* que, según Ben David, Moisés sabía algo referente a los fenómenos eléctricos, y de la misma opinión es el profesor berlinés Hirt. Por su parte, Michaelis expone las siguientes observaciones:

1ª Que no hay noticia de que durante mil años cayera rayo alguno en el templo de Jerusalén.

2º Que según Josefo[444] estaba la techumbre cubierta de multitud de afiladas puntas de oro.

3ª Que esta techumbre comunicaba con el interior de la colina sobre que estaba edificado el templo, por medio de tubos conectados con la armadura exterior, por lo que las puntas servirían de conductores[445].

Amiano Marcelino, historiador del siglo IV, famoso por la veracidad y exactitud de sus relatos, dice que dos magos conservaban perpetuamente en sus hogares el fuego que milagrosamente habían arrebatado del cielo[446]. En el *Upnek–hat* indo se lee la siguiente máxima:

> Quien conoce el fuego, el sol, la luna y el rayo, conoce las tres cuartas partes de la ciencia de Dios[447].

Por último, Salverte nos informa de que en tiempo de tesias "se conocía en la India el empleo de los pararrayos", pues dice este historiador que "el hierro colocado en el fondo de un pozo con la punta hacia arriba, aguzada en forma de espada, adquiría tan pronto como se la clavaba en el suelo la propiedad de alejar las tormentas y los rayos"[448]. ¿Cabe hablar más explícitamente?

Algunos autores modernos niegan que en el faro de Alejandria hubiese un gran espejo a propósito para descubrir las naves desde muy lejos; pero el célebre naturalista Buffon creía firmemente que hubo tal espejo en el faro, y por ello atribuía a los antiguos el honor de la invención del telescopio[449].

---

443 La Boissière: *Noticia sobre las tareas de la Academia del Gard,* part. I, 304–314.

444 *Guerra de judíos y romanos,* libro V, cap. XIV.

445 *Revista científica de Goetinga.* Año III, n.º 5.

446 Amiano Marcelino, libro XXIII, cap. VI.

447 **Upnek–hat**, Brahmana XI.

448 "Ktesias, in India ap. Photum", Bibl. cod. LXXII.

449 Buffon: *Historia natural de los minerales,* Mem. 6.ª, art. II.

En su obra acerca de los países de Oriente, asegura Stevens que en el alto Egipto vió caminos con ranuras paralelas cubiertas de hierro a manera de carriles. Canova, Powers y otros famosos escultores contemporáneos tienen a mucha honra que se les compare con los Fidias de la antigüedad, aunque la justicia no consentiría tan extremada lisonja.

Jowet no cree lo que Platón dice en el *Timeo* acerca de la Atlántida y le parecen patraña los cómputos de 8.000 y 9.000 años; pero Bunsen dice sobre el particular que "no es exagerada la fecha de 9.000 años en los anales de Egipto, porque precisamente a esta época se remontan los orígenes de este país"[450]. Así, pues ¿de qué tiempo datarán las ciclópeas construcciones de la antigua Grecia? ¿Serían las murallas de Tiro[451] anteriores a las Pirámides? No es posible atribuir a las razas históricas estas murallas de sólida mampostería de ocho metros de ancho por doce de alto formadas con bloques de roca de seis pies de arista[452], algunos de ellos, y en su mayoría lo bastante pesados para que no pudiese transportarlos una yunta de bueyes.

Las investigaciones de Wilkinson han demostrado que los antiguos conocían mucho de cuanto los modernos se engríen de haber descubierto. El papiro recientemente hallado por el egiptólogo alemán Ebers, revela que no eran un secreto para los egipcios las pelucas, añadidos y postizos, ni los polvos para suavizar el cutis ni los dentífricos para conservar la dentadura. Más de un médico moderno, aun de entre los neurópatas, podría consultar provechosamente los herméticos *Libros de Medicina* que contienen prescripciones terapéuticas de indudable eficacia.

Según hemos visto, los egipcios sobresalían en todas las artes. Fabricaban un papel de tan excelente calidad que resistía la destructora acción del tiempo. Según dice un autor anónimo, para fabricarlo "extraían la medula del papiro, cortaban en pedazos la fibra y, machacándola luego por un procedimiento secreto, obtenían una pasta tan fina como la de nuestro papel vegetal, pero mucho más duradero. Algunas veces pegaban unas tiras con otras, según se ve en los papiros que en esta disposición se conservan". El papiro hallado en la "cámara de la reina" de la pirámide de Gizeh y otros junto a las momias regias son blancos y finos ' como la muselina, al par que consistentes como el más duradero pergamino.

Añade el mismo anónimo autor que "durante mucho tiempo creyeron los eruditos (como también se equivocaron en otras cosas) que el papiro fue introducido en Egipto por Alejandro Magno; pero Lepsio encontró rollos de papiro en tumbas y monumentos de la duodécima dinastía y representaciones escultóricas de papiro en los de la cuarta.

[450] Bunsen: *Lugar de Egipto en la historia universal*, IV, 462.

[451] Opinan los arqueólogos que aun en la antigüedad histórica se consideraban esas murallas como obra de cíclopes.

[452] Equivalentes aproximadamente en volumen a seis metros cúbicos. – N. del T.

Hoy día está probado que los egipcios conocían ya la escultura en los remotísimos tiempos de Menes, su primer monarca histórico”[453].

A Champollión debemos la clave de la escritura jeroglífica[454], sin cuyo hallazgo seguirían los modernos calificando de ignorantes a los antiguos, no obstante aventajarlos éstos en el conocimiento de las artes y ciencias.

“Champollión fue el primero en conocer la maravillosa historia que los egipcios dejaron archivada en sus manuscritos y en la infinidad de inscripciones grabadas sobre toda superficie capaz de recibir los caracteres jeroglíficos que cincelaron y esculpieron en monumentos, rocas, piedras, paredes, tumbas y ataúdes y trazaron en papiros… A nuestra admirada vista revelan hoy día las pinturas hasta los más insignificantes pormenores de la vida doméstica de los egipcios, pues nada parece haberles pasado por alto… La historia de Sesostris nos demuestra lo muy versados que tanto él como su pueblo estaban en el arte de la guerra… Las pinturas revelan cuán animosos eran los soldados egipcios en la pelea. Construían también máquinas de guerra y, según refiere Horner, en cierta ocasión salieron por cada una de las cien puertas de Tebas doscientos hombres en carros de guerra muy hábilmente construidos y no tan pesados como nuestros feos e incómodos armones de artillería”.

Kenrich dice al describir estos carros de guerra que en ellos se echan de ver cuantos principios esenciales regulan la construcción y arrastre de carruajes, así como tampoco deja de hallarse en los monumentos de la décimo octava dinastía cuanto el gusto moderno aplica a la lujosa decoración de los vehículos. Los carros egipcios tenían muelles *metálicos* para evitar las bruscas sacudidas en sus rápidas carreras[455]. Los bajorrelieves representan batallas en todo su fragor y empeñadas peleas donde se advierten hasta en sus más leves pormenores las costumbres guerreras de los egipcios. Los combatientes llevaban cotas de malla y los infantes iban vestidos de túnicas

[453] Posteriormente se ha descubierto que la escritura egipcia era ya completa y estaba perfeccionada desde *un principio*.

[454] El año 1799 se encontró en Roseta una tabla de granito negro (la famosa piedra de Roseta) sobre cuya superficie aparecían tres inscripciones una debajo de otra. La superior estaba escrita en lengua copta; la intermedia en caracteres jeroglíficos y la inferior en lengua griega. Por el texto de esta última inscripción se vino en conocimiento de que pertenecía la tabla a la época de los Ptolomeos, pues era un edicto del quinto monarca de este nombre, en el que se ordenaba la exacción de un impuesto por el aprovechamiento de las aguas del Nilo. Tampoco tropezaron los arqueólogos con mayores dificultades para interpretar la inscripción copta, cuyo texto era de contenido idéntico al griego. De esta identidad de significado infirieron los arqueólogos que también había de decir lo mismo el texto Jeroglífico, y esperanzado en tan fundada conjetura, emprendió Champollión la tarea de ir cotejando los textos superior é inferior con el jeroglífico, y al cabo de cinco años de penosos tanteos y hábiles inducciones, logró el ilustre egiptólogo establecer la clave general de la interpretación jeroglífica, cuyas inscripciones pueden leerse desde entonces como cualquier otro idioma conocido. – N. del T.

[455] Así se ha demostrado a pesar de las incompletas investigaciones de Wilkinson en esta materia y de las inexactas descripciones que de ellos hace.

acolchadas con yelmos de fieltro chapeado de metal para mejor resguardarse de los golpes[456].

La química había alcanzado notable perfección entre los antiguos, según se infiere de un pasaje de las *Disertaciones* de Virey, en que este autor refiere que Asclepiadoto general de Mitrídates, obtenía químicamente las emanaciones deletéreas de la gruta sagrada[457].

Las armas de los egipcios eran espadas de dos filos, dagas, dardos, lanzas y picos. La infantería llevaba dardos y hondas; los carreros mazas y hachas. En las operaciones de sitio eran consumados tácticos, pues según dice el ya referido autor anónimo, dos asaltantes avanzaban formados en larga y compacta fila, protegida por una especie de catapulta de tres caras, que se movía merced a un rodillo impulsado por un grupo de hombres ocultos. Conocían también los caminos cubiertos y las escalas, en cuyo manejo para el asalto eran muy expertos, así como en el empleo del ariete y otras máquinas de guerra. Su pericia en el arte de la cantería les capacitaba para minar los cimientos de las murallas… Nos es mucho más fácil enumerar lo que los egipcios *sabían* que lo que *ignoraban,* pues diariamente se van hallando nuevas pruebas de sus maravillosos conocimientos, y si nos encontráramos con que ya empleaban cañones por el estilo de los de Armstrong, no sería ello más asombroso que gran parte de lo hasta ahora descubierto.

La excelencia de los egipcios en ciencias exactas se revela en que los griegos, a quienes consideramos como fundadores de la matemática y en particular de la geometría, aprendieron en Egipto. Dice Smyth, citado por Peebles, que los "conocimientos geométricos de los constructores de las Pirámides principian donde los de Euclides acaban". Antes de que la historia engendrase a Grecia, ya eran viejas y perfectas las artes egipcias. La agrimensura, derivada de la geometría, se conocía prácticamente en aquel pueblo, pues, según dice la *Biblia,* Josué distribuyó proporcionalmente entre los hijos de Israel la recién conquistada tierra de Canaán. ¿Y cómo hubiera sido posible que los egipcios, tan versados en filosofía natural, no lo estuvieran igualmente en psicología y filosofía espiritual? El templo era plantel de la más refinada civilización y en él se guardaba el altísimo conocimiento de la magia que constituía la quinta esencia de la filosofía natural. Con celoso sigilo se enseñaba allí el empleo de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y durante la celebración de los Misterios operaban los sacerdotes prodigiosas curas. Heródoto[458] reconoce que los

[456] El inventor italiano Muratori, que hace unos diez años construyó una coraza invulnerable, se inspiró seguramente en el sistema de los egipcios; pero el procedimiento de dar invulnerabilidad al cartón, fieltro y otras materias, es hoy una de tantas artes perdidas. Muratori logró preparar, aunque imperfectamente, dichas corazas de fieltro; más no obstante los tan encaramados descubrimientos de la química moderna, no pudo dar a su preparación aplicaciones prácticas.

[457] Estas emanaciones, al igual que las de Cuma, infundían en las pitonisas el frenesí mántico.

[458] Libro II, cap. 50.

griegos aprendieron de los egipcios cuanto sabían, incluso las ceremonias religiosas y el servicio de los templos, que por esta razón estaban principalmente dedicados a divinidades egipcias. El famoso Melampo, saludador y adivino de Argos, recetaba según el arte de los egipcios, de quienes lo había aprendido, siempre que deseaba que la cura fuese eficaz; y así curó a Ificlo de impotencia y debilidad por medio del *orín de hierro,* que al efecto le había indicado Mantis[459].

Dice Diodoro[460] que la diosa Isis ha merecido la inmortalidad porque todas las naciones de la tierra tienen pruebas de su poder para curar las enfermedades, "según está demostrado, no por fábulas, como entre los griegos, sino por hechos auténticos". Por su parte Galeno menciona varias medicinas que se confeccionaban en los templos y alude a una panacea llamada *Isis* [461].

Las enseñanzas de los filósofos griegos que aprendieron en Egipto revelan el profundo saber de sus maestros. Orfeo[462], Pitágoras, Heródoto, Platón y Solón estudiaron en los mismos templos, de boca de los mismos sacerdotes. Refiere Plinio[463] que, según testimonio de Antíclides, las letras del alfabeto fueron inventadas por el egipcio Menon, medio siglo antes de la época de Foroneo, el más antiguo rey griego. Jablonski demuestra que Pitágoras tomó de los sacerdotes egipcios el sistema heliocéntrico y la esferoicidad de la tierra, pues lo conocían desde tiempo inmemorial por haberlo aprendido de los brahmanes de la India[464]. También Fenelón, el ilustre arzobispo de Cambray, afirma que Pitágoras tuvo estos conocimientos [465] y enseñó a sus discípulos, no sólo la redondez de la tierra, sino la existencia de los antípodas, siendo además el primero en descubrir la identidad de la estrella matutina y vespertina[466].

Según Wilkinson, a quien posteriormente corroboran varios autores, dice que los egipcios conocían la división del tiempo, la verdadera duración del año y la precesión de los equinoccios. Del movimiento aparente de los astros infirieron las influencias dimanantes de su situación y conjunciones, de suerte que los sacerdotes, no tan sólo

---

[459] El oráculo o magnético sugestionador. Surengel cita muchas curaciones prodigiosas en su *Historia de la Medicina,* 119.

[460] *Tratado sobre los egipcios,* lib. I.

[461] Galeno: *De composit. Medec.,* libro V.

[462] Discípulo de Moisés, según Artapano. – Véase *Fragmentos antiguos.* Capitulo sobre los primitivos reyes de Egipto.

[463] Libro VII, c. 56.

[464] Jablonski: *Panteón de los egipcios,* II. Prolegómenos, 10.

[465] Fenelón: *Vidas de los filósofos antiguos.*

[466] Si tenemos en cuenta que Pitágoras floreció en la 16ª olimpiada, unos 700 años antes de la era cristiana, cabe conjeturar que otros le precedieran en estos conocimientos. Aristóteles, Laercio y otros autores afirman al hablar de Pitágoras que había aprendido de los egipcios la oblicuidad de la eclíptica, la composición estelar de la Vía láctea y que la luz de la luna es reflejo de la solar.

vaticinaban con igual acierto que los modernos metereólogos los cambios atmosféricos, sino que también pudieron dar predicciones astrológicas. Así, pues, hemos de convenir en que los cómputos modernos no aciertan a determinar con exactitud la época en que la astronomía llegó al grado máximo de perfección, por más que el austero y elocuente Cicerón no deje de tener motivo para indignarse contra las exageraciones de los sacerdotes babilonios, que "afirmaban haber perpetuado en algunos monumentos las observaciones astronómicas correspondientes a un período de 470.000 años"[467].

Dice un articulista científico:

> Toda ciencia pasa por tres etapas evolutivas: 1ª La de observación, en que diversos investigadores observan y anotan los hechos en distintos puntos a la vez. 2ª La de generalización, en que las observaciones cuidadosamente comprobadas se ordenan, generalizan y clasifican metódicamente con objeto de inducir las leyes reguladoras. 3ª La de vaticinio, en que el conocimiento de las leyes permite predecir con infalible exactitud los acontecimientos futuros.

Si los astrónomos chinos y caldeos pronosticaban les eclipses algunos miles de años antes de nuestra era, poco importa que se valiesen para ello del ciclo de Saros o de cualquier otro medio, pues lo cierto es que habían llegado a la tercera etapa de la ciencia astronómica y, por lo tanto, *pronosticaban.* El astrónomo Mitchell ha demostrado que en el año 1722 antes de J.C. trazaron los caldeos el zodíaco con las exactas posiciones de los planetas en el equinoccio de otoño, y de ello cabe inferir que conocían perfectamente las leyes reguladoras de los hechos "cuidadosamente comprobados" y las aplicaban con tanta seguridad como los modernos astrónomos.

Por otra parte, según dice un periódico profesional, "la astronomía es la única ciencia que en nuestro siglo ha llegado a la *última etapa.* Las demás ciencias están todavía en período de desenvolvimiento; y aunque, por ejemplo, la electricidad haya alcanzado en alguna de sus ramas la tercera etapa, en otras muchas está todavía en la infancia"[468]. Así lo corroboran las dolorosas confesiones de los mismos científicos en el siglo a que pertenecemos; pero no les sucedía tal a quienes vieron los gloriosos días de Caldea, Asiria y Babilonia. Respecto de los progresos que habían realizado en las ciencias *nada sabemos,* sino que en astronomía se hallaban a la altura de nuestra época, puesto que habían llegado también a la *tercera* etapa. Con mucho arte describe Wendell Phillips tal estado diciendo:

[467] Cicerón: *De Divinatione.*

[468] *Telegraphic Journal.* Art. *Profecías científicas.*

> Parece como si nos figurásemos que la ciencia ha empezado con nosotros… y miramos compasivamente la mezquindad, ignorancia y oscurantismo de las épocas pasadas[469].

Oigamos ahora lo que dice Draper de un pueblo que, según Albrecht Müller[470], acababa de salir de la edad de bronce para entrar en la de hierro:

> Si Caldea, Asiria y Babilonia nos ofrecen *estupendas y venerables antigüedades cuyo origen se pierde en las sombras del tiempo,* no le faltan a Persia maravillas de épocas posteriores. Los pórticos de Persépolis abundaban en portentosas esculturas, tallas, esmaltes, obeliscos, esfinges, toros colosales, anaqueles de alabastro y otras bellezas artísticas. Ecbatana, capital de los medos y residencia vernal de los monarcas persas, estaba defendida por siete muros circulares cuya altura aumentaba de exterior a interior y cuyas piedras talladas y pulidas eran de colores armonizados astrológicamente con los de los siete planetas. El palacio real tenía el *tejado de plata,* las vigas forradas de oro y a media noche multitud de lámparas de nafta emulaban en los patios la luz del sol. Parecía un paraíso plantado por el fausto de los monarcas orientales en el centro de la ciudad. El imperio persa era verdaderamente el jardín del mundo… Tras los estragos del tiempo y de los saqueos de tres conquistadores, todavía estaban en pie las murallas de Babilonia de sesenta millas de circuito y ochenta pies de altura[471] y se veían las ruinas del templo de Belo en cuya cúpula, que parecía hendir las nubes, se encontraba el observatorio en donde los sabios astrónomos caldeos se comunicaron nocturnamente con los astros. Aun quedaban vestigios de los palacios de jardines colgantes en que medraban plantas aéreas y se veían restos de la máquina elevadora de las aguas del río. También hubo un lago artificial en el que mediante una vasta red de acueductos y presas se recogía el agua procedente de la fusión de las nieves de las montañas de Armenia y la llevaban a la ciudad por entre los diques del Eufrates. Pero lo más admirable de todo era sin duda el túnel construido bajo el lecho del río[472].

Los comentadores y críticos contemporáneos juzgan de la sabiduría de los antiguos tan sólo por el *exoterismo* de los templos y no quieren o no saben penetrar en el solemne *adyta* de la antigüedad, donde el hierofante enseñaba al neófito la verdadera significación del culto público. Ningún sabio antiguo pensó que el hombre fuese el rey

---

[469] Phillips: Conferencia sobre las *Artes perdidas.* – Del todo conformes con la opinión del distinguido conferenciante, confesaremos que hemos escrito este capítulo (hasta cierto punto desglosado del plan de la obra) con el propósito de preguntarles a los científicos si están seguros de enorgullecerse con justo motivo.

[470] *Primeros vestigios del hombre en Europa.* Afirma este autor que "la edad de bronce va más allá de los comienzos del período histórico en algunos países y abarca las dilatadas épocas de los imperios egipcio y asirio, cerca de 1.500 años antes de J. C., así como los principios de la inmediatamente siguiente edad de hierro". En la misma obra propone Albrecht Müller que a nuestra edad se la denomine "edad de papel"; pero disentimos en esto del autor, porque estamos firmemente convencidos de que las futuras generaciones la llamarán "edad de latón" ó, en caso más desfavorable, "edad de oropel".

[471] Dimensiones correspondientes aproximadamente a 96 kilómetros de circuito y 25 metros de altura. – N. del T.

[472] Draper: *Conflictos entre la religión y la ciencia.*

de la creación ni que para él hubiesen sido creadas las estrellas del cielo y nuestra madre tierra. Prueba de ello nos da el siguiente pasaje:

> No pongas tu atención en las vastas dimensiones de la tierra porque en su suelo no medra la planta de la verdad. Ni midas tampoco el tamaño del sol con sujeción a reglas, porque la voluntad del Padre lo mueve *y no para tu provecho.* No te fijes en el impetuoso curso de la luna, porque la necesidad la impele. El movimiento de los astros *no se ordenó para ti*[473].

Esta enseñanza es demasiado elevada para atribuir a sus autores la divina adoración del sol, de la luna y las estrellas; pero como la sublime profundidad de los conceptos mágicos trasciende a cuanto pueda alcanzar el moderno pensamiento materialista, cae sobre los filósofos caldeos la acusación de sabeísmo supersticioso, tan sólo imputable al vulgo de aquellas gentes, pues había enorme diferencia entre el culto público y oficial del Estado y el *verdadero* culto que únicamente se enseñaba a los dignos de aprenderlo.

Citaremos otro pasaje para demostrar lo infundado de la acusación de supersticiosos levantada contra los magos caldeos. Dice así:

> *No es verdad* el amplio vuelo de las aves ni la disección de las entrañas de las víctimas. Todo ello son chucherías en que se apoya el *fraude venal.* Huye de estas cosas si quieres que para ti se abra el sagrado paraíso de la edad donde están hermanadas la virtud, la sabiduría y la justicia[474].

Ciertamente, que no merecen inculpación de fraude venal quienes contra este riesgo precaven a las gentes; y si operaban hechos al parecer milagrosos ¿quién negará con justicia que eran capaces de tales obras porque sus conocimientos de filosofía natural y psicología aventajaban a los de las escuelas contemporáneas? ¿Qué no sabían los magos caldeos? Está probado que determinaron correctamente el meridiano terrestre antes de la construcción de las pirámides. Se valían de relojes y cuadrantes para medir el tiempo y empleaban por unidad de longitud el codo[475]. También tenían unidad ponderal, según dice Heródoto, y en cuanto a monedas se servían de anillos de oro y plata evaluados a peso. Desde tiempos muy remotos emplearon los sistemas de numeración decimal y duodecimal y estaban muy adelantados en álgebra. A este propósito dice un autor anónimo: "¿cómo hubieran podido aplicar tan enormes fuerzas de no comprender perfectamente el secreto de lo que hoy llamamos energía mecánica?"

Según testimonio de la *Biblia,* también conocieron los egipcios el arte de tejer el lino y otras telas de sutil urdimbre. Cuando José compareció en presencia del Faraón, vestía

---

[473] Psello: *Oráculos caldeos,* 4, CXIIV. – *Preceptos mágicos y filosóficos de Zoroastro*

[474] Psello: *Oráculos caldeos,* 4.

[475] Equivalente a 1'707 pies ingleses o sea unos 0'526 m.

una túnica de lino finísimo con cadena de oro y muchos otros aderezos. El lino de Egipto era famoso en todo el mundo y los lienzos de esta tela en que aparecen envueltas las momias se conserva admirablemente. Plinio refiere que 600 años de la era cristiana, el rey Amasis envió a Lindo una vestidura cuyos hilos constaban de 360 cabos. Al hablar Heródoto[476] de los misterios de Isis nos da idea de la "admirable suavidad de las vestiduras de lino que llevaban los sacerdotes"[477].

Basta consultar el *Éxodo* para convencerse de la habilidad que suponían en los israelitas (discípulos de los egipcios), las labores del tabernáculo y el Arca de la Alianza. Josefo encomia la incomparable belleza y maravillosa labor de las vestiduras sacerdotales adornadas "con granadas y campanillas de oro" y la pedrería del *thummim o* pectoral del sumo pontífice; pero está ya fuera de duda que los hebreos tomaron de los egipcios los ritos y ceremonias del culto religioso, así como el traje de los levitas. Clemente de Alejandria confiesa, aunque con repugnancia, este remedo de los hebreos, y lo mismo reconocen Orígenes y otros Padres de la Iglesia, sin que, como es natural, falten de entre ellos quienes atribuyan la semejanza a estratagemas de Satanás cuya astucia preveía los acontecimientos. El astrónomo Proctor dice en una de sus obras que el pectoral de los pontífices israelitas era joya de directa procedencia egipcia, pues la misma palabra *thummim* es de notorio origen egipcio y se la apropió Moisés con todo lo demás de sus ritos, porque en las representaciones pictóricas del juicio de los muertos, el dios Horus[478] guía al difunto mientras que Anubis coloca en uno de los platillos de la balanza el vaso de las buenas acciones, por ver si equilibra el peso de la diosa de la verdad *(Thmèi)* figurada en el otro platillo, así como también en el pectoral del juez"[479].

Los egipcios conocieron todas las artes decorativas. Labraban admirablemente el oro, la plata y las piedras preciosas que los lapidarios tallaban, pulían y engarzaban con primoroso estilo[480]. Las imitaciones en vidrio de toda clase de piedras preciosas y más particularmente de la esmeralda, superaban a cuanto en este artículo se hace hoy día.

---

[476] Libro I.

[477] El calzado de los sacerdotes de Isis era de papiro y sus vestiduras de *lino finísimo,* porque la diosa enseñó el aprovechamiento de esta planta textil. Así es que a dichos sacerdotes se les llamaba indistintamente *isíacos* (sacerdotes de Isis) y *linígeros* (los que llevan lino). El tinte de estas telas era de aquellos magníficos y brillantes colores cuyo secreto pertenece a las "artes perdidas".

En las túnicas de las momias se echan de ver con frecuencia hermosos bordados y abalorios de cuentas. En el museo de Bulak (Cairo) se conservan algunas de estas túnicas de exquisito dibujo, insuperable belleza y acabadísima labor. Los tan renombrados tapices de los Gobelinos resultan burdos en comparación de los bordados egipcios.

[478] Nos parece que Proctor se equivoca en la interpretación de esta figura.

[479] Proctor: *Saturno y el sábado de los judíos,* 309. – Wilkinson demuestra que el *thummim* hebreo es el plural de la palabra *Thmèi. (Usos y costumbres de los antiguos egipcios).*

[480] Sino recordamos mal, el anillo de una momia egipcia fue considerado como la más artística joya en la Exposición de Londres de 1851.

Dice Wendell Phillips que en las ruinas de Pompeya se descubrió un aposento donde había vidrios opalinos, tallados, planos y de todos colores. Unos misioneros católicos que fueron a China hace dos siglos tuvieron ocasión de ver un vaso de cristal incoloro y diáfano, lleno de un licor acuoso fabricado por los chinos. "Mirando el vaso al través, parecía como si estuviese lleno de peces y lo mismo sucedía al volver a llenar el vaso cuantas veces se vaciaba". En Roma era objeto de curiosidad un trozo de vidrio transparente que, levantado en alto, no se notaba nada oculto en su interior, pero en el centro había una gota de vidrio del tamaño de un guisante, con vetas y motas de tan variados colores que no la hubiera excedido en perfección el más hábil miniaturista. Era evidente que "aquella gota de vidrio líquido se introdujo en el interior del trozo sólido" mediante una temperatura más elevada que la requerida por el temple del vidrio, pues el procedimiento empleado indica la presencia de un hueco, sin que se advierta juntura alguna. Respecto al maravilloso arte de los egipcios para imitar la! piedras preciosas, dice Phillips que el "famoso cáliz de la catedral de Génova fue considerado durante muchos siglos como una esmeralda maciza que, según tradición, formó parte de los tesoros regalados a Salomón por la reina de Saba y en él bebió el Salvador la noche de la cena". Posteriormente se descubrió que era una esmeralda hábilmente imitada, pues cuando Napoleón se la llevó a París para someterla al examen de los miembros del Instituto, declararon éstos que no era esmeralda, aunque sin acertar cuál fuese la materia empleada en la imitación.

El mismo Phillips refiere, al tratar de la destreza de los antiguos en la elaboración de metales, que "cuando los ingleses saquearon el palacio de verano del emperador de China, se sorprendieron los artistas europeos al ver vasos de metal, tan exquisitamente labrados, que dejaban muy atrás la ponderada habilidad de los orfebres occidentales. Por otra parte, los viajeros han recibido de manos de las tribus del interior de África *mejores navajas* de las que ellos llevaban. Añade el mismo autor, que Jorge Thompson le refirió "haber visto en Calcuta como un hombre echaba al aire un puñado de seda en rama que un indio cortó con un sable fabricado en el país, a pesar de que los europeos consideran su acero como el mayor triunfo de la metalurgia y ésta como la gloria de la química".

Así vemos que las razas semíticas, a que pertenecían los antiguos egipcios, extrajeron el oro de la tierra y lo separaron de la escoria con asombrosa destreza. En las cercanías del mar Rojo se encontró abundancia de cobre, plomo y hierro.

Bajo el testimonio de algunos egiptólogos, afirma Pengelly[481] que el primer hierro empleado por los egipcios fue el *meteórico,* llamado *piedra del cielo* en un documento egipcio que por vez primera lo menciona. Esto inclina a suponer que en la antigüedad se empleó únicamente el hierro meteórico; pero aunque así ocurriera en los comienzos del período a que alcanzan las actuales investigaciones geológicas, nadie puede

[481] *Los hombres de las cavernas del Devonshire.* – Discurso pronunciado el año 1873 en la Real Sociedad de Londres.

asegurar que no haya error de algunos centenares de miles de años, mientras no se compute, siquiera aproximadamente, la antigüedad de los restos arqueológicos. El coronel Howard Vyse ha demostrado en parte la ligereza con que los eruditos aseguraron que los caldeos y egipcios *nada sabían* en punto a minería y metalurgia, pues Homero y la Biblia hebrea mencionan piedras preciosas que únicamente se hallan en yacimientos muy profundos. ¿Acaso han averiguado los científicos la fecha exacta en que el hombre abrió la primera galería de mina?

Según el doctor Hamlin, las artes del orfebre y lapidario se conocieron en la India desde incomputable antigüedad. Por otra parte, los arqueólogos no tienen más remedio que admitir el temple del acero entre los egipcios desde los tiempos más remotos, o reconocer que poseían útiles más perfectos que los nuestros para la talla y cincelado de los materiales, pues, de lo contrario, ¿cómo hubieran podido cincelar y esculpir tan artísticas obras escultóricas? Si no emplearon para ello herramientas de acero exquisitamente templado, forzosamente habrían de valerse de algún otro medio para tallar la sienita, el granito y el basalto, con lo que tendríamos una nueva arte que añadir al catálogo de las perdidas.

Dice Albrecht Müller sobre este asunto:

> Podemos atribuir la introducción del bronce labrado a la poderosa raza aria que emigró del Asia hace unos seis mil años… La civilización, oriental precedió de muchos siglos a la occidental y hay pruebas de que ya desde un principio alcanzó notable grado de cultura, pues además del bronce *conocían también el hierro*. Empleaban el barro cocido, al que después daban en el tomo las diversas formas propias de la alfarería. Se han encontrado objetos de vidrio, plata y oro correspondientes a épocas muy primitivas y en algunas montañas se descubrieron montones de escorias y restos de hornos siderúrgicos… Cierto es que los montones de escorias se han atribuido a la acción volcánica; pero esta hipótesis queda sin fundamento al advertir que precisamente no son aquellos terrenos de origen volcánico.

Pero la ciencia del admirable pueblo egipcio se manifiesta más esplendorosamente en el embalsamamiento y momificación de los cadáveres, aunque tan sólo quienes hayan estudiado especialmente este punto pueden apreciar la habilidad, paciencia y conocimientos químicos y anatómicos necesarios para llevar a cabo la incorruptible obra cuyo procedimiento requería algunos meses de labor. Las momias resisten indestructiblemente el seco clima de Egipto y aún persisten inalterables cuando se las remueve de los sepulcros donde durante milenios reposaron. Dice un autor anónimo que "primero inyectaban en el cadáver mirra, casia y otras resinas aromáticas, y después de saturarlo de natrón[482], lo vendaban con tan insuperable destreza y artística perfección que maravilla a los modernos cirujanos".

[482] Carbonato sódico cristalizado en estado natural, con mezcla de sal marina y sulfato sódico. – N. del T.

Por su parte, añade Grandville que "la cirugía moderna no tiene forma alguna de vendaje que supere y exceda en ingeniosa habilidad al fajado de las momias egipcias, pues no se advierte añadido alguno en las vendas de lino que a veces miden *mil yardas*[483] de longitud".

Rosellini atestigua[484] la maravillosa variedad y destreza del entrelace y aplicación de los vendados, hasta el punto de que los sacerdotes y al par médicos de aquellas remotas épocas trataban con éxito toda clase de fracturas del cuerpo humano.

¿Quién no recuerda la emoción que despertó unos veinticinco años atrás el descubrimiento de la anestesia? El éter sulfúrico, el éter clórico, el cloroformo y el óxido nitroso (gas hilarante) con otras combinaciones derivadas de estas substancias fueron acogidas como bendición del cielo por la humanidad doliente y todos consideraron la anestesia como el más grande descubrimiento[485], a pesar de los fatales resultados que en ocasiones dieron el famoso *letheon* [486] de Morton y Jackson, el cloroformo de Simpson y el óxido nitroso aplicado por Colton, Dunham y Smith, pues hubo enfermos que perdieron el conocimiento para no recobrarlo más. Pero ¿qué importaban estos fracasos en comparación de los éxitos? Los médicos aseguran que son ya rarísimos los accidentes mortales causados por la anestesia, acaso porque aplican los anestésicos con tanta parsimonia, que en la mitad de los casos no producen efecto alguno y el paciente queda impedido durante unos cuantos minutos en sus movimientos externos, pero tan sensible al dolor como en estado normal. Sin embargo, aunque generalmente considerado haya sido el descubrimiento de los anestésicos beneficioso para la humanidad, ¿no tuvo precedentes este descubrimiento?

Dioscórides nos describe la piedra de Menfis *(lapis menphiticus),* como una especie de guijarro redondo, pulimentado y muy brillante, que reducido a polvo y aplicado a manera de untura sobre la parte del cuerpo en que, ya con bisturí, ya con cauterio, había de operar el cirujano, anestesiaba *aquella parte tan* sólo, de suerte que el enfermo no sentía dolor alguno, con la ventaja de conservar el conocimiento sin ulteriores perjuicios. Desleído el polvo de esta piedra en vino o agua, curaba toda clase de dolor[487].

Desde tiempo inmemorial poseyeron los brahmanes el secreto de la anestesia. Las viudas que por costumbre estaban obligadas al sacrificio del *sahamaranya*[488] no habían

---

[483] Unos 924 metros. – N. del T.

[484] Véase Kenrik: *Egipto antiguo.*

[485] El verdadero descubridor de la anestesia fue el doctor Horacio Wells, de Hartford, en 1844; pero, como suele suceder en estos casos, se llevaron la fama dos años después sus colegas Morton y Jackson.

[486] Un compuesto a base de éter sulfúrico.

[487] Dioscórides: Περὶ Ὑλῆς Ιατριχῆς, libro V, cap. CLVIII. – También Plinio describe minuciosamente esta piedra en su *Historia natural,* libro XXXVIII, cap. VIL.

[488] Arrojarse a la pira que consumía el cadáver de su marido.

de temer el más leve sufrimiento entre las llamas, porque previamente se las ungía con óleo sagrado de efectos anestésicos[489].

Egipto fue la cuna de la química. Kenrick demuestra que esta palabra se deriva de *Chemi o Chem,* nombre primitivo del país[490], cuyos habitantes conocieron perfectamente la fabricación de colores. Los hechos, hechos son. ¿Qué pintor contemporáneo podría decorar las paredes de nuestros edificios con inalterables colores? Cuando nuestras deleznables construcciones se hayan convertido en montones de polvo y las ciudades en informes ruinas de mortero y ladrillos, sin que nadie se acuerde de sus nombres, todavía permanecerán en pie las piedras de Karnak y Luxor, y las espléndidas pinturas murales de este último monumento serán indudablemente tan vivas y brillantes dentro de cuatro mil años, como lo son hoy día y lo fueron cuatro mil años atrás. Dice el ya citado autor anónimo que "el embalsamiento de las momias y la pintura al fresco no eran entre los egipcios artes debidas a la casualidad, sino que las establecieron por preceptos fijos y reglas tan definidas como cualquier inducción de Faraday".

Los museos italianos se enorgullecen hoy de sus pinturas y vasos etruscos, y las orlas decorativas de los vasos griegos admiran a los anticuarios, que las atribuyen a los

---

[489] Levaba la viuda una corona entretejida con las raíces de una planta sagrada que se arrancaba a media noche en la confluencia de los ríos Ganges y Yunuia. Además se le untaba todo el cuerpo, así como los vestidos y atavíos, con grasas y óleos sagrados. Tanto la corona como las unturas eran anestésicos mágicos. Según testimonio ocular del misionero Paulino de St. Barthelemy *(Viaje a las Indias orientales,* I, 358*),* en el acto de la cremación vertían en la pira la grasa que se inflamaba instantáneamente, y la *aletargada* viuda moría por *asfixia* antes de que la tocaran las llamas. Sin embargo, cuando la ceremonia se practicaba con arreglo al ritual establecido por la costumbre; no quedaban aletargadas las viudas en el sentido con que suele tomarse esta palabra, pues únicamente se tomaban las precauciones convenientes para evitarles la espantosa agonía de la muerte en hoguera.

Sostenida por sus parientes, daba la viuda tres vueltas a la pira y después de despedirse de todos se arrojaba sobre el cadáver de su marido con la sonrisa en los labios, alentada por la firmísima esperanza en la vida futura, en la beatífica libertad que pronto iba a lograr. Su mente está despejada como en estado normal y tal vez más todavía, y si alguien ha de sufrir cuando suene la hora de la justicia, no es la ardiente esclava de su fe, sino los astutos brahmanes, quienes saben perfectamente que jamás estuvo prescrito tan horrible sacrificio. En cuanto a la víctima, después de su muerte, se convierte en *satî* (pureza trascendental) y recibe los honores de la canonización.

Varios sanscritistas, entre ellos Max Müller, Wilson y Bushby, demuestran, según testimonio de algunos orientalistas indos y europeos, que las Escrituras induistas no sólo no sancionan, sino que prohíben severamente la cremación de la viuda *(La cremación de las Viudas,* p. 21. – Véase Max Müller: *Mitología comparada).* Dice Max Müller que Wilson fue el primero en advertir la falsificación del texto sagrado en este punto por medio del cambio de las palabras *yonim agre* en las de *yonim agne* (matriz del fuego)… Según los himnos del *Rig Veda y el* ceremonial védico descrito en los *Grihya–Sûtras,* la esposa ha de acompañar el cadáver de su marido hasta la pira funeraria, donde después de escuchar la recitación de un versículo del *Rig Veda* se le ordena que deje a su marido y vuelva al mundo de los vivos". – *(Mitología comparada, p. 35).*

[490] Salmo CV, 27.

artistas helénicos, cuando en rigor "son meras copias de las que ostentan los vasos egipcios", según se colige de los dibujos existentes en una tumba de la época de Amenoph I, antes de la población de Grecia.

¿Qué hay en nuestros días comparable a los templos de Ipsambul (Baja Nubia) abiertos en la roca? Allí se ven estatuas sedentes de setenta pies de alto[491] talladas en la peña viva. El torso de la estatua de Ramsés II en Tebas mide sesenta pies de contorno[492] en proporción de las demás partes de la figura, con la que comparada nuestra estatuaria parece de pigmeos.

Los egipcios conocieron el hierro mucho antes de la construcción de la primera Pirámide, o sea hace unos 20.000, años, según cómputo de Bunsen, como lo prueba el hallazgo, por el coronel Howard Vyse, de *una pieza de hierro* oculta en un intersticio de la pirámide de Cheops, donde sin *duda alguna la colocaron los constructores.* Los egiptólogos han encontrado copiosos indicios de que ya en tiempos prehistóricos conocían los antiguos con mucha perfección la metalurgia, y aun hoy se ven en el Sinaí grandes montones de escorias procedentes de las fundiciones[493]. La práctica de la metalurgia y de la química se resumía en aquellos tiempos en la alquimia y formaba parte de la magia prehistórica[494].

En cuanto a navegación, podernos probar, bajo testimonio de fidedignas autoridades, que Necho II armó en el mar Rojo una flota de exploración que navegó durante dos años, saliendo por el estrecho de Bab–el–Mandel y regresando por el de Gibraltar, aunque Heródoto no se muestra muy dispuesto a reconocerles esta proeza marítima, pues "le parece increíble la afirmación de aquellos navegantes respecto de que al volver a su país se levantaba el sol a su derecha".

Sin embargo, el autor a que estamos comentando dice sobre el particular:

> No obstante, quienquiera que haya doblado el cabo de Buena Esperanza tendrá por incontrovertible la afirmación de los navegantes egipcios que tan inverosímil le parecía a Heródoto, quedando con ello demostrado que los egipcios realizaron la hazaña marítima repetida por Vasco de Gama muchos siglos después. De los navegantes egipcios se refiere que durante su viaje desembarcaron en dos puntos sucesivos de la costa donde, tras sembrar y cosechar trigo, se hicieron de nuevo a la vela para cruzar triunfantes por entre las columnas de Hércules en demanda de Egipto… Este pueblo mereció la denominación de *veteres* con mayor justicia que los griegos y romanos. La joven Grecia, neófita en conocimientos, los voceaba a cuatro vientos para llamar la atención del mundo entero. El viejo Egipto, encanecido en la sabiduría, confiaba tanto en su ciencia, que sin empeño alguno en excitar la

[491] 21,50 metros. – N. del T.

[492] 18,5o metros. – N. del T.

[493] Moisés construyó en el desierto la serpiente de bronce o *seraph* que los israelitas adoraron hasta el reinado de Ezequías.

[494] Moisés dió prueba de sus conocimientos alquímicos al pulverizar el becerro de oro y desleír el polvo en agua.

admiración hacía el mismo caso de los petulantes griejos como el que hoy hacemos nosotros de un salvaje de las islas Fidji.

Un venerable sacerdote egipcio le dijo cierta vez a Solón: "¡Ah Solón, Solón! Los griegos seréis siempre niños, porque desconocéis la sabiduría antigua y estáis faltos de duradera disciplina".

En efecto, quedó Solón en extremo sorprendido cuando los sacerdotes egipcios le dieron a entender que la mayor parte de las divinidades griegas eran remedo y copia disimulada de las egipcias. Así decía con mucha razón Zonaras: "Todas estas cosas vinieron de Caldea a Egipto y de aquí pasaron a los griegos".

David Brewster describe acabadamente la construcción de varios autómatas, por el estilo del *flautista de Vaucanson,* obra maestra de mecánica de que se enorgulleció el siglo XVIII; pero los pocos datos fidedignos que sobre el asunto proporcionan los autores antiguos, nos confirman en la opinión de que los mecánicos del tiempo de Arquímedes y aun algunos de sus antecesores, no eran ni más ignorantes ni menos ingeniosos que los modernos inventores. Archytas, natural de Tarento, preceptor de Platón y eminente filósofo, al par que profundo matemático y habilísimo mecánico, construyó una paloma de madera que volaba y se mantenía por no poco tiempo en el aire[495].

Los egipcios sabían prensar la uva para convertir el zumo en vino por fermentación; y aunque esto nada tenga de particular, más notable es que, 2.000 años antes de J.C. fabricaran cerveza en grande escala, según demuestra el papiro de Ebers[496].

También sabían fabricar vidrios de toda clase, pues muchos relieves escultóricos representan escenas en que figuran botellas y sopletes de vidriero. Además, en, las excavaciones arqueológicas se han encontrado pedazos de vidrio de magnífico aspecto. Según dice Wilkinson, los egipcios sabían cortar, pulir, deslustrar y grabar el vidrio, con el arte de interponer laminillas de oro entre las dos superficies de la masa. También se valían del vidrio para imitar a la perfección perlas, esmeraldas y todas las piedras preciosas.

Asimismo cultivaron los egipcios el arte musical y conocieron los secretos de la armonía y su influencia en el ánimo, por lo que en los sanatorios de los templos se empleaba la música para la curación de ciertas enfermedades[497]. La música de los egipcios abarcaba tres géneros principales: religiosa, cívica y militar. En los conciertos sacros tenían la lira, el arpa y la flauta; en las fiestas cívicas, la guitarra, las gaitas

---

495 También se le debe a Archytas la invención del tornillo, de la grúa y de varias máquinas hidráulicas. Floreció 400 años antes de la era cristiana. (A Gell: *Noet, Attic,* libro X, cap. XIII).

496 La cerveza egipcia debió de ser de mucha fuerza y exquisito sabor, como todo cuanto hacían.

497 Ea las tallas y relieves de las épocas más antiguas de Egipto se ven músicos que tañen diversos instrumentos, así como grupos orquestales cuyo director lleva el compás con la mano. Esto demuestra que conocían las leyes de la armonía.

sencilla y doble y las castañuelas; en los ejercicios militares, la trompeta, tamboril, tambor y címbalo[498]. Pitágoras aprendió música en Egipto para establecer en Grecia el estudio metodizado de este arte, cuyos profesores más notables fueron egipcios, pues conocían la combinación de las cuerdas y la multiplicidad de tonalidades determinadas por su longitud[499].

En cuanto al conocimiento de la medicina, basta leer uno de los *Libros de Hermes* hallado en estos últimos tiempos y traducido por Ebers. Parece seguro que conocían la circulación de la sangre, pues de las *manipulaciones curativas* de los sacerdotes se infiere que sangraban a los enfermos y sabían contener las hemorragias[500].

Había entre ellos dentistas y oculistas, sin que a ningún médico le estuviera permitido ejercer más de una especialidad, lo cual induce a suponer que se les morían menos enfermos que a los médicos contemporáneos[501].

Pero no fueron los egipcios el único pueblo antiguo cuya civilización merezca alto concepto de la posteridad. Aparte de otros cuya historia encubren las neblinas del tiempo[502], tenemos que las hazañas de los fenicios les dan carácter poco menos que de semidioses.

Según dice un escritor[503], los fenicios fueron los primitivos navegantes del mundo y, además de fundar la mayor parte de las colonias mediterráneas en el litoral español, visitaron con preferencia las regiones árticas, de donde trajeron el relato de los *días sin*

---

[498] Inventaron los egipcios varias clases de arpas, entre ellas la *sambuca* y el *ashur,* que podían tener hasta veinte cuerdas de tripa, como las que empleamos nosotros. El armazón de estos instrumentos era de maderas preciosas muy raras, que venían de tierras lejanas. Su primorosa labra tenía incrustaciones de nácar y adornos de cuero de diversos colores o pinturas también policromas.

[499] Esta circunstancia denota muy señalado progreso en el arte musical. Las arpas encontradas en una tumba de Tebas han desvanecido, según observa Bruce, todo cuanto hasta ahora se había dicho acerca del estado rudimentario de la música y de los instrumentos musicales en Oriente, pues por su forma, tamaño y ornamentación constituyen una prueba evidentemente incontrovertible y *más valiosa que mil citas griegas,* de que la geometría, el dibujo, la mecánica y la música habían llegado al mayor grado de perfección cuando se construyeron dichas arpas, y que el período a que atribuimos el invento de estas artes *fue tan sólo el comienzo de la era de su restauración.* En la misma Tebas, en los frescos del palacio de Amenoph II aparece este monarca jugando al ajedrez con la reina. Amenoph II reinó mucho antes de la guerra de Troya. Sin embargo, se sabe que en la India se conocía ya el ajedrez hace lo menos cinco mil años.

[500] Así lo demuestra el atento examen de los relieves que representan escenas de los sanatorios de los templos.

[501] Aparte de la medicina, no faltan autores que atribuyan a los egipcios el establecimiento del juicio por jurados, pero esto lo ponemos en duda.

[502] Ejemplo de estos pueblos son las razas precolombianas, el cretense, los troyanos, las ciudades lacustres y las del sumergido continente de la Atlántida, tenida hoy por fabulosa

[503] El ya citado articulista de la *National Quarterly Review.*

noche a que Homero alude en la *Odisea* [504]. La descripción de Caribdis concuerda tan acabadamente con el maelstrón[505] que, en opinión de un autor, "es muy difícil suponer que haya tenido otro prototipo". Parece que los fenicios exploraron las costas en todos rumbos, pues sus quillas hendieron las aguas desde el Océano Indico hasta las acantiladas abras de Noruega[506].

Algunos autores suponen que estos audaces navegantes de los mares árticos fueron los ascendientes de las razas que más tarde edificaron los templos y palacios de Palenque, Uxmal, Copán y Arica; pero *no* es tal nuestra opinión, pues con toda probabilidad los construyeron los atlantes.

Brasseur de Bourbourg nos proporciona muchos datos de los usos, costumbres, arquitectura, artes y especialmente de la magia y los magos de los antiguos mexicanos. Dice que el fabuloso héroe Votán[507], el mago más eminente entre ellos, visitó al rey Salomón, de regreso de un largo viaje, mientras se estaba construyendo el templo de Jerusalén. Es muy curiosa la semejanza de las leyendas mexicanas en lo referente a los viajes y hazañas de los *hitim* con las narraciones bíblicas acerca de los *hivitas o* descendientes de Heth, hijo de Canaán. Cuenta la tradición que Votán proporcionó a Salomón operarios, maderas preciosas de occidente, oro, plantas y animales de mucho valor; pero que rehusó en absoluto dar indicio alguno tocante al derrotero que había seguido ni al camino del misterioso continente. El mismo Salomón relata esta entrevista en su *Historia de las maravillas del universo,* en que Votán aparece bajo la alegoría de la *sierpe navegante.*

Stephens conjetura que "llegará a descubrirse una clave más segura que la piedra de Roseta para interpretar los jeroglíficos americanos y dice que los descendientes de los caciques aztecas habitan todavía, según parece, en las fragosidades de los Andes no holladas por los blancos, con las mismas costumbres de sus antepasados, en edificios adornados con esculturas de yeso, de vastos patios y altas torres a que dan acceso escaleras de largos tramos, y continúan grabando en tablas de piedra los misteriosos jeroglíficos… Vuelvo a la vasta y desconocida comarca no cruzada por camino alguno, donde la imaginación se representa la misteriosa ciudad vista desde la cumbre de la cordillera con sus ignorados pobladores aborígenes"[508].

---

[504] En las Islas Británicas descubrieron minas de estaño que beneficiaron para llevar el metal a África.

[505] Remolino de agua en la costa de Noruega. – N. del T.

[506] Algunos autores atribuyen a los fenicios la fundación de colonias muy lejanas de las que tenían en el Mediterráneo y otros aseguran que el litoral de África fue poblado por los cananeos que Josué expulsó de la tierra de promisión; pues en la época en que floreció el escritor Procopio había en la Mauritania tingitana unas columnas con la siguiente inscripción: *Nosotros somos los que huimos ante el bandido Josué, hijo de Nun o Navé.*

[507] Este Votán parece ser idéntico al temible Quetzalcohuatl que figura en las leyendas mexicanas.

[508] *Incidentes del viaje por la América central, Chiapas y Yucatán,* II, 457.

Aparte de que viajeros audaces han visto esta ciudad desde largas distancias, no resulta intrínsecamente improbable su existencia; porque, ¿quién puede decir qué se hizo aquel pueblo primitivo que huyó ante las rapaces huestes de Cortés y Pizarro?[509].

Dicen Tschuddi, Prescott y otros historiadores, que los indios peruanos conservan todavía sus antiguas tradiciones y su casta sacerdotal con secreta obediencia al jerarca religioso, aunque aparentemente profesen la religión católica y reconozcan la autoridad del gobierno peruano. Siguen practicando ceremonias mágicas y producen muchos fenómenos de esta índole con tan perseverante lealtad hacia el pasado, que a menos de recibir alientos de una autoridad superior en el orden espiritual, no se comprende cómo mantienen viva su fe. ¿No fuera posible que esta autoridad residiera en la misteriosa ciudad con la que se comunican en secreto? ¿0 acaso todo cuanto dejamos dicho no pasaría de ser otra "curiosa coincidencia"?[510].

Aun el erudito y grave Max Müller no se puede librar a veces de las "coincidencias" cuando se le presentan en forma de inesperados descubrimientos. Por ejemplo, los

[509] En su obra sobre el Perú, refiere Tschuddi una tradición del país según la cual conducían los naturales un convoy de diez mil llamas cargados de oro para rescatar al Inca de manos de los españoles, cuando al enterarse de su muerte escondieron entre las fragosidades de los Andes aquel inmenso tesoro, de suerte que no se ha podido hallar de él ni el más leve indicio.

[510] Un sacerdote español, por los años de 1838 a 1839, habló con Stephens de esta ciudad misteriosa, jurándole que la había visto con sus propios ojos y añadiendo los siguientes pormenores en su relato:

"El cura de una aldea sita cerca de las ruinas de Santa Cruz del Quiché oyó hablar, mientras estuvo en Chajul, de la ciudad misteriosa… Era el cura muy joven y aunque con no poco trabajo trepó a la pelada cima del pico más elevado de los Andes en aquel paraje, a una altura de 3.700 metros, desde donde descubrió un vastísimo llano que se dilataba por el Yucatán hasta el golfo de México. A lo lejos columbró una gran ciudad cuyas blancas torrecillas refulgían a la luz del sol. Los habitantes de esta ciudad hablan la lengua maya, y según tradición ningún blanco ha podido todavía entrar en ella, porque sabedoras aquellas gentes de que los extranjeros se han apoderado del país, matan a todo blanco que intenta penetrar en su territorio. No tienen moneda ni ganado de ninguna especie sino tan sólo aves domésticas, aunque mantienen a los gallos en lugares subterráneos para que de lejos no se oiga su canto".

Poco más o menos nos refirió personalmente hará cosa de veinte años un viejo sacerdote indígena del Perú, que había pasado la vida sin poder disimular su odio hacia los conquistadores a quienes llamaba "bandidos", aunque por el bien de su pueblo les fingía amistad y practicaba la religión católica; pero que en el fondo seguía tan fiel adorador del sol como sus antepasados lo fueron. Los blancos le tenían por indígena converso y en calidad de misionero había estado en Santa Cruz del Quiché, donde aseguraba haber visto una galería que comunicaba subterráneamente con la misteriosa ciudad.

Dimos por cierto el relato en consideración a la avanzada edad del indio, que no le consentía entreteenerse en tejer fábulas; y precisamente lo hallamos después corroborado en la obra de Stephens.

Además, sabemos que hay otras dos ciudades completamente ignoradas de los viajeros, no por intencionado encubrimiento de sus habitantes, pues mantienen trato con los países budistas, sino porque no están indicadas en mapa ni itinerario alguno; y por otra parte, cuantos conocen su existencia se guardan de divulgarla recelosos de la intromisión y exagerado celo de los misioneros cristianos, o acaso movidos por razones que ellos solos saben. La naturaleza brinda recatados lugares a quienes saben amarla; pero, desgraciadamente, tan sólo muy lejos de los países civilizados puede el hombre adorar en espíritu a la Divinidad cual la adoraron sus antepasados.

mexicanos, cuyo misterioso origen, según las leyes de probabilidad, no tiene relación alguna con los arios, representan los eclipses de luna en alegoría idéntica a la de los indios, esto es, el satélite devorado por un dragón[511]. Y aunque Müller considera posible la conjetura de Humboldt acerca de que entre mexicanos e indos hubieron de haber relaciones históricas, añade que "la identidad entre ambas alegorías no ha de dimanar precisamente de relaciones históricas, pues el origen de las primeros pobladores de América es una cuestión en extremo ardua para cuantos estudian las corrientes migratorias de los pueblos". El mismo Brasseur de Bourbourg, a pesar de su erudita labor y esmerada traducción del *Popol–Vuh*, cuyo texto se atribuye a Ixtlilxochitl, queda confuso después de analizar el contenido de este poema mexicano.

Hemos leído la traducción del texto original y los comentarios de Max Müller. De la primera brota una luz de tan refulgente brillo, que no es extraño haya cegado a los científicos escépticos; pero Max Müller no lo es de mala fe, y raramente escapan a su atención los puntos de capital importancia. ¿Cómo explicar, por lo tanto, que un erudito de tal valía y tan acostumbrado a descubrir con su mirada de águila las costumbres, leyendas y supersticiones de los pueblos hasta en sus más ligeras analogías y leves pormenores, no advirtiera ni siquiera sospechara lo que, falta de erudición científica, echó de ver a primer examen la humilde autora de esta obra? Nos parece que la ciencia moderna pierde más que gana al desdeñar los restos de la literatura antigua y medioeval; pero quienes sinceramente se dedican al estudio de la arqueología, ven que muchas veces lo que parecen coincidencias son efectos naturales de causas demostrables. No se nos escapa el motivo de que al comentar Müller el texto del *Popol–Vuh* confiese que "de cuando en cuando hay pasajes inteligibles, pero que en la página siguiente todo vuelve a quedar caótico[512]"; porque la mayor parte de los eruditos tan sólo se fijan en los hechos que les parecen históricos y desechan todo cuanto se les antoja vago, contradictorio, milagroso y absurdo. Por esto compara Müller la aparente incongruencia del *Popol–Vuh a* los cuentos de *Las mil y una noches,* no obstante reconocer que existe "un sedimento de conceptos elevados bajo la superposición de quimeras sin sentido".

Lejos de nosotros el ridículo intentó de vituperar al profundo erudito Max Müller; pero no podemos por menos de decir que aun en los fantásticos relatos de *Las mil y una noches* hallaríamos algo digno de atención si lo comparásemos con algún hecho histórico. La *Odisea* de Homero supera en lo quimérica y fantástica a los famosos cuentos árabes, y sin embargo, muchos de sus mitos no son engendro de la fantasía del poeta. Los lestrigones que devoraron a los compañeros de Ulises se refieren a la gigantesca raza de caníbales[513] que en primitivos tiempos habitó en las cuevas de Noruega. Los descubrimientos geológicos han validado algunas aseveraciones de

---

[511] Max Müller: *Virutas de un taller alemán.*

[512] Max Müller: *Popol–Vuh,* 327.

[513] También puede ser alusión a los sacrificios humanos.

Homero que durante siglos se tuvieron por alucinaciones poéticas. El día perpetuo de que disfrutaban los lestrigones, según la *Odisea,* demuestra que este pueblo habitaba en las regiones árticas, donde durante el verano no se pone el sol. El mismo poema homérico[514] describe las acantiladas abras de Escandinavia[515].

Es verdaderamente extraño que las alegorías de la creación del hombre expuestas en la *Cosmogonía Quiche* no hayan sugerido la comparación debida con las escrituras hebreas, las enseñanzas cabalísticas y los libros tenidos por apócrifos, pues aun el mismo *Libro de Jasher,* condenado por considerársele grosera impostura del siglo XII, puede proporcionar diversas claves para descubrir las relaciones entre la ciudad de Ur de los caldeos, donde ya florecía la magia antes del nacimiento de Abraham, y las poblaciones precolombinas de América. Los divinos seres, rebajados al nivel de la naturaleza humana, operan prodigios parecidos y tan admirables como los de Moisés y los magos de Faraón. Además, la notabilísima semejanza entre los términos cabalísticos de ambos hemisferios debe tener por determinante algo más que la pura coincidencia, pues varios fenómenos tienen parentesco común. En muchos países del antiguo continente hallamos la leyenda americana de los dos hermanos que antes de emprender el viaje a Xibalba, plantan cada uno de ellos un vástago que según florezca o se marchite indicará si los hermanos viven o han muerto[516].

Muy poco debe sorprendernos la identidad entre las divinidades de Stonehenge y las de Delfos y Babilonia. Belo y el Dragón, Apolo y Pitón, Osiris y Tifón son diversos nombres del mismo par de divinidades opuestas. El *Both–al* de Irlanda tiene estrecha semejanza con el Batylos griego y el *Beth–el* hebreo. A este propósito dice Villemar que:

> La historia puede alegar ignorancia, porque no caen bajo su dominio épocas tan distantes; pero la lingüística ha soldado la rota cadena entre Oriente y Occidente[517].

No menos natural es la semejanza entre los mitos orientales y las leyendas y tradiciones rusas, pues por su propia índole deriva de la analogía entre las creencias de los arios y de los semitas; pero llama la atención y no cabe atribuir a mera coincidencia la evidente paridad, aun en los más leves pormenores, entre los personajes de las

---

[514] *Odisea,* X, 110.

[515] En las cavernas de esta región europea se han hallado huesos humanos de tamaño descomunal que pertenecen, en opinión de los antropólogos, a una raza extinguida mucho antes de la época de las inmigraciones arias. Ya hemos visto que el Caribdis de los antiguos es nuestro moderno maelstrón y que las rocas errantes citadas en la *Odisea* (XII–71) corresponden a los enormes témpanos de hielo de los mares árticos.

[516] Max Müller: *Virutas de un taller alemán,* 268. – En los *Cuentos y tradiciones populares de Rusia,* por Sacharoff, se inserta una leyenda análoga; y sin embargo, estos cuentos de hadas eran populares en Rusia mucho antes del descubrimiento de América.

[517] *Nueva serie de colecciones,* 24, 570; 1863. *Poesía de los claustros celtas.*

leyendas mexicanas y el *Zarevna Militrissa* (tipo común de los cuentos rusos), que lleva la *luna* en la frente y siempre está en riesgo de que lo devore el *Zmey Gorenetch* (serpiente o dragón).

La leyenda del Dragón y del Sol (algunas veces substituido por la Luna) está difundida por todo el mundo y puede considerarse como el símbolo común de la heliolatría universal. Hubo un tiempo en que Asia, Europa, África y América estuvieron cubiertas de templos dedicados al Sol y al Dragón, cuyos sacerdotes tomaron el nombre de la divinidad a que servían[518]. Pero aunque, como supone Müller, sea el concepto originario tan natural e inteligible que no requiera relaciones históricas, la identidad de los símbolos y la extraordinaria semejanza de los pormenores exigen la acabada resolución del enigma. Desde el momento en que el origen de la heliolatría universal se pierde en la noche de los tiempos, fuera más fácil descubrirlo remontándonos hasta la misma fuente de las tradiciones. Pero ¿dónde hallarla? Kircher atribuye al egipcio Hermes Trismegisto el establecimiento del culto ofita, así como la forma cónica de los monumentos y obeliscos[519]. Por lo tanto, ¿dónde sino en los libros herméticos encontraremos los necesarios datos? ¿Acaso los modernos pueden saber acerca de los cultos y mitos antiguos tanto o más que los hombres que los enseñaron a sus coetáneos? Evidentemente se requieren dos condiciones: encontrar los perdidos *Libros de Hermes* y después la clave para interpretarlos, puesto que no basta leerlos. Faltos los científicos modernos de ambas condiciones, se embrollan en estériles conceptualismos, de la propia suerte que los geógrafos malgastan sus energías en investigar sin resultado las fuentes del Nilo. Verdaderamente es el Egipto la mansión del misterio.

Sin detenernos a discutir si Hermes fue el príncipe de la magia postdiluviana, como le llama Des Mousseaux, o de la antediluviana como es mucho más probable, no cabe duda de que Champollión el menor reconoce y Champollión–Figeac corrobora la autenticidad de los fragmentos que se conservan de las treinta y seis obras atribuidas al mago egipcio, de cuyo universal depósito de sabiduría esotérica derivan los tratados cabalísticos en que encontramos los prototipos de muchos prodigios mágicos que operaron los quichés. Por otra parte, el texto original del *Popol–Vuh* nos proporciona suficientes pruebas de la casi identidad de las costumbres religiosas de México, Perú y otros pueblos precolombinos y las de los fenicios, babilonios y egipcios, pues la terminología religiosa descubre las mismas raíces etimológicas. Por lo tanto ¿cómo no creer que sean descendientes de los que "huyeron ante el bandido Josué hijo de Nun"[520]?

---

[518] En la *Arqueología*, XXV, 220, ed. de Londres, se dice que Belo y el Dragón iban siempre en pareja y que los sacerdotes tomaban el nombre de su dios.

[519] *Arqueología*, XXV, 292, ed. de Londres.

[520] Núñez de la Vega dice que el Nin o Imos de los zendales era el Nino de los babilonios. – Brasseur de Bourbourg: *Cartas*, 52. – Sin embargo, no parece muy sólido el argumento en que se basa esta identificación. Añade Bourbourg que el príncipe Nino, y según otros autores su padre Belo o Baal, recibió

Por el testimonio de los antiguos, corroborado por los descubrimientos modernos, sabemos que en Egipto y Caldea hubo numerosas catacumbas o criptas, muy vastas algunas de ellas, entre las cuales gozaban de mayor fama las de Tebas y Menfis. Las de Tebas se abrían en la margen occidental del Nilo, dilatándose hacia el desierto de Libia y se las llamaba: *catacumbas de la Sierpe.* Allí tenían efecto los Misterios del *kúklos ànágkés* (ciclo ineludible o ciclo de necesidad), esto es, la inexorable sentencia de toda alma después de haber sido juzgada, al morir el cuerpo, en la región del Amenti.

---

como el Nin de los zendales adoración en forma de serpiente; pero esto no aparece corroborado en los anales babilónicos. Cierto es que los fenicios representaban el sol en figura de dragón y la misma representación le dieron los demás pueblos heliólatras. Según Castor, citado por Eusebio, los asirios divinizaron a su primer monarca Belo después de muerto, y por lo tanto, ni él ni su hijo Nin o Nino pudieron en vida recibir adoración de sus vasallos en forma de serpiente, aunque así ocurriese entre los zendales. Los autores cristianos identifican a Belo con Baal y a éste con el diablo que para los profetas bíblicos era el inspirador de las divinidades extrañas al pueblo de Israel; y así opinan los escritores cristianos que el Belo y Nino de los asirios y el Nin de los zendales son demonios en figura de serpiente, cualquiera que sea el nombre con que la serpiente aparezca, pues el diablo puede asumir diversidad de formas. ¡Extraña lógica! ¿Por qué no decir que el asirio Nino, representado como esposo y víctima de la ambiciosa Semíramis, era a la par pontífice y rey del país y como tal llevaba en la tiara los sagrados emblemas del Dragón y del Sol? Además, los sacerdotes tomaban el nombre de su dios y por lo tanto no es raro que se atribuyese a los asirios la adoración de su pontífice–rey en figura de serpiente. La objeción es eminentemente clerical y tiene tan escasa importancia como todas sus invenciones. Si Núñez de la Vega estaba tan anheloso de identificar a los mexicanos con los bíblicos adoradores del sol y de la serpiente, bien podía buscar otras analogías sin necesidad de ponerles a los asirios y zendales las pezuñas y cuernos del diablo cristiano. Al efecto hubiera podido consultar las *Crónicas del virreinato de Guatemala,* de Fuentes, y el *Manuscrito* de don Juan Torres, nieto del último rey de los quichés. Este último documento estuvo en manos del lugarteniente general de Pedro Alvarado y en él se dice que los toltecas descendían de los israelitas que abandonados por Moisés luego del paso del mar Rojo cayeron en la idolatría y bajo la dirección de su caudillo Tanub anduvieron errantes hasta llegar al punto llamado de las Siete Cavernas en tierras de México, donde fundaron la famosa ciudad de Tula. (Véase Stephens: *Viajes por la América central*, etcétera). Si esta cita no ha obtenido más crédito del que merece, culpa es de haber pasado por manos del P. Francisco Vázquez, cronista de la orden de San Francisco; circunstancia que parafraseando a Des Mousseaux cuando trata de la obra del excomulgado abate Huc, “no es la más adecuada para robustecer nuestra confianza”.

Sin embargo, hay otra prueba, mucho más importante por haberse librado de la adulteración clerical, derivada de las tradiciones indias. Hubo un rey tolteca llamado Balam Acan (nombre notoriamente caldeo que recuerda el de Balaam con su burra parlante) cuya fama anda entremezclada con las leyendas de Utatlan, la derruida capital de aquel imperio indo. Aparte de la sorprendente semejanza entre las lenguas azteca y hebrea, que observó lord Kingsborough, es digno de nota que muchas figuras de los bajorrelieves de Palenque y los ídolos de barro cocido exhumados en Santa Cruz del Quiché llevan en la cabeza unas cintas con una protuberancia cuadrada en medio de la frente, muy parecidas a las filacterias (pedacitos de pergamino con un pasaje de la Sagrada Escritura. – N. del T). que usaban los fariseos en sus oraciones y que todavía llevan algunos judíos polacos y rusos. Pero como al fin y al cabo este pormenor podría ser tan sólo una suposición nuestra, no insistiremos sobre el particular.

Según Bourbourg[521], el héroe o semidiós mexicano Votán, al relatar su expedición describe un pasaje subterráneo que terminaba en la raíz de los cielos y añade que este pasaje es un agujero de culebra *(ahugero de colubra)* y que le permitieron entrar en él porque "era hijo de las culebras" ó, lo que es lo mismo, una serpiente.

Esto es verdaderamente muy significativo, porque el *agujero de culebra* se refiere a la cripta o catacumba egipcia ya antes mencionada. Además, los hierofantes egipcios y babilonios se llamaban "hijos de la divina Sierpe" o "hijos del Dragón", no porque, como apunta erróneamente Des Mousseaux, fuesen la progenie del íncubo Satán o serpiente del Paraíso, sino porque la serpiente simbolizaba en los Misterios la SABIDURÍA y la inmortalidad.

Dice Movers que los sacerdotes asirios tomaban siempre el nombre de su dios[522]. Los druidas celto–británicos se daban también el nombre de serpientes y exclamaban: "Soy una serpiente, soy un druida". El Karnak egipcio es gemelo del Karnak celta y este último significaba la montaña de la serpiente. En tiempos antiguos abundaron en todo el mundo conocido los templos de Dragón, símbolo del sol, idéntico al Elón o Elión fenicio que Abraham llamó El Elión[523]. Además de "serpientes" se les dieron a los sacerdotes los nombres de "constructores" y "arquitectos" porque sus templos y monumentos eran de tan abrumadora magnificencia que, como dice Taliesin[524], sus desmoronados restos "desafían el cálculo matemático de los arquitectos modernos".

Insinúa Bourbourg que los caudillos aztecas que llevaban los nombres de Votán o de Quetzocohuatl eran descendientes de Cam y Canaán y se titulaban "hivimes", pues decían: "Soy hivim y pertenezco a la excelsa raza del Dragón. Soy serpiente porque soy hivim"[525].

Por otra parte, Des Mousseaux, ingenuamente creído de que la serpiente es el demonio, exclama con alborozo: "Según los más eruditos comentadores de las Sagradas Escrituras, los chivimes, hivimes o hevitas descienden de Seth, hijo de Canaán y nieto de Cam el *maldito*"[526].

Pero las modernas investigaciones han demostrado incontrovertiblemente que la tabla genealógica del capítulo décimo del *Génesis* se refiere a héroes imaginarios, y que los últimos versículos del capítulo nono son sencillamente un fragmento de la alegoría caldea de Sisuthrus y el diluvio, acomodado a la narración noética. Pero suponiendo que los descendientes de Canaán se ofendieran por el inmerecido epíteto que de *malditos* se les aplica sin más fundamento que la *fábula,* nada más fácil para ellos que

---

521 *Cartas,* 53; 7, 62.

522 *Los fenicios,* 70.

523 *Génesis,* XIV. – Véase también Sanchoniaton: *Eusebio,* 36.

524 *Sociedad Arqueológica de Londres,* XXV, 220.

525 Bourbourg: *Cartas,* 51.

526 *Fenómenos de la magia superior,* 50.

responder al vituperio con un *hecho* comprobado por arqueólogos y simbologistas; esto es, que Seth, tercer hijo de Adán y progenitor del pueblo escogido por línea de Noé y Abraham, no es más ni menos que Hermes, el dios de la sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Seth, Set y Sat–an[527]. Poca importancia tiene este descubrimiento para los autores judíos que, excepto Filón y Josefo, consideran alegórico el texto bíblico; pero muy distinto es el caso por lo que toca a los autores cristianos que como Des Mousseaux lo toman al pie de la letra.

Respecto a la filiación de los hevitas estamos conformes con este pío escritor y tenemos la seguridad de que, según transcurra el tiempo, habrá más pruebas de que algunos indígenas de la América central descienden de los fenicios y de los israelitas que profesaron después la heliolatría tan ardorosamente como los mexicanos. La *Biblia nos* proporciona una prueba de ello en que tres de los doce hijos de Jacob (Judá, Leví y Dan) contrajeron matrimonio con mujeres cananeas cuya religión aceptaron. Además, el patriarca Jacob en su lecho de muerte bendice a sus hijos y al llegar a Dan exclama:

> Sea Dan serpiente en el camino, ceraste[528] en la senda, que muerde las pezuñas del caballo para que caiga atrás su jinete[529].

De Simeón y Leví dice el patriarca:

> Simeón y Leví hermanos, instrumentos guerreadores de iniquidad. No entre mi alma en el secreto de ellos[530].

Ahora bien: el texto original dice *sod* [531] en vez de *secreto*; y *sod* era en los Misterios mayores el nombre común de los dioses solares de Baal, Adonis y Baco, que tenían la serpiente por símbolo. Los cabalistas explican la alegoría de las *serpientes de fuego* diciendo que este nombre era común a todos los levitas y que Moisés fue el jefe de los *sodales* [532].

---

[527] Considerado en su aspecto siniestro era *Set* idéntico al Tifón o Satanás egipcio.

[528] Serpiente de color de arena que muerde la pata del caballo para que caiga el jinete. – (Nota de la Vulgata latina añadida por el T.).

[529] *Génesis,* XLIX, 17.

[530] *Génesis*, XLIX, 5 y 6.

[531] En su introducción a *Sod o los Misterios de Adonis* da Dunlap a la palabra *sod* el significado de arcano o misterio religioso, apoyándose en la autoridad del *Penteglot* de Shindler (1201). – "El *secreto* del Señor está en aquellos que le temen" (Salmo XXV, 14); pero es una falsa traducción de los hermenéuticos cristianos, porque la verdadera es: "*Sod* Ihoh (los misterios de Ihoh) son para quienes le temen" (Dunlap: *Misterios de Adonis,* XI) "Al (El) es terrible en el profundo *Sod* de los *Kedeshines* (sacerdotes, santos, iniciados) (Salmo LXXXIX, 7) (Id).

[532] *El Léxicon latino* de Freund (IV, 448) dice que los sacerdotes colegiados se llamaban *sodales.* "Las *sodalidades* (colegios sacerdotales) se constituyeron en los Misterios ideanos de la POTENTE MADRE" (Cicerón: *De senectute,* 13); Dunlap: *Misterios de Adonis*

Veamos ahora de probar nuestras afirmaciones.

Aseguran varios historiadores antiguos que Moisés fue sacerdote egipcio. Según Maneto ejercía la dignidad de hierofante en Hierópolis con el sacerdocio del dios solar Osiris. Su nombre entre los egipcios fue el de Osarsiph. Los comentadores modernos que sin reparo aceptan que Moisés estaba instruido en la sabiduría de los egipcios, han de aceptar asimismo la legítima interpretación de la palabra sabiduría, que siempre se tuvo por sinónima de *iniciación* en los sagrados misterios de los *magos.* ¿No se les ha ocurrido alguna vez a los lectores de la *Biblia* la idea de que un extranjero no pudo ser admitido, no ya a la iniciación en los Misterios mayores, sino ni siquiera a la de los menores? Cuando los hermanos de José fueron a Egipto, ningún egipcio podía sentarse a comer pan con ellos, pues lo hubieran tenido por abominación, y así comían aparte con José[533]. Esto demuestra que José, al menos en apariencia, había aceptado la religión egipcia al casarse con la hija de un sacerdote, pues de lo contrario no hubieran consentido los egipcios comer con él.

Demuestra asimismo que si posteriormente no fue Moisés egipcio, se naturalizó como tal desde el momento en que le admitieron en la sodalía o colegio sacerdotal. El episodio de la "serpiente de bronce"[534]resulta lógico, pues, según Josefo, la princesa que salvó a Moisés de las aguas y le prohijó en el palacio real se llamaba *Thermuthis,* nombre que en opinión de Wilkinson es el del *áspid* consagrado a Isis[535]; y por otra parte se dice que Moisés pertenecía a la tribu de Leví[536].

Si tanto empeño tenían Brasseur de Bourbourg y Des Mousseaux en demostrar la identidad de mexicanos y cananeos, bien pudieran haber hallado pruebas más convincentes que la de presentar a uno y otro pueblo en común descendencia del "maldito" Cam. Por ejemplo, hubieran podido aducir la semejanza entre Nargal, jefe *(Rab–Mag)* de los magos caldeos y asirios, y Nagal, jefe de los hechiceros mexicanos, pues ambos nombres derivan del de la divinidad asiria Nergal–Sarezer y ambos tienen a sus órdenes un *demonio* con el que se identifican por completo. El Nargal asirio–caldeo guarda su *demonio* dentro del templo bajo la forma de algún animal sagrado. El Nargal mexicano guarda su demonio en donde mejor le conviene, en el lago vecino, en el bosque o en la casa bajo la figura de un animal doméstico[537].

El periódico titulado: *Mundo Católico* se dolía amargamente en uno de sus últimos números de que no parece haber muerto aún el sentimiento pagano entre los indígenas de América, pues hasta las tribus influidas desde hace muchos años por misioneros cristianos practican secretamente las ceremonias paganas, de modo que el rito de

[533] *Génesis*, XLIII, 32.

[534] Caduceo de Mercurio o Asclepios, hijo del dios solar Apolo–Pitón.

[535] Wilkinson: *Antiguos egipcios,* V, 65.

[536] En otro lugar de esta obra explicaremos las ideas cabalísticas de Moisés.

[537] Brasseur de Bourbourg: *México*, 135–574.

Nagal está hoy tan floreciente como en los días de Motezuma. A este propósito, el citado periódico dice que el nagualismo y el voodismo (como llama a estas dos extrañas sectas) son el *culto directo del diablo.* En corroboración de ello transcribe el informe presentado a las Cortes de Cádiz de 1812 por don Pedro Bautista Pino, del que entresaca los siguientes párrafos:

> En todas las poblaciones hay *artufas* o sean criptas de una sola puerta donde se congregan para celebrar sus fiestas y asambleas religiosas, sin que jamás hayan podido entrar en ellas los españoles.
>
> A pesar del influjo de la religión cristiana, no han olvidado estos indígenas la que heredaron de sus antepasados y cuidan de transmitir a sus descendientes. De aquí el culto que tributan al sol, la luna y las estrellas, el respeto que les infunde el fuego, etc.
>
> Los jefes parecen ser al propio tiempo sacerdotes, pues practican varios ritos sencillos por los cuales se reconoce el poder del sol y de Motezuma, así como, según algunos relatos, el de la *Gran sierpe* a quien, por orden de Motezuma, han de adorar durante toda su vida. También ofician en las ceremonias para impetrar lluvia. Hay representaciones pictóricas en que la Gran Serpiente aparece junto a la figura de un hombre deforme y pelirrojo que representa a Motezuma. En el pueblo de Laguna había en 1845 una grosera efigie idolátrica del emperador, que representaba la cabeza de la divinidad[538].

La perfecta identidad entre los ritos, ceremonias, tradiciones y terminología religiosa de los mexicanos y los de Asiria y Egipto es prueba suficiente de que la América fue poblada por una colonia que misteriosamente encontró la ruta del Atlántico. Pero ¿en qué época? Aunque la historia calla en este punto, todos cuantos descubren un fondo de verdad en toda tradición santificada por los siglos recuerdan la leyenda de *Atlantis*. Esparcidos por el mundo hay un puñado de sabios y solitarios pensadores que pasan la vida dedicados al estudio de los arduos problemas de los universos físico y espiritual.

Tienen estos sabios archivos secretos en que conservan el fruto de los trabajos de una larga serie de eremitas sus antecesores, los sabios indos, asirios, caldeos y egipcios, cuyas leyendas y tradiciones comentaron los maestros de Solón, Pitágoras y Platón en los marmóreos patios de Heliópolis y Sais, aunque ya en aquel tiempo brillaban muy débilmente a través del nebuloso velo del pasado. Todo esto y mucho más conservan indestructibles pergaminos que con cuidadoso celo pasan de adepto en adepto. Estos sabios creen que la Atlántida no es fabulosa, sino que un tiempo hubo vastas islas y continentes donde ahora se dilata el Océano Atlántico. Si el arqueólogo pudiese escudriñar aquellos sumergidos templos, encontraría en sus bibliotecas documentos bastantes para llenar las páginas en blanco del libro *a que llamamos historia.* Dicen estos sabios que en época muy remota podía atravesar el viajero a pie firme lo que hoy es Océano Atlántico, con sólo cruzar en bote los angostos estrechos que separaban unas islas de otras.

---

[538] *El Mundo católico*, Enero de 1877, artículo sobre Nagualismo y voodismo.

Nuestras presunciones respecto del trato entre las razas de ambas orillas del Atlántico, se robustecen al leer los prodigios realizados por el mago mexicano Quetzocohualt, cuya varita debió tener mucha analogía con la varita de zafiro de Moisés, que floreció en el jardín de su suegro Raguel–Jethro y sobre la cual estaba grabado el inefable nombre.

También ofrecen algunos puntos de semejanza con las enseñanzas esotéricas de la filosofía hermética, los “cuatro hombres” o “cuatro hijos de Dios” según la teogonía egipcia, a quienes se atribuye la procreación de la raza humana, pues “no fueron engendrados por los dioses ni nacieron de mujer”, sino que “su creación fue una maravilla del Creador”, porque fueron creados después de tres fracasadas tentativas en la formación del hombre[539]. La semejanza de este mito con la narración del *Génesis* no escapa ni al observador más superficial. Estos cuatro progenitores “podían razonar y hablar, su vista era ilimitada y sabían todas las cosas a un tiempo… Pero cuando hubieron dado gracias al Creador por haberles traído a la existencia, *se atemorizaron los dioses* y pusieron una nube en los ojos de los hombres para que sólo pudiesen ver hasta cierta distancia *y no fueran semejantes a ellos*… Mientras *estaban dormidos,* Dios les dió esposas”[540].

Este pasaje es notoriamente análogo al del Génesis que dice: “He aquí que el hombre *ha llegado a ser como uno de nosotros* y a conocer el bien y el mal; y ahora para que no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, etc.”.

Lejos de nosotros la intención de sugerir irrespetuosamente idea alguna a quienes por lo bastante sabios no las necesitan; pero conviene advertir que los tratados auténticos sobre la magia caldea y egipcia no están en las bibliotecas públicas ni se venden en las almonedas, aunque muchos estudiantes de filosofía hermética los han visto. ¿No sería importantísimo para los arqueólogos conocer siquiera superficialmente su contenido? Añade Max Müller:

> Los cuatro progenitores de la raza tuvieron, al parecer, larga vida y, en vez de morir, desaparecieron misteriosamente, dejando a sus hijos la *majestad oculta* que nunca pueden abrir manos humanas. No sabemos qué era esta majestad.

Necesario sería negar toda otra prueba sobre ello si no descubriéramos relación alguna entre esta *majestad oculta* y la *oculta gloria* que, según la cábala caldea, dejó Enoch tras sí cuando fue arrebatado también misteriosamente. Pero ¿en sentido

---

[539] Según Hesiodo, Zeus formó la *tercera* raza de hombres de las cenizas de los árboles. *El Popol–Vuh* dice que la *tercera* raza de hombres fue formada del árbol *tzite* y que la mujer fue hecha del meollo de una caña llamada *sibac*. También aquí notamos una extraña coincidencia.

[540] *Popol–Vuh.* Revisión de Max Müller.

esotérico no simbolizarían estos “cuatro progenitores de la raza quiché los cuatro sucesivos progenitores de hombres que menciona el Génesis[541]?

Teniendo en cuenta que entre los mexicanos hubo magos desde los tiempos más remotos; que también los hubo en todas las regiones del mundo antiguo; que se advierte extraordinaria analogía, no sólo entre las formas del culto eterno, sino en la misma terminología mágica; y, por último, que han fracasado en la investigación todos los indicios basados en las inducciones científicas (tal vez por haber caído en el insondable abismo de las coincidencias), ¿por qué no recurrir a eminentes autoridades en magia por ver si bajo esta costra de insensata fantasía hay un fondo de verdad? No quisiéramos que se nos interpretara mal en este punto. No remitimos a los científicos a la cábala y obras herméticas, sino a los tratadistas de magia para encontrar materiales aprovechables en los estudios históricos y científicos. No deseamos incurrir en los iracundos anatemas de la Academia por una indiscreción como la del incauto Des Mousseaux, cuando presentó su demonológica Memoria con intento de que los académicos investigaran la existencia del diablo.

La *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, por Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés, nos da idea del extraordinario refinamiento y la vigorosa mentalidad de los aztecas; pero como las descripciones del historiador son demasiado extensas, diremos en extracto que los aztecas tenían algunos puntos de semejanza con los egipcios en punto a lo refinado de su civilización, pues ambos pueblos cultivaron superlativamente la magia. Si añadimos a esto que también la cultivó Grecia, considerada por los eruditos occidentales como cuna de las artes y de las ciencias y que todavía se cultiva en la India, cuna de las religiones, ¿quién se atreverá a negar la profundidad de esta ciencia ni a desconocer la digna importancia de su estudio?

Nunca hubo ni puede haber más que una religión universal, porque sólo una puede ser la verdad referente a Dios. Esta religión universal es a manera de inmensa cadena cuyo eslabón superior (alfa) emana de la inmanifestada Divinidad (*in statu abscondito,* como dicen las primitivas teologías) y dilatándose por la superficie de la tierra, toca en todos sus puntos antes de que el último eslabón (omega) se enlace con el inicial en el punto de emanación. Esta divina cadena engarza todos los simbolismos exotéricos cuya variedad de formas en nada afecta a la substancia y sobre cuyos diversos conceptos del universo material y de sus vivificantes principios permanece inalterable la inmaterial imagen del esencial Espíritu.

Hace muchos siglos que se dijo cuanto cabe decir acerca de lo que a la mente humana le es posible alcanzar en la interpretación del universo espiritual con sus

[541] El primer Adán es bisexual (macho y hembra los creó), lo que corresponde a las divinidades hermafroditas de las mitologías subsiguientes. El segundo, formado del “barro de la tierra”, es unisexual en correspondencia a los “hijos de Dios” del capítulo VI. El tercer Adán simboliza los gigantes (*nephilim)* que en la Biblia tan sólo se mencionan, pero de quienes hablan extensamente otras Escrituras. El cuarto Adán simboliza “los hijos de los hombres cuyas hijas eran hermosas”.

fuerzas y leyes. Podrá el metafísico simplificar las *ideas* de Platón para mejor comprenderlas, pero no podrá alterar ni remover su espíritu substancial sin menoscabo de la verdad indestructible y eterna, por más que los humanos cerebros se torturen durante miles de años; aunque la teología embrolle y mutile la fe con dogmas metafísicamente incomprensibles; y a pesar de que la ciencia fomente el escepticismo y apague los últimos y vacilantes destellos de la intuición espiritual del género humano. La suprema expresión de la verdad en lenguaje hablado es el Logos persa, el *Honover o* viva y manifestada Palabra de Dios. El zoroastriano *Enoch–Verihe* es idéntico al hebreo Yo *soy quien soy,* y el *Gran Espíritu* del vulgo inculto de la India es el *Brahmâ* de los filósofos induistas.

El médico y filósofo indo Tcharaka, que, según referencias, floreció 5.000 años antes de J.C., dice en su tratado *Usa* sobre el origen de las cosas:

> Nuestra tierra es, como todos los cuerpos luminosos, un átomo del inmenso todo del que daríamos ligera idea llamándole *Infinito.*

Dice un proverbio siamés que "no hay más que una luz y una sola obscuridad": y según el apotegma cabalístico: *Dæmon est Deus inversus* (el demonio es la inversión o sombra de Dios). ¿Hubiera existido la luz sin las tinieblas primitivas? Él radiante universo tendió por vez primera sus infantiles brazos de entre los pañales del tenebroso y lúgubre caos. Si según la revelación cristiana es cierta la *plenitud de Aquel que todo lo llena en todo,* forzoso será admitir que en caso de que el diablo exista ha de estar incluido en esta *plenitud* y ha de ser una parte del que "todo lo llena en todo". Desde tiempo inmemorial se ha intentado justificar la existencia de Dios con entera separación del diablo, y así lo hizo la antigua filosofía oriental en su *theodiké;* pero este metafísico concepto del *espíritu caído* no estuvo jamás desfigurado por la antropomórfica representación del diablo, como hicieron posteriormente las lumbreras de la teología cristiana; porque en la tierra, entre los hombres, y no en el cielo, ha de buscarse ese eterno enemigo de Dios que embaraza los caminos de perfección.

Así es que todos los monumentos religiosos de la antigüedad, sin distinción de país ni clima, expresan idéntico pensamiento cuya clave da la doctrina secreta que es necesario estudiar para comprender los misterios ocultos durante largos siglos en los templos y ruinas de Egipto, Asiria, América Central, Colombia británica y Cambodge, todos los cuales fueron proyectados y construidos por los sacerdotes de su respectiva nación, aunque éstas no se relacionaran unas con otras. Pero no obstante la diversidad de ritos y ceremonias, todos los sacerdotes, fuesen del país que fuesen, habían sido iniciados en los Misterios que se enseñaban en todo el mundo.

Valiosos documentos ofrecen a la arqueología comparada las ruinas de Ellora en el Deccan (India), las de ChichenItza en el Yucatán, las de Copán en Guatemala y las de Nagkon–Wat en Cambodge, pues son de tan semejantes características que sugieren al

convencimiento de la identidad de ideas religiosas y de nivel civilizador en artes y ciencias de los pueblos que construyeron estos monumentos.

No hay tal vez en el mundo entero ruinas[542] tan grandiosas como las de Nagkon–Wat que maravillan y confunden a los arqueólogos europeos. Dice el viajero Vincent:

> En lo más apartado de la comarca de Siamrap (Siam oriental) en medio de lujuriosa vegetación tropical, de palmeras, cocoteros y beteles se yergue el sorprendente templo de romántica belleza.
>
> Los que tenemos la dicha de vivir en el siglo XIX estamos acostumbrados a alardear de la superioridad de nuestra moderna civilización y de la rapidez de nuestros adelantos científicos, artísticos y literarios en comparación de los pueblos antiguos; pero no obstante, nos vemos en la precisión de reconocer que nos sobrepujaron en muchos aspectos y especialmente en pintura, arquitectura y escultura. Ejemplo de la superioridad de estas dos últimas artes entre los antiguos, nos da el incomparable Nagkon–Wat que en solidez, magnificencia y belleza aventaja a todas las modernas obras arquitectónicas. La vista de estas ruinas sobrecoge a quien por vez primera las contempla[543].

Así vemos que la opinión de este viajero robustece la de sus predecesores, entre quienes se cuentan arqueólogos competentes que equiparan las ruinas de Nagkon–Wat a las más grandiosas de la civilización egipcia.

Pero fieles a nuestro sistema, dejaremos que el mismo Vincent describa el monumento de Nagkon–Wat, pues aunque lo visitamos en circunstancias excepcionalmente favorables, podría parecer nuestro testimonio algún tanto tendencioso en favor de los antiguos, cuya entusiasta vindicación es el principal objeto de la presente obra.

Dice así Vincent:

> Entramos en una calzada de 725 pies de longitud[544] cuyas baldosas miden cuatro de largo por dos de ancho[545] escalonada en rellanos flanqueados por seis enormes grifos monolíticos. A uno y otro lado se ven lagos artificiales de unos cinco acres de extensión[546] alimentados por fuentes naturales. La muralla exterior de Nagkon–Wat[547] tiene diez pies de profundidad y abarca una milla cuadrada y en sus portales aparecen hermosas esculturas de dioses y dragones… Todo el edificio es de sillería, pero *sin mortero entre las piedras,*

---

[542] No es muy apropiada la palabra “ruinas” porque en ninguna parte hay restos tan antiguos ni en tan buen estado de conservación como los edificios de Nagkon–Wat y el templo de Angkorthôm.
[543] Vincent: *El país del elefante blanco*, pág. 209.
[544] 223,30 metros. – N. del T.
[545] 1m. 232Xoni. 616. – N. del T.
[546] 20.233 metros cuadrados. – N. del T.
[547] Significa este nombre “ciudad de los monasterios”.

cuyo ajuste es tan exacto que apenas se distingue. La planta es cuadrilonga y mide 796 pies de largo (245 metros) por 588 de ancho (181 metros). En cada ángulo se alza una pagoda de 150 pies de altura (46 metros) y en el centro otra de 250 pies de elevación (77 metros)[548].

Prosiguiendo nuestra visita, subimos a una plataforma... y entramos en el recinto del templo por un atrio columnario cuyo frontis ostenta un admirable bajorrelieve de asunto mitológico. A uno y otro lado del pórtico se extiende a lo largo de la pared exterior del templo una galería de doble fila de columnas monolíticas, con techo abovedado en el que campean relieves escultóricos continuados en la pared, representando asuntos de la mitología inda y de la epopeya del *Râmâyana,* entre ellos las hazañas del dios Râma, hijo del rey de Ayodhya, así como los altercados entre el rey de Ceilán y el dios–mono Hanumâ[549]. El total de figuras en estos relieves llega a cien mil y una sola escena del *Râmâyana* ocupa un lienzo de pared de setenta metros de largo. La bóveda de estas galerías *carece de clave* y el número de columnas es de mil quinientas treinta y dos que, añadidas a las de las ruinas de Angkor, suman seis mil, casi todas ellas monolíticas y artísticamente esculpidas.

Pero ¿quién edificó el *Nagkon–Wat* y en qué época? Los arqueólogos no han acertado en el cómputo y aunque los historiadores indígenas le atribuyen 2.400 años de antigüedad, parece ser mucho más antiguo, pues habiéndole preguntado a un natural del país cuánto tiempo hacía que estaba construido el *Nagkon–Wat,* me respondió: “Nadie lo sabe. Debe de haber brotado de la tierra o lo construyeron los gigantes o tal vez los ángeles”.

También cuando Stephens preguntaba a los indios de Guatemala quien había edificado el templo de Copán y trazado sus jeroglíficos y esculpido aquellos relieves emblemáticos, respondían invariablemente: *¡Quién sabe!* Por esto dice dicho viajero que todo es allí misterio más impenetrable todavía que en Egipto, donde las colosales

---

548 Este párrafo es muy significativo para los viajeros que han advertido y admirado la misma fábrica arquitectónica en las ruinas egipcias, de lo cual se infiere que si los templos de ambos países no fueron construidos por los mismos operarios, es de suponer por lo menos que los arquitectos de una y otra nación conocieran igualmente el secreto de este incomparable procedimiento constructivo.

549 La figura escultórica de Hanumâ mide cosa de un metro de alto y es negra como el carbón. El Râmâyana dice que Hanumâ era un poderoso caudillo muy amigo de a quién ayudó a encontrar a su esposa Sîtâ, raptada por Râvana, poderoso rey de los gigantes de Ceilán. Tras muchas vicisitudes fue Hanumâ a la capital de los gigantes, como espía de Rama, pero fue descubierto y preso por el rey Râvana, quien en castigo embadurnó de aceite la cola de Hanumâ y le prendió fuego. El dios–mono apresuróse a apagarlo; pero el humo le ennegreció de tal manera el rostro, que ya no le fue posible quitarse aquel color que heredaron sus descendientes. Según las leyendas indas, Hanumâ es el progenitor de los europeos, lo cual coincide con la científica teoría darviniana, aunque no estemos conformes ni con la leyenda ni con la teoría.

Dice también la leyenda que en premio de los servicios prestados por los monos de su ejército, dióles Rama en matrimonio las hijas de los gigantes de Ceilán (rakshasas) y en heredad las comarcas occidentales del mundo, en donde vivieron felices con sus gigantes mujeres y de ellas engendraron numerosa descendencia que son los actuales europeos. En el occidente de Europa se conservan todavía algunas voces dravidianas de que se infiere la unidad de raza é idioma de sus primitivos pobladores. ¿No podría estimarse como indicio de ello la semejanza entre las tradiciones europeas de duendes y trasgos y las que respecto a los monos subsisten todavía en el Indostán?

ruinas de los templos aparecen en toda la desnudez de su desolación; pero en la América Central una selva inmensa encubre las ruinas a la vista de los exploradores[550].

Con todo, muchos pormenores han escapado a la observación de los arqueólogos desconocedores de las "necias y quiméricas leyendas antiguas", pues de lo contrario discurrirían de muy distinta suerte. Uno de estos detalles, al parecer frívolos, es la inevitable figura del mono en los templos de Egipto, Méjico y Siam. El cinocéfalo egipcio está representado en las mismas actitudes que el Hanumâ de India y Siam[551]. En casi todos los templos budistas hay ídolos colosales en figura de mono y algunos indos tienen en sus casas un mono blanco con objeto de "ahuyentar a los espíritus malignos".

Pero volviendo a la antigüedad del Nagkon–Wat, dice Vincent que debe atribuirse su erección a un pueblo distinto de los antiguos siameses, aunque no hay tradición *digna de crédito* (pues todas son *absurdas fábulas o leyendas)* de la cual pueda inferirse quienes fueron sus constructores. Por su parte pregunta Luis de Carné[552] si la civilización de aquel pueblo correspondería en sus demás aspectos al nivel señalado por tales prodigios de arquitectura, considerando que la época de Fidias fue la de Sófocles, Sócrates y Platón y que al Dante sucedieron Miguel Ángel y Rafael, pues hay en la historia luminosos períodos en que la mentalidad humana se diversifica en multiplicidad de orientaciones y, triunfante en todo, crea obras maestras *al calor de una misma inspiración.*

Los viajeros y exploradores se descorazonan al no hallar en las leyendas populares de Siam clave alguna para el estudio de estas ruinas "tan imponentes pero más misteriosas todavía que las de Tebas", según dice un escritor citado por Vincent. Otro arqueólogo, Mouhot, opina que "Nagkon–Wat fue construido por algún Miguel Ángel de la antigüedad, pues sus ruinas superan en magnificencia a cuanto nos legaron Grecia y Roma". También cree Mouhot que pudo ser obra de alguna de las *diseminadas tribus de Israel* y en esta opinión le acompaña Miche, obispo de Cambodge, quien confiesa lo mucho que le sorprendieron los rasgos hebreos de no pocos salvajes del país. Añade Mouhot que, sin exageración, cabe computar en dos mil años la antigüedad de las primeras construcciones de Angkor.

Si admitiéramos este cómputo resultarían estas ruinas muy posteriores a las Pirámides; pero no es admisible en modo alguno, porque el decorado de las paredes pertenece a la antiquísima época en que Poseidón y los kabires eran adorados en todo el continente. Si, como supone Bastian[553], hubiese sido construído el Nagkon–Wat

[550] Stephens: *Incidentes de un viaje a la América central,* etc., I, 105.

[551] En las ruinas de Copán encontró Stephens restos escultóricos de colosales cinocéfalos sumamente parecidos a los cuatro monstruos que adoraban los tebanos y cuyas figuras campeaban en el obelisco de Luxor, trasladado a París ya sin dichas figuras.

[552] Véase: *El País del elefante blanco*, pág. 221.

[553] Presidente de la Sociedad Geográfica de Berlín.

para recibír al sabio patriarca Buddhaghosha cuando desde Ceilán trajo los sagrados libros del *Trai–Pidok;* o si, como opina el obispo Pallegoix, se remontara su construcción al reinado de Phra Pathum Suriving, quien mandó traer de Ceilán los libros sagrados del budismo y estableció esta religión en el país, no fuera posible justificar la siguiente descripción:

> Vemos en este mismo templo esculturas de Buda con cuatro y aun treinta y dos brazos, y divinidades con dos y aun diez y seis cabezas. También se ve el Vishnú induísta, dioses *alados*, cabezas birmanas, figuras indas y personajes de la mitología ceilana… Allí aparecen guerreros a lomos de elefantes o montados en carros, soldados de a pie con lanza y escudo, barcos, tigres, grifos, sierpes, peces, cocodrilos, novillos castrados… . fornidos guerreros con yelmos y hombres barbudos, probablemente negros. Las figuras están en posición algo parecida a la de los monumentos egipcios, con el costado un poco vuelto hacia adelante, aunque también observé cinco jinetes armados de lanza y espada que cabalgaban de frente, como los que se ven en las tablillas asirías del Museo Británico[554].

Por nuestra parte diremos que las paredes del templo ostentan repetidas figuras de Dagón (el hombre–pez de los babilonios) y de los kabires de Samotracia con su padre Vulcano provisto de rayos y herramientas, cerca del cual aparece la figura de un rey con cetro análogo al de Queronea que Vulcano regaló al rey Agamemnón. Otra escultura representa también a Vulcano con martillo y tenazas, pero en figura de mono, como solían representarle los egipcios.

Ahora bien; si el templo de Nagkon–Wat fuese esencialmente budista ¿cómo hay en sus muros bajorrelieves de carácter asirio?; ¿cómo están representados los dioses kabires, cuyo antiquísimo culto se había perdido 200 años de la era cristiana con la tergiversación de los misterios de Samotracia?; ¿de dónde proviene la tradición popular en Cambodge relativa al príncipe Rama, a quien los historiadores del país atribuyen la fundación del templo?; ¿no sería posible que, según opinan algunos críticos, la famosa epopeya *Râmâyana* hubiese servido de modelo a la *Ilíada* de Homero? El rapto de Helena por Paris tiene muchísima semejanza con el de Sîtâ por Râvana. La guerra de Troya es remedo de la guerra del Râmâyana. Además, asegura Heródoto que los dioses y héroes troyanos no se conocieron en Grecia hasta la época de la *Ilíada*. Por lo tanto, el dios–mono Hanumâ sería el tipo de Vulcano, sobre todo si se tiene en cuenta que, según la tradición cambodgiana, el fundador de Angkor vino de Roma, sita en el extremo occidental del mundo, y que el indo Râma da el occidente en heredad a la estirpe de Hanumâ.

Por hipotética que pueda parecer esta indicación, conviene tenerla en cuenta, aunque sólo sea para refutarla. El abate Jaquenet, de las misiones católicas de Conchinchina, en su deseo de relacionar el menor destello de luz histórica con la revelación cristiana, dice a este propósito:

---

[554] *El País del elefante blanco,* pág. 215.

> Ora consideremos las relaciones comerciales de los judíos, cuando, en el apogeo de su poder, las combinadas flotas de Hiram y Salomón iban en busca de los tesoros de Ofir; ora nos transportemos a época más moderna, cuando las diez tribus cautivas se dispersaron de las márgenes del Eufrates hasta las riberas del Océano… , no es menos incontrovertible el esplendor de la luz de la revelación en el remoto Oriente.

Verdaderamente parecerá "incontrovertible" si por inversión de términos admitimos que de ese "remoto Oriente" brotó la luz que iluminó a los israelitas después de pasar por Caldea y Egipto. Lo importante es averiguar primero quiénes fueron los israelitas. Muchos historiadores, apoyados en sólidas razones, los asimilan a los fenicios; pero está fuera de duda que éstos eran de raza etíope, pues aun hoy la raza del Punjab está mezclada con etíopes asiáticos. Heródoto coloca en el golfo Pérsico la cuna de los hebreos, vecinos por el sur de los hymaritas (árabes), y más lejos moraban los caldeos y susinianos, expertos en el arte de la construcción. Esto parece demostrar su filiación etíope. Megastenes dice que los israelitas eran una secta inda llamada de los *kalani,* cuya teología se asemejaba a la induísta. Otros autores suponen que los judíos[555] eran los *yadus* del Afganistán o India antigua[556]. Eusebio dice que "los etíopes vinieron del río Indo a establecerse cerca de Egipto". Nuevas investigaciones podrían demostrar que los indos tamiles, a quienes los misioneros acusan de adorar al diablo *(Kutti–Sattan),* se limitan a rendir culto al *Seth o Satán* de los hetheos de la *Biblia.*

Pero si en los albores de la historia fueron los judíos fenicios, a éstos se les puede seguir la huella hasta llegar a las antiguas naciones de lengua sánscrita. Cartago era una ciudad fenicia como lo indica su nombre, pues a Tiro se le llamaba también *Kartha* [557]. *Su* dios tutelar era *Melkarta* (Baal o Mel)[558].

Por otra parte, todas las razas ciclópeas fueron fenicias. En la *Odisea* los *kuklopes* (cíclopes) fueron pastores del Líbano, de quienes dice Heródoto que supieron abrir minas y levantar edificios. Según Hesiodo, forjaban los rayos de Júpiter, y la *Biblia* les llama *zamzumimes,* de Anakim o país de los gigantes.

De lo dicho se echa de ver fácilmente que si los constructores de Ellora, Copán, Nagkon–Wat y de los monumentos egipcios no fueron de una misma raza, profesaron al menos la misma religión o sea la que de muy antiguo se enseñó en los Misterios.

---

[555] Los naturales del reino de Judea propiamente dicho.

[556] La Dido fenicia es el femenino de David (דודח, דור) que con el nombre de Astarte guiaba en sus viajes a los fenicios, quienes colocaban su imagen en la proa de los buques. Saúl y David son también nombres afghanos.

[557] En la *Biblia* se encuentran a menudo las palabras *Kir y Kirjath*

[558] En sánscrito el municipio se llama *cûl* y su jefe o caudillo *heri.* Así Mel–Kartha es sinónimo de *hericûl,* de donde el adjetivo *her–cúleo.* El arqueólogo Wilder dice sobre el particular: "Las razas etíope, cusita y camítica son a mi juicio de artísticos constructores que rindieron culto a Baal o Bel (Siva), edificaron templos, grutas y pirámides y hablaron un idioma de peculiar estructura". Rawlinson cree que este idioma deriva del de los turanios del Indostán.

Aparte de esto, notamos que las figuras de Angkor son arcaicas y nada tienen que ver con las imágenes e ídolos de Buda, cuya fecha es indudablemente más moderna. Sobre el asunto dice Bastian:

> Sube de punto el interés de esta parte del monumento al considerar que el artífice representó tipos de diferentes naciones con sus rasgos característicos, desde el salvaje *pnom* de achatada nariz con atavío de borlas y el *lao* de pelo ralo hasta el *rajput* de aguileña nariz armado de escudo y espada y el *negro* de largas barbas, en acabado conjunto de nacionalidades por el estilo del de la *columna de Trajano, con* la peculiar conformación física de cada raza, predominando los rasgos de la *helénica* en las facciones y perfiles de las figuras y en las elegantes actitudes de los jinetes, como si Jenócrates, después de terminada su labor en Bombay, hubiese echo una excursión a oriente.

Pero si admitimos que las tribus de Israel tuvieron parte en la construcción del Nagkon–Wat, no hemos de tomar por tales las que cruzaron al desierto en demanda de la tierra de Canaán, sino a sus primitivos antepasados que nada supieron de la revelación mosaica. Pero ¿dónde está la prueba documental de que las tribus de Israel hayan tenido personalidad histórica antes de la compilación del *Antiguo Testamento* por Esdras?

Algunos arqueólogos, y no les falta razón para ello, tienen por míticas a las doce tribus de Israel, pues los levitas eran casta y no tribu. Queda también pendiente de resolución el problema de si los hebreos habitaron en Palestina antes de Ciro. Todos los hijos de Jacob se casaron con cananeas excepto José, que tomó por esposa a la hija de un sacerdote egipcio; y con arreglo a esta costumbre, estuvo consentido entre los hebreos el matrimonio con extranjeras[559].

La influencia asiria alteró en sentido semita el idioma de Palestina, porque los fenicios habían ya perdido la independencia en tiempo de Hiram y trocado su idioma camítico por el semítico.

Asiria es el país de Nemrod[560], equivalente a Baco, con su manchada piel de leopardo que, como accesorio ritualístico, se empleaba en los Misterios[561].

---

[559] Habitaron, pues, los hijos de Israel en medio del cananeo y del heteo y del amorreo y del fereceo y del heveo y del jebuseo. Y tomaron por mujeres a las hijas de ellos y dieron sus hijas a los hijos de ellos y sirvieron a sus dioses. E hicieron lo malo delante del Señor y olvidáronse de su Dios sirviendo a los Baales y a Astaroth (Jueces, III, 5, 6, 7). Este Baal era Moloch, Melch–Karta o Hércules que recibía adoración en todos los países donde los fenicios dejaban su huella. ¿Cómo podían los israelitas mantener la unidad de sus tribus cuando por testimonio mismo de la Biblia periódicamente caían en manos de sus enemigos? "… y fue trasladado Israel de su tierra a los asirios hasta este día. Y el rey de los asirios llevó gentes de Babilonia y de Cuthah y de Ava y de Amath y de Sepharvaim y las puso en las ciudades de Samaria *en lugar* de los hijos de Israel". (II *Reyes*, XVII, 23, 24).

[560] De la raíz *nimr,* salpicado.

[561] Lo mismo en los de Eleusis que en los egipcios. Esta piel aparece esculpida en los relieves de las ruinas centro–americanas sobre la espalda de los oficiantes. También la menciona el *Aytareya Brahmana* (véase

Los kabires eran también dioses asirios, en número indeterminado, conocidos por el vulgo con los nombres de Júpiter, Baco, Aquioquerso, Asquieros, Aquioquersa y Cadmilo; pero en el "lenguaje sagrado" tenían otros nombres tan sólo conocidos de los sacerdotes. ¿Cómo explicar, entonces, que en Nagkon–Wat aparezcan en las mismas actitudes con que se les representaba en los Misterios de Samotracia, y que en Siam, Tíbet e India se les denomine, salvo ligeras modificaciones de pronunciación, tal come se les llamaba en lengua sagrada[562]?

El nombre de *Kabir* puede derivarse indistintamente de las palabras אכר *(abir,* grande), הכר *(ebir,* astrólogo) o חכר *(chabir,* asociado).

Según Wilder, el nombre de Abraham tiene mucho de cabírico, y por otra parte la palabra *heber o gheber* aplicada a Nemrod y a los gigantes, citados en el sexto capítulo del *Génesis,* puede ser la raíz etimológica de *hebreo,* aunque de todos modos es preciso buscar su origen en fecha muy anterior a Moisés. Prueba de ello es que los *fenicios,* a quienes Maneto llama ΦοινιΚες o *Ph'anakes,* eran los *anakes o anakimes* de la tierra de Canaán con quienes los israelitas, aunque de raza distinta, entroncaron por medio de matrimonios. Opina también Maneto que los fenicios no son ni más ni menos que los problemáticos *hyk–sos* a quienes Josefo nos presenta como directos antecesores de los israelitas. Por lo tanto, en esta mezcolanza de autoridades y opiniones contradictorias, en este revoltijo histórico, hemos de buscar el esclarecimiento de tan misterioso punto. Mientras no se precise el origen de los *kyk–sos,* nada podremos saber de cierto en lo tocante al pueblo de Israel que voluntaria o involuntariamente enmarañó con tales confusiones su origen y cronología; pero si pudiera probarse que los *hyk–sos* fueron los pastores palis de las riberas del Indo, que segregados de las tribus nómadas de la India emigraron más hacia Oriente, tal vez hallaríamos la explicación de la entremezclada analogía de los mitos bíblicos y las divinidades de los Misterios asiáticos.

Dice Dunlap sobre este punto,

> Los hebreos salieron de Egipto rodeados de cananeos y no hay necesidad de remontarnos más allá del Éxodo para descubrir sus *orígenes históricos.* Era muy fácil anteponer a este remoto suceso narraciones míticas que atribuyesen el origen del pueblo a los dioses bajo la figura de patriarcas.

Sin embargo, lo de más vital importancia para la ciencia y la teología, no es el origen *histórico,* sino el *religioso* del pueblo hebreo; y si podemos descubrirlo entre los

---

traducción de Haug) al explicar el significado de las plegarias sacrificiales. Asimismo se emplea la piel de leopardo en el *agnishtoma o* ceremonia de la iniciación en el misterio del Soma. Al neófito se le cubre con una piel de leopardo, de entre la cual surge como del claustro materno para *nacer de nuevo.*

[562] El centro cultural de estas divinidades radicaba en Hebrón, la ciudad de los *anakes* o gigantes.

hyk–sos[563]*,* fácil será descubrir también el de las supuestas *revelaciones* dogmáticas de la *Biblia* en los albores de la historia, antes de la separación de las familias aria y semita. Para ello no hay medios más a propósito que los suministrados por la arqueología. La escritura ideográfica salvada de la destrucción no puede mentir; y si en todos los monumentos del mundo antiguo encontramos los mismos mitos, ideas y símbolos esotéricos, muy anteriores al "pueblo escogido", podremos inferir, sin temor de equivocarnos, que en vez de ser el texto bíblico obra directa de la *revelación* divina, es incompleta tradición de una tribu que, desde siglos antes de Abraham, se había fundido con las razas aria, semítica y turania, si así hemos de llamar a las tres principales del mundo.

Los *terafines* de *Terah* (constructor de imágenes), padre de Abraham, eran los dioses kabires, adorados por Micah, los danitas y otros pueblos[564]. Los *terafines* eran idénticos a los *serafines o* imágenes de serpientes[565], el símbolo de inmortalidad en todas las divinidades. *Kiyun* (Kivan) adorado por los hebreos en el desierto es el Siva indo[566] equivalente a Saturno[567]. La historia de Grecia nos dice que el arcadio Dardano recibió en herencia los kabires, cuyo culto introdujo en Samotracia y Troya mucho antes de que floreciesen Tiro y Sidón[568]. ¿De quién los recibiría Dardano? Es muy fácil fijar arbitrariamente la antigüedad de las ruinas sin más guía que el cálculo de las probabilidades, pero es mucho más difícil acertar en el cómputo. Lo cierto es que las obras roquizas de Ruad, Perytus y Marathos ofrecen analogías externas con las de Petra, Baalbek y otras de procedencia etíope. Además, al simbologista familiarizado con la interpretación de los jeroglíficos le importan muy poco las afirmaciones de ciertos arqueólogos que no descubren parecido alguno entre los templos centro–americanos y los egipcios y siameses, porque sabe leer la historia y filiación de estos monumentos y la misma doctrina en los signos misteriosos y caracteres indescifrables para el no iniciado[569].

Uno de estos signos misteriosos se descubre en la peculiar estructura de ciertos arcos de los templos. El autor de *El país del elefante blanco* observa como pormenor

---

[563] Abarcando en esta denominación a los fenicios, etíopes y caldeos, tanto si éstos recibieron su saber de los indos como si los indos lo recibieron de los caldeos.

[564] *Jueces,* XVII–XVIII.

[565] Del sánscrito *sarpa*, serpiente.

[566] La *h* zéndica se transforma en *s* en la India. Así *hapta* equivale a *sapta* é *hindu* a *sindhaya* (Wilder). La *s* va suavizándose progresivamente en *h* desde Grecia a Calcula, desde el Cáucaso a Egipto (Dunlap). Por lo tanto la letras *k, h* y *s* son intercambiables.

[567] Guignant: Obra citada, I, 167.

[568] A pesar de que la fundación de Tiro data de 2.760 años antes de J. C.

[569] Una tradición siamesa habla del último rey iniciado (quienes muy raras veces eran admitidos en los grados superiores de las Fraternidades orientales), que reinaba en 1670. Este monarca es el mismo a quien tanto ridiculizó el embajador de Francia, Loubère, pintándolo como un lunático que se había pasado la vida en busca de la piedra filosofal.

curioso “la falta de clave en los arcos del edificio y las inscripciones indescifrables que campean en los muros”. En las ruinas de Santa Cruz de Quiché encontró Stephens una galería abovedada sin clave y lo mismo echó de ver en las desoladas ruinas de Palenque, por lo que supuso que “los constructores ignoraban evidentemente los principios constructivos del arco y así colocaban las dovelas en posición imbricada, según las iban montando, como en Ocosingo y en los restos ciclópeos de Grecia e Italia[570].

Tal vez nos diera el manual masónico la solución de este enigma, porque la clave tiene un significado esotérico que si no comprenden deben comprender los masones de grado superior. La historia de la masonería nos dice que Enoch fue el constructor del más importante edificio subterráneo. En una visión que tuvo este patriarca le guió Dios por el interior de *nueve* bóvedas y, en consecuencia construyó con ayuda de su hijo Matusalén en las entrañas de un monte del país de Canaán nueve aposentos según la traza que la visión le mostrara. Cada aposento tenía su correspondiente bóveda con *clave,* en que estaban inscritos los caracteres miríficos que representaban los nueve nombres atributivos que a la Divinidad dieron los masones anteriores al diluvio. Después construyó Enoch dos deltas de oro purísimo, en cada uno de los cuales trazó dos caracteres misteriosos, colocando un delta en la bóveda más profunda y confiando el otro a Matusalén, a quien al mismo tiempo comunicó importantes secretos, *hoy perdidos para la masonería.* Estos secretos, desconocidos de los modernos masones, nos explicarían que las claves se empleaban tan sólo en ciertos arcos de los templos, en las partes destinadas a determinado objeto.

Los monumentos religiosos de todos los países ofrecen otro punto de semejanza en la estructura y dimensiones de las piezas arquitectónicas. Todos estos edificios corresponden a la época de Hermes Trismegisto, y aunque la obra parezca más o menos antigua o más o menos moderna, se advierte en sus proporciones matemática analogía con los templos egipcios, sobre todo en la disposición de los patios, galerías, atrios, corredores y pasadizos subterráneos, de los que se infiere la identidad de ritos religiosos allí celebrados, aunque discrepase el estilo arquitectónico de los templos. Al tratar del de Stonehenge dice Stukely:

> Este edificio no fue construido con arreglo a medidas latinas, como lo demuestran la multitud de fracciones resultantes al aplicar las escalas europeas, al paso que la medición es exacta si se emplea por unidad lineal el codo que empleaban los hebreos hijos de Sem y los fenicios y egipcios hijos de Cam[571] quienes imitaron los monumentos de piedra sin labrar y los litos oraculares.

---

[570] Stephens: *Incidentes de un viaje a Centro América,* etc. En otros edificios del mismo grupo encontró este explorador arcos con clave, lo cual prueba que su falta era *intencionada* y no por ignorancia.
[571] Ya expusimos nuestra opinión sobre la filiación de los fenicios.

También son un dato muy importante los lagos artificiales y su peculiar disposición en los recintos sagrados, pues aparte de la analogía constructiva que ofrecen los de Karnak, Nagkon–Wat, Copán y Santa Cruz de Quiché, el área de todos ellos está computada con arreglo a cálculos cíclicos, por el estilo de los empleados en las construcciones druídicas cuyos circuitos constan generalmente de doce, veintiuna o treinta y seis piedras y el punto céntrico corresponde a Assar o Azón, esto es, el nombre genérico de la divinidad del círculo, cualquiera que sea su nombre individual. Los trece dioses–sierpes de los mexicanos tienen remoto parentesco con las trece piedras de las ruinas druídicas. La T (tau) y la ⊕ (cruz astronómica de Egipto) aparecen visiblemente en las ruinas de Palenque. En el jeroglífico de un bajorrelieve del palacio de Palenque, se ve una T debajo de la figura sedente sobre cuya cabeza extiende con la mano izquierda el velo de la iniciación otra figura en pie que señala al cielo con los dedos índice y medio de la derecha, o sea la actitud benedicente de los obispos cristianos y la en que suele representarse a Jesús en la Cena. También se encuentra en las ruinas de Palenque la figura de estuco, con cabeza de elefante, de Ganesha, el dios indo de la sabiduría o ciencia mágica. ¿Qué explicación pueden darnos de estas analogías los arqueólogos, los filólogos y, en suma, la lucida hueste de académicos? Ninguna absolutamente. Todo lo más podrán forjar hipótesis que se sucedan infructuosamente unas a otras. Los "eslabones perdidos" que tan perplejos ponen a los científicos, así como la clave de los milagros antiguos y de los fenómenos modernos y la solución de los problemas psicológicos y fisiológicos está en manos de las Fraternidades secretas. Algún día se *descubrirá* este misterio. Pero hasta entonces, el tenebroso escepticismo eclipsará con sus horribles sombras la verdad divina y anublará la visión espiritual de la humanidad. La multitud contagiada por la mortífera epidemia de nuestro siglo, el desesperante materialismo, dudarán angustiosamente de la supervivencia del hombre, aunque este punto haya sido resuelto por generaciones de sabios. Respuesta a toda pregunta nos dan las graníticas páginas de las criptas, las esfinges, los propileos y los obeliscos cuyas inscripciones no lograron borrar las injurias del tiempo ni los agravios recibidos de manos cristianas. En estos monumentos dejaron sus constructores la solución que, ¿quién es capaz de decirlo?, tal vez sus antepasados dieron a problemas que tanto conturban hoy a los no iniciados. La clave de la interpretación estuvo custodiada por quienes saben comunicarse con la invisible Presencia y escucharon la verdad de los propios labios de la Naturaleza. De esta suerte son los monumentos antiguos a manera de silenciosos guardianes de las puertas del mundo *invisible* que sólo se abren para los elegidos.

A despecho del tiempo, de las estériles investigaciones de la ciencia profana y de las injurias de las religiones re*veladas,* sólo descifrarán estos monumentos sus enigmas a los herederos de los iniciados en los *Misterios.* Los fríos y pétreos labios del un tiempo parlante Memnon y de las intrépidas esfinges guardan rigurosamente sus secretos. ¿Quién romperá el sello que los cierra? ¿Qué pigmeo materialista moderno o qué saduceo incrédulo se atreverá a levantar el VELO DE ISIS?

CAPÍTULO VII

STE. – ¿Hay diablos aquí? ¿Venís a burlaros de nosotros con indios y salvajes?

La Tempestad, acto II, escena II

Hemos considerado la *naturaleza* y *funciones del alma* hasta donde era necesario para nuestro propósito, y hemos demostrado claramente que es una substancia distinta del cuerpo.

ENRIQUE MORE: *Inmortalidad del alma,* ed. de 1659

El conocimiento es poder; la ignorancia, imbecilidad.

Arte Mágico: El país de los espectros

Durante muchos siglos ha tenido la "doctrina secreta" notable semejanza con el "hombre de las aflicciones" a que alude el profeta Isaías. "¿Quién creyó nuestras palabras?", fueron repitiendo sus mártires de generación en generación. La doctrina se ha robustecido ante sus perseguidores "como tierna planta o raíz en tierra árida; no tiene forma ni belleza…; los hombres la rechazan y menosprecian y apartan de ella sus rostros… No la tienen en estima".

No es necesario discutir si esta doctrina concuerda o no con la iconoclasta tendencia de los escépticos contemporáneos. Concuerda con la verdad, y esto basta. Inútil fuera esperar que sus detractores creyesen en ella. Pero la tenaz vitalidad de que da muestras en cualquier parte del mundo donde haya un grupo de hombres dispuestos a luchar en su favor, es la mejor prueba de que la semilla plantada por nuestros padres "al otro lado de las aguas" era de vigoroso roble y no esporo de teológico hongo. Ninguna salpicadura de la ridiculez humana puede caer en su campo, ni rayo alguno, aun forjado por los vulcanos de la ciencia, es bastante poderoso para abatir el tronco ni siquiera para chamuscar las ramas de este árbol mundanal del CONOCIMIENTO.

Si prescindimos de la letra que mata y penetramos el sutil espíritu que vivifica, hallaremos ocultas en los *Libros de Hermes* (modelo y dechado de los demás) las pruebas de una verdad y de una filosofía que *debe* estar basada en leyes eternas.

Intuitivamente comprenderemos que por finitas que sean las facultades del hombre encarnado, han de estar en íntima relación con los atributos de la Deidad infinita, y apreciaremos mejor el oculto significado del don concedido por los *Elohim a* Adán cuando le dijeron: "He aquí que os he dado cuanto hay sobre la haz de la tierra. *Subyugadlo* y *tened dominio* sobre TODO".

No hubiera sido rechazada durante tanto tiempo la verdadera interpretación que al *Génesis* dieron los cabalistas, si se hubiesen comprendido mejor las alegorías de los primeros capítulos, siquiera en su sentido geográfico e histórico, que nada tiene de esotérico. Quien estudie la *Biblia* ha de tener presente que los capítulos I y II del *Génesis* no son de un mismo autor, pues las alegorías y parábolas[572] que forman el texto en lo referente a la creación y población de la tierra se contradicen opuestamente en lo relativo al orden, tiempo, lugar y método de la llamada *creación.* Quien tomara literalmente los relatos del *Génesis* rebajaría la dignidad de Dios al nivel del hombre, como si Dios tuviese necesidad de "descansar de sus labores", solazarse en la "frescura del día", sentir cólera y deseos de venganza y precaverse contra Adán "para que no pruebe el fruto del árbol de la ciencia"[573]. Pero en cuanto reconocemos el sentido alegórico de la narración de los que pudiéramos llamar hechos históricos, nos encontramos en terreno firme.

El Edén no es mito, topográficamente considerado[574], porque así se llamaba[575] de muy antiguo la comarca regada por el Eufrates y sus afluentes, que abarcaba desde la Armenia hasta el mar Eritreo. El *Libro de los Números* de Caldea señala numéricamente la posición topográfica del Edén, cuya acabada descripción está en el cifrado manuscrito rosacruz que legó el conde de San Germán. Las *Tablillas* asirías llaman al Edén *Gan–Duniyas*[576].

Los אלחום *(Elohim)* del Génesis dicen: "He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros". Los *Elohim* pueden considerarse en un sentido como *dioses o* potestades, y en otro como *aleímes o* sacerdotes iniciados en todo lo bueno y malo de este mundo, porque había un colegio de sacerdotes llamados *aleímes, cuyo* jerarca supremo era el *Java–Aleim.* En vez de empezar por la categoría de neófito para obtener gradualmente por medio de regular iniciación los conocimientos esotéricos, el *Adán* (símbolo del hombre) ejerce sus facultades intuitivas, e instigado por la serpiente (la materia y la *mujer)* come indebidamente del fruto del árbol de la ciencia del bien y del

[572] "Las cuales cosas fueron dichas por alegorías"". *Epístola* de San Pablo a los Gálatas, cap. IV, 24. – Véase también San Mateo, cap. XIII, vera. 10 y 15.

[573] Dicho sea de paso, esto es una admisión tácita de que el hombre *podía probar el fruto a* no impedírselo fuerza mayor.

[574] Aquí tenemos una de aquellas ráfagas de luz que en el estudio de la historia descubren que no todo es en la Biblia mera alegoría.

[575] En hebreo גן־עדן *(Gan–Edén),* Jardín del Edén.

[576] Uno de los nombres de Babilonia, según Wilder.

mal (doctrina esotérica). Los sacerdotes de Hércules *(Mel–Karth o* Señor del Edén) llevaban "vestiduras de piel"[577].

Las *Escrituras* hebreas delatan su doble origen, a pesar de que en el fondo contienen tanta verdad como las demás cosmogonías primitivas. El *Génesis* es sencillamente una reminiscencia de la cautividad de Babilonia, pues los nombres de lugares, personajes y aun de cosas coinciden con los empleados por los caldeos y por sus antecesores y maestros, los acadianos de raza aria. Mucho se ha discutido acerca de si los acadianos de Caldea y Asiria tuvieron o no parentesco con los brahmanes del Indostán; pero hay más pruebas en pro de la afirmativa. Los asirios debieran llamarse con mayor propiedad turanios, y los mogoles, escitas; pero si, en efecto, existieron los acadianos, y no tan sólo en la imaginación de unos cuantos filólogos y etnólogos, no serían en modo alguno una tribu turania, como suponen varios asiriólogos sino sencillamente emigrantes que de la India, cuna de la humanidad, pasaron al Asia Menor, donde sus adeptos civilizaron a un pueblo bárbaro. Halevy ha demostrado que los acadianos, cuyo nombre se alteró muchas veces, no pudieron pertenecer a la raza turania, y otros orientalistas han demostrado que la civilización asiria no brotó en aquel país, sino que de la India la importaron los brahmanes.

Opina Wilder que de ser los asirios turanios y los mogoles escitas, las guerras de Irán y Turán y de Zohak y Jemshid o Yima hubieran sido tan notorias como la entre Persia y Asiria, que terminó con la destrucción de Nínive, "cuyo palacio de Afrasiab quedó en poder de las telarañas"[578].

Añade Wilder que los turanios calificados de tales porr Müller y su escuela son evidentemente los salvajes nómadas del Cáucaso, de quienes procedieron primero los constructores etíopes o camitas; después los semitas (mezcla tal vez de camita y ario); más tarde los arios (medos, persas e indos); y finalmente los pueblos góticos y eslavos de Europa. Supone también que los celtas eran, como los asirios, un pueblo cruzado de los arios que invadieron la Europa y los habitantes ibéricos (acaso etíopes) de esta parte del mundo.

Si así es, resulta válida nuestra afirmación de que los acadianos fueron una tribu de los primitivos indos; pero dejaremos que los filólogos del porvenir diluciden si pertenecieron a los brahmanes de la región propiamente brahmánica (40º latitud Norte), o del Indostán, o bien del Asia Central.

Por un procedimiento inductivo de nuestra especialidad, que a los científicos les parecerá deleznable y basado en una prueba que desdeñarían por circunstancial, hemos formado una opinión que para nosotros equivale a certidumbre. Durante muchos años

---

[577] El texto dice: "Y *Java–Aleim* hizo para Adán y su mujer כתנות עור *(Kitonuth ur)*". De la palabra hebrea *Kitun* se derivó la griega *Kiton,* para significar prenda de ropa exterior, esto es, una especie de manteleta.

[578] La verdadera definición de la palabra turania es: una raza de que los etnólogos no saben ni una palabra.

estamos observando que en países sin la menor filiación histórica, en apariencia, hay idénticos símbolos y alegorías de una misma verdad. Hemos advertido que la *Kábala y la Biblia* remedan los "mitos"[579] babilónicos, y que las alegorías caldeas e índicas se reproducen formal y substancialmente en los antiquísimos manuscritos de los monjes talapines de Siam y en las no menos antiguas tradiciones populares de Ceilán.

En esta isla tenemos un antiguo, fiel y muy sabio amigo pali que posee una curiosa hoja de palmera (incorruptible gracias a ciertas manipulaciones químicas) y una enorme media concha. En la hoja de palmera está la figura del ciego gigante Somona el Menor[580] de cabellera larga hasta el suelo, que abrazado a las cuatro columnas centrales de una pagoda, la derriba sobre el numeroso concurso acudido a la fiesta. La concha ostentaba en su nacarada superficie un grabado díptico de labor y composición muchísimo más artística que los crucifijos y otras piadosas bagatelas del mismo material que se elaboran hoy en Jaffa y Jerusalén. En la primera división del grabado está representado el Siva indo con todos sus atributos, en actitud de sacrificar a su hijo[581], colocado sobre una pira. El padre aparece suspendido en el aire, con el arma levantada a punto de herir a la víctima, pero con el rostro vuelto hacia un árbol en cuyo tronco ha clavado profundamente los cuernos un rinoceronte, quedando allí preso. La otra división del díptico representa el mismo rinoceronte sobre la pira con el arma hundida en el costado, y el ya libre hijo de Siva ayudando a su padre a encender el fuego del sacrificio.

Para remontarnos al origen de este mito bíblico hemos de recordar que Siva, Baal, Moloch y Saturno son idénticos; que aun hoy mismo los árabes mahometanos consideran a Abraham como a Saturno en la Kaaba[582]; que Abraham e Israel eran distintos nombres de Saturno[583]; y que Saturno ofreció su hijo unigénito en sacrificio a su padre Urano y que se circuncidó a sí mismo y obligó a la circuncisión a sus parientes y aliados[584]. Pero este mito no es de origen fenicio ni caldeo, sino puramente indo, porque su modelo se halla en el *Mahâ–Bhârata,* y aun que fuese budista, remontaría su antigüedad más allá del *Pentateuco* hebreo, compilado por Esdras[585] después de la cautividad de Babilonia y revisado por los rabinos de la Sinagoga Mayor.

Por consiguiente, nos atrevemos a discrepar en estos puntos del criterio de muchos científicos cuya superior erudición reconocemos. Una cosa es la inducción científica y otra el *conocimiento de hechos,* por muy contrarios a la ciencia que a primera vista

[579] Véanse Berosio y Sanchoniaton; Cory: *Fragmentos antiguos*; Movers y otros autores.

[580] Para distinguirlo de Somona Kadom, el Salvador siamés. Esta leyenda pali corresponde en todos sus pormenores a la bíblica de Sansón

[581] No nos hemos detenido a indagar si es el unigénito o uno entre varios.

[582] Movers, 86.

[583] Id.

[584] Sanchoniaton. – Fragmentos de Cory, 14.

[585] La Vulgata llama Esdras a este personaje. – N. del T.

parezcan. Pero las indagaciones científicas han bastado para demostrar que los originales sánscritos de Nepal fueron traducidos por los misioneros budistas a casi todas las lenguas asiáticas. Asimismo tradujeron al siamés los manuscritos palis que llevaron a Birmania y Siam, por lo que es muy fácil explicar la divulgación de las mismas leyendas y mitos religiosos en estos países.

Maneto nos habla de los pastores palis que emigraron a occidente; y así, las tradiciones ceilanesas que encontramos en la *Kábala* caldea y en la *Biblia* judaica nos inducen a sospechar que, o bien los caldeos y babilonios estuvieron en Ceilán y la India, o bien que las tradiciones de los palis fueron gemelas de las de los acadianos, cuyo origen tantas dudas envuelven, aunque Rawlinson acierte al decir que vinieron de Armenia. Como el campo está actualmente abierto a todas las hipótesis, podemos admitir que los acadianos llegaron a Armenia por las orillas del mar Caspio[586] y del Ponto Euxino, procedentes de allende el Indo o bien de Ceilán. Es imposible descubrir con seguridad las huellas de los arios nómadas, y por lo tanto, no cabe otro recurso que juzgar por inducción, previo el cotejo de sus mitos esotéricos. Tal vez, como sin duda no ignorarán los eruditos, el mismo Abraham fue uno de los pastores palis que emigraron a Occidente, pues le vemos salir con su padre Terah de Ur de los caldeos[587].

Aunque el estilo del *Génesis no* denote procedencia brahmánica, hay poderosas razones en pro de que sus alegorías derivan de las tradiciones acadianas, cuyo nombre tiene por raíz *ak–ad,* con morfología idéntica a la de *Ad–am, Ha–va* y *Ed–en*[588].

Pero si los tres primeros capítulos del *Génesis* no son sino desfigurados remedos de otras cosmogonías, el capítulo IV desde el versículo 16, y todo el capítulo V, refieren hechos rigurosamente históricos, aunque mal interpretados, y recogidos palabra por palabra del *Libro de los Números* de la *Kábala* oriental. Enoch, el patriarca de la masonería, da comienzo a la genealogía de las familias turania, aria y semítica, si así pueden llamarse, en que cada mujer personifica un país o una ciudad, y cada patriarca una raza o subraza. Las mujeres de Lamech dan la clave del enigma que los verdaderos eruditos pudieran desentrañar aun sin auxilio de la ciencia esotérica, pues cada palabra

---

[586] Parte de este mar era territorio indo en otro tiempo.

[587] Rawlinson descubrió una inscripción en que se fijaba el emplazamiento de la ciudad fenicia Martu o Marathos, hacia *Ur, es* decir, hacia el *Oeste.*

[588] En el manuscrito de la leyenda de Khristna aparecen palabra por palabra los dos primeros capítulos del *Génesis* referentes a la creación del hombre llamado *Adima* (primer hombre), y de *Heva* (la que completa la vida). También se descubren analogías con el *Génesis* en el antiguo libro brahmánico *Profecías,* escrito por Ramutsariar. Según dice Jacolliot en su obra: *La Bible dans l'Inde,* Khristna fue personaje auténtico, cuya historia se escribió 3000 años antes de J.C. Por otra parte, supone Wilder que *Ad–am* significa "hijo de Ad". En lengua asiria, *Ak* significa creador, y *Ad* padre. En Idioma arameo, *Ad* quiere decir uno, y A*d–ad, el único.* En la *Kábala, Ad– am* es el *unigénito,* la primera emanación del invisible Creador. En Siria, al Señor Dios le llamaban *Adon,* cuya esposa era *Adar–gat* o *Aster–t,* equivalente a Venus, Isis, Istar, Milita, etc., símbolos de la *Magna Mater o Madre de todo lo viviente.*

tiene un sentido propio sin que entrañe *revelación* alguna[589], sino que todo el texto es una compilación de hechos *históricos,* aunque la historia no se decida a darles la importancia que merecen.

En el Euxino, Cachemira y allende estas comarcas, hemos de buscar la cuna de la humanidad y de los hijos de *Ad–ah,* dejando el *Ed–en* de las riberas del Eufrates al colegio de los sabios astrólogos y magos *aleímes* [590]. No es, pues, maravilla que Swedenborg, el vidente del Norte, aconsejara buscar la *palabra perdida* entre los hierofantes de Tartaria, China y Tíbet, porque únicamente allí se conserva en la actualidad, aunque la hallemos inscrita en los monumentos de las primitivas dinastías egipcias. Un mismo fundamento tienen los *Vedas* con su grandiosa poesía; los *Libros de Hermes;* el caldeo *Libro de los Números;* el *Código de los Nazarenos;* la *Kábala* de los tanaímes; el *Sepher Jezira*; el *Libro de la Sabiduría* de Salomón; el tratado secreto sobre *Muhta y Badha* [591] (atribuido por la cábala budista a Kapila, fundador del sistema de filosofía sankhya); *los Brâhmanas* [592] y el *Stan–gyur* de los tibetanos[593]. Todos estos libros enseñan, bajo diversidad de alegorías, la misma doctrina secreta, que cuando acabe de pasar por el tamiz del estudio, aparecerá como el último término de la verdadera filosofía. Entonces se nos revelará la PALABRA PERDIDA.

No cabe esperar que los eruditos hallen en estas obras nada interesante, a no ser lo que directamente se relacione con la filología y mitología comparadas, pues aun el mismo Max Müller sólo ve “absurdos teológicos” y “desatinos quiméricos” en cuanto se refiere al misticismo y metafísica de la literatura sánscrita. Al hablar de los *Brâhmanas,* cuyos misterios le parecen absurdos, dice Max Müller:

---

[589] Así se infiere del siguiente pasaje: “Y Ad–ah engendró a jabal, padre de los que moran en tiendas y *poseen ganados* (la raza aria nómada); y su hermano fue Jubal, padre de cuantos *tañen arpa y órgano; y* Zillah engendró a Tubalcaín, *maestro de los artífices en bronce y hierro,* etc.

[590] *Adah* en hebreo es עדה. y Edén es עדן. El primer nombre es femenino y el segundo el de un país. Ambos nombres están íntimamente relacionados, pero no con *Adam* אדט, y *Akkad* אתד, que están deletreados en *aleph.*

[591] Estos dos términos corresponden a las dos palabras cabalísticas *macroposopos* (el macrocosmos absoluto e ilimitado), y *microposopos* (la cara menor o microcosmos finito y condicionado). El esotérico tratado sobre *Muhta* y *Badha* no está traducido a lengua vulgar ninguna, ni es probable que se traduzca. Los monjes del Tíbet afirman que contiene los verdaderos *sûtras*. No comprendemos como algunos sanscritistas afirman que Kapila era ateo, siendo así que las tradiciones nos lo presentan como el místico ascético por excelencia, y fundador de la secta de los yoguis.

[592] Traducidos por Haug. Véase su *Aitareya Brâhmana.*

[593] Esta obra contiene abundantes reglas de magia con el estudio de los poderes ocultos y su desenvolvimiento, así como también trata de los hechizos, encantamientos, etc. Sin embargo, los profanos lo interpretan tan erróneamente como el clero cristiano la Biblia hebrea y los rabinos europeos la *Kábala* judía.

> La mayor parte de estos libros son pura charlatanería, y lo que es peor, *charlatanería teológica.* Nadie que de antemano conozca el lugar que los *Brâhmanas* ocupan en la historia del pensamiento indo, puede leer más de diez páginas sin aburrirse[594].

No nos sorprende la severa crítica de este erudito orientalista, porque sin la clave de esa *charlatanería teológica,* ¿Cómo juzgar de lo esotérico por lo exotérico?

Hallaremos respuesta a esta pregunta en otra de las interesantísimas conferencias del erudito alemán, que dice así:

> Ni los judíos ni los romanos ni los brahmanes intentaron jamás propagar sus creencias religiosas entre los pueblos vecinos, pues para ellos era la religión algo inherente y privativo de la nacionalidad, que debía resguardarse de toda influencia extraña, y así mantenían en el mayor secreto los sacratísimos nombres de los dioses y las plegarias con que impetraban el favor divino. Ninguna religión era tan exclusivista como la brahmánica[595].

Por esta misma razón, nos maravilla el engreimiento de los eruditos, que en cuanto aprenden de boca de un *srotriya* [596] la significación de unos cuantos ritos esotéricos, ya se forjan la ilusión de interpretar todos los símbolos y de escudriñar las religiones de la India. Y si, como el mismo Müller reconoce, no sólo los brahmanes *dos veces nacidos,* sino ni siquiera la ínfima casta de los sudras, podía admitir en su seno a un extraño, mucho menos posible sería que revelaran los sagrados misterios de su religión, cuyo secreto tan celosamente preservaron de profanos oídos durante siglos sin cuento.

No; los eruditos no comprenden, o mejor dicho, no pueden comprender debidamente la literatura índica, pues para ello tropiezan con la misma dificultad que los escépticos para compartir los sentimientos de un iluminado o de un místico entregado de por vida a la contemplación. Tienen los eruditos perfecto derecho de embelesarse con el suave arrullo de la propia admiración y ufanarse de su saber, pero no de engañar a las gentes diciendo que han descifrado el enigma de las literaturas antiguas, y que, tras su externa "charlatanería", nada hay que no conozcan los filósofos modernos, ni que el sentido literal de las voces y frases sánscritas encubran profundos pensamientos, obscuros para el profano e inteligibles para los descendientes de aquellos que lo velaron en los primitivos días del mundo.

No es maravilla que los escépticos y aun los mismos cristianos repugnen el licencioso lenguaje de las obras brahmánicas y sus derivantes: la *Kábala,* el *Codex* de Bardesanes y las *Escrituras* hebreas, que el lector profano juzga reñidas con el "sentido común". Pero si por ello no cabe vituperarles, pues, como dice Fichte, "indicio es de sabiduría no satisfacerse con pruebas incompletas", debieran tener en cambio la sinceridad de

[594] Conferencia de Max Müller sobre el *Aitareya Brâhmana.*

[595] Max Müller: – Conferencia sobre *Los peregrinos budistas.*

[596] Sacerdote induista, iniciado en los misterios sacrificiales.

confesar su ignorancia en cuestiones que ofrecen dos aspectos y en cuya resolución tan fácilmente puede errar el erudito como el ignorante.

En su obra: *Desarrollo intelectual de Europa,* llama Draper "edad de fe" al tiempo transcurrido desde Sócrates, precursor de Platón, hasta Carneades; y "edad decrépita", al tiempo que media entre Filo Judeo y la disolución de las escuelas neoplatónicas por Justiniano. Pero esto demuestra, precisamente, que Draper conoce tan poco la verdadera tendencia de la filosofía griega, como el verdadero carácter de Giordano Bruno. Así es que cuando Müller declara por su propia autoridad que la mayor parte de los *Brahmanas* son pura "charlatanería teológica", suponemos con profunda pena que el erudito orientalista debe de estar mejor enterado del valor gramatical de los verbos y nombres sánscritos que del pensamiento indo, y deploramos que un erudito tan bien dispuesto siempre a hacer justicia a las religiones y sabios de la antigüedad, estimule en esta ocasión la hostilidad de los teólogos cristianos. Sin el significado esotérico de los textos, tendría razón Jacquemont[597] al preguntar con aire de duda para qué sirve el sánscrito, porque si hemos de poner un cadáver en vez de otro, tanto da disecar la letra muerta de la *Biblia* hebrea como la de los *Vedas* indos. Quien no esté intuitivamente vivificado por el espíritu de la antigüedad, nada descubrirá más allá del "charlatanismo exotérico".

Al leer por vez primera que "en la cavidad craneal del Macroprosopos (la Gran Faz) se oculta la SABIDURÍA aérea que en parte alguna está abierta ni descubierta", o bien que "la nariz del *Anciano de los Días* es *vida* en todas partes", nos sentimos inclinados a diputar estas frases por incoherentes extravagancias de un orate. Y al leer en el *Codex Nazarœus* que "Ella (el *Espíritu)* incitó a su frenético y mentecato hijo Karabtanos a cometer un pecado contra naturaleza con su propia madre", cerraríamos disgustados el libro. Pero ¿no hay en ello más que fruslerías sin sentido expresadas en lenguaje burdo y aun obsceno? En apariencia, no cabe juzgarlo ni más ni menos que, como en apariencia también, se juzgan profanamente los símbolos sexuales de las religiones induísta y egipcia, la licenciosa expresión de la misma *Biblia,* llamada "santa", o la alegoría de la serpiente tentadora de Eva. El inquieto y siempre insinuante espíritu, luego de "caído en la materia", tienta a Eva o Hava (símbolo de la materia caótica "frenética y sin juicio"). De la propia suerte, Karabtanos *(materia)* es el hijo de *Sopkia–Achamoth* (el *Spiritus,* según los nazarenos), que a su vez es hija del espíritu puro y mental, o aliento divino. Cuando la ciencia descubra plenamente el origen de la materia y demuestre que tanto los ocultistas y filósofos antiguos como sus actuales sucesores se equivocan al considerar la materia correlativa del espíritu, entonces podrán los escépticos menospreciar la sabiduría antigua y acusar de obscenidad a las antiguas religiones.

Dice a este propósito la escritora Lidia María Child:

[597] Que por sí solo ha dicho más despropósitos que todos los orientalistas juntos.

> Desde tiempo inmemorial ha sido adorado en el Indostán el emblema de la creadora potencia originaria de la vida. Es el símbolo más frecuente de Siva (Bala o Mahâdeva), con cuyo culto está universalmente relacionado… Siva no es tan sólo entre los induistas el reproductor de la forma humana, sino que representa el principio fructificante y la potencia creadora que penetra el universo…
>
> Hay pequeñas imágenes de este emblema talladas en marfil, oro o cristal, que se llevan colgantes del cuello a manera de adorno… El emblema maternal tiene asimismo carácter religioso y, los devotos de Vishnú se lo marcan en la frente en sentido horizontal… ¿Qué extraño es que miren con reverencia el profundo misterio de la generación? ¿Eran ellos los obscenos al hacerlo así, o lo somos nosotros por no hacerlo? Mucho camino hemos andado, y seguido senderos muy sucios desde que los antiguos anacoretas hablaron por primera vez de Dios y del alma en las solemnes profundidades primitivos santuarios. No nos riamos de su manera de indagar la Causa infinita e incomprensible a través de los misterios de la Naturaleza, pues acaso proyectaríamos la sombra de nuestra rudeza sobre su patriarcal sencillez[598].

Muchos eruditos intentaron con buena voluntad hacer justicia a la antigua India. Colebrooke, William Jones, Barthelemy St.–Hilaire, Lassen, Weber, Strange, Burnouff, Hardy y Jacolliot han aportado su testimonio en pro de los adelantos de la India en jurisprudencia, ética, filosofía y religión. Nadie en el mundo aventajó todavía a los teólogos y metafísicos sánscritos en sus conceptos de Dios y el hombre. Jacolliot, que gracias a su larga residencia en la India y al estudio de la literatura del país, es testimonio de superior competencia, nos dice acerca del particular:

> Al paso que admiro el profundo saber de muchos orientalistas y traductores, me quejo de ellos, porque *como no han vivido en la India,* no aciertan con la expresión exacta ni comprenden el simbólico sentido de los himnos, plegarias y ceremonias, por lo que frecuentemente caen en deplorables errores de traducción o de interpretación… La vida de varias generaciones apenas bastaría para leer siquiera las obras que la antigua India nos legó sobre historia, ética, poesía, filosofía, religión y ciencias[599].

Sin embargo, Jacolliot sólo podía juzgar por los escasos fragmentos que en sus manos puso la complacencia de unos cuantos brahmanes con quienes contrajo estrecha amistad. Pero ¿le enseñaron *todo lo* que atesoraban? ¿Le explicaron *todo* cuanto deseaba saber? Lo dudamos, porque de otra suerte no hubiese juzgado sus ceremonias religiosas con la ligereza en que incurre algunas veces, sin otro apoyo que lo que eventualmente pudo ver. Sin embargo, es Jacolliot el viajero más justo e imparcial en sus apreciaciones sobre India. La severidad que muestra respecto a la actual degradación del país, sube de punto cuando la descarga contra la casta sacerdotal que la determinó durante estos últimos siglos; pero sus apóstrofes están en relación con la intensidad en estimar las pasadas grandezas. Señala Jacolliot las fuentes de que

[598] Child: Evolución de las ideas religiosas a través de las edades, I, 17.

[599] Jacolliot: *La Biblia en la India.*

manaron las antiguas creencias reveladas, incluso los *Libros de Moisés,* y considera la India como cuna de la humanidad, madre de las demás naciones y semillero de las artes y las ciencias, ya envueltas de mucho antes en las cimerianas tinieblas de las edades arcaicas.

Sigue diciendo Jacolliot:

> Estudiar la india es inquirir los orígenes de la humanidad… La sociedad moderna tropieza a cada paso con la antigua. Nuestros poetas imitan a Homero, Virgilio, Sófocles, Eurípides, Plauto y Terencio; nuestros filósofos se inspiran en Sócrates, Pitágoras, Platón y Aristóteles; nuestros historiadores toman por modelo a Tito Livio, Salustio y Tácito; nuestros oradores remedan a Demóstenes y Cicerón; nuestros médicos estudian a Hipócrates, y nuestros jurisperitos transcriben a Justiniano. Pero también la antigüedad tuvo a su vez otra anterior que le sirvió de dechado. ¿Hay algo más lógico y sencillo? ¿No se suceden los pueblos unos a otros? ¿Acaso la sabiduría penosamente adquirida por una nación ha de quedar recluida en su propio territorio y morir con la generación que la engendrara? ¿No cabe afirmar sin absurdo que la esplendente, culta y populosa India de hace seis mil años estampo en Egipto, Persia, India, Grecia y Roma tan indeleble sello y tan profundas huellas como en Occidente estamparon estas otras naciones? Hora es ya de desechar el prejuicio que nos representa a los antiguos como si espontáneamente hubiesen nacido en su entendimiento las más sublimes ideas filosóficas, religiosas y morales, o como si a la intuición de unos cuantos sabios se debiera todo en los dominios de la ciencia, del arte y de la literatura, y a la revelación se debiese remitir todo cuanto aparece en el orden religioso[600].

Parece que no está lejano el día en que los adversarios de este sagaz erudito se vean confundidos por la irresistible fuerza de las pruebas; y cuando los *hechos* hayan confirmado cuanto dice, verá el mundo que a la desconocida e inexplorada India le debe sus idiomas, sus artes, leyes y civilización. El progreso de este país se atascó siglos antes de nuestra era[601], hasta paralizarse por completo en los siguientes; pero en su literatura hallamos la prueba irrefragable de sus pasadas glorias. Si no fuera tan espinoso el estudio del sánscrito, de seguro que se despertara la afición a la literatura indica, incomparablemente más rica y copiosa que ninguna otra. Hasta ahora, la generalidad de los intelectuales se ha relacionado incompletamente con el antiguo mundo oriental por mediación de unos cuantos eruditos que, no obstante su gran cultura y honrada sinceridad, discrepan en la interpretación y comento de las pocas obras llegadas a sus manos de entre el sinnúmero de las que, no obstante el vandalismo de los misioneros, integran todavía la enorme masa de la literatura indica[602].

---

[600] Jacolliot: obra citada.

[601] Según Jacolliot, en tiempo de Alejandro Magno ya había traspuesto la India el periodo de su esplendor.

[602] Aun para la tarea de traducir y comentar contadas obras, se necesita toda la vida de un erudito europeo. De aquí, que la premura de su labor les induzca a juzgar tan rápida como erróneamente.

No ha mucho, en la ceremonia de la cremación del cadáver del barón de Palm, un teósofo pronunció un discurso diciendo que el *Código de Manú* se conocía ya mil años antes de Moisés. Contra esta afirmación, arguyó el reverendo Dunlop Moore, de Nueva Brighton, replicando en un periódico[603] que "todos los orientalistas de alguna importancia convienen hoy en atribuir a distintas épocas las *Instituciones de Manú,* cuya parte *más antigua* data probablemente del siglo VI *antes de la Era cristiana".* Pero el alarde de piedad e ingenio que supone esta discrepancia, no invalida la opinión de orientalistas tan doctos como William Jones y Jacolliot.

Dice el primero:

> Resulta evidente que las *Leyes de Manú,* según las conocemos con sólo 680 dísticos, no pueden ser la obra atribuida a Sumati (el *Vriddha Mânava* o *Antiguo Código de Manú,* según toda probabilidad), no reconstruida aún enteramente, si bien la tradición ha conservado muchos fragmentos que con frecuencia citan los comentadores.

Por su parte, dice Jacolliot:

En el prefacio de un tratado sobre legislación, de Nârada, escrito por uno de sus adeptos, copartícipe del poder brahmánico, leemos que Manú escribió las leyes de Brahma en cien mil dísticos que formaban veinticuatro libros con mil capítulos, y entregó después esta obra a Nârada, el sabio entre los sabios, quien, para que las gentes pudieran aprovecharse de ella, la compendió en doce mil dísticos, que Sumati, hijo de Brighu, redujo a cuatro mil para su mejor comprensión… Entiendo, pues, que las leyes indas fueron codificadas por Manú *más de tres mil años antes de la Era cristiana,* y de ellas derivaron su legislación los pueblos antiguos y especialmente Roma, la única que nos ha legado un código escrito, el de Justiniano, sobre el cual se basan las legislaciones modernas[604].

El mismo autor añade en otra de sus obras[605], al discutir con Textor de Ravisi[606]:

> Ningún orientalista se atrevería a negarle a Manú el titulo de primer legislador del mundo, pues floreció en época que se pierde en la prehistoria de la India.

Pero Jacolliot no ha oído hablar del reverendo Dunlop Moore, sin duda porque con otros orientalistas está disponiéndose a demostrar que los textos védicos y los de Manú enviados a Europa por la "Sociedad Asiática de Calcuta", *no son auténticos,* sino amañados hábilmente por algunos misioneros jesuitas con deliberado propósito de extraviar a los comentadores y cubrir la historia de la India con una nube de

---

[603] *Presbyterian Banner.* 20 de Diciembre de 1876.

[604] Jacolliot: *La Biblia en la India*

[605] *Khristna y Cristo,* 350.

[606] Este piadoso y erudito escritor católico trataba de probar que la ortografía de nombre Khristna no corresponde a su pronunciación sánscrita.

incertidumbre que envuelva sospechas de supercherría contra los modernos brahmanes. Termina diciendo Jacolliot que Europa debe conocer estos hechos, sobre los cuales ya ni siquiera se discute en la India[607].

Además, el *Código de Manú,* que los orientalistas europeos consideran como el comentado por Brighu, no forma parte del *Vriddha–Mânava,* que se conserva completo en los templos, aunque los eruditos sólo hayan descubierto de él pequeños fragmentos. Jacolliot demuestra que las copias enviadas a Europa difieren del original existente en las pagodas del Sur de la India. También podemos aducir el testimonio de William Jones, quien lamenta que Callouca no haya tenido en cuenta en sus comentarios, que "las leyes de Manú *se contraen a las tres primeras épocas"* [608].

Según los cómputos, estamos en el *Kali Yuga, o* tercera época a contar desde la Satya o Kritayuga, en que, conforme asegura la tradición, se establecieron las *Leyes de Manú,* cuya autenticidad acepta implícitamente William Jones. Aun admitiendo todo cuanto se diga acerca de la cronología inda[609], tendremos que como han transcurrido unos 4500 años desde que comenzó la cuarta edad del mundo, o sea el *Kali Yuga,* hay razón para que uno de los más insignes orientalistas, y cristiano por añadidura, afirme que Manú es de muchos miles de años más antiguo que Moisés. Verdaderamente, nos encontramos ante un dilema: o bien se ha de reformar la historia de la India para uso exclusivo de quienes niegan la precedencia de Manú sobre todos los legisladores, o bien han de estudiar la literatura inda antes de arremeter en este punto contra los teósofos.

Pero dejando de lado la opinión de los reverendos redactores de *La Bandera Presbiteriana,* cuyo objeto muy poco nos importa, atendamos a lo que dice la *Nueva Enciclopedia Americana* respecto de la antigüedad e importancia de la literatura inda. Afirma uno de los articulistas, que las *Leyes de Manú* no datan más allá del siglo III antes de J.C. Esta afirmación es muy elástica, porque pudiera parecer verosímil si por *Leyes de Manú* se entiende el *compendio* que hicieron los últimos brahmanes en apoyo de sus ambiciosos proyectos; pero tan ilógico es equiparar dicho compendio al verdadero código de Manú, como si alguien afirmase que la *Biblia* no data más allá del siglo X de la Era cristiana, porque no hay ningún manuscrito anterior a esta época; o bien suponer que la *Ilíada* no es anterior al hallazgo de su texto original. No conocen los eruditos europeos ningún manuscrito sánscrito que se remonte a más de cuatro o cinco siglos[610]; y sin embargo, no vacilan en asignar a los Vedas cuatro o cinco mil años de antigüedad. Hay valiosas pruebas de la antigüedad de las *Leyes de Manú;* pero prescindiendo de las opiniones de los eruditos, por no haber dos que coincidan,

[607] *Khristna, y Cristo,* 347.

[608] *Traducción de Manú con sus comentarios.*

[609] Mucho más conforme con la antropología y geología que el ridículo computo de 6000 años, expuesto en las *Escrituras* hebreas.

[610] Véase Max Müller: *Conferencia sobre los Vedas.*

aduciremos la nuestra en lo concerniente a la incomprobada afirmación de la *Nueva Enciclopedia.*

Si, como Jacolliot demuestra texto en mano, el *Código de Justiniano* es copia del de Manú, conviene indagar ante todo la antigüedad de aquél, no ya como código perfecto de leyes escritas, sino en su primitivo origen. Nos parece que la tarea no es difícil.

Según Varrón, Roma fue fundada el año 3961 de la Era juliana (754 años antes de J.C.) La recopilación que Justiniano hizo con el nombre de *Corpus Juris Civilis,* no era un código, sino un digesto de costumbres seculares. Aunque nada sabemos en la actualidad acerca de las primeras autoridades romanas en jurisprudencia, es indudable que la fuente principal del *jus scriptum* o ley escrita, fue el *jus non scriptum o* ley consuetudinaria, en la que precisamente hemos de apoyar nuestra argumentación sobre el caso. La *Ley de las Doce Tablas* se promulgó hacia el año 300 de la fundación de Roma; pero derivándola los legisladores de *fuentes aun más primitivas* que coinciden con las *Leyes de Manú, cuya* codificación remontan los brahmanes al *Kritayuga, o* sea la edad anterior a la actual *Kaliyuga.* Por lo tanto, es lógico inferir que las leyes consuetudinarias y tradicionales de que derivaron las *Doce Tablas,* son unos cuantos siglos anteriores a la promulgación de esta ley escrita, con lo que llegamos, por lo menos, a mil años antes de J.C.

El *Mânava Dharma Sâstra,* que contiene la cosmogonía inda, es en opinión general la obra más antigua después de los *Vedas, cuyo* origen remonta Colebrooke al siglo XV antes de J.C.; por lo que las *Leyes de Manú* han de datar de mucho más allá del siglo III antes de nuestra Era[611].

Los brahmanes jamás pretendieron atribuir a revelación divina el *Código de Manú,* según lo demuestra la distinción establecida entre los *Vedas* y los demás libros sagrados. Al paso que todas las sectas induístas consideran los *Vedas* como la palabra directa de Dios o revelación divina *(shruti),* el *Código de Manú* es tan sólo una recopilación de tradiciones orales *(smriti),* que todavía subsisten entre las más antiguas y veneradas de la India. Pero el argumento de mayor valía en pro de la antigüedad de las *Leyes de Manú* estriba tal vez en que los brahmanes refundieron estas tradiciones hace muchos siglos e interpolaron más tarde otras leyes con ambiciosas miras. Por consiguiente, esta interpolación debió ya efectuarse 2.500 anos atrás, *cuando todavía no se practicaba la cremación de las viudas (sutti),* ni había barruntos de tan atroz costumbre, no estatuida en los *Vedas* ni en el *Código de Manú* [612].

611 Tiene por base esta opinión la misma etimología del título *Mânava–dharma–zâstra,* que, literalmente, significa: *Instituciones o Deberes legislativos según Manú.* Por lo tanto, la obra más antigua después de los Vedas, ha de datar de mucho antes de lo que algunos suponen.

612 Con motivo de haber prohibido el Gobierno inglés la horrible práctica de la cremación de las viudas, estuvo a punto de ocurrir un levantamiento de carácter religioso.

Los brahmanes aducían, en apoyo de esta práctica, un versículo del *Rig Veda,* pero recientemente se ha comprobado que era apócrifo[613]. Si los brahmanes hubiesen sido los autores del *Código de Manú,* en lugar de adulterarlo con interpolaciones tendenciosas, no descuidaran de seguro un punto cuya omisión ponía en tan grave riesgo su autoridad. Esto es prueba suficiente de la remota antigüedad del *Código de Manú.*

La lógica y racional virtualidad de esta prueba nos mueve a afirmar que si Roma recibió la civilización de Grecia y Grecia de Egipto, el Egipto a su vez, en los ignotos tiempos de Menes[614], recibió de la India prevédica leyes, instituciones, artes y ciencias[615]; y por consiguiente, en la antigua iniciadora de los sacerdotes y adeptos de todos los demás países, hemos de buscar la clave de los misterios de la humanidad. Pero no nos referimos a la India contemporánea, sino a la India arcaica[616], la reconocida cuna del género humano, sobre la cual vamos a referir una curiosa leyenda.

Según tradición explicada en los anales del *Gran Libro,* mucho antes de los días de Ad–am y de su curiosa mujer Heva, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilataba por el Asia central un vasto mar interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los "hijos de Dios"; pero no los que se prendaron de las "hijas de los hombres", sino los verdaderos *Elohim,* aunque la *Kábala* oriental les dé otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra "inefable", hoy día *perdida.* Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales[617] conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim, o* presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor.

Ya vimos que, según tradición aceptada por todos los pueblos antiguos, existieron otras razas humanas anteriormente a la nuestra. Cada una de ellas fue distinta de la

---

[613] Véanse: Roth: El entierro en la India. – Max Müller: *Conferencia sobre Mitología comparada.* – Wilson: *La supuesta autoridad védica en la cremación de las viudas indas.*

[614] Según Bunsen, el primer año del reinado de Menes corresponde al 3645 *(Lugar de Egipto en la historia universal.* V. 34). Según Maneto, al 3892 *(Clave).*

[615] Así lo afirma también Jacolliot en su obra: *La Biblia en la India.*

[616] En aquellos remotísimos tiempos se comprendían bajo la denominación de India, además del actual territorio índico, la Persia iránica, el Tíbet, la Mongolia y Gran Tartaria. Dividíase entonces la india en superior, inferior, y occidental o Persia iránica.

[617] Había en la antigüedad muchos de estos colegios, de que hablan los autores de la época.

precedente, e iban desapareciendo al aparecer la que había de sucederla. En los *Libros de Manú* se habla explícitamente de seis sucesivas razas. Dice así:

> De este Manú Swayambhuva (el menor, correspondiente a Adam Kadmon), emanado de Swayambhuva o Ser existente por si mismo, descendieron otros seis Manús (hombres símbolos de progenitores), cada uno de los cuales engendró *una raza* de hombres… Estos Manús todopoderosos, entre quienes Swayambhuva es el primero, han producido y gobernado, *cada cual en su respectivo período* (antara), este mundo compuesto de seres inmóviles y semovientes[618].

En el *Siva Purana*[619], leemos:

> ¡ Oh Siva!, ¡dios del fuego! Consume mis pecados como consume el fuego la hierba seca de los yermos. Tu potente soplo dió vida a Adhima (el primer hombre) y a Heva (complemento de vida), los *antecesores de esta raza de hombres,* que poblaron el mundo con su descendencia.

La hermosa isla de que hemos hablado no tenía comunicación marítima con el continente sino por medio de pasadizos submarinos, conocidos únicamente de los jefes. La tradición señala entre el número de colegios sacerdotales, las majestuosas ruinas de Ellora, Elephanta y las cuevas de Ajunta (en la cordillera de Chandor), que comunicaban con los pasadizos submarinos[620]. ¿Quién puede decir si la desaparecida Atlántida (también mencionada en el *Libro Secreto,* aunque con el nombre sagrado), existía ya en aquella época? ¿No fuera acaso posible que el continente atlante se hubiese dilatado por el Sur de Asia, desde la India a la Tasmania[621]? Si algún día llega a comprobarse la existencia de la Atlántida, que unos autores ponen en duda y otros niegan resueltamente, considerando esta hipótesis como una extravagancia de Platón, tal vez se convenzan entonces los eruditos de que no fue fabuloso el continente habitado por los "hijos de Dios", y de que la cautela de Platón al aludir a la Atlántida con supuesta atribución del informe a Solón y los sacerdotes egipcios, tenía por objeto comunicar prudentemente esta verdad al mundo, de modo que, combinando la verdad

---

[618] *Manú,* libro 1.

[619] *Purana* significa tradición sagrada. Véanse la traducción del *Manú,* de Loiseleur Des Longchamps, y La *Génesis de la humanidad,* de Jacolliot.

[620] Algunos arqueólogos, como Fergusson, niegan la antigüedad de los monumentos de la India. En su obra: *Ilustraciones de los templos indos abiertos en la roca,* se aventura a suponer este autor la singular opinión de que el Egipto había ya perdido su nacionalidad antes de que se excavase el primer cavernículo de la India. No admite Fergusson ninguno de estos templos con anterioridad al reinado de Asoka, como si pretendiera demostrar que datan de los tiempos de este piadoso monarca budista, hasta la extinción de la dinastía Andhra de Maghada, a principios del siglo V. Consideramos completamente arbitraria esta pretensión, según demostrarán ulteriores descubrimientos.

[621] Es singular coincidencia que algunas tribus americanas diesen al continente, en la época del descubrimiento el nombre de *Atlanta.*

con la ficción, no quebrantase el sigilo a que le obligaba la iniciación. Por otra parte, Platón no pudo inventar el nombre de *Atlanta*, porque en la etimología de este nombre no entra ningún elemento griego [622].

---

[622] Brasseur de Bourbourg trató hace años de la etimología de la palabra Atlanta, diciendo (según cita Baldwin en sus Naciones prehistóricas de América), que las palabras atlas y atlante no derivan de ningún idioma europeo, y por lo tanto, no pueden ser de origen griego. "En cambio (continúa Brasseur), en idioma tolteca o nahuatl encontramos las raíces *a* y *atl*, que significan agua, guerra y coronilla de la cabeza. De estas raíces derivan varias voces, como altlan (a orillas o en medio de las aguas), y atlaca (combatir). De atlan se formó el adjetivo atlántico. Cuando Colón descubrió el continente americano, existía a la entrada del golfo de Uraha, en la comarca del Darién, un excelente puerto, que hoy es la insignificante aldea de Aclo". (Hasta aquí Brasseur de Bourbourg, citado por Baldwin en Naciones prehistóricas de América).

Verdaderamente, resulta muy extraño encontrar en América una ciudad cuyo nombre (de elementos filológicos puramente locales y extraños a todo otro país) coincide con el empleado en la supuesta ficción de un filósofo que floreció 4oo años antes de J.C.

Lo mismo cabe decir respecto del nombre de América. que tal vez algún día se vea relacionado con el sagrado monte Meru, que, según la tradición inda, se alza en el centro de los siete continentes. En nuestro concepto, el nombre de América no deriva, como generalmente se cree, de Américo Vespucio, va que el nombre de este navegante no era Américo sino Alberico, según han esclarecido las últimas investigaciones históricas, pues en una obra escrita algunos siglos antes del descubrimiento; aparece ya dicho personaje. (Véanse Notas de Wilder).

En apoyo de nuestra opinión respecto de la etimología del nombre de América, presentaremos las siguientes pruebas:

1ª En Nicaragua se llama Americ, Amerrique o Amerique la montañosa comarca que se extiende entre Juigalpa y Libertad, en el departamento de Chontales, que linda por una parte con el país de los indios carcas y por otra con el de los ramas.

2ª En el idioma indígena, las terminaciones *ic* é *ique* significan grandeza, jefatura y dignidad, como por ejemplo cacique.

3ª En el relato de su cuarto viaje cita Colón el poblado de Cariai (probablemente Carcai), en donde abundaban los hechiceros saludadores, y estaba situado en la cordillera de Amerrique, a unos 920 metros sobre el nivel del mar. Sin embargo, Colón omite en su relato la palabra Amerrique.

4ª La denominación Provincia de América apareció por vez primera en un mapa publicado en Basilea el año 1522, cuando aun creían los geógrafos que aquellas tierras formaban parte de la India. El mismo año, Gil González de Avila conquistó Nicaragua. (Véase Tornás Belt: Los naturalistas en Nicaragua; Londres, 1873).

5ª Los normandos, que arribaron al continente americano en el siglo X (véase Torfeo: Historia de la antigua Finlandia). dieron el nombre de markland (tierra de bosque) a una costa baja, cubierta de espesos bosques. Los normandos pronunciaban la r de esta palabra con sonido muy fuerte, parecido al de marrick. En las poblaciones himaláyicas hay una palabra de sonido semejante, y algunos dialectos de la India dan al monte Meru el nombre de Meruah, aspirando fuertemente la h.

Vemos, pues, cómo dos pueblos distintos aceptaron una palabra de análoga fonética, que cada cual aplicó en su sentido propio a la denominación de su mismo territorio.

Sobre esto dice Wilder:

"Es muy probable que la cordillera nicaragúense de Amerique (gran montaña, como el monte Meru) diese su nombre a todo el continente, pues en caso de habérselo dado Vespucio, seguramente lo derivara del apellido y no del nombre. Si llega a comprobarse la etimología atribuida por Bourbourg a las

Pero, siguiendo nuestro relato, diremos que los hierofantes se clasificaban en dos categorías: los que instruidos directamente por los "hijos de Dios", residentes en la referida isla, estaban iniciados en la divina doctrina de la pura revelación, y los que pertenecientes a distinta raza habitaban en la desaparecida Atlántida y poseían la facultad de clarividencia a cualquier distancia y a pesar de los obstáculos materiales. Eran, en suma, la *cuarta* raza de hombres a que alude el *Popol–Vuh, y sin* duda tenían congénitas cualidades mediumnímicas, como ahora se dice, que les permitían adquirir los conocimientos sin sacrificio alguno; mientras que los hierofantes de la primera categoría hollaban el sendero trazado por sus divinos instructores y adquirían gradualmente los conocimientos hasta distinguir entre el bien y el mal. Los adeptos nativos de la Atlántida obedecían ciegamente las insinuaciones del invisible *Dragón o* rey *Thevetat* [623]*,* quien no había aprendido ciencia alguna, pero que, según dice Wilder, era "una especie de Sócrates que *sabía* sin haber sido iniciado". Así que, influida por las malignas insinuaciones de Thevetat, la raza atlante se convirtió en una nación de magos negros, por lo que se encendió una guerra, cuyo relato nos llevaría demasiado lejos[624]. El conflicto terminó con la submersión de la Atlántida, que las tradiciones babilónica y mosaica simbolizaron en el diluvio. "Murió toda carne y todo hombre…", "los gigantes y los magos…"; todos, excepto Xisthrus y Noé, equivalentes típicamente al Padre de los thlinkithianos del *Popol–Vuh,* quien, como Vaisvasvata, el Noé indo, se salvó en un espacioso buque.

Si damos crédito a esta tradición, hemos de admitir también el posterior relato, según el cual, del enlace entre la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé atlante, nació una raza mixta de justos y de malvados. Por una parte, tiene el mundo a Enoch, Moisés, Buda, los salvadores y hierofantes insignes, y por otra parte, los magos *naturales,* que por no restringir su iluminación espiritual, y a causa de su debilidad física y mental, pervirtieron inadvertidamente sus dotes. Moisés no tiene ni una sola palabra de vituperio para los videntes y profetas educados en los colegios de sabiduría esotérica que menciona la Biblia[625], sino que guarda su enojo contra quienes, con intención o sin ella, degradaban los poderes recibidos de sus antecesores los atlantes, poniéndolos al servicio de espíritus malignos en perjuicio de la

---

palabras *atlas* y *atlántico,* con su raíz *atlan,* concordarán admirablemente ambas hipótesis. Como quiera que Platón no es el único autor que alude a un continente sito más allá de las columnas de Hércules, y teniendo en cuenta que el mar es poco profundo y abundante en algas en toda la región tropical del Atlántico, no es despropósito suponer que en aquellas latitudes existió un continente o un copioso archipiélago. También en el Pacifico se hallan indicios de que un tiempo existió un populoso imperio insular de raza malaya o javanesa, o tal vez un continente que se dilataba de Norte a Sur. Sabemos que el continente lemúrico es un sueño para los científicos, y que el desierto de Sahara y la comarca central de Asia fueron un tiempo mares".

[623] Es muy probable que equivalga a la serpiente del *Génesis.*

[624] Lo esencial de esta lucha aparece en las desfiguradas alegorías de la raza de los gigantes hijos de Cain, y en la de Noé y su virtuosa familia.

[625] II *Reyes*, XXII, 14; II *Crónicas*, XXXIV, 22.

humanidad. Las iras de Moisés se encendían contra el espíritu de *Ob*, pero no contra el de *Od*[626].

---

[626] Estando a punto de impresión este capítulo, recibimos por el amable conducto del honorable John L.O. Sullivan las obras completas de Jacolliot en veintiún volúmenes, que versan principalmente sobre las tradiciones, filosofía y religión de la India. Este infatigable escritor ha recopilado infinidad de datos entresacados de diversas y, en su mayoría, auténticas fuentes. Aunque no aceptamos su criterio en muchos puntos, reconocemos sinceramente el inmenso valor de sus numerosas traducciones de los libros sagrados de la India, sobre todo, porque corroboran punto por punto nuestras afirmaciones. Entre otros asuntos, trata de la sumersión de continentes en las épocas prehistóricas, y dice a este propósito:

"Una de las más antiguas leyendas de la India que se conserva en los templos por tradición oral y escrita, refiere que hace cientos de miles de años se dilataba por el Océano Pacífico un vastísimo continente que destruyó un sacudimiento sísmico, y cuyos restos han de buscarse en Madagascar, Ceilán, Sumatra, Java, Borneo y las principales islas de la Polinesia.

"Según esta hipótesis, las elevadas mesetas del Asia hubieran sido en aquella remotísima época extensas islas adyacentes al continente central… Afirman los brahmanes que este país había llegado a un muy alto nivel de civilización, continuada después por las tradiciones de la península indostánica, que en la época del gran cataclismo quedó ensanchada por la separación de las aguas. Estas tradiciones llaman rutas a los habitantes de aquel dilatado continente equinoccial, de en yo idioma derivó al sánscrito.

"La tradición indo–helénica, conservada por el pueblo más culto que emigró de las llanuras de la India, alude también a la existencia de un continente llamado Atlántida, habitado por los atlantes, cuya situación fija en la parte del actual océano Atlántico, correspondiente a la zona septentrional de los trópicos.

"Los griegos no se atrevieron jamás a trasponer las columnas de Hércules por el temor que les infundía el misterioso océano, y además, aparecieron demasiado tarde en la historia para suponer que la referencia de Platón no sea eco de las tradiciones indas, a pesar de que la existencia del prehistórico continente en aquellas latitudes está insinuada geográficamente por los vestigios que se encuentran en las volcánicas islas de los Azores, Canarias y Cabo Verde. Por otra parte, del examen del planisferio terrestre se infiere, al ver el gran número de islas é islotes diseminados entre el archipiélago malayo y la Polinesia, desde el estrecho de la Sonda a la isla de Pascuas, que en aquellas latitudes existió el continente más vasto de cuantos precedieron al nuestro.

"Una tradición religiosa común a Malaca y Polinesia, esto es, a los dos opuestos extremos de Oceanía, afirma que todas las islas de esta parte del mundo formaron en otro tiempo dos vastísimos territorios habitados respectivamente por hombres amarillos y hombres negros que estuvieron constantemente en guerra, hasta que cansados los dioses de sus contiendas, ordenaron al océano que los pusiera en paz, lo cual cumplió tragándose ambos continentes con todos sus habitantes. Tan sólo se libraron de la inundación los picachos y mesetas de las montañas gracias a la influencia de los dioses, que advirtieron demasiado tarde el error cometido.

"Sea cual fuere el valor de estas tradiciones, y doquiera haya evolucionado una civilización precedente a las de la India, Egipto, Grecia y Roma, no cabe duda de que existió dicha civilización, y que importa muchísimo a la ciencia seguir sus huellas, por débiles é imperceptibles que sean".

"La tradición religiosa de Malaca y Polinesia, traducida por Jacolliot del original sánscrito, corrobora aquella otra tomada de los Anales de la Doctrina Secreta, según la cual lucharon los "hijos de Dios" (hombres amarillos con los "hijos de los gigantes" (hombres negros), o sean los magos atlantes.

Jacolliot, que visitó personalmente todas las islas de la Polinesia, y durante años se dedicó al estudio de la religión, idioma y tradiciones de casi todos aquellos pueblos, dice en conclusión:

Las ruinas de que está sembrado el suelo americano y muchas islas adyacentes a la India occidental fueron obra de los sumergidos atlantes. Así como los hierofantes del continente antiguo podían comunicarse submarinamente con el nuevo, así también los magos atlantes dispusieron de análogas comunicaciones. A propósito de estas misteriosas catacumbas, referiremos una curiosa narración oída de labios de un peruano con quien íbamos de viaje, y que murió hace tiempo[627]. Trata la narración de los famosos tesoros del último inca, y es como sigue:

> Desde el célebre y miserable asesinato perpetrado por Pizarro en la persona del último inca, todos los indios conocían el paraje donde estaba escondido el tesoro, pero no así los mestizos, en quienes era imposible confiar. Al caer prisionero el inca, ofreció su esposa en rescate todo el oro que cupiese en una sala hasta la altura donde alcanzase el conquistador, debiendo efectuarse la entrega antes de la puesta de sol del tercer día. La esposa del inca cumplió su palabra, pero Pizarro faltó a ella, según costumbre en los aventureros españoles, porque maravillado a la vista de tan enorme riqueza, declaró que en modo alguno devolvería la libertad al prisionero, sino que le quitaría la vida, a menos que la reina revelase la procedencia del tesoro. Había oído decir Pizarro que los incas guardaban incalculables riquezas en un túnel o galería subterránea de muchas millas de largo. La infortunada reina pidió una prórroga y fuese a consultar el oráculo. Durante el sacrificio, el sacerdote mayor le mostró en el sagrado espejo negro[628] la inevitable muerte de su esposo,

---

"Son tan evidentes las pruebas de que la actual Polinesia fue un continente desaparecido a consecuencia de un cataclismo gealógico, que ya no es posible dudar por más tiempo de su existencia.

"Las tres mayores eminencias de este continente, que son las islas Sandwich, Nueva Zelanda e isla de Pascua, distan una de otra de 1.500 a 1.800 leguas, y los intermedios archipiélagos de Viti, Sarnoa, Tonga, Futuna, Uvea, Marquesas, Tahití, Pumuton y Gambieres, distan a su vez de dichos extremos culminantes, de 700 a 800 o 1000 leguas.

"Todos los navegantes convienen en que, dada la actual situación geográfica, los isleños de los extremos no hubieran podido comunicarse con los del centro por la insuficiencia de medios de que disponían, pues era materialmente imposible recorrer tan dilatadas distancias en canoa, sin brújula ni provisiones bastantes para una travesía de muchos meses.

"Por otra parte, los aborígenes de las islas Sandwich, Viti, Nueva Zelanda, Samoa, Tahití, etc., no se habían conocido unos a otros ni habían oído hablar unos de otros antes de la llegada de los europeos. No obstante, en todas las islas subsistía la tradición de haber formado en otro tiempo parte de un vasto continente, que se extendía hacia Occidente por el lado de Asia. Además, todos los isleños polinesios hablan el mismo idioma, tienen las mismas costumbres, profesan la misma religión, y cuando se les pregunta donde está la cuna de su raza, señalan con la mano hacia poniente"

[627] Algo de verdad ha de haber en esta narración, puesto que, posteriormente, nos la confirmó un viajero italiano que había visto el paraje en cuestión, aunque por falta de medios Y de tiempo sólo pudo comprobar en parte la referencia. El italiano recibió la noticia de un viejo sacerdote al que un indio peruano se la había revelado en secreto de confesión. Conviene advertir que el sacerdote quebrantó el secreto mientras se hallaba dominado por la influencia hipnótica del italiano.

[628] Estos "espejos mágicos", generalmente negros, son otra prueba de la universalidad de unas mismas creencias, pues se preparan o fabrican en la provincia inda de Agra, en el Tíbet, en la China y también en Egipto, de donde, según el historiador indígena citado por Brasseur de Bourboutg, los introdujeron en Méjico los antecesores de los quichés.

> tanto si entregaba como sí no a Pizarro los tesoros de la corona. Entonces, la reina mandó tapiar la entrada del subterráneo que se abría en la rocosa margen de un barranco. El sacerdote mayor, acompañado de los magos, después de tapiar la abertura, llenaron el barranco de enormes piedras sobre las que extendieron una capa de tierra para disimular la obra. Los españoles asesinaron al inca y la desdichada reina se suicidó, burlando así la codicia de los conquistadores, sin que nadie, excepto unos cuantos peruanos fieles, tuviese noticia del paraje donde el tesoro quedaba oculto.
>
> A consecuencia de algunas indiscreciones, los gobiernos de distintos países enviaron agentes en busca del tesoro bajo pretexto de exploraciones científicas, pero no tuvieron éxito alguno en su propósito.

Los informes de Tschuddi y otros historiadores del Perú confirman esta narración, aunque hay algunos pormenores desconocidos del público antes de ahora.

Varios años después volvimos al Perú, y en un viaje por mar desde Lima a las costas meridionales, llegamos cuando ya se ponía el sol a un punto cercano a Arica, donde nos llamó la atención una enorme y solitaria roca cortada casi a pico y sin visible enlace con la cordillera de los Andes. Era la tumba de los incas. Con el auxilio de unos gemelos de teatro, distinguimos a los reflejos del sol poniente algunos curiosos jeroglíficos grabados en la superficie de la volcánica roca.

En Cuzco, capital del Perú, se alzaba el templo del Sol, famoso en todo el país por su magnificencia. Techo, paredes y cornisas estaban revestidos de planchas de oro, y en el muro occidental habían practicado los arquitectos una abertura dispuesta de tal modo, que enfocaba los rayos solares hacia el interior del edificio, en donde se difundían como dorada cadena alrededor de las paredes e iluminaban los torvos ídolos y descubrían ciertos signos místicos[629], de ordinario invisibles, en que se cifraba el secreto de las entradas a la galería subterránea. Una de estas entradas se abre en las inmediaciones del Cuzco (actualmente es imposible de descubrir), y da acceso a un largísimo subterráneo que conduce a Lima, y de esta ciudad tuerce hacia el Sur hasta Bolivia. En cierto punto del túnel hay un sepulcro regio a cuya cámara dan acceso dos puertas ingeniosamente dispuestas, o mejor dicho, dos enormes losas, que al girar sobre sus goznes cierran con tan perfecto ajuste, que sólo por medio de ciertas señales secretas pueden descubrir la juntura los fieles guardianes.

Una de estas losas intercepta la galería por la parte de Lima, y la otra por la de Bolivia. Esta última rama se dirige hacia el Sur y pasa por Trapaca y Cobijo, porque Arica no está muy lejos del riachuelo Payquina[630] que separa Perú de Bolivia.

Asimismo los empleaban los peruanos heliólatras. Dice el referido historiador, que al desembarcar los españoles ordenó el rey de los quichés a sus sacerdotes que consultaran el espejo para inquirir el destino del país, y que el *demonio* reflejó en él lo presente y lo futuro. (Bourbourg: *México*, pág. 184).

[629] Idénticos a los que aun hoy en día pueden verse en la tumba de los incas.

[630] Payquina o Payaquina debe su nombre a que arrastra pepitas de oro. De un puñado de arena de este río que nos llevamos a Europa, recogimos unas cuantas pepitas.

No lejos de allí se yerguen tres picachos andinos, distanciados en forma de triángulo. Según tradición, en uno de estos picos se abre la única entrada expedita de la galería que va al Norte; pero sin conocer los puntos de referencia que a la entrada encaminan, fuera en vano que un ejército de titanes apartara las rocas con intento de descubrirla. Y aun suponiendo que alguien diese con ella y llegara por la galería hasta la losa que cierra la cámara sepulcral, resuelto a derribarla, nada conseguiría, porque las rocas de la bóveda están asentadas de modo que, en tal caso, cegarían la tumba con todos sus tesoros[631]. La cámara de Arica no tiene otra entrada que la abierta en la montaña inmediata al río Payquina. A lo largo de la galería que desde el Cuzco pasa por Lima hasta llegar a Bolivia, hay pequeños escondrijos, donde durante muchas generaciones acumularon los incas incalculables riquezas en oro y piedras preciosas[632].

Los tesoros descubiertos en las excavaciones de Micenas por Schliemann despertaron la codicia de los aventureros, que desde entonces ponen la mira en las ruinas donde sospechan ha de haber criptas o cuevas subterráneas con escondidos tesoros. No hay paraje alguno, ni siquiera el Perú, del que se refieran tantas tradiciones como del desierto de Gobi, en la Tartaria independiente. Esta desolada extensión de movediza arena fue, si la voz popular no miente, uno de los más poderosos imperios del mundo. Se dice que el subsuelo esconde oro, joyas, estatuas, armas, utensilios y cuanto supone civilización, lujo y arte en cantidad y calidad superior a lo que pueda hoy hallarse en cualquier capital de la cristiandad. Las arenas del desierto de Gobi se mueven regularmente de Este a Oeste, impelidas por el huracanado viento que de continuo sopla. De cuando en cuando, dejan las arenas al descubierto parte de los tesoros ocultos, pero ningún indígena se atreve a echarles mano porque le herirían de muerte los *bahti,* espantosos gnomos a cuya fidelidad está confiada la custodia de aquellas riquezas, en espera de que la sucesión de los períodos cíclicos permita revelar la existencia de aquel pueblo prehistórico para enseñanza de la humanidad.

---

[631] El misterioso peruano nos decía que aunque se empeñasen en el intento mil soldados, quedarían envueltos en las ruinas del derrumbamiento.

[632] Tenernos en nuestro poder un plano exacto de la galería con la situación de la cámara sepulcral. Nos lo entregó el viejo peruano al contarnos el relato. Si hubiéramos tratado de aprovecharnos del secreto, nos fuera indispensable la cooperación decidida de los gobiernos del Perú y Bolivia, pues aparte de los obstáculos materiales, sería preciso habérselas con los forajidos y contrabandistas que infestan aquella costa y están en connivencia con los habitantes. Por de pronto, costaría no poco trabajo renovar la mefítica atmósfera de la galería en que nadie ha entrado desde hace siglos. De todos modos, allí está el tesoro, y allí estará, según tradición, hasta que en ambas Américas se borre todo vestigio de la dominación española.

Según tradición local, en las cercanías del lago Tabasun Nor está todavía la tumba del khan Ghengiz, donde el Alejandro mogol duerme para despertar dentro de tres siglos y conducir a su pueblo a nuevas victorias y más verdes laureles[633].

El desierto de Gobi, así como toda la Tartaria independiente y el Tíbet, están celosamente guardados contra la intrusión de los extranjeros. Quienes obtienen licencia para atravesar dichos territorios, quedan sujetos a la vigilancia de los agentes de la suprema autoridad del país, con la restricción de no divulgar nada de lo referente a lugares y personas[634].

Marco Polo, el audaz viajero del siglo XIII, dice que "las gentes de Pashai están muy versadas en brujerías y diabólicas artes"[635]. Pero los tiempos antiguos son exactamente como los modernos en lo tocante al ejercicio de la magia, sin más diferencia que la reserva de los adeptos y el secreto de las prácticas aumenta en proporción de la curiosidad de los viajeros.

Hiuen–Thsang dice de los habitantes de dichos países que "los hombres son aficionados al estudio, aunque no se entregan a él con mucho ardor, y la *ciencia mágica es entre ellos una profesión ordinariamente mercantil"*[636]. No queremos contradecir en este punto al venerable peregrino chino, y admitiremos sin reparo que en el siglo VII hubo quienes *lucraron* con la magia como también lucran algunos hoy día, aunque no seguramente los verdaderos adeptos. El piadoso e intrépido Hiuen–Thsang, que arriesgó cien veces la vida para contemplar la sombra de Buda en la cueva de Peshawur, no se atrevería a acusar de mercaderes de magia a los santos lamas y monjes taumaturgos. Hiuen–Thsang debió tener presente la respuesta de Gautama a su protector el rey Prasenagit, que le había llamado para que obrase milagros. Díjole Buda: "¡Oh príncipe! Yo no enseño la ley a mis discípulos diciéndoles que a la vista de los brahmanes y de los padres de familia operen por sobrenatural poder milagros mayores que hombre alguno, sino que cuando les enseño la ley, les digo: Vivid de

---

633 Aparte del concepto que pueda sugerir esta profética tradición, cabe afirmar que la tumba existe, y que no es exagerado cuanto se dice acerca de las maravillosas riquezas escondidas bajo el desierto de Gobi.

634 A no ser por esta restricción podríamos relatar exploraciones, aventuras y descubrimientos de emocionante interés. Sin embargo, día llegará en que las temibles arenas de Gobi revelen los secretos durante tanto tiempo celados, y entonces sufrirá no previstas mortificaciones la vanidad de la civilización moderna.

635 El coronel Yule, editor y traductor de *Marco* Polo, añade a este propósito:

"Pashai o Udyana era el país natal de Pâdma Sambhava, uno de los principales apóstoles del lamaísmo o budismo tibetano y maestro eminente en hechizos. Las doctrinas de Sakya, tal como en *antiguos tiempos* prevalecieron en Udyana, estarían sin duda intensamente teñidas de magia sivaítica, pues los tibetanos consideran aún dicha localidad como el país clásico de los hechizos y brujerías". *(Viajes de Marco Polo.* I, 173).

636 *Viaje de los peregrinos budistas,* tomo I. –*Vida de Hiuen–Thsang;* traducción francesa de Estanislao Julien.

modo *que ocultéis vuestras buenas obras y mostréis vuestros pecados".* Sorprendido el coronel Yule por los relatos que de las manifestaciones mágicas hicieron los viajeros que en toda época visitaron la Tartaria y el Tíbet, dedujo que "los naturales debieron tener a su disposición la enciclopedia completa de los modernos espiritistas". Duhalde menciona, entre las diversas hechicerías de estas gentes, el arte de evocar la sombra espectral de Laotse[637] y de las divinidades aéreas, así como el fenómeno de que *un lápiz escriba, sin tocarlo nadie, las respuestas a varias preguntas* [638].

Las evocaciones formaban parte de los misterios religiosos del santuario; pero estaban rigurosamente prohibidas, por hechiceras y nigrománticas, las de propósitos profanos o lucrativos.

Cuando Hiuen–Thsang deseaba adorar la sombra de Buda no recurría a los magos profesionales, sino que le bastaba el invocativo poder de su propia alma acrecentado por la fe, la plegaria y la contemplación. Pavorosas tinieblas rodeaban la cueva donde se dice que de cuando en cuando aparece la sombra de Buda. En ella entró Hiuen–Thsang y comenzó sus rezos con cien jaculatorias; pero como nada veía ni oía, creyóse demasiado pecador para recibir la suspirada merced y prorrumpió en dolientes y desesperadas voces. Iba ya a desalentarse, cuando advirtió en la pared oriental de la cueva un débil resplandor muy luego desvanecido. Recobrada con ello la esperanza, volvió a ver por un instante el resplandor, y entonces hizo voto solemne de que no saldría de la cueva sin la inefable dicha de ver la sombra del "Venerable de los Tiempos". No hubo de esperar mucho rato, porque apenas rezadas doscientas plegarias, iluminóse de repente la tenebrosa cueva, en cuyo muro oriental apareció blanco, majestuoso y resplandeciente, el espectro de Buda como *Montaña de Luz* tras desgarradas nubes. El rostro de la divina aparición deslumbraba con su brillo. Hiuen–Thsang, extático y absorto ante el prodigio que contemplaban sus maravillados ojos, no podía apartarlos de la sublime e incomparable visión. Añade Hiuen–Thsang en su diario Si–yu–ki, que sólo puede ver claramente el espectro de Buda, aunque sin gozar de su vista mucho tiempo, quien ora con sincera fe y recibe misterioso influjo de lo alto[639].

A los que tan fácilmente acusan de irreligiosos a los chinos, les recomendamos la lectura del siguiente pasaje:

> Por los años *Yuan–ye* del Sung[640], una piadosa matrona y sus dos criadas vivían en todo y por todo en el *País de la* Iluminación. Cierto día, una de las criadas le dijo a la otra: "Esta

[637] Célebre filósofo chino.

[638] *Libro de Marco Polo,* I, 318. Este arte se practicaba ya en China y otros países siglos antes de la Era cristiana, y fue el abecé de la magia.

[639] Max Müller: *Peregrinaciones budistas.*

[640] Correspondientes a los 1086 a 1093 de la Era cristiana.

noche iré al reino de Amita[641]". Aquella misma noche llenóse la casa de balsámicos olores y la muchacha murió, sin que cupiera achacar a enfermedad su muerte. Al día siguiente, la otra criada le dijo a su ama: "Ayer se me apareció en sueños mi compañera declarándome estas palabras: – Gracias a las reiteradas súplicas de nuestra querida ama, estoy en el Paraíso con inefable bienaventuranza". La señora repuso: "Si se me apareciese también a mí, creería cuanto me dices". A la noche siguiente apareciose la difunta a la señora, y ésta le preguntó: "¿Podría yo visitar por una vez siquiera el País de la Iluminación? –Sí– respondió el alma bienaventurada; –sígueme". La señora siguió en sueños a la aparecida, y muy luego descubrió un vastísimo lago cubierto de multitud de lotos blancos y rojos de varios tamaños, unos lozanos y otros ya marchitos. Preguntó la señora qué significaban aquellas flores, y la aparición respondió diciendo: "Son los moradores de la tierra cuyo pensamiento se convierte al País de la Iluminación. El primer anhelo sincero por el paraíso de Amita, engendra en el celeste lago una flor, que crece más bella según adelanta en su perfeccionamiento quien la engendró. De lo contrario, se aja y marchita[642]". Quiso entonces la señora saber el nombre de un iluminado que reposaba en un loto con ondulantes y resplandecientes vestiduras. La aparecida respondió: "Es Yang–Kie". Preguntó el nombre de otro, y la criada le dijo: "Es Mahu". Volvió a preguntar la señora: "¿Dónde naceré en mi venidera existencia?" Entonces, el alma bienaventurada condujo a la señora más lejos todavía, y mostrándole una colina resplandeciente de oro y azul, le dijo: "He ahí vuestra morada futura. Seréis del primer coro de bienaventurados".

Al despertar de aquel sueño, mandó la señora inquirir noticias de Yang–Kie y Mahu. El primero había ya muerto. El otro gozaba aún de perfecta salud. Y así supo la señora que el alma del que adelanta en santidad sin retroceder en el camino, puede morar en el País de la Iluminación, aunque su cuerpo resida todavía en este transitorio mundo[643].

En la misma obra traduce Schott otra leyenda china de índole análoga, que dice así:

Un hombre mató durante su vida a muchos seres vivientes, hasta que por fin murió de un ataque apoplético. Los sufrimientos que aguardaban a esta alma pecadora conmovieron mi corazón. Fui a verle y le exhorté a que invocase a Amita, pero no quiso en modo alguno. La perversidad le cegaba el entendimiento, pues las malas acciones le habían empedernido el corazón. ¿Qué porvenir esperaba a este hombre después de la muerte? Todos sabemos que en esta vida tras el día viene la noche y el invierno sigue al verano; pero, ¡oh ciega obstinación!, nadie repara en que después de la vida viene la muerte.

---

[641] Sobrenombre de Buda.

[642] El coronel Yule observa muy acertadamente acerca del misticismo chino:

"Él año 1871 vi en *Bond street* una exposición de dibujos atribuidos a los llamados espíritus dibujantes, es decir, dibujos trazados por un médium bajo invisible y extraordinaria guía. Algunos de estos extraños dibujos (pues sin duda lo eran) representaban las *Flores Espirituales* de ciertas personas, cuya explicación, tal como aparecía en el catálogo, era, en substancia, exactamente la misma que la dada en el texto de Schott, sin posibilidad de que el dibujante lo conociese, por lo cual era todavía más sorprendente la coincidencia". *(El libro de Marco Polo,* I, 444).

[643] Schott: *Ensayos sobre el budismo en China y en el Asia superior.*

Estos dos modelos de la literatura china bastan para rebatir el cargo que de irreligiosidad y materialismo suele hacerse contra dicha nación. La primera leyenda rebosa encanto espiritual, y bien podría hallar lugar propio en cualquier devocionario cristiano. La segunda es digna de todo elogio, y sólo fuera necesario poner Jesús en vez de Amita, para darle carácter ortodoxo con respecto al sentimiento religioso y al código de la filosofía moral.

La leyenda siguiente es todavía más interesante, y la copiamos en beneficio de los cristianos restauradores:

> Hoang–ta–tie era un herrero que vivía en T'anchen en la época del Sung. En el trabajo acostumbraba a invocar incesantemente el nombre de Amita Buda. Un día repartió entre sus vecinos para que los divulgasen, unos versos que decían:
>
> ¡Ding, dong! Vigorosos y rápidos martillazos caen sobre el hierro, que al fin se convierte en duro acero. Pronto amanecerá el largísimo día del reposo. La mansión de la bienaventuranza eterna me llama a sí.
>
> El herrero murió en aquel punto, pero sus versos se divulgaron por todo el Honan, y muchos aprendieron a invocar el nombre de Buda.

Es del todo ridículo negar a los chinos y demás pueblos asiáticos el conocimiento y percepción de las cosas espirituales. De uno a otro confín abundan en aquellos países los místicos, los filósofos religiosos, los santos budistas y los magos. Es universal allí la creencia en un mundo espiritual poblado de seres invisibles, que en ciertas ocasiones se manifiestan objetivamente a los mortales. A este propósito dice I.J. Schmidt:

> Creen los pueblos del Asia Central que las entrañas de la tierra, así como su atmósfera, están pobladas de seres espirituales que influyen, en parte benéfica, en parte maléficamente, sobre la naturaleza orgánica e inorgánica. Creen también que los malignos espíritus prefieren por morada o punto de reunión los desiertos y comarcas despobladas, donde son terriblemente intensas las influencias de la Naturaleza. De aquí, que desde la más remota antigüedad se hayan considerado las estepas de Turán, y más particularmente el desierto de Gobi, como morada de seres maléficos.

En el relato de sus viajes alude repetidamente Marco Polo a los falaces espíritus de los desiertos. Durante muchos años, y más todavía en estos últimos, se tuvieron por fantásticas las narraciones del famoso explorador acerca de los prodigios que afirmó haber visto operar varias veces a los súbditos del khan Kublai y a los adeptos de otros países. En sus últimos momentos le pidieron con ahínco sus familiares a Marco Polo que se retractara de las supuestas falsedades, pero él juró solemnemente que, no sólo era verdad cuanto había dicho, sino que "únicamente refirió la mitad de lo que viera"[644].

Dice Marco Polo al describir su paso por el desierto de Lop:

> Cuando los viajeros caminan durante la noche, oyen las voces de los espíritus que algunas veces les llaman por su propio nombre. También de día se oyen las voces de estos espíritus, y en ocasiones el son de instrumentos músicos y más frecuentemente el de tambores.

El traductor de la obra aduce, en apoyo de este relato, el siguiente pasaje del historiador chino Matwanlin:

> Al atravesar este desierto se oyen unas veces cantos y otras gemidos. Con frecuencia se han extraviado o del todo perdido los viajeros que por curiosidad quisieron saber de dónde salían las voces, que de cierto eran de espíritus y duendes.

Añade Yule por su parte, que estos duendes no son privativos del desierto de Gobi, y aunque parece que aquel es un lugar preferido, *se congregan en otros desiertos al amparo del pavor que infunden las vastas soledades.*

Sin embargo, si aceptáramos con Yule que las misteriosas voces del desierto de Gobi tienen por causa el *pavor* que infunde el vasto desierto, ¿por qué han de ser de mejor condición los duendes del país de los gadarenos[645], y por qué no sería alucinación de Jesús el demonio que le tentó durante los cuarenta días de prueba en el desierto? Además, sea o no cierta la hipótesis de Yule, conviene aquí referirla por su imparcial aplicación a todos los casos. Plinio habla de fantasmas que aparecen y desaparecen en los desiertos de África[646]; Ético, cosmógrafo cristiano de los primeros tiempos, menciona, aunque sin darles crédito, los relatos acerca de los cantos y algazara que se oían en el desierto; Mas'udi alude a los espectros que en altas horas de la noche se

---

644 Las ediciones Marsden y Yule de los Viajes de Marco Polo han desvanecido toda duda acerca de los relatos del famoso explorador, cuya veracidad y dotes de observación ha puesto de relieve el coronel Yule al aportar numerosos testimonios que corroboran los fenómenos referidos por el insigne viajero, y los explican de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. El coronel Yule defiende victoriosamente a Marco Polo de la imputación de falsario, y después de enumerar varios puntos del relato tenidos hasta ahora por dudosos, inverosímiles o falsos, acaba diciendo:

"En los dos últimos años, han dado las investigaciones suficiente luz para esclarecer las sombras que envolvían los aun al parecer más extravagantes puntos del relato de Marco Polo. El profesor Owen posee en su gabinete los huesos de un *roc* de Nueva Zelanda".

Conviene advertir que Webster llama *roc* a la monstruosa ave de *las Mil y una noches,* cuya existencia real se ha comprobado. Falta ahora *descubrir* que la mágica lámpara de Aladino tiene también algún derecho a la verosimilitud.

645 "Y navegaron al país de los gadarenos… y luego que Jesús saltó en tierra fue a él un hombre que tenía demonio hacia largo tiempo… y luego que vió a Jesús, se postró delante de él exclamando: ¿Qué tienes que ver conmigo?. Ruégote que no me atormentes. …Porque mucho tiempo había que el espíritu inmundo arrebataba a aquel hombre, y acosado de él *huía a los desiertos.* – (N. del T. glosada del Evangelio de San Lucas, VIII, vers. 26 , 27, 28, 29).

646 Plinio, VII, 2.

aparecen a los viajeros que cruzan el desierto, y refiere que en cierta ocasión Apolonio de Tyana y sus compañeros vieron a la luz de la luna, en un desierto cercano al río Indo, un espectro *(empusa o ghûl*) que tomaba infinidad de formas y se desvaneció entre agudos chillidos en cuanto le increparon[647]; y por último, Ibn Batuta relata parecidos casos respecto al Sahara occidental, diciendo que "si el viajero va solo, los demonios juegan con él y le fascinan para que se extravíe y perezca[648].

Ahora bien: si estos fenómenos admiten "explicación racional", como así nos parece en la mayoría de los casos, también han de entrar en la misma regla los demonios tentadores del desierto, según la Biblia, que serían asimismo efecto de *supersticiosos temores, y por* lo tanto, hubiéramos de diputar por falsos los relatos bíblicos, con lo que, habiendo falsedad siquiera en un solo versículo, pierden los demás el derecho a que se les considere de *revelación divina.* Y una vez admitido esto, los libros canónicos caen bajo el dominio de la crítica tan cumplidamente como cualquier colección de fábulas[649].

Hay en el globo muchos parajes donde ocurren fenómenos acústicos que, según se ha comprobado últimamente, son efecto de causas naturales. En varios puntos de la costa meridional de California, cuando se mueve la arena produce un ruido semejante al de campanas, que llaman allí *arena musical y cuya* causa se atribuye a la electricidad.

Sobre el particular, dice el coronel Yule:

> Otra clase de fenómenos es el son de instrumentos músicos, principalmente de tambores, que se producen al agitar los montículos de arena… El monje Odoric relata un fenómeno de esta clase que atribuye a causas *sobrenaturales,* y he podido experimentar en el *Reg Ruwán o* arenas movedizas de Kabul. Además de este notable caso, observé igualmente el no menos famoso de la "Cuesta de la Camparía" *(Jibal Nakics)* [650] en el desierto del Sinaí… Una narración china del siglo X menciona este fenómeno y lo da por generalmente conocido con el nombre de "arenas cantoras" en las cercanías de Kwachau, en el límite oriental del desierto de Lop[651].

No cabe duda de que estos fenómenos proceden de causas naturales; pero ¿qué decir de las preguntas y respuestas clara y distintamente dadas y recibidas?, ¿qué de

---

[647] Filostrato, II, cap. IV.

[648] Filostrato, IV, 382.

[649] Algunos críticos timoratos niegan el derecho de juzgar la Biblia según las normas de deducción lógica, como cualquier otro libro. Ejemplo de ello es el articulista que al impugnar violentamente la *Cronología* del barón de Bunsen por no concordar con la bíblica, exclama: "Cumpliendo lo que nos proponíamos, hemos procurado rebatir con sus propias armas los argumentos de Bunsen contra la inspiración de la Biblia. Un libro inspirado, ni como expresión de sus enseñanzas ni como relato cronológico puede aportar testimonio alguno a falsas aseveraciones, sean de carácter dogmático o histórico. Porque si no es veraz en cuanto a la enseñanza, ¿cómo podrá serlo en cuanto a la historia?" *Diario de Literatura Sagrada y Anales Bíblicos, 70.*

[650] *Viajes de Marco Polo,* I, 206. Véase también Remusat: *Historia del Kkotan,* 74.

las conversaciones de algunos viajeros con los *invisibles* espíritus o desconocidas entidades que suelen manifestarse objetivamente a toda una caravana? Si tantos millones de personas creen en la posibilidad de que los espíritus se materialicen tras la cortina de un médium y aparezcan en el *círculo,* no ha de negarse igual posibilidad en los espíritus elementales del desierto. Aquí del *ser* o *no ser* de Hamlet. Si los espíritus son capaces de llevar a cabo cuanto alegan los espiritistas, ¿por qué no han de poder aparecerse a los viajeros en las soledades del desierto? [652]

¡Qué de incrédulas burlas debieron provocar durante siglos las tildadas de absurdas y supersticiosas narraciones de Marco Polo acerca de las facultades "sobrenaturales" de *los abraiamanes!*[653]

Al describir la pesca de perlas en Ceilán, según se efectuaba en su época, dice el famoso viajero:

> Los mercaderes están obligados a pagar la vigésima parte de la pesca a los hombres que *encantan a* los peces grandes con objeto de que no devoren a los buzos. Estos encantadores de peces se llaman abraiamanes[654], cuya influencia sólo duraba mientras la pesca, pues por la noche rompían el hechizo y los peces recobraban su actividad. Estos abraíamanes saben también encantar cuadrúpedos, aves y todo ser viviente.

En las notas aclaratorias sobre esta llamada "degradante superstición" asiática, dice el coronel Yule:

> El relato de Marco Polo en lo referente a las pesquerías de Ceilán, es exacto en el fondo… En las minas de diamantes del país de los circares, están los brahmanes encargados de mantener propicios a los genios tutelares. En lengua tamil, los encantadores de tiburones se llaman *kadal–katti* (atadores de mar), y en lengua indostánica *hai–banda* (atadores de tiburones). En Aripo estos encantadores son todos de una misma familia, en cuyos individuos se vinculan las facultades hechiceras. El jefe de los encantadores está, o por lo menos no hace muchos años estaba retribuido por el gobierno inglés, y recibía además diez madréporas diarias por cada embarcación que tomaba parte en la pesca. Al visitar Tennent aquellos lugares echó de ver que el jefe de los encantadores era católico de religión, sin que esta circunstancia afectase al ejercicio y validez de sus funciones. Es digno de notar que, desde la ocupación británica, *no haya ocurrido más que un solo accidente debido a los tiburones*[655].

---

[651] En un reciente artículo científico publicado en un periódico ruso, se atribuyen al *eco* las "voces de espíritus" que se oyen en el desierto de Gobi. Fuera satisfactoria esta explicación si las voces reprodujeran las de personas humanas. Pero desde el momento en que el "supersticioso" viajero recibe respuestas inteligentemente adecuadas a sus preguntas, el *eco* de Gobi denota cierta afinidad con el famoso del teatro parisiense de la Puerta de San Martín. "¿Cómo está usted, caballero?" exclama un actor desde el escenario. Y le responde el eco cortésmente: "Muy mal, hijo mío; gracias. Me voy haciendo viejo… muy viejo".

[652] Así llama Marco Polo a los encantadores, hechiceros e ilusionistas de la India.

Conviene considerar dos puntos del pasaje anterior: 1º Que las autoridades británicas retribuyen a los encantadores de tiburones por el ejercicio de su profesión; 2º Que desde el establecimiento oficial del régimen británico sólo haya habido que deplorar una víctima devorada por los tiburones[656].

Podrá objetar alguien que el gobierno inglés se aviene a retribuir al hechicero por no romper con una "degradante superstición" arraigadísima en el país; pero aunque así fuera, ¿también están los tiburones subvencionados por el gobierno con el fondo de gastos secretos? Cuantos han estado en Ceilán saben que en la costa perlera abundan los tiburones hasta el punto de ser muy peligroso bañarse en aquel paraje, y mucho más todavía bucear en sus aguas.

A mayor abundamiento podríamos nombrar a varios oficiales de graduación del ejército inglés de la India, que después de valerse de la influencia de los magos y hechiceros indígenas para encontrar objetos perdidos y resolver asuntos de índole escabrosa, se contentaron con manifestar *en secreto su* agradecimiento, y para colmo de villanía despotricaron a más y mejor en los areópagos mundanos contra las "supersticiones" indas, negando públicamente la verdad de la magia.

No hace muchos años tenían los científicos por *superstición* de la peor especie la creencia de que la imagen del asesino quedaba grabada en los ojos del asesinado, por lo que era posible descubrir al criminal previo atento examen de las retinas de la víctima, sobre todo si se sometía el cadáver a ciertas fumigaciones y fórmulas de hechicería. Pero he aquí que contra los prejuicios científicos, dice un periódico americano:

> Desde hace algunos años llama la atención una hipótesis según la cual se materializa el postrer esfuerzo de la visión, de modo que la imagen del objeto queda grabada en el ojo después de la muerte. Así lo han comprobado las experiencias llevadas a cabo ante el profesor Bunsen y el doctor Gamgee, de la Real Sociedad de Birmingham. Sirvió de sujeto de experimentación un conejo colocado junto al agujero de una cerradura, de modo que forzosamente hubiera de fijar la vista en ella. Muerto al punto el conejo, quedó grabada en sus ojos la imagen de la cerradura[657].

---

[653] *Viajes de Marco Polo,* II, 321.

[654] Falta saber si el accidente ocurrió mientras actuaba el *hechicero católico.*

Si del país de la ignorancia, la idolatría y la superstición, como algunos misioneros llaman a la India, nos trasladamos a París, el presuntuoso foco de la civilización, encontraremos la magia disimulada en forma de espiritismo oculto, según demuestra la siguiente carta del honorable John L. O'Sullivan, ex ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Lisboa, quien relata los curiosos incidentes de una sesión entremágica a que asistió no ha mucho tiempo en París con otras conspicuas personas. Dice así:

Nueva York, 7 de Febrero de 1877.

Con muchísimo gusto defiero a su deseo de poseer un informe escrito acerca de lo que, según ya expuse a usted de palabra, presencié en París el verano pasado en casa de un médico muy respetable cuyo nombre no debo revelar, pero a quien llamaré el doctor X.

Me presentó en la casa mi amigo el señor Gledstanes, un inglés muy conocido en los círculos espiritistas de Londres. Había en aquella ocasión unas diez o doce visitas más entre señoras y caballeros, acomodados todos en butacas que ocupaban la mitad del salón, cuya capacidad a agrandaba un espacioso jardín contiguo. En la otra parte del salón había un magnífico piano de cola, y entre éste y los circunstantes un par de butacas en espera de ocupante. Cerca de ambos sitiales se abría la puerta de comunicación con los aposentos interiores.

Entró en el salón el doctor X y con fácil palabra nos estuvo hablando veinte minutos. Según colegí de lo que dijo, el doctor se había dedicado durante veinticinco años a la investigación ocultista, sobre que tiempo ha pensaba escribir un libro, y se disponía a provocar algunos fenómenos con el principal intento de que los presenciaran sus colegas científicos, aunque pocos o ninguno concurrían.

Acabado el discurso entraron en el salón dos señoras. La de menos edad era su esposa, y la otra (á quien llamaré señora Y) una médium en quien el doctor X había experimentado durante sus veinte años de estudios, gracias a la abnegación y espíritu de sacrificio con que ella se puso a su servicio para el caso.

Ambas señoras tenían los ojos cerrados como si estuvieran en trance. Colocólas el doctor X de pie a uno y otro lado del piano, cuya tapa estaba caída, y apenas puso él encima las manos de ellas, cuando resonaron en batalladora confusión las notas de marchas, galopes, tambores, cometas, descargas de fusilería y artillería, gritos y gemidos. Esto duró de cinco a diez minutos.

Se me olvidaba decir que por indicación del señor Gledstanes, ya conocedor de estos fenómenos, había yo escrito con lápiz en un papel sin que nadie lo supiera tres nombres: de un *músico* difunto, de una *flor* y de una *torta.* Escogí por músico a *Beethoven,* por flor la *margarita* y por torta la que los franceses llaman *plombières.* Anotados los tres nombres en

[655] 26 de Marzo de 1877. – (El texto original cita la fecha, pero no el nombre del periódico. – N. del T).

[656] Población francesa, célebre en la historia por las conferencias entre Cavour y Napoleón III sobre la unidad italiana. De esta población tomaron su nombre las tortas. – (N. del T).

el papel sin que nadie, ni aun mi amigo, supiese cuáles eran, hice con el papel una pelotilla que guardé en la mano. Terminada la tocata, el doctor X hizo sentar a la médium en una de las butacas desocupadas, mientras que su esposa se acomodaba en el otro extremo del salón. Me dijo entonces el doctor que entregase el arrugado papel a la médium, quien lo tomó, dejándolo sin abrir sobre la falda del vestido de merino blanco, cuyos amplios pliegues reverberaban a la luz de los candelabros. A poco, echó el papel al suelo, de donde yo lo recogí. El doctor mandó a la médium que se levantase para "evocar al muerto". Levantada que estuvo, apartó el doctor las dos butacas y puso en la mano de la señora Y una varilla de acero, cosa de metro y medio de larga, rematada por un extremo en una *tau* egipcia. Con esta varilla trazó la médium en torno suyo un círculo de unos dos metros de diámetro por el extremo de la cruz, y en seguida se la devolvió al doctor. Quedóse la médium todavía algún rato de pie, con las manos colgantemente cruzadas sobre el inmóvil cuerpo y la vista dirigida en alto hacia uno de los ángulos fronterizos del salón. Después empezó a mover los labios con leve murmullo al principio, y luego en frases brevemente entrecortadas a manera de letanía, pues reiteraba a intervalos algunas palabras con inflexión de nombres. Me sonaba aquello a lengua oriental. El rostro de la médium aparecía vivamente agitado, y de cuando en cuando ceñudo. De quince a veinte minutos duró esta misteriosa escena que todos los circunstantes presenciábamos con religioso silencio. De pronto, sus palabras fueron más vehementes y rápidas, hasta que extendiendo un brazo en dirección al punto donde tenía fija la vista, exclamó con voz que más bien semejaba alarido que grito: ¡BEETHOVEN!; y cayó postrada en el suelo.

Acudió presuroso el doctor X en socorro de la señora Y, dándole enérgicos pases después de acomodarle la cabeza sobre almohadones. Así quedó como si estuviera enferma, gimiendo y ladeándose de postura a cada punto, de suerte que parecía pasar por todas las fases de una dolencia de muerte; y así era en efecto, pues según después supe, reproducía la médium exactamente todas las incidencias de la muerte de Beethoven. Prolijo fuera describir los pormenores de esta escena, y así diré únicamente que cesó el pulso y fue enfriándosele gradualmente el cuerpo de extremidades a vísceras, e hinchándosele horriblemente pies y piernas.

El doctor nos invitó a todos a ver de cerca el fenómeno. Empezaron los estertores de la agonía en intervalos cada vez más largos y desmayados, hasta que en los últimos momentos inclinó la cabeza y dejó caer las manos con que arrugaba los pliegues del vestido. El doctor nos dijo que "estaba muerta", y en efecto lo parecía. Rápidamente sacó no sé de dónde dos áspides, que muy de prisa puso uno en el cuello y otro en el seno de la médium, a la que dió después enérgicos pases. Al cabo de un rato fue la médium recobrando gradualmente el sentido, y entonces el doctor y sus criados la trasladaron al gabinete, de donde no tardó en regresar aquél diciéndonos que el momento era verdaderamente crítico y que la menor tardanza daría lugar a que la muerte aparente se convirtiese en real.

No hay para qué decir el efecto que la descrita escena causó en los circunstantes ni necesito advertir que no fue artificio de prestidigitador contratado para ilusionar al público, pues la reunión era privada sin que nadie hubiera podido entrar en la casa a espaldas del dueño, aparte de que infinidad de pormenores de lenguaje, modales, actitud y expresión denotaban, con entera independencia del fenómeno en sí, aquella formalidad y buena fe que llevan el convencimiento al ánimo de los circunstantes con suficiente firmeza para transmitirlo de palabra o por escrito a otras personas.

Al poco rato entró de nuevo en el salón la señora Y, y sentada que estuvo en una de las butacas, me invitó el doctor a que ocupara la contigua. Guardaba yo todavía en mi mano el arrugado papel en que secretamente escribiera las tres palabras aludidas, de las cuales era "Beethoven" la primera. Permaneció la médium unos minutos con las manos apoyadas en la falda hasta que empezó a moverlas agitadamente, al punto que sus facciones se contraían con dolorosa expresión y exclamaba: "Me abraso, me abraso". A los pocos momentos levantó la mano mostrando una lozana y fresca *margarita*, esto es, la flor cuyo nombre había yo escrito en el papel. Me la dió, y la enseñé a los circunstantes antes de guardármela. Dijo el doctor que aquella margarita era de una variedad desconocida en París, pero se equivocaba en ello, porque días después vi la misma variedad en el mercado de flores de la Magdalena. No sé si la médium materializó la flor en sus manos o si fue un fenómeno de aporte como los de las sesiones espiritistas; pero forzosamente había de ser una de dos, porque la señora Y no tenía la flor cuando a plena luz del salón se sentó a mi lado.

La tercera palabra escrita en el papel era, según queda dicho, la de una torta de repostería llamada *plombières*. La médium hizo ademán de comer, aunque no había manjar alguno a la vista, y me preguntó si quería acompañarla a Plombières[658]. Esto pudo ser muy bien un caso de lectura del pensamiento.

Después de esto nos dijo el doctor que su señora estaba en aquel momento poseída del espíritu de Beethoven, y a ella se dirigió y él como si en efecto hablara con el insigne compositor. La señora X no oyó lo que su marido le decía hasta que éste hubo levantado la voz, y este pormenor daba verosimilitud a la escena, pues ya sabemos que Beethoven era muy sordo. Entonces la médium respondióle con exquisita cortesía, y después de un rato de conversación, instó el doctor a su mujer a que tocase el piano y aunque, según supe después, era en estado de vigilia menos que mediana pianista, interpretó magistralmente algunas obras de Beethoven e improvisó otras piezas de estilo inconfundiblemente beethoviano.

Al cabo de media hora pasada en música y conversación con el espíritu de Beethoven infundido en el cuerpo de la señora X, cuyo rostro tomó notable parecido con el del famoso maestro, su marido el doctor le puso en las manos papel y lápiz, rogándole que dibujase las facciones de la entidad espectral a quien ante sí veía. La médium bosquejó rápidamente de perfil una cabeza parecida a los bustos de Beethoven, aunque más joven, y trazó debajo a manera de firma el nombre del compositor, sin que me sea posible decir hasta qué punto se parece al autógrafo. De todos modos, conservo este dibujo.

Ya muy tarde empezaron a despedirse los concurrentes, y como no era oportuno interrogar al doctor acerca de cuanto acababa de presenciar, fui a verle pocos días después en compañía del señor Gledstanes, y me dijo que admitía la actuación de los espíritus, pero que era algo más que espiritista, pues había estudiado a fondo durante mucho tiempo los misterios de Oriente. Sin embargo, me pareció que el doctor eludía hablar de este punto, pues declaróme que aquel misino año iba a publicar un libro sobre la materia. Eché de ver encima de la mesa unas cuantas hojas sueltas con caracteres orientales, que yo no conocía, trazados por la señora X en estado de trance, según me dijo su marido, añadiendo que en tales casos se convertía en *una sacerdotisa egipcia, o* sea, a mi entender, que quedaba poseída del espíritu de la sacerdotisa. Ocurría esto porque un erudito amigo del doctor le había regalado unas cuantas vendas de lino de la momia de una sacerdotisa, adquiridas en Egipto, y el contacto de esta tela, avalorada por tres mil años de antigüedad y por la abnegación

con que estudiaba las relaciones ocultas, fue causa eficiente de las facultades de ambas médiums.

A la señora Y le oí hablar el sagrado idioma de los templos, no tanto por inspiración como por los repetidos ejercicios con que solemos aprender un idioma extranjero, hasta el punto de que la reprendían y aun castigaban cuando se mostraba desaplicada o perezosa. Me dijo el doctor que entre quienes la habían oído hablar en el sagrado idioma se contaba Jacolliot, cuya opinión fue de que, en efecto, pronunciaba palabras con la fonética propia del antiquísimo lenguaje sagrado que en los templos de la India se conserva desde época anterior, si mal no recuerdo, a la del sánscrito.

Respecto a los áspides o culebras de que el doctor se había valido para reanimar a la señora Y, o mejor dicho, tal vez para impedir que de veras muriese, me dijo que había en ello un profundo misterio relacionado con los fenómenos de vida y muerte; pero comprendí que los reptiles eran indispensables en la operación, aunque nada dejó traslucir el doctor sobre el particular, sino que por el contrario rechazaba enojado toda insinuación y me exigió profunda reserva de aquel pormenor. Únicamente podía explicar algo de los fenómenos durante la sesión, en lo cual hermanaba la elocuencia con la cultura, siendo inútil que fuera de este caso apuntáramos la conversación, pues nos remitía al libro cuando se publicara.

Me proponía concurrir alguna que otra tarde a estas sesiones, pero supe por mi amigo Gledstanes que el doctor X las había suspendido en vista del poco interés, de médicos y científicos por aquellos fenómenos.

Aparte de otros pormenores de escaso interés, esto es cuanto recuerdo de la extraña y misteriosa velada. Le he comunicado a usted confidencialmente el nombre y dirección del doctor X porque creo que también va por los mismos caminos de estudio que la Sociedad Teosófica; pero no estoy autorizado para publicarlos.

De usted, respetuoso amigo y obediente servidor,

J. L. O'Sullivan.

En este interesante caso traspone el simple espiritismo los límites de su rutina e invade el terreno de la magia. Se advierten los rasgos característicos de la mediumnidad, en que la señora Y cae en trance y actúa distintamente de su estado normal, subordinando la suya a una voluntad ajena para personificar el espíritu de Beethoven y de la sacerdotisa egipcia. En cambio, son fenómenos mágicos la influencia del doctor X en la médium, la forma de la varilla con que traza el místico círculo, la evocación del espíritu, la materialización de la flor y de los áspides y el aprendizaje idiomático de la señora Y. Esta clase de fenómenos son de interés y valía para la ciencia, pero expuestos al abuso cuando caen en manos de experimentadores menos escrupulosos que el conspicuo doctor X. Un verdadero cabalista oriental no aconsejaría la repetición de estos fenómenos.

Mundos desconocidos gravitan bajo nuestros pies y otros mundos más desconocidos todavía planean sobre nuestras cabezas. Entre unos y otros, un puñado de topos, ciegos a la brillante luz de Dios y sordos a los rumores del mundo invisible, presumen de guías de la humanidad. ¿Hacia dónde la guían? "Hacia adelante", responden ellos; pero nosotros tenemos motivos para dudarlo. El más eminente fisiólogo europeo quedaría frente a un analfabeto fakir indo, tan atontado como un escolar que no supiese la lección. Ni los vivisectores experimentos en pobres animales ni la hoja del escalpelo podrán demostrar jamás la existencia del alma. A este propósito pregunta Sergeant Cox, presidente de la Sociedad Psicológica de Londres:

> ¿Quién será tan mentecato que, sin saber nada de magnetismo ni de fisiología, ni haber presenciado jamás un fenómeno ni estudiado sus principios, niegue los hechos e impugne su teoría?

Podríamos responder cumplidamente a la pregunta diciendo que las dos terceras partes de los científicos modernos. Y si alguien calificara de impertinente la respuesta, creído de que en la verdad cabe impertinencia, le replicaríamos advirtiéndole que así respondió uno de los pocos científicos con suficiente valor y sinceridad para declarar las verdades por amargas que sean, quien añadió muy atinadamente:

> El químico aprende electrotecnia del electricista; el fisiólogo aprende geología de los geólogos, y cada cual consideraría impertinencia de los demás que dogmatizaran en cuestiones de la especialidad ajena. Pero es tan extraño como cierto que no se tiene en cuenta tan razonable regla cuando se trata de psicología. *Los médicos se consideran competentes para juzgar sentenciosamente sobre psicología y sus derivados, sin haber presenciado ningún fenómeno psíquico ni conocer los principios de su experimentación*[657].

La universalidad de una creencia debe de basarse forzosamente en una abrumadora acumulación de hechos que la robustezcan de generación en generación. La más arraigada creencia universal es la magia o psicología oculta. Los que en nuestro tiempo se percatan de las formidables virtudes mágicas, aunque en los países cultos sean débiles sus efectos, ¿se atreverán a desmentir a Porfirio y Proclo que afirman la posibilidad de animar durante algunos momentos las estatuas de los dioses? No serán capaces de negarlo quienes bajo su firma aseguran haber visto moverse mesas y sillas y escribir lápices sin que nadie los toque. Cuenta Diógenes Laercio que el Areópago ateniense desterró al filósofo Estilpo por haberse atrevido a decir en público que la imagen de Minerva esculpida por Fidias no era más que un trozo de mármol; pero

[657] De un artículo de *El Espiritista* de Londres, fecha 10 de Noviembre de 876. Esperamos fundadamente que los eminentes fisiólogos Mendeleyeff, de San Petersburgo, y Ray Lankester, de Londres, soportarán esta invectiva tan sufridamente como sus víctimas las tajaduras del escalpelo vivisector.

nuestro siglo, no obstante remedar a los antiguos en todo[658], presume aventajarles en conocimientos psicológicos, hasta el extremo de que encerraría en un manicomio a cuantos creen en el fenómeno de las "mesas semovientes".

De todos modos, *la religión de los antiguos será la religión del porvenir.* Dentro de algunos siglos ya no habrá creencias dogmáticas en las religiones culminantes de la humanidad. Induismo y budismo, cristianismo e islamismo desaparecerán sepultados bajo el pujante alud de los *hechos.* "Infundiré mi espíritu en toda carne", dice el profeta Joel. "En verdad os digo que mayores obras que éstas haréis vosotros", prometió Jesús. Mas para ello es preciso que el mundo se reconvierta a la capital religión del pasado, al *conocimiento* de los majestuosos sistemas precedentes de mucho al brahmanismo y aun al monoteísmo de los antiguos caldeos.

Entretanto, hemos de recordar los efectos consiguientes a la revelación de los misterios. Para infundir en la obtusa mente del vulgo la idea de la CAUSA PRIMERA, de la omnipotente VOLUNTAD creadora, los sabios sacerdotes de la antigüedad no disponían de otro medio que el transporte aéreo de cuerpos pesados, la animación divina de la materia inerte, el alma en ella infundida por la potencial voluntad del hombre, imagen microcósmica del gran Arquitecto. ¿Por qué el católico piadoso ha de repugnar, por ejemplo, las prácticas, que llama paganas, de los indios tamiles? El milagro de la sangre de San Jenaro, en Nápoles, lo hemos presenciado también en la población inda de Nârgercoil. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro prodigio? La coagulada sangre de un santo del catolicismo hierve y humea en la redoma para satisfacción de rapazuelos devotos, y desde su magnífica hornacina lanza la imagen del mártir radiantes sonrisas de bendición sobre el concurso de fieles cristianos. El sacerdote católico sacude la redoma y se opera el milagro de la sangre. Por otra parte; el sacerdote indo introduce una redoma de arcilla llena de agua en el abierto pecho del dios Suran y después le clava una flecha, a cuyo golpe brota la sangre en que se ha convertido el agua. Y tanto cristianos como indos quedan extasiados a la vista de semejantes prodigios. No hay entre ambos fenómenos la más leve diferencia; ¿y no pudiera ser que el mismo San Jenaro les hubiese enseñado la impostura a los indos?

Dice Hermes:

> –Sabe, ¡oh Asclepio!, que así como el Altísimo es el padre de los dioses celestiales, del mismo modo es el hombre el *artífice de los dioses que están en los templos* y se complacen en la compañía de las gentes. Fiel a su origen y naturaleza, la humanidad persevera en esta imitación de los poderes divinos. Si el Padre creador hizo a su propia imagen los *dioses inmortales,* el hombre hace a los dioses a su propia imagen.
>
> –¿Y hablas tú de las imágenes de los dioses?, ¡oh Trismegisto!

---

[658] El prurito de imitación llega al punto de conservar inalterados muchos nombres de instituciones políticas, como *senado, prefecto, cónsul,* etc. El mismo Napoleón I al conquistar las tres cuartas partes de Europa, siguió las reglas de la guerra que enseñaron Alejandro y Julio César.

> –Cierto que sí, Asclepio; y por mucha que sea tu desconfianza, ¿no adviertes que estas imágenes están dotadas de *razón,* animadas por un alma, y que pueden obrar los mayores prodigios? ¿Cómo negaríamos la evidencia, cuando estos dioses tienen don profético y vaticinan lo futuro, siempre que a ello les mueven las fórmulas mágicas de los sacerdotes?... Maravilla de maravillas es que el hombre haya inventado dioses... Verdaderamente, la fe de nuestros antepasados anduvo extraviada, y en su orgullo no supieron descubrir la real naturaleza de estos dioses..., sino que los identificaron consigo mismos. Impotentes para crear almas y espíritus, evocan los de ángeles y demonios para animar las imágenes sagradas de modo que presidan los Misterios, y comunican a los ídolos su propia facultad *de obrar bien o mal.*

> Pero no únicamente los antiguos creyeron que las imágenes de los dioses manifiestan a veces inteligencia y se mueven de su lugar. En pleno siglo XIX nos informa la prensa periódica de los brincos que da la imagen de Nuestra Señora de Lourdes al escaparse de cuando en cuando á los bosques contiguos al templo, de suerte que más de una vez se ha visto el sacristán precisado a correr tras la fugitiva para restituirla a su altar. Además, se refieren multitud de "milagros", curas repentinas, profecías, cartas llovidas del cielo y otros muchos por el estilo. Millones de católicos, no pocos de las clases cultas, creen implícita mente en estos "milagros"; y por lo tanto, no hay razón para repugnar el testimonio que de fenómenos de la misma índole dan historiadores tan fidedignos como Tito Livio en el pasaje siguiente:

> Después de la toma de Veii le pregunta un soldado romano a la diosa Juno: "¡Oh Juno! ¿Tendrás a bien salir de los muros de Veii y trocar esta morada por la de Roma?" La imagen mueve la cabeza en señal de asentimiento y responde: "Sí quiero". Además, al trasladarla a Roma pareció como si instantáneamente *perdiera su mucho peso* y siguiese a los portantes[659].

Con ingenua fe rayana en lo sublime se atreve Des Mousseaux a peligrosas comparaciones en numerosos ejemplos de *milagros,* así cristianos como "paganos". Da una relación de imágenes de la Virgen y de santos que perdieron el peso y se movieron como pudiera hacerlo una persona viva, y aduce en pro de ello irrecusables pruebas entresacadas de los autores clásicos que describen tales *milagros* [660]. Este autor lo pospone todo al capital pensamiento de demostrar la realidad de la magia, y que el cristianismo la rindió por completo, aunque no porque los milagros de los taumaturgos cristianes sean más numerosos, sorprendentes y significativos que los de los paganos. En lo referente a hechos y pruebas no cabe dudar de la fidelidad de Des Mousseaux como historiador; pero no ocurre lo mismo por lo que toca a comentarios y argumentos, pues, según él, unos milagros son obra de Dios y otros del diablo, de modo que Dios y Satán se encuentran frente a frente en porfiada lucha. Por lo demás, no expone ningún argumento valioso para demostrar la diferencia esencial entre ambas clases de prodigios.

---

[659] Tito Livio, V, dec. I; Valerio Máximo, I, cap. VII.

[660] Véanse: *Fenómenos de Magia superior; La Magia en el siglo XIX, Dios y los dioses, etc.*

¿Queremos saber la razón de que Des Mousseaux vea en unos milagros la mano de Dios y en otros los cuernos y pezuñas del diablo? He aquí la respuesta:

> La santa Iglesia católica, apostólica, romana declara que los milagros obrados por sus fieles hijos son efecto de la voluntad de Dios, y que todos los demás lo son de espíritus infernales.

Pero ¿en qué se funda esta declaración? A la vista tenemos un largísimo catálogo de santos doctores que durante toda su vida lucharon contra el demonio, y a cuya palabra da la misma Iglesia tanta autoridad como a la de Dios. Dice a este propósito San Cipriano:

> Vuestros ídolos e imágenes sagradas son habitación de *demo*nios. Sí; estos espíritus inspiran a vuestros sacerdotes, animan las entrañas de vuestras víctimas, gobiernan el vuelo de las aves, y entremezclando continuamente lo verdadero con lo falso, dan oráculos y obran prodigios con intento de arrastraros invenciblemente a su adoración[661].

El fanatismo en religión, ciencia o cualquiera otra modalidad, degenera en manía y no puede por menos de obcecar los sentidos. Siempre será inútil discutir con un fanático. Al llegar a este punto, hemos de admirar una vez más el profundo conocimiento que demuestra Sergeant Cox en el siguiente pasaje del discurso a que antes aludimos:

> No hay error más fatal que creer en el prevalecimiento de la verdad por sí misma o de que basta evidenciarla para recibirla. Muy pocas mentes anhelan la verdad real, y muchas menos todavía son capaces de discernirla. Cuando los hombres dicen que indagan la verdad, no hacen más que buscar una prueba evidente de tal o cual preocupación o prejuicio. Sus creencias se amoldan a sus deseos. Ven cuanto les parece estar de acuerdo con sus anhelos; pero son tan ciegos como topos respecto de lo que se oponga a su modo de pensar. Los científicos no están libres de este defecto.

Sabemos que desde remotísimas épocas la temible y pavorosa ciencia llamada *theopœa* enseñó a infundir temporánea vida inteligente en las imágenes de los dioses, cuya inerte materia vivificaba la poderosa voluntad del hierofante. El fuego robado del cielo por Prometeo cayó en la tierra durante la lucha para abarcar las regiones inferiores del firmamento y condensarse en las oleadas del éter cósmico. Era el potencial *akâsha* de los ritos induistas. Al respirar aire puro, se esponja en este fuego celeste todo nuestro organismo, que de él está saturado desde el instante de nuestro nacimiento, aunque sólo cabe actualizarlo por influjo de la V0LUNTAD y del ESPÍRITU.

Por espontáneo impulso, este fuego o principio vital obedece ciegamente las leyes de la Naturaleza, y según las circunstancias, engendra salud y exuberancia de vida o determina la muerte y disgregación. Pero cuando está dirigido por la voluntad del adepto, la obedece para restablecer el equilibrio del organismo, y sus corrientes llenan

[661] De Idol. vanii., lib. I, pág. 452.

el espacio y operan los milagros psíquico–físicos perfectamente conocidos de los hipnotizadores. Infundido el principio akásico en la materia inorgánica, le da apariencias de vida, y por lo tanto de movimiento; pero como le falta inteligencia personal, el operador puede transmitirle su propio cuerpo astral *(scin–lecca) o* bien prevalerse de su influencia en los espíritus de la Naturaleza para que uno de ellos se infunda en la imagen de mármol, madera o metal. También puede valerse de espíritus elementarios por la identificación que entre estas entidades y las elementales establece la afinidad psíquica; pero estos seres[662] inferiores sólo son capaces de dar apariencias de vida y movimiento a los objetos inanimados y no de infundir en ellos su esencia pasional cuando es de índole armónica y elevada el propósito del operador, quien entonces envía su influencia como rayo de luz divina, a través de las entidades interventoras. La condición necesaria para ello, según ley de la naturaleza espiritual, es la sinceridad del motivo, la pureza de la atmósfera magnética circundante y la pureza personal del operador. De este modo, un "milagro" pagano puede ser mucho más santo que otro cristiano.

Cuantos han presenciado los fenómenos de los fakires indos no dudan de que la *theopœa* se conoció ya en antiguos tiempos. Un escéptico tan empedernido como Jacolliot, que no desaprovecha ocasión de atribuir estos fenómenos a tretas de prestidigitadores, no puede por menos de atestiguar los hechos[663], diciendo a propósito del fakir Chibh–Chondor de Jaffnapatnam:

> No me atrevo a describir todas las suertes que hizo. Hay cosas que uno *no se atreve* a referir aun después de presenciarlas, por recelo de que le tilden de iluso. Sin embargo, diez y hasta veinte veces he visto y vuelto a ver cómo producía el fakir los mismos efectos en la materia inerte. Era para nuestro *hechicero* juego de chiquillos, que la luz de una vela colocada en un rincón de la estancia palideciese o se apagase a su albedrío; mover los muebles y aun el mismo sofá en que estábamos sentados; abrir y cerrar repetidas veces las puertas, y todo esto sin moverse de la esterilla sobre que se sentaba en el suelo.
>
> Tal vez diga alguien que padecí ilusión. Es posible. Pero centenares y miles de personas vieron y ven lo que yo, y aun todavía más sorprendentes fenómenos. No obstante, ¿ha descubierto alguien el secreto ni logrado reproducirlos? Nunca me cansaré de repetir que esto no ocurría en el escenario de un teatro con tramoyas dispuestas para el servicio del operador, sino que un mendigo acurrucado en el suelo se burla de vuestra razón, de vuestros sentidos y de las que llamamos leyes inmutables de la Naturaleza que, según parece, domina a su antojo.

---

662 Después de la muerte física, los hombres de quienes la individualidad abandonó a la personalidad, se convierten en entidades elementarias y quedan planeando sobre las regiones inmediatas a la tierra en busca de la compañía y trato de los elementales más afines con la pasión o vicio predominante. Se identifican de tal modo los elementarios con los elementales, que pierden la noción de su propia personalidad como si se convirtieran en una parte de los segundos, de cuya mediación necesitan para comunicarse con los mortales. Pero así como los elementales no son *inmortales,* tampoco la existencia de los elementarios dura más de lo que tarda en desintegrarse su cuerpo astral.

663 Diariamente puede presenciarlos el viajero en la India.

> ¿Altera el fakir estas leyes? No. Según dicen los creyentes, las actualiza mediante fuerzas que todavía no conocemos. Sea como fuere, asistí en persona a veinte sesiones de esta índole en compañía de profesores, médicos y oficiales del ejército, y todos convinieron en que los fenómenos eran abrumadores para la inteligencia humana. Cada vez que presencié el experimento de sumir a las serpientes en catalepsia de modo que parecían secas ramas de árbol, se convirtió mi pensamiento a la narración bíblica que atribuye a Moisés y a los magos de Faraón los mismos poderes[664].

Seguramente que los músculos del hombre, del cuadrúpedo y del ave son tan susceptibles del magnético principio vital como la inerte mesa del médium moderno. 0 ambos fenómenos se han de admitir como verdaderamente posibles, o entrambos deben desecharse junto con los milagros de los tiempos apostólicos y los más recientes de la Roma pontificia.

Toda una biblioteca podría llenarse con las fehacientes pruebas de que disponemos en pro de nuestras aseveraciones. Si el papa Sixto V amenazó con excomulgar a quienes practicaran el arte de hechizar los talismanes a que estaban adscritos una legión de espíritus, cabe suponer que su propósito fuese recluir este conocimiento en el recinto de la Iglesia católica. ¿Cómo podía ver con buenos ojos que cualquier hombre dotado de perseverancia y enérgico y positivo poder magnético, reprodujera con éxito los milagros *divinos*? Los recientes sucesos de Lourdes, si como es de suponer no hay exageración en el relato, demuestran que no se ha perdido totalmente el secreto, y a menos que haya algún poderoso hipnotizador oculto bajo sobrepelliz y sotana, la imagen de la Virgen se moverá a impulsos de la misma fuerza que mueve las mesas en las sesiones espiritistas, dependiendo de varias condiciones que la entidad interventora en la producción del fenómeno sea humana, elemental o elementaria. Quien sepa algo de hipnotismo y al mismo tiempo conozca el caritativo espíritu de la Iglesia católica, comprenderá fácilmente que las incesantes maldiciones de frailes y sacerdotes, así como los anatemas de Pío IX[665], han acumulado legiones de elementarios y elementales bajo el poder de los desencarnados inquisidores. Precisamente, éstos son los “ángeles” que juguetean con la imagen de la Reina del Cielo. Quienquiera que acepte el “milagro” y opine de manera distinta, blasfema.

Aunque parezca que ya hemos aducido pruebas suficientes en demostración del poco fundamento con que la ciencia moderna presume de originalidad, no estará de más añadir algunas con objeto de desvanecer toda duda en este punto. Para ello recapitularemos los supuestos inventos y novedades que tanto conmovieron al mundo en los dos últimos siglos. Ya señalamos los descubrimientos que en artes, ciencias y filosofía efectuaron los egipcios, griegos, caldeos y asirios. Citaremos ahora un pasaje de Jacolliot, que durante largos años estudió en la India la filosofía de este país, y en su obra: *Khristna y el Cristo* expone la siguiente tabla analítica:

---

[664] Jacolliot: *Viaje al país de las perlas.*

[665] Que era a su vez un poderoso hipnotizador con fama de mal de ojo.

Filosofía. – A los antiguos indos se debe la fundación de las dos escuelas espiritualista y materialista, o sean la filosofía metafísica, y la filosofía positiva. Fundó la primera Vyâsa, jefe de la escuela vedantina. Fundó la segunda Kapila, jefe de la escuela sânkhya.

Astronomía. – Los indos trazaron el calendario y el zodíaco, calcularon la recesión de los equinoccios, descubrieron las leyes generales de la mecánica celeste y predijeron y observaron los eclipses.

Matemáticas. – Inventaron el sistema décuplo, el álgebra y el cálculo infinitesimal. Metodizaron la geometría y la trigonometría con demostración de teoremas *no conocidos* en Europa hasta los siglos XVII y XVIII. Los brahmanes fueron, indudablemente, los primeros en determinar el área del triángulo y establecer la relación entre la circunferencia y el diámetro. También se les debe el teorema y la tabla erróneamente atribuidos a Pitágoras. La tabla de multiplicar está esculpida en el *gôparama* de las principales pagodas.

Física. – Enunciaron el concepto del universo como un todo armónico sujeto a leyes determinables por la observación y la experiencia. Fundaron la hidrostática y descubrieron el famoso principio[666], también erróneamente atribuido a Arquímedes. Los físicos de las pagodas calcularon la velocidad de la luz y descubrieron las leyes de reflexión. A juzgar por los trabajos de Surya–Sidhenta, conocieron y calcularon la potencia expansiva del vapor de agua.

Química. – Conocieron la composición del agua y enunciaron la ley de los volúmenes[667], que en Europa hace muy poco que se conoce. Sabían preparar los ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico; los óxidos de cobre, hierro, plomo, estaño y cinc; los sulfuros de hierro, cobre, mercurio, antimonio y arsénico; los sulfatos de cinc y de hierro; los carbonatos de hierro, plomo y sodio; el nitrato de plata y la pólvora.

Medicina. – En esta ciencia fueron de todo punto asombrosos los conocimientos de los antiguos indos. Tcharaka y Susruta, los dos príncipes de la medicina indostánica, expusieron los aforismos que más tarde se asimiló Hipócrates. Susruta establece admirablemente los principios de la higiene o medicina preventiva, cuya importancia encomia sobre la medicina curativa, que califica de empírica en muchos casos. ¿Estamos hoy día más adelantados? No deja de ser interesante que los médicos árabes, tan famosos en la Edad Media, Averroes entre ellos, citan continuamente a los médicos indos, considerándolos como maestros de ellos y de los mismos griegos.

Farmacopea. – Conocían los simples con todas sus propiedades y usos, de modo que todavía están dando lecciones a Europa en este punto. Hace poco tiempo que de ellos aprendimos el tratamiento del asma por medio del estramonio.

---

[666] Consiste este principio en que todo cuerpo sumergido en un fluido pierde una parte de su peso, equivalente al del volumen del fluido que desaloja.

[667] Según esta ley, el volumen de un gas es inversamente proporcional a la presión que sufre.

Cirugía. – No fueron menos excelentes en este arte. Supieron extraer los cálculos urinarios, operaron las cataratas y tuvieron suma habilidad en obstetricia quirúrgica. Tcharaka describe los casos anormales y peligrosos con notable precisión científica.

Gramática. – Cultivaron el sánscrito, que aventaja admirablemente a todo idioma humano, y del que derivan las lenguas indoeuropeas y la mayor parte de las orientales.

Poesía. – Fueron consumados maestros en todos los géneros. Los dramas *Sakuntala, Avrita, Fedro, Saranga* y otros muchos superan a los de Sófocles, Eurípides, Corneille y Shakespeare. Nadie les ha igualado en poesía lírica. Para formar concepto del esplendor alcanzado por este género en la India, es preciso leer en el pasaje del *Megadata*, las lamentaciones del desterrado que suplica a una nube que lleve su recuerdo a la cabaña donde moran sus parientes y amigos a quienes nunca más verá. Las fábulas indas han suministrado en toda época argumento a todas las literaturas del mundo, sin que ni siquiera se hayan tomado el trabajo de darles alguna variedad modificativa.

Música. – Inventaron la escala musical con tonos y semitonos mucho antes que Guido de Arezzo[668].

Arquitectura. – En este arte parece como si hubiesen agotado los indos cuanto puede concebir el genio del hombre. Cimborios de insuperable audacia; cúpulas cónicas; marmóreos minaretes; torres góticas; hemiciclos griegos; policromías; todos los estilos y todas las épocas tienen allí su cuna indicadora del origen y huellas de las colonias que al emigrar llevaron consigo los testimonios del arte indígena.

Tales fueron los frutos de la antigua e imponente civilización brahmánica. ¿Qué podemos nosotros presentar en equivalencia? Frente a la majestad de tales obras y de los descubrimientos del pasado, ¿qué pruebas podemos aducir de nuestras pretensiones de superioridad sobre una antigüedad que calificamos de ignorante? Comparados con los descubridores del álgebra y de la geometría, con los constructores del lenguaje hablado, con los patriarcas de la filosofía, con los primeros expositores de religión y los fundadores de las ciencias físicas y psíquicas, ¡cuán desmedrados parecen aún nuestros más eminentes científicos, filósofos y teólogos! No hay descubrimiento moderno sin su correspondiente prototipo en la civilización inda. La ciencia occidental está en el promedio de su período de transición, y todas nuestras ideas gravitan en torno de las hipótesis de correlación de fuerzas, selección natural, polaridad atómica y evolución de las especies. Mas, para baldón de nuestro orgullo, de nuestros plagios y nuestras infidencias, oigamos lo que dijo Manú diez mil años antes del nacimiento de Cristo:

El agua y el calor desarrollaron el primer germen de vida[669].

---

[668] La escala o gama inda es: *Sa–Ri–Ga–Ma–Pa–Da–Ni.*

[669] *Manú*, libro I, dístico 8.

> El agua sube hasta el cielo en forma de vapor. Del sol desciende en lluvia. De la lluvia nacen las plantas y de las plantas los animales[670].

> Todo ser adquiere las cualidades del que inmediatamente le precede. Así es que cuanto más se asimila un ser del primitivo átomo de su serie, tantas más cualidades y perfecciones reune[671].

> El hombre ha de recorrer todo el universo en progresión ascendente, pasando por las piedras, plantas, gusanos, insectos, peces, serpientes, tortugas, fieras, seres pecuarios y animales superiores… Tal es el *grado inferior* [672].

> Estas son las metamorfosis que desde la planta hasta Brahmâ han de sucederse en este mundo[673].

Según opina Jacolliot, el griego es un dialecto del sánscrito. Fidias y Praxiteles estudiaron en la India las obras maestras de Daonthia, Ramana y Aryavosta. Platón copia literalmente la filosofía de Dgeminy y Veda–Vyâsa. En el *Purva–Mîmânsâ* y el *Uttara– Mîmânsâ* está toda la filosofía aristotélica con diversidad de otras escuelas, desde el espiritualismo socrático y el escepticismo de Pirrón, Montaigne y Kant hasta el positivismo de Littré. Si alguien dudara de ello, atienda al siguiente pasaje textual del Ve*danta* de Vyâsa, quien, según la cronología brahmánica, floreció unos 10.400 años antes de la Era cristiana.

Dice así.

> Podemos estudiar los fenómenos, comprobarlos e inferir su certeza; pero como ni la percepción ni la inducción ni los sentidos ni el raciocinio son capaces de demostrar la existencia de una Causa suprema creadora del universo, no debe la ciencia discutir la posibilidad ni la imposibilidad de esta Causa primera.

Poco a poco, pero seguramente, quedarán los antiguos vindicados por completo y la verdad limpia de toda exageración. Se demostrará la realidad de lo que hoy se tiene por ficción, al paso que los "hechos y leyes" de la ciencia moderna se verán encubiertos bajo menospreciados mitos. Algunos siglos antes de nuestra era, el astrónomo indo Bramaheupto afirmó que la bóveda celeste estaba fija y que el aparente movimiento de las estrellas confirmaba el de la tierra sobre su eje. Las mismas ideas sostuvieron Aristarco de Samos, 267 años antes de J.C., y el filósofo pitagórico Nicetas de Siracusa. No obstante, ¿quién admitió estas teorías hasta la época de Galileo y Copérnico? ¿Prevalecerá intangiblemente el sistema expuesto por estas dos eminencias científicas? Precisamente en estos momentos el profesor Shoëpfer ha dado en Berlín una

[670] Id., lib. III, díst. 76.

[671] *Manú*, libro I, dístico 20.

[672] Id., íd.

[673] Id., íd.

conferencia pública con intento de restaurar el sistema de Tycho–Brahe en oposición al de Copérnico, diciendo que "alrededor de la tierra, fija en el centro del universo, voltea la bóveda estrellada en rotaciones de veinticuatro horas, y que el sol (cuyo verdadero tamaño es poco mayor del aparente) y la luna describen en torno de la tierra órbitas circulares, mientras que las de los planetas son epicicloidales"[674].

Pero no nos detendremos en analizar esta *novedad* que tanto parecido tiene con las *viejas* teorías astronómicas de Aristóteles y del venerable Beda. Dejaremos el pleito en manos de los científicos, para que laven en casa la ropa sucia, aunque hemos querido aprovechar la oportunidad ofrecida por la defección del conferenciante alemán para exigirle una vez más a la ciencia moderna el diploma de su infalibilidad. ¿Son éstos, ¡ay!, los frutos de su tan ponderado progreso?

Muy recientemente, la evidencia de algunos fenómenos observados por nosotros mismos y corroborados por multitud de testigos nos determinó a afirmar la posibilidad de la levitación de cosas y personas, añadiendo que siquiera ocurriese este fenómeno una vez cada siglo, sin visible causa mecánica a qué atribuirlo, demostraría la actuación de una ley natural desconocida de la ciencia. Por ello se nos calificó de iconoclastas y de ignorantes de las leyes de gravedad. Sin embargo, jamás se nos hubiera ocurrido que la ciencia llegase a negar el movimiento de la tierra sobre su eje y alrededor del sol. Creíamos que por lo menos aquellos dos luminares habrían seguido ardiendo sin novedad en el fanal de las academias hasta la consumación de los siglos; pero he ahí que un profesor berlinés desvanece nuestra esperanza de que siquiera en un punto demostraría la ciencia su exactitud. El cielo está verdaderamente en su punto ínfimo y empieza una nueva era. ¡Curioso sería que la tierra estuviese fija para reivindicar a Josué!

El profesor Shoëpfer no admite la fuerza centrífuga ni la hipótesis de Newton que explica el achatamiento de los polos por el movimiento de rotación de la tierra, en que se fundan los geógrafos para creer que la mayor parte de la masa terrestre gravita hacia el ecuador, al paso que la fuerza centrífuga determina el abultamiento de la masa en dicha línea. Considera el profesor alemán que una de las pruebas más corrientes de la rotación terrestre ha sido la de la fuerza centrífuga, porque alegan sus defensores que sin ella no habría gravitación en las latitudes ecuatoriales, y esto es precisamente lo que dicho profesor niega, diciendo en conclusión:

> ¿No es ridículo que, confiados en lo que aprendimos en la escuela, hayamos admitido el movimiento de rotación de la tierra como verdad demostrada, cuando nada absolutamente

[674] Shoëpfer: *Las últimas deducciones de la ciencia. La tierra inmóvil.* Conferencia dada en Berlín. – (Tan sólo puede admitirse en nuestro concepto la cita de esta conferencia como una prueba de las vacilaciones, vaguedades, extravagancias y contradicciones a que conducen los alardes de originalidad y el espíritu de oposición sistemática. El sistema heliocéntrico y el doble movimiento de la tierra están hoy tan rigurosamente demostrados, que fuera no ya ignorancia, sino majadería, ponerlos en tela de juicio. – N. del T.

> hay que lo demuestre ni *puede* demostrarse?[675] ¿No es maravilla que desde Copérnico y Keplero, los sabios de todo el orbe civilizado hayan aceptado apriorísticamente el movimiento de la tierra, y que tres siglos después se estén buscando todavía las pruebas? Pero ¡ay!, por más que busquemos, nada encontramos como era de esperar. ¡Todo es en vano!

¡Así, de golpe y porrazo, pierde la tierra su movimiento de rotación y el universo se ve abandonado de sus guardianes y protectores, las fuerzas centrífuga y centrípeta! Pero aún hay más. El mismo éter, arrebatado del espacio, es una quimera, un mito nacido de la mala costumbre de emplear palabras huecas; el sol presume de magnitudes que jamás le correspondieron; las estrellas son puntos centelleantes "dispuestos a considerable distancia unos de otros por el Creador del universo, probablemente con la intención de que iluminaran simultáneamente los vastos espacios en que se mira nuestro globo", según dice el profesor Shoépfer[676].

Si tres siglos y medio no han bastado para que los científicos establecieran una hipótesis inatacable por ellos mismos; si la astronomía, la única ciencia asentada sobre los diamantinos fundamentos de las matemáticas, sufre tan rudos ataques a pesar de que las demás ciencias la consideran infalible e invulnerable como la verdad misma, ¿qué hemos logrado con denigrar a Platón en provecho de los Babinet? ¿Cómo osan mofarse del modesto experimentador que sinceramente atestigua la realidad de los fenómenos mediumnímicos y mágicos? ¿Cómo se atreven a fijar infranqueables límites a la investigación filosófica? A pesar de todo, los pendencieros partidarios de las hipótesis persisten en acusar de ignorantes y supersticiosos a los eminentes sabios de la antigüedad que manejaban las fuerzas naturales como titanes constructores de mundos y realzaban a la humanidad hasta el nivel de los dioses. ¡Extraño destino el de un siglo que, después de vanagloriarse de haber puesto a la ciencia en la *cumbre de la fama,* se ve conminado a retroceder para empezar de nuevo el abecedario!

Recapitulando cuanto llevamos expuesto en esta primera parte de nuestra obra, vemos que, desde los arcaicos e ignotos tiempos del hermético Pymander hasta la época presente[677], existió siempre la universal creencia en la magia. Hemos expuesto las ideas de Trismegisto en su diálogo con Asclepio; y prescindiendo de las mil pruebas del predominio de esta creencia en los primeros siglos del cristianismo, extractaremos para nuestro propósito citas paralelas de un autor antiguo y otro moderno.

Algunos miles de años después de la época de Hermes, decía el insigne filósofo Porfirio con respecto al escepticismo dominante en su siglo:

---

[675] Contra las gratuitas afirmaciones del profesor Shoëpfer, se levantan los experimentos efectuados con el péndulo de Foucault que *prueban matemática y evidentemente* la rotación de la tierra. – N. del T.

[676] Es tan finamente delicada la ironía de que la autora alardea en este comentario, que conviene prevenir al lector contra toda confusión. – N. del T.

[677] Año 1876.

No es maravilla que el vulgo (οἱ πολλοί) vea en las imágenes tan sólo pedazos de piedra o madera. Lo mismo les sucede a quienes por desconocer los caracteres no ven más que piedra en las inscripciones estilísticas y tejido de papiro en los manuscritos.

Quince siglos después, declara Sergeant Cox a propósito del proceso incoado contra un médium:

Sea o no culpable el médium, resulta evidente que el proceso ha producido el inesperado efecto de llamar la atención pública hacia fenómenos cuya *realidad* han atestiguado gran número de competentes investigadores. Quienquiera puede convencerse personalmente de dicha realidad para desarraigar de una vez para siempre *las tristes y denigrantes doctrinas* materialistas.

De acuerdo con Porfirio y otros teurgos que distinguieron entre la naturaleza de las entidades manifestadas y la del espíritu humano, añade Sergeant Cox como opinión personal:

Verdaderamente hay y habrá siempre discrepancia de opiniones respecto a la causa eficiente de estos fenómenos; pero tanto si son efecto de la fuerza psíquica de los circunstantes como si son espíritus de difuntos, según otros afirman, o bien espíritus elementales, como asegura una tercera opinión, resulta evidente que el hombre no es del todo material, sino que su organismo está animado y movido por algo no material, esto es, no molecular, que además de tener inteligencia *puede actuar como fuerza sobre la materia.* A este algo le hemos llamado alma a falta de mejor nombre. Gracias al proceso de que vamos tratando, se han enterado de tan buenas nuevas miles de gentes cuya dicha en la vida presente y cuya esperanza en la futura habían tronchado los materialistas con sus insistentes predicaciones de que el alma era una superstición, el hombre un autómata, el pensamiento una secreción, la vida terrena una mera serie de funciones fisiológicas y la futura… lo desconocido.

Por su parte, dice Pymander:

Únicamente la verdad es eterna e inmutable y el supremo bien. Pero la verdad no existe ni puede existir en la tierra. Cabe en lo posible que Dios conceda a unos pocos hombres la facultad de entender rectamente la verdad además de la de comprender las cosas divinas; pero nada hay verdadero en este mundo, porque todo contiene materia y está revestido de forma corpórea sujeta á mudanzas, alteraciones y corrupción. El hombre no es *la* verdad, porque únicamente es verdadero lo que de sí misino toma la esencia y permanece inmutable. ¿Cómo puede ser verdadero lo que varía y cambia radicalmente? Por lo tanto, la verdad es únicamente lo inmaterial, lo que no está encerrado en corpórea envoltura, lo que no tiene color ni forma ni está sujeto a mudanza ni alteración, en una palabra: lo ETERNO. Todo cuanto perece es ilusorio. En la tierra no hay más que disolución y generación. Toda generación procede de disolución. Las cosas de la tierra son *apariencias* y remedos de la verdad, como lo pintado respecto de lo vivo. La muerte es para muchas personas un mal, puesto que la temen profundamente. Esto es ignorancia. La muerte es la disgregación del cuerpo, pero el ser que mora en él *no muere*… El cuerpo material pierde su forma. Los

> sentidos que lo animaban se restituyen a su origen y recobran sus funciones; pero van desprendiéndose gradualmente las pasiones y deseos y el espíritu asciende a los cielos para convertirse en ARMONÍA. En la primera zona desecha la facultad de crecer y menguar; en la segunda, la malignidad y los fraudes de la pereza; en la tercera, los desengaños y la concupiscencia; en la cuarta, la ambición insaciable; en la quinta, la arrogancia, la osadía y la temeridad; en la sexta, la codicia; y en la séptima, la mendacidad. Purificado así el espíritu por influencia de las armonías celestes, vuelve de nuevo a su primitivo estado fortalecido por el mérito y la fuerza que adquirió por sí mismo y que legítimamente le pertenecen. Entonces empieza a convivir con los que eternamente loan al PADRE. Desde aquel punto mora entre las Potestades y alcanza, por lo tanto, la suprema bienaventuranza del conocimiento. Se ha convertido en Dios… No; las cosas de la tierra no son la verdad.

Después de emplear toda su vida en la egiptología, los hermanos Champollión declararon públicamente, contra los preconcebidos juicios de ciertos críticos superficiales e ignorantes, que los *Libros de Hermes* "acopian gran número de tradiciones egipcias continuamente corroboradas por los más antiguos y auténticos documentos egipcios"[678].

Al resumir las doctrinas psicológicas de los egipcios, las sublimes enseñanzas de los sagrados libros herméticos y los progresos en metafísica y filosofía práctica de los sacerdotes iniciados, pregunta Champollión en presencia de las pruebas logradas:

> ¿Existió jamás en el mundo otra corporación o casta de hombres que les hayan igualado en fama, poder, sabiduría y capacidad, tanto para el bien como para el mal? ¡Nunca! Y posteriormente fue esta casta maldita y anatematizada por quienes, supeditados a no sé qué clase de influencias modernas, la declararon enemiga de la humanidad y de la ciencia.

Cuando esto decía Champollión, el sánscrito era poco menos que desconocido en Europa, y por consiguiente no cabía comparar los méritos de los filósofos egipcios con los de los brahmanes. Pero posteriormente se ha descubierto que las doctrinas de los sacerdotes egipcios están entresacadas de las literaturas induísta y budista. El sistema filosófico basado en nuestros días por los metafísicos alemanes sobre el principio de la ilusión de los sentidos y de la irrealidad de las cosas mundanas, es una derivación de las doctrinas de Kapila y Vyâsa, así como de los dogmas cardinales de la filosofía budista expuestos por Buda en las *Cuatro verdades.* La expresión de Pymander: "se convierte en Dios", está resumida en la palabra *nirvana,* que los eruditos orientalistas confunden lastimosamente con *aniquilación.*

El juicio crítico de los hermanos Champollión es valiosísimo para nosotros, aunque no sea más que en réplica a nuestros adversarios. Los hermanos Champollión fueron los primeros orientalistas europeos que, tomando de la mano al estudiante de arqueología, le condujeron a las silenciosas criptas para demostrarle que la civilización no tuvo su cuna en Occidente, pues "aunque sean desconocidos los orígenes de Egipto,

[678] Champollión–Figeac: *Egipto,* pág. 143.

ha llegado la investigación histórica a estudiar sus leyes y costumbres, a reconstruir sus ciudades y catalogar sus reyes y dioses". Y yendo todavía más lejos, encontramos ruinas pertenecientes a civilizaciones de mayor esplendor en épocas de indecible antigüedad, pues como dice Champollión:

> En Tebas hay ruinas que delatan restos de construcciones aún más antiguas, cuyos materiales sirvieron posteriormente para levantar los edificios que han permanecido en pie durante treinta y seis siglos... Todo cuanto refieren Heródoto y los sacerdotes egipcios ha sido corroborado por los arqueólogos contemporáneos[679].

Pero despidámonos ya de la taumatofobia y sus corifeos para considerar la taumatomanía en sus múltiples aspectos. Vamos a revisar los "milagros" del paganismo y pesarlos con los del cristianismo en la misma balanza. No ya inminente sino iniciado está el doble conflicto entre el materialismo científico y el espiritualismo trascendente, por una parte, y entre la teología y la antiquísima ciencia mágica, por otra. Hemos expuesto multitud de razonadas pruebas en pro de la magia, pero todavía no está agotada su defensa[680]. Psicománticos y psicófobos han de chocar necesariamente en fiero conflicto. A la ansiedad que los primeros mostraban de ver sancionados sus fenómenos por la investigación científica, ha sucedido glacial indiferencia. Disgustados de tanto prejuicio y mala fe, pierden todo miramiento a los segundos, quienes a su vez les responden con dicterios reñidos con la cortesía. El tiempo dirá cuál de ambos bandos tiene razón; pero por de pronto podemos predecir que el último reducto de los misterios de Dios con la clave para descifrarlos, no deben buscarse en el torbellino de las moléculas de Avogadro.

Los que juzgan superficialmente, o llevados de la impaciencia quisieran mirar el sol deslumbrador antes de que sus ojos puedan resistir la luz de una lámpara, tildan de ininteligibles las obras de los herméticos antiguos y sus sucesores por el obscuro lenguaje en que están escritas. Respecto a los de superficial criterio, no vale la pena de

---

[679] Champollión: *Egipto,* 2 y II. – Más adelante veremos de dónde derivó la civilización egipcia, y advertiremos que, aunque fundadas nuestras aseveraciones en la Doctrina Secreta, coinciden con las de los más respetables tratadistas. A este propósito citaremos el siguiente pasaje de la *Historia de la India,* por Colluca–Bata: "En el reinado de Viswamitra, primer rey de la dinastía de Somavanga, se libró una batalla de cinco días de duración, en la que Manú–Vina, descendiente de los antiguos reyes, al verse abandonado de los brahmanes, emigró con sus partidarios y después de cruzar el Arya y las comarcas de Barria, llegó a Masra". Es indudable la identidad de este Manú–Vina con Menes, primer rey de Egipto, porque Arya es Erau o Persia; Barría es Arabia, y Masra el nombre antiguo de El Cairo, que también se llama Masr, Musr y Misro. La historia fenicia da el nombre de Maser a uno de los antepasados de Hermes.

[680] El pigmeo y miserable mundo, por cuyos gestos de aprobación porfían los científicos escépticos, los magistrados venales, los ultramontanos y el clero fanático, ha emprendido hace poco su última cruzada condenando a dos inocentes, uno en Francia y otro en Inglaterra, con escarnio de la ley y de la justicia. Como el apóstol San Pedro, están siempre dispuestos a renegar del amigo caído en desgracia, temerosos de que sus propios compañeros los condenen al ostracismo.

perder el tiempo; pero a los impacientes les regamos que moderen su ansiedad y recuerden la frase de Espagnet:

> La verdad se esconde entre tinieblas… Nunca escriben los filósofos más engañosamente que cuando parecen claros, ni con más verdad que cuando se valen de enigmas.

Por otra parte, también hay quienes resultarían demasiado favorecidos si les dijéramos que no forman juicio alguno del asunto, sino que se contraen a anatematizar *ex cathedra.* Son los positivistas taumatófobos que presumen de monopolizar nada menos que la sabiduría espiritual y tildan de locos y soñadores a los antiguos sabios.

Responda por nosotros Eugenio Filaletes a este linaje de escépticos, diciendo:

> Nuestros escritos serán entre el público como un cuchillo cuidadosamente afilado, que a unos sirve de buril en primorosas tallas y a otros no les vale más que para cortarse los dedos. Sin embargo, no merecemos vituperio, pues de antemano advertimos seriamente a cuantos intentaren esta tarea que es la de mayor empeño entre todas las de filosofía natural. Aunque escribimos en el nativo idioma, resultará nuestro tratado de tan difícil comprensión como si estuviera en griego para algunos que, no obstante interpretar pésimamente nuestros conceptos, se figurarán que nos comprenden muy bien. Porque ¿cómo es posible que los locos en la naturaleza sean cuerdos en los libros que de testimonio sirven a la naturaleza?

A las pocas mentes elevadas que interrogan a la naturaleza en vez de señalar leyes para su ordenamiento, que no encierran toda posibilidad en los límites de sus facultades personales y que no identifican la incredulidad con la ignorancia, les recordaremos el apotegma del antiguo filósofo indo Nârada.

> Nunca digas: yo ignoro esto, luego es falso. Para saber es preciso estudiar y saber para comprender y comprender para juzgar.

H. P. Blavatsky

FIN DEL TOMO SEGUNDO